HEINRICH HEINE

Cuadros de viaje

Los dioses en el exilio

Edición de Miguel Ángel Vega Cernuda y Elena Serrano Bertos

CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

INTRODUCCIÓN

Heinrich Heine (1843).

Es la época de las luchas ideológicas y los periódicos son nuestras fortalezas.

HEINRICH HEINE

En su lucha periodística contra ideas y circunstancias históricas superadas, Heine ha echado mano desde el principio y de manera consecuente de nuevas «armas» para así ganar mayor espacio en la opinión pública.

GERHARD HÖHN

SOCIOSICOGRAMA DE UN «MARCIAL» JUDEO-ALEMÁN CON VENA LÍRICA

ANTES de acometer el análisis y la interpretación de las cinco obras de Heine que aquí se presentan, resulta perentorio integrarlas en el contexto biográfico del autor, dado que las condiciones de psicología y los contextos vitales y sociales bajo los que un escritor redacta sus obras son y han sido, desde la más remota práctica de la crítica literaria, un factor explicativo de primer orden a la hora de determinar el valor y la valencia de un producto literario concreto. Explicar las *Catilinarias* de Cicerón al margen de la situación política de la Roma republicana o de la formación ática de su autor en Grecia reduciría el análisis a un mero y estéril ejercicio conceptual. No insistiremos, sin embargo, excesivamente en el trazado biográfico de Heine, dado que en lengua española se dispone ya de buenos estudios biobibliográficos del autor renano. Siendo uno de los poetas extranjeros más traducidos al español, y de ello da testimonio el trabajo del crítico y escritor alemán exilado en Chile Udo Rukser[1], su vida y su obra han sido objeto de prolijas exposiciones de carácter general. El estudio de González Agejas, que precede a su traducción de los *Cuadros de viaje;* el de Teodoro Llorente[2], que introduce la traducción de sus poemas y, más recientemente, el de Berit Balzer (véase Bibliografía), nos dispensan de hacer un estudio detallado. No nos eximen, sin embargo, de incardinar las obras que aquí ofrecemos en los goznes de la personalidad heineana que, obviamente, se expresa también en su biografía.

Origen y formación de un autor cosmopolita

Heine nace, probablemente en 1793[3], en la Bolkerstrasse de la ciudad alemana de Düsseldorf, en el seno de una familia de comerciantes judíos que, radicados por parte paterna en la Baja Sajonia y en Hamburgo, se habían trasladado por motivos profesionales a la zona del Bajo Rin. Por parte materna, sus ancestros se perdían en los asentamientos de judíos españoles que, exiliados a principios de la Edad Moderna, se habían establecido en lo que entonces eran unos extensos Países Bajos, más en concreto en los Güeldres alemanes[4].

Recibe el nombre inglés de Harry y crece como miembro de la escasa población judía en una ciudad que la Contrarreforma había marcado ya con una fuerte impronta católica. No lejos de la Bolkerstrasse en la que nace, especie de vía decumana de la ciudad que entonces no cuenta con más de 20.000 almas, existía un antiguo convento franciscano y en la ciudad la educación de la juventud había

corrido mayormente a cargo de los jesuitas establecidos en la época en la que el holandés Pedro Canisio, santo de la Iglesia católica, había emprendido la recatolización de la región renana. Más de un exreligioso secularizado (a la fuerza) impartiría la primera formación al joven judío que más tarde arremetería en más de una ocasión contra la escuela conventual. La madre, de origen sefardí, le infundiría aficiones literarias y el padre, su tendencia a la vida desenfadada.

Ya de entrada, dados estos antecedentes, cabe decir que la de Heine es la personalidad de un marginado, activo y pasivo, de la sociedad en la que crece. Es decir, se ha marginado y le han marginado. Nacido en el seno de una familia de comerciantes judíos, pronto ha pesado sobre él su condición de judío, condición que intentará negar cuando, ya en plena madurez, reniegue de la religión mosaica para hacerse luterano y lograr que se le abran las puertas de la sociedad alemana y protestante en la que vive. El bautismo siempre había sido un medio de integración (no solo en la España de finales de la Reconquista) para los semitas europeos. La «condición judía», será en Heine uno de los *leitmotiv* de su escritura *(Almansor*5 o *Der Rabi zu Bacharach,* son ejemplo de ello). Por otra parte, el hecho de haber venido al mundo con unas disposiciones psicológicas que no iban con el talante pragmático de su familia, le ha afirmado en su carácter de resistente marginal. Ya de niño se identificará, recluido en un rincón tranquilo del *Hofgarten* (Jardín de la Corte) de Düsseldorf, con ese prototipo de resistente que es el Quijote (véase cap. XVI de *La ciudad de Lucca)*6.

Cuando nace Heine, el cuadro político europeo, mantenido más o menos inalterable desde la Paz de Westfalia (1648) a lo largo del siglo ilustrado por mor del «llamado equilibrio europeo», está en trance de desaparición. El Imperio Alemán —Sacro Imperio Romano Germánico era su denominación oficial— era un marco político que existía más *de iure* que *de facto.* Los príncipes electores la emprendían a la mínima de cambio contra la cabeza visible del mismo, el emperador de la casa de Austria: los enfrentamientos entre María Teresa y el gran Fritz por la Sucesión al trono imperial (1740-1747) o por la posesión de Silesia (Guerra de los Siete Años, 1756-1753) lo ponen de manifiesto. A impulsos de las repetidas derrotas que le infringen, primero, una Francia desarrapada —la revolucionaria que había asaltado la Bastilla— y, más tarde, una Francia de pedigrí y nomenclatura (neo)monárquicos a cuyo frente un golpe de Estado había puesto a Napoleón, se derrumbará como bíblica estatua de pies de barro. En 1804, el «buen emperador Francisco», que había vivido la ascensión de su tía María Antonieta... a la guillotina de la revolución francesa, pactará ante el nuevo emperador de Europa, la disolución de un imperio milenario que se remontaba a las raíces comunes de Francia y Alemania. Intelectuales como Herder y Fichte pedían a gritos la unidad

alemana, mientras otros, menos fervorosos de la causa patria (Goethe, por ejemplo), incluso llegarían a hacer causa común con un bárbaro corso, que fatuo, cruel, arbitrario y nepotista empedernido cual papa renacentista, creyó poder dominar Europa por la fuerza de la razón... impuesta por la fuerza... de las armas. Los doce años de congojas europeas que siguen a la aparición de lo que Hegel consideraría «la razón a caballo», es decir, Napoleón (no dejaba de tener razón el filósofo berlinés, aunque en su visión quizás intuía más la energía del noble bruto que la suave fuerza de convencimiento que caracteriza a la más alta de las facultades humanas, la razón) y la enorme sangría humana en los campos de batalla (quizás perecieran en estos más «números», es decir, soldados, que personas había matado la hambruna provocadora de la revolución), además de hablar a favor de la inutilidad del ideario ilustrado *(der ewige Friede* había sido una de sus utopías punteras), pusieron de manifiesto que el «equilibrio europeo», sensata propuesta de 1713, era papel mojado. Heine seguiría siendo un fervoroso admirador de Napoleón mientras en Alemania, patriotismo y reaccionarismo (el que representaban los monarcas de la Santa Alianza y más tarde el *Bund* que, entre otras medidas de represión, promulgaría las célebres *Karlsbäder Beschlüsse*[7]), seguían en ocasiones trayectorias paralelas o convergentes. A partir de 1815 y hasta 1989, tanto bajo sistemas conservador-reaccionarios, como bajo sistemas conservador-liberales, nacionalistas (dictatoriales o parlamentarios) o proletario-revolucionarios, la convivencia de las naciones occidentales será una carrera para hacerse con el mando del planeta.

Esta situación de descomposición del sistema europeo se reflejará también en la biografía de Heine, quien nacerá en la línea divisoria entre dos sistemas, el Rin que entonces separaba dos naciones, Alemania y Francia —Antiguo Régimen y régimen por venir— que, con las mismas coordenadas políticas, se veían impulsadas por resortes culturales muy diferentes. No es de extrañar que nuestro autor no muestre ningún arrepentimiento de su doble *Renegatentum* (= carácter de renegado), el nacional y el confesional. Heine solo lamentará las consecuencias personales y lingüísticas que el primero tuvo: la desconexión con su familia y su lengua.

Cuando Heine tiene nueve años, Düsseldorf —ya ocupado en 1795 por las tropas francesas tras la renuncia del Príncipe Elector[8] a sus posesiones renanas—, cambia de soberano: Napoleón entrega a su suegro Murat, el posterior carnicero de la Moncloa, la regencia del gran ducado de Berg, al que pertenecía la entonces pequeña ciudad, hoy día capital del Land Renania del Norte/Westfalia. Esta circunstancia política será decisiva en la biografía de Heine que desde su infancia se sentirá miembro de las dos culturas, la francesa y la alemana. Un caso de

evidente «trastorno bipolar» de carácter cultural.

Llegado a la edad de hacerse útil para la sociedad, su padre le destinaría, siguiendo la tradición familiar, al comercio. Después de un breve paso por la capital de las finanzas alemanas, Fráncfort, donde toma conciencia de la condición de desclasamiento y marginación que padece el semita alemán al que no le apoya una buena saca, se establecerá en Hamburgo, ciudad en la que su tío paterno Salomon Heine, opulento financiero en la ciudad del Elba, le da la oportunidad de ejercer como comerciante autónomo. En una correspondencia que desde la ciudad hanseática entabla con una de sus antiguas amistades renanas va dando expresión a lo que serán no solo sus maneras literarias sino también su manera de ser y que, quizás, cabría tipificar como el comportamiento característico de ciertas personalidades de marginados, la autosuficiencia y la ironía:

Soy mi propio patrón y no dependo de nadie; me siento orgulloso, firme y elevado y veo a los hombres que pasan allá abajo tan pequeños, tan enanos que me resulta un placer observarlos9.

Tras estos años hamburgueses, dos de «stagiaire» en una filial bancaria y otro de una poco exitosa (in)actividad comercial en la empresa de tejidos puesta a su nombre (Harry Heine & Co.) por su tío Salomon, bajo la tutela de este10 por supuesto, en 1819 decide iniciar estudios de Derecho en la Universidad de Bonn, si bien en los dos semestres que esté matriculado en esa universidad dedicará la mayoría del tiempo a ocupaciones no estrictamente relacionadas con la jurisprudencia, orientándose más a temas filológicos e históricos. Es en ese nuevo ambiente donde conoce y contacta con dos grandes representantes de la «escuela romántica» alemana, A. W. Schlegel11 y Moritz Arndt, iniciando así una trayectoria peculiar que será rasgo determinante y característico de su biografía: el trato, amistoso u hostil —más lo último que lo primero— con las personalidades más destacadas del mundo cultural de su entorno. Por la biografía de Heine pasarán, además de los dos mencionados, los escritores Laube, Immermann, Börne, Gutzkow, Théophile Gautier, Honoré de Balzac o George Sand; los pensadores Savigny, Gans o Hegel; los músicos Meyerbeer, Berlioz o Schumann o los revolucionarios Ferdinand Lasalle o Karl Marx. Entrar en la biografía de Heine es entrar en la médula del siglo XIX franco-alemán.

Un viaje interior, una conversión «sincera» y una carrera universal

Tras unos primeros escarceos poéticos ensayados en Hamburgo sin mayor trascendencia, en Bonn pone manos a la obra en dar expresión a su vocación

literaria iniciando la redacción de uno de sus argumentos «españoles» con el que pretende sentar pie en las tablas alemanas: la tragedia *Almansor*, de asunto hispano-morisco, dramón que derivaba hacia lo tremebundo y lo *larmoyant* (lacrimógeno), rasgos que ya resultaban algo trasnochados y arcaicos. A pesar de que todavía un decenio más tarde dos tremendos dramones, *La fuerza del sino* (1835), del duque de Rivas, o *El Trovador* (1836), de García Gutiérrez, darían que hablar en la cultura europea (sobre todo gracias al «uomo melodrama» Verdi), el argumento de *Almansor*, así como el de *Ratcliff*, su segundo intento dramático12, llegaban en Alemania con un desfase de diez años. Con un argumento que guardaba un cierto paralelo con la *Alcire,* de Voltaire, y con un cierto toque de conflicto veronés entre familias, *Almansor* pretendía poner una banderilla en el lomo de lo eclesiástico. Cuando se publicara y, ya en su primera época berlinesa (1823), se representara el *Almansor* en las tablas del teatro de Braunschweig, el fracaso de la obra fue evidente, lo que no era para menos. *Aliquando bonus dormitat Homerus* podría exclamar el crítico actual, pues, en efecto, algunos de los requiebros que el protagonista Almansor dedicaba a su amada Zuleima podrían figurar en una antología literaria de la cursilería amorosa:

Oh, no llores, pues como gotas de nafta ardiente caen tus lágrimas en mi corazón; mis palabras ya no te herirán más y honrarte quiero como honraría un santuario.

Tales expresiones habrían podido caer bien en la pluma y época de un Novalis (época en la que la búsqueda de la etérea «flor azul» por parte de su Heinrich von Ofterdingen era bien vista), pero no veinte años después, cuando ya estaba a punto de aparecer en la literatura dramática alemana un Büchner con su *Dantons Tod* (1835). Quizás este fracaso dramático pudo potenciar la orientación de Heine a la vis crítica y a la malicia verbal, competencias en las que estribó gran parte de su genialidad. Heine, sin duda, puede figurar, junto a Marcial, Quevedo, leído por Heine con interés y del que quizás aprendió el uso de la lengua como arma ofensiva, u Offenbach —este en otro código, el musical—, como uno de los grandes genios de la diatriba. Y, dicho sea de paso, como el mejor poeta en lengua alemana.

Trascurridos los dos primeros semestres de su carrera universitaria en Bonn y quizás a la búsqueda de aires distintos (H. Juretschke13 ha sugerido que quizás fuera en busca de un ambiente social más luterano: ¿quizás pensaba ya en la conversión como solución a su fracaso social como empresario?), se traslada a Gotinga14 para dar remate a la formación jurídica iniciada en Bonn. Se matricula en octubre de 1820 y ya en enero de 1821 debe abandonarla, pues es expulsado de

esa universidad a causa de una bravuconería juvenil (habría exigido «satisfacción», es decir, habría retado en duelo a otro estudiante por un quítame allí esas pajas, cosa que estaba prohibida, y con razón, en la Universidad de Gotinga), bravuconería cuyas primeras armas había velado ya en la vida estudiantil de Bonn15 en una de cuyas *Burschenschaften* había militado. Se le forma un *consilium abeundi*, especie de consejo de guerra universitario, y como consecuencia de ello debe dejar durante medio año la universidad y buscar otros aires. Bendita decisión pues allí comienza propiamente su carrera literaria como corresponsal. Una estancia de dos años (1821-1823) en Berlín le dará la oportunidad de conocer a los grandes santones del romanticismo berlinés: Chamisso, Grabbe (a quien calificaría de «Shakespeare borracho»), Rahel Varnhagen, Runge, Schleiermacher, Hoffmann, a cuyo entierro asiste, etc. Se inscribe en los cursos que imparten Hegel, Bopp y Savigny, cabeza de la Escuela histórica del Derecho, lecciones que pronto utilizará para hacerles objeto de sus críticas16. Quizás su dedicación a temas no estrictamente jurídicos fue lo que le permitió conseguir el enorme bagaje cultural del que hace gala en sus escritos.

En Berlín, además de hacer una primera entrega poética *(Gedichte*, Poemas), intenta dar los primeros pasos como periodista *avant la lettre*, actividad que desarrollará intermitente y simultáneamente a su labor poética, como colaborador de una revista *Der Gesellschafter* (revista que, por cierto, llevaba el curioso subtítulo *oder Blätter für Geist und Herz:* páginas para el espíritu y el corazón). En esa misma tónica y en calidad de reportero corresponsal envía a otra revista, *Rheinisch-Westfälischer Anzeiger,* editada por H. Schulz, en la ciudad westfaliana de Hamm, sus «Cartas desde Berlín», en las que da cuenta de la vida cultural de la capital prusiana. Esta actividad periodística, mantenida, corregida y aumentada a lo largo de su vida, justificaría el que Heine pudiera pasar como uno de los prototipos europeos de la profesión periodística.

En la capital prusiana se haría miembro de una «Asociación para la cultura y ciencia judías», hecho este que da muestra de cierta conciencia étnica, aunque Heine nunca manifestó gran fervor semita. En alguna ocasión ha escrito acerca de sus progresos en el conocimiento del «espíritu» judío y también participaría en sesiones de la asociación17. Lo que no ha sido óbice para que, si la ocasión se presentaba, diera de tortas al judaísmo militante. Por lo demás se ha informado a través de las lecturas correspondientes de los movimientos de ataque que el antisemitismo lanzaba contra la población judía alemana. La publicación en 1823 de las tragedias anteriormente mencionadas18, que aparecían acompañadas de su *Intermezzo lírico,* colección de poemas en la que ya daba la talla de lo que sería su estro lírico *(Flegeljahrgedichte,* poemas de la edad del pavo, los denominará más

tarde en carta a Varnhagen), llamaba la atención sobre su nombre, no en último término por la crítica contradictoria que suscitaba. El escritor Immermann, a quien más tarde dedicará uno de sus «cuadros» *(Viaje de Múnich a Génova)*, saldrá en su defensa, cosa que, bien nacido él, es agradecida por Heine. Pasado el tiempo de «relegación» impuesto por la universidad, vuelve a Gotinga, donde antes de rematar su doctorado, emprenderá viaje por el Harz.

Heinrich Heine (1827).

A juzgar por las propias manifestaciones, no ha sido ni mucho menos un buen estudiante: la vida de crápula estudiantil le ha sorbido el seso y también el sexo:

A pesar de todo emprendo muchas otras cosas, como, por ejemplo, leer crónicas o beber cerveza. La biblioteca y la taberna del Ayuntamiento me arruinan. También el amor [...] Ya no soy el monoteísta del amor que fui antaño. Al igual que me inclino por la cerveza doble, también tiendo al amor doble.

Desde el verano del 23, junio, hasta comienzos del 24, Heine lleva una vida de vagabundeo por Hamburgo, Luneburgo («residencia del aburrimiento» llamará a esta ciudad19) y Ritzebüttel, intentando echar pie en la escena literaria y laboral a costa de los subsidios de su tío. Decidido a acabar su formación jurídica se inscribe de nuevo en la Universidad de Gotinga, en la que dos años después obtendría su título. Antes de comenzar el semestre de invierno del curso 24/25, en septiembre emprende una de las tareas más productivas, su mencionado viaje por el Harz, con el objetivo de deshacerse de sus acuciantes dolores de cabeza: «Mi médico me da esperanzas de que con el viaje, sobre todo con el viaje a pie, me restableceré», escribía a un amigo. Ese viaje que se desarrolla en el interior de Alemania, será también un viaje a las profundidades de su alma, a lo largo del cual descubrirá el poder incontenible de su verbo. Poco tiempo después empezará ya a dudar del poder de la poesía y pondrá su prosa acerada al servicio de sus «causas», que serán varias.

Antes de obtener su doctorado, con la intención, si no aviesa, sí utilitarista, de lograr más fácilmente la integración en una sociedad normalizada sobre la tónica del cristianismo luterano, de curso legal en el principado de Hannover, se hará bautizar (casi furtivamente y reeditando, en tono menor, el «París bien vale una misa» del otro), previo curso de doctrina cristiana que recibe de un pastor luterano. Incluso se cambiará el nombre de Harry por el de Christian Heinrich. Él mismo dirá que su conversión no habría que entenderla más que como un billete de entrada *(Entreebillet)* en la sociedad europea. Puro ejercicio de honradez intelectual, como se puede comprobar; prueba de los sacrificios a los que le sometían sus convicciones. De haberle tocado vivir en una época posterior y más negra de la historia alemana, ¿cómo se habría comportado frente a su pertenencia al judaísmo? Una intelectualidad no prevenida del pueblo judío, ¿le juzgará con la misma benevolencia con la que lo ha hecho una corriente crítica, mayormente de izquierdas que le ha perdonado sin grandes problema sus fallos morales? A su «leporello»20 de deméritos, no escasos ya en esa época, añadía el del renegado que pronto renegará también de su renegación.

Finalmente, con más pena que gloria, obtiene su título de *doctor iuris* (malas lenguas llegarían a afirmar que lo habría comprado, aunque no creemos que la ya tradicional costumbre alemana de nuestros días se remonte tan arriba) y con él debajo del brazo visita repetidas veces las islas del Mar del Norte (la rocosa Helgoland y la arenosa Norderney, pertenecientes a Inglaterra y a Hannover respectivamente), que serán lugar de huida y refugio del mundanal ruido mientras aparece —en la casa editora que va a ser su apoyo económico a lo largo de su vida, Hoffmann y Campe— la primera entrega de sus *Cuadros de viaje*, en la que recogía

su viaje herciniano, amén de los poemas que bajo el título de *Heimkehr* (Vuelta a casa/Regreso) había compuesto tras su vuelta de Berlín, y la primera parte del segundo de los «cuadros», *Die Nordsee* (Mar del Norte). Ya en las páginas iniciales de estos últimos, Heine sangraba por la herida religiosa: aprovechando que trataba de los naturales de una isla a los que poco les importaba la iglesia romana, el joven autor no perdía la oportunidad:

Durante la Edad Media, la Iglesia romano-cristiana [...] tomó todo el conjunto físico y moral de la especie humana bajo su tutoría. En todo caso, el dominio de la Iglesia fue un sometimiento de la peor especie [...]. Roma siempre quiso dominar y cuando le faltaron las legiones, envió dogmas a las provincias. Como si fuera una araña gigantesca, Roma constituía el centro del mundo latino y lo cubrió con su infinito tejido21.

Ecos de aquel furibundo Lutero de la «Cautividad babilónica de la Iglesia» parecen percibirse en estos alegatos del neoconverso Heine, quien, por otra parte, dependía mayormente de unas fuentes de información unilaterales, las que había obtenido por su formación en Berlín y Gotinga, es decir, la de la cultura alemana, más bien prusiana, imperante. Sobre todo teniendo en cuenta que escribía para una sociedad noralemana y que publicaba en una editorial hamburguesa no son de extrañar estos rencores a destiempo que venían siglos después del borrón y cuenta nueva que en Westfalia (1648) había puesto fin a la «época confesional». Estos rencores heineanos parecían preludiar el *Kulturkampf*, de infausta memoria cuatro decenios más tarde. No es de extrañar que empezara a levantar ampollas, en muchos casos gratuitas, en media población alemana.

Esta publicación conjunta (junto al *Intermezzo lírico,* colección de poemas supervivientes de su naufragio teatral, *Almansor* y *Ratcliff)* va afirmando su proyección en el mundo literario alemán, que se consagra de manera definitiva con la aparición en 1827 de su *Buch der Lieder* o *Libro de las canciones*. En esta última colección, que recogía en parte composiciones ya publicadas, aparecerá la celebérrima balada dedicada a la leyenda de la «Lorelei»22, joven y rubia ondina de largos cabellos que, recostada en un escarpado promontorio sobre la corriente, la imaginación del marinero que bogaba por aguas del medio Rin convertía en una especie de devoradora de hombres: *Ich weiss nicht was soll es bedeuten...* Este motivo de la cuentística popular alemana, tratado por muchos otros poetas románticos alemanes, Brentano (1801) entre otros, y ya recogido en varias colecciones de poemas populares, sería tratado por Heine con toda su capacidad de empatía y con tal intensidad lírica que pronto su texto se constituyó en un lugar común de los compositores de *lied:* Silcher, Liszt y, sobre todo Schumann, quien hacia 1840

publica su *Liederkreis* con temas de Heine. ¡Lástima que Schubert no le haya tratado más a fondo: musicalmente, se entiende![23]. Era el Heine *Biedermeier*[24], la cara —que no la cruz— de la moneda Heine, la que se ganaba, a medias y a través del *lied*, la voluntad del público alemán. Su *Libro de canciones*, quizás el poemario más romántico de la literatura alemana (y son muchos los que merecen este calificativo), supuso su mayor éxito editorial: diecisiete ediciones en vida de Heine. Sobre la lectura de esta obra, nuestro Menéndez Pelayo desdeñaba el valor del Heine político y destacaba su enorme potencial poético, al contrario de lo que el propio autor haría.

Ese mismo año, desde Hamburgo, emprende viaje a Inglaterra como complemento a su formación, lo que le dará pie para nuevas reflexiones que integrará en posteriores «cuadros»: los *Fragmentos ingleses*. Desde 1819 regía en todo el *Bund* alemán, establecido en el Congreso de Viena, una censura más o menos estricta. En aplicación de la misma, sus fragmentos serían prohibidos, lo que en parte favoreció su propagación.

A su regreso, el editor Cotta de Múnich, competidor de la editorial Hoffmann y Campe de Hamburgo, le ofrecerá la oportunidad de colaborar en los *Neue Allgemeine Politische Annalen* de Múnich, lo que le exige su traslado a la ciudad del Isar, en la que le visitará un jovencísimo Schumann, uno de sus más destacados lectores y musicador entusiasta de los poemas heineanos que pronto se convertirán en material liederístico de gran uso y consumo por parte de los compositores europeos[25].

Heinrich Heine (1829).

En 1828, mientras espera un puesto de docente en la Universidad de Múnich, emprende viaje a Italia, destino largamente ansiado, pero al que su acidez crítica pronto desposeerá del aura romántica con la que habían visto el país tanto artistas como críticos alemanes: Lessing, Goethe, Herder o, más tarde, Burckhardt y Nietzsche. Por no hablar de los «nazarenos» establecidos en Roma. La nostalgia del sur o de lejanía *(Fernweh)*, un cuadro patológico de cierta tipología alemana, tenía ya desde el siglo XVIII su condensación en un país, Italia, que unía a una naturaleza incomparable unas riquezas arqueológicas extraordinarias, un denso e interesante pasado y unas formas de vida tradicionales, por no decir primitivas, que hacían suspirar al sofisticado centroeuropeo.

Cuando ya lleva varios meses de peregrinación y permanencia en tierras italianas, debe interrumpir su viaje y su estancia en Florencia, ciudad donde le alcanzan dos noticias desfavorables: la negativa a su solicitud de un puesto docente en Múnich y la mala nueva de la enfermedad de su padre, a quien no alcanza a ver vivo cuando finalmente esté de regreso en Hamburgo, en diciembre de ese año. Fruto de este viaje italiano son la tercera *(Die Bäder von Lucca*, 1829) y cuarta *(Die Stadt Lucca*, 1830) entregas de los «Cuadros». En la primera de ellas

dedicaba las últimas páginas a lavar un agravio literario recibido, cometiendo a su vez el más evidente *faux pas* de su carrera literaria al hacer pasar sus comentarios de lo literario a lo personal: un rastrero y ácido ataque al poeta August von Platen Hallermünde, a quien descalificó acusándole de homosexualidad, entonces un tabú social, le granjeó una cierta antipatía por parte del público.

Jurista en paro, profesor frustrado y escritor emigrante

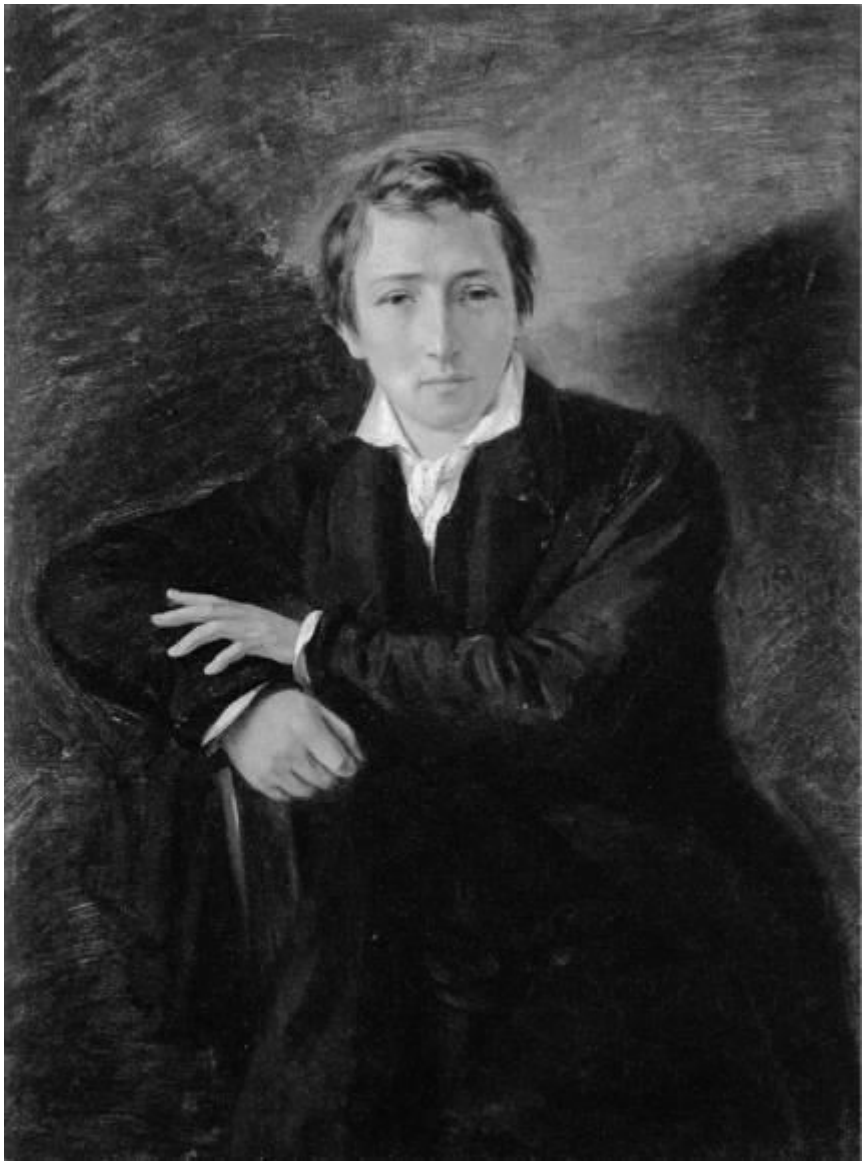
Dado que la inútil espera (espera que pasaba entre Berlín, Luneburgo y Hamburgo y que mataba con excursiones intermitentes al Mar del Norte, a Helgoland, terapéutico punto de fuga para su patológica inquietud26) de un futuro profesional más halagüeño se dilata en el tiempo; dado que las autoridades prusianas han confiscado los *Fragmentos ingleses*, y que su rabia, un poco babeante, con Platen le ha dejado mal sabor de boca, en 1831 decide trasladarse al país galo, que hacía un año había experimentado o asistido a un nuevo ensayo revolucionario, la Revolución de Julio, triste engaño que solo se salvó de la efimeridad gracias al cuadro de Delacroix *La Libertad guiando al pueblo*. Las reformas de la constitución que consiguió esta revolución (Heine se las prometía felices en ese sentido, pues ya en *La ciudad de Lucca*, integrada en la cuarta entrega de los «Cuadros», aparecida ese mismo año, acababa con una arenga revolucionaria: *aux armes, citoyens)* así como el éxito que ya tenía en Francia su obra le hicieron concebir esperanzas de un futuro mejor y, ni corto ni perezoso, lio su escaso petate para plantarse en París.

Los componentes de su decisión emigratoria fueron más sociales que políticos, aunque al respecto él hará alarde de su rechazo al Antiguo Régimen imperante en Alemania: la falta de perspectiva laboral. Más adelante, sus relaciones con socialistas utópicos (los sansimonistas), de cátedra (Lasalle) y sin cátedra (Marx), así como sus colaboraciones en el órgano del partido socialista *(Vorwärts)* lo alinean indiscutiblemente en una izquierda todavía por definir y no muy consciente de sus planteamientos. Hay manifestaciones de Heine que hablan a favor de que su izquierdosa actitud social más tenía de estética que de ética. En todo caso, su actitud prosocialista no le impedía especular en bolsa en acciones del banquero Rothschild. Poco antes de hacer las maletas, en carta a Varnhagen, manifestaba el sentido redentor que su entrega a un ideario social tenía: «Lo que deseo ahora es empaquetar mis bártulos e irme a París a respirar nuevos aires y entregarme a los sagrados sentimientos de mi nueva religión y quizás recibir como sacerdote de la misma las órdenes mayores»27.

Esa nueva religión de la que quiere ser presbítero no era ni más ni menos

que el curioso sansimonismo francés —de efímera vida ante el empuje del socialismo materialista que se anunciaría pocos años después—, que no podía por menos de chocar con su hostilidad a los principios de la religión, a los que ya había dedicado un buen florilegio de diatribas. El componente cristiano del sansimonismo francés era evidente y quizás esta simpatía por parte de Heine manifestaba que su inquina antirreligiosa empezaba ya a flaquear aunque de ella daría todavía buenos ejemplos. En todo caso, cuando llega a París en mayo de 1831, advierte con placer y con gran dosis de humor el pulimiento social de la población parisina que, sin duda, tenía más de burguesa que de proletaria:

Realmente me sorprendió la cantidad de personas arregladas que, vestidas con tanto gusto, más parecían figurines de una revista de moda. También me causó una honda impresión que todos hablaran francés, lo que entre nosotros es un signo de pertenencia al mundo elegante. Deduje que aquí todo el mundo es tan elegante como entre nosotros la aristocracia. Los hombres eran tan corteses y las guapas mujeres tan amables que si alguien se tropezaba conmigo inadvertidamente y no me pedía inmediatamente perdón, podía apostar que se trataba de un compatriota28.



Heinrich Heine (1831).

Pronto tendría que cambiar de opinión cuando, con mayor conocimiento de causa, informase al público del periódico de Augsburgo, *Allgemeine Zeitung*, sobre el estallido de una epidemia de cólera en la capital de Francia. Su visión del París beatífico se transforma y coincide más bien con las descripciones de relatos que tenían por objeto los barrios bajos parisinos, en la *Comedie Humaine* de Balzac, por ejemplo. Sin renunciar al ejercicio de la ironía, a pesar del tema tratado, refería en sus *Französische Zustände*, IV, acerca de los estragos de la enfermedad causados por la suciedad y desgobierno parisinos:

Ante la gran miseria que aquí impera, ante la colosal suciedad que se

encuentra no solo en las clases más pobres, ante la irritación del pueblo, ante la ilimitada ligereza y total ausencia de medidas de prevención, el cólera tuvo que extenderse de manera más rápida y terrible que en cualquier otro sitio29.

Por si fuera poco, la situación política no era la que él había percibido desde la distancia:

Ya pocos días después de mi llegada a la capital de las revoluciones me di cuenta de que la cosas tenían en realidad un color distinto de aquel que desde la lejanía les habían dado los efectos luminosos de mi entusiasmo30.

A pesar de todo, en París, según confesión propia, se ha sentido como «pez en el agua». En su testamento confesaría que uno de los motivos de su emigración fue contribuir al común entendimiento de alemanes y franceses: «La gran tarea de mi vida fue trabajar en favor del cordial entendimiento mutuo de franceses y alemanes». ¿Qué habría dicho si, quince años tras su muerte, hubiera visto las tropas prusianas abatiendo las defensas parisinas de *La Défense?* ¿Quizás como Offenbach, el otro judío alemán del II Imperio, hubiera tenido que sufrir las suspicacias del chauvinismo francés que pasaron del pensamiento a la obra en el caso Dreyfus? Y cierto es que, a la inversa, el hecho de que los franceses hubieran invadido bajo Napoleón el suelo patrio fue saludado por el poeta con simpatía y beneplácito.

En el París de Luis Felipe, el de la Monarquía de Julio, es recibido en triunfo y saludado como el autor de los ya afamados «Cuadros de viajes». Era poco más o menos el mundo, brillante y miserable a la vez, de las «escenas», que no «cuadros de viaje», «de la vida de bohemia», de la que habría podido ser, junto con Mimí y Rodolfo, uno de sus protagonistas. Pronto y fácilmente se integra Heine en la vida cultural de la capital, frecuentando los salones más distinguidos, visitando exposiciones y museos, alternando y honrándose con la amistad de la intelectualidad, nacional y extranjera, allí concentrada: Berlioz, Aurore Dupin (George Sand), Chopin, Liszt, Balzac, Meyerbeer, Enfantin, Cherubini, Mendelssohn, entre muchos otros. Más tarde, la primeriza socialdemocracia alemana, de paso, residencia o exilio en París, le hace los honores de la visita o, más bien, se honra al visitarle. En París, su estro cambiará parcialmente de registro, derivando hacia el ensayo crítico sin dar de lado, por supuesto, su estro poético. Ya en la enésima edición de su *Buch der Lieder* anuncia su rechazo de la *gebundene Rede*, es decir, del verso: le parecía, en efecto, que en versos se había mentido mucho *(als sei in schoenen Versen allzuviel gelogen worden)*. Los que podíamos llamar ensayos de germanística *(Zur Geschichte der neueren schöneren Literatur in Deutschland, 1833; Zur*

Geschichte der Religion und Philosophie in Deutschland, 1835, seguida de *Die romantische Schule*, 1836) y sus ensayos, *sui generis*, de mitología comparada *(Elementargeister* o *Götter im Exil, Göttin Diana)* le hacen figurar entre los grandes escritores del ensayo alemán, siendo así, junto con Goethe, uno de los autores alemanes que más palos ha tocado.

Ya en 1834 aparece en Francia una edición completa de los *Cuadros de viaje*. Sin embargo, seguía dependiendo de Alemania, ya que su principal fuente de ingresos eran los reportajes e informes que desde París enviaba a la *Augsburger Allgemeine Zeitung* publicados por el editor Cotta31 y en los que informaba sobre las condiciones sociales de la Monarquía de Julio o sobre las tendencias culturales de la Francia burguesa: *Französische Zustände* (La situación francesa, en cuatro entregas), *Französische Maler* (Pintores franceses), etc. Decididamente los corresponsales de prensa han tenido en Heine un prototipo de talla, pues su manera de hacer literatura fue principalmente, además de la poesía, la del periodismo y el reportaje, una mezcla de lo que hoy en día se llamaría, no sin una pizca de cursilería y de petulancia por parte de los así autodenominados, «analista de la actualidad» y de ensayo crítico salpimentado de lirismo.

Dentro de este contexto de actividad literaria orientada a la documentación de la vida social que él convierte en material periodístico, cabe destacar su actividad como crítico musical. La visita asidua de la ópera parisina (en la sala Favart, en el Odéon, etc.) y el trato con los numerosos músicos que en ese momento animaban la vida musical de la capital le han convertido en un gran aficionado, sin que, por cierto, lograra ir más allá de ese rango. Para ello le faltaba formación musical. En este sentido cabe decir que Heine ha sido uno de los creadores del género «crítica musical» y, aunque no pudo ejercerla con la efectividad social que lograría un Hanslick en Viena, dio pautas para un análisis ideológico —es decir, un análisis o, mejor, comentario que no partía de conceptos y perspectivas metamusicales— de las obras en cuestión. En uno de los capítulos del *Viaje de Múnich a Génova*, había dedicado un largo pasaje a ensalzar la música de Rossini, que él juzgaba desde su efectividad emotiva sobre el espectador, contraponiéndola a la de Bach y convirtiéndola en trasunto de la evasión con la que el italiano juzgaba implícitamente la situación política. A este respecto han escrito dos de sus biógrafos:

Gracias a sus artículos como corresponsal, Heine puede pasar, según Michael Mann, como el «fundador del ensayismo musical». La cuenta detallada que da en sus *Cartas desde Berlín* de la disputa entre spontinista y weberianos es muestra de ello aunque en realidad a Heine no le interesaba la estética musical,

sino el significado político y social de la producción artística32.

Nadie es profeta en su patria o un judío alemán (más) en París: de la emigración voluntaria al exilio forzoso

En 1835, cuando está saboreando el triunfo social y las mieles del impacto que su obra tiene en Francia y colabora en varias revistas francesas, entre ellas la prestigiosísima *Revue des deux mondes*, el órgano legislativo del *Deutscher Bund*33, el Bundestag o Dieta, con sede en Fráncfort, promulga un decreto que prohíbe los escritos de los miembros de la llamada, que no autodenominada, *Junges Deutschland*34: Gutzkow, Laube y Heine, entre otros, son puestos bajo amenaza de arresto. Aunque Heine haga protestas de inocencia y de rechazo de toda irreligiosidad, motivo del decreto censor, cierto es que sus obras estaban ya plagadas de anotaciones ofensivas contra el trono y el altar —de ello le había acusado un antiguo amigo de juventud: Wolfgang Menzel, en un trabajo sobre la literatura alemana, *Die deutsche Literatur*, 1828, había lanzado la piedra sin esconder la mano, lo que dio lugar a una ácida réplica por parte de Heine— y que el arrepentimiento del que hacía protesta ante los señores del *Bund* era fingido. Es más, en los *Französische Zustände* había aprovechado la tierra puesta por medio para arremeter desde Francia contra el Antiguo Régimen que el austro-renano Metternich dirigía:

Austria siempre fue un enemigo declarado y leal que ni negó nunca su guerra abierta contra el liberalismo ni por un momento se dio tregua en ella. Metternich no ha hecho nunca manitas con la diosa de la libertad [...]. Él no ha cantado nunca las canciones de Arndt mientras bebía *Weissbier*35.

Más calmado que en sus años juveniles (cuando tiene lugar esta prohibición, el autor cuenta ya treinta y ocho años), dolido en su hondo y oculto sentimiento alemán y tocado bajo la línea de flotación en su estabilidad económica, Heine se da cuenta de la gravedad de un decreto que suponía un boicot a su fuente de ingresos (su público básicamente estaba en Alemania) y hace fe de lealtad a las leyes patrias en una carta dirigida al órgano legislativo, en la que rogaba la anulación de la prohibición que cortaba sus medios de subsistencia:

Estimados señores, sea cual sea su decisión acerca de la súplica que les dirijo, estén ustedes convencidos de que siempre obedeceré las leyes de mi patria [...] Tan pronto se me conceda el libre uso de la palabra, espero poder demostrar de la manera más concisa que mis escritos no provienen de un talante antirreligioso e inmoral, sino que proceden de una síntesis realmente religiosa y moral36.

Frente a este acto de sumisión, sin duda motivado por el interés, habría que poner como contraprueba los dicterios que Heine había fulminado contra Prusia y los prusianos:

De Prusia tengo que hablar en otro tono. Al menos aquí no sentimos ni un ápice de piedad que pueda suavizar nuestro juicio sobre el carácter sacro de la cabeza de un emperador alemán [...]. No me fío de esta águila prusiana y siempre estuve atento a sus garras [...] Nunca me fie de ese prusiano, ese largo y beato héroe de pacotilla de amplia barriga y gran bocaza y que no deja ni a sol ni a sombra ese bastón de sargento mayor que moja en agua bendita antes de aporrear con él37.

Cabría preguntarse si los creyentes luteranos (y el soberano prusiano lo era) mojan algo en agua bendita. Pero sea, por venir la ocurrencia de Heine. Pero es obvio que alguna vez este bastón prusiano, mojado o sin mojar en agua bendita, se vengaría de unas expresiones (formalmente geniales, pero tanto más hirientes en el contenido debido precisamente a su mordacidad) que incluso a un padre del desierto le harían salir de su estado de ataraxia. Frente a esto, Francia se le presentaba a Heine como el paraíso perdido y hallado de la libertad. En ello, Heine perdía de vista, entre otras cosas, que las revoluciones francesas venían motivadas, no solo por un auténtico deseo de libertad (por cierto, incompatible con la guillotina por motivos políticos), sino también por unas condiciones de vida de las clases populares que eran radicalmente peores que las que reinaban en los estados alemanes, donde las reformas ilustradas (las protagonizadas por los ministros von Stein y Hardenberg, por ejemplo) habían tenido gran calado38. Las hambrunas precedentes a las revoluciones de 1789 y de 1830 fueron determinantes en el estallido de estas. La burguesía liberal y la de izquierdas siempre han sabido aliarse con un proletariado —*lumpen* o no— que ellas mismas producen para llevarlo a la revolución que, cada una por su parte, pretenden o favorecen. En ese sentido, los juicios de Heine sobre la revolución francesa de 1848 manifiestan una cierta perplejidad:

El drama que se nos ha ofrecido en febrero pasado, ¿no se nos representó ya hace dieciocho años, igualmente en París, bajo el título de «La revolución de julio»? Aunque un buen drama se puede ver dos veces39.

Dicen que Marx tiene escrita una portentosa banalidad (en cuanto tal no merece la pena su fijación textual) de (barata) filosofía de la historia: «Las revoluciones son las locomotoras de la historia». Aparte de interrumpir su reflexión antes de tiempo y no percatarse de que son las locomotoras las que

normalmente hacen descarrilar al tren, si Marx se hubiera dejado guiar por la experiencia y el escepticismo de su coetáneo y compatriota Heine, se habría ahorrado la *boutade*. Pero volvamos al relato: Heine volvería a las andadas y en *Deutschland. Ein Wintermärchen* la emprendería con su patria de origen, a pesar de la nostalgia «alemana» de la que hacía confesión:

El corazón alemán en mi pecho

Se siente de repente enfermo

Y un galeno solo sanarlo puede

Que en el norte su casa tiene.

Esta confesión nostálgica contrastaría con la que, sin abandonar la mordacidad, expresaba en su *Denkschrift* sobre Ludwig Börne: «En ocasiones languidezco mientras ansío esas frescas y regeneradoras estupideces que únicamente se pueden dar sobre el suelo de nuestra patria».

Como se puede apreciar, el dolor de corazón no iba acompañado del propósito de la enmienda. En carta a su editor advertía de sus reservas mentales (¡vicio que él mismo achacaba a los jesuitas!) *in puncto* arrepentimiento:

En todo caso me ha parecido conveniente acariciar a esos viejos pelucas [...]. Mi sumisa carta ha tenido que hacer un buen efecto. A buen seguro que el Bundestag se habrá conmovido40.

Sea como sea, a raíz del decreto del Bundestag, Heine tuvo que hacer de la ciudad de residencia libre pero, quizás, provisionalmente elegida, el lugar de un exilio obligado. Solo volvería a Alemania por razones de conveniencia en dos ocasiones que, por cierto, le darían la posibilidad de sentir de nuevo la vibración de la fibra nacional.

A esas alturas de su vida, la de Heine se había perfilado como la de un marginado de la sociedad en la que había nacido y crecido. En todo caso, la vivencia de su condición de judío en París, donde el código napoleónico habría dado carta de plena naturaleza social al semita41, fue distinta de la que había sufrido en Alemania, donde en su condición de judío habría tenido limitados sus derechos y solo habría podido acceder a ciertas profesiones y a ciertos medios sociales sobre la base de una buena fortuna (los Rothschild42 o el mismo tío de Heine, Salomon, eran buena prueba de ello).

Sin embargo, que no son penas todas las que se lloran lo demuestra el hecho de que él hubiese presentado, años atrás, su candidatura a un puesto de profesor en Múnich43, cuyo nombramiento finalmente no llegó, pero que obviamente tuvo una base de posibilidad real favorecida incluso por un ministro del reino de Baviera. Si su condición de semita había pesado en la negativa es un dato que hay que poner en duda pues a esas horas ya había renegado de una fe, la mosaica, que posiblemente nunca tuvo. Sea como sea, el nuevo marco sociopolítico que le proporcionó París le permitió participar intensamente en la vida cultural y social (también en los aspectos peor afamados) de la capital. Evidentemente, en Francia se daba tanto el antisemitismo del que Dreyfuss sería más tarde víctima, a pesar de las «acusaciones» de Zola, como el sionismo que el austrohúngaro Theodor Herzl fundaría en París (y lo que es más importante, su idea de «estado judío»).

Heinrich Heine (1842).

La parisina de Heine es la época en la que la «ciudad luz» *(Ville lumière*, ¿?),

a pesar de las restauraciones políticas o quizás precisamente por ellas (la de 1815 por obra de Luis XVIII, la de Luis Felipe de 1830 y, más tarde, la de Napoleón III, epígono de vía estrecha del Corso), instaura esa *joie de vivre* que tendría su expresión paradigmática en ese frenético cancán, propiamente galop, que baila el Olimpo, perdón, el Orco en pleno al final del *Orphée aux Enfers* de Jacques Offenbach, otro judío alemán en París44, y que escandalizaría a los pacatos críticos musicales y literarios45. Era la naturaleza jánica de aquella sociedad que odiaba y amaba, gozaba y sufría con una entrega a la vida digna de mejores causas. Frente a las miserias jovialmente compartidas de Rodolfo y colegas, recogidas en el primer cuadro de *La Bohéme,* de Murger/Puccini, la alegría desbordante del Momus del Barrio Latino, donde Mussetta gorroneaba a placer a un ministro colgado de sus encantos, ponía una nota de banal esperanza de medro sobre «las naranjas, turrones o ciruelas de Tours» que ofrecía el mercado popular y que posiblemente al anochecer ya se habría desvanecido. Cuando muere Heine, todavía faltan años para que Toulouse-Lautrec deje testimonio plástico de la «alegre vida» parisina, no exenta de miserias y gravedad (La Goulue o Aristide Bruant), pero ya antes, en época de Heine, Jacques Offenbach, en una de las operetas de su «trilogía de la Exposición», en *La vie parisienne*, hacía loa y chanza del mundo de crápula de la ciudad en el que participaban propios y extraños: *A minuit sonnant comencé la fête*, pregonaba una de sus *chansons*.

A juzgar por sus comentarios, Heine se ha entregado de lleno al disfrute de esa sociedad para la que cuadran perfectamente los calificativos tópicos de «alegre y confiada». No sabemos si el sórdido y, al tiempo, alegre mundo de *grisettes* del entorno de Pigalle le pudo motivar los comentarios moralistas a los que antes le había movido la visión de los músicos callejeros de Trento *(Viaje de Múnich a Génova)*. Sí es cierto que pronto establecería una relación amorosa, más o menos estable, con una parisina del *demimonde*, católica para más señas, que, final y oficialmente casada por el rito católico con el autor (en la Iglesia de Saint-Sulpice, pocos días antes de que este mantuviera el último de sus duelos), le atendería en sus más duros años. Lo que la sabiduría popular llama «ironías de la vida» le devolvía la pelota: sus ventoleras críticas contra la religión católica perdían su mordiente al aceptar, no solo el amor ni solo por amor, sino la misericordia de una muchacha que se entregaría a él en cuerpo y alma para cuidar sus miserias. En efecto, miseria y misericordia son dos términos-conceptos próximos.

Hasta 1844, año en el que tanto la disputa por la herencia con su primo Carl Heine como cierto desmedro económico reduzcan su actividad social, Heine no se ha privado de nada, siguiendo conscientemente (es un decir) la célebre máxima paulina: *omnia probate*. Los testimonios de sus memorias inducen a creer que su

atracción por la feminidad (sin distinción de clase ni condición cultural, como el Don Giovanni mozartiano a quien le bastaba *l'odore de femina* para «ponerse», fueran ellas «contadine, cittadine, camariere o baronesse»: desde su prima Amalia, hija de su potentado tío, hasta la cocinera del consejero Bauer, que le habría infectado con la sífilis), la mujer ha sido uno de los puntales de su personalidad. Hoy en día, sin embargo, se han levantado voces (¿cómo no?) que afirman la condición homosexual de Heine46.

Las obras que sigue publicando en Francia, ya con una fama literaria asentada, son colecciones de escritos que manifiestan ese carácter de cóctel de géneros y que van apareciendo en una cadencia regular. No en vano, él vivía de la pensión de su tío, de una pensión que le otorgaría el gobierno francés (a impulsos del ministro Thiers47, más tarde revocada) y de sus ingresos como escritor libre. La dulcificación de la inicial prohibición de sus obras promulgada por el gobierno prusiano no ha debido de mejorar su situación económica.

Un Job impío en el estercolero o Heine en el Matrazengruft48

A partir de 1844, coincidiendo con la disputa por la herencia de su tío Salomon, su tren de vida cambia de manera decisiva, cambio que se intensifica al anunciarse ya con carácter irreversible y terminal, en 1848, la enfermedad que, larvada durante largo tiempo, había venido causándole graves inconvenientes y molestias49. Se inicia entonces en su vida esa época de prolongada fase terminal que va desde 1848 hasta el año de su muerte en las laderas del Montmartre parisino (1856), y que le relegó a la que él denominó la «cripta del colchón» *(Matrazengruft).* La enfermedad de Heine ha sido últimamente objeto de discusión y se han barajado diversos diagnósticos tales como la esclerosis múltiple, la tuberculosis o el envenenamiento por plomo, enfermedad que algunos han propuesto —junto con la del envenenamiento con arsénico— como la que llevó a la tumba al por Heine adorado emperador en la isla de Santa Elena. Si fuera cierto este dato, ambas figuras habrían estado unidas en un rasgo tan infausto.

Estudios concienzudos de la sintomatología que la biografía del autor aporta, como los del neurólogo Roland Schiffter, inclinan al diagnóstico más que probable de sífilis o tabes, enfermedad que entonces tenía un marchamo de inmoralidad y sinvergonzonería, semejante al que hace pocos años ha tenido el sida. Síntomas como los constantes dolores de cabeza, así como la movilidad menguada y la parálisis final hablan a favor de un cuadro patológico de sífilis. En todo caso, la tuberculosis, en cualquiera de sus variantes, parece estar absolutamente descartada, ya que esta enfermedad habría tenido un desenlace

fatal más rápido. Incluso Heine ha hecho más de una alusión a este cuadro que habría iniciado su aparición en sus años de Gotinga. Una cocinera, demasiado generosa con su cuerpo (sobre todo con el de Heine, que en sus años mozos tuvo que irradiar un atractivo peculiar a juzgar por los cuadros de Moritz Oppenheimer o Colla) le habría contagiado de sífilis recién llegado a Gotinga, en una todavía incipiente edad viril. Los negacionistas del cuadro sifilítico quieren evitar ese borrón «moral» en el currículo del autor, a quien en todo caso habría que atribuir, sin mengua de su honorabilidad, el *nihil humani a me alienum puto* del clásico. ¿Acaso dañaría la reputación hagiográfica de su figura si supiéramos que las pústulas de San Roque tuvieron origen en una enfermedad de transmisión sexual? Toda culpa lleva su castigo redentor.

A mediados de los 40, el París que hacía quince años le había parecido el jardín del Edén divino, ahora se le había reducido a un continuo *Wagengerassel, Gehämmer, Gekeife und Klavierklimper* (traqueteo de carruajes, martilleos, refunfuñeo y aporreo de pianos), tal y como afirmaba en el *Romanzero*. Y hay que reconocerle en todo caso que la paciencia con la que sobrellevó su enfermedad sería ejemplo de conformidad cristiana en cualquier hagiografía. Los testimonios dejados por más de un alemán que le visita en su «cripta» son realmente conmovedores. Así, por ejemplo, Friedrich Engels, quien le visita a principios de enero de 1848, escribe a Marx sobre el estado en el que ha encontrado al autor, estado que califica de «höchst elend» (de la mayor decadencia física): «No puede dar tres pasos seguidos y camina apoyándose en la pared, del sillón a la cama y viceversa». Que Heine haya aguantado en ese estado siete años es cosa que debería considerar la romana Congregación de Ritos (¿es ella la encargada?) por si fuera susceptible de ser elevado a la gloria de Bernini, es decir, de los altares. El cuadro atribuido a Ernst B. Kietz (1851) que muestra a su mujer Mathilde apoyada en el brazo del autor y a este en doliente actitud de resignación, transmite una imagen totalmente distinta a la que antaño (y todavía) habían transmitido (o podían transmitir) las balandronadas que había repartido (o repartía) a diestro y siniestro su mordacidad (más a lo primero). A Campe, el 30 de abril del 49: «Solo dos consuelos me restan y están sentados celosos junto a mi lecho: mi mujer francesa y mi musa alemana». Él, que había descrito al buen Dios divirtiendo su aburrimiento con la contemplación de los bulevares parisinos desde los balcones celestes, se veía condenado a disfrutar «divinamente» aquellos bulevares desde el balcón de su domicilio en la Avenue Matignon, 3, cosa que evidentemente no le bastaba, aunque le aliviaba.

Ernst Benedikt Kietz, *Heine y Mathilde* (París, 1851).

Algunas de sus expresiones dan a entender que, en esa situación de aniquilación física, la religión, que él había combatido con todas sus fuerzas, tras esa especie de «conversión laica«, le ha reconfortado de alguna manera. En una carta a Laube, compañero de fatigas literarias, le confesaba su nueva posición frente a la religión: «[...] He abandonado el dios hegeliano o, mejor dicho, el ateísmo hegeliano y en su lugar he puesto el dogma de un Dios real y personal que está fuera de la naturaleza y del alma humana»50.

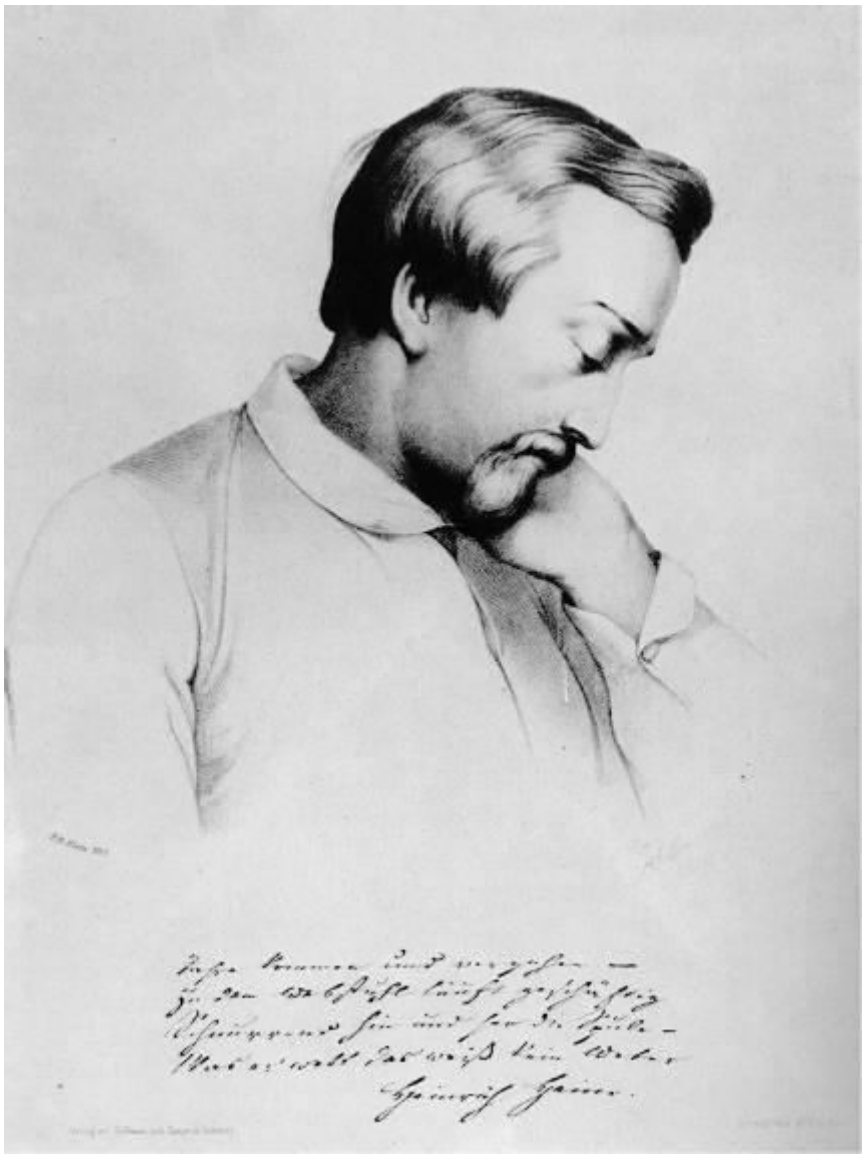
A causa de la enfermedad, la revolución del año 48, la «revolución de Febrero», le coge ya fuera de la palestra política, aunque sigue publicando, si no con el mismo ritmo y la misma intensidad, sí en la misma tónica, de los años 30. La enfermedad, los desengaños y quizás también la edad, parecen haberle dulcificado el agrio carácter del que siempre había dado muestras y se siente menos comprometido que antaño ante los sucesos sociales. Su desengaño del comunismo y la eliminación de la pensión por parte del nuevo gobierno francés pudieron contribuir a ello. La *Marsellesa* que en 1830 había representado para el escritor una ilusión de igualdad social y un reclamo para desplazarse a las riberas del Sena, en 1848, año del *Manifiesto Comunista*, le resultaba un cúmulo de ruidos enervantes:

Tambores, disparos y marsellesas sin cesar. Esta interminable canción casi me hacía estallar el cerebro y, ¡ay!, la patulea de ideas más peligrosas para el estado, que yo creía desaparecidas hacía años, surgía de nuevo51.

La sabiduría que normalmente aporta la edad madura y quizás el sufrimiento se le imponía y Heine manifestaba una dulcificación de las aristas de su crítica. A partir de ahí, su vida y su producción sufren un paulatino declinar. Esos años registran prácticamente dos títulos de importancia: el *Romanzero*, considerado como testimonio de su lírica reflexiva, y los *Escritos misceláneos*, en los que incluía *Los dioses en el exilio* y la *Lutezia*, título que, bajo el nombre latino de París (Lutetia), recogía informes y reportajes sobre «política, arte y vida popular».

No sin antes haber ensayado una relación femenina de despedida y haber sido consolado por la visita de sus hermanos Charlotte y Gustav en noviembre de 1855, Heine moriría en febrero del siguiente año en un no muy acomodado domicilio parisino. Su tumba en el cementerio de Montmartre es una de las curiosidades de esta necrópolis de barrio. Precisamente en su poemario de «senectud», prematura por supuesto, el *Romanzero,* en su epílogo, vertía sus efusiones líricas más íntimas y más auténticas: las que experimentaba ante la proximidad de la muerte:

Cuando se está en el lecho de muerte, uno se hace muy sensible y dulcicorde, y quisiera hacer la paz con Dios y el mundo [...]. Desde que he necesitado la misericordia de Dios he promulgado una amnistía con mis enemigos; muchos bellos poemas que estaban dirigidos contra muy altas y muy bajas personas no han sido recogidos en esta colección. Poemas que solo contenían picardías a medias contra el buen Dios los he dado a las llamas. Es mejor que ardan los versos que no el versificador. Sí, como con las creaturas, también he firmado la paz con el Creador, para gran disgusto de mis ilustrados enemigos que me han hecho reproches por haber vuelto a la vieja superstición, tal y como han llamado mi vuelta a Dios. Otros en su intolerancia se expresaron de manera más drástica. Todo el clero del ateísmo ha promulgado su anatema sobre mí y hay fanáticos prestes de la incredulidad que quisieran tenderme en el potro de tormento para que confesara mi herejía [...]. Pero quiero confesarlo sin tortura. Sí, he vuelto a Dios como el hijo pródigo después de que durante mucho tiempo haya apacentado los cerdos de los hegelianos. ¿Ha sido la miseria la que me hizo volver? Quizás un motivo menos miserable: La nostalgia celestial se apoderó de mí52.



Heinrich Heine (1851).

LA OBRA DE HEINE: ENTRE MORDACIDAD Y LIRISMO

Ya hemos advertido que desde que en 1817 aparece su primera publicación, *Romantik*, referida precisamente al movimiento que ya parecía agonizar, hasta que con la *Lutezia*, poco antes de morir, cerrara su carrera literaria, Heine ha hecho gala de una versatilidad de pluma que casi le equipara al príncipe de las letras alemanas. Solo el teatro pareció resistírsele. Aparte de este género fallido, Heine hizo la prueba con el ensayo de crítica cultural *(Los dioses en el exilio),* la epopeya anomalística *(Atta Troll),* el reportaje periodístico *(Über Polen),* el relato corto o *novelle*, la novela *(Florentinische Nächte,* inacabada), la leyenda *(Tannhäuser),* el

relato histórico *(Der Rabi von Bacharach),* la odepórica o relato viajero *(Reisebilder)* y la lírica *(Intermezzo, Buch der Lieder, Romanzero,* etc.), mayormente popular. Pero todos estos palos literarios que Heine toca, tienen una doble polaridad en la que encaja el eje de su personalidad: la lírica expresada en lo que llamaba *gebundene Rede* (verso) y a la que no se resiste ni siquiera en los más prosaicos de sus escritos53 —y adelantamos o repetimos que en ella alcanzó alturas insuperables de calidad poética que le entroncaban con la más pura escuela romántica por él criticada— y la crítica, fundamentalmente satírica. Puede decirse que todas esas especies literarias que activa en su escritura no son más que un pretexto para dar rienda suelta a su vena irónica, mordaz y ácida, o, lo contrario, al más delicado sentimiento poético. En todo caso, la suya queda muy lejos de aquella «ironía romántica» que habían propuesto Fr. Schlegel y, sobre todo, K. W. F. Solger como teoría estética, es decir, como resorte de creación artística. Si para estos, la ironía representaba la autoconciencia de superioridad sobre las cosas que se tomaban como intrascendentes episodios que no afectaban al yo y aunque comportaban una autolimitación y concienciaban de la «contradicción entre lo finito y lo infinito»54, la ironía de Heine se basa en la percepción de la imperfección inherente a lo humano y que, percibida por él *semper et ubique* por su capacidad de análisis crítico, le hace formular juicios aniquiladores. El distanciamiento de sí mismo que exigía Fr. Schlegel como condición para la ironía filosófica, es en Heine un alejamiento del objeto a flagelar para así golpear con más eficacia. No es la suya una ironía idealista, sino realista. Se dirige contra el hombre de carne y hueso o contra la institución de sello y sede sociales.

Por esa tendencia a una ironía que más habría que llamar mordacidad, muchas de sus obras tuvieron problemas con la censura alemana. Incluso en los temas más especializados de crítica literaria o ideológica, Heine sabía meter el dedo en el ojo del contrincante, no necesariamente enemigo, fuera este Goethe55, Platen, la cultura italiana, el gobierno prusiano o la universidad de Gotinga. Raro es el colega, la personalidad pública, el viandante que se cruza en su camino o el ventero que le acoge en el transcurso de sus viajes que no sea observado con la lente cóncava de su ironía que los convierte en una caricatura. El retrato del ventero de Ala, localidad italiana en la que hace parada y fonda en su viaje de Múnich a Génova, raya en la crueldad:

Llevaba una levita de un verde ansioso y tenía un semblante surcado de arrugas en el que una larga nariz curva, con una peluda verruga roja campeando en medio de ella, se asemejaba a un mono que, en chaleco rojo, cabalgara en la giba de un camello56.

Siempre hizo alarde de poner esa mordacidad al servicio de la causa de la libertad, como demuestra en el pasaje de uno de sus «cuadros», cuando todavía estaba lejos de su desenlace vital y apenas había iniciado su «vida pública», exige para su tumba, no tanto la corona del poeta laureado, cuanto la espada del guerrero:

Realmente no sé si merezco que se me adorne el féretro con una corona de laurel. La poesía por muy querida que me sea, solo me fue un juguete sacrosanto o un ungido medio para fines celestiales. No he dado nunca un gran valor a la fama del artista y poco me preocupa el que se alaben o critiquen mis poesías. Pero una espada se deberá poner en mi féretro, pues fui un valiente soldado de las guerras de liberación de la humanidad57.

No resulta evidente que siempre pusiera el ejercicio de esa mordacidad social y teórica al servicio de la libertad ni que siempre fuera clarividente, bienintencionado o de buenas artes. La descalificación del contrario la daba como presupuesto. Tal, por ejemplo, la descalificación *a priori* de las organizaciones religiosas o de las instituciones del «sistema». A juzgar por el trato que reciben en sus obras, los ministros de la religión católica, un tabú de Heine, serían incapaces del bien. Cualquier contrargumento estaba condenado a la descalificación y esta especie de instituciones eran para Heine la personificación del mal: «quien pelee con curas tiene que estar dispuesto a que la mejor mentira y las más hábiles difamaciones ennegrezcan y agujereen su nombre». De este anatema general, que preferentemente aplica a los franciscanos58, parece excluir a los jesuitas a los que dedica alguna que otra andanada en forma de proverbio. Ejemplo al canto: *Der Teufel, der Adel und die Jesuiten existieren nur so lange, wie man an sie glaubt (*El diablo, la nobleza y los jesuitas solo existen mientras se crea en ellos59).

Y sí que resulta más que evidente que en sus caricaturas se metió con todo y con todos aquellos que pudieran tener una diferencia de pensamiento o que no le fueran especialmente simpáticos. No hubo ciudad en la que residiera que no fuera objeto de sus iras: Hamburgo, Berlín, Múnich, Luneburgo... Sobre el perfil de la ciudad y la universidad de Gotinga, su *alma mater*, una de las mejores instituciones universitarias alemanas de siempre, se excedió demasiado. Su expulsión de la Institución, que sin duda él consideró injusta, se atenía a un ordenamiento que hoy en día nos parece más que justificado, pues castigaba un acto de bravuconería juvenil, más propia de tiempos bárbaros y que es difícil de imaginar en una personalidad que pretendía dejarse llevar por un sentimiento de humanidad. Aquiles desafiando y matando a Héctor manifiesta una pretendida superioridad irracional, la de la habilidad física, a la que la suerte puede quitarle la razón. Casi

un siglo después, a un escritor judío vienés, Arthur Schnitzler, le costaría más de un disgusto su campaña contra esa institución, el duelo, que había provocado la expulsión de Heine de la universidad. Este devolvió con creces... y con genial ironía la supuesta injuria. Solo un botón de muestra: «La ciudad de Gotinga nunca resulta más bonita que cuando se le da la espalda».

Y, claro, la genialidad no disculpa la desmesura, que puede ser inmoral. Mientras se debe admirar aquella, esta debe reprocharse. Heine fue un Marcial, un genio de la mordacidad, aunque no siempre hizo buen uso de ella. Su ironía es en parte manifestación de esa *Überheblichkeit,* ese *Hochmut* constitutivo del carácter de un pueblo, el alemán, al que se le educa o se le educaba sobre el principio de lo que Nietzsche ha llamado *Wille zur Macht.* El Júpiter de Weimar desatiende, dejando sin respuesta, una propuesta de colaboración de Beethoven que, quizás, a él no le habría aportado nada, pero sí tal vez a la posteridad; Lutero apelando a Dios ante el Reichstag *(Hier stehe ich, ich kann nicht anders, Gott helfe mir)* para poner patas arriba toda una época —no mencionemos los suaves calificativos que aplicaba a sus contrincantes ideológicos—; Einstein sacando la lengua o Albert Speer diseñando la célebre *Kuppelbau* berlinesa que debía glorificar al malhadado Reich son otros tantos iconos de esta autosuficiencia, por cierto, en ocasiones productiva y creadora. No deja de ser sintomático que en ese catálogo de héroes de la moralidad que es la hagiografía, frente a un Francisco o un Bosco en Italia, un Vicente Paul en Francia o un Juan de Dios o un Pedro Claver en España —todos ellos paradigma de la bienaventuranza de la modestia: bienaventurados los mansos—, Alemania muestre como mayor logro hagiográfico un científico al que para mayor inri la posteridad ha calificado, como no podía ser menos siendo alemán, de «magno»: Alberto, el *doctor universalis*. Sin olvidar, claro, los «reyes magos» coloneses, enterrados en la catedral de la ciudad renana. Frente a ellos, el mínimo y capuchino Conrado de Parzam de Altötting (Baviera)60 no es nadie en la piedad germánica. Esta se expresa siempre con el boato de palios, ujieres y sacristanes en talar. Como a los humanos en las tragedias clásicas, los dioses les condenaron a sufrir el más terrible ataque de *hybris* o insolencia de toda la historia humana: el Reich.

En esta autoconciencia de superioridad en la que, como buen alemán, también participa Heine no se arredra ni ante los nombres que la posteridad ha consagrado como dignos de respeto: ni los Schlegel («unos dicen que no es poeta, los otros dicen que es muy mal poeta», dirá de August Wilhelm), ni Kant («pésima escritura, burguesazo, de estilo de pesado» son juicios que emite sobre el padre del idealismo alemán), ni Schelling («en Schelling cesa la filosofía y empieza la poesía, digo la locura»), ni Novalis o Hoffmann («la poesía de estos dos sería más bien una

enfermedad»), ni el mismo Goethe, que le había dado un desplante en su visita a Weimar61, se libran de sus azotes verbales. Los casos Börne o Platen, de cuya homosexualidad se burló hasta el escarnio y con las más bajas artes cuando solo habría tenido que juzgar la calidad de sus obras, son los mejores ejemplos de lo que afirmamos. Por su parte, Börne, escritor y político alemán, judío converso, parisino de adopción (allí empezaría a escribir sus *Briefe aus Paris,* antes de que Heine empezara sus informes para el periódico de Augsburgo) y de familia de banqueros como nuestro autor, con quien este mantuvo una cierta relación de amistad, es ejemplo de que la mordacidad de Heine no tenía límites. Su *Viaje al Harz* lo había encabezado con una cita de Börne. Muerto este en 1837, cuando todavía estaba caliente su cadáver (perdónese el tópico), en 1840, Heine le dedicó ejemplares endechas amistosas (a su estilo). Después de aludir maliciosamente a una relación ambigua de Börne con un matrimonio alemán en París, explicaba su relación personal con el escritor sacando a colación chismes matrimoniales:

Incluso se decía que el joven marido se había casado solo para estar en contacto más íntimo con Börne [...]. Nunca fui amigo de Börne; tampoco su enemigo. El desagrado que en ocasiones me podía producir no tenía mayor trascendencia y él lo pagó suficientemente con el frío silencio con el que correspondí a todos sus anatemas y maldades. Mientras vivió nunca escribí una sola línea contra él, ni lo mencioné nunca. Lo ignoré completamente, lo que le irritó sobremanera...62.

Paradigmática confesión de autosuficiencia frente a un semejante que permite al autor entrar en el panteón de los genios de la maledicencia por derecho propio. Y eso que Börne había alabado sus cualidades y reconocía en él ingenio y humor. En un escrito de Börne a J. Wohl: «Es una fuente de ingenio y de humor» *(Er ist dann ein Springbrunnen von Witz und Laune)*...63. Pero, aunque no fuera ni mucho menos moralmente ejemplar, salvemos la genialidad del hombre Heine apelando de nuevo al dicho del clásico: *homo erat, humani nihil a se alienum putabat*64. O sea, *Menschlich, allzu menschlich* que diría el otro...65.

Él mismo, en el epílogo al *Romanzero,* confesaba su carácter agresivo... y lo lamentaba:

Confieso que a muchos les he arañado y a muchos otros les he mordido y que nunca fui un cordero. Pero, creedme, los que pasan por corderos de la mansedumbre se comportarían de manera menos pía si tuvieran los dientes y las zarpas del tigre...66.

Él, que tenía ambos, dientes y zarpas, los había utilizado y en ese sentido cabe decir que fue un profesional de la *vendetta* verbal. Por eso, el escándalo lo acompañó durante toda su vida: Los casos Schelling, Börne, Platen... son eslabones de una cadena que se extiende desde su nacimiento como autor hasta su ocaso como hombre. Quizás esa mordacidad fuera el arma de una personalidad a la defensiva que en más de una ocasión ha dado muestras de debilidad psíquica, fuera esta achacable a la enfermedad que le consumía, fuera una patología específica. Un trabajo bajo el título *Der kranke Heine*, registra, ya en 1821, los síntomas de *eine schwere Depression*, depresión profunda, diagnóstico que repetidas veces se le señala a lo largo de la «cronología de las enfermedades de Heinrich Heine». Si a esta patología añadimos una manía persecutoria, crisis esquizoides de identidad, perturbaciones en su percepción del tiempo, dificultades de visión y audición y una veintena más de síndromes que se le han señalado, no es de extrañar que nuestro autor pretendiera ventilar la presión interior con una agresividad verbal que le servía de autoafirmación en los diferentes medios sociales. En efecto, su hermano Max dejó testimonio del respeto o temor que infundía la ironía de Heinrich Heine. En su época muniquesa, en una reunión social, el uso de una inofensiva palabra por parte de uno de los huéspedes habría provocado una sonrisa de Heine, lo que por un instante hizo que todos los asistentes estuvieran pendientes de la posible reacción maliciosa de este. Max Heine, su hermano, explica: *Man befürchtete allgemein eine durch nichts provocierte maliziöse Bemerkung Heines*67... (Se temía en general una observación maliciosa de Heine provocada por nada).

Junto a esta caracterización general de la creatividad heineana en el género que ya por sí solo le habría hecho figurar por derecho propio en la historia de la literatura alemana, el de la sátira y la ironía, resulta perentorio mencionar su otra faceta, la de poeta y narrador.

Junto al ensayo tipo *La escuela romántica*, la lírica del *Buch der Lieder* —la mejor del siglo XIX alemán, peso específico de su escritura que ya en 1855 llevaba su decimotercera tirada— el relato de formato menor, *El rabí de Bacharach*, o la epopeya animalística *(Tierepos) Atta Troll*, 1847, testimonian la versatilidad de su pluma. Solo el palo dramático y el narrativo de gran formato (la novela) parecen habérsele resistido. Y cumple decir que en su pluma los géneros no tienen contornos puros. En casi todas sus obras hay un «mix» de géneros y especies poéticas que les confiere una originalidad peculiar. *Los dioses en el exilio* son unas reflexiones y variaciones sobre temas de mitología comparada que adopta formas innegables del relato y leyenda. Y los *Espíritus elementales* son una colección de sagas que bien podrían haber escrito los Grimm. En este mismo sentido, ya en sus

«cuadros de viaje» había intercalado efusiones líricas que rescataban la narración de la monotonía de la «representación» o *Darstellung*. Fue este un tic muy romántico que también Joseph von Eichendorff en su *Taugenichts*68, por ejemplo, cultivó exitosamente: *Wem Gott will richtig Gunst erweisen...* (A quien Dios quiere mostrar sus favores), exclamaba el «tunante» a poco de ponerse en camino emulando a los antiguos aedos para cantar el espíritu de la dulce vida de vagancia.

Aunque la lírica no es el objeto propio de las obras que aquí presentamos, nos cumple al menos una breve caracterización de la misma, dado que no podríamos silenciar un aspecto que, aunque tagencialmente presente en los cuadros de viaje (en el *Viaje al Harz*, sobre todo), traza el valor fundamental del autor: el lírico.

Cuatro son los grandes poemarios heineanos, *Intermezzo, Heimkehr*, *Buch der Lieder* y *Romanzero*, amén de los «epos» en verso *Deutschland. Ein Wintermärchen* y *Atta Troll*, que polarizan en dos clases o conceptos críticos: la obra de juventud, que coincide con lo que Heine llamó *Kunstperiode*, y la tardía, que se desarrolla básicamente en su período francés, es decir, mientras está pasando su época de activismo político y, después, de sufrimiento personal físico. La primera lírica, la del «período artístico», está en plena onda romántica. Heine no ha desarrollado todavía su activismo ideológico o, mejor, político y social. Es el Heine ingenuo que se expresa a impulsos de sus sentimientos y que domina un género de versificación, el popular, para incorporar motivos legendarios o históricos o simplemente amorosos. La lírica de juventud se inscribe en el marco estilístico e ideológico del romanticismo de cuño más auténtico y a ella pertenecen títulos de gran popularidad: La «Lorelei» (No sé qué puede significar...), *Los dos granaderos* («A Francia volvían dos granaderos», puesta en música por Wagner), *Regreso* («Mi corazón, sí, está triste») y otros que son expresión de los más exquisitos sentimientos de amor, de amistad, de asombro, de miedo... La lírica final, sin embargo, deriva hacia la reflexión, el desengaño e incluso lo gnómico. En ocasiones se la ha tildado de lírica política. Sintomático es al respecto el poema final del *Romanzero* que, bajo el título de «Disputa», desarrolla

En el aula de Toledo

(Suenan potentes fanfarrias,

Que al torneo verbal llaman

Y en grupos acude el pueblo),

y que acaba con una sentencia que respondía a sus más íntimos convencimientos y al nuevo concepto de su lírica, tendente un poco, frente a la lírica vivencial *(Erlebnislyrik)* inicial, a una *Gedankenlyrik* de la que Schiller había dado tan buenos ejemplos:

No sé con qué derecho,

Pero se me antoja, creo:

Que a ambos, sí, rabí y monje,

A ambos por igual detesto.

Todo el poemario, que podíamos calificar de lírica reflexiva y de consolación, se inicia con dos cuartetas que exponen la función catártica de la poesía:

Wenn man an dir Verrat geübt,

Sei du um so treuer;

Und ist deine Seele zu Tode betrübt,

So greife zur Leier.

Die Saiten klingen! Ein Heldenlied,

Voll Flammen und Gluten!

Da schmilzt der Zorn, und dein Gemüt

Wird süß verbluten.

(Cuando te hayan traicionado / sé tanto más fiel. / Y aunque tu alma esté triste de muerte /, echa mano de la lira.

¡Suenen las cuerdas¡ ¡Bello cantar de gesta / ardorosas canten / Que pronto la ira derrita, / Que tu ánimo dulzura sangre!).

Perentorio es decir que casi todos los títulos narrativos integran poemas de las colecciones líricas anteriores. Muchos de ellos, como sucedía en sus ensayos

críticos, habían sido publicados sueltos y algunos de ellos se incluyeron en los siguientes. Así, por ejemplo, la «Lorelei» apareció en la colección *Heimkehr* y más tarde en el *Buch der Lieder*.

Hecha esta previa y obligatoria apreciación crítica (en la que hemos intentado barajar estética + ética; Wittgenstein *dixit)* cabe proponer, a título de ensayo, un canon de las obras de Heine, es decir, un «Heine básico» en el que resalte de manera ejemplar lo que el autor vale estéticamente: mordacidad ingeniosa por una parte, y genial y exquisito lirismo por otra:

En la lírica, *Intermezzo lírico, Libro de canciones, Alemania, cuento de invierno* y *Romanzero.*

En la narrativa, *Cuadros de viaje (Viaje al Harz* y *Viaje de Múnich a Génova*, sobre todo).

En el ensayo crítico, *La escuela romántica*, *Los dioses en el exilio*.

En el ensayo social y crítica de arte: *La situación francesa* y *Pintores franceses*.

Tales serían las obras que una biblioteca heineana selecta, en opinión del que esto escribe, debería integrar. Casi todas ellas están ya publicadas en español.

POSICIÓN DEL AUTOR HEINE EN LA HISTORIA DE LA LITERATURA ALEMANA

Desde el punto de vista político, Heine vive tres regímenes —el Antiguo, la Restauración y el protoliberal— y dos nacion(alidad)es. Desde el punto de vista literario, también se pasea por el filo de la navaja de dos épocas y dos estilos literarios. Nace cuando Novalis publica sus *Himnos*, Tieck traduce el *Quijote* y Schlegel teoriza sobre el romanticismo, que en Alemania tiene una breve juventud y una larga y productiva agonía[69]. Románticos son, por ejemplo, Eichendorff, que escribe su *Taugenichts* en 1825, o incluso Mörike que fabula su *Historie von der schoene Lau*, historia de una simpática ondina y un débil monje, todavía en 1853. Son obras que coinciden con otras producciones literarias de más edad que, si bien comparten con ellas un *pathos* romántico, renuncian ya a las *Wendungen* que algún crítico ha señalado como características del movimiento romántico: el giro al yo, a la naturaleza y a la historia. La tentadora y bella ondina de Mörike coexiste con el oso de feria de *Atta Troll* de Heine y ambas obras tienen poco en común. La obra de Mörike más bien tendría que ver con la «Lorelei» del *Libro de los Cantares,* que databa de veinte años antes. Desde 1830, a más tardar, pero incluso ya durante el

Biedermeier —movimiento, programa y estilo mitad románticos, mitad realistas—, la literatura alemana da un giro hacia lo «colectivo social», hacia eso que desde entonces se llamaría, un tanto despectivamente, «el sistema». Lo «colectivo popular» (los cuentos y leyendas, las tradiciones, los sentimientos nacionales, las lenguas...) había sido perfectamente manejado por el romanticismo o incluso en la época clásica. No así lo colectivo social que, a través de las disposiciones arbitrarias de los regentes (gravámenes a las clases bajas, limitaciones de los derechos individuales, etc.) hizo del sistema social un instrumento de despersonalización del que fue buen testimonio el mundo londinense de Dickens y que más tarde provocaría la «rebelión de las masas». La escritura se hizo más social, más crítica, más comprometida con el entorno político y apareció la conciencia de superación de una literatura que, en parte o en gran parte, se había refugiado en un mundo de fantasía alienada de lo social. Lo que Heine había señalado como característica de la escritura que se instaura en la Reforma parece tener su aplicación en ese momento de la Joven Alemania:

El carácter general de la literatura moderna consiste en el predominio de la individualidad y del escepticismo. La autoridad quiebra; solo la razón es la única lámpara que guía al hombre y su conciencia es la única medida en los oscuros laberintos de la existencia70.

Era un nuevo sentido de lo social que exigía el respeto a los derechos del individuo. Y eso era lo que, insensatos, pretendían los miembros de la Joven Alemania (Laube, Gutzkow, Börne, Mundt y otros). Büchner, al que estos habían querido implicar en el grupo, los desengañaba y les advertía que a través de la literatura era difícil cambiar el mundo:

Solo un total desconocimiento de nuestras relaciones sociales podría hacer creer a la gente que a través del ejercicio de la literatura se puede conseguir una total transformación de nuestras ideas religiosas y sociales71.

Ellos, sin embargo, siguieron insistiendo. Heine había hecho una proclama de sus intenciones en carta a Varnhagen:

La guerra entre Schiller y Goethe en las *Xenias* fue solo una guerra a patatazos: era el período artístico en el que lo que valía era la apariencia de la vida, el arte, no la vida misma. A partir de ahora lo que importa son los máximos intereses de la vida, la revolución entra en la literatura y la guerra va en serio72.

Era el mismo error que desde que el mundo existe han cometido los

escritores que se creen enviados de instancias superiores, cuando la única misión que les cumple es la de escribir bien y, en el mejor de los casos, desvelar, es decir, quitar el velo con el que el convencionalismo cubre la realidad. Por eso, si bien los primeros escritos de Heine se orientaron al romanticismo —el *Intermezzo lírico* es buena prueba de ellos—, pronto el inconformismo con la situación alemana y con su persona dentro de esta, le hará entonar cantos más desagradables, más agrios. Si Beethoven había exhortado a una más fraterna concordia *(Brüder, nicht diese Töne, sondern lass uns angenehmeren anstimmen, und freudenvolleren,* «Himno a la Alegría», *Novena Sinfonía),* Heine parecía invitar siempre al enfado y al desagrado social (quizás los «indignados» podrían tomarle de epónimo y patrón), mientras seguía dando a la realidad la más lírica de las expresiones. Que esa condición y conciencia de indignado se basaba en el alto concepto que de su talla moral tenía, de ello dan testimonio muchos pasajes de su obra. Algunos botones de muestra: «Vivimos en una época lamentable, donde los canallas se convierten en los mejores y los mejores, por el contrario, en canallas», escribía a su amigo Moser ya en 1823. Y más tarde, 1840, a Cécile Heine: «un día comprenderéis que aquí abajo todo espíritu superior, todo corazón apasionado está condenado al sufrimiento, cuando no a la miseria; comprenderéis que para nosotros esta tierra es el infierno mientras que para los imbéciles es el paraíso». Evidentemente, quien no se consuela es porque no quiere.

Temas y recurrencias heineanos: Alemania, el poder, la religión

Pocos autores alemanes resultan tan característicos desde el punto de vista temático como lo ha sido Heine en sus ensayos. El hontanar del que ha agotado sus temas ha sido el compromiso político forjado en la serie de ofensas y rencores acumulados a lo largo de una biografía en la que destacaba su condición de semita protestón contra el *establishment,* lo que por supuesto no le granjeaba simpatías. Alemania y la clerigalla por una parte, y las virtudes de la civilización francesa por otra son motivos constantes en la escritura de nuestro autor. En Alemania veía sobre todo el imperio del Antiguo Régimen que el *Bund* había restaurado y que, sostenido por Metternich, los soberanos de los varios reinos, ducados y principados del tablero de ajedrez que era Alemania, y por los teóricos de la política «por la gracia de Dios» (Gentz y compañía), le había desposeído de sus derechos civiles, tanto en su calidad de judío como en su calidad de ciudadano. En la Iglesia, en la católica sobre todo, veía el apoyo más firme del Antiguo Régimen que desde los púlpitos y a través de formas de piedad folclorizadas, mantenían unas creencias que, en su opinión, pasaban por alto la *Bergpredigt,* el sermón de la montaña. Finalmente en Francia, veía el santuario de la religión de la nueva época que se anunciaba: la de la libertad. Todo lo que tuviera que ver con cada uno de

estos tres partidos, participaba de sus anatemas o, al contrario, de sus bendiciones. El crítico A. W. Schlegel, el biógrafo Eckermann, el colega Börne o el poeta Platen eran objeto, *opportune et importune*, de sus críticas. A la inversa, todo aquello que se alineaba a favor de una política liberadora o emancipadora era observado con la simpatía que le merecían las causas que él creía justas. Que en estos odios y simpatías no ha sido siempre justo y que se ha dejado llevar de sus impulsos o de la dinámica propia de la mordacidad se puede suponer fácilmente. Ya una primera y superficial lectura de los *Cuadros de viaje* permite percibir que esos temas ya se han anunciado como constantes temáticas. El juicio que le merece la Edad Media, que, por cierto, el Romanticismo había revalorizado, queda implícito en su visita a Goslar y explícito en *El Mar del Norte* o en *La escuela romántica*. El renacimiento de la Edad Media, tanto en Francia como en Alemania, parece haberle revuelto los intestinos. Con relación a la ola medievalista que cursaba en Francia Heine echaba en cara a sus fautores, *il trucco*, el maquillaje que aplicaban a una edad donde imperaban otros principios de convivencia:

Los unos vistieron la Edad Media con un nuevo ropaje, los otros le cortaron las uñas, un tercero le puso una nueva nariz y finalmente llegaron los poetas que le extrajeron los dientes: todo como si solo hubiera existido el emperador Otón73.

La crítica a los medievalistas alemanes era más despiadada:

Los escritores que en Alemania hicieron surgir de su tumba a la Edad Media tenían otros objetivos [...] y el efecto que ellos pudieron ejercer sobre la gran masa hacía peligrar la libertad y la felicidad de mi patria [...]. Al contrario, los escritores franceses solo tenían intereses artísticos y el público francés solo pretendía satisfacer su curiosidad. La mayoría miró en las tumbas del pasado con la única intención de buscar un interesante disfraz para el Carnaval74.

El extremismo de su posicionamiento salta a la vista y solo le salva por la genialidad de la expresión. No deja de escandalizar o al menos extrañar que esa visión ideologizada no le haya permitido ver los logros de la civilización medieval, sobre todo los artísticos. No dice mucho a favor de la imparcialidad y criterio heineanos el que en el «cuadro de viaje» *La ciudad de Lucca* no haya dedicado, en un momento en el que el interés arqueológico y artístico estaba en pleno auge, ni una línea a la descripción de esas memorables fachadas románicas (San Michele y el *Duomo)* que hacen de la ciudad estación obligada para el amante del arte. Como Goethe, extasiado ante el templo de Minerva en Asís y ciego para los frescos del Giotto, Heine fue víctima de una ceguera impuesta por los prejuicios, que, como todo hombre, incluso el gran hombre, también tuvo. Y esta misma ceguera la tuvo

para el arte, mayormente cristiano por cierto, de Florencia, lugar donde transcurrió la mayor parte de su estancia italiana.

Obviamente de la crítica de la Edad Media a la de la religión solo había un paso y aquella únicamente era un puente para esta. La religión ha sido uno de los temas centrales de la crítica heineana. La relación de Heine con la esfera y ámbito religiosos, sobre todo en su versión cristiano-católica, siempre estuvo marcada por la antipatía, cuando no por la hostilidad y en todo caso por la ambigüedad. Solo a partir de los años en que traba relación estable con Mathilde Mirat parece percibirse una dulcificación de su animosidad anticristiana. La vuelta a la Biblia, en su versión más bien judaica, de la que hace confesión en el prefacio del *Salón II*, podría ser indicativa de ese punto de inflexión que suponen, en primer lugar, su relación con Mathilde —católica confesa, con la que accede a matrimoniarse por la Iglesia católica, ni más ni menos que en la iglesia parisina de Saint-Sulpice— y, sobre todo, lo que la literatura de edificación denominaría «postración en el lecho del dolor». Su condición de extremada postración física, que reduce su figura a la de una nueva versión del bíblico Job en el estercolero, pudo afinar una *paciencia* que siempre tiene un trasfondo religioso al postular un asidero trascendente al que fijar la frágil existencia humana: la aceptación de los «designios inescrutables» que decía la literatura piadosa. Ya en sus escritos había manifestado que el sufrimiento decantaba lo humano:

En realidad, las personas enfermas son siempre más exquisitas que las sanas; pues solo un hombre enfermo es un hombre auténtico, sus miembros tienen una historia de sufrimiento y están transidos por el espíritu. Creo incluso que los animales, a través de la lucha y el sufrimiento, se podrían convertir en humanos75.

Bien es verdad que, cuando escribía esto, estaba todavía lejos de la experiencia real y abrumadora del dolor. Tras advertir que la lectura de la Biblia le ha supuesto la salvación y la iluminación *(Heil y Erleuchtung),* afirma:

Con razón se la llama la Sagrada Escritura. Quien haya perdido a su Dios, lo puede encontrar en este libro y quien no lo ha conocido en este libro puede sentir el hálito de la palabra divina76.

La disposición testamentaria acerca de su entierro en tierra sagrada católica, a pesar de su fe luterana, es un detalle que habla más del cariño a su mujer y de respeto a la convención social que de auténtico convencimiento religioso. En todo caso, veía las orejas al lobo y la reflexión se le imponía:

Como se agita nuestra alma contra el pensamiento del cese de nuestra personalidad, de la aniquilación eterna. El *horror vacui*, que se atribuye a la naturaleza, es congénito al espíritu humano. Pero consuélate, estimado lector, hay una continuación después de la muerte [...]77.

Por los mismos años en los que fijaba esta disposición testamentaria, Heine estaba escribiendo *Los dioses en el exilio,* obra en la que hacía vestir a Satán los hábitos del monje, convencido de que a este no lo hacen los hábitos, y, entre otras muchas, soltaba algunas lindezas anticristianas:

Cuando irrumpió la desventurada catástrofe que proclamó el gobierno de la cruz y del sufrimiento, emigró también el gran Cronida y desapareció en el tumulto de la emigración de los pueblos78.

Cuando conjugaba los dos términos de sus fijaciones y de sus inquinas (Alemania y la religión, es decir, la Alemania católica), su malicia verbal llegaba al paroxismo. Con referencia al catolicismo alemán afirmaba:

Son los enemigos de mi patria, un saco de reptiles, hipócritas, mentirosos y de una cobardía insuperable. Se les oye reptar en Berlín y en Múnich y, mientras paseas por el *boulevard* de Montmartre, de repente sientes que ya te han mordido en el talón. Pero nosotros aplastaremos la cabeza de esa vieja serpiente. Es el partido de la mentira, los esbirros del despotismo, los restauradores de todas las miserias, de todo el terror y locuras del pasado79.

Dado estos posicionamientos no habría sido de extrañar que, andado el tiempo, Heine hubiera sido firmante de aquella estúpida reacción «ilustrada» que en Alemania, años más tarde, persiguió al catolicismo alemán (prácticamente, la mitad de la población) bajo el pomposo nombre de «lucha por la cultura» *(Kulturkampf)*.

Que Heine no haya sabido percatarse del valor social e incluso estético de los ritos de la Iglesia (en sus viajes tuvo ocasión de vivenciarlos) demuestra en qué medida lo ideológico puede interferir en la percepción de la realidad. Igualmente que percibiera y sancionara ciertas luchas por la libertad y no otras (o lo hiciera muy tibiamente, en el caso del catolicismo irlandés, por ejemplo), abunda en este argumento. La sublevación tirolesa contra Napoleón tenía un componente de defensa de la libertad y de compromiso con unos valores tradicionales, entre ellos, la religión, a los que Heine no dedicó palabra a pesar de que trató el asunto de Andreas Hofer. En último término, cada miembro de la sociedad tiene su concepto

de libertad y el de Heine no podía aniquilar el de los contrarios.

En honor a la verdad hay que añadir que en ocasiones, muy contadas, también arremetió contra la iglesia evangélica de su país, aunque en menor proporción. En la *Historia de la religión y la filosofía en Alemania* se avergonzaba de algunos comportamientos de unos correligionarios, al menos nominales, en la disputa mantenida entre los pietistas de Halle y los teólogos protestantes racionalistas:

Felices franceses que no tenéis ni la más remota idea de qué manera más miserable, mezquina y repugnante se pudieron enzarzar los pastores evangélicos entre sí. Sabéis que no soy en absoluto partidario del catolicismo [...] soy siempre partidario de la Iglesia evangélica. Y sin embargo tengo que reconocer que ni siquiera en los anales del papismo he encontrado las mezquindades que encontré en el *Evangelice Kirchenzeitung* berlinés con ocasión de semejante escándalo80.

Desde la perspectiva actual podemos decir que de los contenidos de su crítica poco queda. Con ella podemos hacer lo mismo que él pretendía que habían hecho los medievalistas románticos con la Edad Media: conjurarlo para que salga de su tumba y nos muestre sus maneras o bien para hacer valer unos principios, los suyos, que ya han sido desbordados por el paso del tiempo. Siendo la suya una escritura de carácter político y social, la mutabilidad de las situaciones a las que aplicó su crítica hace que las opiniones que sobre estas emitió estén totalmente marcadas por la efimeridad. Las referencias personales o institucionales sobre las que ejercen su ironía, ya no dicen nada ni siquiera al más experto de los historiadores. Sus maledicencias sobre Metternich, Savigny, Fichte, Hegel o el *Bund* alemán ya poco nos importan a no ser como bellos ejercicios de ironía retórica de la que fue maestro. Heine fue un escritor de izquierdas *sui generis* —su amistad y trato con la izquierda alemana en el exilio parisino lo demuestran— pero sus juicios, a siglo y medio de su muerte, se nos presentan un tanto devaluados. Lo que de ellos queda es su formalización, a saber, la formalización que les confiere su impronta irónica y mordaz. Con ella quiso influir en su época. No sabemos si lo consiguió. Sí sabemos que con ella, al menos, la hizo divertirse... o vengarse, lo que no es poco. Lo que demuestra que un autor puede configurar fácilmente las opiniones de otros, no así sus comportamientos. Ya antes de que muriera Heine, se sentaba en el trono de los franceses un nuevo emperador que poco años más tarde enviaría un ejército de ocupación a México, lo que indicaría que las cosas seguían su dinámica propia y que en esta dinámica poco efecto tendría el compromiso libertario, muy a lo *sturmunddrang*, de Heine y sus correligionarios. A la hora de juzgarlo, siempre prevalecerá el juicio estético, lo mismo que sobre el Giorgione,

Durero, Velázquez o Beethoven. Pretender hacer, por ejemplo, de la *Lenore* de este último, como frecuentemente hacen los brillantes y modernos engendros de regista que dirigen festivales y coliseos (¡se podrían citar tantos y tan próximos!), un alegato teatral, dramático o escenográfico contra las tiranías del presente ha demostrado ser empresa vana que no sirve más que al narcisismo del regista. Como decía Brecht, en el guardarropa se deja abrigo... y sentido crítico.

La actitud válida del lector del siglo XXI ante los «cuadros de viaje», que siendo *in nuce* crítica social y expansión del ánimo del autor, han perdido gran parte de su mordiente, es la de la consideración estética. Hoy en día nos dejan indiferentes las personalidades de un Cujacius, un Asinius, un Börne o un Platen, contra los que Heine la emprendió. Su valor de «indignado» perpetuo ya no sirve. Lo que queda de todo ello es la manera que adoptó su indignación, el extracto estético, perenne e inagotable, de la misma. Y esta misma actitud, aunque elevada al cubo, es la que se nos impone al leer el Heine lírico, al autor del *Das Buch der Lieder*. A pesar de que su lírica en muchas ocasiones sea lírica política, su valor estético hace palidecer su valor crítico-social, no así el valor crítico cultural. En Heine, como en pocos autores alemanes, el tiempo ha decantado de manera radical su valor literario. Hoy en día es una de las figuras más destacadas del panteón literario alemán. Es decir, una pieza de museo. ¿Acaso es poco?

EL VIAJERO HEINE, RELATOR DE VIAJES

Junto a Goethe, Nietzsche y Rilke, tres personalidades que prueban la existencia del *perpetuum mobile* en el ser humano, Heine es uno de los grandes clásicos alemanes que han hecho del viaje forma de vida y fuente de inspiración. De Heine se ha llegado a decir que sus viajes fueron su trabajo de campo literario. Quizás por eso su vida fue un constante ir y venir por la geografía alemana, italiana, inglesa y francesa. Por necesidad de establecerse, por deseo de medro o para dar pábulo a su curiosidad y, quizás, a su maledicencia, su peregrinación por las ciudades y paisajes europeos va a ser incesante: de su natal Düsseldorf al París en el que fallece, pasando por Berlín, Fráncfort, Hamburgo, Bonn, Gotinga, Luneburgo, Cuxhaven, Norderney, Helgoland, el Harz, Naumburgo, Weimar, Kassel, Múnich, Londres, Ámsterdam, Innsbruck, Italia (Trento, Génova, Lucca, Florencia) y Polonia, su vida será una sucesión de etapas y un continuo moverse en busca de inspiración, asentamiento social o salud. Cuando definitivamente se asiente en Francia (1831, París), se verá obligado a un sedentarismo relativo, ya que pronto, en 1845, aparecerán los síntomas inequívocos de la enfermedad que le fijarán en su *Matrazengruft* y que le llevaría prematuramente (como a Nietzsche, mesías de la modernidad cuyo precursor fue Heine), a la temprana edad de

cincuenta y ocho años[81], al sepulcro[82]. Varias estancias costeras, en su mayoría veraniegas en el Canal de la Mancha (Boulogne-sur-Mer, Trouville, El Havre, etc.), dos viajes a Provenza (1836) y otros dos a los Pirineos (1846) en busca balnearia de la salud (inútil búsqueda), son sus metas viajeras en Francia. Entre ellas hay que colocar sus dos viajes a Alemania, a Hamburgo los dos[83] (uno de ellos le inspirará esa especie de diario lírico-satírico que es su *Deutschland. Ein Wintermärchen)*. Justo es decir que desde su establecimiento en 1831 en París como corresponsal (cuyos informes en ocasiones no llegarán a sus destinatarios a causa de la censura), el ritmo de viaje, *malgré lui*, se ralentiza. Todas ellas son etapas de una peregrinación interior y exterior, de la que Heine, al igual que lo había hecho Goethe o lo harían Nietzsche o Rilke, ha levantado acta y extraído su jugo creativo. No es de extrañar que sus *Cuadros de viaje*, a pesar de su carácter atípico dentro del género odepórico, fuera uno de sus títulos más leídos y más característicos.

No está de más señalar que muchos de estos desplazamientos Heine los ha realizado a pie: tal, por ejemplo, el viaje que, con el objeto de cambiar de universidad, le lleva de la renana Bonn a la herciniana Gotinga, pasando por Hagen o Soest en Westfalia. Evidentemente, Heine no pudo disfrutar con intensidad de la locomotora (que sí utilizó, por ejemplo, parcialmente en su primer viaje a Alemania desde París; el segundo lo haría en barco), pues era un medio que entonces estaba en mantillas, pero tampoco la diligencia o *Postkutsche* fue un medio por el que inicialmente sintiera mayor inclinación, ya que en más de una ocasión lo desdeñó, como buen peregrino, en aras de la movilidad natural *per pedes*. En concreto, su viaje por el Harz fue, más que un viaje, una *Fusswanderung* o marcha a pie. En este sentido hay que reconocerle una gran capacidad de marcha, ya que su célebre recorrido por el Harz propiamente dicho[84], realizado con el «objeto de librarse de sus dolores de cabeza», lo haría en tan solo trece días en los que, con dos jornadas de pausa (una de ellas en el legendario escenario de la «Walpurgisnacht» del *Fausto,* el Brocken, al que dedicará varias páginas de su *Viaje),* realizaría unos doscientos cincuenta y tres kilómetros: todo un récord para un tiempo en el que el senderismo y la marcha no tenían la tradición suficiente. También en Italia, como da a entender en *Los baños de Lucca,* haría uso ocasional de este *low-cost ante litteram* que era el desplazamiento sobre los propios pies. Lástima que la sífilis acabara prematuramente con una vida que habría podido ser, como la de H. Hesse[85], ejemplo de diogénico y longevo comportamiento natural. No es de extrañar que en cierta ocasión, próximo al desenlace de su enfermedad y ante el socialista de cátedra Ferdinand Lasalle que le visitaba en París, reprochara a su miembro viril el poco agradecimiento que le había mostrado a pesar del esmerado trato y del esfuerzo realizado por complacerle.

Las vivencias recogidas a lo largo de sus desplazamientos le darán pie para la redacción de sus diferentes *Reisebilder*, o cuadros de viaje, colección de relatos y descripciones viajeras, salpimentadas de emotivas efusiones líricas y de ácidas observaciones. Incluso para los más diversos escritos ha echado mano de material viajero: el *Atta Troll* o *Ludwig Börne. Ein Denkschrift* son ejemplo de esta elaboración estética de vivencias viajeras no reducidas a «cuadros»: en este último escrito mencionaba episodios de sus desplazamientos entre Cuxhaven y la isla de Helgoland que databan de quince años antes. Heine parece demostrar la insatisfacción que quizás se estableció en la sociedad humana tan pronto esta se hizo definitivamente sedentaria. De Kant, prototipo en la historia de la cultura del *homo sedilis* u hombre de sillón, característico por lo demás, de nuestra sociedad actual, Heine escribiría en su *Historia de la religión y la filosofía en Alemania* que era un hombre «sin vida y sin historia». Por eso, desde las islas del Mar del Norte (Norderney), a la Florencia de sus «noches florentinas», pasando por el Cauterets pirenaico que le inspirará el *Atta Troll*, el mundo exterior se convierte en motivo de elaboración interior, en objeto de sus análisis del mundo que diluye en el ácido de su ironía y sublima en la poética. Incluso en su época más sedentaria, la parisina, Heine ha visto la realidad con los ojos del viajero, a saber, con aquellos ojos capaces del *thaumaxein*, aquella admiración que el «maestro de todos los que saben», Aristóteles, exigía en el inicio de su *Metafísica* como condición para el surgimiento de la reflexión. Sus informes parisinos para los periódicos alemanes, recogidos bajo el título colectivo de *Lutezia*, nombre latino de la ciudad de París, dan prueba de ese talante (y perdón por el uso de un término que, preñado de significado, últimamente está marcado con el sello de la estupidez) viajero. Incluso en un ensayo tan poco viajero como *Los dioses en el exilio,* Heine echará mano de material viajero acopiado en dos de sus viajes: el del Mar del Norte y el italiano: el mito del transporte de las almas que compara en dos versiones, la tirolesa y la frisona. Los cuadros de viaje resultantes de estas experiencias viajeras tendrán una cadencia de tres entregas en 1826 *(Viaje al Harz),* 1827 *(Mar del Norte)* y 1829 *(Italia)* y fundamentan su fama literaria.

LOS DESTINOS HEINEANOS: DE ALEMANIA A LA «CAPITAL DEL MUNDO» PASANDO, NATURALMENTE, POR ITALIA

A partir de la Ilustración, la personalidad cultural de muchos de los escritores y artistas más destacados del canon universal ha sido resultado, en parte, de la movilidad que han desarrollado en su biografía y de los países que han visitado. La fenomenología cultural (artística, literaria, crítica) de Durero, Velázquez, Montaigne, Goethe, Grillparzer o Ranke no se explican sin sus viajes a Italia, país que determinará no solo sus formas o/y contenidos literarios o

pictóricos sino también en parte su estilo de vida: *Et in Arcadia ego* (*Auch ich in Arkadien!*, Yo también estuve en la Arcadia86) fue más que una exclamación entusiasta lanzada por el ministro weimariano, Goethe, ante sus experiencias italianas. Y el ascenso a la cumbre de la ligúrica Éze prestará a Nietzsche el *topos* ideal donde creerse ese Zarathustra que, para preparar su vida pública, se retira durante tres años a las montañas en compañía de su águila y su serpiente. Y Rilke es poética y vitalmente Kazán y Florencia, Berlín y Worpswede, París, Duino y Toledo.

Desde el punto de vista literario, Heine es básicamente resultado de su ironía, de su formación y, sobre todo, de sus múltiples desplazamientos, que contribuyeron de manera definitiva tanto a una como a otra. Si los quitásemos de su fenomenología literaria, esta quedaría bastante mermada. Y la presencia de lo viajero en su creatividad es tanto más chocante si se tiene en cuenta que sus posibles no fueron los de otros grandes viajeros europeos. El sino social de Heine no fue el del hijo del próspero comerciante francfortés Goethe, que se pudo mover a placer por la geografía centroeuropea gracias a sus protectores. Mal estudiante como Goethe, sus intentos de echar pie en la sociedad establecida de la Restauración alemana fracasaron por su actitud de independencia, actitud esta que el de Weimar solo puso de manifiesto de manera más literaria que vital. Tampoco fue el desvergonzado sablista (*Schmarotzer* es el término alemán para este tipo de parásito social) de mecenas y amigos que parecen haber sido tanto Wagner como Rilke, por ejemplo. Su lucha por la estabilidad condicionó su movilidad por los espacios nacionales y europeos. Su dependencia e inseguridad económicas, que nunca llegó, sin embargo, a la estrechez, contrastan con la vida siempre regalada y aburguesada del inquilino del palacio del *Frauenplan* weimariano que supo ganarse la dependencia del Duque; con la del desleal y sablista inquilino de *Haus Wahnfried*, en Bayreuth, frente al buen rey loco (bien es verdad que a su anterior benefactora y anfitriona, la ricachona Wesendonck, tuvo la delicadeza de inmortalizarla en el ciclo de *lieder* a ella dedicado) o con la del gorrón huésped del palacio de Duino, quien en una rica cervecera, la princesa Thurn und Taxis, supo encontrar el máximo apoyo material para hacer exquisitos poemas. A pesar de que la crítica reconoce a los poetas el título de «conciencia de la sociedad», lejos están estos de tenerla lo suficientemente limpia de dependencias como para que puedan servir de modelo. No se diga nada cuando se trata de «intelectuales» procedentes del tablado de la farsa.

Heine fue educado en una época de efervescencia estética en una Alemania que tenía en Goethe su paradigma cultural y que se debatía entre la clasicidad y el Romanticismo. La «Joven Alemania», de la que él formaría parte, partiendo de la

triple orientación romántica (a la historia, a la naturaleza y al yo), derivaría hacia planteamientos más realistas y comprometidos (la canción *Die Weber* de Heine publicada en *Vorwaerts* es muestra de ello87) e iniciaba una época que recogía los frutos de aquel estado de ánimo inconformista que, iniciado a finales del siglo XVIII, un crítico ha llamado «ilustración insatisfecha» *(die Unbefriedigte Aufklärung*88) y que se había desarrollado a finales del XVIII. La joven Alemania intentará integrar y conjurar los diferentes modos y modalidades espirituales de la época que en cada espacio cultural tenía sus variantes. Si por una parte en su infancia y juventud, educadas en la lectura del *Quijote* (leído a hurtadillas en el jardín del Palacio Real de Düsseldorf), participa de los formulados del romanticismo que está en pleno apogeo, cuando, acabada su formación escolar, se matricula en Derecho en la Universidad de Bonn, en la que asiste a las clases de A. W. Schlegel, los modos clasicistas que la invasión napoleónica de Europa había intentado imponer al espíritu europeo junto con las nuevas actitudes culturales del Biedermeier son determinantes en la estructura cultural de su personalidad, una personalidad que no encontrará la integración armónica por su condición de judío (ni integrado ni integrista, sino todo lo contrario) en un entorno en el que rigen unos planteamientos de difícil aceptación por parte de su espíritu independiente. La restauración de valores pasados, llevada a cabo por el Congreso de Viena y por la Santa Alianza, no se avenía con su sentido de la libertad y todavía menos con esa bravuconería que, a pesar de su conversión al luteranismo, le haría caer en dos ocasiones en la ética, romántica pero trasnochada y estúpida, del duelo. Por eso, su análisis de los espacios visitados, más humanos que naturales (a pesar del manifiesto naturalista «a las montañas ascender quiero» que abre su *Viaje por el Harz),* aparecen marcados por la crítica ácida del inconformismo.

Del mismo modo, los destinos de la movilidad heineana son atípicos dentro de los cánones tópicos de la época. Como Goethe y tantos otros contemporáneos, Heine tendrá como punto de referencia viajera, aunque con menor nostalgia estética, la Italia que entre 1815 y 1830 los nazarenos alemanes registraban, más que en sus pinturas, en sus grabados. Esa Italia, todavía (políticamente incluso) muy papal, pronto le parecerá irreconciliable con los principios de una sociedad más laica donde imperara la libertad como principio rector derivado del uso de la sana razón. Sus querencias se decantarán por la Francia que, según él, estaba gestando la nueva religión: el culto a la libertad. Esa Francia es la que le orienta más al compromiso crítico social que a la crítica estética, aunque también esta la seguirá practicando. Sus estudios sobre el romanticismo alemán89 son prueba de ello. En todo caso, el viajero Heine, como en general el centroeuropeo, siempre ha viajado con su circunstancia puesta y desde esa ha apreciado lo realidad ajena.

EL HARZ, EL VIAJE AL HARZ Y «VIAJE AL HARZ» DE HEINE

La cadena de montañas más septentrional de Alemania, con sus estribaciones hacia el Kyffhäuser, resulta una rareza en el monótono paisaje de la gran llanura europea que atraviesa el norte de Alemania. Con una altura máxima de mil trescientos metros en los alrededores del Brocken, en un entorno en el que la altura media sobre el nivel del mar no supera los 100 metros sobre el llamado «cero normal» (= nivel del mar), el Harz constituye un paisaje que evoca biotopos de mayor altura: una especie de implante alpino en plena llanura. Situado en lo que entonces era el principado de Hannover, dominio «propiedad» de la dinastía que había reinado en Inglaterra, había sido escenario de importantes episodios históricos: el príncipe güelfo Enrique el León había tenido en las cercanías del Harz el centro de gravedad de su fracasada candidatura al trono imperial: en Braunschweig. También en sus proximidades, en Wolffenbüttel, Lessing se había establecido como bibliotecario. Desde siempre había sido punto de atracción de viajeros ilustres y, a partir del inicial turismo del XVIII, se constituiría en centro de referencia viajera por las importantes curiosidades históricas (todavía hoy conserva restos del esplendor político que tuvo en la época sálica, cuando fue residencia de la corte imperial: la *Pfalz* o palacio imperial y los restos de una enorme catedral románica en Goslar[90] así como numerosos castillos que salpican el paisaje), etnológicas (las bellísimas casas de entramado o *Fachwerkhäuser),* económicas (las minas de plata de Clausthal-Zellerfeld) y por el enorme patrimonio legendario y literario de la región (desde los supuestos aquelarres de la noche de Walpurgis[91] a los cuentos «domésticos e infantiles», como los llamaron los Grimm, de los que era depositaria la población de la región). Goethe había emprendido en dos ocasiones el viaje al Harz, lo que había dado a este periplo una cierta sanción cultural. Tras Goethe pisaron los senderos hercinianos muchos otros autores alemanes: Novalis, quien habría fijado definitivamente el término «romántico» en una de las ciudades más pintorescas del entorno, Wernigerrode[92]; Bürger, Klopstock, Chamisso, cuyo viaje por el Harz precede en unos meses al de Heine; más tarde H. Loens y, ya más recientemente, Walter Kempowski. El hecho de que en la época inmediatamente anterior al Tercer Reich una de las asociaciones paramilitares, el *Harzburger Front*, (nazis + *Stahlhelme* —cascos de acero— y otras inocentes bandas de las que tanto abundaba la Alemania de Weimar)[93] escogiera en 1931 una de las localidades más pintorescas del macizo, Bad Harzburg, como lugar de consagración en el panorama político alemán, muestra el poder de convocatoria y de identificación nacional que tuvo este espacio.

En 1824, Heine, que en esos momentos está intentando finalizar su formación jurídica en Gotinga y cuando todavía solo ha realizado algunos

escarceos literarios, emprende el viaje al Harz, bien con fines terapéuticos (para curarse unos dolores de cabeza que se han interpretado como manifestación primeriza del mal que estaba larvando94) según unos, entre ellos él; bien por consideraciones económicas según otros (era el desplazamiento más al alcance de sus posibilidades económicas); bien para estar a la altura de los muchos colegas de universidad (conmilitones les llaman en Alemania) que hacían ese periplo alrededor del Brocken, pero en todo caso con intención de recoger impresiones que pudieran constituir material de creación poética que confirmase de manera definitiva su vocación literaria. Heine sale, en contra de la costumbre generalizada de hacer el viaje en grandes grupos95 —un ejemplo del carácter social alemán, a veces rayano en el gregarismo: desde el *Vatertag* o día del padre hasta el espectáculo teatral o deportivo, el «grupaje» pertenece a la ritualización de la vida social alemana— sin acompañamiento, lo que apoya la suposición del viaje de trabajo (literario). Siendo esta peregrinación al Harz muy habitual entre los estudiantes del entorno, el ejemplo de Goethe, que había sancionado su valor literario en su *Fausto*, le servía de acicate y ejemplo. Su experiencia en el viaje a Polonia, que le había suministrado material para su inicial carrera periodística, era un precedente. Ya en su viaje de regreso de Berlín a Gotinga, había pasado, exactamente la noche de Walpurgis, por la mítica montaña del Brocken. Razón de más para repetir, viniendo como venía de zonas de llanura.

En esta ocasión coge como punto de partida de su viaje y de su relato la ciudad de cuya universidad había sido expulsado en 1821 por un intento de duelo, quizás con el objetivo de saldar cuentas a través de la pluma con su antigua universidad. Sale a finales de septiembre, jubiloso de abandonar las aulas y entregarse a la contemplación de la naturaleza. El juicio sobre la ciudad que albergaba su *alma mater* es apabullante: cuando más bella resulta la ciudad de Gotinga es cuando se le da la espalda. Emprende marcha en dirección sur, hacia Osterode, en las estribaciones del macizo, desde donde emprenderá el ascenso a Clausthal/Zellerfeld, localidades mineras del duque de Hannover cuyos *Schachten* o pozos de extracción de plata visita; desciende hacia Goslar, donde parece demostrar ya el típico interés arqueológico de los viajeros tradicionales del *grand tour* y seguirá en un ascenso, no exento de dificultad, hasta el Brocken —el Monte Pelado de los aquelarres míticos que Goethe había recogido poéticamente en su «noche de Walspurgis» en el *Fausto I*—, y el Ilsestein, extraña formación rocosa coronada con un castillo y aureolada de leyenda. Ya fuera del ámbito herciniano propiamente dicho, sigue ruta hasta Halle y desciende a Weimar, donde se entrevista con Goethe, quien le recibe con bastante frialdad96, para acabar su peregrinación de nuevo en Gotinga. La elaboración literaria de las vivencias e impresiones recogidas durante esta peregrinación por este paisaje que bien puede

considerarse como parte del *core capital* de la cultura alemana va a constituir su consagración definitiva en el panorama literario alemán.

El texto con el relato de su viaje se publica a principios de 1826 por entregas, 14, en un periódico berlinés, *Der Gesellschafter*, entidad que hace de las suyas en el tenor del mismo. Unos meses más tarde se lo entrega al editor Campe de Hamburgo que publica una nueva edición sin censurar en forma de libro. Sería el comienzo de la fama literaria de Heine. Un joven escritor sin mayor estatus social o político se convertía en el látigo de una sociedad fuertemente constituida y asentada sobre los principios del Antiguo Régimen. Por lo demás, con ello comenzaba una fecunda relación del autor con el editor que contribuiría de manera decisiva a su fama.

El viaje por el Harz sienta la dinámica y los parámetros de percepción del mundo entorno, en parte extraño, a los que se someterá la psique de nuestro escritor en el decurso de sus viajes. La escritura heineana desarrolla esa actividad depurativa que ejercen algunas especies animales o vegetales alimentadas de los detritus de otras actividades biológicas cuyo entorno mejoran. Sus poemas o ensayos decantan lo humano, en menor proporción lo natural, que obtiene ejemplarmente en la percepción y vivencia de monumentos, instituciones, actitudes personales... del presente o del pasado. Estos le plantean, más que su razón de ser, la racionalidad de los comportamientos, las personalidades o los sucesos de la historia de la que venía y de la sociedad en la que le tocaba vivir. El desplazamiento, uno de los dos posicionamientos pendulares de la existencia humana («en casa», *zuhause*, y «de viaje», *auf Reise*, son las dos maneras básicas de estar ahí, del «da sein»), provocan en el viajero Heine una reflexión acerca de la diacronía del mundo encontrado. Cada lugar, cada etapa (Clausthal con su pasado minero, Goslar con su pasado imperial o el Brocken y el Ilsenstein con sus respectivas auras legendarias que databan de antiguo), le manifiestan al viajero Heine su peculiar manera de ser que él, para una mejor percepción, reduce a caricatura o sublima en poema. La diacronía o paso por el tiempo, conjugada con la diatopía o tránsito por los espacios —técnica de «representación» literaria no ausente del ejercicio poético del escritor romántico: el *Peter Schlemihl* de Chamiso, también viajero por el Harz, por cierto— se llevaba al extremo de su potencialidad crítica.

El efecto social fue enorme, aunque no siempre positivo: un recién egresado de una afamada universidad se atrevía a poner en solfa a todo el claustro. *Faxen, Profaxen, Schnurren*, etc., eran las designaciones, en todo caso de jerga estudiantil y la mayor de las veces con sentido despectivo con los que el autor se refería a sus

antiguos profesores, quienes a lo largo de la obra se veían, en ocasiones incluso nominalmente, puestos en la picota de un relato de viaje que no debería haberlos afectado. No es de extrañar que pronto la universidad y después la ciudad prohibieran la difusión de la obra (incluso entraría en el *index librorum prohibitorum).* Heine era bien consciente de que lo importante era que se hablara de él, aunque fuera mal.

EL «CICLO ITALIANO» DE HEINE

El viaje italiano en la cultura alemana

Cuando Heine emprende viaje a Italia, ya hace tiempo que Goethe, a quien Heine ha visitado en Weimar con ocasión de su viaje al Harz, y al que había encontrado en un estado de decrepitud, ha puesto de moda entre los alemanes el viaje al sur, a pesar de que no publicaría su *Viaje italiano* hasta treinta años después (1816) de haberlo realizado (1786). El viaje italiano sancionado por el anciano de Weimar (cuenta ya casi setenta años) es el clásico (clásico desde Durero, Montaigne, Montesquieu, Velázquez, Winckelmann o Mozart) «viaje de formación», modalidad del llamado *grand tour*. Componente o tarea ineludible de ese viaje de era, aparte de las visitas museísticas y a las personalidades alemanas residentes en Roma o en Nápoles97), el ejercicio literario, a saber, la empresa de poner por escrito las vivencias o *Erlebnisse* que el encuentro con la alteridad provocaba en el viajero. Y, por supuesto, elaborar líricamente las sensaciones italianas en el caso de que el viajero fuera poeta. Esa actividad tiene tres proyecciones: el mundo físico (los limoneros de Verona, por ejemplo, que inspiraron a Goethe su «Mignon»98), el mundo cultural (de especial relieve en el viaje italiano, aunque no exclusivo de él), y el encuentro con lo social meridional: hábitos, costumbres, creencias, ritos y festejos de una sociedad estructurada sobre patrones ambientales distintos. La realización de la *Italienische Reise* por parte de Goethe resulta paradigmática y manifiesta estas reacciones ante lo extraño: cuando Goethe llega al Garda, sus primeras reacciones se orientan a un paisaje que está muy lejos de la monotonía de la penillanura de Turingia y que le va a provocar las correspondientes efusiones líricas. En Roma, el encuentro con la *Pietà Rondanini* le supondrá una revisión de sus criterios estéticos y en Nápoles los *lazzaroni* le provocarán unas reflexiones sobre la elementalidad de la vida. La continuación del viaje hasta Sicilia en busca del *Urgestein* o «piedra primigenia»99 sancionaría el modelo típico de desplazamiento del alemán en Italia: interés arqueológico, antropológico, cultural y científico. Producto de esos intereses y vivencias fue la enorme literatura específica que llegó a circular en el mercado alemán sobre el viaje italiano. Heine da cuenta de ella en el capítulo VII de su *Viaje de Múnich a*

Génova.

Como complemento de los intereses y actitudes propios de la curiosidad viajera, aparecía el espíritu crítico del alemán frente a lo distinto que, frente a lo propio (lo alemán), siempre sería inferior y, por ende, criticable. El centroeuropeo casi siempre juzga lo otro de manera despectiva y con una tendencia a destacar, quizás con fines de prevención y de autoafirmación, los aspectos menos favorables de lo percibido. Las pulgas que al autor austriaco Grillparzer le asaltan en la posada veneciana donde se aloja las pondrá en su diario en relación con el esfuerzo monetario que esa posada le supone a él, mientras que la falta de higiene en los albergues patrios la pasaba por alto. También, por ejemplo, cuando, en 1800, Wilhelm von Humboldt viaje por España percibirá como característico del paisaje y paisanaje españoles el bandolerismo (así lo registra en su *Diario de viaje),* si bien en Alemania el fenómeno se daba, si no en las mismas proporciones, sí en parecidas. Figuras como las de Schinderhannes en el Taunus (guillotinado en Maguncia ante miles de «espectadores» y mitificado por el escritor C. Zuckmeyer); Michaek Heigl (1816-1857) en Baviera; Xaver Hohenleitner (1788-1819) en Württenberg o Wenzel Babinsky (1796-1879) en Bohemia podían hacer la competencia a Fra Diabolo, el Tempranillo y toda la comparsa bandolera, fuera siciliana o andaluza. Estos no tuvieron, sin embargo, cantores de sus fechorías como lo tuvo D. José de Lizarrabengoa en la *Carmen* de Mérimée, quien con el prófugo dragón de Alcalá y su temperamental gitana creó los prototipos «universales» del bandolerismo andaluz.

Heine en Italia: el «Viaje de Múnich a Génova» y la ciudad de Lucca y su entorno

El contexto del viaje italiano de Heine es plural y muy específico tanto desde el punto de vista personal como desde el punto de vista de la tradición ya sentada del «viaje italiano». Bien es verdad que, como indica en los capítulos iniciales del *Viaje de Múnich a Génova,* la contemplación desde Bogenhausen, Múnich, de los Alpes le hacía sentir la nostalgia italiana, pero Heine emprende viaje al sur en una pausa vital: mientras espera un puesto de docente en la Universidad de Múnich, espera que le provoca, como en muchas otras ocasiones, un estado de depresión cuya mejor terapia es la huida física a otro mundo. Era un destino largamente ansiado, pero al que pronto su acidez crítica desposeerá del aura romántica con la que veían tanto artistas como críticos de arte el país. Fruto de este viaje es la tercera entrega de los «Cuadros». Tras esta entrega se le impone otra espera, de nuevo inútil, de un futuro profesional más halagüeño que no se cumplirá y en 1831 decide trasladarse/exilarse al país que hace poco ha visto un nuevo ensayo revolucionario. Con ello acabará su época de los «cuadros de viaje».

Así pues, Heine emprende su cuarto viaje al extranjero (Polonia, Harz y Londres son los anteriores) desde Múnich, donde se le había encargado la dirección de una publicación que le va dando mayor proyección pública, al tiempo que le granjea enemistades entre el público alemán pero que le han orientado ya de manera decisiva hacia la crítica de la realidad o, mejor, de la actualidad: los *Neue allgemeine politische Annalen*. Esta actividad marcará definitivamente la trayectoria profesional del escritor, que a partir de entonces tendrá dos polos de su escritura: el periodismo y la lírica. Tal será el eje de su viaje a Italia, que emprende, más que por motivos de formación, aunque también, con un cierto componente de cruzada anticatólica al tiempo que de reposo balneario. El hecho de que haya escogido como primera meta Génova es indicativo de su intención inicial de estancia en Bagni di Lucca, localidad balnearia en las estribaciones de los Apeninos. El clásico itinerario alemán del *grand tour* italiano mandaba al visitante de Verona a Venecia.

Toda la cuenca del Arno, donde se encuentra Bagni di Lucca, es rica en fuentes termales. Las famosas y mundanas termas de Montecatini se encuentran en esta región y a esta dirige sus pasos, más en concreto a una localidad perdida en las estribaciones del Abetone, cuando, el 4 de agosto de 1828, inicia viaje al sur. Desde el 4 de agosto hasta su llegada a Génova empleará solo dos semanas en cubrir el trayecto, tiempo escaso si se piensa que en medio quedaban ciudades de gran pasado cultural, tales como Verona, en la que solo permanece un día —a pesar de las reflexiones que le provoca la ciudad del anfiteatro, los Scaligero y los amantes—, Bérgamo, Pavía con su increíble *Certosa*, Cremona o Milán, a lo largo de las cuales o tenía que pasar o bien le quedaban a tiro de piedra para un desvío. Todo esto apoya la suposición de que no solo se trataba de una *Bildungsreise* sino también de un *Badeurlaub* o cura balnearia. En Bagni di Lucca permanecerá dos semanas y, tras pasar por Lucca, entonces capital de un estado, se dirige a Florencia, ciudad en la que permanecerá la mayor parte de su tiempo en Italia, lo que no es de extrañar. Debe interrumpir su viaje/estancia en esta ciudad ante la noticia de la enfermedad de su padre, a quien no alcanzará a ver vivo ya de regreso a Hamburgo. A través de Padua se dirige a Venecia, donde se encuentra con Leopold Ranke, el gran historiador del XIX alemán, quien queda impresionado por la personalidad de Heine: *Er hat Geist, ohne Anspruch und hat doch eigenes Wesen* (Tiene ingenio, sin pretensiones y, con todo, con una manera de ser propia)100, dirá de él.

A juzgar por lo que escribe el conde Platen, Heine ha evitado encontrarse con él, quien en esos días estaba por Italia y a quien nuestro autor dedicaría el panfleto incluido en *Los baños de Lucca*. Este conde, por su parte, tenía miedo de las intrigas de Heine ante el editor Cotta:

Por lo que se refiere al *Edipo romántico*, temo las intrigas de Heine, que ante Cotta se hace valer mucho [...]. El buen hombre ha tenido miedo de encontrarse conmigo en Italia porque creía que le exigiría satisfacción por aquel epigrama. A tal extremo llega la vanidad de ese cabeza de chorlito.

Así se las gastaban los poetas del XIX.

Como en muchos de sus compatriotas viajeros por Italia, también en Heine se registran testimonios de este apriorismo y parcialidad en su selección o percepción de la realidad italiana. Como Goethe, también él va redactando su «Italienische Reise» a medida que discurren las etapas, inspirado en el «viaje sentimental» de Sterne, tal y como manifiesta en más de una ocasión. Pero su viaje más que el retrato de la realidad exterior, es un retrato interior de sí mismo en sus reacciones frente a la cultura católica italiana. Era fácilmente suponible que el viaje al sur le iba a reportar un motivo serio de confrontación con una sociedad más religiosa o, al menos, más clerical que aquella de la que provenía. En carta a un amigo expresaba sus intenciones de emplear en este sentido la artillería pesada de su maledicencia en su viaje italiano: contra el clero y la Iglesia. Sus descripciones del mercado y la catedral de Trento o de la procesión de Lucca son testimonio de esa visión crítica y negativa que difícilmente se deja llevar de la empatía (*Einfühlung* la llaman los alemanes, quienes rara vez la practican frente a lo distinto), no digamos de la simpatía. Suerte tuvo nuestro país de que Heine no lo visitara en realidad, aunque sí literariamente101. Habríamos contado con otro viajero que añadir a la lista de detractores que acumula nuestra cultura y que prácticamente inició la pecorilla Mme d'Aulnoy con sus *Memorias de la corte de España*. De entrada, Heine reducía la entidad de la población peninsular a la mera condición de «comegarbanzos», lo que suponía un reduccionismo despectivo bastante acusado a la hora de caracterizarnos.

Así pues, Heine emprende el «viaje italiano» con criterios y motivaciones y en circunstancias bastante distintas a los de Goethe y todos los demás «viajeros italianos» (= a Italia): su viaje, sobre todo, ha sido mucho más reducido tanto en tiempo como en distancia. Como hemos dicho, lo emprende en agosto de 1828, cuando está a la espera de un puesto de docente en la universidad muniquesa que le pretende proporcionar el ministro von Schenk, puesto que nunca le llegaría. No era, pues, un viaje nacido de la necesidad interior de formación, tal y como sucedía en los practicantes del *cavaliertour* dieciochesco, sino una pausa viajera y de descanso a la espera de mejores y más lucrativas ocupaciones. La salud de su padre le obligará a regresar desde Florencia a Hamburgo a finales de ese año. Son pues cinco breves meses los que Heine pasa en Italia frente a los dos años que

había pasado Goethe.

A pesar de que en cierto pasaje afirma el gozo que le provoca ya solo la mención del nombre de Italia (capítulo IV del *Viaje de Múnich a Génova),* no puede negar que en su viaje le acompañan sus «dolores alemanes», que se asemejan a «culebrillas que hubieran anidado en su corazón». Frente al espíritu abierto y el buen humor con los que Goethe enfrenta la realidad italiana, Heine va a la ofensiva, a pesar de la situación depresiva (o precisamente por ella), que parece atravesar en Múnich: «también entonces reinaba el invierno en mi corazón» afirma cuando desde la terraza de Bogenhausen presiente que, más allá de las cumbres tirolesas, queda la dulce Italia. Que esos «dolores alemanes» (quizás mejor habría que decir rencores) los llevó a Italia profundamente anidados en el corazón lo pone de manifiesto ese «impromptu extemporáneo» que dedica al conde Platen en un relato de viaje que tenía como argumento un viaje italiano.

Saliendo en agosto de Múnich, hace las breves estaciones que le permite la diligencia (Innsbruck, ciudad en la que se aloja en la célebre posada Adler, por donde ha pasado media historia europea, al menos la literaria, Brixen, Trento, Verona, Milán y Marengo) hasta llegar a Génova. Tal es el trayecto descrito en su *Viaje de Múnich a Génova*, relato «sentimental» del mismo que constituye una especie de diario de viaje. Antes de que acabe su viaje por Italia empiezan a aparecer las primeras de las catorce entregas en un periódico, *Morgenblatt für gebildete Stände*, propiedad del editor muniqués Cotta, bajo el común e inofensivo título de *Viaje a Italia,* entregas que comprendían el material narrativo de lo que después el autor renombraría como *Viaje de Múnich a Génova*. La tónica de este relato desentonaba bastante del «viaje italiano» al uso y por eso su recepción tuvo altibajos. La mencionada identificación que Italia había producido en el maestro del viaje italiano, Goethe, quien de una actitud bastante distante pasó al más delirante entusiasmo102, no tuvo lugar en el caso de Heine. Si el maestro había escrito «este viaje maravilloso no responde al deseo de formarme falsas ideas», quizás el de Heine respondía al de confirmar las suyas, fueran ciertas o erróneas. Sin duda su inquina al catolicismo, expresada de manera magistral en un apunte que dedica a la catedral de Trento («el catolicismo es una religión de verano»), le impidió una mayor simpatía con el perfil de un pueblo en el que convivían la cosmovisión medieval, la erudición renacentista y un revolucionarismo ingenuo (es la época en la que Garibaldi y carbonarios velan las armas de la agitación) mezcla de romanticismo e ilustración. Su mirada sobre el pueblo italiano, a juzgar por los rasgos con los que dibuja a sus tipos populares (la verdulera y los músicos ambulantes de Trento o la Francesca de Lucca), no está exenta de ese orgullo del alemán luterano, un sí es no es envidioso por los rendimientos de una cultura que

es su antípoda vital. Hoy en día, este relato se halla recogido, en el tomo 7/1-2 de la edición crítica de Windfuhr, tomo que corrió a cargo de Alfred Opitz (1986).

Heine continuará viaje italiano por la Liguria oriental (Livorno), cuyas etapas que excluye de su reflexión y recuerdos literarios, para retomarlos de nuevo en la ciudad de Lucca y en Baños de Lucca, localidades que dan título a sendos cuadros de viaje: *Die Bäder von Lucca* y *Die Stadt Lucca* también recogidos en el mencionado tomo de la edición crítica.

Heine llega a Lucca el 3 de septiembre de 1828, permanece dos días en la ciudad y sale para Bagni de Lucca, desde donde volverá a la ciudad en dos ocasiones. Entre estos ires y venires va trabajando en la redacción de sus impresiones italianas de la primera parte del viaje. De sus experiencias sentimentales en estas localidades saldrán sus dos últimos relatos italianos, que aparecerán en 1829.

Los baños de Lucca tiene dos partes perfectamente definidas y no es propiamente una continuación de las impresiones italianas dejadas en Génova, sino un ensayo de *novelle* para el que echa mano del material viajero italiano al que da un toque boccacciano: su estancia balnearia en esa localidad de los Apeninos se convierte en un episodio de galanteo a lo Boucher, que aprovecha para cargar contra banqueros, aristócratas y sus lacayos y, no en último término, contra un tipo humano que entonces engendraba la sociedad burguesa: el turista nuevo rico que, con el viaje, pretende sustituir lo que le falta de estudio, tema que ya había anunciado en el *Viaje al Harz* o en el *Viaje de Múnich a Génova* (la escena del grupo inglés en la *Hofkirche* de Innsbruck pertenece a lo mejor de la literatura antiturística). Uno de los protagonistas, un necio expendedor de loterías hamburgués jugaría a hacer versos arcaizantes. La evocación y reminiscencia del *Quijote*, del que Heine había sido asiduo lector, son también inequívocas en la pareja formada por Gumpelino y Hyazintho, Quijote y Sancho travestidos en formas y figuras del siglo XIX germano-italiano: mientras el uno (un banquero ennoblecido) suspira por su Dulcinea/Mylady, Hyazintho (un Sancho pasado vuelta y vuelta por la Ilustración, y que ya sabe utilizar recursos mnemotécnicos, aunque sean del ámbito de los lácteos: el *stracchino)* le alcanza un remedio científico, nuevo bálsamo de Fierabrás, contra el estreñimiento: puro humor cervantino. Si en el *Quijote*, el baciyelmo del héroe, lleno de requesón, se derramaba por la noble testa del héroe, en la obrita de Heine, los polvos de sal de Glauberi ponían en entredicho la caballerosidad del *Markese* Gumpelino, quien se deshacía en aguas mientras su amada le esperaba ansiosa aprovechando ausencias matrimoniales.

La segunda parte de la obra no tiene solución de continuidad con el argumento anterior, a no ser que pidamos que lo sea el hecho de que el conde Platen, que va a ser el objeto de la misma, se encontrara en Italia. Con la introducción de una disputa de estética literaria, Heine pretende salvar la coherencia del relato que, a partir de ahí (capítulo XI) abandona el carácter ficcional para convertirse en panfleto contra el conde bávaro Adolf von Platen. Ahí está la debilidad argumental de *Los baños de Lucca*, no la de su ironía, que alcanza las alturas de la maledicencia.

Heine empieza a redactar esta obrita en 1829 bajo la impresión que le causa la aparición de la obra de Platen *Der romantische Oedipus* (El Edipo romántico). Este aristócrata de origen nortealemán al servicio de Baviera había sido atacado por Immermann, quien le había reprochado su mala afición a los versos orientales. Platen había respondido con una comedia en la que tanto Immermann como Heine (a quien tachaba de «judío bautizado»), salían malparados. Heine contestó con los capítulos finales de *Los baños de Lucca*. Tanto sus cualidades literarias como su condición sexual como su escasa hacienda eran la diana de las aceradas críticas de Heine, que así daba la talla de gran polemista pero también de sus malas artes. El «cuadro de viaje» se convertía en panfleto (en sentido original: *Schmähschrift*, escrito burlesco). Una novelita (en el sentido alemán de *Novelle)* pastoril sin ovejas ni pastores, se convertía, por obra de la acidez de la ironía heineana, en una corrosiva crítica social, que el autor remataba en un alarde de crítica contra el infeliz conde Platen-Hallermünde, figura segundona de la literatura alemana que tuvo la desgracia de que no le gustara la lírica de Heine.

Con este sentido de doble panfleto (insistimos, en el sentido original del término), dirigido ahora contra unas costumbres y unas instituciones que Heine odiaba (la Iglesia y el pueblo católicos), pero volviendo en la medida de lo posible a la dinámica del cuadro de viaje, Heine elabora los recuerdos de vivencias obtenidas en la ciudad de Lucca en el relato del mismo nombre. La crítica de la religión y del partido que la representaba se hacía ya a cara descubierta, toda vez que ya se le había denegado el puesto de docente en la universidad muniquesa. El manuscrito, redactado en Hamburgo en 1830, saldría a la luz en la editorial Campe en 1831, y poco tardaría en ser prohibido en Prusia. Efectivamente, el inofensivo «cuadro viajero» se convertía en puro azufre infernal, a pesar de que, en confesión del autor, solo se pretendiera emancipar las formas religiosas de la llamada «religión positiva». Quizás al pobre Heine tanta lectura de crónicas y novelas, estudios de sistemas, conversión de urgencia y rencores ideológicos, todo ello acompañado de buenas «cervezas dobles», le habrían hecho el mismo efecto que a su admirado Don Quijote las lecturas de los libros de caballerías: le habría sorbido

el seso. Él mismo lo había dicho:

Quizás tengáis razón vosotros y yo solo sea un Don Quijote, y la lectura de todo tipo de maravillosos libros haya desordenado mis ideas como las del hidalgo de La Mancha, y Jean Jacques Rousseau fue mi Amadís de Gaula, Mirabeau mi Roldán o Agramante.

Como hemos dicho, la noticia de la enfermedad de su padre le hizo interrumpir su estancia en Baños de Lucca, aunque todavía demoró en Florencia bastantes días su retorno (ciudad cuyas vivencias más tarde utilizaría en las *Noches florentinas)* y en Múnich. Cuando quiso llegar a Hamburgo, ya hacía tiempo que su padre había muerto. Tal fue el «viaje italiano» de Heine: puro episodio vital, aunque literariamente muy productivo. Con él y su relato fijó el sello, el marchamo de la crítica heineana.

Otros viajes y otros «cuadros de viaje» de Heine

El éxito obtenido por *El viaje al Harz* ha convencido a Heine de la productividad del género por él ensayado. Entre el viaje al Harz (1824) y el viaje a Italia (1828) pasan cuatro años en los que Heine fundamenta su fama literaria gracias en parte a los viajes realizados y, más tarde, poetizados. Todavía está lejos de aquella confesión de 1839 en la que manifestaba su desconfianza en el verso: «no tengo mucha confianza en mi poesía, a saber en la versificada. Mi edad y quizás nuestra época no son favorables a los versos y más bien exigen la prosa». En ese lapso de tiempo, el autor ha estado además en el Mar del Norte (en Cuxhaven y Norderney, 1826) y en Inglaterra (1827). Las reflexiones, emociones y sensaciones que estos destinos le han proporcionado están recogidas en «cuadros» que en la presente edición no hemos integrado por las razones que aducimos. Por mor de la integridad de la percepción correcta de la obra heineana, interesa aquí una breve mención de sus contenidos.

En *Die Nordsee* (El Mar del Norte), las consideraciones que le provocan los naturales de Norderney en dos viajes realizados a esta pequeña isla del Mar del Norte derivan hacia temas más bien universales, desde la perspectiva de Heine, por supuesto: crítica de Goethe y loas a Napoleón («él actuó siempre de manera natural, sencilla, grandiosa, no ruda y convulsivamente, siempre con dulce tranquilidad», llegará a decir del gran Corso[103]), motivo reincidente, casi *leitmotiv*, de sus reflexiones, a pesar de que en los años 30 del siguiente siglo el Emperador fuera modelo de dictadores (Hitler visitando su tumba en el París ocupado es prueba de ello): ¿falta de perspectiva histórica o de discernimiento moral? A

Goethe le dedicaría más de una ironía, que no en vano el weimariano le había hecho un feo que el renano no perdonaría. Para variar, de nuevo daba caña a la religión aprovechando que el Mar del Norte pasaba por Norderney:

Pero el espíritu tiene sus derechos eternos y no se deja envolver en dogmas ni adormecer con sonidos de campana; rompió sus cadenas y destrozó las férreas andaderas con que su madre la Iglesia lo guiaba y recorrió toda la tierra en la embriaguez de su emancipación104.

En los *Fragmentos ingleses,* que responden a las vivencias de su estancia en Londres, aparte de caracterizar la sociedad y civilización inglesas con su ácida ironía105, hará *leitmotiv* de su exposición su visión de la libertad, nueva religión de la que incluso haría a Cristo representante. Ya en primera página advierte:

Toda la fuerza del pecho del ser humano se va a convertir en amor a la libertad y la libertad es sin duda la religión de la nueva época y acabará siendo la religión que no se predicó a los ricos, sino a los pobres106.

Esa libertad a la que el inglés, no dotado para la vida social, reserva un baluarte irreductible *(my house is my castle),* no sería más que la expresión de esa nueva religión, que, sin embargo, tendría en el país galo la máxima formulación, país al que dedica los párrafos finales de sus «fragmentos»:

Hablo de la revolución francesa, de aquella época mundial en la que la doctrina de la libertad y la igualdad surge victoriosa de esa fuente de conocimiento que llamamos razón. [...] Los franceses son el pueblo elegido de la nueva religión107.

Su galomanía, mamada en las referencias patrias y patrióticas del tamborilero del ejército de ocupación francés hospedado en la casa paterna de Düsseldorf, estaba a prueba de bomba, nunca mejor dicho. El autor, que nunca tuvo el carisma de la suavidad y la benevolencia, más bien el de lo extremoso y lo exagerado (el «caso» Platen es significativo al respecto), se hace paladín de un movimiento que como todo lo humano tuvo sus más y sus menos. En *Ideas. El libro Le Grand*, que también forma parte de los «cuadros» a pesar de no estar motivado en una experiencia viajera propiamente dicha como el resto de ellos, sino más bien en unas memorias de la infancia, compadece a los soldados franceses prisioneros en Siberia mientras olvida los miles de compatriotas que, enrolados a la fuerza en el ejército de invasión de Rusia, se habían quedado en el camino108. El redoble de Monsieur Le Grand, a quien hace retornar vencido a Francia y de paso por

Düsseldorf, le evocará la grandeza épica de la *Grande Armée*:

De nuevo volví a oír el trueno del cañón, el silbido de las balas, los ruidos del combate, y de nuevo volví a ver el heroísmo de la guardia, las flameantes banderas ondeando al viento y al Emperador a horcajadas sobre su caballo.

Extraño belicismo, literario por supuesto, en una persona que apelaba a la fraternidad y se hacía conciencia moral de una Alemania que él amaba y despreciaba al tiempo. Quizás habría que aplicar al caso Heine o, al menos, a su galomanía el axioma con el que él mismo abre el capítulo XI del libro dedicado al tamborilero francés: «Señora, de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso».

LA LITERATURA ODEPÓRICA Y EL «CUADRO DE VIAJE» COMO PERIODISMO CRÍTICO

La crítica literaria va consagrando el término «odepórica» (del griego *odós*, camino, y *póros*, salida) para designar un género que temáticamente acoge y analiza las experiencias «mundanas» del hombre itinerante. Los numerosos viajeros que a su curiosidad añadieron la voluntad comunicativa de sus experiencias de lo no propio han constituido un corpus literario que, a pesar de sus marcadas caracterización y peculiaridad, no ha entrado todavía en el canon literario. Ha sido necesario que grandes escritores lo hayan practicado (Goethe, Heine, Andersen, Capek) para que el género haya recibido oportuna, pero marginal, mención en la exposición de la literatura del mundo. Y obligado es advertir que la «gran literatura» narrativa vive básicamente de la estructura argumental «viaje»: de la *Odisea* al *Quijote* pasando por Gulliver o Robinson, grandes obras del relato han fingido el viaje como el marco argumental a la hora de dar expresión a la propia voluntad comunicativa.

En edades anteriores a la «aldea global» fue un género que contribuyó como ningún otro a la propagación y fijación de la imagen del otro y de lo extraño. Puede decirse que junto a la historiografía (documental[109] o falseada[110]), el relato de viajes ha potenciado de la manera más eficaz la difusión y circulación de los estereotipos nacionales, uno de los instrumentos orientativos del comportamiento humano frente al/lo otro. Próximo a la novela itinerante, el género odepórico se diferencia de esta en el hecho de que el argumento o fábula no se deja a la invención del artista, sino que acepta el sometimiento a la realidad experimentada durante el desplazamiento. Bien es verdad que el carácter selectivo de los episodios o la arbitrariedad del viajero a la hora de poner su relato al servicio de una idea pueden apartar al relato de la realidad experimentada. Rara vez la

literatura odepórica obedece a una voluntad objetiva de acercamiento incondicionado a lo otro. El ya mencionado caso de Mme d'Aulnoy, en su relato de viaje a la corte madrileña de Carlos II, es evidente al respecto.

El género odepórico puede adoptar tres formas básicas: el diario, la forma epistolar o la narración del decurso viajero por etapas111. El imperio de estas, es decir, su carácter decisorio a la hora de configurar el relato no es absoluto pero en general es una pauta de organización de la unidad narrativa (carta, registro diario o capítulo). Junto con la etapa, la estancia, más o menos prolongada en una localidad o paraje, puede dar la ocasión a unidades argumentales mayores (una audiencia de las autoridades; la visita descriptiva de un convento o catedral) o menores (un incidente menor como la refección en el seno de una familia local). En el viaje tradicional, la estancia, el «sejour» o «soggiorno» era el núcleo de su escritura. Tal el caso de Alexander von Humboldt, en su viaje a las tierras equinocciales.

La literatura «viajera» de Heine constituye una especie poética propia dentro del género de la odepórica. No es el relato viajero de signo costumbrista, al uso ya en los siglos XVII y XVIII (al estilo de Mme d'Aulnoy por ejemplo). También transciende el tipo que Laurence Sterne dio en llamar «viaje sentimental». Y cierto es que, incluso admitiendo toques de descripción costumbrista típica del relato odepórico, Heine ejerce, de manera sutil o de manera despiadada, una crítica social y cultural que en muchas ocasiones hace del posible estudio etnográfico que podría resultar del relato viajero, un libelo antisociedad. Si en Mme d'Aulnoy predomina la mordacidad frente a unas costumbres y un estado de sociedad (el de la España de Carlos II, *Memorias de la corte de España, Relación del viaje a España*112), en el diario de viaje de Humboldt por España es más un estudio etnográfico, a través de la itinerancia, de la España de Carlos IV.

Sin embargo, en los «cuadros de viaje» de Heine, el relato es ante todo crítica, sátira, mordacidad engastadas en los episodios del viaje. Por eso se ha dicho, por ejemplo, que en *Los baños de Lucca* hay poco de Italia y mucho de la sociedad alemana de la Restauración113. No en vano, Heine se había llevado a Italia sus «dolores alemanes», trasuntos de aquel *Weltschmerz* romántico de épocas que ya el mismo Heine superaba. Todo ello, aliñado con fuertes dosis de ironía cervantina, aunque ácida y no benevolente como era el caso en el alcalaíno. Desde los hábitos de la piedad cristiana hasta los dogmas católicos, desde las remilgadas costumbres de los aristócratas ingleses que revelan de manera paradigmática los turistas que se cruzan en su camino, hasta el original y arcaico modo de vida de los tiroleses o la pedante afición musical, tendente a la complicación, de los alemanes

(el contraste entre la música rossiniana y la alemana del capítulo XIX es expresivo de su juicio musical: Rossini frente a Bach) todo se disuelve en el ácido corrosivo de la mordacidad heineana. La situación de insatisfacción e incomodidad cultural (de las que años más tarde Freud haría el principal síndrome de patología social de la época: *Unbehagen in der Kultur)* en la que le sume su condición de semita alemán, le hará renegar de una Alemania que odia... y ama sin que, como el romano Catulo ante Lesbia, pueda responder por qué: *Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris. Nescio* («Odio y amo. Por qué hago esto, quizás preguntes. No lo sé»). Llegado al exilio francés marcado por la querencia que sentía por Francia desde que en su más tierna infancia la presencia de los franceses y de Napoleón en Düsseldorf le marcaran, no dejará de sentir añoranzas por Alemania (el «amo» de su trastorno bipolar en contrapartida al «odi» que había sentido en la patria), sobre todo por lo más radical de su germanidad: la lengua en la que le nacieron, aquello que constituía su «ídios», su identidad más innegable: la idiomática. A medida que trascurra su tiempo en Francia también empezará a sentir sus pequeños resquemores contra la sociedad de acogida.

En cuanto a la forma odepórica original de Heine, que no abandona ni el látigo de la crítica ni el bálsamo de la lírica, viene expresada en el término «cuadro» que utiliza para el título («Bild» = «escena», «cuadro»114) y que resulta más que intencionado: sus cuadros pretenden ser testimonio de lo vivido externamente y vivenciado íntimamente. No se trata de un diario ni mucho menos de una sucesión coherente de episodios o del transcurso de un desplazamiento de descubierta. Las dimensiones de los capítulos son más bien breves y se limitan a una escena central elegida entre los diferentes episodios que en cada etapa le acontecen al autor y que este comenta y analiza para montar, sobre su análisis, una teoría de los comportamientos humanos o un juicio cultural o moral. De la observación del devoto paisanaje de la catedral de Trento (las beatas tumbadas en los bancos de la iglesia abanicándose y rezando) deducirá un principio, bastante frívolo e irrespetuoso, pero no carente de ingenio: «el catolicismo es una buena religión para el verano». El cuadro siguiente está dedicado a las impresiones que le provoca el grupo de músicos callejeros en la plaza de la misma ciudad, observación de la que concluirá la indignidad de la vejez cuando a esta le falta el respeto a los propios años. En resumidas cuentas: las reacciones de un indignado estructural ante la Italia previa al Resurgimiento.

«LOS DIOSES EN EL EXILIO»: ENTRE LA MITOLOGÍA COMPARADA, EL PANFLETO VOLTERIANO Y EL LIBRETO OFFENBACHIANO/OFFENBÁQUICO

Los dioses en el exilio es un ensayo *sui generis* de mitología comparada que

aparece en París a principios de abril de 1853 en la célebre revista *Revue des deux mondes,* en versión de Saint-René Taillandier antes de que lo haga un mes después en Alemania en *Blätter für literarische Unterhaltung* como *Götter in Elend*115. El ensayito tuvo su éxito, pues dio lugar a más de una edición pirata. La época se prestaba a semejantes temas. Jakob Grimm publicaba por esas fechas su *Deutsche Mythologie*. Leyendas y mitos, genios, dioses y submundo han sido tratados y utilizados por Heine con frecuencia en sus relatos: el holandés errante, Tannhäuser (que retoma en la versión francesa de este título), los espíritus elementales, la diosa Diana, etc. En una obra que lleva por título precisamente «espíritus elementales» *(Elementargeister)*, Heine se había enfrentado con ese mundo, si no espiritual, sí al menos producto de una de las que podíamos denominar facultades mentales. Esta obra comenzaba con una sugerente propuesta: «como he oído afirmar, todavía hay en Westfalia personas que saben dónde se hallan escondidas las imágenes de los antiguos dioses». Lo que en Grimm o incluso en Gustav Schwab podía ser averiguación y exégesis, incluso popular, de un mito con la seriedad del tratado científico que redactara un psicoanalista que, pipa en mano, hubiera asistido al paciente en la cabecera del diván, en Heine se convertía en el relato hiperrealista de los contenidos arquetípicos de la mente humana que un viejo de la tribu refiriera para alimentar la memoria del grupo salvaje (= habitante de la selva): sugerencia, versión alternativa, morosidad descriptiva, sobre hiperrealidades dentro de la realidad mostrenca de unos pescadores, de lago o de mar... De ahí al realismo mágico, un paso. Vamos, mitología viva, realidad mítica, no pieza museal ni «patrimonio de la Unesco», sino parte de la cotidianidad.

En otras palabras, es este uno de los más divertidos y entrañables relatos/ensayos heineanos. Incluso en su versión francesa, adornaba su versión con digresiones propias de la transmisión oral. Ya en la lejana época en la que se refugiaba en Helgoland, allá por 1829, el autor había anunciado su dedicación al tema y posiblemente en él haya meditado largo tiempo. Su ironía hacía que el Olimpo griego, mejor dicho, los dioses del Olimpo (Baco, Sileno, Príapo) se travistieran de piedad cristiana —sin que el hábito hiciera al monje— para oponer —precursor de Nietzsche en su *El nacimiento de la tragedia del espíritu de la música* o de Offenbach con su *Orfeo*116— cultura pagana y cultura cristiana. Aquella, modelo de visión trascendente; esta, negación de la inmanencia. En una bacanal que se desarrollaría en los bosques tiroleses, límite entre norte y sur, línea divisoria de lo clásico y lo medieval, Baco, acompañado de Príapo y Sileno, se despojaría de la túnica monacal bajo la cual sobrevivía, para afirmar la supervivencia de lo instintivo. ¿Era esta ya una previsión freudiana? La cultura del instinto, ¿brotaba de las arenas movedizas de un ascetismo cristiano? ¿Era el «ello» pugnando en retirada, pero no vencido, con un «yo» negador de los sustratos ínfimos pero no

por ello menos humanos? Baco, esencia de la dinámica clásica del ser humano, seguía haciendo de las suyas bajo cuerda en una sociedad donde se establecía el principio racional, el *principium individuationis*, diría Nietzsche. Bien es verdad que en Heine siempre hay que ver segundas intenciones.

Los dioses en el exilio: ¿qué ha pretendido con esta poéticamente mistificada (y mixtificada, si la Academia lo permite) versión de los mitos clásicos salpimentada de historias de balleneros que harían la competencia al capitán Achab del *Moby Dick*, y de mítica etología animal de cuño ilustrado? ¿Quizás hacer, con grandes dosis de ironía y con una dosis no menor de rencor, borrón y cuenta nueva, en una Francia que le ha acogido con simpatía y sin las prevenciones que en Alemania tenían, con una conversión que lamentaba? ¿Quizás como el protagonista de su leyenda de la Isla de los Conejos y desde su propia condición de Júpiter arrojado por una engorrosa enfermedad al estercolero del bíblico Job, presentar su ineficaz y marginal presencia en una sociedad en la que habían triunfado principios distintos de los por él propuestos? Las expresiones que dedica al cristianismo quizás manifiestan la actitud auténtica frente a una religión que nunca había interiorizado y que solo había pretendido que fuera, según confesión propia, la puerta de ingreso hacía una integración que no consiguió. Desde 1825 había arrastrado una confesión —la luterana— que no era la suya, pues Heine no se «profesaba» más que a sí mismo. El paralelismo que se puede establecer entre ese Júpiter que, aislado en las regiones polares, se encuentran los marineros del navío desrutado, y la propia personalidad del escritor que a esas horas yace en su *Matrazengruft* salta a la vista. El mito del barquero transportador de almas, ¿es una figuración deseada *(Wunschbild)* de lo que pronto sería el desenlace de una biografía, la suya, que había pretendido ser más olímpica? ¿Ha sido un producto de posibles alucinaciones que en su lecho del dolor le han provocado las drogas terapéuticas? En todo caso, el ensayo es uno de los más sugerentes y atractivos de Heine, que en él se hacía ilustrado (la negación del sentido religioso de las ballenas), romántico (la leyenda del transportador de almas), simbolista (la bacanal en la floresta) o incluso postmoderno (el águila jupiterina en puros cañamones): Cóctel fantástico de imaginación cuentística, de humor, de ironía y de anticlerical maledicencia. Heine en estado puro.

Desde este punto de vista, el ensayo es decisivo para calibrar la ética de un escritor al que podemos calificar de *Aussenseiter*, marginado integral de todos los sistemas culturales y éticos: ni cristiano ni judío ni ateo, sino todo lo contrario. Heine ha profesado la ironía, la crítica y, en los poemas, la expresión de la sensibilidad. Anticipándose a Nietzsche, hijo del pastor luterano de la pequeña aldea de Roecken y segundo gran renegado de la cultura alemana, Heine calificará

el triunfo histórico del cristianismo como la «gran catástrofe». Quitándole a la afirmación lo que pueda tener de hipérbole, de juego o de género literario, no deja de ser significativa e indica el «malestar en la cultura» cristiana europea que sufría este marginado. Es difícil conjeturar cómo se habría imaginado el judío Heine el desarrollo correcto de la sociedad europea desde la caída del Imperio Romano hasta el triunfo de una Restauración de los viejos valores que, precisamente, eran los que al parecer le hacían sufrir.

La obra está recogida en el tomo 9 de la edición crítica de Windfuhr y su preparación corrió a cargo de Ariane Neuhaus-Koch, 1987.

LA RECEPCIÓN DE HEINE: BREVES CONSIDERACIONES

Heine constituye sin duda el autor emblemático de la primera izquierda europea. Su compromiso con Marx, su colaboración en el *Vorwärts*, órgano del partido socialista, o en los *Deutsch-französischen Jahrbücher*, editados por Runge y Marx, le confirieron un aura de autor neto de izquierdas, lo que labró gran parte de su fortuna literaria en la posteridad. Si a ello añadimos que, llegada la edad oscura que propició el nazismo, su memoria padeció un terrible *autodafe* bibliográfico — por cierto ya intuido por él, que predijo la inhumanidad de la quema de libros — se comprenderá que en la recepción de Heine han jugado elementos que, no siendo estrictamente literarios, sin duda él no necesitaba. Junto con Brecht, Heine es el buque insignia de una intelectualidad de izquierdas que, como toda opción extrema, ha tenido aciertos y errores117. De hecho, el nefando régimen de la República Democrática Alemana consideró a Heine como autor nacional. Por suerte, Heine no lo necesitaba, aunque tampoco le favorecía. En todo caso, la tónica imperante en la crítica literaria heineana es la de la loa y el incienso no solo a su estética, absolutamente justificada, sino a su persona y a su trayectoria moral que se ha visto elevada a la categoría de héroe. Se hace la vista gorda ante los errores de un autor que no paró mientes en exageraciones, inconsecuencias o maledicencias (caso Börne o Platen). De esa crítica son testimonio los juicios, más bien benévolos, que se emiten acerca del duelo subsiguiente al caso Börne, acerca de su conversión al luteranismo o acerca de sus disputas por la herencia de su tío. Y es que hacer pasar a Heine como un dechado de escritor comprometido hasta las últimas consecuencias es tarea ardua. Él mismo había confesado esa incoherencia o bipolaridad entre sus principios y sus acciones.

En todo caso, esa plusvalía política que se le adscribe (como a Brecht o, en el caso de la literatura española, a Miguel Hernández) supone una descalificación del valor estrictamente literario de su obra. Heine ha sido un maestro en la expresión

tanto del lirismo más acendrado como de la rabia más apasionada. Y esa maestría es la que importa.

Hecha esta aclaración, huelga decir que la figura de Heine, justificada o injustificadamente, ha provocado identificaciones y adhesiones inquebrantables (la de la emperatriz Sissi, por ejemplo, que jugaba a imitarle poéticamente, inútil empeño) y ha sido banderín de enganche ideológico de una izquierda que lo empleaba como ariete contra un «establecimiento» burgués. Es más, de él se ha llegado a afirmar que «el enfrentamiento con Heine es una escala de la democracia en Alemania», lo que evidentemente es una exageración118. Ejemplo de esta utilización no estrictamente literaria es el caso de la oficina de intercambio estudiantil de la Universidad de Düsseldorf que, cuando esta, en aplicación de la diversidad de opinión (lo que los alemanes llaman *Meinungsverschiedenheit* es un valor democrático fundamental y debería respetarse en toda su amplitud) decidió oponerse a la redenominación oficial de la institución, quiso hacer de Heine un icono de lucha política. Su ciudad natal ha instaurado un premio que desde los años setenta, cada dos o tres años, va reconociendo los valores consagrados de las letras alemanas: desde Handke hasta Jellinek, pasando por Frisch o Zuckmayer.

En nuestro país, hace unos años un Congreso de Germanistas apelaba, con gran dosis de voluntarismo, a la figura de Heine como icono moral y de compromiso social: *Ein Mann wie Heine täte uns Not:* un hombre como Heine es lo que necesitaríamos. Como divisa ocurrente vale, pero ¿alguien cree que Heine sería capaz hoy en día de modificar un ápice los comportamientos sociales a fuerza de acidez verbal?

Sea como sea, Heine es uno de los autores, junto con Goethe, Nietzsche o Kafka119, en el ámbito de la alta literatura por supuesto (en el de la media o, incluso, la trivial habría muchos nombres que les ganarían, también en Alemania), más leído, editado y traducido. Bien es verdad que ninguno de ellos pasa actualmente por su mejor coyuntura en las librerías. Clientes de las pocas ediciones alemanas de Heine son mayormente los estudiantes de Germanística. El proyecto *Gutenberg/Spiegel* hace el resto. Por lo demás, existen traducciones en casi todas las lenguas cultas del planeta. Y añádase a eso los conciertos de lieder que en el mundo occidental hace pasar los textos de Heine, quizás desapercibidos, por los sentimientos de los oyentes.

Testimonio de este culto heineano es el que le tributa su ciudad natal, Düsseldorf, donde un «Instituto Heinrich Heine» mantenido por la Deutsche Forschungsgemeinschaft y por el gobierno del Land cultiva su memoria y

mantiene un museo/ biblioteca que recoge bibliografía especializada así como un portal dedicado a la trasmisión de la obra, la correspondencia y documentos referentes a Heine (www.heine-portal.de). En Hamburgo la editorial Hoffmann y Campe publica un *Heine-Jahrbuch*, editado por Eberhard Galley y el Instituto Heinrich Heine de Düsseldorf unos *Heine-Studien* que dirige Joseph A. Kruse.

1 Udo Rukser, «Heine en el mundo hispánico». Separata de la revista *Mapocho*. Biblioteca Nacional de Chile (sin fecha), págs. 204-249. Se publicó también bajo el título de *Heine in der hispanischen Welt,* en la *Deutsche Vierteljahrschrift für Literatur und Geistesgeschichte.* Sobre la base de ese trabajo, Claude R. Owen publicó otro mucho más extenso (336 págs.) con el título de *Heine im spanischen Sprachgebiet. Eine kritische Bibliographie,* Spanische Forschungen der Goerresgesellschaft, 1966.

2 Véase el apartado de Bibliografía en español al final de esta Introducción.

3 No se tiene constancia cierta del año de su nacimiento.

4 *Geldern* (= Güeldres) es el nombre de una ciudad del Bajo Rin alemán, capital de una comarca perteneciente al distrito de Kleve *(Kreisstadt)* y al *Regierungsbezirk* de Düsseldorf. Geldern era también el apellido que llevaba la madre de Heine. La población semita de la ciudad fue tan importante que todavía en 1866 tuvo que habilitarse un «cementerio judío», que sobrevivió a la época nazi y en la que se conservan más de cien lápidas funerarias. Fue además cabeza de un condado que databa del siglo XII y que más tarde pasó a formar parte de las posesiones de la corona española (desde 1543 hasta 1703).

5 Aunque la obra tematiza la relación interreligiosa de árabes y cristianos en la España posterior a la Reconquista, con ella alude Heine a su propia situación confesional en Alemania.

6 Años más tarde, sus quijotescos comentarios al *Quijote* servirían de introducción a una edición de la obra cervantina en la reeditada versión de Tieck que se realizó en Stuttgart en 1837.

7 Así denominadas por ser consecuencia de la reunión de las «potencias» alemanas en el balneario austriaco de Karlsbad, hoy en día Karlovy Vary, en la República Checa. La causa de semejante reunión en la cumbre en el exquisito balneario fue el asesinato de un escritor de medio pelo, Kotzebue, a manos de un estudiante patriota y revolucionario. Tenían como objetivo la lucha contra las ideas

liberales y (¡!) nacionalistas representadas, entre otros, por las asociaciones patrióticas estudiantiles *(Burschenschaften)* que, reconvertidas actualmente en *Verbindungen* de sonoros nombres teutónicos (Germania, Cheruscia, Franconia, Westfalia, etc.) representan lo más granado de la universidad «pija» alemana: uniformes, casquetes, sables, botas de alto coturno decimonónico, etc., pertenecen al *attrezzo* que sus miembros exhiben en ocasiones oficiales.

8 El Príncipe Elector de Baviera Maximiliano José, a quien pertenecía el ducado de Berg como parte integrante del Kurpfalz o Palatinado había ayudado a Napoleón frente a Austria. Como contrapartida recibiría por parte del tirano francés el título de rey de Baviera. El nuevo rey habría renunciado definitivamente a favor del Emperador a los territorios renanos. Al frente de ellos, Napoleón colocaría a su cuñado Murat, el posterior carnicero de La Moncloa. Baviera mantuvo hasta 1918 su condición de reino tanto dentro del Bund como del Imperio Alemán.

9 Citado según la *Sekularausgabe,* vol. 20, pág. 17. Versión propia.

10 La relación de Heine con su tío Salomon fue más que ambigua. Cierto es que el tío rico tuteló económicamente no solo a Heinrich, sino a toda la familia, ya que el padre enfermó pronto de una patología invalidante (epilepsia) que le impedía la vida normal de comerciante, muriendo cuando Heine tenía solo treinta y un años. Al fallecer el tío, Heine rompería su exilio francés para intentar hacer valer sus derechos a la herencia que aquel dejaba.

11 Los pasajes que en su trabajo sobre *La escuela romántica* dedicaría a A. W. Schlegel son una de las caricatuturas más despiadadas brotadas de su pluma. No solo sus ideas, sino también su aspecto físico eran motivo de la maledicencia de Heine, que a la sazón daba en ese ensayo testimonio de un encuentro fortuito con el teórico del romanticismo en París: «Iba vestido conforme a la última moda... del año en que murió Mme de Staël. Además sonreía de una manera tan anticuadamente dulce que parecía un vieja dama que tuviera un caramelo en la boca, y se movía tan juvenilmente como un niña coqueta». Heine en estado puro... a costa de su viejo profesor. En semejante tónica de sorna sin bemoles, más bien en tono mayor, describía la visita en París a Börne, quien, si bien no había sido su profesor, sí había sido su amigo: «Estaba metido o, mejor dicho, vivía en una coloreada bata de seda, como vive una tortuga en su caparazón y, cuando en ocasiones sacaba su cabecita, no podía por menos de estremecerme».

12 De esta segunda tragedia afirmaría haberla escrito *in einem Zuge und ohne*

Brouillon (de un tirón y sin borrador) en enero de 1821, mientras se encontraba en Berlín intentando echar pie en la escena literaria tras haber sido expulsado de la universidad de Gotinga. Aparecida en la casa editorial Dümmler, llevaba el subtítulo de «tragedia» y apareció junto con el *Lyrisches Intermezzo*. El hecho de que calificara la obra de tragedia da testimonio de su privado período *Sturm und Drang* (período que precede a la irrupción del Romanticismo del que fue, por así decirlo, una tumultuosa y exagerada versión previa, hacia 1780) habla a favor de lo «unzeitgemäss», de lo extemporáneo del intento. La tragedia, desarrollada en Escocia, ya de entrada incluía perlas como la siguiente: «—Douglas: Con orgullo, Mylord, os llamo hoy padre. —MacGregor: Con mucho mayor orgullo os llamo yo hijo *(se abrazan)*». Iniciar una obra con tal escena más propia de una anagnórisis final, era una invitación a la carcajada. ¡Lástima que Bellini con su bellcantismo no hubiera rescatado la infumable obra dramática de Heine para ponerla al lado de *La sonambula*, otra que tal, pues a la vista está que su libreto provenía de la mano de Scribe. Dios nos libre.

13 Hans Juretschke, «Heine en España y sobre España. Breves datos sobre Heinrich Heine con un resumen de su entrada y recepción en España», en *Hieronymus Complutensis*, núm. 6-7 (enero-diciembre de 1998), págs. 63-77.

14 Ciudad de la Baja Sajonia célebre por su universidad, la *Georgia Augusta* que, fundada en 1734, en la epoca de Heine, a pesar de la inquina que este le profesaba, era una de las más afamadas de Europa Central. Por ella pasaron, entre otros, Lichtenberg, Metternich, Schopenhauer, Wilhelm von Humboldt o los hermanos Grimm.

15 La época posnapoleónica en Alemania ve surgir las asociaciones estudiantiles que, con pretexto de patriotismo, cultivaban una cierta violencia de corte machista que incluía, entre otras cosas, la *Mensur* o esgrima «ofensiva»y el duelo. En este contexto, Heine resultó herido en una pierna. Véase nota 7.

16 Heine nunca ha manifestado mayor agradecimiento a sus maestros, muchos de los cuales figuran en el elenco de grandes nombres de la cultura alemana. No son raras las irrespetuosas designaciones a través de un apodo, quizás en curso entre los estudiantes o, más bien, creado *ad hoc* por el autor, para referirse a sus profesores: Rusticus (Anton Bauer), Cujacius (Gustav Hugo), Asinius Göschenus (Ludwig Göschen), etc., son otros tantos apodos con los que se refiere a sus profesores.

17 Incluso llegaría a impartir clases en el marco de las actividades culturales

que esa asociación organizaba.

18 Heine realizaría una decidida promoción de sus tragedias, enviando sendos ejemplares a Hegel, Immermann, a Uhland, etc., sin conseguir mayor reconocimiento.

19 De esta ciudad, en la que residieron sus padres y él en ocasiones, diría que tenía un pararrayos que derivaría a tierra toda cultura que amenazase caer sobre la ciudad.

20 «Leporello» se denomina el desplegable que Leporello, el sirviente de Don Giovanni, saca a relucir y en el que van registradas las víctimas/conquistas del burlador y que el sirviente Leporello lee a doña Elvira.

21 Heinrich Heine, *Reisebilder*, Stuttgart, Reclam, 2010, pág. 87. Versión propia.

22 Esta balada había aparecido ya en el ciclo *Heimkehr*.

23 De este poema existe una docena de versiones al español que han sido estudiadas en *Revista de Filología Moderna* de la Universidad Complutense por Fernando Collar, profesor que fue del IULMyT.

24 Si el *Sturm und Drang* fue preludio voraginoso del Romanticismo, el *Biedermeier* fue la suave coda, el eco que se iba perdiendo de aquel movimiento que había tenido un clímax muy potente pero breve. En el *Biedermeier*, el romanticismo se hacía casero, íntimo, familiar. Aunque parezca mentira, el revolucionario y crítico Heine, cayó en los encantos de una visión que aparentemente satisfacía los criterios estético-sociales de la Restauración. Solo habría que comparar el poema «Bergidylle» («De la sierra en la cabaña, / Vive el anciano minero»), del *Viaje al Harz* con su traducción al lenguaje plástico, una ilustración de J. P. Lyser, para convencerse de la valencia *Biedermeier* de muchos poemas de Heine.

25 Al respecto hay que dejar constancia de que el verso heineano ha sido el más musical y musicado de los autores alemanes. Maestros del género «chico» de la música vocal, el *lied*, el género más alemán de los que integran la historia musical de este pueblo, recibieron de Heine impulsos decisivos: Schubert, Schumann, Mendelssohn, Liszt e incluso el maestro de la grandilocuencia musical, Richard Wagner (decidido antisemita por cierto), utilizarían sus versos como fuente de inspiración musical. El maestro de Bayreuth aprovecharía varios temas heineanos para sus composiciones mayores: *El holandés errante*, leyenda a la que

Heine daría formulación en las *Memorias del señor Schnabelewopsky,* y el *Tannhäuser,* que tomó de la versión irónica que hizo del poema medieval realizada por Heine. Quizás el antisemitismo de Wagner, otro ejemplo de la ética que se gastaban muchos profesionales de las artes, fue una conveniencia que cedía ante la utilidad.

26 Sus estancias en esta isla del Mar del Norte fueron muy productivas. Parte de la posterior obra *Ludwig Börne. En Denkschrift* recupera material literario redactado en la isla. Sus desplazamientos a la misma tenían una finalidad terapéutica: «El baño en el Mar del Norte es el más saludable remedio para mi mal», había escrito. Sus dolores de cabeza serán un motivo constante en su epistolario.

27 Carta a Varnhagen desde Hamburgo, 1831. La religión a la que hace referencia era el sansimonismo. Citado según portal Heinrich Heine de la Universidad de Tréveris, http://urts55.unitrier.de:8080/Projekte/HHP/briefe/02briefean. Versión propia.

28 *Geständnisse,* cap. 4, http://gutenberg.spiegel.de/buch/365/4. Versión propia.

29 *Französische Zustände*, cap. 8, art. IV, http://gutenberg.spiegel.de/buch/387/8. Versión propia.

30 *Ludwig Börne, Ein Denkschrift,* II, http://gutenberg.spiegel.de/buch/373/2. Versión propia.

31 El propietario de la editorial de este nombre —fundada ya en el siglo XVII—, el suabo Johann Friedrich Cotta, fue uno de los más importantes editores alemanes del siglo XIX. Junto con Campe, fue el más destacado promotor de las obras de Heine. En su editorial habían aparecido muchas obras de Schiller y Goethe, entre otros. Cabe decir, en todo caso, que alguna vez rechazó propuestas del autor.

32 Höhn/Liedtke, *Auf der Spitze del Welt*, Hamburgo, Hoffmann y Campe, 2010, pág. 76. Estos mismos autores mencionan un comentario de Börne sobre la falta de formación musical de Heine. En una audición de una sinfonía de su amigo Hiller, habría interpretado los cuatro movimientos propios de una sinfonía, como la ejecución de las cuatro piezas que se ofrecían en la velada y habría hecho ademán de abandonar la sala cuando todavía faltaba la ejecución de tres piezas más. Börne, que tampoco debía de ser un santo, le echaba también su dosis de

mordacidad al comentario: «habría tomado el segundo movimiento de la sinfonía por el solo de contralto que venía a continuación de la sinfonía y el tercer movimiento por un solo de violoncelo». No en vano el mismo autor había reconocido en uno de sus informes-carta desde Berlín con ocasión de una recensión de la música de Spontini: «Soy demasiado lego en el terreno musical...».

33 Era el cuadro político que integraban los numerosos estados alemanes producto de la supresión del Sacro Imperio perpetrada por Napoleón y de las modificaciones realizadas por el Congreso de Viena. Se constituyó en 1815 y duró hasta 1866. Presidido por Austria tenía poca funcionalidad política a pesar de la llamada *Zollverein* o asociación aduanera (1834), que, sin embargo, fue el primer paso para la unificación alemana.

34 «Joven Alemania» fue la designación que se dio a una serie de escritores que, partiendo del romanticismo, orientaron la expresión literaria en alemán hacia la crítica social y cultural antiburguesa, lo que hizo que en cierto momento los escritos de los componentes del grupo, nunca formalizado, fueran perseguidos (prohibidos) por las autoridades de la Restauración. En esa prohibición desempeñarían un papel importante las denuncias de un antiguo conmilitón o compañero de estudios de Heine.

35 *Französische Zustände*, cap. 2, prólogo, http://gutenberg.spiegel.de/buch/387/2. Versión propia.

36 Citado según A. Kruse, *Heinrich Heine. Leben und Werk in Texten und Bildern*, Fráncfort, Insel, 1983, pág. 183. Versión propia.

37 Prólogo a las *Französische Zustände*. http://gutenberg.spiegel.de/buch/387/2. Versión propia.

38 ¿Qué habría pensado nuestro autor si, años más tarde, hubiera visto que en su amada y odiada Alemania se introducían las primeras medidas de previsión social (el seguro de enfermedad) mientras en Francia todavía se estaba formando la mítica (no se entienda ningún doble sentido) CGT?

39 *Über die Februarrevolution*, I. http://gutenberg.spiegel.de/buch/372/3. Versión propia.

40 En carta al editor Campe del 4 de febrero de 1836 (citado según J. A. Kruse, 1983).

41 También en Austria José II había levantado la guetización social y política del judío en sus territorios.

42 Como no podía ser menos, contra ellos arremeterá también Heine en uno de sus «cuadros» italianos.

43 De hecho, el ministro Scheck, en carta a su majestad Luis I de Baviera, el de la Lola Montes, encarecía el nombramiento de Heine como profesor extraordinario, insistiendo en que «In den Schriften [...] waltet ein wahrer Genius» (en sus escritos impera una auténtica genialidad), si bien pedía que se le perdonara sus *Verwirrungen* (confusiones) juveniles.

44 Interesante resultaría comparar la naturaleza y los recursos de la ironía de estas dos que podíamos considerar almas gemelas. La irreverencia cultural del galop final del *Orfeo* no deja de tener cierto parentesco con el Júpiter nórdico de *Los dioses en el exilio* heineano, aunque en todo caso se deberá reconocer que la musa del desenfado, no así la de la irreverencia, fue más offenbaquiana que heineana.

45 Émile Zola fue uno de ellos y se expresó, incapaz quizás de llegar a la hondura irónica e iconoclasta de Cremieux/Halevy/Offenbach, de manera harto pacata: «La fièvre de l´irrévérence gagnait le monde lettré des premières représentations; on piétinait sur la légende, on cassait les antiques images». Lo que demuestra que nadie es perfecto. Y menos Zola.

46 Joseph A. Kruse, al tratar el incidente de Heine con el poeta Adolf von Platen Hallermünde interpreta el anatema radical que Heine lanza sobre el exquisito aristócrata alemán, cuya homosexualidad pone en evidencia, como una manera de ocultar la propia condición homosexual. Si esto fuera así, habría otra razón para poner en entredicho, una vez más, la ética de nuestro escritor. En el capítulo final de *Los baños de Lucca* y sin mayor razón se explaya contra el escritor y arremete de manera bastante infame, no tanto contra su literatura y contra su crítica, sino, *ad hominem*, contra su condición, lo que, al parecer, después le causaría, si no remordimientos, sí al menos, cierta insatisfacción o intranquilidad. La crítica al uso tiende a proponer al escritor como ejemplo de moralidad y buen comportamiento ético (el mismo Heine se interpretaba a sí mismo en este sentido) simplemente por el hecho de que algunos de los valores representados por el autor en cuestión sean políticamente correctos o estén en la tónica y onda de la «pública opinión». Ni Heine, ni Nietzsche ni Karl Kraus (el Heine vienés: su *Demolierte Literatur* fue paradigma de sarcasmo, no de lealtad o respeto a los que habían sido compañeros de profesión) fueron ejemplos de comportamiento impecable. Hay

una hagiografía laica que hace del poeta, el novelista o el dramaturgo el santón, muchas veces nada ejemplar, de la nueva sociedad.

47 Este político e historiador francés de nombre Louis Adolphe Thiers (1797-1877), fue Primer Ministro del gobierno de Francia en tres ocasiones. Las vicisitudes políticas de este protector de Heine tuvieron que repercutir sobre el escritor.

48 El término fue acuñado por Heine para expresar los años de postración que tuvo que soportar a partir de la aparición de su enfermedad, una especie de *tabes* o sífilis atípica. Se podría traducir por «cripta del colchón».

49 Véase al respecto la obra de Roland Schiffter que se menciona en la Bibliografía.

50 H. Schnierle y Chr. Wetzel mencionan una conversación de Heine con Adolf Stahr en la que el autor compara la religión con el opio. En su situación de terrible postración física, Heine necesitaría de ambos: religión y opio *(Literatur der Welt in Bildern, Texten, Daten. Heinrich Heine*, Salzburgo, Andreas, 1980, pág. 123). Lo que el último le suponía para el cuerpo, eso sería la primera para su espiritu.

51 *Über die Februarrevolution,* I. *Die parlamentarische Periode des Bürgerkönigtums*, http://gutenberg.spiegel.de/buch/372/3. Versión propia.

52 Epílogo al *Romanzero,* http://gutenberg.spiegel.de/buch/romanzero-379/50.

53 En este sentido cabe advertir que los *Cuadros de viaje*, por ejemplo, están salteados de baladas y poemas populares que en ocasiones publicó en colecciones aparte y que en ocasiones añade o incluye en el relato para aligerarlo o para llenar espacio.

54 Véase al respecto Ernst Behler, *Klassische Ironie. Romantische Ironie. Tragische Ironie. Zur Ursprung dieser Begriffe*, Darmstadt, 1972.

55 A pesar de la admiración que sentía por el príncipe de las letras alemanas, en más de una ocasión le ha soltado *sotto voce* una pulla: el comentario que dedica al *Mignon* (¿Conoces el país de los limoneros?) en el capítulo del *Viaje de Múnich a Génova*, la parodia del *Werther* en el Brocken en el *Viaje al Harz* o el comentario que le merece la ciudad de Weimar, de la que solo celebra su cerveza, son significativos al respecto.

56 Capítulo XXII del *Viaje de Múnich a Génova*.

57 Capítulo XXXII del *Viaje de Múnich a Génova*.

58 De franciscano, por ejemplo, vestirá al Dionisos que celebra las bacanales en los bosques tiroleses en *Los dioses en el exilio*.

59 Con respecto a los jesuitas, la opinión de Heine resulta muy poco ambigua, casi postiva, se podría decir. En uno de los capítulos del *Viaje de Múnich a Génova* la emprende con los jesuitas que él intenta identificar en Brixen, donde parecen haberse estableblecido de nuevo. Conforme a la anterior propuesta acerca de la inexistencia de los jesuitas, no encuentra ninguno en la ciudad surtirolesa de donde deduce su fórmula arriba citada: solo existe el mal cuando se cree en él. Quizás respondiera con este capítulo a una farsa de Joseph Mendelssohn que llevaba el título de *Überall Jesuiten* (Jesuitas por todas partes). En alguna ocasión Heine llega a hacer del término *Jesuitenzögling* (alumno de jesuitas), lo que él mismo había sido (casi se podría decir que fue alumno aventajado), sinónimo de hipocresía social: («en esta vendetta suaba pensó este alumno de jesuitas cuando envió su corrupto artículo sobre la corrupción al *Allgemeinen Zeitung»)*. Bien es verdad que en otros pasajes defiende el auténtico espíritu del fundador y solo arremete contra la versión histórica del jesuitismo, en parte fundada, pero no auténticamente jesuita: «Me parece que con frecuencia se ha tratado a los jesuitas de manera bastante jesuítica y que estos ya han pagado intereses demasiado altos por las deudas que permitieron que les sobrevinieran [...]. Los jesuitas han sido condenados, no juzgados». Quizás Heine estuviera al tanto de las reducciones del Paraguay, por ejemplo, o de las contribuciones a las luchas de emancipación que los jesuitas fomentaron.

60 Santo capuchino que desempeñó los más humildes puestos en el convento de peregrinación de dicha ciudad bávara.

61 El relato que Heine hace de su encuentro con Goethe en el transcurso de su viaje herciniano está salpimentado con una buena dosis de ironía. Así, por ejemplo, cuando alude al carácter «olímpico» (no en vano se le consideraba «el Júpiter de Weimar») que le atribuía la opinión pública: «Cuando estuve delante de él, miré a ver si a su lado estaba el águila con el rayo en el pico. Incluso estuve a punto de hablarle en griego, pero cuando comprobé que entendía el alemán, le dije en alemán que las ciruelas del camino entre Jena y Weimar eran muy buenas».

62 *Ludwig Borne, IV*, en *Werke 3, Die romantische Schule*, Colonia, Könemann,

1995, pág. 427. Versión propia.

63 M. Weiner, *Begegnungen mit Heine. Berichte der Zeitgenossen*, Hamburgo, Hoffmann u. Campe, 1973, pág. 244.

64 «Hombre soy y nada humano me es ajeno» (Terencio).

65 «Humano, demasiado humano» (Nietzsche).

66 *Romanzero*, http://gutenberg.spiegel.de/buch/379/50. Versión propia.

67 M. Weiner, *Begegnungen mit Heine. Berichte der Zeitgenossen, op. cit.,* pág. 168.

68 En español, *De la vida de un tunante,* Madrid, Cátedra (col. Letras Universales, 399), 2008.

69 No entramos, por prolijo, en el tema del desfase que afecta a las diversas variantes nacionales del romanticismo. En Francia o en España el movimiento llega con decenios de retraso con referencia a Alemania.

70 *Geschichte der Religion und Philosophie in Deutschland,* en *Werke 3,* Colonia, Könemann, 1995, pág. 221.

71 Georg Büchner, *Werke und Briefe,* Múnich, Hanser, 1980, pág. 279

72 En carta a K. A. Varnhagen von Ense. Citado según la *Sekularausgabe,* vol. 20, pág. 385).

73 *Die romantische Schule,* en *Werke 3,* Colonia, Könemann, 1995, pág. 158.

74 *Ibidem*.

75 Capítulo XXVII del *Viaje de Múnich a Génova*: *Kranke Menschen sind immer wahrhaft vornehmer als gesunde*. Un aforismo para la posteridad.

76 *Geschichte der Religion und Philosophie in Deutschland, op. cit.,* pág. 177.

77 Epílogo al *Romanzero,* http://gutenberg.spiegel.de/buch/romancero-379/50.

78 Capítulo IV de *Los dioses en el exilio.*

79 *Die romantische Schule, op. cit.,* pág. 159.

80 *Ibidem*, pág. 246.

81 Cuando Heine registra su visita en Weimar a un Goethe octogenario, destaca precisamente la decadencia física del autor como factor de decepción en su veneración al ídolo de las letras alemanas. Él, veinteañero orgulloso de su juventud, estaba lejos de suponer que llegaría a aquel estado de decrepitud a una edad mucho más temprana de lo que lo hubiera hecho Goethe. Nunca digas de este agua no beberé.

82 Heine, en la fijación de sus domicilios, fue de un nomadismo desmesurado, muy semejante al que manifestó Beethoven a lo ancho y largo de la geografía vienesa. Quince veces cambió de domicilio en París. En este contexto, tampoco la mención de Nietzsche resulta gratuita: el currículum de este Federico, el auténticamente grande, guarda más de un paralelismo con el de Heine. Como este, también Nietzsche estuvo atormentado, poseído podría decirse, por una gran desazón domiciliaria, cambiando de asentamiento continuamente hasta que una enfermedad similar a la del poeta lo fijara al catre —un *Matrazengruft* de diez años el de Nietzsche—, quedando primero al cargo de su madre, en el balcón de la Weingartenstr. 18, de Naumburgo, y posteriormente, al cargo de su hermana Elisabeth, en Weimar. Schulpforta, Leipzig, Basilea, Sils Maria, Roma, Éze, Turín, etc., fueron algunas de las estaciones de un deambular errante a la búsqueda de la impresión que provocara la inspiración como impulso para seguir viviendo y escribiendo.

83 Merece la pena insistir en lo arriba advertido: A pesar de su resentimiento con el público y las autoridades alemanes de la Restauración (período que inicia el Congreso de Viena en 1815), que leían pero prohibían o censuraban sus libros, Heine, en su exilio francés libremente escogido, sintió la nostalgia de su patria, no en último lugar por motivos lingüísticos. Advertía en efecto que, siendo escritor alemán, la desconexión con el medio natural de su competencia y creatividad artísticas, la lengua alemana, incidían de manera negativa sobre esta última. En este sentido, se quejaría de la falta de libros alemanes en París: «¿No os sería posible enviarme libros alemanes de la biblioteca de préstamo con el barco a vapor?», escribía en 1850 en carta a su prima Betty Heine. En todo caso, en los viajes que desde París emprende a Alemania, a Hamburgo más exactamente, sobre todo en el segundo, intervinieron motivos de

interés crematístico que, como buen alemán (¡extraña relación la que tiene este pueblo con el dinero!), Heine no podía desatender: su tío Salomon Heine había fallecido hacía poco y una posible participación en la herencia le atrajo a la ciudad hanseática.

84 En todo el viaje herciniano invirtió un mes largo, si bien recorrió territorio no estrictamente perteneciente el entorno del Harz, pues lo prolongó hasta Eisleben, Weimar o Eisenach.

85 El sentido naturista del autor de *Siddharta* le llevaría a practicar el nudismo y la escalada en pelota picada. *Ne quid nimis*, o sea, ni tanto ni tan calvo, Sr. Hesse.

86 La Arcadia, como base real de la poesía pastoril, en la región noroccidental de la antigua Grecia, fue un *topos* ideal, donde tenían lugar las escenas de los idilios de la literatura pastoril que Sannazaro había consagrado en su *Arcadia* (1504). Y los montes leoneses fueron trasunto español de aquella Arcadia en la que el portugués Jorge de Montemayor desarrollaba los lances de su *Diana*. Pronto este valor antonomásico de los paisajes pastoriles fue traspuesto por los poetas alemanes, viajeros por Italia, a los *loci amoeni* de la Campania napolitana o de la campiña romana. La «duquesa-madre» por antonomasia, es decir, la duquesa Ana Amalia de Weimar, jugaría a los pastorcillos con su sequito en la campiña de los *Castelli romani*, en Tívoli en concreto.

87 La canción, recogida en el *Vorwaerts*, órgano oficial del Partido Socialista, celebra el levantamiento de los tejedores de Silesia al que medio siglo más tarde dedicara Gerhardt Hauptmann el drama naturalista *Los tejedores de Silesia* que sancionaba el uso del dialecto en la gran literatura.

88 Willi Oelmüller, *Die unbefriedigte Aufklärung. Beiträge zu einer Theorie der Moderne von Lessing, Kant und Hegel*, Fráncfort, Suhrkamp, 1979.

89 *Die romantische Schule*, obra publicada en Francia como parte de los *Salones*.

90 De esa catedral en tiempos de Heine solo quedaba un *Vorhof* o pórtico de gran interés para el historiador del arte. La observación de esas ruinas provocará en Heine la siguiente consideración: «Vivimos en una época cargada de graves presagios: se derriban catedrales milenarias y se tiran al trastero las sillas imperiales». ¿Quizás no se atrevió a expresar todavía su verdadera opinión al

respecto?

91 Walpurgis fue una monja que en tiempos de la cristianización de los pueblos germánicos había combatido la práctica, muy extendida, de la brujería. La noche de la festividad de esa santa, el 30 de abril, se habría elegido para la realización de prácticas aquelárricas. En el imaginario popular a veces pasa por ser una de las brujas. Con ese nombre no es de extrañar.

92 La ciudad no fue descrita por Heine en su viaje y, sin embargo, hoy en día es quizás la más pintorescas de todas las que componen el complejo urbanístico herciniano debido sobre todo a su arquitectura de entramado perfectamente conservada.

93 Salvando la distancia diacrónica, todos ellos cabrían en parte en el concepto social utilizado por Heine para referirse a los partidarios de un romanticismo de cuño tradicionalista, lo que él llama el *altdeutsche Partei.*

94 En más de una ocasión ha dejado testimonio de esta su intención terapéutica del viaje, bien porque se la hubiera infundido el médico de turno, bien por convencimiento propio.

95 Tal y como demuestran los grupos de viajeros que Heine se encuentra en el Brockenhaus.

96 Heine se vengará de esta indiferencia del genio de Weimar, dedicando a esta ciudad un comentario que es un desprecio de Goethe: «la ciudad tiene buena cerveza», es lo único que apuntará acerca de la visita a este *sancta sanctorum* de la cultura alemana.

97 Fueron muchos los artistas y escritores, alemanes o no, pero sobre todo estos, los que fijaron a lo largo del XVIII y del XIX su residencia temporal o perpetua en Italia. Los nombres de Angelika Kaufmann, visitada por Goethe durante su viaje italiano, de Cornelius, mencionado por Heine, de Böcklin, de Burckhardt o de Mommsen, amén del grupo que capitaneó el rey de Baviera en su *taverna spagnola* del Trastevere, bastarían para documentar esa presencia masiva de la cultura alemana en el sur.

98 En sus «cuadros italianos» *(Viaje de Múnich a Génova),* Heine comentará críticamente el *Mignon* («Kennst Du das Land wo die Zitronen blühen?») de Goethe.

99 La afición científica de Goethe le llevó a creer que pasaría a la posteridad, más que por su producción estética, por sus rendimientos científicos (la *Farbenlehre* o teoría de los colores fue redactada en este convencimiento). Como se sabe, identificaría además un hueso en la mandíbula del ser humano que hasta entonces había pasado desapercibido.

100 M. Weiner, *Begegnungen mit Heine. Berichte der Zeitgenossen*, *op. cit.*, pág 171. Versión propia.

101 Significativo de su fijación, no siempre positiva, por España como ambiente de localización de sus argumentos, fijación que ya había anunciado en *Almansor*, es el último de los poemas del *Romanzero,* que tiene como fábula o argumento la disputa religiosa entre un rabino y un fraile en un Toledo medieval. Que en ese poema hiciera profesar en la orden franciscana (en su variante capuchina) al fraile protagonista, cuando esta orden no se fundaría hasta bien entrado el siglo XVI, es una licencia poética, pero al tiempo una falta de documentación. Para Heine un capuchino servía tanto de gambrinus cervecero como de teólogo inquisidor.

102 De este da testimonio el registro de Goethe en su *Italienische Reise* la noche antes de partir de Roma.

103 El tema Napoleón, ídolo de Heine que defiende más por terquedad germánica (en su caso, antigermánica) que por objetividad ilustrada, será una constante de sus consideraciones. A él hace constantes menciones, sobre todo en *El libro Le Grand*, que recoge los recuerdos de su infancia en el Düsseldorf ocupado por los franceses y en el que un francés, el tal Le Grand, tamborilero de pro, permaneció acuartelado en su casa. Es extraño que los más grandes espíritus alemanes de la época, Goethe, Beethoven o Heine, no hayan sabido ver el potencial de ambivalencia que aureolaba la figura de Napoleón y que deberían haber juzgado con bastante menor benevolencia. Los desastres que el diminuto autócrata de la mano al pecho causó en toda Europa deberían haber sido un aldabonazo a una (clari)videncia que, por más que se expresara en yambos o alejandrinos, no iba más allá de sus narices. Solo Beethoven parece haberse arrepentido de su admiración primeriza por el Corso al borrar, supuestamente, la dedicatoria de alguna de sus obras. En todo caso, hombres que alardeaban de clarividencia no supieron percibir la contradicción que suponía extender la libertad mediante el atropello y el expolio de los pueblos o a fuerza de fusilamientos o invasiones.

104 Citado según *Cuadros de viaje*, versión de Lorenzo González Agejas,

1889.

105 La descripción de las calles londinenses del Cheapside le lleva a caracterizar el temperamento inglés con rasgos más que negativos: «No mandes a un poeta a Londres. Manda a un filósofo [...]. Esa fatua gravedad de todas las cosas, esa colosal uniformidad, ese movimiento maquinal, ese enojo en la alegría misma, ese Londres exagerado [...] todo ello oprime la fantasía y desgarra el corazón».

106 H. Heine, *Reisebilder: Englische Fragmente*, Stuttgart, Reclam, 2010, pág. 451.

107 *Ibidem*, págs. 527 y 530.

108 Solo a título de ejemplo: de los 10.000 soldados que el pequeño ducado de Sajonia-Weimar, el de Goethe, ministro del mismo, puso a disposición de la *Grande Armée* solo regresaron a los lares patrios 700 hombres.

109 La de los cronistas de Indias, por ejemplo.

110 La que se pone al servicio de una causa ideológica: Schiller o Voltaire son buenos ejemplos de esta práctica falsificadora de la historia.

111 La «etapa» en el relato de viaje tradicional tenía como función introducir la descripción morosa de la «estancia» o *soggiorno*. Así en Montaigne o en Goethe en sus respectivos viajes italianos. Mientras la «etapa», es decir, la movilidad, se dedicaba a la observación, valoración o transformación del paisaje o al estudio naturalista, la «estancia» se orientaba a la descripción del paisanaje, ciudadanía o sociedad. Algo semejante sucede en Heine, quien, atravesando las montañas tirolesas, va elaborando líricamente el paisaje, mientras que la parada en Trento la dedica a despotricar contra un catolicismo que odia desde su más honda identidad étnica o a fabular «variaciones» literarias sobre temas itaianos.

112 Este último título está editado en la colección «Cómo nos vieron» de Ediciones Cátedra.

113 Bern Kortländer, «Nachwort», en Heinrich Heine, *Reisebilder*, Stuttgart, Reclam, 2010.

114 Personalmente nos inclinaríamos a traducir, como hace Hans Juretschke, perfecto conocedor de ambas lenguas, la alemana y la española, por

«retratos» de viaje. La tradición, aceptada y aceptable, de la solución semántica «cuadros» nos lleva a adoptarla aquí, pero advirtiendo del valor que puede tener. Entendido el término en sentido pictórico (retrato) nos daría la voluntad inherente a este nuevo tipo de literatura.

115 Otro título bajo el que apareció el ensayo fue *Die verbannten Götter*. (Los dioses desterrados).

116 Tanto Heine como Offenbach utilizan como elemento de distanciamiento (= ironía) la «comicidad por contraste». En el Baco de *Los dioses en el exillio*, travestido de superior franciscano, está actuando el mismo principio que en el *Orfeo*, cuyo protagonista solo por la presión de la opinión pública tebana y para tapar sus asuntillos con las alumnas del conservatorio de Tebas, accede a bajar a rescatar a Eurídice a los infiernos, donde Júpiter, por cierto, ni siquiera allí, respetará el principio de extraterritorialidad.

117 En sus *Confesiones*, de 1854, hacía borrón y cuenta nueva de su confesión de fe comunista: «Ahora tenemos fanáticos monjes del ateísmo y grandes inquisidores de la incredulidad que quisieran quemar al señor Voltaire porque en lo hondo de su corazón era un empedernido deísta. [...] En efecto, me di cuenta de que el ateísmo había hecho un pacto más o menos secreto con un vulgar y desvergonzado comunismo, sin hoja de parra que le cubriera».

118 G. Höhn, *Heine Handbuch. Zeit-Person-Werk,* Stuttgart, Metzler, 2004, pág. VII.

119 El *Index Translationum* de la UNESCO, fuente no muy fiable aunque indiciaria, señala cincuenta y seis traducciones de obras de Heine al español en el medio siglo que va 1950 a 2000. Para Kafka da la cifra de doscientas setenta y cuatro, para Goethe ciento setenta y seis y para Nietzsche trescientas cuarenta y dos. Siendo como es básicamente un autor lírico, y dada la baja coyuntura que atraviesa la poesía en nuestra sociedad, la cifra no deja de ser importante.

ESTA EDICIÓN

El enorme material literario que Heine puso bajo el título de «cuadros de viaje» comprende diversas obras independientes que se refieren a distintos destinos de sus numerosos viajes. La cronología de los mismos sería la siguiente:

Cuadros de viaje I, primera entrega, que aparece en 1826, y recoge el «Viaje al Harz» realizado en 1824.

Cuadros de viaje II, segunda entrega, que aparece en 1827 y que contiene «El libro Le Grand» y «El Mar del Norte», no recogidos en la presente edición.

Cuadros de viaje III, tercera entrega, aparecida en 1829, que recoge la mayor parte del viaje italiano realizado en 1828: *Viaje de Múnich a Génova* y *Los baños de Lucca*.

Cuadros de viaje IV, cuarta entrega, aparecida en 1830, que recoge parte del viaje italiano *(La ciudad de Lucca)* y el viaje a Inglaterra *(Fragmentos ingleses),* que tuvo lugar en 1827, es decir, con anterioridad al viaje a Italia.

Son, pues, cuatro las entregas de «cuadros» y siete los títulos en los que Heine trabaja desde su promoción al grado de doctor (1825) hasta la fecha en la que decide abandonar Alemania y establecerse en Francia. Hemos seleccionado por razones de formato de la colección algunos de los cuadros (las tres entregas componen dos tomos en la edición crítica de Manfred Windfuhr, lo que traspasaría los límites de la presente colección) que forman un conjunto compacto en su obra: el *Viaje al Harz* y los «cuadros» a los que dio el título «Italia». No hemos incluido las *Briefe aus Berlin* que van acompañadas de un breve ensayo *Über Polen. Reisebilder* por no estar concebido con el criterio del «cuadro». Los cuadros del Mar del Norte los hemos descartado por poseer estos más un carácter de reflexión crítica que de «cuadro de viaje».

Como base textual de nuestra edición hemos utilizado la edición alemana de los *Cuadros de viaje* realizada para Hoffmann und Campe por Manead Windfuhr, aparecida en los tomos 6 y 7 (1986) de la *Historisch-kritische Gesamtausgabe*, Hamburgo, Hoffmann und Campe, conocida como la *Düsseldorfer Ausgabe*, aunque en ocasiones la hemos contrastado con otras versiones, incluso con la edición francesa.

La teoría de la traducción ha puesto recientemente en circulación el concepto de «aceptabilidad» como uno de los criterios de versión correcta y

adecuada. En efecto, el grado y los umbrales de aceptabilidad que el polisistema cultural de llegada manifestaba frente al texto heineno, el alemán de 1800-1850, son obviamente distintos de los que hoy pueda manifestar el público español del siglo XXI ante cualquier texto extranjero. Hablar de salvar el «efecto» es terreno peligroso, pero alguna razón hay que darles a los representantes de la doctrina traductológica que se ha denominado «bellas infieles». Por eso, en nuestra traducción hemos seguido un criterio de «versión naturalizada» (lo que la teoría de la traducción alemana llama «estrategia naturalizante» («domesticadora» la llaman otros teóricos, *einbürgernde Übersetzungsstrategie)* en honor a una mayor conexión con el posible público lector actual, aunque sin abandonar el respeto debido al estilo heineano, que, sin embargo, en origen y frente al posible texto terminal, nos llega marcado por un desfase diacrónico y de diatopía cultural. Cuando la textualidad resultante de esta estrategia pudiera apartarse del colorido epocal o local nos hemos atenido a este, pues el término medio es difícil de obtener. El texto heineano, para su comprensión completa, exige un trabajo de exégesis y documentación que hace que la edición aumente considerablemente de tamaño. Pero las numerosas referencias o alusiones personales o institucionales forman parte del código heineano. Tanto en los comentarios como en las notas nos hemos permitido también, siguiendo el ejemplo marcado por este maestro de la irreverencia europea, de lejos, por supuesto, cierto grado de ironía. Con ello hemos considerado seguir los pasos del maestro.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA HEINEANA

En cuanto a la obra escrita por Heine cabe decir, desde el punto de vista cuantitativo, que es la de un autor bastante prolífico. Su obra completa ocupa en la edición crítica de Windfuhr dieciséis volúmenes dobles dedicados a los textos y a los comentarios criticos. El interés y sobre todo la calidad de la obra heineana ha motivado desde el primer momento una cantidad tal de bibliografía secundaria en los dos siglos de recepción que sería tarea imposible en un espacio tan limitado como el que aquí tenemos a disposición el hacer justicia somera a todos los títulos merecedores de mención y de consulta. La obra de Wilamowitz-Moellendorf/ Mühlpfordt *(Heine Bibliographie 1983-1995. Stuttgart, 1998)* está dedicada a recoger los datos documentales al respecto. Solo los medios informáticos actuales posibilitan un acceso rápido pero abrumador al tema. Una petición de información a través del catálogo de la Biblioteca Nacional Alemana puede darnos unas dos mil quinientas entradas. Se nos impone aquí, pues, una selección orientada con los criterios de lo fundamental y lo práctico. Para consultar cualquier tema específico (Heine y la música, la naturaleza en Heine, etc.) remitimos a las «Bibliografías».

Ediciones críticas y comentadas

Sämtliche Werke (ed. Oskar Welzel), Leipzig, 1910-1920.

Düsseldorfer Heine-Ausgabe. Historisch-kritische Gesamtausgabe (ed. Manfred Windfuhr), Hamburgo, Hoffmann und Campe, 1971-1997.

Säkularausgabe. Werke, Briefwechsel, Lebenszeugisse. (ed. Weimar/ París), 1970.

Reisebilder, Stuttgart, Reclam, 2010.

*Bibliografía primaria en orden cronológico de aparición*120

1820

Die Romantik (El romanticismo), ensayo

1821

Gedichte (Poemas)

1822

Briefe aus Berlin (Cartas desde Berlín), informes periodísticos

1823

Über Polen (Sobre Polonia)

1823

Tragödien nebst einem lyrischen Intermezzo (Tragedias. Intermezzo lírico)

Almansor

William Ratcliff

Lyrisches Intermezzo (Intermezzo lírico), ciclo de poemas

1826

Reisebilder. Erster Teil (Cuadros de viaje. Primera parte)

***Die Harzreise* (Viaje al Harz)**

Die Heimkehr (El retorno), poemario

Die Nordsee. Erste Abteilung (El Mar del Norte. Primera parte), cuadros de viaje

1827

Reisebilder. Zweiter Teil (Cuadros de viajes. Segunda parte)

Die Nordsee. Zweite Abteilung (El Mar del Norte. Segunda parte), cuadros de viaje

Die Nordsee. Dritte Abteilung (El Mar del Norte. Tercera parte), cuadros de viaje

Ideen: das Buch le Grand (Ideas. El libro Le Grand), ensayo de memorias

Briefe aus Berlin (Cartas desde Berlín), reedición de colaboraciones

periodísticas

1827

Buch der Lieder (Libro de Canciones), poemas

Junge Leiden (Nuevos dolores)

Die Heimkehr, 1826

Lyrisches Intermezzo«, 1823

Aus der *Harzreise«*, 1826

Die Nordsee, 1826/1827

1829

Reisebilder. Dritter Teil

Die Reise von München nach Genua **(Viaje de Múnich a Génova)**

Die Bäder von Lucca **(Los baños de Lucca)**

1831

Nachträge zu den Reisebildern (Apéndices a los cuadros de viaje)

Die Stadt Lucca **(La ciudad de Lucca)**

Englische Fragmente (Fragmentos ingleses)

1833

Französische Zustände (La situación francesa)

Der Salon. Erster Teil (El Salón. Primera parte)

Französische Maler (Pintores fraceses)

Aus den Memoiren des Herren von Schnabelewopski (Extracto de las memorias del sr. Schnabelewopski)

1835

Der Salon. Zweiter Teil (El Salón. Segunda parte)

Zur Geschichte der Religion und Philosophie in Deutschland (Historia de la religión y la filosofía en Alemania)

Neuer Frühling (Nueva primavera)

Die romantische Schule (La escuela romántica)

1837

Der Salon. Dritter Teil (El Salón. Tercera parte)

Florentinische Nächte (Noches florentinas), novela

Elementargeister (Espíritus elementales), ensayo

1837

Über den Denunzianten. Eine Vorrede zum dritten Teil des Salons. (Sobre los denunciantes. Prefacio a la tercera parte del Salón)

*Einleitung zum «Don Quixote»*121 (Introducción al *Don Quijote)*

1838

Der Schwabenspiegel (El espejo suabo)

Shakespeares Mädchen und Frauen

1840

Ludwig Börne. Eine Denkschrift (Sobre Ludwig Börne. Un memorándum).

Der Salon. Vierter Teil (El Salón. Cuarta parte)

Der Rabbi von Bacherach (El rabino de Bacharach)

Über die französische Bühne (Sobre la escena francesa)

1844

Neue Gedichte

Neuer Frühling, 1834 (Nueva Primavera), poemas

Verschiedene (Miscelánea)

Romanzen (Romances)

Zur Ollea

Zeitgedichte (Poemas del tiempo)

Deutschland: Ein Wintermärchen (Alemania, un cuento de invierno)

1847

Atta Troll: Ein Sommernachtstraum (Atta Troll: Un sueño de una noche de verano)

1851

Romanzero

Erstes Buch: Historien (Historias)

Zweites Buch: Lamentationen (Lamentaciones)

Drittes Buch: Hebräische Melodien (Melodías hebreas)

Der Doktor Faust. Tanzpoem, 1846 (El doctor Fausto. Poema para ballet)

1854

Vermischte Schriften I (Escritos misceláneos I)

Geständnisse (Confesiones)

***Die Götter im Exil* (Los dioses en el exilio), ensayo**

Die Göttin Diana 1846 **(**La diosa Diana), ensayo

Ludwig Marcus: Denkworte (Ludwig Marcus. En memoria)

Gedichte. 1853/1854 (Poesías)

Vermischte Schriften II (Escritos misceláneos II)

Lutezia. Erster Teil (Lutecia. Primera parte)

Vermischte Schriften III (Escritos misceláneos III)

Lutezia. Zweiter Teil (Lutecia. Segunda parte)

1884

Memoiren (Memorias, póstumo), en *Die Gartenlaube.*

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

En los últimos cincuenta años han surgido innumerables trabajos de exposición general de la obra y personalidad de Heinrich Heine, ya que es uno de los autores que exige, para su correcta interpretación, una visión integral de la misma. Cualquier interpretación de una de sus obras requiere la referencia, primero, a su personalidad y, segundo, a muchas otras con las que posiblemente esté relacionada la obra en cuestión. *Los dioses en el exilio*, por ejemplo, deben conectarse, como hemos visto arriba, con otros trabajos de Heine sobre mitología. En las referencias que siguen señalamos en negritas las exposiciones generales tanto del autor como de la obra que resultan más aconsejables a la hora de obtener una visión general de ambos.

BETZ, Albrecht, *Ästhetik und Politik. Heinrich Heines Prosa*, Múnich, 1971.

B**ÖHM**, A., *Heine und Byron: Poetik eingreifender Kunst am Beginn der Moderne*, Berlín/Boston, 2013.

BRUMMACK, J. (ed.), *Heinrich Heine. Epoche —Werk— Wirkung*, Múnich, 1980.

Heine in Deutschland. Dokumente seiner Rezeptzion 1834-1956 (ed. K. Th. Kleinknecht), Múnich/Tubinga, 1976.

KREUTZER, L., *Träumen, Tanzen, Trommeln. Heinrich Heines Zukunft*, Fráncfort, 1997.

Kruse, J. A., *Leben und Werk in Texten und Bildern*, Fráncfort/Leipzig, 1983.

— y WERNER, M., *Heine in Paris 1831-1856*, Düsseldorf, 1981.

LÄMKE, O., *Heines Begriff der Geschichte. Der Journalist Heine und die Julimonarchie*, Stuttgart/Weimar, 1997.

LIEDTKE, Chr., *Heinrich Heine*, Hamburgo, 2006.

LUKÁCS, G., «Heinrich Heine als nationaler Dichter», en el mismo, *Deutsche Realisten des 19. Jahrhudert*, Berna, 1951.

MARCUSE, L., *Heinrich Heine. Ein Leben zwichen Gestern und Morgen*, Berlín, 1932.

MENDE, F., *Chronik seines Lebes und Werkes*, Berlín, 1970.

METZNER, G., *Heine in der Musik. Bibliografie der Heine-Vertonungen*, Tutzing, 1989-1994.

MONTANUS, H., *Der kranke Heine*, Stuttgart/Weimar, 1995.

REICH-RANICKI, M., *Der Fall Heine*, DVA, Stuttgart, 1997; Múnich, 2000.

ROSENTHAL, L., *Heinrich Heine als Jude*, Fráncfort/Berlín/Viena, 1973.

SCHIFFTER, R., «Das Leiden des Heinrich Heine», en *Fortschritte der Neurologie Psychiatrie*, 73 (2005), págs. 30-43.

Schnierle, H. y Wetzel, Chr., *Heinrich Heine*, Salzburgo, 1980.

WEINER, M., *Heinrich Heine. Revolution und Reflexion*, Stuttgart, 1969.

— *Begegnungen mit Heine. Berichte der Zeitgenossen*, Hamburgo, 1973.

WILHELM, G. y GALLEY, E., *Heine Bibliograhie*, Weimar, 1960.

ZIEGLER, E., *Julius Campe — Der Veleger Heinrich Heines*, Hamburgo, 1976.

HEINE EN ESPAÑOL (EN ESPAÑA)

Heinrich Heine es uno de los autores alemanes de mayor presencia en el ámbito hispano. Incluso en la mal llamada América Latina, donde la recepción de las letras alemanas fue muy tardía y se produjo en parte a impulsos de la emigración alemana a los países del subcontinente, Heinrich Heine fue siempre bienvenido. Ricardo Palma, por ejemplo, consciente de su valor poético, lo traducía en 1886 a través del francés, por supuesto. Ya hemos hecho referencia en la primera nota de esta introducción a los trabajos de Rukser y de Owen. A ellos remitimos (véase nota 1 en la Introducción). En todo caso cabe la mención de algunas aportaciones e importaciones de Heine a/en nuestra lengua. Vayan aquí, pues, algunos títulos selectos de lo que podía ser una biblioteca heineana en español, aunque antes sea obligado reseñar tres hechos fundamentales y otros tantos nombres de esta historia heineana en España.

En primer lugar se debe resaltar que la vía de penetración de Heine en España, al igual que de gran parte de la literatura alemana, fue Cataluña. Al menos así lo quiere un gran estudioso del tema Hans Juretschke, que ha intentado demostrarlo en numerosos estudios. Igualmente, y en segundo lugar, hay que destacar la función mediadora que supuso el francés como texto original de las primeras versiones españolas de nuestro autor, extremo este que no era mayor demérito, pues Heine fue un autor bicultural y alguno de sus escritos se publicaron inicialmente en francés, como es el caso de *Los dioses en el exilio*. Otros, ya en vida del autor, se publicaron en versión íntegra en francés (tal el caso de los *Cuadros de viaje*, que aparecen cuando el autor ya está en su lecho de muerte). No es de extrañar que la edición de González Agejas haga consultas constantes a la edición francesa de los *Cuadros.* Los nombres de Milá y Fontanals, maestro del polígrafo santanderino, y Juan Valera, embajador que fue en tierras alemanas, o Emilia Pardo Bazán fueron determinantes, gracias a su prestigio, en la propagación de Heine en España como traductores y/o críticos. La versión del *Cancionero* o *Libro de cantares* del valenciano Teodoro Llorente realizada en 1885 (ver abajo) fue decisiva en su consagración ante el público español como poeta lírico, que aunque tres décadas posterior a la edición de Eulogio Florentino Sanz (1857), era una versión a la altura lírica del original. Al respecto es muy aconsejable la consulta del trabajo de Pilar Martino, «*El Libro de los cantares* de H. Heine en traducción de Teodoro Llorente (1885)».

Finalmente destaca el papel que las revistas del XIX tuvieron en la difusión de Heine en el medio lingüístico hispano. Una de las más activas fue *El propagador de la Libertad*, cuyo editor fue el emigrado catalán Andrés Fontcuberta (alias

Covert-Spring) y cuya cabecera conectaba perfectamente con el ideario heineano. Esta revista de corta vida —tres años— ya a finales del tercer decenio publicaba algunos capítulos de *La escuela romántica,* quizás el texto de más carga política de todos los del autor. Posteriormente, a partir de los noventa del XIX, la recepción de Heine fue continua, no interrumpiéndose ni siquiera en la época de Franco, si bien en esos años fueron más bien los libros de poemas los que preferentemente se recibieron. Cabe decir que casi no hay obra de nuestro autor que no se haya traducido al español y cabe también mencionar, como colofón, la importante presencia de Heine en la América hispana, de la que es testimonio y aporte documental el estudio de J. Zamudio, *Heinrich Heine en la literatura chilena. Influencias y traducciones,* Santiago de Chile, 1958.

Traducciones (selección: antiguas y modernas)

Enrique Heine, *Joyas prusianas: Intermedio, regreso y nueva primavera*, trad. de M. M. Fernández García, Madrid, 1873. A juzgar por el título, quizás traducido de la homónima antología francesa.

Enrique Heine, *El intermezzo, poema*, trad. de A. Rodríguez Chaves, 1875.

Heinrich Heine, *Intermezzo lírico*, F. Sellen, Nueva York, 1875.

Heinrich Heine, *Poemas y fantasías,* trad. de José Herrero, pról. de M. Menéndez Pelayo, 1883.

Heinrich Heine, «Cantos. Intermezzo», trad. de E. Pardo Bazán de poemas sueltos aparecidos en el *Semanario del Faro de Vigo* o en el *Heraldo Gallego*, entre 1875 y 1880.

Heinrich Heine, *Cuadros de viaje,* trad. y ed. de Lorenzo González Agejas, Madrid, 1889, 2 tomos.

Heinrich Heine, *Los dioses en el destierro*, trad. de P. González Blanco, Valencia, Sampere, 1890.

Heinrich Heine, *En el Hartz*, Palma de Mallorca, 1892.

Heinrich Heine, «Poemas», en el *Museo Universal,* trad. de Eulogio Florentino Sanz.

Heine. Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas, trad. de Llorente,

Bonalde, Rivas, Maristany, Barcelona, s. a.

Heinrich Heine, *Confesiones y memorias*, trad. de P. González Blanco, Madrid, 1911.

Heinrich Heine, *Cuadros de viaje*, trad. de M. Pedroso, Madrid, 1920 y 1935.

Heinrich Heine, *Memorias*, trad. de M. Pedroso, Madrid, Espasa- Calpe, 1932.

Enrique Heine, *Cantares amorosos*, trad. de J. Clark, Barcelona, Pallas, 1941.

Enrique Heine, *Poesías*, trad. de Teodoro Llorente, Barcelona, 1944.

Enrique Heine, *Sus mejores poesías,* Barcelona, Bruguera, 1954.

Heinrich Heine, *Noches florentinas: Iniciación en la lectura de los escritores de habla alemana,* trad. del editor, Barcelona, Sidus, 1964.

Heinrich Heine, *Libro de canciones, Noches florentinas* y *Espíritus elementales*, Madrid, Aguilar, 1966.

Heinrich Heine, *Poemas,* trad. de Feliu Formosa, Barcelona, Lumen, 1981.

Heinrich Heine, *Obra selecta (Antología poética)*, trad. de B. Balzer, Madrid, Ediciones de la Torre, 1995.

Heinrich Heine, *Radikal: una antología*, trad. de J. Munárriz, Madrid, Hiperión, 2008.

Heinrich Heine, *Cuadros de viaje*, trad. de I. García Adánez, Madrid, Gredos, 2003.

Estudios

AUB, Max, *Heine*, Segorbe, Fundación Max Aub, 2000.

GALLEGO MORELL, Antonio, *La huella de Heine en la Granada del siglo xix*, Granada, 1979.

HERNÁNDEZ, Alejo, *Bécquer y Heine. Estudios de teoría de la literatura*,

Madrid, Doménech, 1946.

JURETSCHKE, Hans, «Heine en España y sobre España. Breves datos sobre Heinrich Heine con un resumen de su entrada y recepción en España», en *Hieronymus Complutensis*, núms. 6-7 (enero-diciembre de 1998), págs. 63-77.

MARTINO, Pilar, «Libro de los Cantares de H. Heine, en la traducción de Teodoro Llorente (1885)», en F. Lafarga y L. Pegenaute, *Cincuenta estudios sobre traducciones españolas,* Berna, Peter Lang, 2011, págs. 339-344.

— «Reisebilder, de Heinrich Heine. Primera versión castellana realizada por Lorenzo González Agejas», en *Hieronymus Complutensis,* núm. 11 (2004), págs. 123-132.

OWEN, Claude R., *Heine im spanischen Sprachgebiet. Eine kritische Bibliographie,* Münster, Spanische Forschungen der Goerresgesellschaft, 1966.

RUKSER, Udo, «Heine en el mundo hispánico», separata de la revista *Mapocho*, Biblioteca Nacional de Chile (sin fecha), págs. 204-249.

120 Damos en negrita los títulos recogidos en el presente volumen.

121 Esta introducción es elaboración de uno de los capítulos de *La ciudad de Lucca*.

CUADROS DE VIAJE

VIAJE AL HARZ

Nada es duradero excepto el cambio. Nada hay tan definitivo como la muerte. Cada latido del corazón nos causa una herida: la vida sería un eterno desangrarse si no existiera la poesía. Esta nos concede aquello que la naturaleza nos niega: una edad de oro que no se oxida, una primavera que no se marchita, un cielo de felicidad sin nubes y una juventud eterna.

BÖRNE

Levitas negras, medias de seda,

Blancos puños cortesanos,

Afables discursos, cordiales abrazos...

¡Si al menos corazón tuvieran!

Corazón en el pecho y amor,

Cálido amor en el corazón...

¡Ay!, me matan sus cantinelas

De amor, sus falaces penas.

A las montañas subir quiero,

Donde están las pías cabañas,

Donde libre se abre el pecho,

Y frescas soplan las auras.

A las montañas subir quiero,

Donde oscuro se alza el abeto,

El arroyo murmura y el pájaro canta

Y donde rauda la nube pasa.

Adiós, espléndidas salas,

¡Hombres galantes! ¡Galantes damas!

Subir quiero a las alturas,

Y allá arriba haceros burla122.

La ciudad de Gotinga, célebre por sus salchichas y su universidad123, pertenece al rey de Hannover y comprende 999 hogares, varias iglesias, una casa de maternidad, un observatorio astronómico, un calabozo, una biblioteca y una taberna municipal cuya cerveza, por cierto, es realmente buena. El arroyo que la atraviesa se llama Leine y sirve para el baño durante el verano. Su agua es muy fría y en algunos lugares se hace tan ancho que Lüder124 tuvo que coger gran impulso para saltarlo. En sí misma, la ciudad es bonita, aunque cuando más agradable resulta es cuando uno la abandona. Debió de alzarse ya hace mucho tiempo, pues recuerdo que hace cinco años, cuando me matriculé en su universidad y poco después fui expulsado, ya tenía el mismo aspecto gris y resabiado y estaba plenamente surtida de bofia125, caniches126, disertaciones, lavanderas, *Theedansants*, compendios, asado de paloma, güelfos127, carruajes de graduados, cazoletas de pipa, consejeros áulicos, consejeros ministeriales, consejeros de legación, bufones128, archibufones y demás archimandritas129. Algunos sostienen incluso que la ciudad se erigió en los tiempos de la invasión de los bárbaros y que cada una de las tribus germánicas dejó allí en aquel entonces un ejemplar suelto de sus miembros. De ellos provienen todos los vándalos, frisones, suabos, teutones, sajones, turingios, etc., que en Gotinga todavía a día de hoy, en tropel y separados por los colores de sus gorros y de la guarnición de sus pipas, pasean por la Weenderstraβe130, andan eternamente a golpes entre ellos en las sangrientas asambleas electorales de Rasenmühle, de Ritschenkrug y de Bovden131; viven aún según los usos y costumbres de los tiempos de la invasión de los bárbaros y gobiernan, en parte a través de sus *duces* o condotieros, llamados «gallos principales», en parte a través de su vetusto código de leyes, denominado *Comment*, y que bien merece un lugar en las *legibus barbarorum*.

En general, los habitantes de Gotinga se agrupan en estudiantes, profesores, filisteos y ganado, cuatro estamentos estos que están rigurosamente separados. El

estamento pecuario es el de mayor trascendencia. Enumerar aquí los nombres de todos los estudiantes y de todos los profesores, ordinarios y desordenados, sería demasiado prolijo; tampoco recuerdo en este instante el nombre de todos los estudiantes, y, entre los profesores, hay quienes incluso carecen aún de él. La cifra de filisteos132 de Gotinga debe de ser numerosa como la arena o, mejor dicho, como la porquería en la orilla del mar; ciertamente, cuando los veía por la mañana, con sus sucias caras y sus blancas cuentas, plantados ante los portones del Tribunal Académico, apenas podía comprender cómo Dios había podido crear tal atajo de gentuza.

Para obtener mayor minuciosidad acerca de la ciudad de Gotinga, se puede consultar fácilmente la topografía de la misma de K. F. H. Marx. Aunque con el autor, que fue médico mío y me manifestó mucho afecto, tenga contraída la más sacrosanta de las obligaciones, no puedo recomendar su obra de forma incondicional, y debo reprender el hecho de que no contradiga con severidad suficiente la falsa opinión de que las ciudadanas de Gotinga tienen los pies demasiado grandes. Sí, desde hace mucho tiempo me he dedicado con absoluta seriedad a refutar esta opinión; por eso asistí como oyente a clases de anatomía comparada, seleccioné las obras más raras de la biblioteca, estudié durante horas en la Weenderstraβe los pies de las damas que por allí pasaban y, en el doctísimo tratado donde se recogen los resultados de estos estudios, hablo: 1.º de los pies en general; 2.º de los pies entre las personas mayores; 3.º de los pies de los elefantes; 4.º de los pies de las ciudadanas de Gotinga; 5.º recopilo todo lo que ya se ha dicho sobre estos pies en el Ullrichs Garten133; 6.º considero los mismos en su contexto y aprovecho para hacer un excurso sobre las pantorrillas, rodillas y más arriba y, por fin, 7.º si soy capaz de conseguir papel de tamaño suficiente, le añado aún algunas placas de cobre con el facsímil de los pies de las damas de Gotinga.

Todavía era muy temprano cuando dejé Gotinga. El erudito *** estaba seguramente todavía en su cama y soñaba, como de costumbre, que caminaba por un hermoso jardín en cuyos arriates crecían puros y blancos papelillos que, escritos con citas, brillaban deliciosos bajo la luz del sol, y los cuales iba cogiendo aquí y allá y, con esfuerzo, trasplantando a un nuevo arriate, mientras los ruiseñores regocijaban su viejo corazón con los más dulces tonos.

Ante el Weender Tor me encontré con dos pequeños escolares oriundos, uno de los cuales dijo al otro: «No quiero volver a tratar con Theodor, es un bribón, ayer ni siquiera sabía cuál es el genitivo de mensa». Pese a lo insignificantes que suenan tales palabras, debo, sin embargo, repetirlas; sí, querría escribirlas justo sobre la puerta como lema de la ciudad; pues los jóvenes pían, así como los

ancianos silban, y esas palabras indican perfectamente el estrecho, seco y puntilloso orgullo de la eruditísima Universidad Georgia Augusta.

Ya en la carretera soplaba el aire fresco de la mañana y los pájaros cantaban llenos de júbilo, de modo que también a mí me fueron trayendo paulatinamente de nuevo el frescor y la alegría. Era precisamente esta sensación de alivio lo que venía necesitando desde días atrás. En los últimos tiempos no había salido de la cuadra de las *Pandectas:* los casuistas romanos me habían cubierto el alma con una especie de telaraña gris; mi corazón estaba como enclavado entre los férreos párrafos de los egoístas sistemas de derecho; continuamente resonaba en mis oídos «Triboniano, Justiniano, Hermogeniano... y el cretino de turno», e incluso una pareja que en actitud cariñosa estaba sentada bajo un árbol me pareció una edición del *Corpus iuris* con las manos entrelazadas. La carretera comenzó a llenarse de vida. Me cruzaba con lecheras y también con arrieros de recuas de asnos con sus grises pupilos a cuatro patas. Detrás de Weende me encontré con Schäfer y Doris. No son la bucólica pareja que canta Geβner134 en sus idilios, sino bedeles de universidad bien remunerados que han de vigilar atentos que ningún estudiante se bata en duelo135 en Bovden y que ningún profesor privado con aficiones especulativas introduzca a escondidas alguna idea nueva que aún deba estar en cuarentena durante unos decenios fuera de Gotinga. Schäfer me saludó como a un colega, pues es también escritor y me ha citado a menudo en sus escritos semestrales136 y, en fin, tenía la costumbre de mandarme citaciones disciplinarias, y cuando no me encontraba en casa tenía la amabilidad de dejarme escrita con tiza la citación en la puerta. De vez en cuando pasaba rodando un carruaje bien cargado de estudiantes que partían de vacaciones o, tal vez, para siempre. En este tipo de ciudades universitarias, el ir y venir es constante. Cada tres años entra una nueva generación de estudiantes: es una eterna corriente humana donde una ola semestral desplaza a la otra y solo los viejos profesores se mantienen imperturbables en este movimiento general... como las pirámides de Egipto. Solo que en estas pirámides universitarias no se esconde sapiencia alguna137. De la pérgola de mirtos de Rauschenwasser138 vi salir a caballo a dos jóvenes llenos de esperanza. Una mujerzuela que ejerce allí su oficio horizontal los acompañó hasta la carretera mientras, con mano experta, iba dando palmadas sobre las enjutas grupas de los caballos, rio a carcajadas cuando uno de los caballeros que iba detrás de ella le proporcionó algunas galanterías con la fusta sobre su abundosa popa, tras lo cual se apresuró en dirección a Bovden. Sin embargo, los jóvenes se dirigieron a Nörten, gritando chispeantes y cantando con gracia la canción de Rossini: «¡Bebe cerveza, querida, Lise querida!»139. Mientras me alejaba seguí escuchando estas melodías durante un tiempo, aunque pronto perdí de vista a los graciosos cantores que espoleaban de manera escandalosa a sus caballos, que en el

fondo parecían tener el lento carácter alemán y a los que hacían avanzar a fuerza de golpes de fusta. En ningún otro lugar el maltrato de los caballos es equiparable al que sufren en Gotinga. A menudo, cuando veía a los caballeros que frecuentaban Rauschenwasser torturar a un jamelgo cojo y bañado en sudor por solo un poco de pienso para subsistir, o bien cuando este tenía que tirar de un carro lleno de estudiantes, pensaba: «¡Ay, pobre animal, apuesto a que en el Paraíso tus antepasados han comido de la avena prohibida!».

En la posada de Nörten me encontré de nuevo con los dos jóvenes. Uno de ellos se despachaba una ensalada de arenque y el otro conversaba con la criada de piel amarillenta y correosa, a la que llamaban Fusia Canina140 o *Trittvogel*141. Este le estuvo haciendo algunos cumplidos y, finalmente, los dos acabaron a golpes. Con el fin de aliviar el peso de mi talega, saqué los pantalones azules, que desde un punto de vista histórico resultaban muy llamativos, y se los regalé al pequeño posadero que se hace llamar Colibrí. Bussenia, la anciana ventera, me trajo entretanto un panecillo con mantequilla y se lamentó de que la visitara de manera tan esporádica, pues es mucho lo que me estima.

Pasado Nörten, el sol ya brillaba alto en el cielo. Él me trataba como correspondía y me calentaba la cabeza de tal manera que todos mis inmaduros pensamientos llegaron a sazón. Tampoco se puede despreciar el buen sol de la Posada Zur Sonne142 de Nordheim. Cuando llegué, encontré la comida lista; todos los platos estaban sabrosamente preparados y me agradaron mucho más que los insípidos platos académicos, los insulsos y acorchados bacalaos acompañados de col rancia que me servían en Gotinga. Tras haber calmado algo mi estómago, advertí la presencia en la misma posada de un señor y dos damas que se disponían a partir. El señor iba completamente vestido de verde, llevaba incluso unas gafas de color verde que conferían a su roja nariz cobriza una semejanza con el cardenillo143. Tenía el mismo aspecto que el rey Nabucodonosor... en sus últimos años, cuando, según cuenta la leyenda, al igual que un animal del bosque, no comía más que lechuga. El señor de verde me pidió si podía recomendarle un hotel en Gotinga y yo le aconsejé que preguntara allí por el Hotel de Brühbach144 al primer estudiante al que encontrara. Una de las damas era su señora esposa, fémina de gran estatura y grosor, de rostro enrojecido de varias millas cuadradas y hoyuelos en las mejillas que parecían las escupideras de los dioses del amor, una carnosa papada colgante que parecía ser una continuación mal formada del rostro y unos senos apiñados en el cuello que, remodelados con rígidas puntillas y alzacuellos festoneados en punta, como si fueran torrecillas y bastiones, se asemejaban a aquellas fortalezas de las que hablaba Filipo de Macedonia, que poco habrían resistido a un asno cargado de oro. La otra dama, su señora hermana,

constituía el extremo opuesto de la anteriormente descrita. Si aquella procedía de las vacas gordas del faraón, esta provenía de las flacas. Con una boca entre dos orejas que ocupaba todo el rostro y un pecho desoladamente desierto como el páramo de Luneburgo145, toda su recocida figura se asemejaba a una mesa de beneficencia para teólogos pobres. A un tiempo me preguntaron ambas damas si en el Hotel de Brühbach también se hospedaba gente de postín. Yo lo afirmé con buena conciencia y, cuando el amable trío partió, lo saludé de nuevo a través de la ventana. El posadero sonrió astuto: probablemente sabía que la cárcel de los estudiantes en Gotinga se llama Hotel de Brühbach.

Más allá de Nordheim comienza la montaña. Aquí y allá se descubren bellas colinas. De camino encontré sobre todo buhoneros que se dirigían a la feria de Braunschweig y también un enjambre de mujeres, cada una de las cuales portaba sobre la espalda una gran jaula cubierta con un paño de lino blanco, prácticamente del tamaño de una casa. Dentro de las mismas había una gran variedad de pájaros cantores que piaban y trinaban incesantes mientras sus portadoras se apresuraban en alegre parloteo hacia su destino. Me resultaba totalmente ridículo el que una pájara condujera a los otros al mercado.

En una noche negra como la pez llegué a Osterode146. Me faltaba apetito para comer y me tumbé de inmediato sobre la cama. Cansado como un perro, dormí como un dios. Tuve un sueño en el que regresaba de nuevo a Gotinga, más exactamente a la biblioteca local. De pie, en un rincón de la Sala Jurídica, revolvía antiguas disertaciones y estaba sumido en la lectura cuando, en una pausa, advertí asombrado que era de noche y que los candelabros de cristal que colgaban del techo alumbraban la sala. La cercana campana de la iglesia dio en ese momento las doce. La puerta de la sala se abrió despacio y una orgullosa y gigantesca mujer, respetuosamente acompañada por miembros y adeptos de la Facultad de Jurisprudencia hizo su entrada. Aquella gigantesca mujer, a pesar de ser ya anciana, mostraba en el rostro los rasgos de una belleza severa: cada una de sus miradas delataba que se trataba de la enorme titanesa, la poderosa Themis147. En una mano sostenía con desidia espada y balanza; en la otra, un pergamino enrollado. Dos jóvenes *doctores iuris* portaban la cola de su descolorida vestimenta grisácea; a su lado derecho brincaba fanfarrón, yendo de aquí para allá, el delgado consejero áulico Rusticus148, el Licurgo de Hannover, y pregonaba su nuevo proyecto de ley; a su lado izquierdo cojeaba con gran elegancia y buen ánimo su *cavaliere servente*, el consejero de justicia Cujacius149, que lanzaba incesante chistes jurídicos, y tan efusivamente se reía con los mismos, que incluso la seria diosa se inclinó sonriente hacia él repetidas veces, golpeándole suavemente sobre el hombro con el gran rollo de pergamino, y le susurraba amistosa: «¡Ay, cretinillo!

¿No ves que estás cortando el árbol mientras estás subido él?». A continuación se fue acercando cada uno de los restantes señores y todos tuvieron algo que comentar y por lo que sonreír, cosas tales como un nuevo sistemita o una pequeña hipótesis o algún otro engendro semejante procedente de sus cabezuelas. Por la puerta abierta de la sala aún entraron otros forasteros que se anunciaron como otros grandes hombres de la ilustre orden; eran tipos aguileños y al acecho en su mayoría, que de inmediato comenzaron a definir, distinguir y disputar con ampulosa vanidad acerca de cualquier apartado de las *Pandectas*. Y siguieron entrando nuevas figuras: antiguos jurisconsultos, en trajes ya en desuso, con blancas pelucas largas y rostros desde hace tiempo olvidados, muy sorprendidos de que a ellos, grandes celebridades del pasado siglo, no se les tuviera la consideración debida. Se unieron a su manera al parloteo, griterío y estrépito generales que, al igual que el oleaje del mar, cada vez más confuso e intenso, envolvían aturdiendo a la alta diosa, hasta que esta, perdiendo la paciencia y en un tono de enorme y desgarrador dolor, gritó de repente: «¡Callaos! ¡Callaos! ¡Estoy escuchando la voz del amado Prometeo, a quien, inocente, la fuerza del escarnio y la violencia muda sujetaron a las rocas del tormento, y ni vuestra palabrería ni vuestras discusiones pueden enfriar sus heridas ni romper sus ataduras!». Así clamó la diosa, y de sus ojos brotaron ríos de lágrimas. Todos los allí reunidos se pusieron entonces a gemir como presos de una angustia mortal. El techo de la sala crujió, los libros se tambalearon en sus anaqueles y en vano salió de su marco el viejo Münchhausen150 para imponer silencio. El alboroto y el vocerío eran cada vez más salvajes y, pies en polvorosa, me puse a salvo de aquel escándalo mayúsculo de manicomio refugiándome en la Sala Histórica151 y allí, piadoso lugar donde las sacras imágenes del Apolo de Belvedere y de la Venus de Médici se encontraban una junto a la otra, me arrojé a los pies de la diosa de la belleza. Al verla, olvidé la confusa agitación de la que había escapado: mis ojos bebieron alborozados la justa proporción y la dulzura eterna de su glorioso cuerpo, y la serenidad griega recorrió mi alma, y sobre mi cabeza, como si se tratara de una bendición celestial, Apolo Febo arrancó los más bellos tonos de su lira.

Al despertarme aún seguía escuchando un placentero sonido continuado. Los rebaños se dirigían a los pastos acompañados del sonar de sus campanillas. El sol, dorado y amable, brillaba a través de la ventana e iluminaba el conjunto de cuadros de las paredes de la habitación. Eran imágenes de las guerras contra Napoleón en las que se representaba de forma fidelísima cómo todos nosotros habíamos sido héroes; también había escenas de ejecuciones de los tiempos de la Revolución, de Luis XVI en la guillotina y de otras decapitaciones similares que en absoluto pueden contemplarse sin dar gracias a Dios por permitirle a uno descansar plácidamente en la cama, beber un buen café y tener aún

confortablemente la cabeza sobre los hombros. Después de haber tomado el café, haberme vestido, haber leído las inscripciones en los cristales de la ventana y haber arreglado las cuentas en la posada, partí de Osterode. Esta ciudad tiene equis casas, distintos tipos de habitantes, entre los cuales, por cierto, hay también varias almas, como puede leerse con más detalle en el *Libro de bolsillo para viajeros por el Harz*, de Gottschalck152. Antes de tomar la carretera subí a las ruinas del antiquísimo castillo de Osterode. Se reducen a la mitad de una grande y gruesa torre que parece estar corroída por el cáncer. El camino hacia Clausthal me condujo de nuevo montaña arriba y desde una de las primeras colinas volví a mirar al valle, en el que Osterode se asomaba, cual si fuera una rosa silvestre, con sus rojos tejados entre los bosques de abetos. El sol irradiaba todavía una amable y tenue luz. Desde aquí se contempla la imponente parte trasera de la torre, de la que solo se mantiene en pie la mitad.

Había recorrido ya una parte del trayecto cuando topé con un joven artesano de Braunschweig que iba de viaje y que me contó un rumor que por aquella ciudad corría: al joven duque le habrían apresado los turcos cuando iba de camino hacia la Tierra Prometida y solo sería liberado a cambio de un elevado rescate153.Tal vez habría sido el *grand tour* del duque lo que originara esta leyenda. El pueblo sigue teniendo ese discurso todavía tradicionalmente mítico que tan deliciosamente queda expresado en el «Duque Ernesto»154. El narrador de aquella nueva era un oficial de sastre, de baja estatura y gracioso, tan delgado que la luz de las estrellas podría hacerle transparente como a los espíritus de la niebla de Ossian155, y, en general, una popular mezcla barroca de humor y nostalgia. Esto se manifestó en la manera extrañamente emotiva en la que él cantó la maravillosa canción popular: «¡Una mariquita se posó en la valla, summ, summ!». Es lo bueno que tenemos los alemanes: nadie está lo suficientemente loco como para no encontrar a otro aún más loco que lo entienda a uno. Únicamente un alemán puede sentir esa canción y morir con ella entre la risa y el llanto. También aquí advertí cuán profundamente el verso de Goethe ha penetrado en la vida del pueblo. De tanto en tanto, mi delgado compañero también iba haciendo trinos sumido en sus pensamientos: «Leidvoll und freudvoll, Gedanken sind frei!»156. Tal corrupción del texto resulta habitual entre el pueblo. También cantó una canción donde «Lotte ante la tumba de su Werther», lloraba la muerte de este. El sastre se deshacía en el sentimentalismo157 de las palabras: «Sola lloro entre los rosales donde la rezagada luna nos escuchaba en secreto. Y confundo mis lamentos con la argentina fuente que nos deleitaba con dulzura». Pero poco después pasó a un tono más atrevido y se puso a relatarme: «En la posada de Kassel tenemos un prusiano que compone él mismo este tipo de canciones; no es capaz de dar una maldita puntada, pero cuando tiene un *Groschen*158 en el bolsillo, tiene sed por dos, y ya, cuando está

borracho, confunde el cielo con una camisola azul y, llorando a moco tendido, canta una canción con doble poesía!». Le pedí que me aclarara la última expresión, pero mi sastrecillo, con sus piernecillas de bastón de cornal159, brincaba de acá para allá y no dejaba de clamar: «¡La doble poesía es la doble poesía!». Por fin pude sonsacarle que se refería a versos de doble rima, es decir, las estancias. Mientras, con tanto movimiento y el viento en contra, el Caballero de la Aguja se había cansado mucho. Huelga decir que, antes de marchar, aún hizo algunos grandes preparativos fanfarroneando: «¡Ya es hora de que me ponga de camino!». Pero pronto comenzó a lamentarse de que le hubiesen salido ampollas en las plantas de los pies y de que el mundo fuera demasiado extenso; y por fin se dejó caer dulcemente junto al tronco de un árbol, movió su delicada cabecita como el rabito abatido de un cordero y, sonriendo con melancolía, exclamó: «¡Aquí me tiene, desgraciado de mí, hecho unos zorros!».

Las montañas empezaron a hacerse cada vez más escarpadas, los bosques de abetos ondeaban abajo como un mar verde, y arriba, en el cielo azul, navegaban las blancas nubes. Lo asilvestrado del paraje se veía en cierto modo amansado por la unidad y la sencillez del mismo. Como buena poetisa, la naturaleza no ama las transiciones abruptas. Las nubes, que en ocasiones aparecen en formas caprichosas, se visten de un color blanco más bien suave, que corresponde armónicamente con el cielo azul y la tierra verde, de manera que todos los colores de un paraje, como la música suave, se funden los unos en los otros y cada imagen de la naturaleza actúa calmando las convulsiones y sosegando el espíritu, aunque el difunto Hoffmann nos habría descrito las nubes de forma abigarrada. De nuevo, igual que una gran poetisa, la naturaleza también sabe cómo obtener los más grandes efectos con los mínimos medios. Basta con el sol, los árboles, las flores, el arroyo y el amor. Evidentemente, cuando este último falta en el corazón de quien observa, puede que el conjunto ofrezca una vista desagradable: el sol entonces se reduce a tantas y tantas millas de diámetro, los árboles son buenos para encender, las flores se clasifican según los estambres y el agua está mojada.

Un joven de escasa estatura que estaba buscando leña en el bosque para su tío enfermo me mostró el pueblo de Lerbach, cuyas pequeñas cabañas de grises tejados se extienden a lo largo del valle durante más de media hora de camino. «Allí», dijo, «solo viven estúpidos enfermos de cretinismo y moros blancos». Con este nombre se designa en el pueblo a los albinos. Este jovencito mostraba gran complicidad con los árboles: los saludaba como a buenos conocidos y estos parecían contestar a su saludo con el susurro de sus ramas. Iba silbando como un pardal. Por doquier le contestaban con sus gorjeos los otros pájaros y, en un santiamén, con sus descalzos piececillos y su haz de leña, desapareció de un brinco

en la espesura del bosque. «Los niños», pensé, «son más jóvenes que nosotros, aún pueden recordar que fueron también árboles o pájaros, y aún están en condiciones de entenderlos. Por nuestra parte, no obstante, somos ya viejos y tenemos demasiadas preocupaciones, jurisprudencia y malos versos en la cabeza». Al entrar en Clausthal rememoré con gran intensidad aquella época en la que todo era diferente. Accedí a este simpático pueblecito de montaña, imposible de ver hasta que no se tiene delante, cuando la campana daba las doce y los niños volvían exultantes de la escuela. Los tiernos muchachos, en su mayoría de mejillas encarnadas, ojos azules y cabellos lacios, saltaban y lanzaban gritos de júbilo que despertaron en mí el recuerdo melancólico y sereno de cuando, antaño, yo mismo un pequeño chavalillo, tenía prohibido levantarme durante toda la bendita mañana del banco de madera en una escuela conventual católica a machamartillo en Düsseldorf, y tenía que soportar tanto latín, garrote y geografía. Entonces también yo gritaba y me regocijaba cuando la vieja campana de los franciscanos tocaba por fin las doce. Los niños vieron por mi talega que era forastero y me saludaron muy hospitalarios. Uno de los muchachos me contó que habían tenido clase de religión y me mostró el Real Catecismo de Hannover, por el cual se les pregunta sobre temas de cristianismo. El librito en cuestión estaba muy mal impreso y temí que las doctrinas de la fe causaran por ello ya de entrada un desagradable efecto de papel secante en el espíritu de los niños. También me disgustó tremendamente que la tabla de multiplicar, que contradice inquietantemente la doctrina de la Santísima Trinidad, estuviese impresa en el catecismo mismo, en la última página, para mayor exactitud, y esto pueda inducir a los niños a tener dudas pecaminosas antes de tiempo. En el catecismo prusiano somos mucho más astutos y en nuestro empeño por convertir a las personas que tanto entienden de cálculos, nos cuidamos de no añadir las tablas de multiplicar a continuación del catecismo.

A las doce hice la pausa para la colación en la posada Die Krone de Clausthal. Tomé una sopa de perejil de un verde primaveral, lombarda de un azul violeta, asado de ternera, una ración grande como un chimborazo en miniatura, así como una especie de arenques ahumados llamados *Bückinge* por el nombre de su descubridor, Wilhelm Bücking, muerto en 1447 y a quien, con motivo de dicho descubrimiento, Carlos V veneró con tanto afán que él mismo viajó en 1556 de Middelburg a Bievlied, en Zelanda, con el único objetivo de ver allí la tumba de este gran hombre. ¡Cuán magnífico es el sabor de un plato cuando se conocen los apuntes históricos sobre este y uno mismo lo consume! Lástima que el café de sobremesa se me atragantara a causa de un joven que se sentó a hablar conmigo y cuyo discurso, cargado de fanfarronerías, resultó tan horrendo que la leche que había en la mesa se agrió. Era un joven viajante de comercio que llevaba

veinticinco chalecos de colores y otros tantos botones dorados, anillos, broches, etc. Parecía un mono vestido de seda que se estuviera diciendo: «El hábito hace al monje». Sabía de memoria una gran cantidad de chascarrillos, así como algunas anécdotas que repetía constantemente en los momentos más inoportunos. Me preguntó qué había de nuevo por Gotinga y le conté que, antes de que me hubiera marchado, el claustro académico había publicado un decreto por el cual se prohibía bajo sanción de tres táleros cortarles el rabo a los perros, pues en los días de canícula, los perros con rabia llevan el rabo entre las piernas y por ello se les distingue de aquellos que no la tienen, lo cual no sería posible si no tuvieran cola alguna... Después de comer me puse en marcha para visitar las minas, los hornos de fundición de la plata y la fábrica de moneda.

En los hornos de fundición me faltó —como en otras muchas ocasiones en mi vida— la vista de la plata. En la fábrica de moneda me fue mejor y pude contemplar cómo se hace el dinero. Obviamente, nunca he conseguido ir más allá. En este tipo de situaciones siempre he sido espectador, y creo que si alguna vez llovieran táleros del cielo, solo conseguirían agujerearme la cabeza, mientras que los hijos de Israel recogerían divertidos el maná de plata. Con un sentimiento en el que se mezclaban de la forma más extraña el respeto profundo y la ternura, observé los relucientes táleros recién nacidos; cogí con la mano uno que en ese instante salía del troquel y le dije: «¡Joven tálero! ¡Qué destinos te esperan! ¡Cuántas cosas buenas y terribles producirás! ¡Cómo ampararás el vicio y remendarás la virtud! ¡Cómo te querrán y, a continuación, maldecirán de nuevo! ¡Cómo ayudarás al vividor, a la alcahueta, a la mentira y al asesinato! Cómo andarás errando, infatigable, entre manos limpias y sucias a lo largo de los siglos hasta que, por fin, cargado de culpa y hastiado de pecar, te reúnas con los tuyos en el seno de Abrahán, que te fundirá de nuevo y te purificará y te transformará en un nuevo ser más perfecto».

El recorrido por las dos minas más destacadas de Clausthal, «Dorothea» y «Carolina», me pareció de extraordinario interés, por lo que paso a detallarlo de manera exhaustiva.

A media hora de camino de la ciudad se llega a dos grandes edificios negruzcos. Allí le reciben a uno inmediatamente los mineros. Llevan unos blusones oscuros, normalmente de un azul metálico, muy holgados y que les llegan hasta más abajo de la tripa; pantalones de un color similar, un mandil de cuero atado por detrás y pequeños sombreros de fieltro verde, sin bordes, en forma de cono truncado. Con semejante indumentaria se viste también al visitante, si bien sin la parte posterior de cuero. Uno de los mineros, un capataz de minas, tras encender

su lámpara minera, lo conduce a una oscura apertura que parece el hueco de una chimenea, desciende por ella hasta llegar a la altura del pecho, da instrucciones acerca de cómo sujetarse a las escaleras y pide que le sigan sin miedo. La cosa en sí misma no es en absoluto peligrosa, pero uno al principio no se lo cree si no entiende nada de minería. Ya se empieza a presentir algo al tener que quitarse la ropa y ponerse la oscura vestimenta de presidiario. A continuación hay que bajar a gatas y el oscuro agujero se hace tan oscuro que solo Dios sabe la longitud de la escalera. Pero pronto adviertes que no se trata de una única escalera que conduzca a la negra eternidad, sino que hay varias más, de entre quince y veinte peldaños cada una, que conducen por separado a una pequeña tabla donde es posible estar de pie y donde, a su vez, hay un nuevo agujero que conduce a otra escalera. Primero me introduje en la «Carolina». Fue esta la Carolina más sucia y desagradable que he conocido. Los peldaños de la escalera están asquerosamente húmedos. Se sigue descendiendo de escalera en escalera. El capataz de minas, que va a la cabeza, va asegurando todo el tiempo que no hay peligro alguno; que tan solo hay que sujetarse bien a los peldaños con las manos y no mirarse los pies para no marearse, ni bajo ningún concepto pisar la tabla lateral, por la que sube el chirriante cable de los barriles y donde, hacía catorce días, un desaprensivo se había precipitado al abismo y, desgraciadamente, se había roto el cuello. En lo más profundo reinan un murmullo y un zumbido confusos y una y otra vez se va tropezando contra las vigas y los cables, que están en constante movimiento para levantar los barriles llenos del mineral picado o del agua que rezuma. De tanto en tanto se llega a unos pasadizos ya perforados, llamados galerías, donde se ve aflorar el mineral y donde el solitario minero se pasa todo el día sentado arrancando de la pared a golpe de martillo y con enorme esfuerzo los trozos de mineral. No llegué hasta las profundidades más inferiores, donde, como algunos afirman, ya se puede oír cómo la gente de América grita «¡Viva Lafayette!»160. Dicho en confianza, el lugar donde llegué me pareció suficientemente profundo: un fragor y un rugido constantes, un espeluznante movimiento de máquinas, un borboteo de fuentes subterráneas, agua que chorrea por todas partes, un vapor telúrico que asciende humeante y la luz de la mina que, cada vez más pálida, parpadea hacia la noche solitaria. El ruido era realmente ensordecedor, la respiración se hacía pesada y a duras penas lograba sostenerme en los resbaladizos peldaños de la escalera. No sentí ni un atisbo de eso a lo que llamamos miedo, pero sí me resultó extraño recordar allí abajo, en la profundidad, que el año anterior, aproximadamente por esas fechas, había vivido una tormenta en el Mar del Norte. Ahora que estaba en la mina, me resultaban en realidad más plácidos y agradables aquel cabeceo del barco y los vientos soplando sus piezas para trompeta mientras resonaban los divertidos gritos marineros bajo el fresco abrazo del ansiado aire libre. Ansiando el aire libre fue, precisamente, como seguí ascendiendo algunas

docenas de escaleras. A través de un estrecho y larguísimo pasadizo excavado en la montaña, mi capataz de minas me condujo a la mina Dorothea. Allí había mayor ventilación y se estaba más fresco; incluso las escaleras estaban más limpias, aunque también eran más largas y empinadas que las de la Carolina. Aquí empezó a mejorar mi ánimo, sobre todo porque volví a percibir signos de vida humana. Allá en lo hondo se advertían unos inquietos puntos luminosos: eran los mineros que iban ascendiendo a la luz de sus lámparas y que, al pasar ante nosotros, nos saludaban con su acostumbrado «*¡Glückauf!*»161, fórmula con la que nosotros les contestábamos; y como un recuerdo amistosamente tranquilo pero a la vez inquietantemente enigmático, me asaltaban, con sus miradas claras y profundas, los rostros, algo pálidos y enigmáticamente iluminados por las linternas, de aquellos hombres jóvenes y viejos que se habían pasado todo el día trabajando en sus oscuros pozos solitarios y que ahora anhelaban la amada luz del día y los ojos de la esposa y del hijo que les esperaban allá arriba. Mi cicerone era una auténtica y elemental naturaleza alemana, fiel como un caniche. Con regocijo interior me mostró aquella galería en la que el duque de Cambridge162 comiera en otro tiempo con todo su séquito en su recorrido por la mina, y donde aún se encuentra la larga mesa de madera, así como el poyete labrado en un bloque de mineral sobre el que se había sentado el duque. El buen minero dijo que este permanecía allí como eterno recuerdo y me contó lleno de pasión cuántas festividades tuvieron lugar en aquel entonces, cómo se había engalanado toda la galería con luces, flores y follaje; cómo un minero había tocado la cítara y cantado; cuántas veces el plácido, bienamado y rechoncho duque había brindado y cuántos mineros, y muy especialmente él mismo, de buena gana se dejarían matar a palos por el querido y regordete duque y por toda la Casa de Hannover163. Me llega siempre a lo más profundo del alma ver cómo se expresa ese sentimiento de fiel sumisión con tan sencilla naturalidad. ¡Es un sentimiento tan hermoso! ¡Y tan verdaderamente alemán! Otros pueblos podrán ser más hábiles, más ingeniosos y divertidos, pero ninguno es tan fiel como el fiel pueblo alemán. Si no supiera ya que la fidelidad es tan antigua como el mundo, pensaría que la inventó un corazón alemán. ¡Fidelidad alemana! No es en absoluto una fórmula de moda. En vuestras cortes, príncipes alemanes, se debería cantar una y mil veces la canción del leal Eckart y el malvado burgundio, que mandó matar a los hijos de aquel y, sin embargo, siguió contando con su eterna fidelidad. Tenéis el pueblo más fiel y os equivocáis al pensar que el viejo perro, sensato y fiel, ha enloquecido de repente y os muerde vuestras santas pantorrillas.

Al igual que la fidelidad alemana, la pequeña lámpara del minero nos había conducido sin grandes destellos pero silenciosa y segura por el laberinto de pozos y galerías. Ascendimos de la lóbrega oscuridad de la mina saliendo a la luz de un

sol resplandeciente: *¡Glückauf!*

La mayoría de los mineros vive en Clausthal y en Zellerfeld, este último un pueblecito de montaña próximo al primero. Visité a algunos de sus honrados habitantes, observé sus sencillos interiores domésticos, escuché algunas de sus canciones, que acompañan primorosamente con la cítara, su instrumento predilecto; hice que me narraran antiguos cuentos de la mina y me recitaran las oraciones que acostumbran a pronunciar en comunidad antes de bajar a los oscuros pozos, y recé con ellos alguna de sus buenas oraciones. Un viejo capataz de minas opinó incluso que debía permanecer con ellos y trabajar como minero; y cuando, a pesar de todo, me despedí, me dio un recado para su hermano, que vivía cerca de Goslar, y me encareció que diera muchos besos a su amada sobrina.

Pese a la tranquilidad inmóvil que exhala la existencia de estas gentes, esta es, por el contrario, una vida verdaderamente viva. La temblorosa y vetusta mujer que estaba sentada detrás de la estufa enfrente del gran armario, podía llevar allá más de un cuarto de siglo, y estoy seguro de que su modo de pensar y de sentir están íntimamente entrelazados con todos y cada uno de los rincones de esa estufa y con todo el tallado del armario. Armario y estufa viven porque alguien les ha infundido una parte de su alma.

Solo gracias a una vida contemplativa tan profunda e «inmediata» se originó la fabulosa cuentística alemana, cuya singularidad consiste en que en ella no solo hablan y actúan los animales y las plantas, sino también los objetos aparentemente inertes. Al pueblo ingenioso e inofensivo, en la quieta intimidad protegida de sus chozas de montaña o de bosque, se le reveló la vida interior de tales objetos, los cuales ganaban una personalidad determinada y consecuente, dulce mezcla de humor fantástico y sentido puramente humano. Y esta es precisamente la mirada que proyectamos sobre los cuentos, una mirada mágica, como si todo se entendiera por sí mismo: agujas de coser y alfileres que salen de la casa del sastre y se extravían en la oscuridad; la brizna de paja y el carbón que quieren cruzar el arroyo y perecen en él; el badil y la escoba que en la escalera se pelean arrojándose uno sobre otro; el espejo interrogado que muestra la imagen de la mujer más hermosa; incluso las gotas de sangre que comienzan a pronunciar oscuras y medrosas palabras de la más preocupante compasión. Por este mismo motivo, nuestra vida, durante la infancia, está llena de infinitos significados. En esa época todo nos resulta de igual importancia, escuchamos todo, vemos todo y todas nuestras impresiones son uniformes. Sin embargo, con el tiempo nos volvemos más interesados, nos ocupamos exclusivamente de lo individual, nos cuesta cambiar el oro puro de la intuición por el papel moneda de las definiciones

librescas y ganamos en amplitud vital lo que perdemos en profundidad. Ahora somos gente adulta y distinguida; vamos cambiando de vivienda a menudo, la criada ordena la casa a diario y modifica a su juicio la posición de los muebles, que poco nos interesan, pues, o bien son nuevos, o bien pertenecen hoy a Hans y mañana a Isaac; incluso nuestras ropas nos resultan extrañas, apenas sabemos cuántos botones tiene la levita que llevamos puesta en este momento. Y es que vamos cambiando nuestras prendas de vestir con tanta frecuencia como nos es posible y ninguna de ellas establece en absoluto una conexión con nuestra historia íntima o externa. ¡Apenas podemos recordar el aspecto de aquel chaleco marrón que un día provocara tantas carcajadas y sobre cuyas amplias rayas, sin embargo, descansara tan dulcemente la delicada mano de la amada!

La anciana que estaba sentada detrás de la estufa frente al gran armario, llevaba una falda floreada de Dios sabe qué tejido y que había sido el vestido de novia de su difunta madre. Su bisnieto, un muchacho rubio de ojos radiantes que iba vestido de minero, estaba sentado a sus pies e iba contando las flores de su falda. Ella debió de haberle contado muchas historias acerca de esa falda, muchas graves y bellas historias que seguro que el muchacho tardaría en olvidar, que recordaría a menudo cuando pronto, ya como hombre adulto, trabajara en la soledad de los lóbregos pozos de la Carolina y que, tal vez, él volvería a contar cuando su querida abuela llevase muerta mucho tiempo y él mismo, un apagado anciano de pelo plateado, se sentara rodeado de sus nietos, frente al gran armario detrás de la estufa. De nuevo pernocté en la posada Die Krone164, adonde entretanto también había llegado el consejero áulico B.165 desde Gotinga. Tuve el placer de presentarle mis respetos al viejo señor. Cuando me inscribí en el libro de viajeros y hojeé el mes de julio, encontré, entre otros, el queridísimo nombre de Adalbert von Chamisso, el biógrafo del inmortal Schlemihl166. El posadero me contó que aquel señor había llegado con un tiempo indescriptiblemente malo y que con un tiempo igualmente malo había vuelto a marcharse.

A la mañana siguiente tuve que volver a aligerar mi mochila arrojando por la borda el par de botas que llevaba en ella y a continuación me puse en camino hacia Goslar. Llegué sin saber cómo. Solo recuerdo que sin parar mientes anduve montaña arriba y montaña abajo, vi bellas praderas, fragorosas aguas argentinas, escuché el gorjeo de los pajarillos del bosque y las esquilas de los rebaños; benéficos rayos de sol iluminaban los árboles, cuya gran variedad de matices verdes recibía con ello una tonalidad dorada y, arriba, la cubierta de seda azul del cielo era tan diáfana que a través de ella se alcanzaba a penetrar hasta el sancta sanctorum en el que los ángeles se sientan a los pies de Dios estudiando el bajo continuo en las facciones de su rostro. Sin embargo, yo aún vivía en el sueño de la

noche anterior, que no conseguía ahuyentar de mi alma. Era el antiguo cuento de un caballero que baja a un profundo pozo en el que se ha condenado a la más bella de las princesas a un mágico sueño perpetuo. Yo era el caballero, y el pozo, la oscura mina de Clausthal. De repente se encendieron muchas luces y de todos y cada uno de los agujeros que había en las paredes salieron disparados acechantes enanitos; sus rostros estaban llenos de ira, alzaban contra mí sus cortas espadas y soplaban iracundos los cuernos, lo que provocaba que fueran apareciendo cada vez más enanos que corrían hacia mí agitando sus cabezotas de modo espantoso. Tan pronto les golpeaba y comenzaba a brotar la sangre, advertía que se trataba de las cabezas barbiluengas de los cardos de flor roja que el día anterior había ido descabezando con el bastón a lo largo de la carretera. También ahora conseguí ahuyentarlos al instante y pude acceder a una magnífica sala luminosa; en el centro, envuelta en blancos velos y rígida e inmóvil como una cariátide, estaba en pie mi amada, cuya boca yo besé, y, ¡santo Dios!, sentí el hálito embriagador de su alma y el dulce temblor de sus dulces labios. Fue como si hubiese escuchado que Dios exclamase: «Hágase la luz» y un rayo de cegadora luz eterna hubiera descendido desde lo alto. Pero en aquel preciso instante cayó de nuevo la noche y de repente todo confluyó caóticamente en un tempestuoso mar desolado. ¡Y qué tempestuoso mar desolado! Sobre el mar efervescente corrían asustados los espectros de los difuntos, sus blancas túnicas mortuorias ondeaban al viento; tras ellos, hostigándolos con el chasquido de su látigo, corría un abigarrado arlequín, que era yo mismo, y, de repente, los monstruos del mar asomaron sus horrendas cabezas por encima de las oscuras olas y extendieron sus garras abiertas para atraparme... y ante tal horror, desperté.

¡Cómo se estropean, en ocasiones, los más bellos cuentos! En realidad, cuando el caballero encuentra a la princesa durmiente, debe cortar un trozo de su precioso velo; y si consigue romper con su audacia el hechizo que la mantenía dormida y ella vuelve a sentarse en el trono de oro de su palacio, el caballero tendrá que presentarse ante ella y decirle: «Princesa mía, la más bella entre todas, ¿me reconocéis?». Y, entonces, ella responderá: «Mi paladín, el más valiente entre todos, no os reconozco». En ese momento, él le enseñará el trozo de velo que había cortado y que encaja perfectamente con el suyo, y ambos, abrazándose tiernamente al son de las trompetas, se casarán.

Es realmente una desgracia que mis sueños de amor rara vez tengan un final tan bonito.

El nombre de Goslar suena tan alegre y lleva emparejados tantos recuerdos imperiales de tiempos pasados, que realmente esperaba fuera esta una ciudad

imponente y espléndida167. Pero me pasó como cuando se mira de cerca a los personajes célebres. Me encontré con un entresijo de calles, en su mayoría estrechas y formando una laberíntica serpentina, por en medio de las cuales corre, descuidado y enmohecido, un pequeño riachuelo, probablemente el Gose, y un empedrado tan accidentado como el hexámetro berlinés. Tan solo las antigüedades del recinto exterior, a saber, los restos de murallas, torres y almenas, dan a la ciudad un cierto toque de interés. Una de estas torres, llamada Zwinger168, tiene unos muros tan gruesos que hay excavadas en ellos habitaciones enteras. El espacio que se extiende delante de la ciudad, donde se encuentra el celebérrimo campo de tiro, es un prado grande y hermoso rodeado de altas montañas. La plaza del mercado es pequeña. En el centro hay una fuente que va derramando su agua en una gran pileta de metal. En caso de incendio se ha de golpear varias veces sobre la misma para que el sonido retumbe a lo lejos. No se sabe nada del origen de esta pileta. Algunos dicen que, antiguamente, el diablo la colocó en la plaza durante la noche. Por aquel entonces, la gente era aún necia, también el diablo lo era, y se hacían regalos mutuamente.

El ayuntamiento de Goslar es un cuerpo de guardia pintado de blanco. La casa de los gremios que hay al lado tiene ya mejor aspecto. Aproximadamente a media distancia entre suelo y tejado se encuentran algunas estatuas de emperadores alemanes, negras por el humo y con partes doradas; en una mano el cetro y en la otra el globo terráqueo, parecen bedeles de universidad asados. Uno de los emperadores sostiene una espada en lugar del cetro. No logré adivinar el significado de esta distinción; y seguro que algo significa, pues los alemanes tienen la curiosa costumbre de que en todo lo que hacen se les ocurre algo.

En la «guía» de Gottschalck había leído mucho acerca de la antiquísima catedral y el célebre trono imperial de Goslar. No obstante, cuando quise verlos, me dijeron que la catedral había sido derribada y la silla del emperador se había llevado a Berlín. Vivimos en una época cargada de graves presagios: se derriban catedrales milenarias y se llevan al trastero las sillas imperiales.

Algunos objetos notables de la desaparecida catedral se hallan expuestos en la iglesia de San Esteban: vidrieras que son una maravilla; algunos cuadros malos, entre los cuales también debe de haber un Lucas Cranach; más allá, un Cristo crucificado tallado en madera y un ara de sacrificio pagano de metal desconocido. Tiene forma de cofre cuadrangular alargado y cuatro cariátides en cuclillas lo sostienen con las manos sobre sus cabezas, haciendo un feo gesto de desagrado. Sin embargo, resulta aún más desagradable el gran crucifijo de madera anexo que ya hemos mencionado. La cabeza del Cristo, con espinas y cabellos naturales y

rostro ensangrentado, representa de forma magistral la lenta agonía de un hombre, pero no la de un Salvador nacido de Dios. En este rostro únicamente se ha esculpido el sufrimiento material, no la poesía del dolor. Tal imagen pertenece más bien a la sala de anatomía y no tanto a la casa de Dios.

Me hospedé en una posada próxima a la plaza del mercado, donde, a mediodía, la comida me habría sabido aún mejor si el dueño de la posada no se me hubiera sentado al lado con su larga y superflua cara y sus aburridas preguntas. Por suerte pronto me salvó la visita de otro viajero que hubo de soportar las mismas preguntas en el mismo orden: *quis? quid? ubi? quibus auxiliis? cur? quomodo? quando?* Dicho forastero era un hombre viejo, cansado y desgastado que, tal y como se infería de su discurso, había recorrido a pie todo el mundo y, establecido durante largo tiempo en Batavia169, había conseguido hacer una gran fortuna que había vuelto a perder. Ahora, tras treinta años de ausencia, volvía a Quedlinburg170, su ciudad natal: «Pues», añadió, «nuestra familia tiene allí su panteón familiar». El dueño de la posada hizo la muy ilustrada observación de que al alma le resulta indiferente dónde se entierre el cuerpo. «¿Lo tiene por escrito?», respondió el forastero, y alrededor de sus delgados labios y sus ojillos mortecinos se dibujaron unas líneas inquietantemente astutas. «Pero», añadió con gesto tímidamente tranquilizador, «no quiero con ello haber dicho nada malo sobre tumbas ajenas; los turcos entierran a sus muertos de forma aún más hermosa que nosotros, sus cementerios son verdaderos jardines, y en ellos se sientan sobre sus blancas lápidas coronadas por un fez, a la sombra de un ciprés, y mientras se acarician sus graves barbas, fuman tranquilos su tabaco turco en sus largas pipas turcas. Y en el caso de los chinos, uno siente auténtico regocijo viendo cómo danzan ceremoniosamente alrededor de los sepulcros de sus muertos y mientras rezan, beben té y tocan el violín, saben adornar las queridas tumbas con verdadero primor haciendo uso de todo tipo de pequeñas verjas doradas, figurillas de porcelana, jirones de seda de color, flores artificiales y farolillos de gran colorido. Y todo con gran belleza. ¿Cuánto me queda todavía hasta Quedlinburg?».

El cementerio de Goslar no me llamó especialmente la atención. Más atrayente, sin embargo, fue la maravillosa cabecilla de pelo rizado que, a mi llegada a la ciudad, se asomó sonriente por la ventana algo elevada de una planta baja. Tras la sobremesa volví a buscar la ansiada ventana, pero para entonces ya solo había un vaso de agua con pequeñas campánulas blancas. Me empiné, cogí las delicadas florecillas del vaso, las puse tranquilamente en mi gorro y poco me preocupé por las bocas abiertas, las narices petrificadas y los ojos como platos con los que la gente de la calle, especialmente las mujeres mayores, observaban este robo tipificado. Una hora más tarde, al pasar por la misma casa, aquel ser

encantador estaba en la ventana y, al advertir las campánulas en mi gorro, se puso roja como la sangre y se retiró precipitadamente. Pude ver entonces el bello rostro con mayor exactitud: era una dulce y diáfana personificación de la brisa en un atardecer de verano, del claro de luna, del canto del ruiseñor y del perfume de la rosa. Más tarde, cuando oscureció totalmente, ella apareció ante la puerta. Voy, me acerco, ella retrocede lentamente hacia el oscuro zaguán, le cojo la mano y le digo: «Soy un amante de las flores bellas y de los besos, y cuando no me dan algo de forma voluntaria, lo robo». Acto seguido la beso. Cuando quiere zafarse, le susurro para calmarla: «Mañana continúo mi viaje y es probable que no regrese jamás». Siento la íntima presión de sus dulces labios y sus pequeñas manos y, riendo, me apresuro a desaparecer. Sí, debo reírme cuando pienso que de manera inconsciente había pronunciado aquella fórmula mágica con la que nosotros, más que por el rudo atractivo del azul o del rojo de nuestras casacas, conseguimos vencer el corazón de las mujeres: «Mañana continúo mi viaje y es probable que no regrese jamás».

Mi habitación ofrecía unas magníficas vistas al Rammelsberg171. Era un bello atardecer. La noche se aproximaba cabalgando sobre su corcel negro, cuyas largas crines ondeaban al viento. De pie, junto a la ventana, observaba la luna. ¿Habrá realmente un hombre en la luna? Los eslavos dicen que se llama Clotar y que provoca el crecimiento de la luna al regarla. Cuando aún era pequeño, había escuchado que la luna es una fruta y que, al madurar, el buen Dios la coge y la coloca junto a las otras lunas llenas en la gran alacena del final del mundo, donde unas planchas le impiden la salida. Cuando me hice mayor, me di cuenta de que el mundo no está tan estrechamente limitado y de que el espíritu humano ha roto los armarios de madera y ha abierto los siete cielos con una enorme llave de san Pedro, a saber, con la idea de la inmortalidad. ¡Inmortalidad! ¡Bello pensamiento! ¿Quién pensaría en ti por vez primera? ¿Fue quizás un burguesazo nuremburgués que, con gorro de dormir blanco en la cabeza y blanca pipa de cerámica en la boca, sentado junto a la puerta de su casa en una tibia noche de verano, en un arrebato de placidez, dijera: «Sería realmente maravilloso si uno pudiera continuar así sin que se apagara ni su pipa ni su aliento vital, vegetando por toda la eternidad?». ¿O acaso fue un joven amante que, en los brazos de su amada, pensó en esa idea de inmortalidad, y pensó en ella porque la sentía y porque no podía sentir ni pensar nada más? ¡Amor! ¡Inmortalidad! De repente sentí en mi pecho un ardor tal que pensé que los geógrafos habían trasladado el Ecuador y que este atravesaba mi corazón en ese preciso instante. Y de mi corazón fluían añorantes sentimientos amorosos en la amplia noche. El perfume de las flores en el jardín bajo mi ventana se hizo más intenso. Las fragancias son los sentimientos de las flores, e igual que el corazón humano siente con mayor fuerza por la noche, cuando se cree solo y le

parece que nadie le espía, también las flores parecen esperar, delicadas y pudorosas, la envolvente oscuridad para poder entregarse por completo a sus sentimientos y exhalarlos en dulces fragancias. ¡Fluid, fragancias de mi corazón! ¡Y buscad tras aquellas montañas a la amada de mis sueños! Ella yace ahora en su lecho y duerme; a sus pies se arrodillan los ángeles y, cuando sonríe en sueños, su sonrisa es una oración que los ángeles repiten; su pecho encierra el cielo con toda su bienaventuranza y, cuando ella respira, mi corazón tiembla en la distancia; tras las sedosas pestañas de sus ojos se ha puesto el sol y, cuando vuelva a abrirlos, saldrá de nuevo el día, y los pájaros cantarán, y las campanitas de los rebaños sonarán, y las montañas resplandecerán en sus ropas de esmeralda y yo ataré mi mochila y comenzaré a caminar.

La noche que pasé en Goslar me sucedió algo sumamente extraño. Incluso hoy me invade el pánico cuando lo recuerdo. No soy de naturaleza asustadiza, pero a los espectros les tengo casi el mismo miedo que les tiene el *Observador Austriaco*172. ¿Qué es el miedo? ¿Procede de la razón o del espíritu? A menudo discutía sobre esta cuestión con el doctor Saul Ascher173 cuando nos encontrábamos fortuitamente en el Café Royal de Berlín, donde tuve mesa reservada a mediodía durante mucho tiempo. Él siempre afirmaba que tememos las cosas porque la razón nos las hace percibir como algo temible. Decía que solo la razón es una fuerza, no el sentimiento. Mientras yo comía y bebía bien, él seguía demostrándome las excelencias de la razón. Hacia el fin de sus argumentaciones acostumbraba a mirar su reloj y siempre concluía con lo siguiente: «¡La razón es el principio más elevado!». ¡Razón! Al escuchar ahora esta palabra, veo todavía al doctor Saul Ascher con sus piernas abstractas, con su ceñida levita de un color gris trascendental y con su grosero rostro de hielo, que podría haber servido como lámina de cobre en un manual de geometría. Este hombre, avanzada la cincuentena, era la personificación de la línea recta. En su afán por lo positivo, el pobre hombre había expulsado de la vida todo lo maravilloso de manera filosófica, todo rayo de sol, toda creencia y toda flor, y no le había quedado otra cosa que la fría tumba de lo positivo. Sentía especial malevolencia por el Apolo de Belvedere y el cristianismo. Contra este último llegó incluso a escribir un opúsculo174 en el que demostraba su irracionalidad e insostenibilidad. Escribió una gran cantidad de libros en los que la razón siempre alardeaba de su propia excelencia, y estoy seguro de que el pobre doctor lo decía en serio; por tanto, en este sentido merece todos nuestros respetos. Sin embargo, la diversión principal venía dada por la cara de chiflado que, con mucha gravedad, ponía cuando le era imposible entender lo que todo niño entiende por el mero hecho de ser precisamente un niño. En ocasiones también yo visité al Doctor de la Razón en su propia casa, donde encontraba bellas jóvenes, pues la razón no prohíbe la sensualidad. Otra vez que

quise visitarle, su criado me dijo: «El señor doctor ha muerto». No me causó mayor impresión que si me hubiese dicho: «El señor doctor ha cambiado de domicilio».

Pero volvamos a Goslar. «El principio más elevado es la razón», me dije consolándome a mí mismo cuando me metí en la cama. No obstante, de nada sirvió. En las *Narraciones alemanas,* de Varnhagen von Ense175, que me había traído de Clausthal, acababa de leer aquella horrible historia en la que el hijo es advertido en sueños por el espíritu de su difunta madre de que su propio padre quiere matarlo. La fantástica representación de esta historia provocó que, durante su lectura, un terror interno me estremeciera. Además, las historias de espíritus despiertan un sentimiento aún más terrorífico cuando se leen durante un viaje, y especialmente por la noche, en una ciudad, en una casa, en una habitación donde nunca se había estado antes. ¿Cuántas atrocidades se habrán cometido en este rincón donde tú estás ahora? Pensamos así de forma instintiva. Además, en aquel momento la luna iluminaba la habitación de manera tan ambigua que en la pared se movía todo tipo de sombras aleatorias, y al incorporarme sobre la cama para ver qué sucedía, vi...

Nada hay más inquietante que verse a la luz de la luna llena el rostro reflejado en el espejo de manera fortuita. En ese mismo instante empezó a sonar una pesada campana soñolienta, y lo hizo durante tanto tiempo y tan despacio que, tras la duodécima campanada, estaba convencido de que habían pasado doce horas y tendrían que tocar de nuevo otras doce desde el principio. Entre la penúltima y la última campanada sonó aún otro reloj, muy rápido, lanzando una especie de gruñido estridente y tal vez enojado por la lentitud de su compadre. Cuando las dos lenguas de hierro callaron y reinó un silencio sepulcral en toda la casa, me pareció oír de repente, en el corredor delante de mi habitación, el paso inseguro, un tanto vacilante y tambaleante de un viejo. Por fin se abrió mi puerta y lentamente entró el difunto doctor Saul Ascher. Una fiebre fría me recorrió los tuétanos, temblé como una hoja de álamo y apenas me atreví a mirar al espectro. Tenía el mismo aspecto que antaño, la misma levita de color gris trascendental, las mismas piernas abstractas y la misma cara matemática, solo algo más amarillenta que entonces; también la boca, que en otros tiempos formaba dos ángulos de veintidós grados y medio, estaba apretada, y los contornos de los ojos tenían un radio mayor. Apoyado en su bastoncillo de caña como antaño, se acercó hacia mí tambaleándose y me habló amigablemente con su habitual manera de hablar un tanto cansina: «No tenga miedo y no piense que soy un espectro. Si cree verme como tal, se trata de un engaño de su fantasía. ¿Qué es un espectro? ¿Me da una definición? ¿Me deduce las condiciones necesarias para que se dé la posibilidad de un espectro? ¿En qué relación razonable con la razón estaría semejante aparición?

La razón, digo la razón...». Y a continuación el espectro procedió a un análisis de la razón, citó la *Crítica de la razón pura,* de Kant, segunda parte, apartado primero, libro segundo, tercer capítulo, «Diferencia entre fenómeno y noúmeno»; argumentó a continuación la problemática de la creencia en los espectros, acumuló un silogismo tras otro y concluyó con la demostración lógica de que bajo ningún concepto existen los espectros. Entretanto me corría un sudor frío por la espalda y me castañeteaban los dientes; movido por un miedo mortal asentía con la cabeza en señal de aprobación incondicional ante cada uno de los postulados con los que el fantasmal doctor evidenciaba cuán absurdo es el temor a los espectros, y lo demostraba con tal fervor que, en un momento de distracción, en lugar de su reloj de oro, sacó del bolsillo del chaleco donde lo guardaba, la mano llena de gusanos y, al advertir su error, volvió a introducirla con una cómica premura medrosa. «La razón es lo más elevado». Fue entonces cuando la campana dio la una y el espectro desapareció.

A la mañana siguiente salí de Goslar, en parte a la buena ventura, en parte con la intención de visitar al hermano del minero de Clausthal. Volvía a hacer un hermoso y agradable tiempo de domingo. Subí cerros y montañas, observé cómo el sol intentaba ahuyentar la niebla, caminé lleno de júbilo por bosques imponentes y en mi soñadora cabeza sonaban las campánulas de Goslar. Arropadas en sus mantos blancos nocturnos se alzaban las montañas y los abetos se sacudían el sueño de los miembros mientras el fresco aire de la mañana peinaba sus verdes cabellos colgantes; los pajarillos rezaban sus oraciones, el valle cubierto de prados brillaba como un manto de oro sembrado de diamantes sobre el que el pastor caminaba al sonido de las esquilas de su rebaño. Es probable que, en realidad, estuviera perdido. Siempre se toman caminos paralelos y senderos creyendo que de esta manera se está más próximo a la meta. En el Harz sucede lo que en la vida misma. Pero siempre hay almas buenas que de nuevo nos conducen al camino correcto; lo hacen gustosamente y, es más, sienten especial deleite cuando, con rostro confiado y voz alta y benevolente, nos indican los grandes rodeos que hemos dado, los precipicios y las ciénagas en que podríamos habernos precipitado y cuán grande es nuestra suerte por haber encontrado a tiempo a tan buenos conocedores del camino como ellos. No lejos del Harzburg me encontré con uno de estos guías de descarriados. Era un ciudadano de Goslar bien nutrido, con cara de pillería algo mema y una reluciente papada que parecía haber inventado la epizootia. Hicimos un tramo juntos y me contó todo tipo de historias de fantasmas que podrían sonar hermosas si no acabaran todas en que en realidad no existía ningún fantasma, sino que la figura blanca era un cazador furtivo y las voces quejumbrosas procedían de las crías recién paridas de una jabalina, y el ruido del suelo, del gato de la casa. Solo cuando el hombre está enfermo, añadió, cree ver

fantasmas. Pero por lo que a su modesta persona se refería, muy pocas veces habría enfermado. Solo en ocasiones habría sufrido alguna alteración de la piel que se habría curado siempre con la primera saliva de la mañana. También me llamó la atención sobre el carácter útil y funcional de la naturaleza. Los árboles son verdes porque el verde es bueno para los ojos. Le di la razón y añadí que Dios creó el ganado vacuno porque la sopa de carne fortalece al hombre; que creó al burro para que el hombre pudiera usarlo para comparaciones y que creó al hombre para que comiera sopa de carne y no fuera un burro. Mi acompañante estaba entusiasmado por haber encontrado a alguien que compartiera sus ideas. Su rostro estaba aún mas radiante de alegría y, al despedirnos, se emocionó.

El tiempo que caminó a mi lado, la naturaleza entera perdió su hechizo; pero tan pronto continuó su camino, los árboles comenzaron a hablar, los rayos del sol entonaron su melodía, a cuyo son bailaron las florecillas de los prados, y el cielo azul abrazó a la verde tierra. Sí, bien sé que Dios creó a los hombres para que estos admirasen la magnificencia del mundo. Todo autor, incluso el más grande, desea que su obra sea alabada. Y en la Biblia, memorias de Dios, aparece de forma explícita que creó a los hombres para gloria y honra suya.

Tras un largo ir de aquí para allá llegué a la casa del hermano de mi amigo de Clausthal, pasé allí la noche y escuché el bello poema que sigue:

De la sierra en la cabaña,

Vive el anciano minero,

Do murmura el verde abeto,

Y brilla luna dorada.

Un sitial hay en la choza,

Singular, de bella talla,

Feliz quien en él descansa.

La suerte me dio tal honra.

En el escabel sentada,

En mí la niña se apoya,

Púrpura rosa su boca,

Dos luceros su mirada.

Sus ojos son dos estrellas,

De una celestial grandeza.

Traviesa su dedo posa

Sobre la púrpura rosa.

Madre, distraída teje

Con empeño y no advierte,

Y en vieja cítara tañe

Vieja melodía padre.

Y la niña, susurrando,

Dulce, con voz ahogada,

Muchos secretos del alma

Poco a poco va entregando.

«Tras la muerte de la abuela,

Ya no he podido volver

De Goslar a la Kermés,

Hermosa y popular fiesta.

Aquí en soledad estamos,

En fría montaña aislados,

Y en el invierno nos vemos

De blanca nieve cubiertos.

Soy muchacha temerosa,

Y temo cual tierno niño,

Del monte a los duendecillos

Cuando por la noche rondan».

Calla la dulce muchacha,

Medrosa de sus palabras,

Y, con ambas dulces manos,

Sus ojuelos ha tapado.

El viento brama con fuerza,

Gruñe y chirría la rueca.

Suave la cítara mientras

Desgrana canciones viejas:

«No temas, mi dulce niña,

Del vil trasgo su poder.

Mil ángeles, dulce niña,

Bien te quieren proteger».

II

El abeto con sus ramas

Golpea en la ventana.

La luna, claro testigo,

Despide su luz con mimo.

Los padres duermen cansados

En las contiguas alcobas,

Mientras en charla gozosa

La noche en vela pasamos.

«Que tú reces a menudo,

Es difícil que lo crea,

De tus labios el murmullo

Quizá del rezo no venga.

Ese gesto de tu rostro

Sin cesar me atemoriza,

Pero tus ojos piadosos

El negro temor disipan.

¿Acaso la fe profesas

De la Santa Madre Iglesia?

¿Crees del Dios Trino el dogma

Que a los infieles asombra?».

«Ah, mi niña: de pequeño,

En el regazo materno,

Creía en nuestro Dios Padre,

Señor bondadoso y grande;

Creó él bella nuestra Tierra

Y linaje humano en ella,

De soles, lunas y estrellas

El curso entero gobierna.

Al hacerme ya mayor,

Comprendí aún mejor,

Y al comprender, mi razón

En el Hijo también creyó.

Al Hijo tierno y amado,

Que el amor pleno descubre,

A la cruz mandan en pago

Como viene a ser costumbre.

Y ahora de hombre adulto,

Muy leído y viajado,

En el corazón no dudo,

Y oro al Espíritu Santo.

Él hizo milagros grandes,

Y aún mayores los hace;

Se deshizo de tiranos,

Y quiebra el yugo al esclavo.

Él cura heridas mortales

Y renueva vieja estirpe:

Al vil y pecador hombre

Convierte en género noble.

Los dolores atenúa,

La tenebrosa locura

Que quita amor y deleite

Con gran ternura reprende.

Caballeros bien armados

Quiere el Espíritu Santo.

Para que lleven su carga

De coraje los inflama.

Sus espadas resplandecen,

Sus estandartes ondean,

¡Ay!, ¿tal vez, niña, ver quieras

Un caballero valiente?

Helo aquí, mi niña amada,

Dame un beso sin pudor,

Pues yo mismo soy, muchacha,

Caballero del honor».

III

Muda se pone la luna

Detrás de verdes abetos,

El candil del aposento,

Cansado, apenas, alumbra.

Pero su dulce mirada

Reluce con luz más clara;

Abre su púrpura boca

Y exclama la tierna moza:

«Diminutos duendecillos,

Nos roban pan y tocino,

De noche, la cesta llena,

Mas al alba nada queda.

Y los diminutos duendes

De la leche roban nata,

Dejan el cuenco sin tapa,

Y la gata el resto bebe.

La gata, que es una bruja,

De noche en sigilo vaga

Por la fantasmal montaña

Y en la vieja torre en bruma.

Antaño hubo un castillo,

Pleno de alegría y brillo

De las armas, donde damas

Y caballeros danzaban.

Mal, la hechicera malvada,

Dijo a fortín y mesnada,

Solo en pie quedaron ruinas,

Donde los búhos anidan.

La buena abuela contaba

Que con palabra adecuada,

Y bajo astros propicios

Buscando adecuado el sitio,

Las ruinas se harán de nuevo

Un luminoso castillo,

Do, de nuevo divertidos,

Bailen dama y caballero.

Quien esa palabra dice,

Manda en gentes y castillo.

Timbal y trompeta rinden

Honra al joven señorío».

Y de su boca de rosa

Leyendas y cuentos brotan,

Sobre sus ojos derraman

Las estrellas azul calma.

Pone su dorado pelo

En mis manos la pequeña,

Bellos nombres da a mis dedos,

Ríe, calla y al fin besa.

Todo en el cuarto, tranquilo,

Me mira familiarmente;

Mesa y sillón me parece

Ya mucho antes haber visto.

Del reloj el tictac grave

Suena, y la cítara suave,

¡Oh extraña somnolencia!

A tañer sola comienza.

Es el momento adecuado,

Y adecuado es el lugar.

Verás: mis labios osados

El conjuro lograrán.

Ya ves, niña, que amanece

Y la noche se estremece,

Arroyo y abetos braman

Y despierta la montaña.

Al son de cítara y canto

De elfos, las hoces resuenan

Prodigiosas primaveras,

Y flores de gran agrado

Bajo la arboleda brotan,

Y pétalos fabulosos,

Perfumados, olorosos,

Con estambres y corolas.

Rosas, como llamas rojas

En los jardines florecen,

Las azucenas hermosas

Pujantes al cielo ascienden.

Grandes soles, las estrellas,

Con ardiente anhelo observan;

Del cáliz de la azucena

Brotan hermosas centellas.

Nosotros, mi dulce prenda,

Nos vemos transfigurados;

De oro y seda recamados

Nos sentamos a la mesa.

Tú en princesa transformada,

La cabaña palacio es,

Llenos de júbilo en él

Bailen vasallos y damas.

Ya para ti he conseguido

Vasallos y residencia;

¡Rindan timbal y trompeta

Honra al nuevo señorío!

El sol salió. Las nieblas huyeron como fantasmas al tercer canto del gallo. Caminé de nuevo montaña arriba, montaña abajo, y ante mí se cernía espléndido el sol, iluminando una y otra vez nuevas hermosuras. Evidentemente, el espíritu de la montaña me era benévolo. Probablemente sabía que el poeta es capaz de narrar la belleza y aquella mañana me dejó ver su Harz como estoy seguro de que no todos lo han visto. Pero también el Harz me vio a mí como solo unos pocos me han visto: en mis pestañas centelleaban perlas preciosas como en la hierba del valle. El rocío matutino del amor humedeció mis mejillas, los susurrantes abetos me entendían, sus ramas se apartaban unas de otras, se movían arriba y abajo al igual que los mudos que expresan su alegría con las manos y a lo lejos se escuchaba un sonido milagroso y enigmático, como el tañido de las campanas de una iglesia perdida en el bosque. Se dice que son las campanillas de los rebaños, que en el Harz están afinadas con amor, claridad y pureza sin igual.

Por la posición del sol juzgué que sería mediodía cuando tropecé con uno de esos rebaños, cuyo pastor, un joven rubio y amable, me informó de que la gran montaña en cuya falda me encontraba era el viejo y mundialmente conocido Brocken. En muchas leguas a la redonda no hay ni una sola casa, por lo que me alegró bastante que el joven me invitara a comer con él. Nos sentamos para tomar un *déjeûner dinatoire* consistente en queso y pan. Las ovejillas atrapaban las migajas, las adorables terneras blancas saltaban a nuestro alrededor y hacían sonar traviesas sus cencerros mirándonos sonrientes con sus grandes ojos risueños. Disfrutamos de aquel banquete como reyes e, incluso, mi anfitrión me pareció un rey en toda regla, y como hasta ahora ha sido el único rey que me ha dado pan, quiero, pues, cantarle regiamente:

Regio está el joven pastor

Y el verde cerro es su trono,

Sobre su cabeza el sol

Posa su corona de oro.

A sus pies yacen ovejas,

Dulces, tiernas, lisonjeras.

Sus vasallos, los terneros,

Que marchan con aspavientos.

El bufón es la cabrilla

Y los pájaros, las vacas,

Con flautas y campanillas,

Son los músicos de cámara,

Que tocan con gran primor,

Y con gran primor murmura

De la cascada el rumor,

Que al plácido rey arrullan.

Y mientras tanto gobierna

El leal can, su ministro,

Cuyo potente ladrido

A su alrededor resuena.

Dormido el rey balbucea:

«¡Es tan difícil reinar!

¡En casa ya estar quisiera

Y ya a mi reina abrazar!

¡Ya de mi reina en los brazos

Mi real cabeza poso,

Y son sus hermosos ojos

El tesoro más preciado!».

Nos despedimos amistosamente y, alegre, comencé a subir la montaña. Pronto me recibió un boscaje de abetos altos como el cielo, árboles por los que siento respeto desde todos los puntos de vista. Y es que para estos árboles crecer no ha sido nada fácil y en su juventud las han pasado moradas. Aquí, la montaña está sembrada de muchos y enormes bloques de granito, y muchos de estos árboles tuvieron que rodear o romper las piedras con sus raíces y con enorme esfuerzo buscar el suelo del que tomar su alimento. Aquí y allá yacen las piedras como formando una puerta, la una sobre la otra y encima de ellas los árboles, que extienden sus desnudas raíces sobre la pétrea puerta y alcanzan el suelo al pie de la misma, de manera que parecen crecer al aire libre. Y, sin embargo, se han elevado hasta esa imponente altura. Y abrazados a las piedras, como si estuvieran soldados a ellas, se yerguen con mayor firmeza que sus cómodos compañeros en el manso suelo forestal de la llanura. Del mismo modo, hay en la vida grandes hombres que, solo gracias a haber superado antiguos complejos e impedimentos, se han fortalecido y afianzado verdaderamente. Por las ramas de los abetos escalaban ardillas y entre estas paseaban ciervos de color ocre. Siempre que veo un animal tan cándido y noble, no comprendo cómo puede gente instruida encontrar placer en cazarlos y matarlos. Uno de estos animales fue más piadoso que las personas y amamantó al lánguido y doliente retoño de santa Genoveva.

Lo más delicioso era ver cómo la dorada luz solar penetraba en la verde espesura de los abetos. Las raíces de los árboles formaban una escalera natural. Por todas partes, mullidos bancos musgosos, pues las piedras están cubiertas de las más bellas variedades de musgo de un pie de espesor, como si fueran almohadones aterciopelados de color verde claro. Por doquier, un delicioso frescor y un ensoñador murmullo de las fuentes. Aquí y allá se ve cómo el agua gotea bajo las piedras con brillo plateado y baña las desnudas raíces y las fibras de los árboles. Si ante esta fuerza natural uno se inclina, escucha a un tiempo las secretas historias

de la creación de las plantas y los tranquilos latidos del corazón de la montaña. En algunos lugares, el agua brota de piedras y raíces con mayor fuerza formando pequeñas cascadas. Es un buen sitio para reposar. El murmullo y el susurro son maravillosos, la nostalgia quiebra el canto de los pájaros, los árboles musitan como mil lenguas de muchachas; como con mil ojos de muchachas nos miran las extrañas flores silvestres que extienden hacia nosotros sus hojas, de singular anchura y graciosamente dentadas; juguetones centellean aquí y allá los divertidos rayos del sol; las ingeniosas hierbecillas se cuentan verdes consejas; todo está como hechizado, todo resulta cada vez más y más misterioso; un sueño milenario cobra vida y... la amada aparece. ¡Lástima que desaparezca tan rápidamente de nuevo!

Cuanto más se sube la montaña, tanto más cortos y diminutos se tornan los abetos, que parecen ir encogiéndose cada vez más hasta que solo quedan arbustos de arándanos y bayas rojas y otras hierbas de montaña. Aquí el ambiente se hace sensiblemente más frío. Solo aquí se pueden ver los prodigiosos grupos de bloques de granito; a menudo de dimensiones sorprendentes. Tal vez sean las pelotas que se van pasando los malvados espíritus en la noche de Walpurgis, cuando las brujas vienen cabalgando sobre el palo de sus escobas y bieldos y los deseos de aventurera perversión se despiertan, según cuenta la fidedigna nodriza y como se puede ver en las bellas ilustraciones del *Fausto* del maestro Retzsch176. Sí, un joven poeta que en un viaje de Berlín a Gotinga pasó cabalgando por el Brocken en la primera noche de mayo, vio incluso cómo algunas damas con inclinaciones literarias mantenían su estética conversación de la hora del té en un rincón de la montaña. Cómodamente leían en voz alta el *Abendzeitung*177, consideraban genios universales a sus poéticos y diminutos machos cabríos, que balaban y brincaban alrededor de la mesa del té y pronunciaban sentencia definitiva acerca de todas las apariciones de la literatura alemana. Sin embargo, cuando llegaron a *Ratcliff* y *Almansor*178 y le negaron a su autor la más mínima piedad y caridad cristianas, al joven se le pusieron los pelos de punta y fue presa del horror. Espoleé al caballo y marché a galope.

Efectivamente, cuando ya se ha ascendido la mitad superior del Brocken, uno no tiene más remedio que pensar en las deliciosas historias del Blocksberg, especialmente en la gran tragedia místico-nacional alemana del Doctor Fausto. Todo el tiempo tenía la sensación de que una pata de caballo179 iba subiendo a mi lado y alguien jadeaba de manera cómica. Creo que también a Mefisto le cuesta tomar aire cuando asciende su montaña predilecta; es un camino extremadamente agotador, por lo que me alegré cuando al fin divisé la Brockenhaus180, durante tanto tiempo anhelada.

Esta casa, conocida por las múltiples ilustraciones que de ella se han hecho, consta sencillamente de una planta baja y está situada sobre la cumbre de la montaña; fue construida en 1800 por el conde de Stollberg-Wernigerode, a cuyas expensas se regenta también como posada. Para protegerse del viento y el frío en invierno, los muros son sorprendentemente gruesos; el techo es bajo y en el centro del mismo hay un observatorio en forma de torre. Adosadas a la casa hay otras dos pequeñas dependencias, una de las cuales servía antaño de refugio a los visitantes del Brocken.

La entrada en la Brockenhaus despertó en mí una sensación un tanto inusual y fantástica. Tras un largo y solitario ascenso a través de abetos y despeñaderos, de repente uno va a parar a una casa rodeada de nubes. Ciudades, montañas y bosques se habían dejado abajo, y arriba uno encuentra un grupo de gente desconocida de extraña composición que, como es natural en este tipo de lugares, le recibe a uno casi como un camarada al que se le está esperando, en parte con curiosidad, en parte con indiferencia. Encontré la casa llena de huéspedes y, como corresponde a un hombre inteligente, me puse a pensar ya en la noche y en la poca confortabilidad de una yacija de paja. Con voz moribunda pedí un té al instante y el posadero del Brocken fue suficientemente sensato para comprender que yo, hombre enfermo, debía tener una cama en condiciones para la noche. Y me la proporcionó en una habitación estrecha en la que ya se había establecido un joven comerciante, un tipo largo que resultaba emético, enfundado en un paletó marrón.

En la taberna de la posada todo era vida y movimiento. Estudiantes de distintas universidades recientemente llegados reponían fuerzas en aquel momento. Otros, por el contrario, se preparaban para la marcha, anudaban sus mochilas, escribían sus nombres en el libro de huéspedes, recibían de las sirvientas ramilletes del Brocken: pellizcos en las mejillas, cantos, saltos, gritos, preguntas, respuestas, buen tiempo, sendero, a tu salud, *adieu*. Algunos de los que se marchaban estaban algo achispados y gozaban doblemente de la bella panorámica, pues el borracho ve todo doble.

Después de haberme repuesto suficientemente, ascendí a la torre de observación y encontré allí un caballero diminuto acompañado de dos damas, la una, joven y la otra, algo mayor. La joven era bellísima: magnífica figura, sobre la rizada cabellera un negro sombrero de paja en forma de casco con cuyas blancas plumas jugueteaba el viento; delgados brazos estrechamente ceñidos en un abrigo de seda negra que destacaba sus nobles formas; enormes ojos que miraban con serenidad el mundo, grande y libre, allá abajo...

De niño no pensaba más que en historias mágicas y prodigiosas, y a toda bella dama tocada con plumas de avestruz yo la tomaba por la reina de los elfos. Y si advertía que la cola de su vestido estaba mojada, por una ondina. Ahora pienso de forma distinta, desde que sé por la historia natural que aquellas simbólicas plumas proceden de la más estúpida de las aves y que la cola del vestido de una dama puede mojarse de forma muy natural. Si hubiera visto con aquellos ojos de muchacho la joven hermosura que acabo de mencionar, en dicha situación, en el Brocken, seguro que habría pensado: «Esta es el hada de la montaña y acaba de pronunciar el hechizo por el que allá abajo todo parece tan maravilloso». Sí, todo resulta altamente maravilloso al asomarnos por primera vez desde el Brocken: hasta el último rincón de nuestro espíritu recibe nuevas impresiones y estas, la mayoría de las veces de distinta especie, incluso contradiciéndose entre sí, se unen en nuestra alma en un gran y aún inextricable e incomprensible sentimiento. Si conseguimos concebir el término que designa este sentimiento, reconoceremos entonces el carácter de la montaña. Es un carácter muy alemán, tanto con respecto a sus vicios como a sus virtudes. El Brocken es un alemán, pues con minuciosidad alemana nos muestra, de forma simple y clara, como en un panorama espectacular, los cientos de urbes, ciudades y pueblos, situados sobre todo al norte, y, en torno a ellos, todas las montañas, bosques, ríos y llanuras en la lejanía inconmensurable. Pero, precisamente por ello, todo parece como un mapa especial para topógrafos, muy detallado e ilustrado: en ninguna parte se deleitan los ojos con paisajes realmente hermosos, pues siempre sucede que nosotros, alemanes compiladores, a causa de la fiel exactitud con la que queremos ofrecer absolutamente todo, jamás podemos pensar en dar lo individual de forma bella. También la montaña tiene algo de serenidad alemana, de sensatez, de tolerancia, ya que precisamente puede otear las cosas tan amplia y claramente. Y cuando una montaña como esta abre sus enormes ojos, probablemente sea capaz de ver más allá que nosotros, pobres duendes que la rodeamos con nuestros estúpidos y pequeños ojos. Y es que tal vez muchos piensen que el Brocken es muy filisteo[181], y que como Claudius[182] cantó: «El Blocksberg es el largo señor filisteo». Pero esto es un error. Su calva, que de tarde en tarde cubre con una blanca caperuza de niebla, le da aires filisteos. Sin embargo, tal y como sucede entre algunos otros alemanes de mérito, esto ocurre por pura ironía. Es hasta notorio que el Brocken tiene momentos de jovialidad y fantasía, como, por ejemplo, la primera noche de mayo. Para esa ocasión lanza con júbilo su caperuza de niebla por los aires y se vuelve, igual que el resto, loco de romanticismo, en un estilo muy alemán.

Enseguida intenté inmiscuir a la bella dama en una conversación, ya que solo es posible el disfrute de la belleza natural cuando se puede hablar de ella en el lugar mismo. No era ingeniosa, pero sí atenta y sensata. Poseía formas

verdaderamente distinguidas. No me refiero a esa distinción típica, rígida y negativa que sabe exactamente aquello que ha de omitirse, sino a la libre e inusual distinción en sentido positivo que nos dice exactamente lo que podemos hacer y que nos concede con toda naturalidad la más elevada seguridad comunicativa. Expuse, para mi propio asombro, muchos de mis conocimientos geográficos, le nombré a aquella belleza ávida de conocimiento todos los nombres de las ciudades que teníamos enfrente. Busqué y le mostré estos en mi mapa, que, con ademanes de auténtico docente, desplegué sobre la mesa de piedra que había en medio de la plataforma del mirador. No pude encontrar algunas ciudades, tal vez porque buscaba más con los dedos que con los ojos, que entretanto se orientaban al rostro de la encantadora dama, donde encontré lugares más bellos que Schierke o Elend183. Este rostro era de aquellos que nunca irritan, raras veces embelesan y siempre gustan. Adoro esta clase de rostros, porque sonríen a mi corazón atormentado hasta reducirlo al sosiego.

No pude adivinar qué tipo de relación unía al diminuto caballero con las damas a las que acompañaba. Era una delgada y curiosa figura, de cabeza pequeña parcamente poblada con grises pelillos que, cubriendo su corta frente, llegaban a sus verdosos ojos de libélula, resaltando ampliamente la redonda nariz. La boca y la barbilla, por el contrario, se retiraban temerosas en dirección a las orejas. Aquel pequeño rostro parecía estar compuesto de la arcilla blanda y amarillenta con la que los escultores amasan sus primeros modelos. Y cuando apretaba sus estrechos labios se trazaban en sus carrillos miles de finas arruguitas con forma de semicírculos. El pequeño hombre no decía ni una palabra, y solo cuando de tanto en tanto la mayor de las damas le susurraba algo amistoso, sonreía como un carlino acatarrado.

La mayor de las damas era la madre de la más joven, y también ella poseía las más distinguidas formas. Sus ojos revelaban una melancolía patológicamente soñadora, alrededor de su boca descansaba una devoción severa, pero debió de haber sido muy hermosa alguna vez, y haber reído mucho y recibido muchos besos y correspondido otros tantos. Su rostro se asemejaba a un códice palimpsesto en el que, bajo la negra caligrafía monacal del texto de un padre de la Iglesia, se pueden entrever los versos de amor medio borrados de un poeta de la Antigua Grecia. Ambas damas habían estado ese año en Italia con su acompañante y me describieron todo tipo de bellezas de Roma, Florencia y Venecia. La madre contó mucho acerca de los cuadros de Rafael en la Basílica de San Pedro; la hija abundó más sobre la ópera del Teatro de La Fenice.

Mientras hablábamos comenzó a anochecer: el aire se volvió aún más fresco,

el sol siguió bajando y la plataforma del mirador se llenó de estudiantes, jóvenes menestrales y algunos burgueses eminentes en compañía de sus esposas e hijas. Todos querían ver la puesta de sol. Es un espectáculo sublime que dispone el alma para la oración. Todos permanecieron de pie unos quince minutos, serios y en silencio, viendo cómo el hermoso globo ígneo se hundía poco a poco en el oeste. La luz del crepúsculo enrojecía los rostros, las manos se entrelazaban de forma involuntaria y era como si nosotros, semejantes a un grupo de feligreses en actitud de recogimiento, estuviéramos en la nave de una enorme catedral y el sacerdote alzara en ese momento el cuerpo del Señor y del órgano emanara un eterno coral de Palestrina.

Sumergido en la contemplación, escucho que alguien exclama junto a mí: «En general, ¡qué bella es la naturaleza!». Tales palabras procedían del pecho sensiblero de mi compañero de habitación, el joven comerciante. Ellas me devolvieron a mi estado de ánimo cotidiano y me dispuse entonces a decirles a las damas muchas cosas hermosas acerca de la puesta de sol y a conducirlas tranquilamente a su habitación como si nada hubiese sucedido. Me concedieron aún una hora de conversación. Como la Tierra misma, nuestra conversación giró en torno al Sol. La madre expresó que el Sol, al sumergirse en la niebla, le había parecido una rosa ardiente que el cielo galante hubiera lanzado sobre el blanco velo de novia extendido a lo largo y ancho de su amada Tierra. La hija sonrió y dijo que contemplar a menudo ese tipo de manifestaciones de la naturaleza debilitaba su impresión acerca de las mismas. La madre corrigió esta equivocada opinión aludiendo a un pasaje de las *Cartas de viaje*184de Goethe y me preguntó si había leído el *Werther*185. Creo que también hablamos de gatos de Angora, jarrones etruscos, chales turcos, macarrones y de Lord Byron, de cuyos poemas la mayor de las damas recitaba bellamente, entre susurros y suspiros, algunos pasajes relativos a puestas de sol. Recomendé a la dama más joven, que no sabía inglés y quería aprender aquellos poemas, las traducciones de mi bella e ingeniosa compatriota, la baronesa Elise von Hohenhausen; ocasión en la que no me faltaron fuerzas para enfurecerme, como suelo hacer ante las damas jóvenes, por el ateísmo, la insensibilidad, la desesperación, y Dios sabe qué más, de Byron.

Cuando hube despachado este asunto, me fui aún a pasear por el Brocken, pues allí nunca se hace del todo oscuro. La niebla no era intensa y observé las siluetas de las dos colinas a las que llaman el «altar de las brujas» y el «púlpito del diablo»186. Disparé al aire con mi pistola, pero no hubo eco alguno. Sin embargo, de repente oí voces conocidas y sentí qué me abrazaban y besaban. Eran compatriotas que habían abandonado Gotinga cuatro días más tarde y se sorprendieron notablemente al volver a encontrarme totalmente solo en el

Blocksberg. Esto dio lugar a conversaciones, sorpresas, citas, a un recordar y reír... ¡Qué reencuentro más placentero!

La cena se sirvió en la habitación grande. Una larga mesa con dos filas de estudiantes hambrientos. Al principio, la típica conversación de universitarios: duelos, duelos y más duelos. El grupo se componía sobre todo de ciudadanos de Halle, por lo que esta ciudad fue el objeto principal de la conversación. Las vidrieras del consejero áulico Schütz187 habían sido exegéticamente ilustradas188. A continuación se contó que la última recepción del rey de Chipre había sido magnífica; que este había elegido a un hijo natural, que se habría desposado a desgana con una princesa de Lichtenstein; que él habría renunciado a la favorita del estado, y que el Ministerio, conmovido hasta el último de sus miembros, habría llorado conforme a las ordenanzas. Probablemente no necesite decir que esto alude a dignidades de la cerveza de Halle189. A continuación la conversación derivó hacia los dos chinos que se habían dejado ver hacía dos años en Berlín y que ahora se habían establecido en Halle como docentes privados de estética china. En ese momento llegó el turno de los chistes. Se supuso que un alemán se habría expuesto al público por dinero y que con este objetivo se forjó en metal un cartel donde los mandarines Ching-Chang-Chung y Hi-Ha-Ho atestiguaban que se trataba de un verdadero alemán y en el que, además, se daba cuenta de sus habilidades, que principalmente consistían en filosofar, fumar tabaco y tener paciencia, y en el que finalmente se advertía de que a las doce, que sería la hora de su pitanza, no se podrían traer perros, ya que estos acostumbraban a quitar al pobre alemán los bocados. Un joven, miembro de una corporación de estudiantes, que hacía poco había estado en Berlín con el fin de purificarse190, habló mucho de esta ciudad, si bien lo hizo de forma muy unilateral. Había visitado a Wisotzki191 e ido al teatro; a ambos los había juzgado equivocadamente: que si los jóvenes están siempre dispuestos a tomar la palabra... y cosas semejantes. Habló sobre el gasto de vestuario, de los escándalos protagonizados por actores y actrices, etc. El joven no sabía que, puesto que en Berlín lo que principalmente tiene más validez es la apariencia de las cosas —a lo que hace referencia la popular expresión «hacer como...»—, esa apariencia debe destacar sobre todo en las tablas, y tampoco sabía que, por ello, la dirección artística ha de cuidar sobre todo del «color de la barba con la que se interpreta un personaje» y de la fidelidad del vestuario, diseñado por historiadores jurados y cosido por sastres con formación científica. Y esto es imprescindible. Pues si María Estuardo llevara un mandil que ya hubiese pertenecido a la era de la Reina Anna, seguro que el banquero Christian Gumpel se habría quejado, y con toda razón, de haber perdido con ello la ilusión192. Y si por error hubiese llevado Lord Burleigh las calzas de Enrique IV, la esposa del consejero de guerra von Steinzopf, de soltera Lilientau, no habría perdido de vista

en toda la noche este anacronismo. Sin embargo, dicho esmero engañoso por parte de la intendencia general del teatro no incluye solo mandiles y calzas, sino también a las personas implicadas en ellos. Así pues, en lo sucesivo, Otelo ha de ser interpretado por un moro auténtico. Por eso el profesor Lichtenstein193 ya ha ordenado que con este fin se traiga uno de África. En adelante, en *Misantropía y arrepentimiento*194, una auténtica mujerzuela descarriada deberá interpretar a Eulalia; un joven realmente bobo, a Pedro, y un anónimo marido engañado, al desconocido, sin que sea estrictamente necesario prescribir que traigan desde África a ninguno de los tres. El joven arriba mencionado juzgaba la situación del arte dramático berlinés de forma equivocada y, de esta manera, advertía aún menos que la ópera *Jenízaros,* de Spontini, con sus timbales, elefantes, trompetas y tamtanes, es un medio heroico para fortalecer militarmente nuestro adormecido pueblo; un medio que ya Platón y Cicerón habían recomendado con mucha sagacidad estatal. Aquello que menos comprendía el joven era el sentido diplomático del ballet. Me esforcé en mostrarle cómo en los pies de Hoguet195 hay más política que en la cabeza de Buchholz196; cómo todos sus pasos de baile representan negociaciones diplomáticas; cómo todos y cada uno de sus movimientos tienen una referencia política. Así, por ejemplo, cuando se inclina anhelante extendiendo las manos, alude a nuestro consejo de ministros; cuando gira cien veces sobre un pie sin desplazarse lo más mínimo, se refiere al parlamento; cuando va avanzando en círculo a pasitos cortos como si tuviera las piernas atadas, tiene en la mente a los pequeños príncipes; cuando se balancea de aquí para allá como un borracho, denota el equilibrio europeo; cuando entrelaza los brazos arqueados como si fuera un ovillo, está haciendo referencia a un congreso; y, por último, cuando, irguiéndose paulatinamente, se mantiene en esta posición un buen rato y, de repente, comienza a dar los más terribles saltos, está representando a nuestro enorme amigo del Este. Al joven se le cayó la venda de los ojos y advirtió entonces por qué los bailarines están mejor remunerados que los grandes poetas; por qué es el ballet un inagotable objeto de conversación en el cuerpo diplomático, y por qué la bella bailarina a menudo se entretiene en privado con el ministro, que de seguro se esfuerza día y noche por predisponerla a favor de su sistemita político. ¡Por Apis! ¡Cuán grande es la cifra de exotéricos que visitan el teatro y cuán pequeña la de los esotéricos! Aquí está el pueblo bobo que mira boquiabierto admirando saltos y piruetas, y estudia anatomía en las posturas de la Lemière, y aplaude los *entrechats* de la Röhnisch197, y habla de gracia, armonía y caderas... Y nadie se da cuenta de que tiene ante sus ojos el destino de la patria alemana en código de baile.

Mientras nos entreteníamos con semejantes conversaciones, no se perdió de vista lo útil y se despacharon grandes bandejas llenas de carne, patatas, etc. Sin

embargo, la comida era mala. Hice una comedida mención de ello a mi vecino, quien, no obstante, con un acento por el que reconocí que era suizo, contestó con muy malas formas que nosotros los alemanes ignoramos no solo la verdadera libertad sino también la verdadera moderación. Me encogí de hombros y advertí que, en todas partes, los lacayos y pasteleros de los príncipes son suizos, y preferentemente se les llama así, y que en realidad los actuales paladines de la libertad suizos que lanzan al público tantas osadías políticas, siempre me parecen como esas liebres que disparan sus pistolas en las ferias anuales, causan asombro a todos los niños y campesinos por su atrevimiento y, sin embargo, siguen siendo liebres.

Seguramente, aquel hijo de los Alpes no lo había dicho con mala intención, «era un hombre gordo, por tanto, un buen hombre», como dice Cervantes. Pero mi vecino del otro lado de la mesa, que era de Greifswald, estaba muy mosqueado por aquellas manifestaciones. Aseveraba que la energía y la sencillez alemanas aún no se habían extinguido, se golpeó con violencia el pecho y vació un descomunal tubo de cerveza de trigo. El suizo dijo: «De acuerdo, de acuerdo!». Sin embargo, cuanto más contemporizador era el tono de sus palabras, con tanto mayor fervor se excitaba el de Greifswald. Este era un hombre de aquellos tiempos en los que los piojos vivían en la abundancia y los peluqueros temían morir de hambre. Llevaba una larga cabellera colgante, se tocaba con una barretina de escudero, vestía una levita negra al antiguo estilo alemán, una camisa sucia que desempeñaba a la par la función de chaleco y, bajo la misma, un medallón con un mechón de pelo del caballo blanco de Blücher198. Parecía un bufón de tamaño natural. Me gustan las cenas movidas y por eso me dejé inmiscuir por él en una disputa patriótica. Opinaba que Alemania debía dividirse en treinta y tres provincias. En cambio, yo aseguraba que debían ser cuarenta y ocho, pues, de esa manera, se podría escribir un manual sistemático sobre Alemania y que de hecho es necesario interrelacionar la vida con la ciencia. Mi amigo de Greifswald era también un bardo alemán y, según me confió, trabajaba en un poema épico nacional dedicado a la glorificación de Herminio el Querusco y a la batalla de Teutoburgo199. Algún consejo le di para la elaboración de la epopeya. Le llamé la atención sobre el hecho de que podía representar de forma muy onomatopéyica los pantanos y los caminos afirmados con troncos de árboles del bosque teutónico por medio de versos acuosos y desiguales, y que sería una sutileza patriótica si dejara vociferar sandeces a Varo y al resto de los romanos. Espero que con estos pequeños apuntes artísticos consiga hacer visible, con el mismo éxito que otros poetas berlineses, la más difícil de las ilusiones.

En nuestra mesa, el ruido fue aumentando cada vez más y el ambiente se

hizo cada vez más relajado, el vino sustituyó a la cerveza, las poncheras humeaban, se bebió, se brindó y se cantó. Resonaron el *Alter Landesvater*200 y las magníficas canciones de W. Müller, Rückert, Uhland y otros. ¡Bonitas melodías las de Methfessel201! Lo que mejor sonó fueron las palabras alemanas de nuestro Arndt: «¡El Dios que dejó crecer el hierro no quería siervos!»202. El aire bramaba afuera y era como si la vieja montaña también se uniera al canto, y algunos amigos trastabillantes llegaron incluso a afirmar que esta sacudía gozosa su glabra cabeza y que ese era el motivo por el que nuestra habitación se movía de acá para allá. Las botellas fueron vaciándose y las cabezas, llenándose. El uno berreaba, el otro cantaba en falsete, un tercero declamaba *La culpa*203, un cuarto hablaba en latín, un quinto predicaba la moderación y un sexto se subió a la silla y se puso a pontificar: «¡Muy señores míos! La tierra es un cilindro y los hombres, pequeñas clavijas en la misma, aparentemente dispuestas al albur; pero la esfera gira, las pequeñas clavijas, al chocar aquí y allá, van emitiendo sonidos, unas a menudo, otras rara vez, de lo que resulta una maravillosa y complicada música que se llama Historia mundial. Hablaremos, por tanto, de la música en primer lugar; a continuación, del mundo y, finalmente, de la historia; a esta última, no obstante, la dividiremos en historia positiva y moscas españolas»204. Y así siguió la noche entre razones y sinrazones.

Un apacible mecklenburgués que tenía la nariz dentro del vaso de ponche y aspiraba el vapor procedente del mismo mientras sonreía dichoso, hizo la observación de que se sentía como si otra vez estuviera ante el ambigú del teatro de Schwerin205. Otro sostenía su vaso de vino delante de los ojos como un catalejo y parecía observarnos atentamente a través del mismo, mientras el vino tinto le chorreaba por las mejillas hasta la prominente boca. El de Greifswald, entusiasmado de repente, se arrojó sobre mi pecho y exclamó lleno de júbilo: «¡Oh, si me comprendieras! De nuevo estoy enamorado y soy feliz, vuelven a amarme y resulta, ¡maldición de Dios!, que es una muchacha instruida, ¡pues tiene grandes pechos, lleva un vestido blanco y toca el piano!». Pero el suizo lloraba, besaba mi mano con ternura y gimoteaba incesante: «¡Oh, Bäbeli, Bäbeli!»206.

En medio de este confuso movimiento en el que los platos aprendían a bailar y los vasos a volar, se sentaron frente a mí dos apuestos mozos, blancuzcos como estatuas de mármol: el uno se asemejaba más a Adonis; el otro, más a Apolo. Apenas perceptible era el ligero tono rosado que había dejado el vino sobre sus mejillas. Con un amor infinito se miraban mutuamente como si el uno pudiera leer en los ojos del otro, que a su vez resplandecían como si en ellos hubieran caído algunas gotas de luz de aquel cáliz lleno de amor llameante que, allá arriba, un piadoso ángel va llevando de estrella a estrella. Hablaban bajito, con voz trémula

cargada de nostalgia. Eran tristes historias en las que resonaba un tono de dolor maravilloso. «La Lore ya se ha muerto», dijo uno de ellos suspirando, y tras una pausa refirió la historia de una muchacha de Halle que estaba enamorada de un estudiante y que, cuando este marchó de Halle, dejó de hablar y de comer, llorando día y noche mientras contemplaba sin cesar el canario que su amado le había regalado en cierta ocasión. «¡El pájaro murió, y poco después murió también la Lore!». Así concluyó la narración y los dos jóvenes guardaron silencio de nuevo y suspiraron como si su corazón quisiera estallarles dentro del pecho. Al fin habló el otro: «¡Mi alma está triste! ¡Ven conmigo afuera a la oscura noche! Respirar quiero el hálito de las nubes y los rayos de la luna. ¡Compañero de mi tristeza! ¡Te quiero, tus palabras suenan como el murmullo del cañaveral, como arroyos deslizantes suenan de nuevo en mi pecho, pero mi alma está triste!».

Se alzaron a continuación los dos jóvenes, uno enlazó el brazo alrededor del cuello del otro y ambos dejaron aquella ensordecedora habitación. Los seguí y vi cómo entraban en una habitación oscura; cómo uno, en lugar de la ventana, abría un gran armario ropero; cómo ambos permanecían de pie y hablaban alternativamente con los brazos extendidos y anhelantes frente al mismo. «¡Auras de la noche oscura!», exclamó el primero, «¡Cómo refrescáis mis mejillas! ¡Cuán encantadoras sois al jugar con mis ondulados rizos! Desde la nublada cumbre de la montaña percibo allá abajo las durmientes ciudades de los hombres y cómo las azules aguas despiden sus destellos. ¡Escuchad! ¡Allí abajo, en el valle, murmuran los abetos! Ahí en la colina pasan en formas nebulosas los espíritus de los antepasados. ¡Oh, si pudiera galopar con vosotros sobre el corcel de las nubes cruzando hacia las estrellas la noche tempestuosa y el fragoroso mar! Pero, ¡ay!, estoy cargado de pena y mi alma está triste»207.

Del mismo modo, el otro joven había extendido anhelante los brazos hacia el armario ropero mientras las lágrimas le brotaban con fuerza de los ojos y, dirigiéndose a unas calzas de cuero amarillas que él tenía por la luna, exclamó con voz cargada de nostalgia: «¡Que bella eres, hija del cielo! ¡Llena de gracia es la quietud de tu rostro! ¡Has caminado hasta aquí envuelta en tus encantos! Las estrellas siguen tu sendero azul en el Este. Al mirarte se regocijan las nubes, sus sombrías formas se iluminan. ¿Quién te iguala en el cielo, criatura de la noche? Se sonrojan las estrellas en tu presencia y desvían su verde y chispeante mirada. ¿Hacia dónde, cuando la mañana hace palidecer tu rostro, escapas de tu sendero? ¿Tienes un pabellón semejante al mío? ¿Vives en la sombra de la tristeza? ¿Han caído del cielo tus hermanas? Ellas, que con gozo cruzaban la noche contigo, ¿ya no están? ¡Oh!, sí, cayeron, bella luz, y muchas veces te ocultas para llorar su pérdida. Pero algún día llegará la noche y tú, también tú, desaparecerás, y dejarás

allá arriba tu sendero azul. Alzarán entonces las estrellas sus verdes cabezas que, avergonzadas antaño en tu presencia, ahora se alegrarán. Pero ahora te vistes con tu maravilloso fulgor y miras abajo desde las puertas del cielo. ¡Rasgad las nubes, oh, vientos, para que la criatura de la noche pueda brillar y las frondosas montañas reluzcan e, iluminado, el mar haga rodar sus espumeantes olas!».

Un amigo al que conozco bien, no muy delgado y que había bebido más que comido —aunque también aquella noche, como era costumbre, había engullido una porción de carne de vacuno que habría saciado a seis tenientes de guardia y a un candoroso niño—, llegó corriendo con demasiado buen humor, es decir, como una cuba, metió de forma algo brusca a los dos jeremíacos amigos en el armario, se dirigió tropezando hacia la puerta y se puso a beber de manera asesina. También en la sala el ruido era cada vez más confuso y ensordecedor. Los dos jóvenes que había dentro del armario se lamentaban y gemían como si hubieran sido catapultados contra el pie de una montaña; de sus gargantas emanaba el noble vino tinto, de manera que se inundaban mutuamente mientras se decían el uno al otro: «¡Adiós, amigo! Siento que me desangro. ¿Por qué me despiertas, aire de primavera? Me cortejas y me dices: yo te cubro de rocío con gotas del cielo. ¡Pero está próxima la hora en que me marchite, próxima la tormenta que hostigue mis hojas! Mañana vendrá el caminante, vendrá quien un día conoció mi belleza, me buscarán sus ojos en el campo y no me encontrarán». Pero todo lo sofocaba la bien conocida voz de bajo que, al otro lado de la puerta, entre imprecaciones y gritos de alegría, se lamentaba, blasfemando, de que en toda la oscura Weenderstraße no ardiera un solo farol y de que ni siquiera se pudieran ver las casas cuyos cristales había destrozado.

Yo, que tengo mucho aguante —la modestia no me permite hacer mención del número de botellas—, llegué en bastantes buenas condiciones a mi cuarto. El joven comerciante estaba ya en la cama, con su gorro de dormir de color blanco tiza y su camisón amarillo azafranado de franela salubre. Aún no dormía e intentó entablar una conversación conmigo. Era francfortés, así que enseguida se puso a hablar de los judíos. Habían perdido, decía, toda sensibilidad por lo bello y lo noble y vendían las mercancías inglesas un veinticinco por ciento por debajo de su precio de fábrica. Me entraron ganas de confundirle un poco, por lo que le dije que era noctámbulo y que debía disculparme por adelantado en caso de que pudiera causarle alguna molestia mientras dormía. En consecuencia, el pobre hombre no durmió en toda la noche, tal y como me confesó al día siguiente, pues estuvo poseído por la preocupación de que, en mi estado de noctambulismo, pudiera causar algún perjuicio con las pistolas que tenía frente a la cama. En realidad no me fue mucho mejor que a él, pues dormí muy mal: imágenes confusas y

angustiosas procedentes de mi imaginación que asemejaban una partitura de piano para el *Infierno* del Dante. Al final llegué a soñar incluso con la representación de una ópera jurídica titulada *Falcidia*208, con texto cuyos derechos de autor pertenecerían a Gans y con música de Spontini. Un magnífico sueño. El foro romano resplandecía soberbio, Serv. Asinius Göschenus, sentado como pretor sobre su silla de manera que su toga trazaba orgullosos pliegues, no dejaba de vociferar recitativos; Marcus Tullius Elversus hacía de *prima donna legataria* y ponía de manifiesto su graciosa feminidad cantando la lánguida y amorosa aria de bravura «*quicunque civis romanus*»; comparsas embadurnadas de color rojo teja que encarnaban a los pasantes, berreaban como un coro de menores; docentes privados vestidos como genios en tricots de color carne bailaban un ballet antijustinianeo y coronaban con flores las doce tablas209; entre rayos y truenos se elevó desde la tierra el espíritu injuriado de la legislación romana; acto seguido trombones, tamtanes y lluvia de fuego *cum omni causa*.

De este estruendo me sacó el posadero del Brocken cuando me despertó para que viera amanecer. En la torre encontré ya gente que aguardaba frotándose las heladas manos; otros, todavía con el sueño en los ojos, subían tambaleándose. Por fin se volvía a reunir al completo la silenciosa comunidad de la noche anterior para contemplar cómo en el horizonte se elevaba la pequeña esfera rojo carmesí y cómo se extendía una iluminación invernalmente crepuscular en la que las montañas nadaban en un mar de olas blancas y solo aparecían las cumbres de las mismas, de tal manera que uno creía estar sobre una pequeña colina, en medio de una llanura inundada donde tan solo aquí y allá se descubrían pequeños trozos de tierra seca. Para retener en palabras lo sucedido y sentido, escribí el siguiente poema:

Ya por el Este se advierte

Del sol el débil fulgor,

Y las cumbres parecen

Flotar en su resplandor.

¡Quién botas de sietes leguas

Tuviera y raudo volara

Sobre la montaña aquella

Al lecho de mi amada!

Del lecho donde ella duerme

Correría las cortinas,

Besar su boca querría,

Y los rubíes de su frente.

Y aún más suave susurrar

Quisiera a su oído de nardo:

Sueña, sí, que nos amamos,

Nadie nos separará.

Entretanto también habían aumentado mis ansias por desayunar y, después de haber dicho algunas galanterías a mis damas, me apresuré en bajar a tomar café en el cálido salón de huéspedes. Era justo lo que necesitaba: mi estómago estaba tan vacío como la *Stephanskirche* de Goslar. Sin embargo, con aquel brebaje árabe, el cálido Oriente me recorrió los miembros, rosas orientales exhalaron su perfume a mi alrededor, sonaba el canto de los bulbules210, los estudiantes se transformaron en camellos, las muchachas del Brockenhaus, con sus miradas a lo Congreve211, se convirtieron en huríes; las narices de los filisteos, en minaretes, etc. Sin embargo, el libro que había a mi lado no era el Corán, aunque contenía suficientes disparates. Era el llamado libro del Brocken, donde todos los viajeros que subían la montaña escribían sus nombres; la mayoría anotaba incluso algunos pensamientos, y ante la falta de los mismos, sus sentimientos. Muchos se expresan incluso en verso. En este libro se ven las atrocidades que se cometen cuando el gran séquito de filisteos, en ocasiones de lo más corriente, como aquí en el Brocken, se ha propuesto ponerse poético. El palacio del príncipe de Pallagonia212 no contiene más vulgaridades que este libro, donde brillan sobre todo los señores cobradores de impuestos con su entusiasmo enmohecido, los aprendices de comercio con sus patéticas efusiones anímicas, los diletantes antiguo-alemanes de la revolución con sus gimnásticos lugares comunes, los maestros de escuela berlineses con sus entusiásticas y desgraciadas frases encantadoras, etc. El señor Johannes Hagel también quiere mostrar su faceta de escritor: tan pronto describe el majestuoso esplendor del amanecer como se lamenta por el mal tiempo, las expectativas frustradas o la niebla que tapa todas las panorámicas. «Bajamos con la niebla que nos había

acompañado al subir» es un chiste típico que dicen cientos de personas aquí. Todo el libro huele a queso, cerveza y tabaco. Uno cree estar leyendo una novela de Clauren213.

Mientras, como iba diciendo, me bebía el café y hojeaba el libro del Brocken, entró el suizo con los carrillos rojísimos y, lleno de entusiasmo, me estuvo contando las sublimes vistas que había disfrutado arriba en la torre, mientras la pura y tranquila luz del sol, alegoría de la verdad, luchaba con las masas de niebla nocturna de forma que parecía una batalla de espectros en la que airados gigantes extendieran sus largas espadas como caballeros que con sus arneses galopasen sobre corceles encabritados; carros de guerra, estandartes al viento, e imágenes de animales fantásticos parecían surgir de la más salvaje de las vorágines hasta que, por fin, todo se encrespó formando las más monstruosas deformaciones que se desvanecían poco a poco hasta desaparecer sin dejar rastro. Me perdí aquel demagógico fenómeno de la naturaleza y, si bien se analiza, podría afirmar bajo juramento que no sé más que del sabor de mi buen café con leche. ¡Ah!, él tenía incluso la culpa de que hubiera olvidado a mi bella dama, que en ese momento estaba frente a la puerta con su madre y su acompañante a punto de subir al carruaje. Apenas tuve tiempo de apresurarme hasta allá para asegurarle que hacía frío. Parecía haberse indignado por no haber ido yo antes, pero conseguí pronto que desaparecieran las arrugas de disgusto de su bella frente regalándole una maravillosa flor que había cogido el día anterior de una escarpada pared rocosa corriendo el peligro de romperme la crisma. La madre quiso saber el nombre de la flor, como si encontrara impropio que su hija se colocara en el pecho una flor extraña y desconocida; pues en verdad la flor recibió un lugar envidiable con el que seguro ella no podía soñar el día anterior en la soledad de las alturas. De repente, su callado acompañante abrió la boca, contó los filamentos de la flor y dijo muy seco: «Pertenece a la octava clase».

Siempre me enfada comprobar cómo a las queridas flores de Dios, lo mismo que a nosotros los humanos, también se las separa en castas y según formalidades similares como, por ejemplo, por la diferencia de sus filamentos. Si hubiera de existir una clasificación, esta seguiría la propuesta de Teofrasto, quien quiso agrupar las flores más por su esencia, es decir, según su aroma. Por lo que a mí respecta, tengo mi propio sistema dentro de las ciencias naturales y todo lo agrupo según las siguientes categorías: lo que se puede y lo que no se puede comer.

Sin embargo, a la mayor de las damas, la naturaleza misteriosa de las flores le resultaba poco menos que un arca cerrada y de forma espontánea expresó que las flores que aún crecen en el jardín o en el macetero le producían un gran placer.

Por el contrario, un ligero sentimiento de dolor, increíblemente angustioso, hacía temblar su corazón cada vez que veía una flor arrancada, pues era, en realidad, un cadáver: el tierno cadáver de una flor rota que deja colgando su marchita cabecilla con la más absoluta tristeza, como un niño muerto. La dama estaba prácticamente aterrada por el turbio reflejo de su observación y me vi obligado a ahuyentarlo con algunos versos de Voltaire. ¡Cómo pueden unas cuantas palabras en francés trasladarnos de nuevo al estado de ánimo que nos conviene! Nos reímos, besé sus manos, se sonrió con benevolencia, los caballos relincharon y el carruaje traqueteó lenta y pesadamente montaña abajo.

También los estudiantes se disponían a partir: ataron las mochilas, pagaron sus cuentas —que, contra todo pronóstico, resultaron baratas—, las serviciales muchachas de la posada, sobre cuyos rostros quedaba el rastro del amor feliz, trajeron, como es costumbre, los ramilletes del Brocken, ayudaron a ponérselos en los gorros, por lo que se las recompensaba con algún beso o unos *groschen*214; y así bajamos todos la montaña, mientras los unos —entre los cuales el suizo y el de Greifswald— emprendieron el camino a Schirke y los otros —unos veinte aproximadamente, entre los cuales también mi compatriota y yo—, dirigidos por un guía, bajábamos hacia Ilsenburg atravesando los llamados neveros.

No hicimos ni una pausa en el camino. Los estudiantes de Halle marchaban más rápido que la milicia nacional austriaca. Antes de darme cuenta ya quedaban atrás los grupos de piedras esparcidas en la parte pelada de la montaña y atravesábamos un abetal semejante al que había visto el día anterior. El sol ya iluminaba a los jóvenes, que vestían pintorescamente y con cierto sentido humorístico, y vertía sus más alegres rayos penetrando en la espesura, desapareciendo aquí y asomando de nuevo allá; en las zonas pantanosas, corrían por los troncos de árboles caídos que las atravesaban; en las profundidades escarpadas trepaban por las raíces, lanzaban al cielo los tonos más divertidos y también recibían en el bosque la regocijada respuesta de los pájaros cantores, de los abetos susurrantes, de las fuentes que de manera invisible se oían borbotar y del eco que sonaba. Cuando la jovial juventud y la bella naturaleza se conjuntan, se alegran mutuamente.

Cuanto más bajábamos, con tanto mayor encanto se sentía el murmullo de las aguas subterráneas; solo aquí y allá, debajo de las rocas y la maleza, fulguraban y parecían esconderse y preguntarse si tal vez debieran salir fuera, hasta que por fin llegaba una pequeña ola decidida a saltar. Y entonces sucedía lo de siempre: algún atrevido empieza y el gran séquito de miedosos, para su propio asombro, se conmueve ante tal valentía y se apresura a aliarse con el primero. Una gran

cantidad de otras fuentes se apresuraban a saltar de su escondite, se unían con la que había saltado primero y enseguida formaban juntas un arroyuelo respetable que iba murmurando valle abajo y formando incontables cascadas y fabulosos torbellinos. Era la corriente del Ilse que, encantadora y dulce, se extendía por el bendito valle al que da su nombre. A ambos lados se elevan lentamente aún más las montañas cubiertas hasta sus laderas de hayas, robles y demás arbustos de hoja caduca, no de abetos ni otras coníferas. Esas masas forestales de hoja caduca predominan en el Bajo Harz, como se llama a la parte este del Brocken, frente a la zona oeste de la misma, llamada Alto Harz, y que es, en efecto, mucho más alta y, por tanto, también mucho más apropiada para el crecimiento de las coníferas.

Resulta imposible describir el regocijo, la ingenuidad y la elegancia con los que el Ilse se precipita entre las rocas, de formas fabulosas, que va encontrando en su camino, de manera que aquí el agua surge siseando salvajemente, rebosante de espumas, y allá sale formando arcos perfectos de todo tipo de grietas en las piedras, como si de regaderas fantásticas se tratara. Ya abajo, avanza nuevamente a pasos cortos por encima de las pequeñas piedras como una vivaracha muchachuela. Sí, la leyenda es cierta: la corriente del Ilse es una princesa que, risueña y espléndida, corre montaña abajo. ¡Cómo brilla su blanco vestido de espuma a la luz del sol! ¡Cómo revolotean al aire las cintas plateadas de su corpiño! ¡Cómo resplandecen y centellean sus diamantes! Las altas hayas están allí igual que padres serios que observan con sonrisa furtiva las travesuras de la encantadora niña; las blancas betulas asisten complacidas como tías al tiempo que espantadas por sus atrevidos brincos; el orgulloso roble mira como un tío malhumorado que tuviera que pagar por el buen tiempo; los pajarillos por los aires aplauden jubilosos, las flores de la orilla murmuran delicadamente: «¡Oh, llévanos contigo, llévanos contigo, querida hermanita!». Pero la jovial muchachuela sigue saltando sin poder contenerse y de repente se apodera del poeta soñador... y sobre mí cae una densa lluvia floral de rayos sonoros y de sonidos radiantes y pierdo los sentidos ante tan puro señorío y ya solo escucho ahora una voz que suena con la dulzura de la flauta:

Yo soy Ilse, la princesa,

Y en el Ilsenstein habito;

Ven conmigo a mi castillo,

Donde feliz te proteja.

Con mis aguas cristalinas

Empaparé tu cabeza,

Para que olvides tus penas,

Tú, enfermo de tristeza.

En mis ebúrneos brazos,

Sobre mi turgente pecho,

Dormirás y soñarás

La antigua ilusión del cuento.

Besarte, abrazarte quiero

Como le abracé y besé

A Enrique, rey dilecto

Que en la tumba yace muerto.

Inertes siguen los muertos,

Solo el viviente palpita;

Y jovial vibra mi pecho

Pues soy hermosa y florida.

Si mi corazón palpita,

Vibra mi mansión cristalina,

Do damas y caballeros

Bailan al ritmo del maestro.

Se oyen la rueca y el brocado,

Suena, chirría la espuela,

Atabal y clarín truenan

Que soplan y tocan enanos.

Te rodearán mis brazos,

Como a mi káiser Enrique,

A quien yo los oídos tapaba,

Si la trompeta tronaba.

Un sentimiento de dicha infinita le invade a uno cuando observa que el mundo de los fenómenos fluye al unísono de nuestro mundo interior, y los verdes árboles, los pensamientos, el canto de los pájaros, la nostalgia, el azul del cielo, el recuerdo y el aroma de las hierbas se entrelazan desordenadamente formando dulces arabescos. Las mujeres conocen este sentimiento mejor que nadie y quizá por ello sus labios pueden esbozar una encantadora sonrisa de incredulidad cuando con orgullo de colegial elogiamos los hombres nuestras hazañas lógicas, cuando lo clasificamos todo tan lindamente en objetivo y subjetivo, cuando equipamos nuestras cabezas con mil cajones a modo de farmacia: en uno está la sensatez; en el otro, la cordura; en el tercero, el ingenio; en el cuarto, la malicia; y en el quinto, absolutamente nada, es decir, la idea.

Como si siguiera caminando en sueños, apenas me di cuenta de que habíamos dejado la profundidad del valle del Ilse y de nuevo caminábamos montaña arriba. Era un terreno escarpado y fragoso y alguno de nosotros se quedó sin aliento. Pero, al igual que nuestro difunto primo que yace enterrado en Mölln215, pensamos por anticipado en la bajada de la montaña y nos sentimos tanto más contentos. Por fin llegamos a Ilsenstein. Es una roca de granito descomunal que se eleva larga y atrevida desde las profundidades. Tres de sus lados están rodeados de altas montañas cubiertas de bosque; pero el cuarto, la parte septentrional, está libre y desde allí se ve el Ilsenburg, que está a sus pies y, más abajo, el Ilse, en la tierra baja. Sobre la punta de la roca, que tiene forma de torre, hay una gran cruz de hierro y espacio para cuatro pies humanos en el caso de situaciones de emergencia.

Así como la naturaleza, mediante la situación y la forma, ha adornado Ilsenstein de fantásticos atractivos, también la leyenda ha vertido sobre ella su

brillo rosado. Al respecto cuenta Gottschalck: «Se dice que hubo aquí un castillo maldito en el que vivía la hermosa y rica princesa Ilse y que todavía hoy se baña cada mañana en el Ilse; ¡y el afortunado que coincide en ese preciso instante es guiado por ella hacia las rocas, donde se encuentra su castillo, para ser recompensado regiamente!». Del amor entre la doncella Ilse y el caballero de Westerberg cuentan otros una bonita historia que uno de nuestros más conocidos poetas ha cantado de la manera más romántica en el *Abendzeitung*216. Otros, por el contrario, narran la historia de forma distinta: debió de haber sido el emperador de la dinastía sajona Enrique quien disfrutara de las más imperiales horas con Ilse, la bella ondina, en su encantado castillo roquero. Sin embargo, un escritor más reciente, su Excelencia el señor Niemann, autor de una guía de viaje por el Harz217 en la que indica la altura de las montañas, las desviaciones de la brújula, las deudas de la ciudad y cosas por el estilo con loable empeño y cifras exactas, propone: «Lo que se cuenta sobre la bella princesa Ilse pertenece al reino de la fábula». Así hablan todas esas personas a las que nunca se les ha aparecido tal princesa; pero nosotros, a quienes tanto nos favorecen las bellas damas, lo sabemos mejor. También el emperador Enrique lo sabía. No en vano sentían tanto apego por su Harz patrio los emperadores antiguo-sajones. Basta con hojear la bella Crónica de Luneburgo en la que están representados en xilografías los viejos y buenos señores con una fidelidad singular, sobre sus corceles, con su coraza y arneses de batalla y la sagrada corona imperial sobre la respetable cabeza y el cetro y la espada bien sujetos en las manos. En los amables y bigotudos rostros puede leerse claramente cuán a menudo sentían el vehemente deseo de volver junto a los dulces corazones de sus princesas del Harz y al familiar murmullo de los bosques de la región cuando permanecían en tierras extrañas, sobre todo en tierras del sur, ricas en limones y venenos, por las que tan a menudo eran seducidos tanto ellos como sus sucesores ante el deseo de hacerse llamar emperadores romanos, una afición a los títulos propiamente alemana por la que se fueron a pique emperadores e imperio.

Sin embargo, a todo aquel que esté en lo alto de la Ilsenstein aconsejo que no piense ni en el emperador, ni en el imperio ni en la hermosa Ilse, sino únicamente en sus pies. Pues cuando yo estuve allí, sumido en mis pensamientos, escuché de repente la música subterránea del castillo encantado y vi cómo las montañas de alrededor se ponían de cabeza y los rojos tejados del Ilsenburg comenzaban a danzar, y los verdes árboles volaban alrededor en el aire azul, de modo que todo se volvió azul y verde ante mis ojos y estoy seguro de que me hubiera caído al abismo presa del vértigo si ante tal angustia no me hubiese agarrado a la cruz de hierro. Sin duda nadie me tomará a mal que hiciera esto último teniendo en cuenta lo desagradable de la situación.

* * *

El *Viaje por el Harz* es y queda en estado fragmentario, y los hilos de colores con los que tan bellamente ha sido tejido para integrarse armónicamente en un todo, se ven cortados de repente por las tijeras de la inexorable parca. Quizás los vuelva a emplear en futuras canciones, y lo que ahora se calla por mor de la brevedad, se dirá pronto en su integridad. Al final es indiferente cuándo y dónde se ha dicho algo con tal de que se diga una sola vez. Queden estas obras individuales en estado fragmentario, con tal de que en su unión constituyan un todo. A través de esa integración se va completando aquí y allá su carácter carencial, equilibrando las brusquedades y suavizándose lo demasiado áspero. Tal vez sea este el caso de las primeras páginas del *Viaje por el Harz*, y bien podrían estas producir una impresión menos ácida si en otra parte se comprueba que el desagrado general que abrigo contra Gotinga, aunque es aún más grande de lo que he expresado, no es ni de lejos tan grande como la veneración que siento por algunos de sus habitantes. ¿Y por qué debería ocultarlo? Aquí me refiero muy especialmente a ese estimado varón que, ya en tiempos remotos, me recibió tan amablemente, infundió en mí un íntimo amor por el estudio de la Historia, me reafirmó más tarde en el celo por el mismo, conduciendo con ello mi alma por derroteros más tranquilos, orientó mi espíritu a direcciones más saludables y me proporcionó aquellos consuelos de la historia sin los cuales jamás soportaría las crueles escenas de cada día. Me refiero a Georg Sartorius218, el gran historiador y hombre, cuyos ojos son una estrella nítida en nuestro oscuro tiempo y cuyo hospitalario corazón está abierto a todas las aflicciones y alegrías ajenas, a las preocupaciones del mendigo y del rey y a los últimos suspiros de los pueblos en decadencia y de sus dioses...

No puedo por menos de advertir aquí que el Alto Harz, esa parte del Harz que he descrito hasta el comienzo del valle del Ilse, no proporciona, ni de lejos, una vista tan agradable como la del Bajo Harz, que es de un gran pintoresquismo romántico y que en su belleza salvajemente arriscada y sombría como sus abetos contrasta con este último, de la misma manera como los tres valles del Bajo Harz, formados por el Ilse, el Bode y el Selke, compiten en encanto entre ellos si se sabe personificar el carácter de cada valle: son tres figuras de mujer, entre las que no se puede decidir tan fácilmente cuál es la más bella.

De la dulce y encantadora Ilse y de la dulzura y el encanto con que me recibió ya he hablado y a ellos ya he dedicado algunos versos. La belleza sombría del Bode no me recibió tan benévola, y cuando la contemplé por primera vez en la localidad de Rübeland219, estaba oscura como la fragua, me pareció que estaba

malhumorada y que por ello se envolvía en un velo de lluvia de color gris plata. Pero cuando llegué a lo alto del Rosstrappe, se desprendió de él con un rápido gesto amoroso y su rostro me iluminó con su soleada grandeza, todas sus líneas exhalaban una ternura colosal y su vencido pecho rocoso emitía una especie de suspiros y sonidos que se derritieran de añoranza. Menos tierna, aunque sí más jocosa, se mostró ante mí la bella corriente del Selke, la bella y amable señora cuya noble sencillez y alegre tranquilidad mantiene alejada toda familiaridad sentimental, pero en la que, no obstante, su discreta sonrisa delata su sentido burlón; y a ella me gustaría atribuir el hecho de que en el valle de Selke me aconteciera toda suerte de pequeños infortunios: así por ejemplo, el que, al intentar en cierta ocasión saltar por encima del agua, cayera en medio de ella; el que más tarde, cuando me había cambiado el calzado húmedo por las pantuflas, una de ellas se me fuera de la mano, aunque más bien tendría que decir del pie; el que un golpe de viento me arrebatara la gorra o el que los espinos del bosque me desgarraran las piernas y así muchas cosas más. Pero de buena gana le disculpo a la bella señora todos estos infortunios, pues es realmente hermosa. Y me la imagino ahora con todos y cada uno de sus serenos encantos que parecen decirme: «Si me río, no lo hago con mala intención y le ruego que me cante en sus poemas». La espléndida corriente del Bode aparece también en mi recuerdo y sus ojos oscuros me dicen: «Te pareces a mí por tu orgullo y tu dolor, y quiero que me ames». De pronto, también la bella Ilse se me acerca saltando, tierna y cautivadora en sus ademanes, en su figura y su movimiento. Mucho se parece a la benévola criatura que hace felices mis sueños y, exactamente igual que tú, querido lector, me mira con una indolencia irresistible y, sin embargo, al mismo tiempo de manera tan íntima, perpetua y penetrantemente auténtica... En este momento soy Paris, las tres diosas están frente a mí y le doy la manzana a la bella Ilse.

Hoy es uno de mayo. Como un mar de vida se derrama la primavera sobre la tierra. Blanca espuma floral pende de los árboles y un amplio y cálido resplandor de la niebla se extiende por todas partes. En la ciudad resplandecen alegres las ventanas de las casas, los gorriones construyen otra vez sus pequeños nidos en los tejados y la gente que pasea por la calle se sorprende de que el aire sea tan excitante y maravilloso. Las muchachas del Vierland220, de vestidos abigarrados, traen ramilletes de violetas y los niños huérfanos, con sus chaquetitas azules y sus encantadoras caritas bastardas, pasean alegres por la Jungfernstieg221, como si hoy de nuevo fueran a encontrar un padre. El mendigo del puente mira tan complacido que parece que hubiese ganado el premio mayor de la lotería. El sol baña con sus más tolerantes rayos de luz hasta al mismísimo corredor de bolsa al que todavía no han ahorcado y que pasea de negro con su cara de picaruelo de porcelana. Quiero salir a las afueras.

Es uno de mayo y pienso en ti, bella Ilse —¿o quizás deba llamarte «Inés», por ser este el nombre que más te gusta?—, pienso en ti y querría volver a presenciar cómo bajas resplandeciente de la montaña. Pero lo que más quisiera es estar abajo en el valle y cogerte entre mis brazos... ¡Es un día hermoso! Por doquier veo el color verde, el color de la esperanza. Por doquier, como milagros de benevolencia, florecen las flores y también mi corazón quiere florecer de nuevo. Este corazón es también una flor, una flor maravillosa. No es una humilde violeta, ni una rosa risueña, ni un casto lirio, ni ninguna otra florecilla que alegre los pensamientos de las muchachas con sus lindos encantos y que se deje prender bellamente de sus bellos senos y que hoy se marchita y mañana vuelve a florecer. Este corazón más se parece a aquella vigorosa e intrépida flor de los bosques de Brasil que, según la leyenda, florece una única vez cada cien años. Recuerdo que de niño vi una flor así. Escuchamos un disparo por la noche, como el de una pistola, y a la mañana siguiente me contaron los niños del vecino que había sido su «aloe» el que con semejante disparo había florecido. Me llevaron a su jardín y, para mi asombro, vi allí que la pequeña y rígida planta, con sus hojas de excéntrica amplitud y afilados dientes que podrían lastimar fácilmente a cualquiera, había salido disparada al cielo y arriba, como una corona dorada, portaba la más espléndida floración. Nosotros, niños, no podíamos alcanzar a ver tan arriba y el viejo Christian, que sonreía complacido y que nos quería, construyó una escalera de madera alrededor de la flor para que trepásemos por ella como gatos y pudiéramos mirar con curiosidad el cáliz abierto del que brotaban con una magnificencia sin precedentes las resplandecientes hebras amarillas y las exóticas fragancias.

Sí, Inés, este corazón no florece ni con facilidad ni a menudo. Hasta donde alcanza mi memoria solo ha florecido una única vez, y eso debió de haber sido hace mucho tiempo. Estoy seguro de que han pasado ya cien años. Creo que por muy magnífica que entonces floreciera, sin embargo, tuvo que marchitarse miserablemente por falta de sol y calor, en el caso de que no fuera violentamente aniquilada por una oscura tormenta invernal. Pero ahora se agita y se ensancha de nuevo en mi pecho, y si oyes de repente el disparo... ¡no te asustes, muchacha!: no es que me haya pegado un tiro, sino que mi amor hace estallar su capullo y se lanza allá arriba en forma de radiantes canciones, de eternos ditirambos en jovial abundancia cantora. No obstante, si este amor sublime te resulta demasiado elevado, muchacha, hazlo más fácil y sube la escalera de madera y mira desde lo alto mi corazón en flor.

Es temprano todavía, el sol apenas ha recorrido la mitad de su camino y el perfume que mi corazón exhala es ya tan intenso que se me sube a la cabeza y me

obnubila, de tal manera que ya no sé dónde acaba la ironía y dónde comienza el cielo; lleno el aire con mis suspiros y querría deshacerme de nuevo en dulces átomos, en la divinidad increada... Pero ¿cómo podrá suceder esto cuando sea de noche y las estrellas aparezcan en el firmamento, «esas infelices estrellas que te podrían decir...?».

Es uno de mayo: hasta el más desastrado de los tenderos tiene derecho hoy a ponerse sentimental... ¿y tú vas a prohibírselo al poeta?

122 En la traducción de los poemas hemos renunciado, solo en ocasiones, a la isometría, dada la difícil correspondencia fonométrica entre el léxico español y el alemán. Hemos preferido sustituirla por otras figuras de dicción, tales como quiasmos, anáforas, etc.

123 La universidad fue fundada por el rey Jorge II de Inglaterra, príncipe elector de Hannover.

124 Hace referencia a uno de los profesores de la Universidad de Gotinga.

125 *Schnurren*, expresión estudiantil para «policía».

126 Expresión estudiantil para «bedel».

127 Una orden honorífica creada por el rey de Hannover.

128 «Profaxen» en el original: era una expresión estudiantil despectiva referida a los profesores. Hemos querido darle un sentido también de apodo traduciendo por «bufones».

129 Los términos del argot estudiantil, mayormente despectivos, que Heine utiliza para referirse al personal docente y auxiliar de la Universidad de Gotinga no tienen equivalente en español y por eso hemos buscado alternativas.

130 Una de las calles más importantes de Gotinga.

131 Localidades donde se reunían los estudiantes.

132 Inicialmente, el término designaba al no estudiante (a semejanza de los filisteos, enemigos del pueblo escogido). Posteriormente pasó a significar el burgués sin cultura.

133 Célebre *Biergarten* estudiantil de Gotinga.

134 Precursor del idilio rococó de cuño emocionalista *(Empfindsamkeit).*

135 Heine hace alusión a una de las vivencias de su época estudiantil: como se sabe, fue expulsado de la Universidad de Gotinga por haber mantenido un duelo. Esta práctica había sido prohibida por las autoridades académicas.

136 El bedel al que hace referencia era el encargado de redactar la lista de estudiantes de cada semestre.

137 Uno de tantos apuntes de indocilidad *(docilis* = enseñable) y de desprecio frente al estamento profesoral. O sea, que diría Umbral: Heine prototipo (literario) de protesta estudiantil.

138 Zona próxima a Gotinga en la localidad de Angerstein, en las pérgolas de cuyos locales se practicaba la prostitución.

139 Rossini es una constante referencia de Heine y a él dedica un capítulo en *El viaje de Múnich a Génova*. En este caso es una exageración irónica.

140 *Fusia Canina*, expresión estudiantil para mujer de mala vida.

141 *Trittvogel* en alemán: expresa un ave paseriforme que en español se puede traducir por aguzanieve o andarríos. En el lenguaje estudiantil alemán denominaba también a la furcia.

142 Heine juega con el homónimo de la hostería o posada que todavía hoy existe, *Zur Sonne* (Posada del Sol).

143 Primer apunte de la causticidad heineana contra un turismo de masas que, en nuestra época, se viste en plan «casual wear» (en el mejor de los casos) o de coronel Tapioca para ir a Venecia. Lejos están los tiempos en que Aschenbach *(Muerte en Venecia)* llegaba en el vaporetto al Lido cargado con toda la elegancia de su guardarropa. *O tempora, o mores*, dijo el clásico.

144 Se trataba de la prisión de estudiantes, cuyo vigilante llevaba ese apellido.

145 La *Lüneburger Heide* es una bellísima reserva natural en las proximidades de Hamburgo, no apta para la agricultura, pero sí para el pastoreo

extensivo de las ovejas del páramo o *Heidschnucken.*

146 Osterode es la primera localidad del Harz que toca Heine. Situada en la ladera sur del macizo herciniano, no parece haberle interesado mucho a juzgar por el espacio que le dedica.

147 Hija de Urano y Gea, diosa de la justicia.

148 Nombre ofensivo para referirse a un jurista de Hannover de nombre Bauer, cuya traducción al latín sería Rusticus.

149 Igual que en el caso anterior, se trata de un profesor de derecho —la inquina de Heine hacia este gremio no ha conocido límites—, Gustav Hugo, al que aplica esta latinización del nombre francés Jacques de Cujas, cuya obra mencionaba constantemente el profesor alemán.

150 No se trata del famoso «Lügenbaron», protagonista de la obra de Bürger, múltiplemente llevada a la pantalla, sino de Adolf de Münchhausen, antiguo rector de la Universidad de Gotinga.

151 Estos sueños «críticos» se desarrollan en lugares reales de Gotinga. La Sala Histórica de la que habla Heine estaba albergada en un antiguo convento y contenía una colección de «reproducciones artísticas».

152 Hace alusión a una de las primeras guías de «turismo» por el Harz procedente de la pluma de Friedrich Gottschalck: *Taschenbuch für Reisende in den Harz*, publicada en 1823, un año antes de que Heine emprendiera el viaje.

153 En efecto, el joven duque de Braunschweig y Lüneburgo, Carlos, habría emprendido el correspondiente *grand tour* o viaje de formación por tierras europeas. Nacido en 1804, había empezado a gobernar sus estados como duque soberano de Braunschweig en 1815. Fue destronado por sus intentos de gobernar al margen de los principios democráticos que paulatinamente la sociedad iba consiguiendo.

154 El «Duque Ernesto» *(Herzog Ernst)* es un relato poético medieval que narra la sublevación de este personaje contra el emperador Conrado II. Se ha propuesto el siglo XII como fecha de su redacción. El poeta romántico de la Escuela Suaba Ludwig Uhland volvería sobre el motivo.

155 *Ossian* es el título de un ciclo de leyendas célticas que se hicieron pasar

por auténticas, cuando en realidad fueron creación del pastor escocés McPherson.

156 «¡Llenos de dolor y alegría, los pensamientos son libres!». La textualidad de esta cita es una reproducción inexacta de un verso de Goethe.

157 Al parecer, esta figura oculta la personalidad de un viajante de comercio, Carl Dörner, quien, tras haber leído el relato de Heine, se dio a conocer como un travestido aprendiz de sastre que se habría hecho el encontradizo con Heine. Era y es costumbre alemana el que los aprendices de un oficio se busquen la vida en una *Wanderschaft* o peregrinación profesional en busca de trabajo y de experiencia profesional.

158 Moneda fraccionaria de escaso valor: calderilla. Hasta hace poco era la moneda fraccionaria del chelín austriaco.

159 Bastón de cerezo cornal. Era típico de la ciudad sálica de Ziegenhain.

160 Supone que, en su excavación, los mineros llegarían a unas supuestas antípodas donde se celebraría la fama del héroe francés de la independencia americana.

161 Fórmula de saludo de los mineros.

162 Este duque era el regente en Sajonia en representación del rey de Inglaterra.

163 La casa de Hannover había sido llamada al trono de Inglaterra a principios del siglo XVIII; de ahí que un duque de Cambridge visitara las minas del Harz.

164 Todavía hoy existe semejante posada en la localidad.

165 Se refiere a Fr. Boutervek, un filólogo alemán que, entre otras cosas, historió el teatro español.

166 Adalbert von Chamisso fue un autor romántico alemán cuya obra más importante es la que aquí menciona Heine: *La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, 1814, un relato de itinerancia de carácter mágico.

167 En el momento en que la visita Heine, Goslar había perdido mucho de su antiguo auge. Desde 1816 había perdido la categoría de «ciudad libre del

Imperio» o *Freireichstadt.*

168 Término para expresar un recinto amurallado o una zona preparada para animales.

169 Región de Holanda y denominación de la Indonesia holandesa.

170 Ciudad que había sido residencia de los emperadores salios.

171 Se trata de una montaña al sur de Goslar donde se encontraban numerosas minas.

172 Célebre publicación austriaca de la época de la Restauración (1814).

173 Librero alemán pionero de la emancipación de los judíos.

174 El título del mismo rezaba *Ansichten von der Zukunft des Christentums* (Opiniones sobre el futuro del Cristianismo).

175 Escritor y diplomático alemán. Casado con Rahel, fomentó el salón de esta, por el que pasó lo más granado de la sociedad y literatura alemanas de la época.

176 Se trata de Fr. A. Moritz Retzsch, autor de unas *Umrisse zu Goethes Faust*.

177 Un periódico publicado en Dresde de no mucha calidad literaria y que denota las «altas inclinaciones» literarias de las damas.

178 Obras juveniles de Heine, de poco éxito.

179 Heine juega con el doble sentido de la palabra *Pferdefuss*: condición incluida en un contrato y atributo del diablo. Quiere decir con ello que el que asciende al Blocksberg debe aceptar el verse imaginariamente acompañado por los ambientes del aquelarre que Goethe en su *Fausto* localizó en la cumbre de la montaña.

180 Casa del Brocken, una especie de refugio de montaña con servicios de hostelería.

181 El término filisteo en alemán tiene el sentido de burgués cultural.

182 Hace referencia al poeta alemán Mathias Claudius.

183 Localidades del Harz.

184 Se refiere a las cartas de Goethe sobre su viaje por Suiza.

185 En todo el pasaje que sigue hay veladas alusiones al *Werther* no siempre favorables.

186 La denominación alude a las funciones que ambas colinas tendrían en el aquelarre de la noche de Walpurgis.

187 Un profesor de la Universidad de Halle que habría fundado la *Allgemeine Literatur Zeitung*.

188 La alusión haría referencia a que las ventanas de dicho profesor habrían sido destruidas por los estudiantes de teología *(exegetisch)* de la Universidad de Halle.

189 Esas «dignidades de la cerveza» serían las supuestas naciones (= cervecerías) que las corporaciones estudiantiles de Halle habrían creado en los alrededores de la ciudad para reunirse.

190 Es difícil determinar el sentido del término *Purifikation*. Ninguno de los comentaristas consultados explica el término. Quizás se refiera al proceso de depuración a que fue sometida la nobleza alemana tras haberse comprobado la existencia de muchos falsos aristócratas *(Scheinadel).*

191 Local berlinés que mantenía un teatro de marionetas.

192 Gumpel, una figura de la que se burlará con frecuencia Heine a lo largo de sus «cuadros», especialmente en *Los baños de Lucca*, era en realidad un banquero que Heine había conocido entre los círculos de su tío Salomon Heine en Hamburgo.

193 Martin Lichtenstein, fundador y director del zoo berlinés.

194 Pieza de Kotzebue.

195 Bailarín de la ópera berlinesa.

196 Publicista alemán de la época.

197 Se trata de dos bailarinas berlinesas.

198 Célebre general prusiano que, junto a Wellington, derrotó a Napoleón en Waterloo. Como montura prefería los caballos blancos.

199 Bosques al norte de Osnabrück donde hubo un encuentro entre las legiones romanas de Varo y las tribus germanas dirigidas por Herminio el Querusco.

200 Canción del cancionero de Methfessel.

201 Albert Methfessel, coleccionista de poemas hamburgués, conocido de Heine.

202 Comienzo de una canción patriótica de Moritz Arndt.

203 Título de un drama de Adolf Müllner.

204 Un escarabajo que se utilizaba como potenciador de la competencia sexual.

205 Esta ciudad era la residencia de los duques de Mecklenburg.

206 Alusión a una canción suiza.

207 Todo este pasaje es una parodia de los poemas de Ossian.

208 La ley falcidia era una rigurosa ley romana.

209 La compilación más antigua del derecho romano.

210 Bülbül, palabra turca utilizada por Heine, se refiere al ruiseñor. En español, bulbul expresa una especie de pinzón.

211 Heine hace referencia al inventor inglés de un tipo de cohete. Las miradas de las muchachas son como cohetes incendiarios.

212 Palacio de Palermo célebre por sus excentricidades.

213 Novelista de la época de poca calidad.

214 Moneda fraccionaria de poco valor.

215 Ciudad próxima a Lübeck. Se supone patria de Till Eulenspiegel.

216 Referencia a un poema de Theodor Hell.

217 Esta guía de viaje de L. Ferdinand Niemann fue publicada precisamente en 1824, el año que Heine emprende el viaje por el Harz.

218 Profesor de historia de la Universidad de Gotinga, a quien, excepcionalmente, Heine respetaba.

219 En esta localidad había muchas fraguas, de ahí la alusión de Heine.

220 Zona próxima a Hamburgo.

221 Zona de alterne en Hamburgo, próxima al Alser.

VIAJE DE MÚNICH A GÉNOVA

Nunca contáis con que pueda existir un alma generosa, lo que hace que hoy fracase vuestra sabiduría.

(Abre su escritorio, toma dos pistolas, colocando una encima de la mesa mientras se dispone a cargar la otra.)

ROBERTS, *El poder de las circunstancias.*

CAPÍTULO I

SOY la persona más amable de este mundo. Me precio de no haber sido nunca grosero en esta tierra, donde tanto petimetre hay que se sienta a tu lado para contarte sus sufrimientos o incluso para declamarte sus versos. Con paciencia auténticamente cristiana he escuchado con ánimo sereno semejantes miserias sin dejar traslucir con gestos el aburrimiento que invadía mi alma. Como un brahmán penitente que entrega su cuerpo a las pulgas para que también estas criaturas de Dios puedan saciarse, a menudo he aguantado al más implacable de los insectos humanos durante días enteros escuchando con suma tranquilidad mientras mis suspiros interiores solo los escuchaba Aquel que sabe recompensar la virtud.

Pero también es verdad que una prudencia práctica nos impone ser corteses y no permanecer en un silencio ofensivo ni replicar malhumorados cuando un fofo consejero comercial o un seco vendedor de quesos se sienta junto a nosotros e inicia una conversación de carácter general sobre los europeos con las siguientes palabras: «Hoy hace un hermoso día, ¿verdad?». Nadie puede saber si no se encontrará de nuevo con semejante filisteo que quizás le haga pagar de manera vengativa el no haberle contestado con amabilidad: «En efecto, hoy hace un hermoso día». Puede incluso suceder, querido lector, que en Kassel te toque en la *table d'hote* junto a dicho filisteo, justo a su izquierda, y que precisamente sea él la persona que tiene delante la fuente con la carpa en salsa marrón y que con aire jovial la está repartiendo. Si conserva su antiguo rencor hacia ti, entonces hará pasar el plato siempre hacia la derecha, de tal manera que no te quede ni el más mínimo trozo de la cola de la carpa. Pues, por desgracia, tú haces precisamente el número trece de la mesa, lo cual es siempre arriesgado si uno está sentado a la izquierda junto al que trincha y los platos se distribuyen por la derecha. Y quedarse sin carpa es una gran desgracia: tras la pérdida de la escarapela nacional, quizás la mayor. El filisteo que te depara este disgusto, además se burla de ti y te ofrece la hoja de laurel que queda en la salsa marrón. Pero, ¡rayos! ¿De qué le

sirven a uno los laureles, cuando ya no hay carpa al lado? Y el filisteo, guiñando el ojo, sonreirá burlonamente mientras murmura: «Hoy hace un hermoso día, ¿verdad?».

Pero, por desgracia, puede suceder incluso que estés enterrado en el cementerio junto a ese filisteo y cuando oigas las trompetas del Juicio Final y digas a tu vecino: «Amigo mío, ¿sería usted tan amable de echarme una mano para que pueda levantarme, ya que se me ha dormido la pierna izquierda por este maldito y eterno estar tumbado?». Entonces notas de repente la ya bien conocida sonrisita del filisteo y escuchas su burlona voz: «Hace un hermoso día, ¿verdad?».

CAPÍTULO II[222]

—¡Qué bellísssimo[223] tiempo hace hoy!

Si hubieras escuchado, querido lector, el tono, el insuperable bajo falsete con el que fueron pronunciadas estas palabras y si hubieras visto al emisor de las mismas en persona, aquel archiprosaico rostro de encargado de una Caja de Viudas, con sus ojuelos archiescrutadores, su elevada e impertinente nariz, reconocerías que esta flor no había brotado en tierra normal y que aquellos acentos eran el idioma de Charlottenburg[224], donde se habla un berlinés mejor que en Berlín.

Soy la persona más correcta de este mundo, me gustan las carpas en salsa marrón y a veces creo en la resurrección de la carne, por lo que contesté: «En efecto, hace un tiempo estupendo».

Tan pronto ese hijo del Spree[225] se vio replicado de esta manera, la emprendió conmigo de manera harto grosera y ya no pude zafarme de las preguntas que se hacía y las respuestas que se daba él mismo y, sobre todo, de sus paralelos entre Berlín y Múnich, la nueva Atenas, en la que no dejó títere con cabeza. Yo por mi parte tomé bajo mi protección a la nueva Atenas, tal y como hago siempre con el lugar en el que me encuentro[226]. Que en esta ocasión esto sucediera a costa de Berlín, me lo perdonarás fácilmente, querido lector, si bajo cuerda te confieso que cosas semejantes suceden por motivos puramente políticos; pues sé que, tan pronto como comienzo a alabar a mis buenos berlineses, mi reputación entre ellos se acaba y se encogen de hombros diciendo entre dientes: «Este pobre hombre es tan superficial que incluso se atreve a alabarnos».

No hay ciudad que tenga menos sentido patriótico que Berlín. Son miles los

miserables escritores que han cantado ya a Berlín, tanto en prosa como en verso, y tras ello ningún gallo ha cacareado en Berlín y a ningún pollo se le ha cocinado por ello. En la Unter den Linden se les ha seguido considerando unos miserables poetas. Por el contrario, tampoco se ha tenido en cuenta cuando algún poetastro casi de pasada lanzaba rayos y truenos contra Berlín. Pero, ¡que alguien se atreva a escribir algo injurioso contra Polkwitz, Innsbruck, Schilda227, Posen, Krähwinkel228 y otras capitales! ¡Cómo se excitaría entonces el correspondiente patriotismo! El motivo de ello es el siguiente: Berlín no es una ciudad; más bien es el lugar donde se congrega una multitud de personas y entre ellas muchas personas de ingenio a los que el lugar les resulta indiferente. Estas constituyen el Berlín intelectual. El extranjero que pasa por allí solo ve casas dispuestas en hileras uniformes y largas y anchas calles que se han trazado a escuadra y mayormente según el buen criterio de cada cual y no dan noticia de la manera de pensar de la turbamulta que la habita. Solo unos pocos afortunados son capaces de adivinar la mentalidad privada de sus habitantes, cuando observan las largas hileras de casas que, como los hombres mismos, intentan mantenerse a distancia mirándose unos a otros con ira.

Solo en una ocasión, volviendo en una noche de luna, ya tarde, de Lutter y Wegener229, vi cómo aquella fuerte sensación se había disuelto en una suave melancolía, cómo las casas, que estaban tan enemistadas unas con otras, miraban cristianamente su ruinoso estado y querían echarse unas en los brazos de las otras en actitud reconciliadora de tal manera que yo, diminuto ser humano que caminaba por el medio de la calle, temía que me aplastaran. Muchos encontrarán este temor ridículo y también yo me reí de él cuando al día siguiente, ya con mirada más sobria, al pasar por las mismas calles, comprobé que las casas de nuevo se bostezaban mutuamente de manera prosaica. En verdad, son necesarias varias botellas de poesía si se quiere ver en Berlín algo más que casas muertas y... berlineses. Allí es difícil ver espíritus. La ciudad es tan reciente que contiene escasas antigüedades, y lo que tiene de nuevo es viejo, marchito y pasado de moda. Pues ella, como he dicho, en su mayor parte no ha surgido de la opinión de la masa, sino de la de unos cuantos.

Entre todos ellos destaca el gran Fritz230. Lo que él encontró eran exclusivamente sólidos fundamentos. Solo de él recibió la ciudad su auténtico carácter, y si desde su muerte no se hubiera construido nada más, seguiría siendo un monumento histórico al espíritu de aquel héroe prosaico y genial que había integrado en su interior una refinada carencia de gusto y una floreciente libertad de pensamiento, lo superficial y lo laborioso de su tiempo, de manera auténtica y honradamente alemana. Potsdam, por ejemplo, me parece uno de estos

monumentos: por sus desiertas calles paseamos como por entre las obras dejadas por el filósofo de Sanssouci231. Esta ciudad es una de sus *oeuvres posthumes* y, si bien ahora nos resulta una especie de maculatura en piedra, y a pesar de que contiene excentricidades suficientes, la observamos con el más serio interés y ocasionalmente tenemos que reprimir unas incontenibles ganas de reír, como si temiéramos de repente recibir un golpe en la espalda propinado con el bastón del viejo Fritz.

Sin embargo, semejante temor no nos asalta en Berlín; allí sentimos que el viejo Fritz y su bastón no ejercen ningún poder; pues por lo demás desde las viejas e ilustradas ventanas de la ciudad de la sana razón no nos miran perplejos tantos rostros enfermos de oscurantismo, y así muchos edificios estúpidos y crédulos no se habrían asentado en medio de viejas casas escépticamente filosóficas. No quiero que se me malinterprete y advierto expresamente que no me refiero en absoluto a la nueva iglesia de Werder232, esa catedral gótica en cánones rejuvenecidos, que solo por ironía se ha plantado entre los edificios modernos, para demostrar cuán estúpido y necio resultaría si se pretendieran erigir otra vez viejas y hace tiempo desaparecidas instituciones de la Edad Media233 entre las nuevas instituciones de un nuevo tiempo.

Lo arriba indicado solo se refiere a la apariencia externa de Berlín y si en este contexto se quisiera comparar con Múnich, se podría con razón afirmar que esta última ciudad constituiría la contrapartida absoluta de Berlín. Múnich es en efecto una ciudad construida por el pueblo mismo, más en concreto por generaciones sucesivas cuyo espíritu todavía es visible en sus construcciones, de tal manera que allí, como en la escena de las brujas de Macbeth, se ve una serie cronológica de espíritus, desde el rudo y oscuro espíritu de la Edad Media que con coraza sale de las góticas puertas de sus iglesias, hasta el ilustrado y diáfano espíritu de nuestro tiempo que nos propone un espejo en el que cada cual se mira con gusto. En esta sucesión estriba precisamente su carácter reconciliador; lo bárbaro ya no nos subleva y lo carente de gusto ya no nos ofende, si lo consideramos como principio y transición necesaria. Nos ponemos serios, pero no nos disgusta la vista de esa bárbara catedral que todavía, como si fuera un servil sacabotas, se eleva sobre la gran ciudad albergando las sombras y los espíritus de la Edad Media en su seno. Con mucho menor desaliento e incluso con una jocosa emoción observamos los palacios del período posterior, que nos parecen como redecillas de cabello, esas desgraciadas y pesadas imitaciones alemanas de la rebuscada carencia de naturalidad francesa, locamente retorcidas por fuera, y en el interior decoradas aún de manera más extravagante con coloristas y chillonas alegorías, arabescos dorados, estucos y todos esos cuadros en los que sus altezas,

los soberanos difuntos, se encuentran retratados: señores de rostros enrojecidos, sobrios o borrachos, de los que caen peluconas francesas como si fueran empolvadas melenas de león; las damas, con un tieso tupé, corsés de acero que atenazan su corazón y un terrible miriñaque que les concede las más prosaicas expansiones.

Como he dicho, esta vista no nos descompone y más bien contribuye a que sintamos la actualidad de una manera más auténtica y viva en su luminoso valor, y cuando observamos las nuevas obras que se yerguen junto a las antiguas, sentimos como si nos hubieran quitado una pesada peluca de la cabeza y el corazón se hubiera librado de sus cadenas. Me refiero aquí a los alegres templos del arte y a los nobles palacios, que en una plenitud valiente brotan del espíritu del gran maestro Klenze[234].

CAPÍTULO III

Pero que se llame a toda la ciudad la nueva Atenas resulta, dicho entre nosotros, algo ridículo y cuesta mucho esfuerzo cuando la tengo que defender en esta condición. De esto me convencí de la manera más profunda en una conversación con ese filisteo berlinés, quien, si bien había hablado ya un rato conmigo, fue lo suficientemente descortés como para echar de menos toda la sal ática de la nueva Atenas.

—Ehto[235] —gritó estentóreamente— solo exihte en Berlín. Solo allí hay ingenio e ironía. Aquí hay buena cerveza de trigo, pero en absoluto ironía.

—La ironía no la tenemos —exclamó Nannerl, la esbelta camarera que aprovechó para intervenir—, pero pueden pedir cualquier otra cerveza.

El que Nannerl considerase la ironía como una especie de cerveza y quizás la tomase por la mejor de las que se sirven en Stettin, me dio mucha lástima. Para que a continuación no se pudiera poner de nuevo en evidencia, empecé a pontificar de la siguiente manera:

—Bella Nannerl, la ironía no es una cerveza, sino un invento de los berlineses, la gente más lista del mundo, que se molestó mucho por haber llegado lo suficientemente tarde al mundo como para poder descubrir la pólvora y que por ello intentaron hacer un invento igualmente importante y que precisamente para los que no han inventado la pólvora es muy útil. Antes, hijita, cuando alguien cometía una estupidez, ¿qué se hacía? Lo sucedido se daba por no sucedido y la

gente decía que el tío era un borrico, lo cual no dejaba de resultar incómodo. En Berlín, donde está la gente más lista y donde se cometen las mayores estupideces, se sentía profundamente esa incomodidad. Por eso, como correctivo, el ministerio intentó establecer rígidas reglas: Solo podrían imprimirse las mayores estupideces, mientras que las menores únicamente se permitían en conversaciones236. Y semejante permiso se aplicaba solo a los profesores y altos funcionarios; gente más insignificante podía decirlas en voz alta solo en privado. Pero todas estas disposiciones no sirvieron para nada: las estupideces reprimidas aparecían con tanta mayor violencia en ocasiones extraordinarias. Incluso en secreto se protegían desde arriba: subían al público desde abajo, y la situación se había hecho amenazante cuando por fin se encontró un medio retroactivo a través del cual toda estupidez se podía dar por no sucedida o incluso se transformaba en sabiduría. Este medio es muy sencillo y consiste en declarar que esa estupidez se ha cometido o se ha pronunciado meramente por ironía. Así, querida niña, progresa todo en este mundo. La estupidez se hace ironía, y la adulación fracasada se convierte en sátira; la rudeza natural se convierte en parodia artificial, la locura real se convierte en humor, la ignorancia se convierte en ingenio brillante y al final tú te conviertes en la Aspasia237 de la nueva Atenas.

Habría dicho todavía más, pero la bella Nannerl a la que mientras tanto yo tenía agarrada por una punta del delantal, se zafó con fuerza al comprobar que de todas partes se le exigía a gritos: «¡Una cerveza! ¡Una cerveza!».

El berlinés, sin embargo, parecía la ironía personificada cuando notó con qué entusiasmo se recibían las enormes jarras rebosantes de espuma; y mientras señalaba a un grupo de bebedores de cerveza, que cordialmente disfrutaban del néctar del lúpulo y discutían sobre sus excelencias, dijo sonriendo:

—¿Y estos quieren de ser atenienses?238.

Las observaciones que el tipo lanzó con esta oportunidad me hirieron, pues mi amor por la nueva Atenas no es escaso y por ello intenté significar al petulante censor que solo desde hacía poco habíamos llegado a pensar en establecernos como una nueva Atenas; que solo éramos jóvenes principiantes y que ni nuestros grandes espíritus, ni siquiera nuestro público formado, estaban todavía dispuestos a dejarse ver de cerca. Todo estaba haciéndose y todavía no estábamos completos.

—Únicamente los mandos inferiores, querido amigo, —añadí— están ya ocupados y no se le habrá pasado por alto que, por ejemplo, no carecemos en absoluto de búhos, sicofantes239 y frines240. Únicamente nos falta el personal

superior y muchos deben desempeñar varios papeles a la vez. Por ejemplo, nuestro poeta cantor del tierno amor griego entre muchachos241 ha tenido que adoptar también la aristofánica rudeza, pero él puede hacer todo, tiene todo lo que corresponde a un poeta, menos la fantasía y el ingenio. Y si tuviera mucho dinero, sería un hombre rico. Lo que a nosotros nos falta en cantidad lo sustituimos con la calidad. Tenemos un único gran escultor, pero este es un «león»242. Solo tenemos un orador, pero estoy convencido de que ni Demóstenes en el Ática podría tronar tan bien contra el impuesto de la malta. Si nosotros todavía no habíamos envenenado a ningún Sócrates no era porque nos faltara veneno. Y si todavía no poseíamos un *demos* propiamente dicho, una multitud de demagogos, podíamos contar, sin embargo, con un fabuloso ejemplar de esta especie, con un demagogo de talla, que él solo es capaz de agitar a todo un *demos*, y vale por todo un montón de bocazas, charlatanes, gallinas y demás chusma... y aquí lo tiene usted.

No resisto la tentación de caracterizar de manera más exacta la figura que ahora se nos presentaba243. Paso por alto el que esta figura afirmase con razón que su cabeza tenía algo de humano y que con ello estuviera jurídicamente capacitada para presentarse como hombre. Yo más bien habría tomado esta cabeza por la de un mono. Y que conste que solo por cortesía puedo hacerla valer por la de un mono: Su tocado consistía en una gorra de paño de forma semejante a la del yelmo de Mambrino y los lacios cabellos caían a lo largo y por delante estaban peinados *à l'enfant*244. En la parte anterior de la cabeza, que se podría asemejar a un rostro, la diosa de la grosería había impreso su sello, tan fuertemente incluso que la nariz que en ella se encontraba estaba casi aplastada; los ojos entornados parecían buscar en vano la nariz y por eso parecían estar acongojados; una sonrisa maloliente jugaba alrededor de la boca, que era sobremanera atractiva, y gracias a una cierta y chocante semejanza podía entusiasmar a nuestros helenizantes poetastros e inspirarles los más tiernos gaceles. El vestido consistía en un ropaje antiguo-alemán, aunque un poco modificado según las más urgentes exigencias de la civilización neoeuropea, pero recordando todavía aquel corte que Herminio el Querusco245 llevó en el Bosque de Teutoburgo y cuyo uniforme ha sido conservado por los miembros de una sociedad patriótica de aprendices de sastre de manera tan secreta y tradicional como antiguamente el místico gremio de albañiles conservó la arquitectura gótica. Un simple paño descolorido, que contrastaba profundamente con el desnudo cuello antiguo-alemán, cubría la parte superior de esa famosa casaca, y de sus largas mangas colgaban unas no menos largas y sucias manos, entre las que se mostraba un cuerpo aburrido al que a su vez se soldaban dos piernas pequeñas: toda la figura era una lastimosa parodia del Apolo del Belvedere.

—¿Y ehte eh el demagogo de la nueva Atenah? —preguntó con sorna el berlinés—. ¡Santo sielo! ¿Y ehto eh un compatriota de mí? No doy crédito a mis ojos corporales: ehte e' el que... Bah, todo eh posible[246].

—Sí, berlineses cegatos —dije con cierta fogosidad—, vosotros ignoráis a vuestros genios naturales y lapidáis a vuestros profetas. Nosotros por el contrario sabemos utilizar todo.

—¿Y para qué necesitáis a ese moscón?

—Se puede utilizar para todo aquello en lo que se precise saltar, reptar; en lo que se precise valentía, un gran apetito, piedad, mucho elemento antiguo-alemán, poco latín y nada de griego. Es un hacha en el salto de barra, hace tablas de cualquier posible salto y catálogos de todas las posibles variaciones de los poemas antiguo-alto-alemanes. Además representa el amor patrio sin ser lo más mínimamente peligroso. Pues se sabe que se ha retirado a tiempo del gremio de los demagogos antiguo-alemanes, entre los cuales se vio inmerso por casualidad, cuando su causa fue peligrosa y, por consiguiente, no coincidía con los sentimientos cristianos de su delicado corazón. Pero cuando el peligro desapareció, y una vez que los mártires hubieran padecido por sus convicciones y casi todos se hubieran disuelto por sí mismos e incluso nuestros más fogosos barberos se hubieran despojado de sus levitas alemanas, fue entonces cuando comenzó auténticamente el apogeo de nuestros precavidos salvapatrias. Él solo ha seguido vistiendo el hábito de demagogo manteniendo las antiguas fórmulas: todavía alaba a Herminio el Querusco y a Frau Thusnelda[247], como si fuera un rubio nieto de ellos; sigue manteniendo todavía su odio germánico-patriótico contra esa Babilonia francesa, contra el descubrimiento del jabón, contra la gramática greco-pagana de Tiersch[248], contra Quintilio Varo[249], contra el guante y contra todos los hombres que tienen una nariz decente. Y así está él como un monumento semoviente de una época ya fenecida; también ha quedado como el último mohicano de una enérgica horda, él, el último demagogo. Ellos admiten, por consiguiente, que en la nueva Atenas, donde los demagogos brillan por su ausencia, podemos utilizar a este hombre que, al mismo tiempo, está tan domesticado que incluso lame cualquier escupidera y come de las manos avellanas, castañas, queso y salchichitas, en definitiva, todo lo que se le da. Y dado que es único en su especie, tenemos el especial privilegio de que más tarde, cuando casque, le podremos rellenar y conservarlo para la posteridad como al último ejemplar de demagogo con pelos y señales. Le ruego, sin embargo, que no se lo diga al profesor Lichtenstein[250] de Berlín, pues entonces le reclamaría para el museo zoológico de esta ciudad, lo que podría ser causa suficiente para una guerra entre Prusia y Baviera, dado que

nosotros en ningún momento lo soltaremos. Ya los ingleses han puesto sus ojos en él y han ofrecido por él dos mil setecientas setenta y siete guineas; y los austríacos le han querido cambiar por la jirafa, pero parece que nuestro ministerio ha respondido que el último demagogo no tiene precio para nosotros y que él será el orgullo de nuestros gabinetes de ciencias naturales y el ornato de nuestra ciudad.

El berlinés parecía escuchar distraído, pues más bellos objetos habían exigido su atención y finalmente volvió al discurso con las siguientes palabras:

—Permítame que humildemente le interrumpa, pero dígame: ¿qué tipo de perro es ese?

—Ese perro es de otra especie.

—Ah, usted no me entiende, me refería a ese enorme perro de pelo blanco sin cola.

—Mi estimado señor, ese es el perro del nuevo Alcibíades.

—Pero —anotó el berlinés— dígame dónde está el nuevo Alcibíades

—A fuer de honrado le diré —contesté— que ese puesto no está todavía ocupado y de momento solo tenemos el perro.

CAPÍTULO IV

El lugar en el que transcurría esta conversación se puede llamar Bogenhausen[251], Neuburghausen, Villa Hompesch, Jardines de Montgelas o Schlösschen[252]; incluso no se necesitaría ni siquiera nombrarlo, si se quiere ir allí desde Múnich, pues el cochero entenderá sin más un determinado y peculiar fruncir de cejas o una determinada y dichosa inclinación de cabeza o cualquier otro gesto indicativo. El árabe tiene miles de expresiones para su espada, el francés para el amor, el inglés para la horca, el alemán para la bebida y el neoateniese para los lugares donde bebe. La cerveza en dichos lugares es muy buena, incluso en Prytaneo[253], vulgo Bockkeller[254]. Tiene un gusto extraordinario, especialmente en la terraza escalonada donde se tienen los Alpes tiroleses ante los ojos. Con frecuencia durante el pasado invierno he estado sentado allí mientras observaba las montañas nevadas que, refulgentes a la luz del sol, parecían estar fundidas de pura plata. También entonces reinaba en mi alma el invierno, mis pensamientos y sentimientos estaban como atrapados por la nieve, todo en mí estaba seco y muerto y además a todo esto venían a juntarse la penosa situación política, el luto por una

niña muerta, un viejo resquemor y un catarro. Por si fuera poco, había bebido mucha cerveza, ya que me aseguraron que esta hacía más ligera la sangre. Sin embargo, ni la mejor *Weissbier* ática[255] daba resultado, ya que en Inglaterra[256] me había acostumbrado a la cerveza *Porter*[257].

Finalmente llegó el día en el que todo fue distinto. El sol salió de detrás de las nubes y empapó con sus rayos galácticos la tierra, vieja muchacha. Las montañas temblaban de placer y sus lágrimas níveas fluían con ímpetu, las capas de hielo rechinaron y se rompieron, la tierra abrió sus ojos azules y de su pecho brotaron las flores amorosas y los bosques rumorosos, verdes palacios de los ruiseñores; toda la naturaleza sonreía y esta sonrisa se llamaba primavera. Entonces comenzó también en mí la nueva primavera: nuevas flores brotaron del corazón y surgieron sentimientos primaverales como rosas, aunque también una nostalgia secreta, como si se tratara de jóvenes violetas. Y entre ellas, por supuesto, muchas ortigas inútiles. Sobre las tumbas de mis deseos de nuevo tendió la esperanza su jovial manto verde. También las melodías de la poesía vinieron de nuevo como aves migratorias que pasan el invierno en el cálido sur y buscan de nuevo el nido abandonado en el norte. Y el abandonado corazón nórdico sonó y floreció de nuevo como antiguamente, aunque no me preguntes cómo pasó todo esto. ¿Fue un sol moreno o un sol rubio[258] el que con sus besos de nuevo hizo despertar en mi corazón la primavera y las flores adormecidas y metió en él ruiseñores sonrientes? ¿Era la afín naturaleza que buscaba en mi corazón su eco y se reflejaba en él con su renovado esplendor primaveral? No lo sé, pero creo que fue en la terraza de Bogenhausen[259], frente a los Alpes tiroleses, donde tuvo lugar en mi corazón aquel nuevo encantamiento. Cuando estaba sentado sumido en mis pensamientos, a menudo me parecía como si viera un maravilloso rostro juvenil que sobre aquellas montañas estuviera escuchando. Y yo deseaba tener alas para acudir allí donde habitaba, a Italia. Me sentía a menudo rodeado de aromas de limoneros y naranjos, que desde las montañas ondeaban hacia mí para atraerme a Italia. En cierta ocasión, en un crepúsculo dorado y sobre la cumbre de una montaña alpina, llegué a ver en tamaño natural al joven dios de la primavera que, con la jovial frente coronada de flores y laureles, mirada sonriente y la boca abierta como si fuera una flor, me llamaba: «Te quiero, ven a mí, ven a Italia».

CAPÍTULO V

Es posible que por eso mi mirada vibrara con un toque de nostalgia cuando, desesperado por la imprevisible conversación con aquel filisteo, miré hacia las bellas montañas tirolesas y suspiré profundamente. El filisteo berlinés interpretó precisamente esta mirada y este suspiro como un nuevo hilo de conversación y me

acompañó en el suspiro:

—¡Ah, cómo me gustaría estar ahora en Constantinopla! Ver Constantinopla fue siempre el único deseo de mi vida y por desgracia ahora los rusos habrán entrado ya en Constantinopla260. ¿Conoce usted San Petersburgo?

Le contesté negativamente y le rogué que me contara algo al respecto. Pero resultó que no era él quien el verano anterior había estado allí, sino su señor cuñado, consejero judicial para más señas. Debía de ser una ciudad única. «¿Ha estado usted en Copenhague?». Dado que de igual manera respondí negativamente a esta pregunta y que estaba ansioso de que me explicara lo que era esta ciudad, sonrió pícaramente inclinando con complacencia su diminuta cabeza a derecha e izquierda y me aseguró por su honor que yo no podría hacerme una idea de lo que era si no había estado allí.

Esto —le contesté— no podrá tener lugar próximamente, pues en este momento tengo la intención de emprender otro viaje que he proyectado para esta primavera: quiero hacer un viaje a Italia.

Cuando el hombre escuchó esta palabra, se puso de pie de un saltó y giró tres veces sobre un pie mientras tarareaba: «tirilí, tirilá». Esto me supuso el último acicate. Mañana mismo salgo de viaje, decidí acto seguido. No quiero dilatarme más, quiero ver cuanto antes el país cuya sola mención sume repentinamente en éxtasis al más seco de los filisteos y es capaz de ponerlo a cantar como una codorniz. Todavía resonaba en mis oídos aquel «tirilí» mientras estaba haciendo la maleta, y mi hermano, Maximilian Heine261, que al día siguiente me acompañaba hasta el Tirol, no pudo comprender por qué en todo el camino no pronuncié ni una palabra inteligente y tarareaba constantemente.

CAPÍTULO VI262

Tirilí, tirilá... Estoy vivo, siento el dulce dolor de la existencia, experimento en mi interior todas las alegrías y tormentos del mundo, sufro por la salvación de todo el género humano y expío sus pecados, aunque también los disfruto263.

Y no solo simpatizo con los seres humanos: también con las plantas. Sus miles de verdes lenguas me relatan las más maravillosas historias, ellas saben que no estoy orgulloso de ser hombre y que con gusto hablo tanto con la más humilde de las florecillas campestres como con el más soberbio abeto. Sí, yo sé cómo se han creado esos abetos. Desde la profundidad del valle salen disparados hacia el cielo,

superan casi las más atrevidas cumbres... pero, ¿cuánto durará esa maravilla? ¿Quizás un par de míseros siglos para después, cansados por la edad, quebrarse y pudrirse en el suelo? Por la noche los búhos, silenciosos, salen de sus madrigueras rocosas para burlarse de ellos: «Mirad, abetos poderosos, creíais poder mediros con las montañas y ahora yacéis rotos por el suelo mientras las montañas se siguen irguiendo inconmovibles».

Un águila que, al acecho en su solitaria roca preferida, oiga semejante burla, tendrá que sentir compasión. Pensará entonces en su propio destino. Tampoco ella sabe desde qué altura será arrojada alguna vez. Pero las estrellas brillan serenas, los torrentes del bosque murmuran consoladores y su propia alma se agita orgullosa sobre todos esos míseros pensamientos que pronto olvidará. Tan pronto se alza el sol, se siente de nuevo como siempre y vuela hasta él; y cuando está en su cénit, le canta sus placeres y tormentos. Sus congéneres, los otros animales, especialmente los hombres, creen que el águila no puede cantar porque no saben que ella solo canta cuando está fuera del alcance de estos y que por puro orgullo no quiere ser oída nada más que por el sol. Y tienen razón: algunos de sus plumosos congéneres podrían tener la ocurrencia de recensar su canto. Yo mismo he experimentado cómo suenan tales críticas: la gallina[264] se pone sobre una pata y cacarea que el cantante no tiene sentimiento; el pavo goglotea que le falta auténtica gravedad; la paloma gorjea que no conoce el amor auténtico; el ganso grazna que no es científico; el gorrión trina que no tiene religión; el pardal canta que no es suficientemente productivo; cacatúas, urracas y lechuzos, todos graznan y gimen y ganguean. Solo el ruiseñor no concuerda con estas críticas. Sin preocuparse por el mundo entorno, solo piensa en la rosa roja y solo a ella va dirigido su canto y, nostálgico, vuela sobre la rosa y se lanza entusiasmado entre las amadas espinas y canta mientras sangra.

CAPÍTULO VII

Hay un águila en nuestra patria alemana cuyo canto astral suena tan poderoso que incluso es escuchado aquí abajo y hace que los ruiseñores cesen en sus trinos a pesar de sus melódicos dolores. Ese eres tú, Karl Immerman[265], y en ti he pensado a menudo en el país al que tú tan bellamente cantas. ¿Cómo podría atravesar el Tirol sin pensar en tu *Tragedia?*

Cierto es que he visto las cosas con otros colores, pero me maravilla el poeta que de la plenitud de su corazón crea lo que nunca ha visto con rasgos tan parecidos a la realidad. Lo que más me divierte es que en esta región se haya prohibido *La tragedia del Tirol*. Me acordé de las palabras que me escribió mi amigo

Moser cuando me avisó de que el segundo tomo de los *Cuadros de viajes* había sido prohibido: «El gobierno no habría tenido que prohibir el libro, pues habría sido leído de todas maneras».

En el *Goldener Adler*266 de Innsbruck, donde Andreas Hofer267 había pernoctado y donde cada rincón está plagado de sus retratos y recordatorios, pregunté a su patrón, el señor Niederkirchner, si me podía contar algunas cosas del Sandwirt268. El buen viejo me desbordó con su verbosidad y me confió con inteligentes movimientos de ojos que ahora la historia ya está impresa pero que seguía estando totalmente prohibida; y cuando me condujo a una sala oscura en la que guardaba sus reliquias de la guerra de Tirol, desenvolvió un sucio papel azul en el que apareció un ya gastado libro verde en el que yo reconocí para mi admiración el *Trauerspiel in Tirol* de Immerman. Yo le dije, no sin orgullo, sonrojado, que los había escrito mi amigo. El señor Niederkirchner quiso ahora saber tanto como fuera posible de aquel hombre y le dije que era un hombre próspero, de gran porte, muy honrado y muy hábil en cuestiones de escritura, de tal manera que muy pocos se le asemejaban. El señor Niederkirchner no podía creer que fuera un prusiano y exclamó con una sonrisa compasiva: «¡Qué ocurrencia tiene usted!». No se dejó convencer de que Immerman no fuera tirolés y de que no había participado en la guerra del Tirol: de lo contrario, ¿cómo iba a saber todo lo que sabe?

¡Extravagancias del pueblo que exige su historia no de la mano del historiador sino de la mano del poeta! No exige un fiel informe de los hechos desnudos, sino aquellos hechos diluidos de nuevo en la poesía originaria, de la que proceden. Esto lo saben los poetas y, no sin secreta alegría por el mal ajeno, modelan arbitrariamente los recuerdos de los pueblos, quizás para burla de los secos y orgullosos historiadores y de apergaminados archiveros de estado. No menos me divertí cuando en los tenderetes del último mercado anual vi colgada la historia de Belisario en unas imágenes de colores chillones, y no según el Procopio, sino fielmente según la tragedia de Schenk269. «Así se falsifica la historia», exclamó el erudito amigo que me acompañaba. «Ella no sabe de la venganza de una esposa ofendida, de aquel hijo prisionero, de aquella amorosa hija y de semejantes engendros del corazón moderno». ¿Es realmente esto una falta? ¿Se debe procesar a los poetas por falsificación? No, niego la acusación. Los poetas no falsifican la historia. Ellos reproducen fielmente el sentido de la misma, incluso a través de figuras y circunstancias inventadas. Hay pueblos a los que solo de esta manera se les transmite su historia. Por ejemplo, a los hindúes. En efecto, cantares como el *Mahabharata* reproducen el sentido de la historia hindú mucho más correctamente que lo que lo pueda hacer cualquier escritor de compendios con

todas sus fechas y cifras. En el mismo sentido quisiera afirmar que las novelas de Walter Scott reproducen a menudo el espíritu de la historia inglesa mucho más fielmente que Hume. Por lo menos Sartorius tiene razón cuando, en su epílogo a Spittler270, considera aquellas novelas entre las fuentes de la historia romana.

A los poetas les sucede lo que a los humanos cuando sueñan: en el sueño enmascaran aquel sentimiento interior que en su alma han provocado causas externas reales, y que en sus ensoñaciones transforman en motivos totalmente distintos que, sin embargo, resultan adecuados en la medida en que producen el mismo efecto. Por eso en la tragedia de Immermann muchas cosas externas están creadas de manera harto arbitraria, pero el héroe mismo, el punto medio de los sentimientos, está soñado idénticamente y si esta figura onírica parece ensoñada, también es conforme a la verdad. El barón Hormayr271, que al respecto puede ser el juez más competente, me aludió a ello cuando recientemente tuve el placer de hablar con él. La vida interior mística, la religiosidad crédula, lo épico del hombre lo ha expresado Immermann de manera muy correcta. Él nos presentó de manera fiel aquella fiel paloma que, con la espada desnuda en el pico, como el amor guerrero, estuvo cerniéndose tan valerosamente sobre las montañas tirolesas hasta que la bala de Mantua perforó su noble corazón.

Pero lo que a este poeta le colma de honor es la no menos fiel reproducción del enemigo, al que no ha convertido en un iracundo Gessler272 para de esta manera poder ensalzar tanto más a su héroe, Andreas Hofer. Así como este es una paloma con la espada, también el otro es un águila con el ramo de olivo.

CAPÍTULO VIII

En el interior de la posada del señor Niederkirchner de Innsbruck cuelgan en bella concordia cuadros de Andreas Hofer, Napoleón Bonaparte y Luis de Baviera273.

Innsbruck en sí misma es una ciudad peculiar, estúpida diría. Quizás en invierno, cuando las altas montañas están cubiertas de nieve y los aludes braman y por doquier el hielo se resquebraja y brilla con gran fulgor, pueda parecer algo más espiritual o agradable.

Encontré las cumbres de aquellas montañas envueltas en unas nubes que parecían turbantes de color gris. Allí pude apreciar la Martinswand274, donde se localiza el escenario de la más hermosa saga del amable emperador, tal y como se conoce generalmente, y resuena en el Tirol el recuerdo del caballeresco emperador

Maximiliano275.

La *Hofkirche* o Iglesia de la Corte alberga las frecuentemente comentadas estatuas de los príncipes y princesas de la casa de Austria y sus ancestros276, entre los cuales se cuentan algunos que ciertamente hasta el día de hoy nadie sabe cómo han recibido ese honor. Se hallan, fundidas en hierro y en imponente tamaño natural, en torno a la sepultura de Maximiliano. Dado que la iglesia es pequeña y el tejado bajo, a uno le da la sensación de estar viendo negras figuras de cera en una barraca de feria. En el zócalo de las mismas se lee también el nombre de las altas personalidades que representan. Cuando estaba observando aquellas estatuas, entraron unos ingleses en la iglesia: un hombre delgado de cara amplia, con los pulgares colgados en las aberturas para los brazos de su blanco chaleco, y en la boca una *Guide des voyageurs* encuadernada en cuero; detrás de él apareció su compañera, no muy joven y ya un poco ajada, pero que seguía teniendo un cierto encanto femenino; detrás de ella aparecía la cara roja de un sirviente porteador que, estirado y con bocamangas con puñetas blancas, parecía como si le hubieran embutido en una mal llamada levita mientras sus secas manos estaban cargadas totalmente con los guantes, las flores alpinas y el carlino de *Mylady*.

El trío se dirigió en línea recta hacia el extremo anterior de la iglesia, donde ese hijo de Albión se puso a explicar las estatuas a su mujer, a saber, según la *Guide des voyageurs* en la que se podía leer exhaustivamente: «La primera estatua es la del rey Clodoveo de Francia, la segunda la del rey Arturo de Inglaterra, la tercera la de Rodolfo de Habsburgo, etc.». Pero dado que el pobre inglés había empezado la serie desde arriba en vez de desde abajo, tal y como suponía la *Guide des voyageurs*, cayó en unos errores que resultaron extremadamente chocantes cuando llegó a la estatua de una mujer y no comprendió por qué Rodolfo de Habsburgo estaba representado en traje de mujer, mientras que la reina María enfundaba unos calzones de hierro y una larguísima barba. Yo, siempre dispuesto a ayudar con mis conocimientos, advertí ocasionalmente que quizás lo hubiera exigido la manera de vestirse de entonces; o que quizás aquellas altas personalidades habrían dispuesto que les fundieran de esta guisa y no de otra. Igualmente, el Káiser actual podría tener la ocurrencia de hacerse fundir en miriñaque o incluso en pañales... ¿quién iba a tener algo que objetar?».

El carlino ladró de manera crítica, el lacayo miró embobado, su amo se limpió la nariz y *Mylady* exclamó: «*A fine exhibition, very fine indeed*».

CAPÍTULO IX

Brixen es la segunda mayor ciudad de Tirol en la que hice parada y fonda. Está situada en un valle y cuando llegué estaba envuelta en los vapores y las sombras de la tarde: un silencio crepuscular, un melancólico repicar de campanas, ovejas trotando hacia los establos y personas hacia las iglesias y, por doquier, olor a horribles estatuas de santos y a heno seco.

«Los jesuitas están asentados en Brixen»277 había leído poco antes en el *Hesperus*278. En todas las calles estuve buscándolos pero no vi a nadie que se pareciera a un jesuita, a no ser un tipo gordinflón con gorro clericalmente triangular y con vieja y raída levita negra de corte eclesiástico con la que contrastaban de manera chocante unos nuevos pantalones negros.

«Eso tampoco puede ser un jesuita», me dije finalmente, «pues siempre me he imaginado a los jesuitas algo delgados». Pero, ¿es que realmente existen jesuitas auténticos? Muchas veces me parece como si su existencia fuera solo una quimera, como si el miedo a ellos estuviera trasgueando todavía en nuestras cabezas, después de que ya hace tiempo que el peligro ha pasado y todo el celo contra los jesuitas me hace recordar a esa gente que, aunque haga tiempo que ha dejado de llover, sigue caminando con el paraguas abierto. Sí, me parece a veces que el diablo, la nobleza y los jesuitas existen solo en la medida en que se cree en ellos. Del diablo lo podríamos afirmar sin duda, aunque solo los creyentes lo han visto hasta ahora. También con relación a la nobleza en poco tiempo tendremos la prueba de que la *bonne société* dejará de ser la *bonne société*, tan pronto como el buen ciudadano deje de tener la bondad de considerarla la *bonne société*. Pero, ¿y los jesuitas? Por lo menos han dejado de ponerse los antiguos pantalones. Los viejos jesuitas están en la tumba con sus viejos pantalones, codicias, planes mundiales, distingos, reservas mentales y venenos y lo que ahora vemos circular por el mundo en nuevos y vistosos pantalones no es tanto su espíritu cuanto más bien su fantasma, un fantasma estúpido y tonto que diariamente a través de la palabra y la obra intenta convencernos de lo poco fecundo que es y en verdad nos recuerda la historia de un fantasma en el bosque de Turingia del que antaño la gente, por más que lo temiera, se liberó separando, a los ojos de todos, su cráneo de los hombros y mostrando a cada uno que en el interior estaba totalmente vacío.

No puedo por menos de referir a posteriori que encontré la oportunidad de observar más detenidamente a aquel tipo gordo de pantalones vistosamente nuevos para convencerme de que no era jesuita, sino un corriente animal divino. Lo encontré en efecto en compañía de un hombre alto y delgado al que llamaba excelencia en la sala de la posada donde cené por la noche, y tan parecido a ese viejo y solterón *junker*279 que Shakespeare nos ha descrito, que creí que la

naturaleza hubiera cometido un plagio. Ambos aliñaban su comida importunando a la criada con caricias que parecían repugnar no poco a la amable y preciosa muchacha, de tal manera que ella se libraba con energía cuando uno de ellos le daba una palmada en el trasero o el otro intentaba abrazarla. Con ello provocaba las más rudas groserías que la muchacha, como ellos sabían, no podía por menos de escuchar, dado que tenía que permanecer en el cuarto para atender a los huéspedes y para cubrirme la mesa. Cuando la enojosa situación se hizo insostenible, la joven dejó todo tal como estaba, se dirigió presurosa a la puerta y salió. Pocos minutos después volvió a la sala con un niño que mantuvo todo el tiempo en los brazos mientras ella atendía sus tareas en el cuarto de huéspedes, si bien las circunstancias se lo dificultaban considerablemente. Por su parte, los dos colegas, el clérigo y el aristócrata, ya no se atrevieron a seguir con sus molestias a la muchacha, que ahora sin descortesía, aunque con rara seriedad, los siguió sirviendo. La conversación tomó otro giro. En ese momento ambos se pusieron a platicar sobre los temas normales: acerca de la conjura contra el trono y el altar y ambos estuvieron de acuerdo sobre la necesidad de tomar medidas más rígidas y se estrecharon varias veces las santas manos de la alianza.

CAPÍTULO X

Para estar informado sobre la historia del Tirol son imprescindibles las obras de Joseph von Hormayr: para la historia reciente constituyen la mejor y a menudo única fuente. Es para el Tirol lo que Johannes von Müller es para Suiza. El paralelismo entre ambos historiadores es evidente: ambos son vecinos de pared, ambos en su juventud estuvieron entusiasmados por sus Alpes, ambos son laboriosos y, con sentido de la investigación, poseen la misma modalidad de pensamiento histórico y la misma orientación sentimental. Joseph von Müller, con mayor sentido épico y alimentando el espíritu en el pasado; Joseph von Hormayr, con un sentimiento más impetuoso, mas arrebatado por la actualidad y arriesgando la vida de manera altruista por aquello que le es querido.

La obra de Bartholdy *Krieg der Tiroler Landleute im Jahr 1809*280 es un libro ingenioso y bellamente escrito y si hay defectos en él, estos han surgido necesariamente porque el autor, como es propio de espíritus nobles, albergaba una visible simpatía por la parte oprimida y porque todavía el humo de la pólvora envolvía los acontecimientos cuando él la escribió.

Muchos acontecimientos notables de aquel tiempo todavía no han sido puestos por escrito y viven solo en la memoria del pueblo, que ya no habla de ellos, dado que con ellos emerge el recuerdo de muchas esperanzas. Los pobres

tiroleses han tenido que pasar por todo tipo de vicisitudes y cuando ahora se les pregunta si ellos, como recompensa a su fidelidad, han recibido lo que en un estado de emergencia se les prometió, se encogen benévolamente de hombros y contestan de manera ingenua: «Lo prometido no era en serio y el emperador tiene muchas cosas en las que pensar, son muchas las cosas que le pasaban por la cabeza».

Consolaos, pobres diablos. No sois los únicos a los que se les prometió algo. Sucede a menudo en los grandes barcos de esclavos que en las terribles tormentas y cuando el barco está a punto de hundirse, se busca la ayuda de los negros que están hacinados en las oscuras bodegas del barco. Se les rompen las cadenas de hierro y se les promete por todo lo más sagrado concederles la libertad, si el barco se salva gracias a su ayuda. Entonces, los tontos negros suben a cubierta y gritan jubilosos: ¡Hurra! Se apresuran a las bombas de agua, bregan con todas sus fuerzas, ayudan donde tienen que ayudar, escalan, saltan, capan los mástiles, retuercen las maromas, en resumidas cuentas trabajan hasta que el peligro ha pasado. Como es natural, únicamente entonces se los conduce de nuevo a las bodegas del barco, se los ata de nuevo y en su lóbrega miseria hacen consideraciones demagógicas sobre promesas de vendedores de almas cuya única preocupación, una vez superado el peligro, se orienta a poder cambiar todavía unas cuantas almas más.

O navis, referent in mare te novi Fluctus? 281.

Cuando mi antiguo profesor explicaba esta oda de Horacio en la que se compara el estado con una nave, se le ocurría toda clase de consideraciones, que, sin embargo, pronto eliminó cuando tuvo lugar la batalla de Leipzig, y toda la clase se dividió.

Mi viejo profesor lo había previsto todo. Cuando recibimos la primera noticia de esta batalla, meneó su canosa cabeza. Ahora sé lo que significaba este movimiento de cabeza. Pronto llegaron informes más exactos y secretamente nos enseñábamos imágenes donde con detalle y de manera edificante se reproducía cómo los altos mariscales se arrodillaban en el campo de batalla y daban gracias a Dios.

«Sí, ya pueden dar gracias a Dios», decía mi profesor riéndose como solía hacerlo cuando explicaba a Salustio. «El emperador Napoleón les ha dado tantas veces que al final han aprendido de él».

Entonces llegaron los aliados y los malos poemas de la liberación, Herminio y Thusnelda (¡hurra!), y las asociaciones de damas y las glandes patrióticas y la eterna palabrería con la batalla de Leipzig y más y más batalla de Leipzig que no parecía tener fin.

«A esta gente», anotaba mi profesor, «les pasa como a los tebanos cuando finalmente en Leuktra derrotaron a los invencibles espartanos: en sus conversaciones hablaban constantemente de esta batalla hasta tal punto que Antístenes dijo de ellos: "Hacen como los muchachos que de alegría no quieren seguir estudiando cuando alguna vez han pegado a su maestro". Queridos muchachos, sería mejor que hubiéramos recibido nosotros la paliza».

Poco tiempo después murió el viejo: en su tumba crece hierba prusiana y sobre ella pacen los nobles corceles de nuestros nuevos caballeros.

CAPÍTULO XI

Los tiroleses son guapos, alegres, honrados, valientes y de una insondable limitación de espíritu. Son una sana raza de hombres, quizá porque son demasiado estúpidos como para poder estar enfermos. También podría llamarlos una raza noble, pues en su alimentación son muy selectivos y en sus hábitos se manifiestan muy puros, solo que les falta totalmente el sentimiento de la dignidad, de la personalidad. El tirolés manifiesta una especie de servilismo sonriente y humorístico que con un tinte irónico, tiene, sin embargo, intenciones básicamente honradas. Las mujeres en el Tirol te saludan con amistosa atención; los hombres te estrechan la mano con tanta energía, mientras te hacen gestos de la máxima cordialidad, que casi llegas a creer que te tratan como si fueras un pariente próximo o, por lo menos, uno más de ellos. Pero nada más lejos de la realidad, pues ni por un momento pierden de vista que ellos son gente del pueblo y que tú eres un caballero elegante que ve con agrado cuando la gente baja se le acerca sin estupidez. Y en ello manifiestan siempre un exacto instinto natural: en efecto, los rígidos aristócratas se quedan tan satisfechos cuando encuentran ocasión para condescender, pues de esta manera pueden sentir la alta situación en la que se encuentran. En su propio país, los tiroleses ejercen ese servilismo gratis y en el extranjero intentan lucrarse con él, haciendo honor a su personalidad, a su nacionalidad. Estos pintorescos vendedores de mantas, estos vivos muchachotes tiroleses, a los que vemos deambular enfundados en sus trajes nacionales, permiten que se les tome el pelo a cambio de que les compres algo. Los célebres hermanos Rainer que han estado en Inglaterra han sabido hacerlo, pues tenían un buen consejero que conocía perfectamente el espíritu de la nobleza inglesa. De ahí

su favorable acogida en el *foyer* de la aristocracia europea, en el *west end of the town*. Cuando el verano pasado, en las brillantes salas de concierto de los *fashionable* londinenses, escuché a estos cantores tiroleses, vestidos con sus trajes típicos, cantar desde el estrado esas canciones que en los Alpes tiroleses se gorjean de manera tan *naif* y piadosa y que incluso en nuestro corazón nortealemán suenan tan simpáticas... algo se me torció en el alma convirtiéndose en amargo desagrado. La benévola sonrisa de los elegantes labios me mordía como una culebra: era como si viera la pureza de la expresión alemana manchada de la manera más vil, y los misterios más dulces de la vida espiritual alemana profanados por el populacho extranjero. No pude aplaudir ante el desvergonzado trapicheo con lo más sagrado, y un suizo, que sintiendo lo mismo que yo abandonaba la sala, observó muy correctamente: «Nosotros lo suizos también damos por dinero muchas cosas, nuestros mejores quesos y nuestra mejor sangre, pero no permitimos que el cuerno alpino suene en el extranjero y mucho menos por dinero».

CAPÍTULO XII

El Tirol es muy bonito, pero los más bellos paisajes nos dejan indiferentes si el tiempo es malo y el ambiente interior no acompaña. En mi caso, este último era consecuencia del primero y, dado que fuera llovía, también en mi interior hacía mal tiempo. Únicamente de vez en cuando podía sacar la cabeza de la diligencia y mirar las montañas que llegaban hasta el cielo y que, graves, me devolvían la mirada deseándome con sus enormes cabezas y luengas barbas neblinosas un feliz viaje. Aquí y allí, en la lejanía, advertía una montañita azulada que parecía ponerse de puntillas para mirar a las otras montañas con curiosidad por encima de los hombros, probablemente para verme a mí. A todo esto, los arroyos del bosque rugían por doquier y se precipitaban como locos desde las alturas congregándose en los lóbregos remolinos del valle.

Se veía a los humanos en sus bellas y preciosas casitas dispersas por las faldas de las montañas, en las más abruptas pendientes y hasta en los picos de las montañas. Normalmente tienen una galería alargada que sirve de balcón y que a su vez está adornada con la colada, imágenes de santos, tiestos de flores y en la que asoman rostros de muchachas. Estas casas están también bellamente pintadas, mayormente en blanco y verde, como si llevaran también el traje regional tirolés, tirantes verdes sobre la camisa blanca. Al ver semejantes casitas en la solitaria lluvia, surgía en mi alma el deseo de bajarme y acercarme a las personas que seguramente estaban allí en el interior, a buen seguro secas y calentitas. Ahí dentro, pensaba, se debe vivir realmente de manera tranquila e íntima, y la vieja abuela estará contando seguramente las más misteriosas consejas. Mientras la

diligencia seguía avanzando inexorablemente, miraba yo todavía hacia atrás para ver ascender las azuladas columnas de humo de las pequeñas chimeneas. Cada vez llovía más fuerte tanto fuera como dentro de mí, de tal manera que casi me salieron las gotas por los ojos.

En ocasiones se elevaba también mi corazón y, a pesar del mal tiempo, se acercaba a la gente que habitaba arriba en las montañas y que quizás bajaban solo una vez en la vida y pocos de ellos experimentaban lo que aquí abajo sucede. No por eso dejan de ser menos píos y felices. De política no saben nada más que tienen sobre ellos un emperador que lleva una casaca blanca y pantalones rojos, tal y como el viejo tío les cuenta: él mismo lo ha oído en Innsbruck del moreno Sepperl, quien a su vez ha estado en Viena. Cuando antaño los salvapatrias se llegaron hasta sus alturas y les propusieron elocuentemente que en adelante tendrían un soberano que llevaría pantalón blanco y casaca azul, entonces echaron mano de sus espingardas y, besando a la mujer y al niño, descendieron de las montañas y se dejaron matar por la blanca casaca y los amados y viejos pantalones rojos282.

En el fondo resulta indiferente por qué se muere, con tal de que se muera por algo digno y así una muerte ardorosa y fiel es mejor que una muerte fría e infiel. Ya solo las canciones de una muerte semejante, las bellas rimas y las luminosas palabras calientan nuestro corazón, cuando húmedos aires nebulosos e impertinentes preocupaciones pretenden perturbarlo.

Muchas de tales canciones sonaban en mi corazón cuando atravesaba las montañas de Tirol. Los familiares bosques de abetos me susurraban tantas palabras de amor que la memoria había olvidado... Especialmente cuando los grandes y azules lagos de la montaña me miraban tan insondablemente nostálgicos, pensé de nuevo en los dos niños del país que tanto se amaban y que juntos murieron. Es una historia ya antigua que tampoco ahora nadie cree y que yo mismo solo conozco de algunas rimas de canciones:

Hijos de reyes eran

Y mucho los dos se amaban

Y no podían estar juntos

Pues la corriente los separaba283.

Estas palabras resonaron de nuevo espontáneamente en mis oídos cuando, en uno de aquellos lagos, vi en la orilla de allá un muchachito y, de esta parte, una

niña, que, vestidos los dos con el bello traje popular y tocados con un gorrito verde de cintas en la cabeza, resultaban realmente llamativos y se saludaban de una a otra parte.

Y no podían estar juntos

Pues la corriente los separaba.

CAPÍTULO XIII

Cuando llegamos al Tirol del Sur[284] despejó el tiempo. El sol de Italia nos hacía sentir ya su cercanía y las montañas se hicieron más cálidas y luminosas: ahora que podía asomar con mayor frecuencia la cabeza fuera de la diligencia, podía percibir cómo las viñas las escalaban. Y cuando asomaba la cabeza fuera del coche, también se asomaba mi corazón y, con el corazón, todo su amor, su nostalgia y su necedad. A menudo me sucedía que cuando mi pobre corazón se asomaba para alcanzar los rosales que florecían junto al camino, se sentía destrozado por sus espinas. Y las rosas del Tirol no son feas.

Cuando atravesamos Steinach[285] y observé el mercado, donde Immermann sitúa al *Sandwirt* Hofer en compañía de sus correligionarios, comprobé que el mercado sería demasiado pequeño para una reunión de insurgentes pero suficientemente grande como para poder enamorarse en él. Había allí un par de blancas casas y, desde una pequeña ventana, la pequeña posadera del mercado apuntaba y disparaba sus grandes ojos. Si el coche no hubiera rodado rápidamente y ella hubiera tenido tiempo para cargar otra vez, me habría matado. Exclamé: «Arre, cochero, que con la bella Elsy no se pueden gastar bromas, pues te pone la cabeza patas arriba».

Como viajero cabal debo añadir también que la señora posadera de Stirzing es una señora mayor que, sin embargo, tiene dos jóvenes hijitas que a uno, cuando ha bajado del coche, le calientan el corazón con sus miradas de manera caritativa. Pero no te puedo olvidar a ti, la más bella de todas[286], a ti, la más bella tejedora en las marcas italianas. ¡Ay! Si como Ariadna a Teseo me hubieras dado el hilo de tu rueca para conducirme a través del laberinto de esta vida, ahora el Minotauro ya estaría derrotado y yo te estaría besando y amando y no te dejaría nunca.

Es buen augurio que las mujeres sonrían, dice un escritor chino. Y un escritor alemán ha tenido la misma ocurrencia cuando en el Tirol del Sur, allí donde comienza Italia, pasando a lo largo de una montaña a cuyos pies y sobre un

dique de piedra no muy alto, vio una de aquellas casas que con su familiar galería y sus ingenuas pinturas nos resultan tan simpáticas. En la otra parte había un gran crucifijo de madera que servía de sostén a una parra joven de tal forma que parecía como si, de manera horriblemente alegre, la vida rodeara a la muerte y la cepa jugosamente verde se agarrara al cuerpo ensangrentado y a los brazos y piernas crucificados del Salvador. A la otra parte de la casita había un palomar redondo cuya alada población revoloteaba de una parte a otra. Una paloma blanca especialmente elegante estaba posada en el bonito tejadito picudo que, como el piadoso remate pétreo de un nicho de santos, destacaba por encima la cabeza de la bella tejedora, la cual, sentada en la pequeña galería, hilaba no a la manera alemana, sino según esa antiquísima manera en la que el huso henchido de lino se mantiene bajo el brazo y las hebras corren en la rueca que cuelga libremente. Así hilaron las hijas de los reyes en Grecia y así hilan todavía ahora las parcas y todas las italianas. Mientras ella hilaba y sonreía inmóvil, la paloma estaba posada inmóvil por encima de su cabeza y detrás y sobre la casa misma sobresalían las altas montañas, cuyas cumbres nevadas iluminaba el sol de tal manera que parecían como una grave guardia de gigantes con brillantes yelmos en la cabeza.

Ella seguía hilando y sonriendo y creo que también tejió mi corazón mientras el coche pasaba un poco más lentamente por delante a causa de la corriente del Eisach, que fluía a la otra parte del camino. No pude apartar en todo el día sus bellos rasgos de mi memoria: por doquier veía aquel rostro benévolo que parecía haber sido cincelado por un escultor griego teniendo como modelo el aroma de una rosa blanca, con el hálito de la ternura, tan noble y feliz como el que quizás de joven lo había soñado en una noche florida de primavera. Por supuesto que sus ojos no los habría podido soñar, y menos concebir, un griego. Yo, sin embargo, los había visto y pude concebir aquellas románticas estrellas que iluminaban tan mágicamente el antiguo señorío. Todo el día vi esos ojos y con ellos soñé la noche siguiente. Ella seguía allí sentada y sonreía, las palomas revoloteaban de aquí para allá como ángeles del amor; también la paloma blanca movía místicamente las alas sobre su cabeza; detrás de ella seguían elevándose las poderosas y acogedoras montañas y cada vez con más ímpetu y fuerza se enzarzaban los tímidos y presurosos pámpanos a la imagen de madera del Crucificado, que, retorciéndose dolorosamente, abría sus dolientes ojos mientras de sus llagas manaba la sangre. Ella, sin embargo, hilaba y sonreía y, en los hilos de su huso, como si de un huso danzante se tratara, pendía mi propio corazón.

CAPÍTULO XIV

A medida que el sol brillaba cada vez más espléndido y señorial en el cielo y

vestía las montañas y los castillos con velos dorados, mi corazón se iba calentando y resplandecía cada vez más. Mi pecho se sentía henchido de las flores que brotaban y crecían sobre mi cabeza y a través de las propias flores del corazón de nuevo sonreía celestialmente la bella hilandera. Sumido en tales sueños, es más, yo mismo un sueño, llegué a Italia y, dado que durante el viaje había olvidado que estaba en camino hacia ella, casi me asusté cuando de repente vi los grandes ojos italianos que me miraban y la abigarrada vida italiana, vigorosa, cálida y bulliciosa, se me echaba encima.

Esto, en efecto, me sucedió en la ciudad de Trento, a la que llegué un bello domingo por la tarde, en el momento en el que el calor baja y los italianos se levantan y van a pasearse por las calles. Esta ciudad, vetusta y quebrada, está situada, en un amplio círculo de verdes y florecientes montañas que, como dioses eternamente jóvenes, miran allá abajo el caduco ajetreo humano. Quebrado y caduco también está a un lado el altivo castillo que antaño dominaba la ciudad, una construcción fabulosa de tiempos fabulosos, con picos, barbacana, almenas y con una torre ancha y redonda que solo habitan búhos e inválidos austriacos. También la ciudad misma está construida de manera un tanto fabulosa y mágica, y a primera vista a uno le vienen a la mente esas antiquísimas casas con frescos desvaídos, con sus imágenes de santos mutiladas, con sus torrecillas, miradores, ventanas enrejadas y esos gabletes salientes dispuestos a manera de tribuna sobre grises pilares, tan debilitados por la edad que incluso ellos mismos necesitarían un apoyo. Semejante vista sería demasiado nostálgica si la naturaleza no refrescara estas piedras muertas con nueva vida; si dulces cepas no se enroscaran íntima y cariñosamente en aquellos quebradizos pilares como la juventud en la vejez y si unos rostros de muchachas todavía más dulces no miraran desde aquellas tristes ventanas en arco y sonrieran al alemán extranjero, que, como un soñador sonámbulo, deambula en medio de ruinas cubiertas de verde.

Realmente me encontraba como en un sueño en el que se quiere reflexionar sobre algo que precisamente se ha soñado. Observaba alternativamente las casas y las personas y casi llegué a pensar que estas casas las habría visto antiguamente en mejores tiempos, cuando sus bellas pinturas todavía brillaban espléndidas en sus colores, cuando los dorados adornos en los frisos de las ventanas todavía no estaban tan ennegrecidos y cuando la Madonna de mármol con el niño en brazos tenía todavía su maravillosa cabeza que la época iconoclasta había roto de manera plebeya. También los rostros de las mujeres mayores me resultaban tan conocidos que me parecía como si hubieran sido cortados de esos antiguos cuadros italianos que había visto en la galería de Düsseldorf cuando era muchacho. Igualmente, los ancianos que había olvidado hacía tanto tiempo, me resultaban ahora viejos

conocidos y me miraban con ojos graves, como desde la profundidad de un milenio. Incluso las traviesas muchachas tenían algo de fenecido hacía miles de años y, sin embargo, algo de nuevo vivificado y florido, de tal manera que casi me asaltaba una especie de terror, un dulce terror como el que antaño sentí cuando en la medianoche solitaria apreté los labios de María, una mujer maravillosa que entonces no tenía ninguna falta si no la de estar muerta. Entonces tuve que reírme de mí mismo y me pareció como si toda la ciudad no fuera otra cosa más que un bello relato que hubiera leído, que incluso yo hubiera compuesto y ahora estuviera conjurado en mi propio poema y me espantara ante las formas de mi propia creación. Quizás, pensaba, en realidad todo esto solo sea un sueño. Con gusto habría dado un tálero por una única bofetada; solo para experimentar si yo estaba despierto o durmiendo.

Poco faltó para que obtuviera este artículo mucho más barato cuando en el rincón del mercado tropecé con una gorda frutera. Ella se contentó con darme una bofetada real en la oreja y gracias a ello gané el convencimiento de que me encontraba en la más real de las realidades, en medio de la plaza del mercado de Trento, junto a la gran fuente de cuyos tritones y delfines de cobre brotaban refrescantes aguas de una claridad plateada. A la izquierda había un palacio viejo, cuyas paredes estaban pintadas con figuras abigarradamente alegóricas y en cuya terraza soldados austriacos en uniforme gris se entrenaban para el heroísmo. A la derecha había una caprichosa casita gótico-lombarda en cuyo interior una voz de muchacha dulce y temblorosa trinaba tan traviesa y alegremente que los muros desconchados temblaban, no sé si de placer o decrepitud, mientras desde la ventana ojival de arriba miraba al exterior una cabellera negra y laberínticamente rizada de estilo teatral, debajo de la cual había una cara marcada y delgada que solo se había pintado en la mejilla izquierda y, por consiguiente, parecía como un pastel de ciruelas que solo se hubiera cocido por una parte. Delante de mí, sin embargo, estaba la antiquísima catedral, no muy grande, como un viejo alegre, bien entrado en años pero confiado y atrayente.

CAPÍTULO XV

Cuando corrí la cortina de seda verde que cubre la entrada de la catedral y entré en la casa del Señor me sentí agradablemente reconfortado en cuerpo y alma gracias al delicioso ambiente que allí imperaba y a la suave luz mágica que penetraba de las vidrieras policromadas sobre la comunidad orante. Mayormente eran mujeres, arrodilladas en largas filas sobre bajos reclinatorios. Oraban solamente con ligeros movimientos de labios y se abanicaban constantemente con grandes abanicos verdes, de tal manera que solo se oía un incesante y misterioso

bisbiseo y solo se veían los golpes de abanico y los velos ondulantes. El paso sonoro de mis botas molestó su recogimiento y grandes ojos católicos me miraron, medio curiosos, medio benevolentes y quizá pudieran estar aconsejándome que me arrodillara y me echara una siesta espiritual.

En verdad, semejante catedral, con su luz tenue y su frescor envolvente, es una estancia agradable cuando fuera reinan un sol cegador y un calor sofocante. De ello no tiene la menor idea nuestra septentrional Alemania protestante, donde las iglesias no están confortablemente construidas y la luz penetra insolente y como disparada a través de las racionalistas vidrieras sin pintar e incluso las frías prédicas te protegen suficientemente del calor. Dígase lo que se diga, el catolicismo es una buena religión para el verano. Uno se puede recostar en los bancos de esta vieja catedral, gozar de una fresca meditación y de un sagrado *dolce non far niente;* se reza, se ensueña y se peca de pensamiento mientras las *madonnas* asienten tan condescendientes desde sus nichos, pues ellas perdonan incluso con dulzura femenina, cuando sus propios rasgos graciosos se han utilizado como materia para el pecado de pensamiento. Además, para remate, en cada rincón hay un asiento marrón para apretones de conciencia, donde uno se puede desprender de sus pecados287.

En uno de estos confesionarios estaba sentado un joven clérigo de gesto adusto288. El rostro de la dama que le confesaba sus pecados se me ocultaba en parte por su velo blanco, en parte por la tabla lateral del confesionario. Sin embargo, fuera del mismo aparecía una mano que enseguida me fascinó. No podía cesar de mirar esa mano: las azuladas venas y el brillo elegante de los dedos blancos me resultaban tan extrañamente conocidos que todo el poder de fabulación de mi alma se puso en funcionamiento para poder dar forma al rostro al que pertenecía aquella mano. Era una bella mano, no como las de las jóvenes que, a mitad de camino entre el cordero y la rosa, entre lo animal y lo vegetal, resultan vacuas de espiritualidad. Esta tenía más bien algo de espiritual, algo históricamente atractivo, como las manos de las bellas muchachas que son muy cultas o que han padecido mucho. Esta mano tenía además algo de inocencia conmovedora, de tal manera que parecía que no tuviera que confesarse y que estuviera esperando fuera, sin querer oír lo que su propietaria confesaba, hasta que esta acabara. Lo que se hizo esperar. La dama debía de estar confesando muchos pecados. Yo no pude esperar más, mi alma imprimió un beso de despedida sobre la bella mano, que se estremeció en ese preciso momento de manera tan peculiar como acostumbraba a hacerlo la de la difunta María, cuando yo se la tocaba. Santo cielo, pensé, ¿qué hace la difunta María en Trento? Acto seguido me apresuré a salir de la iglesia.

CAPÍTULO XVI

Cuando de nuevo estuve en la plaza, me saludó con gran amabilidad la mencionada frutera de la esquina, con una confianza que parecería que fuéramos viejos conocidos. Inmediatamente pensé: poco importa cómo se hace una amistad con tal de que efectivamente uno llegue a conocerse. Un par de soplamocos289 no es la mejor manera de presentarse; pero yo y la verdulera nos miramos tan amistosamente como si nos hubiéramos intercambiando las mejores cartas de presentación. La señora no estaba de mal ver. Por supuesto estaba ya en esa edad en la que el tiempo señala nuestros años de servicio con fatales *chevets* sobre la frente, pero, en contrapartida, era tanto más corpulenta, y lo que de juventud había perdido lo había ganado en peso. Además, su rostro todavía llevaba las huellas de la pasada belleza, y como en las antiguas vasijas estaba escrito en ellas: «Amar y ser amado es la mayor dicha del mundo». Lo que le prestaba mayor encanto era el peinado, unos rizos en tirabuzón, empolvados hasta quedar blancos como la tiza, que después habían sido abonados abundosamente con pomada y entrelazados con blancas campanillas. Observé a esta mujer con la misma atención con la que cualquier anticuario observa los torsos de mármol recientemente excavados: en aquella viviente ruina humana podía estudiar muchas más cosas, pues en ella podía identificar las huellas de todas las civilizaciones de Italia: de la etrusca, la romana, la gótica, la lombarda y hasta de las más bajas y empolvadas de la edad moderna. Resultaba absolutamente interesante la civilizada naturaleza de esta mujer en contraste con su profesión y sus hábitos pasionales. No menos interesantes resultaban los objetos de su comercio: las almendras recién cogidas que yo no había visto nunca en su cáscara natural y los olorosos higos frescos que estaban amontonados como las peras entre nosotros. También los grandes cestos con limones y naranjas frescos me regocijaron y, ¡visión maravillosa!, en un cesto vacío al lado yacía un bellísimo niño que tenía un sonajero en la mano y que, mientras sonaban las campanas de la catedral, entre golpe y golpe de las mismas, hacía sonar su sonajero mirando, ajeno al mundo que le rodeaba, al azul cielo y sonriendo de tal manera que hizo que en mí mismo ascendieran las más extrañas humoradas infantiles, y como un niño me puse delante del cesto sonriente y empecé a comer y a discutir con la frutera.

A causa de mi desgarbado italiano me tomó inicialmente por inglés, pero le confesé que únicamente era alemán. Me hizo a continuación una serie de preguntas de carácter geográfico, económico, botánico y climático sobre Alemania y se maravilló cuando le confesé igualmente que entre nosotros no crecen los limones; que los recibimos de Italia y que los tenemos que estrujar mucho cuando hacemos el *punsch* y que, desesperados por ello, tanto más ron echamos en él.

—¡Ah, querida señora! —le dije—, en nuestro país hace mucho frío y humedad; nuestro verano es solo un invierno cubierto de verde e incluso el sol debe llevar una chaqueta de franela si no quiere resfriarse. Y con este sol de franela nuestras frutas no pueden madurar, tienen una apariencia desagradable y verde y, entre nosotros, la única fruta madura que tenemos son las manzanas asadas. Por lo que respecta a los higos, tenemos que importarlos como los limones y las naranjas de países extranjeros, y a causa del viaje tan largo se vuelven tontos y harinosos; solo los de peor especie son los que podemos recibir de primera mano, y estos son tan amargos que quien los recibe gratis además presenta una reclamación. De las almendras solo tenemos las que se nos hinchan en la garganta290. En definitiva nos falta la fruta noble y no tenemos otras cosas que las avellanas, peras, ciruelas y semejante populacho.

CAPÍTULO XVII

Me alegré realmente de que ya a mi llegada hubiera trabado un buen conocimiento y, si no me hubieran traído al sur importantes sentimientos, de entrada me habría quedado en Trento con la buena frutera, con los buenos higos y almendras, con el pequeño campanero y, a decir la verdad, también con las bellas muchachas que pasaban en rebaños. No sé si otros viajeros aprobarán el calificativo de bellas, pero a mí las tridentinas me gustaron sobremanera. Eran efectivamente la especie de mujer que me gusta: pues amo esas pálidas y elegíacas caras donde los grandes y negros ojos fulguran tan enfermos de amor. También me gusta la oscura tez de aquellos soberbios cuellos que ya Febo ha amado y bronceado a fuerza de besos. Me gustan incluso esas nucas llenas de puntitos color púrpura como si los hubiera picado un pájaro; pero sobre todo amo ese paso genial, esa muda música del cuerpo, esos miembros que se mueven al más dulce ritmo, abundosos, flexibles, divinamente procaces, ya lánguidos, ya etéreamente erectos y siempre altamente poéticos. Amo esas cosas como amo la poesía y estas figuras melódicamente movidas, ese maravilloso concierto humano que en torno mío me embriagaba encontró su eco en mi corazón y despertó en él los tonos emparentados.

Ya no era el poder mágico de la primera sorpresa, lo legendario de la exótica apariencia: ahora era el ánimo sereno que, de la misma manera que un crítico auténtico lee un poema, observaba con ojo arrobado y reflexivo aquellas imágenes femeninas. Y en semejante consideración se descubren muchas cosas, muchas cosas tristes, la riqueza del pasado, la pobreza del presente y el orgullo que se ha dejado atrás. Gustosamente, las hijas de Trento se engalanarían de nuevo como en la época del Concilio, cuando la ciudad florecía en seda y terciopelo. Pero el Concilio

había dejado poco, el terciopelo se había desgastado y la seda deshilachado. A los pobres hijos de la ciudad no les quedó otra cosa que unos míseros oropeles de festividad, que durante la semana cuidan con esmero y con los que ellos se adornan todavía los domingos. Muchos, sin embargo, prescinden también de esos restos de un lujo desaparecido y tienen que suplirlos con productos de toda especie, ordinarios y baratos, de nuestra época. Es entonces cuando surgen chocantes contrastes entre cuerpo y vestido; la boca bien formada parece poder ordenar de manera señorial, pero se ve sombreada burlonamente por un mísero sombrero de paja con flores de papel doblado; el más altivo seno se hincha bajo una burda gorguera de puntillas y las más ingeniosas caderas se rodean con el más estúpido cotón. ¡Qué pena, tu nombre es cotón y, en concreto, cotón de rayas marrones! Pues, ¡ay!, nunca algo me ha puesto de peor humor que la vista de una tridentina que, en la forma y el color de la cara, se asemejaba a una diosa de mármol y que sobre este cuerpo antiguo y noble llevaba un vestido de cotón de rayas marrones, de tal manera que parecía como si una pétrea Niobe de repente hubiera sentido un arrebato y, enmascarada y en nuestros mínimos vestidos modernos, se paseara con orgullo de mendigo y grandiosamente desamparada a través de las calles de Trento.

CAPÍTULO XVIII

Cuando regresé a la *locanda della Grande Europa*, donde me había encargado un buen *pranzo*, me puse tan nostálgico que no me lo pude despachar, lo que quiere decir mucho. Me senté ante la puerta de la contigua *botega*, me refresqué con un sorbete y me dije:

Corazón caprichoso, ya estás en Italia. ¿Por qué no te pones a cantar aquel «tirilí, tirilá» que te habías prometido?291. ¿Son quizás los antiguos sufrimientos de Alemania que, como pequeñas culebras, han anidado profundamente en ti y han venido contigo a Italia y se alegran, y precisamente ese su júbilo colectivo suscita ahora en tu pecho aquel pintoresco dolor que de manera extraña pincha, salta y silba? ¿Y por qué no podrían alegrarse también los antiguos sufrimientos? Aquí en Italia es todo tan hermoso... Incluso el sufrimiento. En estos ruinosos palacios de mármol resuenan los suspiros de manera mucho más romántica que en nuestras bellas casitas de ladrillo. Bajo esos laureles se puede llorar con más voluptuosidad que bajo nuestros agrios y puntiagudos abetos y bajo las formas ideales de las nubes del azul cielo italiano se puede languidecer más dulcemente que bajo el vulgar cielo gris alemán, en el que incluso las aburguesadas nubes se recortan y cuelgan de manera aburrida. Quedaos en mi pecho, vosotros sufrimientos, pues no encontraréis mejor albergue. Os quiero y me sois valiosos y

nadie sabe acogeros y cuidaros mejor que yo. Y además os confieso: vosotros me causáis placer. Porque, ¿qué es el placer? El placer no es otra cosa que un dolor extremadamente agradable[292].

Creo que la música que, sin que me diera cuenta de ello, estaba sonando delante de la *botega* y ya había atraído un círculo de espectadores, había acompañado, a la manera de un melodrama[293], este monólogo. Era un trío extraño, constituido por dos hombres y una jovencita que tocaba el arpa. Uno de ellos, vestido de invierno con una blanca levita de lana gorda, era un hombre robusto cuya roja e hinchada cara de bandido emergía ardiente de los cabellos de la cabeza y de la barba como un cometa amenazante. Aguantaba entre las piernas un enorme contrabajo[294] que tocaba como si en los Abruzos[295] hubiera asaltado a un pobre viajero y quisiera rápidamente cortarle el pescuezo; el segundo era un larguirucho y famélico viejo cuyas enclenques piernas temblaban en un negro traje raído y cuyos cabellos plateados contrastaban con su canto buffo y sus locas cabriolas. Nos aflige ver a un anciano que vende por necesidad el honor que corresponde a sus años y se tiene que entregar a la bufonada. Pero mucho más triste es todavía cuando lo hace en presencia de su hijo. Y aquella muchacha era la hija del viejo bufón. Ella acompañaba con el arpa los más indignos chistes del anciano o, dejando aparte también el arpa, cantaba con él un dueto cómico en el que él hacía de viejo loco enamorado y ella de joven y coqueta amante. Además, parecía que la muchacha apenas había salido de la infancia, incluso parecía que, antes de haber llegado a la pubertad, ya se la hubiera hecho mujer y no una mujer precisamente virtuosa. De ahí la marchitez pálida y el acongojado desagrado de aquel hermoso rostro cuyas formas soberbiamente onduladas se burlaban de aquel presagio de compasión; de ahí la oculta preocupación de los ojos que bajo su arco ciliar brillaban tan desafiantes; de ahí aquel tono dolorido que tan terriblemente contrastaba con los bellos labios que dejaban escapar una sonrisa; de ahí lo enclenque de sus tiernos miembros que un exiguo vestidito de seda de un tono tímidamente violeta cubría lo que podía. Todo ello se adornaba con unas cintas de satín en el viejo sombrero y, en el pecho, con un capullo de rosa que, abierto de manera más simbólica que plena, parecía florecer por propio desarrollo de su verde envoltura. Sin embargo, sobre la infeliz muchacha, primavera ya infestada por el hálito de la muerte, había una indescriptible dignidad, una gracia que se manifestaba en cada gesto, en cada movimiento, en cada tono y que incluso no negaba ni, cuando haciendo avanzar el cuerpecillo con irónica lascivia, se aproximaba bailando hacia el padre, quien, a su vez, con la pelvis adelantada, se acercaba a ella. Cuanto con mayor impudicia se comportaba, tanto mayor era la compasión que me inspiraba, y cuando su canto surgía suave y maravilloso de su pecho pidiendo al mismo tiempo perdón, se regocijaban en mi pecho las pequeñas

culebras del dolor mordiéndose de placer la cola. También la rosa me pareció que me miraba suplicante e incluso una vez la vi temblar y palidecer, pero en el mismo instante los trinos de la muchacha alcanzaron de la manera más plácida la altura del pentagrama, el viejo se fingió mucho más enamorado y el rojo rostro de cometa martirizó su viola[296] tan furiosamente que de ella salieron los sonidos más terriblemente grotescos mientras los espectadores aplaudieron a rabiar.

CAPÍTULO XIX

Era una auténtica pieza musical italiana, perteneciente a una conocida ópera bufa, ese maravilloso género que concede al humor el más amplio espacio de acción y en el que uno se puede abandonar juguetón por entero al placer, a su loca sentimentalidad, a su nostalgia sonriente y a un tanático entusiasmo ansioso de vida. Era una melodía totalmente rossiniana, tal y como esta se manifiesta preferiblemente en *El Barbero de Sevilla*. Los que desprecian la música italiana y echan pestes también de este género no podrán escapar al infierno de su bien merecida culpa y se condenarán quizás para toda la eternidad a no oír otra cosa que fugas de Sebastian Bach. Me da pena por muchos de mis colegas, por ejemplo, Rellstab, quien tampoco podrá escapar a esa condenación si antes de su muerte no se convierte a Rossini. *¡Rossini, divino Maestro*, Helios de Italia, que extiendes tus sonoros rayos sobre el mundo! ¡Perdona a mis pobres compatriotas, que blasfeman contra ti tanto en papel de escribir como en papel pautado! Por mi parte, me alegro de tus dorados tonos, de tus luces melódicas, de tus melódicos ensueños de mariposa, que me han acunado tan plácidamente y me besan el corazón como si fueran los labios de las Gracias. *¡Divino Maestro!*, perdona a mis pobres compatriotas, que no ven tu profundidad porque la cubres de rosas. ¡Para ellos no eres suficientemente reflexivo y profundo porque precisamente te ciernes tan suave, tan divinamente alado! Por supuesto que para apreciar la actual música italiana y, a través del aprecio, conocerla, se tiene que tener a la vista el pueblo, su cielo, su carácter, sus gestos, sus sufrimientos, sus alegrías, en pocas palabras toda su historia, desde Rómulo, que fundó el santo imperio romano, hasta la época más moderna, cuando se hundió bajo Rómulo Augústulo II. A la pobre y esclavizada Italia se le ha prohibido hablar, y solo puede manifestar los sentimientos de su corazón a través de la música. Todo su enojo contra el extraño dominio extranjero, su entusiasmo por la libertad, su locura por el sentimiento de impotencia, su nostalgia por el recuerdo de la soberanía pasada, además de su suave esperar, su estar al acecho, su petición de auxilio: todo esto está oculto en aquellas melodías que se deslizan desde la más alta y grotesca embriaguez vital hasta la suavidad elegíaca, y en esa pantomima se pasa de caricias halagüeñas a una ira amenazante.

Ese es el sentido esotérico de la ópera bufa. El centinela exotérico297 bajo el cual actualmente se canta y se representa, no se percata en absoluto del significado de estas jocosas historias de amor, de desgracias y bromas amorosas, bajo las cuales ocultan los italianos, como Harmodius y Aristogitón escondían su puñal en una corona de mirtos, sus más honrados pensamientos de liberación. Esto es meramente un loco pasatiempo, piensa el exotérico centinela, y es bueno que no advierta nada. Pues, de lo contrario, el empresario, junto con la *prima donna* y el *primo uomo*, pronto pisaría aquellas tablas que suponen una fortaleza; se constituiría una comisión de investigación, se fijarían en un protocolo todos los trinos peligrosos para el estado y las locas coloraturas revolucionarias; se arrestaría a toda una cantidad de arlequines que estuvieran implicados en ulteriores ramificaciones de delitos horrendos; y a Tartaglia y Brighella, e incluso al viejo y reflexivo Pantalone; al *dottore di Bolonia* se le confiscarían los papeles y caería bajo la mayor sospecha, y Columbina tendría que romper a llorar a moco tendido sobre esta desgracia familiar. Pero pienso que semejante desgracia no caerá sobre la buena gente, mientras los demagogos italianos sean más astutos que los pobre alemanes, quienes, cuando intentaron una cosa semejante, se disfrazaron como negros bufones con gorros negros de saltimbanqui. Pero su tristeza llamaba la atención de tal manera y en sus concienzudos saltos bufonescos —que ellos llaman gimnasia298— se comportaban tan peligrosamente y adoptaban unos rostros tan graves que los gobiernos se dieron cuentan y los tuvieron que encerrar.

CAPÍTULO XX

La pequeña arpista tuvo que notar en efecto que mientras ella cantaba y tocaba, yo miraba a menudo hacia la rosa de su pecho, y cuando al final eché en el plato de cinc en el que recogía sus honorarios una moneda nada insignificante, sonrió con astucia y preguntó discretamente si no querría hacerme con su rosa.

Soy el más amable ser humano de este mundo y por todo el oro del mundo no quisiera ofender a una rosa, aunque fuera una rosa ya algo marchita. Y aunque ya no tuviera el aroma y la frescura de antaño y menos el olor de la virtud como la rosa de Sarón, ¿qué me importaba a mí, que tenía la nariz hinchada por la alergia? Además, solo los seres humanos se lo toman tan en serio. La mariposa no pregunta a la flor: «¿Te ha besado alguien anteriormente?». Y esta a su vez no pregunta: «¿Has revoloteado antes en torno a otra?». A ello se añadió que la noche se echaba encima y por la noche, pensé yo, todas las flores son pardas, tanto la rosa más pecadora como el virtuoso perejil. En pocas palabras, sin pensármelo mucho, dije a la pequeña arpista: «Sí, *Signora*...».

No pienses mal, querido lector. Se había hecho oscuro y las estrellas lanzaban su brillo clarísimo y casto hacia mi corazón allí abajo. En el corazón mismo, sin embargo, temblaba todavía el recuerdo de la difunta María. Pensé de nuevo en aquella noche cuando estuve junto a la cama en la que aquel bello y pálido cuerpo yacía, con sus suaves labios inertes. Pensé de nuevo en la mirada especial que me dirigió la vieja señora que debía estar velando el cadáver y que me dejó su cargo por unas horas. Pensé de nuevo en el alhelí que estaba en el vaso sobre la mesa y que olía de manera tan extraña. También me invadió de nuevo la duda: ¿Habría sido realmente un golpe de aire lo que apagó la lámpara? ¿O quizás no habría realmente una tercera persona en el cuarto?

CAPÍTULO XXI

Me fui pronto a la cama y me dormí inmediatamente sumiéndome en el más absurdo de los sueños. Soñé que me hallaba donde había estado unas horas antes y que llegaba de nuevo a Trento. Otra vez me quedé perplejo, como antes lo había hecho, solo que esta vez bastante más, ya que en vez de personas comprobé que eran flores las que se paseaban por las calles. Allí vi cómo se paseaban claveles reventones que se abanicaban voluptuosamente, balsaminas coquetas, jacintos con bellas cabecitas vacías en forma de campanillas, detrás un cortejo de narcisos bigotudos. En la esquina disputaban dos margaritas. En la ventana de una vieja casa de aspecto caduco se asomaba un alhelí muy extravagante y empingorotado, y detrás de él sonaba la voz exquisitamente olorosa de una violeta. En el balcón del gran *palazzo* de la plaza del mercado estaba congregada toda la nobleza, a saber, esos lirios que no trabajan ni tejen y que, sin embargo, aparecían tan maravillosos, como al rey Salomón, en todo su esplendor.

También creí ver allí a la corpulenta frutera; sin embargo, cuando miré más exactamente, solo era un ranúnculo invernal que enseguida me asaltó: «¿Qué anda buscando, capullín, pepinillo en vinagre, flor ordinaria de solo un estambre? A usted la voy a regar yo».

Presa del miedo me marché de allí y me metí en la catedral atropellando casi a un pensamiento cojo que se dejaba llevar el devocionario por una margarita. En la catedral todo se hizo de nuevo agradable: en largas hileras estaban sentados tulipanes de todos los colores que movían devotamente la cabeza. En el confesionario estaba sentado un rábano negro y delante de él estaba arrodillada una flor cuyo rostro no podía ver. Sin embargo, olía de manera tan penetrante y ácida que de nuevo pensé en el alhelí que estaba en el cuarto donde yacía el cadáver de María.

Cuando abandoné la catedral, me salió al encuentro un cortejo fúnebre compuesto solo de rosas con negros crespones y pañuelos blancos y, ¡ay!, quien iba en el féretro era la rosa que, prematuramente arrancada, yo había conocido en el pecho de la pequeña arpista. Ella parecía ahora mucho más noble, aunque totalmente pálida, un blanco cadáver de rosa. En una pequeña capilla se depositó el féretro y no hubo sino lloros y suspiros y finalmente salió una vieja amapola que echó un largo elogio fúnebre, en el que abundó acerca de las virtudes de la fallecida, sobre el valle de lágrimas que es esta tierra, acerca de una existencia mejor, de amor, de esperanza y de fe, todo ello en un tono tan nasal y cantarín, con un discurso tan llorón, tan largo y tan aburrido que me desperté de inmediato.

CAPÍTULO XXII

Mi *vetturino* había enganchado los caballos antes de que lo hubiera hecho Helios y ya al mediodía habíamos alcanzado Ala. Aquí, los *vetturini* suelen hacer un alto de unas horas para cambiar sus coches.

Ala es un auténtico rinconcito italiano. Su situación es pintoresca: colocada en la falda de la montaña, un río cantarino la flanquea y alegres parras verdes trepan aquí y allí agarrándose a los agolpados y parcheados palacios de pordioseros. En la esquina de la destartalada plaza del Mercado, tan pequeña como un gallinero, aparece en poderosas y gigantescas letras la leyenda *Piazza de San Marco*. En el fragmento de un enorme y vetusto escudo nobiliario, un mozalbete en cuclillas hacía sus necesidades. El sol implacable iluminaba su ingenua parte trasera mientras él mantenía en las manos una estampa de papel que anteriormente había besado con devoto apasionamiento. Una diminuta y preciosa niña estaba a su lado y lo observaba atentamente mientras, de vez en cuando y como acompañando aquella escena infantil, soplaba una trompeta de madera.

La posada en la que me metí para comer era realmente de auténtico estilo italiano: en el primer piso, un estrado abierto con vista al patio en el que había carros destartalados y un nostálgico montón de estiércol; pavos con sus absurdos y rojos mocos colgantes y pavos reales que pordioseaban con orgullo paseaban por él mientras media docena de mozalbetes en harapos y quemados por el sol se despiojaban mutuamente según el método Bell y Lancaster299. A lo largo de aquel estrado con descuajeringada barandilla de hierro, se llegaba a un amplio cuarto que pretendía hacer de salón: pavimento de mármol; en medio, una gran cama en la que las pulgas celebraban su himeneo y por doquier una grandiosa suciedad. El posadero iba de allá para acá transmitiendo mis deseos. Llevaba una levita de un verde ansioso y tenía un semblante múltiplemente arrugado en el que una larga

nariz curva, con una peluda verruga roja que campeaba en medio de ella, se asemejaba a un mono que, en chaleco rojo, cabalgara en la giba de un camello. Iba de allá para acá y al hacerlo parecía como si el macaco de rojo igualmente saltara de una parte a otra. Necesité más de una hora antes de que me sirviese lo más mínimo y cuando me quejé de ello me contestó que hablaba muy buen italiano.

Durante mucho tiempo me tuve que contentar con el amable aroma del asado que me llegaba desde la cocina sin puerta, donde madre e hija estaban sentadas juntas y cantaban mientras desplumaban gallinas. La primera era notablemente corpulenta; sus pechos se encabritaban abundosos a pesar de resultar pequeños en comparación con su colosal trasero, de tal manera que si aquellos se parecían a las Instituciones, este resultaba una edición ampliada de las *Pandectas* de Justiniano. La hija, una persona no muy alta pero de fuerte constitución, parecía inclinarse también a la corpulencia, si bien sus incipientes grasas no se podían comparar con el viejo sebo de la madre. Los rasgos de su rostro no eran dulces ni jovialmente atractivos, pero sí bellamente proporcionados, nobles y antiguos; los rizos y los ojos resultaban más negros que tizones. La madre, por el contrario, tenía unos rasgos lisos, romos, una nariz enrojecida, ojos azules como violetas cocidas en leche y sus empolvados cabellos eran de un blanco de azucena.

De vez en cuando se acercaba saltando el posadero, el *signor padre,* y preguntaba por algún cacharro o utensilio de cocina y, como en un recitativo, él recibía la tranquila indicación de que lo buscara él mismo. Entonces chasqueaba la lengua, revolvía los armarios, probaba de los pucheros que cocían, se quemaba con ello el hocico y se alejaba de nuevo a saltos, y con él su nariz de camello y el mono rojo que montaba en ella. Tras él estallaban entonces los más divertidos tarareos como burlas cariñosas y chanzas de familia.

Pero esta escena íntima y casi idílica fue interrumpida de repente por un trueno de tormenta: un muchacho cuadrado y de rabioso rostro asesino entró precipitadamente y gritó algo que no entendí. Y cuando ambas mujeres agitaron la cabeza en signo de desaprobación, él estalló en la más loca rabia echando fuego y llamas como un pequeño Vesubio que se hubiera irritado. La posadera parecía presa del pánico y murmuraba palabras conciliadoras que producían el efecto contrario, de tal manera que el airado hombre cogió una pala de hierro, hizo añicos algunos platos y botellas que infelizmente se encontraban a su alcance y habría podido golpear también a la pobre señora si la hija no hubiera tomado un largo cuchillo de cocina y le hubiera amenazado con clavárselo si no desaparecía al instante.

Era un bello espectáculo: la muchacha de pie, cuyo rostro había adquirido una tonalidad de un amarillo pálido, estaba como petrificada por la ira, como si fuera una estatua de mármol, con los labios igualmente pálidos, los ojos profundos y aniquiladores, con una azulada vena que, hinchada, le atravesaba la frente, con sus rizos negros que parecían serpientes ondulantes y con el ensangrentado cuchillo en la mano. Me estremecí de placer, pues realmente estaba viendo ante mí la viva imagen de Medea, tal y como la había soñado en mis noches juveniles, cuando me había dormido junto al corazón de Melpómene, la bella y oscura diosa.

Mientras tenía lugar esta escena, el *signor padre* no se inmutó lo más mínimo. Con hacendosa paz interior recogió los añicos del suelo, reunió los platos que todavía sobrevivían y a continuación me trajo una sopa con queso parmesano, un asado sólido y consistente como la fidelidad alemana, cangrejos rojos como el amor, huevos con espinacas verdes como la esperanza y como postre unas cebollas estofadas que de emoción me hicieron saltar las lágrimas de los ojos. «No importa, son los modales de Pietro», me dijo cuando, asombrado, le señalé la cocina; y realmente después de que el autor de la disputa se hubiera alejado, parecía como si no hubiera pasado nada y madre e hija estaban sentadas de nuevo tranquilamente y cantaban y desplumaban gallinas.

La cuenta me convenció de que el *signor padre* también sabía desplumar y cuando, no obstante, aparte de la cuenta le di algo de propina, estornudó tan complacido y fuerte que el macaco de su nariz pareció caerse de su sitio. A continuación saludé amistosamente a la cocina, saludo que fue no menos amistosamente correspondido. Pronto me encontré en el coche de repuesto viajando como disparados hacia la llanura lombarda y al poco tiempo alcanzamos la antiquísima y celebérrima ciudad de Verona.

CAPÍTULO XXIII

La abigarrada violencia de las nuevas sensaciones me había conmovido en Trento solo de manera nebulosa y como en un presentimiento, como un horror de cuento; fue en Verona donde me asaltó un poderoso sueño febricitante lleno de colores cálidos, de formas nítidamente determinadas, de fantasmagóricos sonidos de trompeta y ruidos de coches lejanos. Eran muchos los palacios desconchados que me miraban estirados, como si quisieran confiarme un antiguo secreto y tuvieran reparo ante el bullicio del impertinente hombre diurno y me pidieran que volviera por la noche. Sin embargo, a pesar del ruido del pueblo y a pesar del sol implacable que derramaba su luz roja, aquí y allí una antigua y oscura torre me lanzaba una palabra significativa; aquí y allí percibía el susurro de las mutiladas

estatuas, y cuando subí por una pequeña escalera que llevaba a la *Piazza de' Signori*, las piedras me relataron una terrible y sangrienta historia, y en la esquina pude leer las palabras: *Scala Ammazzati.*

Verona, la antigua y celebérrima ciudad, situada a ambas orillas del Adigio, constituyó desde siempre la primera estación para los pueblos germánicos invasores que abandonaban sus fríos bosques alemanes y subían los Alpes para disfrutar del dorado brillo del sol en la amable Italia. Algunos continuaban bajando. A otros les gustaba ya el lugar y se acomodaban como en su patria, endosaban sus vestidos de seda y paseaban plácidamente entre flores hasta que otros recién llegados que todavía tenían puestas sus armaduras, arribaban del norte y los desplazaban: una historia que se repitió a menudo y que los historiadores denominan «la emigración de los pueblos»300.

Cuando actualmente se pasea por el recinto de Verona, uno se encuentra por doquier tanto con las huellas aventureras de aquellos días como con las huellas de tiempos anteriores y posteriores. La época romana la evocan sobre todo el anfiteatro y el arco de triunfo; el tiempo de Teodorico, el Dietrich von Bern que cantaron y todavía cantan los alemanes301, lo recuerdan los fabulosos restos de tantas construcciones bizantinas y pregóticas; ruinas soberbias recuerdan al rey Albuino y a sus furiosos longobardos; monumentos legendarios aluden a Carlomagno, cuyos paladines están cincelados en los portones del palacio de manera tan francona y ruda como fueron en vida. A uno le parece como si la ciudad fuera un gran albergue de pueblos que, como sucede en las tabernas, hubieran escrito sus nombres en las paredes y las ventanas. Cada uno de estos pueblos habría dejado las huellas de su presencia, por supuesto no en escritura legible, dado que muchas tribus alemanas no sabían todavía escribir, sino valiéndose de la destrucción de algo, lo cual era más que suficiente, puesto que las ruinas que dejaban tras de sí hablaban más claramente que las delicadas letras. Los bárbaros que entonces ocuparon el viejo albergue, no carecieron de posibilidades para legar tales testimonios de su presencia benéfica, dado que les faltaban escultores y poetas como para dejar su recuerdo en los hombres con medios más suaves.

Solo me quedé un día en Verona, admirando sin cesar lo nunca visto, observando atónito los antiguos edificios, después a los hombres que pululaban en un misterioso ajetreo, y, finalmente, una y otra vez el divino azul del cielo que aureolaba todo aquel extraño conjunto confiriéndole un marco precioso que lo convertía en una especie de cuadro. Sin embargo resultaba harto extraño el verse uno mismo en el interior del cuadro que se observaba y comprobar aquí y allá

cómo le sonreían las figuras que hay en el mismo, sobre todo las femeninas, tal y como me sucedió de manera tan graciosa en la *Piazza dell'Erbe*. Esta es, en efecto, el mercado de las verduras, que estaba plagado de las más divertidas figuras, mujeres y muchachas, rostros de grandes ojos que languidecen, dulces cuerpos apetitosos, de un atractivo color cobrizo e ingenuamente sucios, creados más para la noche que para el día. El velo, blanco o negro, que las señoras de la ciudad llevan en la cabeza se disponía de manera tan astuta sobre el seno que más resaltaba que ocultaba las bellas formas. Las muchachas llevaban *chignons*302, prendidos a la cabeza con una o más lancetas doradas o también con una varita de plata terminada en forma de bellota. Las campesinas se cubrían en su mayor parte con pequeños sombreritos de paja en forma de plato con coquetas flores atadas en una parte de la cabeza. El atuendo de los hombres se diferenciaba menos del nuestro y solo los enormes patillones negros que parecían crecerles de la corbata me resultaron aquí, donde los vi por primera vez, un tanto extraños. Cuando se observa más detenidamente este paisanaje, tanto el masculino como el femenino, se descubre en sus rostros y en toda su naturaleza las huellas de una civilización que se diferenciaba de la nuestra en el hecho de que no solo no había salido de la barbarie de la Edad Media, sino que más bien procede de la época de los romanos, que no ha sido del todo eliminada y que solo se ha modificado según el carácter de cada uno de los soberanos territoriales. La civilización en estos hombres no tiene ese brillo reciente tan chocante como sucede entre nosotros, donde los troncos de roble se pulieron solo hace un día y todavía todo huele a barniz. Nos parece como si en el transcurso del tiempo aquel gentío congregado en la *Piazza dell´Erbe* solo paulatinamente hubiera cambiado los vestidos y el lenguaje sin que mayormente hubieran modificado las costumbres. Sin embargo, los edificios que rodean la plaza quizás no hayan sido capaces de avanzar fácilmente con el paso del tiempo, pero no por ello tienen un aspecto menos elegante y su vista nos conmueve el alma de manera singular. Hay allá altos palacios en estilo lombardo-veneciano, con un sinfín de balcones y sonrientes pinturas al fresco; en medio se eleva una única columna conmemorativa, una fontana y un santo de piedra; aquí se ve el podestá, de un rojo chillón con rayas blancas que destaca detrás de un poderoso portal de pilastras; allí se advierte otra torre cuadrada de iglesia, allá arriba el minutero y las cifras del reloj están medio destruidas, de tal manera que parece como si se quisiera aniquilar el tiempo. Sobre toda la plaza se posa ese embrujo romántico que tan amablemente exhalan los fantásticos poemas de Ludovico Ariosto o de Ludovico Tieck. Cerca de esta plaza hay una casa que, debido al sombrero labrado en piedra sobre la puerta interior, se piensa que sea el palacio de los Capuleti303. Hoy en día es una sucia taberna para carreteros y cocheros y como escudo del albergue cuelga delante un sombrero de latón rojo agujereado. No lejos, en una iglesia se enseña la capilla en la que, según la leyenda, se habría casado la infeliz

pareja de amantes. Un poeta visita con gusto aquellos lugares, aunque se ría de la credulidad de su corazón. Encontré en esta capilla una mujer solitaria, un ser preocupantemente pálido que, tras largo estar arrodillada y rezar, se levantó suspirando, me miró desde sus ojos enfermos y tranquilos con extrañeza y finalmente, como si sus piernas ya no la sostuvieran, marchó vacilante. Tampoco las tumbas de los Escaligero304 están lejos de *Piazza dell'Erbe*. Son tan maravillosas y soberbias como lo fue esta misma estirpe y es una pena que estén en un estrecho rincón donde tienen que aglomerarse para ocupar el menor sitio posible y donde también el observador no dispone de mucho sitio para observarlas adecuadamente. Es como si aquí se percibiera de la manera más fiel la manifestación histórica de esta estirpe. Esta solo ocupa un pequeño rincón en la historia general de Italia, pero este rincón está lleno del esplendor de sus hazañas, de pensamientos fastuosos y de una soberana arrogancia. Como en la historia, también en sus monumentos se ven soberbios caballeros de hierro sobre corceles de hierro, y magníficos campean sobre todo Can Grande, el tío, y Mastino, el sobrino.

CAPÍTULO XXIV

Sobre el anfiteatro de Verona han hablado muchos y en él hay sitio suficiente para todo tipo de consideraciones y no hay consideraciones que no puedan caber en el ámbito de este célebre edificio. Está construido en ese grave y efectivo estilo cuya belleza estriba en una absoluta solidez y, como todos los edificios públicos de los romanos, expresa un espíritu que no es otra cosa que el espíritu mismo de Roma305. ¡Roma! ¿Quién es tan sanamente ignorante como para que en el secreto de su corazón no se haya conmovido al oír este nombre y por lo menos un temor tradicional no haya agitado su capacidad de reflexión? Por lo que a mí toca, admito que mi sentimiento contenía más miedo que alegría cuando pensé que pronto podría estar paseando por el suelo de la antigua Roma. La antigua Roma ya está muerta, decía tratando de quitar miedo a mi alma atemorizada, y tú tienes la alegría de observar su bello cadáver totalmente sin peligro. Pero entonces me asaltó de nuevo una consideración digna de Falstaff306: ¿Y si ella no estuviera totalmente muerta y quizás solo se hubiera escondido y resurgiera de nuevo de manera repentina? Sería terrible.

En el preciso momento en que visitaba el anfiteatro se representaba una comedia. Se había levantado un pequeño tablado de madera en medio y en él se representaba una farsa italiana. Los espectadores estaban sentados a cielo abierto, en parte en pequeñas sillas, en parte sobre las altas gradas de piedra. Me senté allí y vi a Brighella y Tartaglia307 y sus hipocresías en los mismos lugares en los que el

romano había estado sentado entonces observando sus gladiadores y las cazas de animales. El cielo sobre mi cabeza, azul máscara de cristal, era el mismo que entonces. Iba oscureciendo paulatinamente, la estrellas brillaban, Truffaldino reía, Smeraldina se quejaba y finalmente Pantalone llegó y les enlazó las manos. El pueblo aplaudía a rabiar y se marchó jubiloso a casa. Todo el teatro no había costado ni una sola gota de sangre. Era solo un juego. Por el contrario, lo que los romanos hacían no eran juegos. Muchos de estos hombres no tenían capacidad para gozar de la mera apariencia, les faltaba para ello una infantil jovialidad de ánimo y, serios como ellos eran, se mostraban en sus juegos con la más cruda y sangrienta gravedad. No eran grandes hombres, pero debido a su situación eran más grandes que el resto de los humanos, pues ellos estaban en Roma. Tan pronto bajaban de las siete colinas, empequeñecían. De ahí la mezquindad que percibimos allí donde se expresa su vida privada. Y Herculano y Pompeya, esos palimsestos de la naturaleza, donde ahora se excava el antiguo texto en piedra, manifiestan a los viajeros la vida privada romana en pequeñas casitas con mínimos cuartuchos, que contrastan de manera tan llamativa frente a las colosales edificaciones que expresaban la vida pública, aquellos teatros, acueductos, fuentes, carreteras, puentes cuyas ruinas todavía hoy provocan nuestra admiración. Pero esa es precisamente la cuestión. Así como el griego fue grande por la idea del arte, el hebreo por la idea de un dios, el más santo, los romanos son grandes por la idea de su Roma eterna, grandes allí donde en el entusiasmo de esa idea han luchado, escrito y construido. Cuanto más grande se hizo Roma, tanto más se expandió esta idea, el individuo se perdía en ella y ella hacía la pequeñez de los pequeños más notable. Los romanos son al mismo tiempo los máximos héroes y los mayores satíricos. Héroes cuando actuaban y satíricos cuando pensaban en Roma mientras enjuiciaban las obras de sus conciudadanos. Medidos con semejante escala descomunal, con la idea de Roma, la máxima personalidad debía parecer diminuta y con ello caer víctima del espíritu burlón. Tácito es el más cruel de los maestros en este tipo de sátira, precisamente porque sentía de la manera más profunda la grandeza de Roma y la pequeñez de los seres humanos. Absolutamente en su elemento se encuentra cuando puede informar lo que las lenguas maliciosas comentaban en el foro acerca de cualquier desvergüenza imperial y es totalmente feliz cuando refiere cualquier ridículo senatorial o una adulación fallida.

Estuve paseando largo tiempo por las gradas superiores del anfiteatro, reflexionando sobre la Antigüedad. Dado que es a la luz de la tarde cuando los edificios manifiestan de la manera más visible el espíritu que los habita, aquellos muros me empezaron a contar en su fragmentario estilo lapidario las más profundas cosas; me hablaron de los hombres de la antigua Roma y a mí me parecía estar viéndolos allá abajo como blancas sombras en el circo oscuro. Me

pareció ver a los Gracos con sus enfervorizados ojos de martirio. «Tiberio Sempronio», le grité desde arriba, «yo votaré contigo la ley agraria». También vi a César paseando del brazo de Marco Bruto. «¿Os habéis reconciliado?», les pregunté. «Los dos creíamos tener razón», rio César mirándome desde abajo. «Yo no sabía que todavía había romanos y por eso me consideré con derecho a meterme Roma en el bolsillo, y dado que mi hijo Bruto era precisamente ese romano, se creyó en el derecho de matarme». Detrás de estos dos venía Tiberio Nerón con piernas nebulosas y gestos indeterminados. También vi mujeres que paseaban allí, entre otras a Agripina, con su bello rostro dominador, que conmovía maravillosamente como si fuera una antigua estatua de mármol en cuyos rasgos apareciera el dolor petrificado. «¿A quién buscas, hija de Germánico?». Ya la estaba oyendo lamentarse cuando de repente sonó el sordo tañido de una campana llamando a la oración y el fatal tambor de cierre. Los soberbios espíritus romanos se desvanecieron y de repente me sentí en el presente cristiano y austriaco308.

CAPÍTULO XXV

Tan pronto empieza a caer la noche, el mundo elegante de Verona pasea por la *piazza La Bra* o se sienta en pequeñas sillas delante de los cafés mientras toma sorbetes o el fresco vespertino o escucha música. Resulta agradable sentarse allí: el corazón ensoñador se deja acunar por los tonos agradables de la música que encuentran en él un eco. En ocasiones, cuando ya está adormecido, se sobresalta al escuchar la trompeta y se sintoniza con el *tutti* orquestal. Entonces el espíritu, soleado, despierta de nuevo, sentimientos como flores y recuerdos con ojos profundamente negros parecen florecer de nuevo y los pensamientos pasan como nubes, soberbios, tranquilos y eternos.

Estuve paseando hasta mucho después de medianoche por las calles de Verona, que poco a poco se fueron quedando vacías de personas y resonaban de manera maravillosa. A la luz de la media luna, los edificios y su estatuaria se recortaban en silueta, y advertí que muchas de las caras de mármol ante las que pasaba tenían expresión pálida y dolida. Al cruzar por delante de la tumba de los Escaligero me apresuré, pues me pareció como si Can Grande309, cortés como siempre fue con los poetas, quisiera descender de su corcel y acompañarme como guía. «Quédate donde estás», le grité, «no te necesito. Mi corazón es el mejor cicerone y me refiere por doquier historias que han acontecido en cada una de las casas y hasta los nombres y los años me los dice con fidelísima exactitud».

Cuando llegué al arco de triunfo romano, precisamente pasaba por debajo de él un monje negro y desde lejos resonó en alemán mascullado: «¿Quién va?».

«¡Un amigo!», gritó un complacido discanto.

¿A qué mujer pertenecía la voz que me penetró tan dulcemente el alma cuando subí por la *Scala Ammazzati*310? Era como un canto salido del pecho de un ruiseñor moribundo, tiernamente moribundo, que resonaba como pidiendo ayuda en las pétreas casas. En ese lugar, Antonio de la Scala había matado a su hermano Bartolomeo cuando este quería ir a casa de la amada. Mi corazón me decía que ella estaría todavía en su cámara esperando a su amado y cantando solo para superar su temor, que le hacía intuir todo. Pero pronto, tanto la canción como la voz me resultaron altamente conocidas. Yo había oído ya estos cantos aterciopelados, tristes y desangrantes que se entretejían como suaves recuerdos suspirantes. «Oh, insensato corazón», me dije a mí mismo, «¿ya no reconoces la canción del enfermo rey moro que tan a menudo había cantado la difunta María? E incluso la voz, ¿no reconoces ya la voz de la difunta María?».

Las notas sostenidas me persiguieron por todas las calles hasta la hostería *Due Torri*, hasta el cuarto, hasta el sueño. Y allí vi de nuevo cómo mi dulce vida yacía muerta, bella e inmóvil; la vieja ama se alejó de nuevo con una enigmática mirada de soslayo, el alhelí exhalaba su aroma, yo besé de nuevo sus adorables labios y el benévolo cadáver se levantó lentamente para ofrecerme el beso de correspondencia.

¡Si por lo menos hubiera sabido quién había apagado la luz!

CAPÍTULO XXVI

¿Conoces el país donde florecen los limones?

¿Conoces la canción? Toda Italia está expresada en ella, pero con los suspirantes colores de la nostalgia. En el *Viaje italiano*, Goethe la ha cantado de manera exhaustiva y cuando la pinta, tiene siempre el original ante los ojos y uno puede fiarse totalmente de la fidelidad tanto del trazo como del color. Por eso encuentro más cómodo remitir aquí de una vez para siempre al *Viaje italiano* de Goethe, tanto más cuanto que él hizo, hasta Verona, el mismo *tour* a través del Tirol. Ya he hablado anteriormente de este libro antes de que conociera el asunto del que trata y ahora encuentro mi juicio premonitorio totalmente confirmado. En efecto, por doquier observamos ahí una mirada objetiva ante la tranquilidad de la naturaleza. Goethe pone ante ella un espejo o, mejor dicho, él mismo es el espejo de la naturaleza. La naturaleza quería saber qué aspecto tiene y creó a Goethe. Incluso es capaz de darnos los pensamientos, las intenciones de la naturaleza y no

se puede reprochar a un fanático goetheano, especialmente en los días de canícula, si queda pasmado por la identidad de las imágenes del espejo con el objeto mismo, de tal manera que llega a atribuir al espejo incluso la fuerza de la creación, la fuerza de crear objetos parecidos.

Un cierto señor Eckerman ha escrito un libro sobre Goethe en el que con toda seriedad afirma: si cuando el buen Dios creaba el mundo le hubiera dicho a Goethe: «Querido Goethe, ya estoy cansado, ya he creado todo excepto los pájaros y los árboles y me harías un gran favor si ahora te encargaras tú de crear esas bagatelas». Goethe, al igual que el buen Dios, habría creado estos animales y plantas totalmente en el mismo espíritu que inspiró el resto de la creación: los pájaros con plumas y los árboles verdes.

Hay una cierta verdad en estas palabras e incluso soy de la opinión de que Goethe en muchas ocasiones habría hecho las cosas mejor que el mismo Dios y que, por ejemplo, al señor Eckermann lo habría creado con plumas y de color verde. Es, en efecto, una falta de la Creación que en la cabeza del señor Eckermann no crezcan verdes plumas. Por lo menos, Goethe ha intentado remediar este defecto en la medida que le consiguió un gorro doctoral de la universidad de Jena que él mismo le puso.

Junto al *Viaje italiano* de Goethe se recomienda la *Italia* de la Sra. Morgan y la *Corina* de Mme de Staël. El talento que les falta a estas señoras y que frente a Goethe las haría aparecer intrascendentes, ellas lo sustituyen por consideraciones masculinas que a aquel le faltan. Pues la Sra. Morgan ha hablado como un hombre, ha sembrado escorpiones en los corazones de los insolentes mercenarios, y valerosos y dulces eran los trinos de este alado ruiseñor de la libertad. Igualmente, como es bien sabido, Mme de Staël fue una barragana en el ejército de los liberales y corrió valerosa entre las filas de los combatientes con su barrilito311 lleno de entusiasmo y fortaleció a los cansados e incluso se puso a luchar, mejor que los mejores. Por lo que respecta a las descripciones del viaje italiano, W. Müller hace ya bastante tiempo ha dado una panorámica en su *Hermes*. El número de estas descripciones es legión. Entre los antiguos escritores alemanes en esta materia, los más destacados son, por espíritu o peculiaridad, Moritz, Archenholz, Bartels, el buen Seume, Arndt, Meyer, Benkowitz y Rehfus. Los más recientes los conozco menos y pocos de ellos me han proporcionado placer o me han dado resultados instructivos. Entre estos menciono el del prematuramente desaparecido W. Müller *Rom, Römer und Römerinnen*312 —¡ay, él sí que fue un poeta alemán!—, después el viaje de Kephalides313, que resulta un poco seco, además las *Cisalpinische Blätter*, de Leßmann314, que resulta demasiado fluido, y finalmente *Reisen in Italien seit*

1822, de Friedrich Thiersch, Lud. Schorn, Eduard Gerhardt y Leo von Klenze315. De esta obra ha aparecido únicamente una parte que contiene mayormente informes de mi querido y noble Thiersch, cuyo ojo humano luce en todas sus líneas.

CAPÍTULO XXVII

¿Conoces el país donde florecen los limoneros? En oscura espesura brillan doradas naranjas. Una suave brisa viene del azul cielo, El mirto quieto y alto el laurel están. ¿Lo conoces? Vamos, amada, vamos, allí quiero contigo irme.

Pero no viajes al principio de agosto cuando uno se cuece al sol del mediodía y por la noche te consumen las pulgas. Tampoco te aconsejo, querido lector, viajar con la diligencia de Verona a Milán.

Viajé en compañía de seis bandidos en una pesada carroza que, a causa del terrible polvo, estaba tan meticulosamente cerrada por todas partes que poco pude admirar de la belleza del entorno. Solo dos veces, antes de que alcanzásemos Brescia, aireó mi vecino el toldo lateral para escupir. La primera vez no vi nada más que algunos abetos sudorosos que en sus verdes levitas de invierno parecían sufrir bajo el tórrido calor del sol; la segunda vez vi un trozo de un lago maravillosamente azul en el que se reflejaban el sol y un delgado granadero. Este último, un narciso austriaco, admiraba con alegría infantil cómo toda su imagen se reflejaba fielmente en el espejo cuando presentaba el arma, la ponía al hombro o apuntaba con ella.

Tampoco de Brescia tengo mucho que contar, pues utilicé el tiempo de mi parada allí para tomar un buen *pranzo*. No se puede achacar a un pobre viajero, si calma antes el hambre del cuerpo que la del espíritu. Sin embargo, fui lo suficientemente concienzudo como para, antes de subir al coche, recabar del camarero algunas noticias sobre Brescia; y fue entonces cuando, entre otras cosas, me enteré de que la ciudad tiene cuarenta mil habitantes, un ayuntamiento, veintiún cafés, veinte iglesias católicas, un manicomio, una sinagoga, una casa de fieras, una prisión, un hospital, un teatro igualmente bueno y un patíbulo para ladrones que roban menos de cien mil táleros.

Hacia medianoche llegué a Milán, donde me fui a la casa del Sr. Reichmann, un alemán que ha montado su hotel según maneras alemanas. Es la mejor posada de toda Italia, me dijeron algunos conocidos que encontré allí y con los que sobre posaderos italianos y pulgas se podría hablar mucho y mal. No escuché nada más

que historietas incómodas acerca de las fullerías italianas y especialmente Sir William maldijo y aseguró que si Europa es la cabeza del mundo, Italia sería el órgano ladrón de esta cabeza.

El pobre *baronet* tuvo que pagar en la *Locanda Croce bianca* de Padua no menos de doce francos por un escaso desayuno, y en Vicenza alguien le había exigido una propina cuando le cogió un guante que se le había caído al subir al coche. Su primo Tom dijo: «Todos los italianos son unos tunantes excepto en un aspecto: que no roban». Si hubiera tenido un aspecto más amable, también él habría hecho la observación de que las italianas eran unas tunantas.

El tercero en la ronda fue un cierto Mister Liver, que yo había dejado en Brighton como un joven ternero y ahora en Milán lo encontré de nuevo como un *boeuf à la mode*. Estaba vestido como un dandy y nunca he visto un hombre que mejor haya sabido hacer con su figura un mayor número de ángulos. Cuando encajaba sus pulgares en las mangas de su chaleco, hacía con la raíz de la mano y con cada dedo toda suerte de ángulos; incluso su hocico se cerraba en cuadrilátero. A esto se añadía una cabeza angulosa, por la parte posterior estrecha, por la parte superior picuda, con una frente breve y una larga barbilla. Entre los ingleses conocidos que encontré de nuevo en Milán, estaba también la gorda tía de Liver; semejante a un alud de grasa había bajado de los Alpes, en compañía de dos ocas de nieve, blancas y frías, Miss Polly y Miss Molly.

No me acuses de anglomanía, querido lector, si en este libro hablo con frecuencia de los ingleses; son actualmente tan numerosos en Italia como para que pueda pasarlos por alto: atraviesan este país en enjambres, acampan en todas las fondas, pululan por doquier para ver todo y ya no se puede uno imaginar un limonero italiano sin una inglesa que lo esté olisqueando ni una galería sin una sesentena de ingleses que, con sus guías en la mano, van de acá para allá y miran si está todo lo que de notable se ha mencionado en el libro316. Cuando ese pueblo de rubios de mejillas rosadas con sus coches de tiros largos, lacayos abigarrados, relinchantes caballos de carrera, camareras tocadas de verdes velos y demás preciosos atrezos, pasan, curiosos y limpios, los Alpes y se les ve atravesar Italia, uno cree estar asistiendo a una elegante invasión de bárbaros. Y de hecho, el hijo de Albión, si bien lleva mudas blancas y todo lo paga en contante, es un bárbaro civilizado si se le compara con los italianos, quienes más bien anuncian una civilización que pasa a la barbarie. Aquel manifiesta en sus costumbres una rudeza controlada, este una finura distendida. E incluso las pálidas caras italianas, de ojos de un blanco sufrido, con los labios enfermizamente suaves, ¡qué misteriosamente elegantes resultan frente a los rígidos rostros británicos con su roja y plebeya

salud! Todo el pueblo italiano está interiormente enfermo y las personas enfermas son siempre realmente más exquisitas que las sanas; pues solo un hombre enfermo es un hombre auténtico, sus miembros tienen una historia de sufrimiento, ellos están transidos por el espíritu. Creo incluso que los animales, a través de la lucha y el sufrimiento, se podrían convertir en humanos. En cierta ocasión vi un perro moribundo que, en sus tormentos de agonía, me miraba de manera casi humana.

La expresión facial de sufrimiento se manifiesta de manera ejemplar en los italianos cuando con ellos se habla de la infelicidad de su patria. Y para ello hay en Milán suficientes ocasiones. Esta es la más dolorosa herida en el pecho de los italianos, que sufren un escalofrío tan pronto como se toca tangencialmente este asunto. Ellos tienen enseguida un movimiento de hombros que a nosotros nos llena de especial compasión. Uno de mis británicos consideraba a los italianos indiferentes desde un punto de vista político porque parecían escuchar descomprometidos cuando los extranjeros politizamos sobre la emancipación y la guerra de los turcos; y fue suficientemente injusto cuando se manifestó de manera burlona contra un pálido italiano de barba negra como la pez. El día anterior habíamos visto una ópera en la Scala y habíamos escuchado el horrible estruendo que, como es corriente, tiene lugar en semejantes ocasiones.

—Ustedes los italianos —dijo el británico al pálido— parecen estar muertos para todo excepto para la música y solo esta puede entusiasmarles.

—Nos hace una injusticia —dijo el pálido encogiéndose de hombros—. ¡Ay! —añadió en un suspiro—, Italia está sentada soñando elegíacamente sobre sus ruinas, y cuando a veces despierta ante la melodía de una canción y se levanta tempestuosamente, este entusiasmo no se dirige a la canción misma, sino más bien a los antiguos sentimientos y recuerdos, que ha despertado igualmente la canción, que Italia siempre lleva en el corazón y ahora rugen poderosamente. Este es el significado del loco ruido que usted ha oído en la Scala.

Quizás esta confesión ilustre en cierta medida el entusiasmo que a la otra parte de los Alpes producen las óperas de Rossini y Mayerbeer. Si alguna vez he visto una locura, esto fue en la representación del *Crociato in Egitto*, cuando a veces la música salta de un pasaje suave y melancólico a un dolor clamoroso. Esa locura en Italia se llama *furore*.

CAPÍTULO XXVIII

Si bien, querido lector, ahora tendría la oportunidad con la mera mención de

las galerías Brera y Ambrosiana de proponerte mis cuitas artísticas, voy a dejar pasar de mí este cáliz y me voy a contentar con la anotación de que la mandíbula aguda que da a las pinturas de la escuela lombarda un aire de sentimentalismo, la he visto en las calles de Milán en muchas bellas lombardas. Me fue sumamente instructivo el poder contrastar las obras de una escuela con los originales que les habían servido de modelo; el carácter de esa escuela se me representó de manera más clara. Así me pasó en el mercado anual de Rotterdam, donde de repente entendí a Jan Steen en su más gloriosa jocosidad; más tarde así aprendí a lo largo del Arno la verdad de formas y el laborioso espíritu de los florentinos, y en san Marco la verdad cromática y la ensoñadora superficialidad de los venecianos. Ve a Roma, alma bendita, y quizás logres subir a la visión de la idealidad y al entendimiento de Rafael.

Mientras tanto no puedo pasar por alto la cosa más notable de Milán, a saber, la catedral. Desde lejos parece como si estuviera recortada en papel blanco y de cerca uno queda perplejo de que esta obra del cincel esté hecha de incontestable mármol. Las infinitas imágenes de santos que cubren todo el edificio y que se asoman por debajo de hornacinas góticas y que arriba están plantadas en las agujas: este pueblo de piedra le confunde a uno el sentido. Cuando se observa todo el conjunto de manera más detenida, resulta realmente hermoso, colosalmente lindo, un juguete para los hijos de un gigante. A la luz de la luna de medianoche se tiene una mejor vista, pues entonces estos seres de piedra descienden de esa su aglomerada altura y van a pasear con uno por la *Piazza* y le susurran al oído viejas historias, sanamente ejemplares, totalmente secretas de Galeazzo Viconti, quien comenzó la catedral, continuada posteriormente por Napoleón.

«¿Ves tú?», me dijo un extraño santo que en la época más reciente había sido realizado del más reciente mármol, «¿ves tú?, mis camaradas más viejos no podían comprender por qué el emperador Napoleón ha sido tan celoso en la construcción de la catedral. Pero sé muy bien que él se ha dado cuenta de que esta gran casa de piedra será en todo caso un edificio muy útil y todavía lo será más cuando el cristianismo haya pasado».

Una vez que haya pasado el cristianismo... Me quedé realmente aterrado cuando oí que hay santos en Italia que mantienen tal discurso y además en una plaza donde los guardias austriacos paseaban de arriba abajo con morrión y mochila. En todo caso, ese lechuzo de piedra tiene razón: el interior de la iglesia es bellamente frío en el verano y alegre y cómodo, y conservaría su valor en una situación distinta.

La terminación de la catedral fue uno de los pensamientos preferidos de Napoleón y no estaba lejos de poder realizarlo cuando su imperio se quebró. Los austriacos completan ahora la obra. También en el famoso arco de triunfo que debía concluir la ruta al paso del Simplón se sigue construyendo. Naturalmente, la estatua de Napoleón no se pondrá en lo alto del arco, como se había pretendido anteriormente. Sin embargo, el gran emperador ha dejado una gran estatua que es mejor y más duradera que el mármol y que ningún austriaco podrá escamotear a nuestra vista. Cuando nosotros ya haga tiempo que hayamos sido segados por la guadaña del tiempo y se nos haya aventado como heno del campo, esa estatua seguirá erguida; nuevas generaciones surgirán de la tierra, la mirarán con vértigo y de nuevo se postrarán. Y el tiempo, incapaz de destruir esa imagen, intentará cubrirla en una niebla legendaria y su historia descomunal se hará finalmente mito.

Quizás, después de milenios, un ingenioso maestrescuela, en una disertación instructiva, demostrará incontestablemente que Napoleón Bonaparte sería idéntico a aquel otro Titán que robó la luz a los dioses y que por este delito fue aherrojado en una roca solitaria en medio del mar, entregado a los buitres, que constantemente corroen su corazón.

CAPÍTULO XXIX

Te ruego, amado lector, que no me consideres un incondicional bonapartista, pues mi consideración no tiene como objeto sus actuaciones, sino solo el genio del hombre. Tiene toda mi estima incondicional hasta el dieciocho de brumario317. Ese día traicionó la libertad. Y no lo hizo por necesidad, sino por secreta tendencia al aristocratismo. Napoleón Bonaparte era un aristócrata, un noble enemigo de la igualdad burguesa y constituyó un colosal malentendido que la aristocracia europea, representada por Inglaterra, le guerreara de manera tan hostil; pues si bien pretendía realizar algunas modificaciones en el personal de esta aristocracia, él habría mantenido la mayor parte de la misma y su principio propiamente dicho; él habría regenerado esta aristocracia que ahora yace arrodillada, abatida por la debilidad de la edad, la pérdida de sangre y el cansancio de su última y, ciertamente, final victoria.

Querido lector, aquí, de una vez para siempre, vamos a ponernos de acuerdo. Yo no alabo la acción, sino solo el espíritu humano; la acción es solo su vestido y la historia no es otra cosa que el antiguo guardarropa del espíritu humano. Sin embargo, el amor quiere a veces viejos atuendos y por eso me gusta la capa de Marengo.

«Estamos en la batalla de Marengo». ¡Cómo rió mi corazón cuando el postillón exclamó estas palabras! Estaba en compañía de un muy remilgado lituano, que más bien se hacía pasar por ruso; había partido por la tarde de Milán y veía salir el sol a la mañana siguiente sobre el célebre campo de batalla.

Aquí el general Bonaparte apuró un trago tan largo del cáliz de la fama que en la borrachera se convirtió en cónsul, emperador y conquistador del mundo para solo volver a la sobriedad en Santa Helena. A nosotros no nos ha ido mucho mejor, nosotros nos emborrachamos con él, nosotros soñamos todo con él, nos despertamos y en el dolor de la sobriedad hacemos todo tipo de reflexiones inteligentes. A menudo nos parece como si la fama guerrera fuera un placer anticuado, las guerras recibieran una significación más noble y Napoleón fuera el último conquistador.

Da la sensación de que ahora se luchara más por intereses espirituales que materiales y como si la historia mundial no debiera ser una historia de bandidos sino una historia de espíritus. El resorte más importante que los ambiciosos y avariciosos príncipes supieron poner en movimiento para sus fines privados, por lo demás de manera muy efectiva, a saber, la nacionalidad con su orgullo y su odio, está ahora podrido y gastado; diariamente desaparecen cada vez más los estúpidos prejuicios nacionalistas, todas las rudas peculiaridades se hunden en la generalidad de la civilización europea. En Europa ya no hay naciones, sino partidos, y es una visión maravillosa comprobar cómo estos, a pesar de tener los colores más diversos, se reconocen bien, y a pesar de las diferencias lingüísticas se entienden entre sí. Al igual que hay una sola política estatal material, también hay una única política espiritual de partido; y al igual que la política estatal convertiría inmediatamente incluso la más mínima guerra que surgiera entre las dos más insignificantes potencias en una guerra general europea en la que todos los estados se mezclarían con mayor o menor celo, pero en todo caso con interés, del mismo modo ahora no puede tener lugar en el mundo la más mínima batalla en la que mediante esa política de partidos no se reconozca el significado generalmente espiritual y los más apartados y heterogéneos partidos no se vean obligados a tomar parte en pro o en contra. Mediante esta política de partido, que yo denomino una política de espíritus debido a que sus intereses son más espirituales y sus *ultimae rationes* no son las del vil metal, se forman ahora, como lo hizo antes mediante la política de estado, dos grandes masas que se enfrentan mutuamente y se combaten con palabras y miradas. Los lemas y representantes de estas dos grandes masas de partido cambian a diario y no están exentos de confusionismo; a menudo surgen los más colosales malentendidos que los diplomáticos de esta política de los espíritus, los escritores, más bien aumentan que reducen; sin

embargo, por más que las cabezas se equivoquen, no por eso dejan de sentir los espíritus y el tiempo sigue apremiando con su gran tarea.

Pero ¿en qué consiste esta gran tarea de nuestra época?

En la emancipación. No solo la de los irlandeses, griegos, judíos de Fráncfort, negros de las Indias Occidentales y demás pueblos sometidos, sino la emancipación de todo el mundo, especialmente de Europa, que se ha hecho mayor de edad y ahora se desprende de las andaderas de hierro de los privilegiados, de la aristocracia. Por más que, sin embargo, algunos renegados filosóficos de la libertad forjen las más finas argumentaciones para demostrarnos que millones de seres humanos han sido creados como animales de carga de unos miles de caballeros privilegiados, no podrán convencernos de ello mientras, como dice Voltaire, no demuestren que aquellos han venido al mundo con la silla de montar sobre las espaldas y estos con espuelas en los talones.

Cada época tiene sus tareas y, gracias al cumplimiento de la misma, la humanidad sigue avanzando. La anterior desigualdad que instauró en Europa el sistema feudal, fue quizá condición necesaria para los adelantos de la civilización; sin embargo, en el presente dificulta estos adelantos y subleva los corazones civilizados. Necesariamente, a los franceses, el pueblo de la sociabilidad, esta desigualdad que choca de la manera más inaguantable y penosa, les ha amargado profundísimamente y ellos han intentado lograr la igualdad cortando las cabezas de aquellos que deseaban destacar y la revolución fue la señal para la guerra de liberación de la humanidad.

Alabemos a los franceses que se preocuparon por las dos mayores necesidades de la sociedad humana: por la buena mesa y por la igualdad ciudadana; tanto en la cocina como en la libertad han realizado grandes avances y si alguna vez todos, en cuanto comensales con los mismos derechos, logramos celebrar el festín de la reconciliación y estamos contentos —pues ¿qué mejor cosa podría darse que una sociedad de iguales en una mesa bien provista?—, entonces dedicaremos a los franceses el primer brindis. Por supuesto que pasará algún tiempo hasta que se pueda celebrar ese festín, hasta que la emancipación se imponga; pero esta finalmente llegará, esa época en la que nosotros, reconciliados e iguales, nos sentemos a una misma mesa. Entonces estaremos unidos y unidos lucharemos contra los restantes males del mundo y finalmente contra la muerte, cuyo grave sistema de igualación por lo menos no nos hiere tanto como la riente doctrina de la desigualdad del aristocratismo.

No te rías, lector sobrevenido. Cada época cree que su lucha es la más importante de todas y esta es la creencia más propia de la época; en esa creencia vive y muere y también nosotros queremos vivir y morir en esta a religión de la libertad, que quizás merezca el nombre de religión más que el hueco y fenecido fantasma de las almas que nosotros acostumbramos a denominar así. Nuestra cruzada nos parece la más importante por la que jamás se haya podido luchar en esta tierra, si bien la intuición histórica nos dice que nuestros nietos mirarán esta cruzada con el mismo sentimiento de indiferencia con el que nosotros miramos la batalla de los primeros hombres que tuvieron que pelear igualmente contra ávidos monstruos, dragones y gigantes ladrones.

CAPÍTULO XXX

En el campo de batalla de Marengo a uno le asaltan consideraciones a raudales, de tal manera que se podría creer que eran las mismas que allí tantos dejaron abandonadas y que ahora están vagando como perros sin dueño.

Amo los campos de batalla, pues por muy terrible que sea la guerra, manifiesta la grandeza moral del hombre que puede oponerse a su más poderoso enemigo, la muerte. Y más precisamente este campo de batalla donde la libertad bailó sobre rosas sangrientas la más abundosa danza nupcial. Francia era entonces el novio, había invitado a la boda a todo el mundo y, como dice la canción:

¡Bien que, en vez de pucheros,

La víspera de la boda, testas

De aristócratas rompieron![318].

Pero, ¡ay!, cada barrera que la humanidad logra derribar, cuesta ríos de sangre: ¿no es esto algo demasiado caro? ¿Quizás la vida del individuo no es tan valiosa como la de todo el género humano? Pues cada hombre individual es ya un mundo que con él nace y con él muere. Bajo cada lápida fúnebre yace una historia mundial. Pero dejemos esto: así hablarían los muertos que aquí cayeron. Nosotros vivimos y queremos seguir luchando en las guerras santas de la liberación de la humanidad.

—¿Quién piensa ya en Marengo? —me dijo el compañero de viaje, ruso lituano, cuando recorríamos aquel campo desolado—, todos los ojos están dirigidos a los Balcanes, donde mi compatriota Diebitsch le coloca el turbante a los turcos y nosotros tomaremos este año Constantinopla. ¿Está usted realmente a

favor de los rusos?

Esta era una pregunta que yo habría contestado con gusto en cualquier sitio menos en los campos de batalla de Marengo. Veía en la niebla matutina al hombre del pequeño tricornio y el abrigo de campaña: cabalgaba como un pensamiento, veloz como el espíritu, en la lejanía resonaba un horrible y dulzón *allons enfants de la patrie*. Y yo respondí: «Sí, estoy a favor de los rusos».

Y de hecho, por un extraño intercambio de consigna y representantes acaecido en esta gran guerra, sucede que incluso el más fervoroso amigo de la revolución solo ve la salvación del mundo en la victoria de Rusia y está obligado a considerar al zar Nicolás319 como el portaestandarte de la libertad. ¡Extraño cambio! Solo hace dos años investíamos con este cargo a un ministro inglés. Los alaridos del odio *tory* contra Georg Canning orientaban entonces nuestra elección y en las innobles ofensas aristocráticas que sufrió, vimos las garantías de su lealtad. Y cuando él murió la muerte del mártir, nos pusimos de luto, y el ocho de agosto se convirtió en un día sagrado en el calendario de la libertad. De nuevo quitamos el estandarte de Downing Street y lo plantamos en San Petersburgo, escogiendo como portador al zar Nicolás, el caballero de Europa que protegía a las viudas y los huérfanos griegos contra los bárbaros asiáticos y que en semejantes benéficas batallas se ganaba sus espuelas de caballero. De nuevo los enemigos de la libertad se habían traicionado sobremanera y de nuevo utilizamos el ingenio de su odio para reconocer nuestra propia bondad. De nuevo se puso de manifiesto el fenómeno, por lo demás normal, de que tengamos que agradecer nuestros representantes más a la mayoría de votos de nuestros enemigos que a nuestra propia elección. En la medida en que consideramos esa alianza de extraña composición que eleva sus piadosos votos al cielo por la salvación de Turquía y por el hundimiento de Rusia, en esa misma medida nos damos cuenta inmediatamente de quién es nuestro amigo o, mejor, el terror de nuestros enemigos. ¡Cómo tuvo que reírse el buen Dios en el cielo cuando oyera rezar al unísono a Wellington, al gran muftí, al papa, a Rothschild I, a Metternich y a todo un tropel de caballeretes, curillas, turcos y agiotistas a favor de una misma causa, a saber, la salvación de la media luna!

Lo que los alarmistas hasta ahora han fabulado acerca del peligro al que nos expone la supremacía de Rusia es estúpido. Por lo menos nosotros, los alemanes, no tenemos nada que arriesgar, pues el problema no estriba en un mayor o menor grado de servidumbre. Se nos amenaza con el dominio del *Knut*, pero yo estaría dispuesto a aceptar algo de ese garrote, si estuviera seguro de que también nuestros enemigos lo recibían. Pero apuesto a que lograrán congraciarse, como

siempre han hecho, con el nuevo poder y sonreír graciosos y ofrecerse voluntarios para los más vergonzosos servicios y con ello, dado que de nuevo deberán ser sometidos al garrote, conseguir el privilegio de unos garrotazos de honor, como el noble de Siam, al que, cuando debe ser castigado, se le mete en un saco de seda y se le golpea con un garrote perfumado mientras que al ciudadano culpable se le mete en un saco solo de lino y no recibe garrotazos olorosos. Este privilegio, dado que es único, se lo queremos permitir, cuando llegue el caso, a la nobleza inglesa. Por muy celosamente que uno recuerde que fue precisamente esa nobleza la que obligó al despotismo a conceder una carta magna y que Inglaterra, a pesar del mantenimiento de la desigualdad civil de los estamentos, sin embargo, ha asegurado la libertad personal; a pesar de que Inglaterra haya sido el lugar de refugio para espíritus libres, cuando el despotismo oprimía a todo el continente... eso son ya *tempi passati*. Inglaterra, con sus aristócratas, actualmente se está hundiendo. Los espíritus libres tienen ahora en caso de necesidad un mejor refugio y, aunque Europa entera fuera una cárcel, existiría un agujero donde meterse: América. Y, gracias a Dios, ese agujero es mayor que la cárcel misma.

Pero todo esto son elucubraciones ridículas cuando se compara Inglaterra con Rusia, y ni siquiera al más precavido le queda la mínima sospecha de qué partido hay que tomar. La libertad ha surgido en Inglaterra por casualidad histórica, en Rusia por principios. Como esa casualidad, también sus resultados espirituales llevan el sello de la Edad Media. Toda Inglaterra está anquilosada en unas medievales instituciones irrejuvenecibles, tras las cuales se ha atrincherado la aristocracia en espera de la lucha final. Sin embargo, aquellos principios de los que la libertad rusa ha surgido o, mejor dicho, se va desarrollando día a día, son las ideas liberales de nuestro tiempo más moderno. El gobierno ruso está transido por estas ideas, su ilimitado absolutismo es más bien una dictadura orientada a que afloren esas ideas. Este gobierno no tiene sus raíces en el feudalismo y el clericalismo y se opone al poder aristocrático y eclesiástico. Ya Catalina la Grande limitó el poder de la iglesia y en Rusia el título de nobleza se concede ahora por los servicios prestados al estado. Rusia es un estado democrático y casi podríamos llamarlo un estado cristiano si se pudiera utilizar esta palabra, de la que a menudo se ha abusado, en su sentido más dulce y cosmopolita: los rusos, gracias a la amplitud de su imperio, se han visto libres de esa limitación de espíritu que impone un pagano sentido nacionalista. Ellos son cosmopolitas o, al menos, cosmopolitas en una sexta parte, pues Rusia constituye la sexta parte del mundo habitado.

Y realmente, cuando algún ruso alemán, como mi compañero de viaje lituano, se las da de patriota y habla de nuestra Rusia y de nuestro Diebitsch, me

sucede como si estuviera oyendo a un arenque que propusiera la mar océana como su patria e hiciera a la ballena su compatriota.

CAPÍTULO XXXI

—Estoy a favor de los rusos —dije yo en el campo de batalla de Marengo y me bajé por unos minutos del coche para tener un momento de recogimiento.

Como bajo un arco de triunfo de colosales masas nubosas se levantó el sol, victorioso, alegre, seguro, prometiendo un hermoso día. A mí, sin embargo, me embargaba el sentimiento que debía de tener la pobre luna que, pálida, todavía estaba en el cielo. Había recorrido en solitario su órbita en el desértico tiempo nocturno, en el que la felicidad duerme y solo fantasmas, búhos y pecadores practican su labor. Ahora, cuando amanecía el nuevo día con jubilosos rayos y trémula alborada, ahora tenía que abandonar el campo. Todavía una mirada nostálgica hacia la gran luz del mundo y pronto desaparecería como una vaporosa niebla320.

—Va a ser un bello día! —exclamó mi compañero de viaje dirigiéndose a mí desde el coche—. Sí, va a ser un bello día, repitió quedamente mi suspirante corazón mientras temblaba de nostalgia y alegría.

Sí, va a ser un bello día: el sol de la libertad calentará más felizmente la tierra que todas las aristocráticas estrellas; florecerá una nueva estirpe engendrada en el libre abrazo de entrega, no en el lecho obligado de la córvea y bajo el control de aduaneros espirituales; con el nacimiento en libertad llegarán también al hombre libres pensamientos y sentimientos al mundo de los que los esclavos de nacimiento no tienen ni idea. ¡Oh, no tendrán ni idea de lo terrible que fue la noche en cuya oscuridad tuvimos que vivir, ni de la terrible lucha que tuvimos que mantener con horribles fantasmas, estúpidos búhos y santones pecadores! ¡Ay de nosotros, pobres combatientes que tuvimos que desperdiciar nuestra vida en semejante batalla y cansados y pálidos estábamos ya cuando el día de la victoria surgía radiante! El ascua de la salida del sol no podrá calentar nuestros carros ni nuestros corazones, nosotros moriremos como la luna que se despide: demasiado cortos son los días del hombre y al final de su peregrinación le espera la implacable fosa.

Yo no sé realmente si merezco que se me adorne el féretro con una corona de laurel. La poesía, por muy querida que me sea, solo me fue un santo juguete sacrosanto o un medio ungido para fines celestiales. No he dado nunca un gran

valor a la fama del artista y poco me preocupa el que se alaben o critiquen mis poesías. Pero una espada se deberá poner en mi féretro, pues fui un valiente soldado de las guerras de liberación de la humanidad.

CAPÍTULO XXXII

Durante el bochorno del mediodía buscamos refugio en un convento de franciscanos situado a una importante altura y con sobrios cipreses y blancos monjes321. Como un castillo de caza de la fe miraba hacia los valles alegremente verdes de los Apeninos que se extendían allá abajo. Era una de tantas bellas construcciones conventuales, ante las que tuve oportunidad de pasar a lo largo de mi camino, por no hacer mención de la cartuja de Monza, que solo vi por fuera. A menudo no sabía si tenía que admirar más la belleza del entorno, la grandeza de las iglesias antiguas o el grande y sólido convencimiento pétreo de sus constructores, que, en efecto, pudieron prever que solo sus lejanos nietos estarían en situación de finalizar estas construcciones: a pesar de esto, ellos pusieron la primera piedra y apilaron piedra tras piedra hasta que la muerte les apartó de la obra y otros maestros constructores la continuaron para finalmente entregarse al descanso eterno. Todos en la firme convicción de la eternidad de la Iglesia Católica y en la firme confianza de que las sucesivas generaciones pensarían lo mismo y continuarían construyendo allí donde los antecesores habían cesado.

Era la fe de la época, y los viejos maestros constructores vivieron y murieron en esta creencia. Ahí yacen ahora delante de las puertas de esas viejas iglesias y es de desear que estén profundamente dormidos y que la risa de la nueva época no les despierte. Especialmente para aquellos que yacen ante una de las viejas catedrales que no se terminaron sería penoso despertarse por la noche de repente y a la dolorosa luz de la luna ver su obra sin terminar y pronto darse cuenta de que se habían acabado los tiempos en los que se continuaba la construcción y que toda su vida había sido inútil y tonta.

Así habla ahora el nuevo tiempo, que tiene otra tarea, otra fe.

En cierta ocasión oí en Colonia cómo un pequeño muchacho preguntaba a su madre: «¿Por qué no se acaba esta catedral a medio construir?». Era un bello niño y habría besado sus inteligentes ojos. Dado que la madre no le daba ninguna respuesta satisfactoria, le dije que ahora los hombres tenían otras cosas que hacer322.

No muy lejos de Génova, desde las crestas de los Apeninos, se ve el mar:

entre las cumbres de las montañas aparecen las azules ondas y los barcos que aquí y allá se ven parecen navegar velas desplegadas sobre las cumbres. Pero si esta vista se tiene en el momento del ocaso, cuando las últimas luces del sol comienzan su maravilloso juego con las primeras sombras de la tarde y todos los colores y formas se entretejen nebulosamente, entonces uno se siente realmente sumido en un ambiente de cuento. El carruaje rueda montaña abajo, las imágenes ensoñadoramente más dulces se agitan y uno sueña estar finalmente en Génova.

CAPÍTULO XXXIII

Génova es una ciudad antigua sin antigüedades, estrecha pero sin intimidad y fea sobremanera. Está construida sobre una roca, al pie de montañas dispuestas en forma de anfiteatro y que parecen abrazar el más bello de los golfos. Los genoveses recibieron de la naturaleza el mejor y más seguro de los puertos. Dado que, como hemos dicho, toda la ciudad está sobre una sola roca, para ahorrar espacio, las casas han tenido que ser construidas hacia lo alto y las calles muy estrechas, de tal manera que estas son casi todas muy oscuras y los carros solo pueden circular por dos de ellas. Pero aquí las casas sirven a los habitantes, que mayormente son comerciantes, casi solo como almacenes de mercancías; y por las noches de dormitorio. Durante todo el santo día recorren la ciudad o están sentados ante las puertas de sus casas o, mejor dicho, en las puertas de la casa, pues de lo contrario se tocarían con las rodillas de los vecinos de enfrente.

Desde el lado del mar, especialmente al atardecer, se tiene una mejor vista de la ciudad. Está situada junto al mar como el pálido esqueleto de un gigantesco animal arrojado a la orilla; oscuras hormigas que se llaman genoveses pululan en ella yendo de una parte a otra; las azules olas del mar la bañan como una canción de cuna; la luna, el pálido ojo de la noche, la observa con nostalgia desde arriba.

En el jardín del *palazzo Doria* se yergue el antiguo héroe del mar[323] como Neptuno en una gran pileta de agua. Pero la estatua está desgastada y mutilada, el agua se ha secado y las gaviotas anidan en los negros cipreses. Como un muchacho, que siempre tiene en la cabeza sus comedias, pensé al escuchar el nombre de Doria en Friedrich Schiller[324], el más noble, aunque no mejor, poeta de los alemanes.

Si bien la mayor parte de ellos están ruinosos, los palacios de los antiguos potentados de Génova, los *nobili*, son muy bellos y cargados de boato. La mayoría de ellos está en dos grandes calles, la llamada Strada Nuova y en la Balbi. El *palazzo Durazzo* es el más notable. Hay en él bellos cuadros, entre ellos un Veronés que

representa a Cristo con la Magdalena que le seca los pies lavados. Es tan bello que podría temerse que ella pudiera dejarse seducir de nuevo. Estuve largo tiempo ante el cuadro, pero, por desgracia, ella no levantó la cabeza. Cristo está allí como un Hamlet de la religión: *go to a nunnery*325. Aquí encontré también algunos pintores neerlandeses y exquisitas pinturas de Rubens; estas últimas, penetradas por la alegría colosal de este titán neerlandés326, cuyas alas espirituales eran tan potentes que voló hasta el sol, a pesar de que de los pies le colgaban unos cuantos cientos de libras de queso holandés. No puedo pasar por delante de la más pequeña obra de este gran pintor sin tributarle el testimonio de mi admiración. Sobre todo teniendo en cuenta que ahora está de moda el observarlo, quizás a causa de su carencia de identidad, con un encogimiento de hombros. La escuela histórica de Múnich se manifiesta especialmente grande en semejante observación. Véase si no, con qué elegante menosprecio pasea el melenudo corneliano a través de la sala Rubens. Quizás, sin embargo, es el error de los discípulos explicable cuando se observa el gran contraste que existe entre Peter Cornelius327 y Peter Paul Rubens.

Es imposible imaginarse un contraste mayor y, sin embargo, me parece como si ambos tuvieran semejanzas que yo más podría adivinar que observar. Quizás haya en ellos ocultas peculiaridades de compatriotas, que a un tercer compatriota, a saber un servidor, le hablan como secretos y suaves murmullos. Este secreto parentesco consiste, sin embargo, ya no en la alegría holandesa y en el placer cromático que nos asaltan sonrientes desde cualquier cuadro de Rubens, de tal manera que se podría pensar que los ha pintado en una alegre borrachera de vino del Rin, mientras en torno a él resonaba una alegre música de baile de kermés. Realmente los cuadros de Cornelius parecen haber sido pintados más bien en Viernes Santo, mientras las graves canciones procesionales de la pasión discurrían por las calles y resonaban en el taller del pintor y en su corazón. En la productividad, en la valentía creativa, en la genial originalidad ambos son más semejantes, ambos son pintores natos y pertenecen al ciclo de grandes maestros, que en su mayor parte florecieron en la época de Rafael, una época que pudo ejercer su influencia inmediata todavía sobre Rubens, pero que está tan apartada de nosotros que casi nos espantamos de la aparición de Peter Cornelius. Este a menudo nos parece como el espíritu de un gran pintor de la época de Rafael que surgiera de la tumba para pintar todavía unos cuadros; un muerto creativo, autoconjurado por la palabra de vida enterrada que lo habita. Cuando consideramos sus cuadros, los vemos como con los ojos del siglo XV: sus vestidos nos parecen fantasmagóricos, como si pasaran por delante de nosotros a medianoche murmurando con la fuerza de la magia. Sí, Cornelius es un creador, pero si observamos sus criaturas, nos parece como si todas ellas no pudieran vivir

mucho más; como si todas hubieran sido pintadas una hora antes de su muerte y portaran toda la nostálgica previsión de la muerte. A pesar de su jovialidad, las figuras de Rubens provocan en nuestra alma un sentimiento semejante y parecen igualmente llevar en sí mismas la semilla de la muerte y nos parece como si ellas, precisamente debido a su plenitud vital, a su plétora de sangre roja y pura, estuvieran próximas a un ataque repentino. Este es quizás el secreto parentesco que en el contraste de ambos pintores percibimos tan maravillosamente. El máximo placer en algunos cuadros de Rubens y el más profundo dolor en los de Cornelius provocan en nosotros quizás el mismo sentimiento. Pero ¿de dónde le iba a venir a un holandés ese sentimiento de dolor? Quizás sea la conciencia triste de pertenecer a una época hace tiempo desaparecida y de que su vida es una misión póstuma. Pues, ¡ay!, no es solo el único gran pintor que ahora vive, sino también el último quizás que pintará en esta tierra. Antes de él y hasta la época de Carracci, hay una gran oscuridad, y después de él se empiezan a espesar las sombras, su mano es la ligera y solitaria mano de los espíritus en la noche del arte, y los cuadros que ella pinta portan la tristeza terrible de semejante lejanía inaccesible. Yo no he podido contemplar nunca esta última mano de pintor sin un secreto escalofrío desde que vi al hombre mismo, al pequeño y agudo hombre de ojos cálidos. Y, sin embargo, de nuevo esta mano provocaba en mí el sentimiento de la más femenina piedad, dado que recuerdo que ella, en otro tiempo, estuvo amorosamente sobre mis pequeñas manos y me ayudó a sacar algunos contornos de la cara cuando yo, de pequeño, aprendía a pintar en la Academia de Düsseldorf.

CAPÍTULO XXXIV

No puedo dejar de mencionar la colección de retratos de bellas genovesas que se mostraba en el *palazzo Durazzo*. Nada en el mundo puede entristecer más nuestra alma que la contemplación de esos retratos de bellas mujeres, muertas ya desde hace varios siglos. Con melancolía nos asalta la idea de que de los originales de esos cuadros, de todas aquellas bellezas que un día fueron tan encantadoras, coquetas, graciosas, pícaras y apasionadas, de todas aquellas cabecitas de mayo que anhelaban abril; de toda aquella primavera de mujeres no ha quedado más que esas siluetas coloreadas que un pintor, cuyo cuerpo también se corrompió hace ya mucho tiempo, pintó sobre un trocito de tela apolillada que con el tiempo también se deshace y desaparece. La misma suerte corre todo aliento de vida; tanto lo bello como lo feo pasan sin dejar rastro; la muerte, estéril pedante, respeta a la rosa tan poco como al cardo; ni siquiera olvida al diminuto tallo solitario del más lejano desierto; destruye incesantemente y a conciencia; por doquier la vemos arremeter contra plantas y animales, los hombres y sus obras, hasta convertirlos en polvo, e incluso aquellas pirámides egipcias que parecen porfiar su ira destructora, son

únicamente trofeos de su poder, monumentos a lo perecedero, antiquísimas tumbas de reyes.

Pero aún más terrible que este sentimiento de un eterno morir, de una aniquilación desoladoramente amenazante, es la idea de que ni tan siquiera morimos como originales, sino como copias de hombres desaparecidos hace mucho, iguales que nosotros en cuerpo y espíritu, y que después de nosotros nacerán de nuevo hombres que otra vez sentirán, pensarán y físicamente se asemejarán a nosotros, y a quienes la muerte igualmente aniquilará... Un cíclico y eterno juego desolador por el cual la tierra creadora debe procrear y procrear una y otra vez mientras la muerte va destruyendo, de manera que la primera, en semejante estado de necesidad, puede cuidar de la conservación de las especies más que de la originalidad de los individuos.

Los místicos escalofríos derivados de este pensamiento me conmocionaron de forma prodigiosa al ver a las bellas genovesas en el *palazzo Durazzo*. Debajo de estas colgaba un cuadro que provocó una dulce tempestad en mi alma y que todavía hoy hace temblar mis párpados cuando pienso en él: era la imagen de la difunta María.

El celador de la galería dijo, sin embargo, que el cuadro representaba una duquesa de Génova, y con tono de cicerone añadió: fue pintado por Giorgio Barbarelli da Castelfranco nel Trevigiano, conocido como Giorgione, fue uno de los más grandes pintores de la escuela de Venecia, nació en el año 1477 y murió en el 1511.

—Déjelo estar, *signor Custode*. El cuadro está bien conseguido. El que haya sido pintado hace un par siglos no es ninguna falta. El dibujo es correcto, el color es excelente, los pliegues del vestido en su pecho son exquisitos. ¿Tendría usted la bondad de descolgar el cuadro de la pared tan solo un momento? Únicamente quiero soplar el polvo de los labios de María y espantar la araña que hay en el extremo del marco... María siempre sintió repugnancia por las arañas.

—*Eccellenza* parece ser un experto en la materia.

—¡Qué sabré yo, *signor Custode!* Poseo el talento de conmoverme profundamente ante algunos cuadros, y los ojos se me humedecen a continuación. Pero, ¡qué ven mis ojos! ¿De quién es aquel retrato del hombre que viste una capa negra?

—También es de Giorgione, una obra maestra.

—¿Tendría usted la bondad de descolgar también ese cuadro de la pared y de mantenerlo por un instante junto al espejo para que pueda yo comprobar si me parezco a ese hombre?

—*Eccellenza* no está tan pálido. El cuadro es una obra maestra de Giorgione; fue rival de Tiziano, nació en el año 1477 y murió en el 1511.

Querido lector, prefiero mil veces más a Giorgione que a Tiziano, y le agradezco especialmente que pintara a María para mí. Apuesto a que verás de forma tan clara como yo que Giorgione ha pintado ese cuadro para mí y no para un viejo genovés. Y está muy bien conseguido, conseguido en silencio, no falta ni tan siquiera el dolor en los ojos, un dolor que parece más propio de un sufrimiento soñado que de uno realmente vivido y que fue muy difícil de pintar. Todo el cuadro parece suspirar sobre el lienzo. También el hombre de la capa negra está bien pintado, y sus labios maliciosamente sentimentales están bien conseguidos, perfectamente conseguidos, como si quisieran contar una historia... Es la historia del caballero que quiso arrebatar a su amada de la muerte con un beso, y cuando la luz se apagó328...

222 Tras los precedentes apuntes irónicos sobre el espíritu aburguesado de la sociedad alemana, Heine aprovecha este viaje que le conduce al sur para, a través del análisis contrastivo de Berlín y Múnich, hacer un repaso crítico a los talantes (excúseseme el término) culturales y artísticos de las dos ciudades.

223 El interlocutor berlinés del protagonista viajero se expresa en dialecto berlinés. Nosotros hemos intentado dar algunas variantes fonéticas para marcar su discurso.

224 El actual barrio de Berlín no estaba todavía incorporado administrativamente a la ciudad.

225 Es el río que atraviesa la capital alemana.

226 En el momento en el que Heine emprende el viaje italiano está viviendo en Múnich.

227 Pequeña ciudad de Brandenburgo.

228 Es perfectamente reconocible la ironía heineana al colocar a Innsbruck

junto a poblaciones menores o incluso inexistentes, a las que llama capitales.

229 Célebre restaurante en el *Gendarmenmarkt* berlinés fundado en 1811.

230 Alusión al rey Federico II, que la historiografía inicial bautizó con el calificativo de «Grande».

231 Federico II vivió y gobernó Prusia en y desde el palacio de Sanssouci, en Potsdam, donde recibió, entre otros, al filósofo francés Voltaire.

232 La iglesia mencionada es la que, a orillas del Spree, en Berlín, levantó en estilo neogótico (en ladrillo) el arquitecto del Berlín posnapolénico Schinkel.

233 Resulta en extremo contradictoria la inquina heineana contra la Edad Media teniendo en cuenta que él utilizó formas y contenidos poéticos de pura raigambre medieval, tales como el romancero o los temas medievales de, por ejemplo, *El rabino de Bacharach*.

234 Célebre arquitecto muniqués de la época de Luis I.

235 Véase nota 2.

236 Referencia a las recientes leyes de censura berlinesas.

237 Mujer de Pericles y experta oradora mencionada con frecuencia en las obras de Platón y Aristófanes.

238 El berlinés sigue hablando contra todas las reglas de la gramática alemana («Das wollen Athenienser sind?»).

239 Especie social de soplones o acusadores ante la Asamblea ateniense que hacían el papel de un ministerio fiscal.

240 Alusión a la célebre hetaira griega que reconstruyó a su costa los muros de Tebas y que fue acusada de impiedad. Quizás representa a la Lola Montes, la hetaira que ocupaba el lecho del rey Luis de Baviera.

241 Alusión al autor alemán Platen, al que dedicará sus diatribas en uno de los capítulos finales de *Los baños de Lucca*.

242 Alusión al nombre de von Klenze, Löwe (Leo).

243 Alusión a una personalidad pública de la época, Hans Ferdinand Massman, que había provocado la antipatía de Heine entre otras cosas por haberse dedicado a la poesía, oficio para el que evidentemente no estaba dotado.

244 Un peinado d**e** pelo corto.

245 Herminio el Querusco fue el caudillo germano que derrotó a las legiones de Varo en el año 9 d.C.

246 Véase la nota 2.

247 Thusnelda, hija del querusco Segestes, uno de los caudillos germanos, estuvo casada con Herminio, vencedor en las Selvas de Teutoburgo frente a Varo (9 d.C.). Fue hecha prisionera y mostrada como prisionera en el séquito de Germánico. El pintor historicista Piloty la hace protagista del enorme cuadro *El triunfo de Germánico* que cuelga en la *Neue Pinakotek* de Múnich.

248 Friedrich Tiersch (1784-1860), filólogo clásico alemán autor de la gramática griega que menciona Heine.

249 Cónsul romano que fue derrotado por Herminio el Querusco en la batalla de Teutoburgo.

250 Martin Lichtenstein fue el fundador del célebre zoo berlinés. No es la única vez que Heine cita a este personaje en sus cuadros.

251 Localidad próxima a Múnich, meta de excursiones de los capitalinos muniqueses.

252 Otras tantas localidades muniquesas.

253 Alusión a un edificio público ateniense destinado a domicilio de los atenienses destacados.

254 Cervecería muniquesa.

255 Con el término «ática» Heine se refiere a Múnich, dado que esta ciudad pasaba por ser la nueva Atenas, y Atenas había sido la capital del Ática. *Breihahn* es el término que utiliza Heine para *Weissbier*, cerveza producto de una mezcla de malta de trigo y de malta.

256 Antes de emprender viaje a Italia, Heine había estado en Inglaterra. Producto de esa estancia fueron los *Englische Fragmente*.

257 Cerveza inglesa poco elaborada.

258 Heine juega con el género femenino que en alemán tiene la palabra *Sonne.*

259 Lugar de los alrededores de Múnich, meta de excursiones en la época.

260 En el momento en el que Heine escribe este cuadro, tiene lugar la guerra entre Rusia y el Imperio Otomano en la que se dirimió, entre otras cosas, la independencia de los Balcanes.

261 Se trata del hermano menor de Heine.

262 Este capítulo, dedicado al análisis poético de la naturaleza, introduce al lector en el decurso del «viaje italiano», que comienza con la descripción de la agreste naturaleza tirolesa. Se trata de la elaboración interior de las impresiones que le causan las montañas que separan Baviera del Tirol (más en concreto el Hafelekar). La primera etapa, como en el caso de Goethe, cubrió la distancia de Múnich a Innsbruck pasando por Mittenwald. En un segundo momento se identifica como poeta con el entorno natural para despreciar a sus críticos.

263 Alusión, no carente de ironía, al *Weltschmerz* romántico.

264 En este bestiario ornitológico, Heine está haciendo alusión a sus críticos, que incorporan los rasgos de aves de corral o de mal agüero, mientras él se identifica con el ruiseñor. Siempre modestia aparte.

265 Este dramaturgo alemán había escrito una pieza dramática sobre la tragedia real sufrida por Andreas Hofer, caudillo de la sublevación tirolesa contra Napoleón, bajo el título de *Andreas Hofer, der Sandwirt von Passeier*, más tarde titulada *Das Trauerspiel von Tirol.*

266 *Goldener Adler* (águila dorada) es el nombre de un célebre hotel que todavía hoy existe en Innsbruck y por el que, a lo largo de su prolongada historia, han pasado numerosas personalidades de la política, las artes y la cultura. Una de ellas, Goethe.

267 Andreas Hofer fue un héroe de la independencia tirolesa frente a la

invasión napoleónica.

268 Andreas Hofer fue *Wirt* o posadero *Am Sand* («en la arena» = alusión a la localización de la posada) en su localidad de origen. De ahí el apodo de *Sandwirt.*

269 Dramaturgo alemán de poco éxito contemporáneo de Heine.

270 Célebre historiador del siglo XVIII.

271 Historiador austriaco que había participado en la sublevación de los tiroleses.

272 Alusión al antagonista de Guillermo Tell en la leyenda suiza.

273 Se trata de Luis I de Baviera. El hasta finales del siglo XVIII «principado» de Baviera fue confirmado en su categoría de reino, que le había concedido Napoleón, por el Congreso de Viena.

274 Pared de san Martín.

275 El emperador se habría despeñado en esa montaña y habría sido salvado por un ángel.

276 En la Iglesia de la Corte de Innsbruck se halla el mausoleo del emperador Maximiliano, una de las mejores obras del bronce europeo.

277 Para entender este pasaje hay que tener en cuenta, además del rencor anticatólico de Heine, el hecho de que los jesuitas hubieran sido suprimidos cincuenta años atrás.

278 La revista *Hesperus* habría informado del restablecimiento de la orden de los jesuitas, que hasta hacía poco tiempo había estado suprimida.

279 Término para designar al miembro de la pequeña nobleza rural = *Jung Herr.*

280 Guerra de los campesinos tiroleses en el año 1809 contra la ocupación francesa.

281 «Oh nave, ¿nuevas ondas te llevan al mar?».

282 El juicio de la sublevación tirolesa contra la invasión francesa manifiesta el afrancesamiento de Heine y al mismo tiempo una falta de sensibilidad por un movimiento popular que no casa con sus presupuestos ideológicos.

283 La canción está recogida en el *Cuerno maravilloso del muchacho*, colección de canciones populares realizada por Achim von Arnim y Clemens Brentano.

284 La región que hoy en día se denomina Alto Adige y que desde 1919 pertenece a Italia.

285 Localidad del Tirol del Sur.

286 No deja de ser una alusión a la chaladura amorosa de Don Quijote.

287 La irreverencia de Heine hacia el catolicismo llega aquí a su cumbre al asimilar los confesionarios a retretes.

288 De nuevo la falta de respeto de Heine frente al fenómeno religioso, sobre todo frente al catolicismo, se pone aquí de manifiesto. Como en el caso de Casanova, que en la madrileña doña Ignacia supo descubrir las derivaciones eróticas de la piedad, también aquí Heine hace alarde de esa sensualidad que no cede ante el aura de lo sagrado. No obstante, al final de su vida Heine varió su actitud.

289 En este pasaje, Heine juega con la palabra *Ohrfeige* (tortazo, literalmente higo a la oreja) y dice literalmente: un par de higos lanzados a la oreja.

290 Heine hace un juego con la posilemia del término *Mandel* en alemán: almendra y amígdala.

291 *Tirilieren*, tararear, hace alusión al canturreo que se había prometido en el capítulo V cuando llegara a Italia.

292 De nuevo encontramos una irónica alusión al «dolor cósmico» de los románticos.

293 Melodrama tiene aquí el sentido que en parte tenía también en esa época en la terminología de la lírica: un *parlato* acompañado de música instrumental.

294 *Bassgeige* (contrabajo) dice aquí y más adelante lo llama *Bratsche* (viola).

295 En la época, los Abruzos era una región infestada de *briganti* o bandoleros.

296 A pesar de que al inicio del capítulo ha hablado de *Bassgeige*, es decir, contrabajo, en este último pasaje utiliza el término *Bratsche*, viola.

297 El centinela del que habla en este pasaje es el gobierno austriaco que, al parecer, no se percataba de la carga política de la música rossiniana, la cual, en opinión de Heine, sería semejante a la que más tarde tuvo la ópera de Verdi. Recuérdese que VERDI sería el criptograma independentista para «Vittorio Emmanuele re de Italia».

298 Alusión a las *Turnvereine* o asociaciones gimnásticas iniciadas por el nacionalista Friedrich Ludwig Jahn, promotor de las sociedades patrióticas de gimnasia.

299 Bell y Lancaster fueron dos pedagogos ingleses que propusieron un método didáctico en el que los alumnos veteranos enseñaban a los más jóvenes.

300 Ya hemos indicado que es el término que en alemán expresa lo que en la historiografía latina se llama «invasión de los bárbaros».

301 El ostrogodo Teodorico de Ravena fue convertido por la leyenda alemana en Dietrich von Bern, personaje deuteroagonista de la segunda parte del *Cantar de los Nibelungos*.

302 Tipo de postizo en forma de moño.

303 La familia de Julieta, la amante de Verona.

304 Como los Visconti y los Sforza de Milán o los Medici de Florencia, los Escaligero dieron carácter a una época en los siglos XIII y XIV en Verona. Gran parte de los monumentos y las fortificaciones de la ciudad proceden de esta época. La almena escalígera es característica de todas las fortificaciones de esta época veronesa.

305 No le fue posible a Heine llegar a Roma, pues la enfermedad y el posterior fallecimiento de su padre le hicieron retornar a Alemania cuando se hallaba en Florencia.

306 Personaje shakesperiano de *Las alegres comadres de Windsor*,

frecuentemente citado por Heine.

307 Dos personajes de la *commedia dell'arte* italiana.

308 Desde el Congreso de Viena (1815) hasta la reunificación italiana (1856), Verona y todo el Lombardo-Véneto estaban bajo dominio austriaco. En esa situación visita Heine la región.

309 Can Grande (1291-1329) es el más destacado guerrero de la dinastía de los Escaligero que gobernó Verona y sus entornos siendo el jefe del bando gibelino.

310 Heine lo denomina *Scala Mazzati*.

311 Las barraganas acompañaban a los soldados y, entre otras cosas, servían licor de un barrilito que portaban colgado en bandolera.

312 Publicado en 1824.

313 Autor de un *Reise durch Italien und Sizilien*, 1818.

314 Publicado en 1828.

315 Publicado en 1826. Como se puede comprobar, Heine había preparado a conciencia, al menos bibliográficamente, su viaje a Italia.

316 Heine da expresión aquí a su odio por el turismo en masa.

317 Es la fecha en la que Napoleón decide actuar al margen de la legalidad republicana y, con ayuda de Murat, declararse cónsul, primer paso para una tiranía autocrática que conmovería más a Europa que a Francia, aunque también a esta. Los atentados que sufrió a partir de esta fecha indican que también en este aspecto dio el prototipo a los dictadores del XX. La fecha se corresponde con el 9 de noviembre de 1799.

318 Es costumbre alemana el que los amigos y allegados del novio rompan ante la casa de este infinidad de trastos y cachivaches cuya recogida le dé una buena tarea al «homenajeado»: el *Polterabend*.

319 El zar Nicolás I.

320 Hay una pequeña distorsión de significado derivado del hecho de que

luna en alemán es masculino y sol femenino.

321 No sabemos si Heine, en uso de su libertad poética, se inventa el hábito de los franciscanos o si toda la situación del capítulo es fingida. Cierto es que el hábito de los franciscanos nunca ha sido blanco.

322 En este pasaje, Heine se manifiesta hijo de la época positivista que se iniciaba y un poco romo para el valor del arte cristiano medieval.

323 Se refiere a Andrea Doria, el gran marino que estuvo al servicio de Carlos V.

324 Schiller hace aparecer a Andrea Doria en su *Die Verschörung des Fiesco zu Genua* (Conjuración de Fiesco), de 1782. Fiesco y Doria son los dos caracteres polares de la obra.

325 «Vete a un convento» es el consejo que Hamlet imparte a Ofelia.

326 Como se sabe, Rubens, nacido en Alemania, era flamenco, no neerlandés.

327 Peter Cornelius fue uno de los pintores nazarenos afincado en Múnich. Este grupo de pintores alemanes del XIX se dejaba crecer la melena. De ahí el calificativo de melenudo.

328 Con estas reflexiones sobre la caducidad de lo humano acaba, bruscamente, este «cuadro de viaje» *De Múnich a Génova*. El siguiente cuadro, *Los baños de Lucca*, supone un salto en el relato del decurso viajero de Heine, quien prescinde del tramo Génova-Lucca.

LOS BAÑOS DE LUCCA[329]

Soy lo que la mujer al hombre...

Conde August von Platen Hallermünde

Si el señor conde osa bailar, que lo diga, yo tocaré para él.

Fígaro

A Karl Immermann, poeta, dedica estas páginas, en prueba de la más fervorosa veneración el poeta.

CAPÍTULO I

CUANDO entré en la habitación de Mathilde, acababa de abrocharse el último botón de su verde traje de equitación y se disponía a colocarse un sombrero con plumas blancas. Se lo quitó apresuradamente tan pronto me vio y se precipitó hacia mí con sus ondulantes rizos dorados:

—¡Doctor del cielo y de la tierra! —exclamó, y, según una vieja tradición, me cogió de los lóbulos de las orejas y me besó con la más pícara cordialidad.

—¿Cómo le va al más loco de los mortales? ¡Cuánto me alegra volver a verle! ¡Pues a lo largo y ancho de este mundo jamás encontraré un hombre más chiflado que usted! Orates y cabezas de chorlito hay suficientes y a menudo se les hace el honor de tomarlos por locos, pero la verdadera locura es tan insólita como la verdadera sabiduría. Quizás no sea otra cosa que una sabiduría enojada por saberlo todo, todas las infamias de este mundo, y que por ello toma la sabia decisión de volverse loca. Los orientales son un pueblo prudente que venera tanto al loco como al profeta. Nosotros, por el contrario, tomamos a los profetas por locos.

—Pero, *Mylady,* ¿por qué no me ha escrito?

—Claro que lo hice, doctor. Le escribí una larga carta y anoté en la dirección: entréguese en Neu-Bedlam[330]. Pero como usted, contra todo pronóstico, no estaba allí, enviaron la carta a St. Luke, y como tampoco lo encontraron en dicha ciudad, prosiguió su camino hacia un centro similar, y así es como llevó a término su *tournée* por todos los manicomios de Inglaterra, Escocia e Irlanda, hasta que me la devolvieron acompañada de una nota en la que se advertía que el *gentleman* al que

se hacía referencia en la dirección aún no había sido recluido. Y, por cierto, ¿cómo lo ha hecho para seguir aún en libertad?

—Con astucia, *Mylady*. En todos los lugares adonde he ido, he sabido evitar los manicomios y creo que en Italia también lo conseguiré.

—¡Oh, amigo, aquí está completamente a salvo; pues, en primer lugar, no hay manicomios cerca, y, en segundo, aquí tenemos ventaja!

—¿Cómo que tenemos, *Mylady?* Entonces, ¿también usted se considera una de los nuestros? Permítame que estampe en esa frente un ósculo fraterno.

—Bueno, me refiero a los visitantes del balneario, entre los cuales soy, a decir verdad, la más cuerda. Así que imagínese a la más loca de todos... Se llama Julie Maxfield y va diciendo por doquier que los ojos verdes significan la primavera del alma. Además tenemos dos jóvenes bellezas...

Apuesto a que son dos bellezas inglesas, *Mylady.*

—Doctor, ¿qué significa ese tono irónico? Las amarillentas y sebosas caras de macarrón italianas deben gustarle mucho para haber perdido el interés por las británicas...

—Budines de ciruela con ojos de pasa, pechugas de *roastbeef* festoneadas con trozos de rábano en forma de cinta, soberbios volovanes...

—Hubo un tiempo, doctor, en que usted entraba en éxtasis cada vez que veía una inglesa hermosa...

—¡Sí, eso era entonces! Sigo dispuesto a venerar a sus compatriotas; son bellas como soles, pero soles de hielo, y son blancas como el mármol, pero también frías como él: sobre sus gélidos corazones mueren de frío las infelices pulgas...331.

—¡Ajá! Pues yo conozco una pulga que allí no murió de frío y que atravesó el mar de un salto fresca y sana; era una grande e impertinente pulga alemana.

—Pero que en los helados corazones británicos cogió un resfriado tal que todavía sigue acatarrada.

A *Mylady* pareció enojarle mi respuesta, tomó la fusta que había entre las páginas de una novela a modo de señal de lectura, la agitó alrededor de las orejas

de su perdiguero blanco, que gruñó ligeramente, levantó en un arrebato el sombrero del suelo, se lo colocó con arrogancia sobre su rizada cabellera, se miró complacida un par de veces en el espejo y exclamó con orgullo: «¡Aún soy hermosa!». Pero, de repente, pareció sacudirla una oscura sensación de dolor y, quedándose de pie ensimismada, se quitó despacio su guante blanco, me tendió la mano y, adivinando mis pensamientos con la rapidez de una flecha, dijo:

—Mi mano ha perdido la belleza que un día tuvo en Ramsgate332, ¿verdad? ¡Es que desde entonces Mathilde ha tenido que sufrir mucho!

Querido lector, pocas veces se puede ver la fisura de la campana, que solo se advierte cuando suena. Si hubieras escuchado el sonido de la voz con que fueron pronunciadas las palabras de arriba, sabrías al instante que el corazón de Mathilde es una campana del mejor de los metales, pero una fisura escondida apaga de forma maravillosa sus más alegres tonos envolviéndola en un velo de enigmática tristeza. Sin embargo, adoro esta clase de campanas, que siempre encuentran una resonancia favorable en mi propio pecho. Besé la mano de *Mylady* casi con más fervor que antes, aun cuando esta había perdido su lozanía, y algunas de sus venas, algo hinchadas y de color azulado, parecían decirme igualmente: «¡Mientras tanto Mathilde ha sufrido muchísimo!».

Sus ojos me miraban como una estrella triste y solitaria en el cielo otoñal, y en un tono blando e íntimo me dijo:

—¡Es como si me amara usted un poco menos, doctor! Acaba de caer sobre mi mano una lágrima de pura compasión, casi como si de una limosna se tratara.

—¿Quién le manda interpretar de forma tan mezquina el lenguaje mudo de mis lágrimas? Apuesto a que el blanco perdiguero que se acurruca a sus pies me entiende mejor; me mira y luego la mira a usted de nuevo y parece sorprenderse ante el hecho de que los hombres, los orgullosos señores de la creación, sean en el fondo tan profundamente miserables. ¡Ay, *Mylady*, solo el dolor propio derrama nuestras lágrimas, y, en realidad, cada cual llora por sí mismo.

—Basta, basta, doctor, al menos es positivo que seamos contemporáneos y nos hayamos encontrado en el mismo rincón del mundo con nuestras locas lágrimas. ¡Ah, maldita suerte! ¡Si usted hubiera vivido quizás doscientos años antes, tal y como me sucede a mí con mi amigo Miguel de Cervantes Saavedra, o incluso si hubiera venido al mundo cien años más tarde que yo, como otro amigo íntimo mío, cuyo nombre no consigo recordar precisamente porque lo recibirá

cuando nazca, en el año 1900! Pero, haga el favor de contarme, ¿cómo ha vivido desde que nos vimos por última vez?

—Me he dedicado a las labores de siempre, *Mylady;* he seguido haciendo rodar la gran piedra. Cuando conseguía llevarla hasta la mitad de la montaña, de repente esta volvía a rodar cuesta abajo y yo nuevamente tenía que hacerla rodar hacia arriba... Y este rodar montaña arriba, montaña abajo seguirá repitiéndose una y otra vez hasta que yo mismo sea aplastado por la gran piedra, y el maestro marmolista escriba sobre esta con grandes letras: «Aquí descansa en paz...».

—¡Santo Dios, doctor! No le pienso dejar en paz... ¡Haga el favor de no ponerse melancólico! Ríase o yo...

—¡No, cosquillas no! Prefiero reírme por mí mismo.

—Así está bien. Todavía me gusta usted tanto como en Ramsgate, donde nos vimos por primera vez...

—Al final hicimos algo más que vernos. Sí, voy a ponerme alegre. ¡Qué bueno que nos hayamos reencontrado! La gran pulga alemana va a tener de nuevo el placer de arriesgar la vida por usted.

Los ojos de *Mylady* reían como rayo de sol tras el breve chaparrón y su buen humor estallaba de nuevo esplendoroso cuando en ese momento entró John y, con el más ceremonioso *pathos* de lacayo, anunció a Su Excelencia, el marqués Christophoro di Gumpelino333.

—¡Sea bienvenido! Usted, doctor, va a conocer a uno de los lores de nuestro imperio de locos. Espero que su aspecto externo no le sea chocante y evite sobre todo chocar contra su nariz. Este hombre posee cualidades exquisitas. Por ejemplo, mucho dinero, un juicio sano y el intento de reunir en sí mismo todas las locuras de nuestro tiempo; además, está enamorado de mi amiga Julie Maxfield, la de los ojos verdes, y la llama «su Julieta», y a sí mismo se llama «su Romeo», y declama y suspira... pero *lord* Maxfield, el cuñado, a quien la fiel Julieta fue confiada por su marido, es un Argos.

Quise entonces apuntar que Argos custodiaba a una vaca334, pero en ese momento la puerta se abrió de par en par y, para mi más enorme asombro, mi viejo amigo, el banquero Christian Gumpel, entró luciendo una sonrisa de hombre pudiente y una barriga bienaventurada. Después de que sus amplios y relucientes labios restregaran complacidos la mano de *Mylady* y tras haber despachado cada

una de las preguntas referidas a la salud, me reconoció también a mí... y los amigos se fundieron en un abrazo.

CAPÍTULO II

La advertencia de Mathilde de que tuviera cuidado de no tropezar con la nariz del hombre estaba bastante fundada, pues poco faltó para que me sacara un ojo con ella. No quiero decir nada negativo de esa nariz; muy al contrario, tenía una forma muy distinguida y autorizaba a mi amigo para que al menos usurpara un título de marquesado. Y es que en su nariz se podía ver que pertenecía a la alta nobleza, que descendía de una antiquísima familia de mundo con la cual un día estuviera emparentado incluso nuestro buen Dios sin miedo al casamiento morganático. Huelga decir que, desde entonces, la familia ha venido a menos, de modo que, desde Carlo Magno, ha tenido que ganarse la vida sobre todo con el negocio de las calzas de segunda mano y boletos de lotería de Hamburgo, sin renunciar lo más mínimo al orgullo de su linaje o abandonar la esperanza de recuperar algún día sus antiguos bienes o, al menos, obtener una indemnización que compense el hecho de haber tenido que emigrar, cuando su antiguo soberano legítimo cumpla su promesa de restauración, una promesa con la que se dejaba llevar de las narices desde hacía ya dos milenios. ¿Serán tan largas sus narices precisamente por haberse dejado llevar durante tanto tiempo? ¿O son estas largas narices una especie de uniforme por el cual Jehová, el rey Dios, reconoce a sus viejos soldados de la guardia de corps, aun cuando estos hayan desertado? El marqués Gumpelino era de esta clase de desertores, pero aún llevaba su uniforme, que era muy reluciente, estaba sembrado de crucecitas y estrellitas de rubíes, una orden del Águila Roja en miniatura y otras condecoraciones.

—¿Ve usted? —dijo *Mylady*— esta es mi nariz favorita, y no conozco una flor más hermosa en este mundo.

—Esta flor —respondió Gumpelino con una sonrisa de satisfacción— no la puedo colocar sobre su hermoso pecho si no es acompañándola de mi sonrosada cara, y este apéndice tal vez le resultaría algo incómodo en un día de calor como el de hoy. Pero le traigo una flor no menos exquisita que rara vez puede encontrarse por aquí...

Y, a la vez que pronunciaba estas palabras, el marqués abrió el envoltorio de papel secante que había traído, y con pausado esmero sacó de él un hermosísimo tulipán.

Apenas *Mylady* vio la flor, lanzó un estentóreo grito:

—¡Asesino! ¡Es usted un asesino! ¿Quiere usted matarme? Adelante, ¡siga con este terrible espectáculo!

Y mientras decía esto, parecía querer quitarse la vida: se cubrió los ojos con las manos, corrió alrededor de la habitación de forma totalmente incongruente, maldijo la nariz y el tulipán de Gumpelino, tocó la campanilla, dio patadas en el suelo, golpeó al perro con la fusta de modo que este dio fuertes aullidos, y cuando John entró, ella, como si fuera Kean335 en el papel de rey Ricardo, exclamó:

¡Un caballo! ¡Un caballo!

¡Mi reino por un caballo!

Y furibunda cual torbellino salió de allí.

—¡Curiosa mujer! —dijo Gumpelino, paralizado por el asombro y todavía con el tulipán en la mano, de modo que parecía una de esas imágenes de ídolos que sostienen en la mano flores de loto y que se pueden ver en los antiguos monumentos hindúes. Sin embargo, yo, que conocía a la dama y su idiosincrasia mucho mejor, asistía sobremanera complacido a aquella escena y, abriendo la ventana, exclamé:

—*Mylady*, ¿qué voy a pensar de usted? ¿Es esto sentido común, buenas maneras... y, sobre todo, es esto amor?

A continuación, riendo a carcajada limpia, me lanzó desde la calle la salvaje respuesta:

Cuando esté a caballo, te juraré

que te amo infinitamente.

CAPÍTULO III

—¡Curiosa mujer! —repitió Gumpelino cuando nos pusimos en camino para visitar a sus dos amigas, la *signora* Letizia y la *signora* Francesca, a quienes me quería presentar. Como estas damas habitaban en una colina algo alejada, reconocí y agradecí aún más la bondad de mi corpulento amigo, a quien el subir montañas le resultaba algo fatigoso y en cada colina se paraba intentando recuperar el aliento

y suspirando «¡Ay, Jesús!».

Y es que las casas en Baños de Lucca están o abajo, en un pueblo rodeado de altas montañas, o sobre una de estas, no lejos de la fuente principal, donde un pintoresco grupo de casas mira hacia abajo, al encantador valle. No obstante, algunas están en zonas aisladas en las laderas y para llegar a ellas se ha de escalar a malas penas por entre viñedos, arbustos de mirtos, madreselvas, laureles, baladres, geranios y otras flores y plantas exquisitas: todo un paraíso salvaje. Jamás he visto un valle más cautivador, sobre todo cuando se observa el pueblo desde la terraza del balneario de arriba, donde hay unos verdes y graves cipreses. Allí se ve el puente que conduce por encima de un riachuelo llamado Lima, que, dividiendo el pueblo en dos partes, cae sobre las rocas formando discretas cascadas en ambos extremos, y produce un ruido que parece querer decir las cosas más agradables, pero no puede hacerlo por la cháchara del eco que todo lo envuelve y no deja que este ruido se transforme en palabras.

Sin embargo, el mayor atractivo de este valle viene dado, sin duda alguna, por la circunstancia de que no es ni demasiado grande ni demasiado pequeño, de modo que el alma de quien lo contempla no se siente violentamente dilatada, sino que se colma armoniosamente por la espléndida vista, y porque las cabezas de las mismas montañas, como sucede en todos los Apeninos, no son deformes como esas altas y extravagantes construcciones góticas, que parecen caricaturas de montaña y que en los países germánicos son tan frecuentes como las caricaturas de seres humanos; por el contrario, sus nobles formas redondeadas de alegre color verde casi hablan de una civilización del arte y están en melodiosa consonancia con el azul pálido del cielo.

—¡Ay, Jesús! —gimió Gumpelino cuando, tras un fatigoso ascenso y ya algo acalorados por el sol de la mañana, llegamos a la colina de los cipreses anteriormente mencionados y, mientras contemplábamos el valle, vimos a nuestra amiga inglesa, montada en un corcel cual romántica estampa de cuento, cabalgar sobre el puente y, veloz como un sueño, desaparecer de nuevo—. ¡Ay, Jesús! Qué mujer más curiosa —volvió a repetir el marqués una vez más—. En mi vida jamás he encontrado una mujer semejante. Uno solo las encuentra en las comedias, y creo que, por ejemplo, la Holzbecher[336] interpretaría muy bien el papel. Tiene algo de ondina. ¿Qué piensa usted?

—Pienso que tiene razón, Gumpelino. Cuando viajé con ella de Londres a Rotterdam, el capitán del barco dijo que parecía una rosa espolvoreada de pimienta. En agradecimiento a esa mordaz comparación, cuando más tarde lo

encontró amodorrado en el camarote, vació sobre su cabeza todo un recipiente colmado de pimienta, y uno no podía acercarse a aquel hombre sin estornudar.

—¡Curiosa mujer! —volvió a decir Gumpelino—. Tan suave como la seda y a la vez tan fuerte. Además monta a caballo tan bien como yo. Ojalá no arruinara su salud de semejante manera. ¿Ha visto también a ese inglés larguirucho y enjuto que cabalgaba tras ella como la tisis galopante en su birrioso jamelgo? El pueblo cabalga con demasiada pasión, desembolsa todo el dinero del mundo por caballos. El corcel de *lady* Maxfield cuesta trescientos *louis d'or*337 contantes y sonantes. ¡Ah! Y que conste que el *louis d'or* está muy valorado y su valor sigue subiendo cada día.

—Sí, el valor del *louis d'or* seguirá subiendo tanto que un pobre hombre de letras como yo mismo nunca lo alcanzará.

—No tiene usted la más mínima idea, doctor, de cuánto dinero he de pagar, y eso que solo mantengo un único criado. Solo cuando estoy en Roma conservo a un capellán para mi capilla privada. Mire, ahí viene mi Hyacintho.

La pequeña figura que apareció en ese instante en la curva de la colina habría merecido mucho más el nombre de azucena de fuego. Era una amplia y flotante levita escarlata, recargada de galones de oro que resplandecían con el brillo del sol y de cuyo rojo esplendor asomaba una cabecita que me saludó de forma muy familiar. Y cuando observé más de cerca aquella cara pálidamente preocupada y cómo sus ojitos parpadeaban agitadamente, reconocí a alguien que, en verdad, habría esperado ver en el monte Sinaí antes que en los Apeninos, y ese alguien no era otro que el señor Hirsch, un ciudadano acogido en Hamburgo, un hombre que no solo había sido un honradísimo administrador de loterías, sino que también entiende de ojos de gallo y de joyas, de tal manera que no solo sabe diferenciar a los primeros de las últimas, sino que, además, sabe extraer los ojos de gallo con maña y tasar las joyas de forma precisa.

—Tengo la esperanza —dijo él cuando se me acercó— de que aún me recuerde, aunque ya no me llame Hirsch. Ahora me llamo Hyacintho, y soy el ayuda de cámara del señor Gumpel.

—¡Hyacintho! —exclamó este en un sorprendente arrebato por la indiscreción del criado.

—No se preocupe, señor Gumpel, o señor Gumpelino, o señor marqués, o

Su Excelencia. No necesitamos recatarnos lo más mínimo ante este señor, él me conoce, ha jugado a la lotería conmigo alguna que otra vez y juraría incluso que aún me debe siete marcos y nueve chelines del último sorteo... Me alegra realmente, doctor, volver a verle. ¿Qué le trae por aquí: asuntos de placer? ¿Qué otra cosa se puede hacer aquí con semejante calor y, además, con esta continua obligación de subir y bajar montañas? Por las noches estoy tan cansado como si hubiese corrido veinte veces desde el *Altonaer Tor*338 hasta el *Steintor* sin haber ganado lo más mínimo.

—¡Ay, Jesús! —exclamó el marqués—. ¡Calla de una vez! Me voy a echar otro sirviente.

—¿Por qué tendría que callar? —replicó Hirsch-Hyacintho—. A mí, por el contrario, me parece estupendo poder hablar de nuevo bien el alemán con una cara que ya había visto una vez en Hamburgo, y cuando pienso en Hamburgo...

En ese momento, al recordar su pequeña patria adoptiva, los ojitos del hombre se humedecieron y se tornaron brillantes, y dijo mientras suspiraba:

—¡Hay que ver lo que es el hombre! Uno goza paseando frente al *Altonaer Tor*, en la *Hamburger Berg*339, y allí contempla todo aquello que merece la pena, los leones, los pájaros, los *papagoyim*, los monos, las personas insignes, y te dejas o bien llevar por el carrusel o bien electrizar por él, y uno piensa: ¡Cómo podría estar divirtiéndome en un lugar que dista aún doscientas millas de Hamburgo, en Italia, este país donde crecen los limoneros y los naranjos! ¡Hay que ver lo que es el hombre! Cuando se encuentra ante el *Altonaer Tor* quisiera estar en Italia, ¡y cuando está allí quisiera estar de nuevo ante el *Altonaer Tor!* ¡Ay, si estuviera allí de nuevo y otra vez viera la torre de San Miguel340 y, sobre la misma, el reloj de grandes números dorados de la esfera, los grandes guarismos dorados que tantas tardes vi brillar y regocijarse con la luz del sol! Quise besarlos tantas veces... Pues bien, ahora estoy en Italia, donde crecen los limoneros y los naranjos; y, sin embargo, cuando veo los limones y las naranjas, pienso entonces en el *Steinweg* de Hamburgo, donde estas reposan amontonadas colmando hasta arriba las carretas, y donde se puede disfrutar de ellas sin la necesidad de subir tantas y tan peligrosas montañas ni de soportar semejante calor. Y, como que Dios está en los cielos, señor marqués, no le habría seguido hasta aquí si no me hubieran movido el honor y el deseo de formación. Pero eso hay que reconocérselo: a su lado, uno consigue honor y se forma.

—¡Hyacintho! —dijo entonces Gumpelino, a quien tanto halago había

calmado un poco—. Hyacintho, apresúrate ahora...

—Sí, ya sé...

—Te digo que no sabes, Hyacintho...

—Le digo, señor Gumpel, que sé que Su Excelencia me envía ahora a *lady* Maxfield. No es necesario decirme nada. Conozco incluso los pensamientos que aún ni siquiera ha tenido y que quizás jamás en su vida tenga. No es tan fácil conseguir un sirviente como yo... Y lo hago por honor y por deseo de formación y, en verdad, a su lado uno consigue el honor y se forma... —y mientras decía todo esto, se limpiaba la nariz con un pañuelo muy blanco.

—Hyacintho —dijo el marqués—, ve ahora a casa de *lady* Julie Maxfield, de mi Julieta, y llévale este tulipán. Sostenlo con cuidado, pues cuesta cinco *paoli*; y dile...

—Ya sé...

—No sabes nada. Dile: «El tulipán es, entre las flores...».

—Ya sé que quiere decirle algo con la flor. Para muchos billetes de lotería en mi administración he hecho incluso un lema.

—Te digo, Hyacintho, que no quiero ningún lema tuyo. Llévale esta flor a *lady* Maxfield y dile:

El tulipán es, entre las flores,

Lo que entre los quesos el *stracchino*;

¡Pero más que a las flores

Y al queso te venera Gumpelino!

—¡Por lo más sagrado que le ha quedado estupendo! —exclamó Hyacintho—. No me dé más pistas, señor marqués, lo que usted sabe también yo lo sé, y lo que yo sé, igualmente lo sabe usted. Y a usted, señor doctor, ¡que Dios le bendiga! No le tendré en cuenta las nimiedades.

Y, mientras pronunciaba estas palabras, bajaba de nuevo la colina sin dejar

de murmurar: «Gumpelino *stracchino*, *stracchino* Gumpelino...».

—Es un hombre fiel —dijo el marqués—. De lo contrario me habría deshecho de él hace mucho por su falta de etiqueta. Para usted no tiene ninguna importancia. Usted me entiende. ¿Qué opinión le merece su librea? Por cuarenta táleros, lleva más galones que la librea del sirviente de Rothschild. Me reconforta ver cómo va perfeccionando su persona a mi lado. De tanto en tanto le doy clases para formarle. A menudo le digo: «¿Qué es el dinero? El dinero es redondo y se va rodando, pero la formación permanece». Sí, doctor, en caso de perder mi dinero —Dios me libre—, aún seguiría siendo un gran conocedor del arte, un conocedor de la pintura, la música y la poesía. Alguna vez ha de cubrirme los ojos y llevarme por la galería de Florencia, y de todos los cuadros frente a los cuales me coloque, le diré el nombre del artista que lo ha pintado o, al menos, la escuela a la que pertenece. ¿Música? Tápeme los oídos y, aún así, reconoceré todas y cada una de las notas equivocadas. ¿Poesía? Conozco a todas las actrices de Alemania, y sé de memoria los nombres de todos los poetas. ¡Y, cómo no, la naturaleza! He recorrido doscientas millas atravesando el día y la noche solo para ver una única montaña en Escocia. Pero Italia está por encima de todas las cosas. ¿Le gusta este paisaje? ¡Divina creación! Mire los árboles, las montañas, el cielo, el agua allí abajo... ¿No es cierto que parece que lo hubiesen pintado? ¿Ha visto alguna vez en el teatro algo más hermoso? ¡Uno se convierte, podríamos decir, en poeta! Los versos te vienen a la mente sin saber de dónde proceden:

En silencio, en el manto del ocaso,

Descansa el campo, y el canto

Muere de los bosques; Solo aquí, en las murallas viejas,

Canta un grillo su tristeza[341].

El marqués declamó estas excelsas palabras con grandilocuente emoción mientras, transfigurado, miraba abajo, al sonriente valle iluminado por la mañana.

CAPÍTULO IV

Un hermoso día de primavera que paseaba por la Avenida de los Tilos de Berlín, caminaban delante de mí dos mujeres que durante largo tiempo guardaron silencio, hasta que, por fin, una suspiró con languidez: «¡Ah, los ferdes áhboles!»[342]. A lo que la otra, una chica joven, preguntó con inocente admiración: «Madre, ¿qué la importan los ferdes áhboles?».

Me veo obligado a señalar que ninguna de las dos iba precisamente vestida de seda; aunque tampoco pertenecían a la plebe, pues en Berlín esta no existe, excepto en las clases altas. Sin embargo, por lo que a aquella inocente pregunta en sí misma se refiere, no la he borrado de mi memoria. Allí donde descubro una falsa sensibilidad por la naturaleza y verdes mentiras por el estilo, me viene a la mente esta pregunta y me asalta una risa irónica. Esta volvió a sonar con fuerza en mi interior con la declamación del marqués y, adivinando el sarcasmo en mis labios, exclamó malhumorado:

—¡No me interrumpa! Usted no tiene sensibilidad para la naturaleza en estado puro... Es usted un hombre desgarrado, un espíritu desgarrado; por así decirlo, es usted un Byron.

Querido lector, ¿eres quizás uno de esos dóciles pájaros que acompañan la canción del desgarro byroniano que me han silbado y trinado desde hace ya diez años de mil y una formas y que ha tenido eco incluso en el cráneo del marqués, como más arriba has escuchado? ¡Ay!, estimado lector, si quieres lamentarte por dicho desgarro, será mejor que lamentes la partición en dos del mundo. Pues, dado que el corazón del poeta es el núcleo del mundo, tendría que estar en estos tiempos horriblemente desgarrado. Quien se vanagloria de haber mantenido entero su corazón, solo está reconociendo que posee un corazón prosaico y mezquinamente recluido en sí mismo. Un desgarro del mundo de proporciones enormes ha traspasado el mío, y precisamente por ello sé que los grandes dioses me han favorecido altamente frente a muchos otros y me han considerado digno del martirio del poeta.

Hubo un tiempo, en la Edad Antigua y en la Edad Media, en el que el mundo era entero y, a pesar de las disensiones externas había, sin embargo, una unidad mundial y poetas de una pieza. Pretendemos honrar a esos poetas y gozar de ellos; pero cada imitación de su unidad es una farsa, una farsa que toda mirada sana puede descubrir y ante la cual no puede por menos de burlarse. Recientemente, con mucho esfuerzo conseguí en Berlín los poemas de uno de esos poetas de la totalidad, que se lamentaba mucho de mi desgarro byroniano. A pesar de las florituras fingidas y de los delicados sentimientos de la naturaleza que yo percibía en ellos como aroma de heno fresco, mi pobre corazón, que ya hacía tiempo se hallaba ampliamente desgarrado, hubiera estallado de risa, de tal manera que exclamé involuntariamente:

—Mi querido señor consejero de intendencia Wilhelm Neumann, ¿qué *lo* importan los ferdes áhboles343?».

—Es usted un hombre desgarrado. Por así decirlo, es usted un Byron —repitió el marqués mientras, transfigurado, seguía mirando al valle y de tanto en tanto chasqueaba la lengua movido por una admiración religiosa—. ¡Dios! ¡Dios! ¡Como si lo hubieran pintado! ¡Pobre Byron! ¡Hasta este sosegado placer te fue denegado! ¿Estaba tu corazón tan desgarrado que solo pudiste contemplar la naturaleza, incluso escribir sobre ella, pero esta jamás pudo hacerte dichoso? ¿O acaso tiene razón Bishy Shelley344 cuando dice: «Has acechado la casta desnudez de la naturaleza y fuiste por ello, como Acteón, destrozado por sus perros»?

Pero dejemos esto. Pasemos ahora a un objeto más interesante, a saber, la vivienda de la *signora* Letizia y de Francesca, un pequeño edificio blanco que parecía estar todavía en *negligé*, de cuyas dos grandes y redondas ventanas de la fachada pendían los largos zarcillos de un espléndido emparrado de tal manera que una plétora de verdes cabellos rizados parecían caer cubriendo los ojos de la casa. Ya en la puerta llegaron a nuestros oídos unos arrebatadores gorgoritos acompañados de los sonidos de una guitarra y de risas.

CAPÍTULO V

La *signora* Letizia, una fresca rosa cincuentona, yacía en su cama mientras hacía gorgoritos y parloteaba con sus dos galanes, de los cuales uno estaba sentado frente a ella sobre un pequeño escabel y el otro tocaba la guitarra reclinado en un gran sillón. En el cuarto contiguo también revoloteaban a ratos las notas de una dulce canción o las ondas sonoras de una risa aún más dulce y maravillosa. Con aquella vaga y barata ironía que de tanto en tanto asaltaba al marqués, me presentó a la *signora* y a los dos caballeros con la observación de que yo era el mismísimo Johann Heinrich Heine, *doctor iuris*, célebre en el campo de la literatura jurídica alemana a día de hoy. Por desgracia, uno de los dos caballeros era profesor de una Universidad de Bolonia, y precisamente jurista, aunque su abombada y redonda tripa más bien le habría cualificado para un puesto en el departamento de trigonometría esférica. Me sentí, en cierta manera, algo apurado, por lo que les indiqué que nunca escribo bajo mi nombre, sino bajo el pseudónimo de Jarcke345. Y lo dije por modestia, ya que casualmente me había venido a la mente el nombre de uno de los muchos insectos quejumbrosos de nuestra literatura jurídica. El boloñés lamentó no haber oído jamás aquel reputado nombre —lo cual sucederá, querido lector, también en tu caso—, pero no puso en duda que pronto se extendería su brillo por todo el mundo. Mientras decía esto se apoyó de nuevo en su sillón, rasgueó algunos acordes en su guitarra y cantó del *Axur*346

¡Oh, Brahma poderoso!

Permite que el balbuceo

De la inocencia a tus ojos,

Sí, a tus ojos, sea propicio.

Como el eco amablemente burlón del ruiseñor, resonaba poderosa una melodía similar en el cuarto contiguo, pero, entretanto, la *signora* Letizia hacía gorgoritos en exquisito falsete:

Mis mejillas arden por ti,

Solo por ti late este pulso.

Pleno de amoroso impulso

Se eleva mi corazón hacia ti.

Y con la más grasienta y prosaica voz añadió: «Bartolo, alcánzame la escupidera».

Bartolo se levantó entonces de su pequeña banqueta sobre sus flacas piernas de palillo y presentó respetuosamente una escudilla algo sucia de porcelana azul.

El segundo galán, según me susurró al oído en alemán Gumpelino, era un poeta muy conocido, cuyas canciones, pese a haber sido compuestas hacía veinte años, suenan en toda Italia y embriagan tanto a viejos como a jóvenes con el dulce fervor amoroso que en ellas arde; precisamente ahora que él mismo es un pobre hombre envejecido, de pálidos ojos en el marchito rostro, blancos y finos cabellos sobre su temblorosa cabeza y fría pobreza en su miserable corazón. Un poeta tan pobre y viejo, con su áspera rudeza se parecía a las cepas que, en invierno, vemos quietas sobre las frías montañas, secas y deshojadas, temblando al viento y cubiertas de nieve, mientras el dulce mosto que un día les fue extraído calienta los corazones de los bebedores en países remotos y los embriaga cantando sus alabanzas. ¿Quién sabe si alguna vez la prensa de los pensamientos, es decir, la imprenta, no me habrá prensado también a mí y mi espíritu exprimido solo pueda encontrarse en el sótano de la imprenta *Hoffmann und Campe,* y si no estaré igual de flaco y preocupado como el pobre Bartolo, sentado sobre un escabel junto a la cama de una vieja *inamorata,* a la cual le acerco, a petición, la escupidera?

La *signora* me pidió disculpas por estar tumbada, y además sobre el vientre,

pues un absceso en su parte noble, que había contraído por comer muchos higos, le impedía ahora tumbarse sobre la espalda como correspondería a una mujer decente. Realmente estaba tumbada como una esfinge, sosteniendo su cabeza, de peinado empingorotado, sobre sus dos brazos, entre los cuales mecía su seno como un Mar Rojo.

—¿Es usted alemán? —me preguntó.

—¡Soy demasiado sincero para negarlo, *signora!* —dijo mi humilde persona.

—¡Ay, los alemanes son demasiado sinceros! —suspiró ella—. Pero ¡de qué sirve que las personas que nos roban sean sinceras! Llevan a Italia a la ruina. Mis mejores amigos están encarcelados en Milán; solo son esclavos...

—¡No, no! —exclamó el marqués—. No se queje usted de los alemanes, tan pronto como partimos para Italia somos vencedores vencidos, triunfadores derrotados; y mirarla a usted, *signora*, mirarla y caer a sus pies es una y la misma cosa. —Y mientras extendía su pañuelo de seda amarilla, añadió—: Aquí me postro ante usted y la venero en nombre de toda Alemania.

—¡Christophoro di Gumpelino! —suspiró la *signora* profundamente conmovida y como si fuera a desmayarse—. ¡Levántese y venga a mis brazos!

Sin embargo, para que el encantador pastor no estropeara el peinado ni el maquillaje de su amada, esta no le besó en los fogosos labios, sino sobre su noble frente, de manera que su rostro penetró profundamente y el timón del mismo, la nariz, pudo navegar en aquel Mar Rojo.

—¡*Signor* Bartolo! —grité yo—. Permítame también a mí hacer uso de la escupidera.

El *signor* Bartolo sonrió apesadumbrado, pero no pronunció una sola palabra, aunque, después de Mezzofanti347, se le considera el mejor profesor de idiomas de Bolonia. No hablamos con gusto cuando nuestra profesión es hablar. Servía a la *signora* de convidado de piedra, y tan solo de tanto en tanto había de recitarle el poema que él le había lanzado en el teatro hacía veinticinco años, cuando ella actuó por vez primera, en Bolonia, en el papel de Ariadna. Puede que antaño también él fuera florido y ardiente, quizás se asemejara al mismísimo y sacratísimo Dionisos, y su Letizia-Ariadna se arrojara con furor báquico en sus fogosos brazos... *¡Evoe Baco!* En aquel entonces, él aún componía poemas de amor, que, como ya hemos señalado, se han conservado en la literatura italiana después

de que el poeta y su amada ya hace tiempo que están hechos unos zorros.

Durante veinticinco años ha demostrado su fidelidad, y creo que seguirá sentado sobre el escabel hasta su bendito final y, cuando ella lo desee, recitará sus versos o le acercará la escupidera. Casi hace el mismo tiempo que el profesor de jurisprudencia lleva arrastrando las cadenas del amor a la señora, le hace la corte con el mismo celo que al comienzo de este siglo, tiene que posponer constantemente y sin contemplaciones sus lecciones académicas cuando esta le pide que la acompañe de aquí para allá y además sigue llevando la carga de todas las servidumbres de un auténtico y sufrido enamorado.

La persistente fidelidad de aquellos dos admiradores que desde hacía mucho tiempo estaban prendados de una belleza en ruinas, quizás fuera costumbre, quizás piedad ante sentimientos del pasado, quizás solo el propio sentimiento que se había emancipado por completo del estado actual del que fuera su objeto de veneración, y lo observara ahora únicamente con los ojos del recuerdo. Es lo mismo que cuando en las pequeñas ciudades católicas vemos a menudo, en la esquina de una calle, a ancianas arrodilladas frente a la imagen de una *madonna* tan descolorida y desgastada que de ella tan solo quedan rasgos indefinidos, un esbozo del rostro e, incluso, que tal vez no quede más que el nicho donde una vez estuvo pintada, y quizás la lámpara que aún cuelgue sobre él. Pero las personas ancianas que, sosteniendo el rosario en sus temblorosas manos, se postran allí con fervor, ya lo hacían en sus años de mocedad, y tienen desde entonces la costumbre de hacerlo a la misma hora, en el mismo lugar, y no advierten que la adorada imagen sagrada se ha borrado, y, al final, la edad les ciega y atrofia sus sentidos de tal manera que les resulta totalmente indiferente si el objeto de su devoción puede aún verse o no. Quienes creen sin ver son, en cualquier caso, más felices que aquellos que ven con agudeza y perciben al instante la más incipiente arruga sobre el rostro de sus *madonnas*. ¡Nada hay más terrible que estas percepciones! Antiguamente, ni que decir tiene, yo creía que lo más terrible era la infidelidad de las mujeres, y para llamarlas de la manera más injuriosa, las llamaba víboras. Pero, ¡ay!, ahora sé que lo más injurioso para ellas es el que no sean del todo víboras, pues las víboras pueden mudar cada año la piel vieja y rejuvenecer con una nueva.

Si alguno de estos dos celadones348 sintió celos de que el marqués, o más bien su nariz, nadara en el placer de la forma antes mencionada, es algo que no pude notar. Bartolo estaba tranquilamente sentado sobre su banqueta, con sus piernecillas de palillo cruzadas y jugando con el perrito faldero de la *signora,* una de esas lindas mascotitas típicas de Bolonia que los alemanes también conocemos bajo el nombre de «boloñeses». El profesor tampoco permitió que nadie perturbara

lo más mínimo su canto, que en el cuarto contiguo sonidos burlones y dulces remedaban paródicamente; de vez en cuando él mismo interrumpía su monótono canto para importunarme con preguntas jurídicas. Si nuestro veredicto no era el mismo, atacaba bruscos acordes como si adujera rasgueando con la guitarra una serie de citas probatorias. Sin embargo, yo siempre respaldaba mi opinión con la autoridad de mi maestro, el gran Hugo, a quien muchos conocen en Bolonia bajo el nombre de Ugone, también Ugolino.

—¡Un gran hombre! —exclamó el profesor arremetiendo otra vez contra el piano mientras cantaba:

El suave timbre de su voz

Resuena dentro del pecho,

Lo que te da este dolor

Es placer, dulce embeleso[349].

También Thibaut[350], a quien los italianos llaman Tibaldo, es muy alabado en Bolonia, aunque allí no conocen las obras de esos hombres tanto como sus ideas principales y sus correspondientes opositores. Descubrí que a Gans[351] y Savigny igualmente solo se les conocía por el nombre. A este último, el profesor lo consideraba una culta latiniparla.

—Vaya, vaya... —dijo cuando lo saqué de este error fácilmente subsanable—. Así que no es una mujer. Entonces me han informado mal. Me dijeron incluso que, en una ocasión, en un baile, el *signor* Gans había pedido a esta señora que bailara con él, y que cuando esta le dio calabazas, surgió de ello una enemistad literaria.

—Efectivamente, le han informado mal. El *signor* Gans jamás baila por una razón de carácter filantrópico: para que no se produzca ningún terremoto. Esa invitación al baile probablemente sea una alegoría mal entendida. La escuela histórica y la filosófica han sido ideadas como bailarinas, y en este sentido uno tal vez se imagine una *quadrille*[352] integrada por Ugone, Tibaldo, Gans y Savigny. Y quizás en este sentido se diga que el *signor* Ugone, pese a ser el *diable boiteux*[353]de la Jurisprudencia, baila exquisitos *pas* como la Lemière, y que estos últimos tiempos el *signor* Gans intenta dar algunos grandes saltos que lo han convertido en el Hoguet de la escuela filosófica.

—El *signor* Gans —se corrigió a sí mismo el profesor— baila, pues, solo alegóricamente o, por así decirlo, metafóricamente—. Pero, de repente, en lugar de seguir hablando, rasgueó de nuevo las cuerdas de la guitarra, mientras con los más furibundos acordes cantaba enloquecido:

Cierto que su valioso nombre

Delicia es de los corazones.

Ya las olas del mar braman,

El cielo nublado amenaza.

Por doquier a Tarara llaman

Como si tierra y cielo se hincaran

Ante su sacrosanto nombre354.

Del señor Göschen no había escuchado hablar el profesor ni una sola vez. Esto, sin embargo, se debía a causas naturales, pues la gloria del gran Göschen aún no ha llegado hasta Bolonia, sino solo hasta Poggio, a cuatro millas alemanas de distancia, donde permanecerá gustoso aún por un tiempo. La mismísima Gotinga no es, desde hace tiempo, tan conocida en Bolonia como se debería esperar si nos atuviéramos a cuestiones de gratitud, ya que se le suele llamar la Bolonia alemana. Si esta designación es acertada, es algo que no quiero investigar; pero en cualquier caso ambas universidades solo se diferencian por el simple hecho de que en Bolonia se pueden encontrar los perros más pequeños y los eruditos más grandes; en Gotinga, por el contrario, los eruditos más pequeños y los perros más grandes.

CAPÍTULO VI

Cuando el marqués Christophoro di Gumpelino sacó la nariz de aquel Mar Rojo, como en tiempos remotos hiciera el faraón, su rostro brillaba de sudorosa autocomplacencia. Profundamente conmovido prometió a los *signori* que, tan pronto como ella pudiera volver a sentarse, los llevaría a Bolonia en su propio carruaje. Entonces se acordó que el profesor partiría inmediatamente. Bartolo, por el contrario, viajaría en el carruaje del marqués, donde podía sentarse cómodamente sobre el pescante y sostener al perrito en su regazo. En catorce días deberían encontrarse en Florencia, adonde mientras tanto la señora Francesca, que viajaría con *Mylady* a Pisa, debería haber llegado. Mientras el marqués calculaba

los gastos ayudándose de los dedos, tarareaba para sí el *di tanti palpiti*355. Entretanto, la *signora* lanzaba estridentes gorgoritos y el profesor rasgaba tempestuosamente las cuerdas de la guitarra cantando letras tan ardientes que le caían gotas de sudor de la frente y lágrimas de los ojos, y todas confluían en una única corriente sobre su rojo semblante. Seguían cantando y tocando cuando, de repente, la puerta de la habitación contigua se abrió bruscamente de par en par y de un salto entró un ser...

A vosotras, musas del viejo y del nuevo mundo; incluso a vosotras, musas todavía ignotas, que seréis veneradas por una generación posterior y que yo presentí hace ya mucho tiempo en el bosque y en el mar, a vosotras os suplico: dadme colores para pintar a ese ser que, después de la virtud, es lo más grandioso de este mundo. La virtud, y esto no necesita de explicaciones, es la primera de todas las grandezas, el Creador del Universo la atavió con tantos encantos que parecía que no sería capaz de volver a crear nada tan excelso; pero entonces, haciendo de nuevo acopio de todas sus fuerzas, en algo más de una hora creó a la *signora* Francesca, la bella bailarina, la mayor obra maestra que concibió después de engendrar la virtud. Y hay que decir que lo hizo sin repetirse lo más mínimo, no como hacen los maestros de la tierra, en cuyas obras tardías asoman los encantos que toman prestados de las primeras. No, la *signora* Francesca es auténticamente original, no guarda el más mínimo parecido con la virtud, y sin embargo hay expertos que la consideran tan grandiosa como esta, y a la virtud, que fue creada antes, solo le reconocen la ventaja de su antigüedad. Pero, ¿es un grave defecto el hecho de que una bailarina sea seis mil años más joven?

¡Ay!, de nuevo la veo avanzar de un salto desde la puerta abierta de par en par hasta el centro de la habitación, para girar en ese preciso instante sobre su pie una infinidad de veces, tumbarse a la larga en el sofá, cubrir sus ojos con ambas manos y gritar ya sin aliento: «¡Ay, estoy cansada de dormir!». Se acerca entonces el marqués y pronuncia un largo discurso en su estilo irónico y ampulosamente respetuoso, que contrasta de manera un tanto enigmática con su natural lacónico en asuntos prácticos y de negocios y con su insípida verbosidad ante propuestas sentimentales. Sin embargo, su estilo no resultaba artificial, se había desarrollado quizás de forma natural en él debido a que carecía de valentía para manifestar sin reservas aquel poder al que se creía capacitado por el dinero y el espíritu, por lo que cobardemente intentaba disfrazarlo con palabras de la más exagerada humildad. La amplia sonrisa que esbozaba en tales ocasiones tenía algo de desagradablemente divertido, y uno no sabía si debía propinarle una paliza o tributarle una ovación. De esta manera pronunció su discurso matutino frente a la *signora* Francesca, quien, todavía medio dormida, apenas le escuchaba, y cuando al

final él le pidió permiso para besarle los pies o, al menos, el pie izquierdo y con dicho propósito extendió sobre el suelo con gran esmero su pañuelo de seda amarilla, sobre el que se arrodilló; ella le ofreció con indiferencia el pie izquierdo, calzado con un exquisito zapato rojo, al contrario que el pie derecho, en el que llevaba un zapato azul, pícara coquetería con la que la linda y delicada forma de sus pies debía destacar aún más. Cuando el marqués hubo besado con gran respeto el diminuto pie, se irguió con un «¡Ay, Jesús!», que pronunció entre suspiros, y pidió si podía presentármela, a mí, su amigo, cosa que le fue concedida en medio de bostezos, y con esta ocasión no dejó de tributar alabanzas a mi excelencia y aseguró, dando su palabra de caballero, que con mis versos había cantado con enorme exquisitez el más desgraciado amor.

Pedí a la dama que me concediera también a mí el privilegio de besarle el pie izquierdo, y en el momento en el que fui partícipe de este honor, ella se despertó como de un confuso sueño, se inclinó hacia mí sonriendo, me miró con grandes ojos de sorpresa, saltó alegre y precipitadamente al centro de la habitación y realizó una serie incontable de *fouettés*. Fue maravilloso sentir cómo mi corazón giraba incesante con ella hasta que a punto estuvo de marearse. Sin embargo, con esa ocasión rasgueó el profesor, divertidamente, las cuerdas de su guitarra y se puso a cantar:

Una gran *prima donna*

Por esposo me quiso

Y pronto mi novia se hizo.

Y se celebró la boda,

¡Ay de mí, majadero!

Mas me salvó un bucanero,

Pues al menor descuido

La vendí a los berberiscos

¡Bravo, Biskroma! ¡Bravo![356].

De nuevo, la *signora* Francesca clavó su mirada en mí examinándome de la cabeza a los pies, y con un gesto de satisfacción le dio entonces las gracias al

marqués, como si fuera yo un regalo que él le hubiera traído por cortesía. Tuvo poco que objetar: tan solo que el color marrón de mis cabellos le resultaba demasiado claro. Los hubiera deseado más oscuros, como los cabellos del abate Cecco. También encontraba mis ojos demasiado pequeños y más verdes que azules. Como represalia, querido lector, debería yo ahora describir a la *signora* Francesca con la misma severidad; pero, sinceramente, no tengo nada que argüir en contra de aquella exquisita figura de cualquiera de las Gracias que había sido formada casi con liviandad. También su rostro resultaba divino, como los que encontramos en las estatuas griegas: la frente y la nariz constituían una única línea vertical, que formaba un dulce ángulo recto con la línea inferior de la nariz, que era extraordinariamente corta; igual de escasa era la distancia que separaba la nariz de la boca, cuyos labios apenas alcanzaban ambas comisuras y una sonrisa ensoñadora los completaba; más abajo se arqueaba una encantadora y plena barbilla, y el cuello... ¡Ay!, piadoso lector, estoy yendo demasiado lejos; además, en esta descripción preliminar aún no tengo ningún derecho a hablar de las dos silenciosas flores que brillaban como la blanca poesía cuando la *signora* desabrochó los plateados botones del cuello de su vestido de seda negro... ¡Querido lector!, ascendamos de nuevo a la descripción del rostro, sobre el que debo añadir que era claro y amarillento como el ámbar, que los negros cabellos que cubrían sus sienes como si fueran un liso y brillante óvalo redondeaban su rostro otorgándole un aire infantil, y que, a su vez, dos ojos negros e inesperados lo iluminaban como con una luz mágica.

Adviertes, querido lector, que estoy queriéndote proporcionar una topografía exhaustiva de mi felicidad, y, así como otros viajeros incluyen en sus obras mapas especiales de regiones destacables por cuestiones históricas o por otro tipo de motivos, yo quisiera grabar a Francesca en cobre. Pero, ¡ay!, ¿de qué sirve la copia sin vida de una silueta cuando el encanto sublime de las formas consiste en el movimiento viviente? Ni tan siquiera el mejor de los pintores nos lo puede brindar para que lo contemplemos, pues la pintura es solo una pura mentira. Antes lo lograría el escultor. Mediante una iluminación cambiante podemos, hasta cierto punto, imaginar en las estatuas un movimiento de sus formas, y la antorcha que solo les arroja luz externa parece darles también vida interior. En efecto, hay una estatua que podría ofrecerte, querido lector, un marmóreo concepto de la magnificencia de Francesca, y esta es la Venus del gran Canova, que puedes encontrar en una de las últimas salas del *Palazzo Pitti* de Florencia. Ahora pienso a menudo en esa estatua y a veces sueño que yace en mis brazos y poco a poco va cobrando vida hasta que, por fin, me habla susurrando con la voz de Francesca. Era el sonido de esta voz, sin embargo, el que otorgaba a todas y cada una de sus palabras el significado más hermoso e infinito, y si quisiera transmitirte sus

palabras, únicamente te hablaría de un herbario seco de flores que solo a través de su aroma adquieren el valor más elevado. A menudo también brincaba y bailaba mientras hablaba, y quizás fuera precisamente este baile su verdadero idioma. No obstante, mi corazón danzaba siempre a su compás, ejecutando los pasos más difíciles y mostrando gran talento para este baile, lo cual jamás habría esperado de él. Y así fue cómo Francesca narró también la historia del abate Cecco, un joven muchacho que estuvo enamorado de ella cuando esta vivía aún en el valle del Arno y hacía sombreros de paja; ella aseguraba que yo tenía la suerte de asemejarme a él. Mientras tanto realizaba las más delicadas pantomimas, se presionaba el corazón con las puntas de sus dedos una y otra vez, de modo que parecía crear los más tiernos sentimientos con la mano ahuecada, hasta que al fin se arrojó de bruces sobre el sofá como si se estuviera cerniendo, ocultó su rostro en los cojines, dobló las piernas hacia atrás y las dejó actuar como a muñecos de madera. El pie azul representaba al abate Cecco, y el rojo, a la pobre Francesca, y mientras parodiaba su propia historia, dejó que ambos pies se despidieran, y la manera en que ambos se besaron con las puntas y se dijeron las más tiernas cosas fue un espectáculo enternecedoramente delirante... y mientras tanto la loca muchacha derramaba de manera divertida lágrimas burlonas que, no obstante, de vez en cuando brotaban del interior de su alma de forma inconsciente y más profunda de lo que el papel exigía. Asimismo, exagerando cómicamente su dolor, hizo pronunciar al abate Cecco un largo discurso en el que enaltecía la belleza de la pobre Francesca con pedantes metáforas, y la manera en que también esta, en su papel de pobre Francesca, respondió y remedó su propia voz con el sentimentalismo de épocas pasadas, tenía algo de triste y guiñolesco que me conmovió de forma maravillosa. «¡Adiós, Cecco! ¡Adiós, Francesca!», era el constante estribillo de los enamorados piececillos que no querían abandonarse. Y al fin me alegré cuando el inexorable destino los separó al uno del otro, pues un dulce presentimiento me susurraba que hubiese sido una gran desgracia para mí el que los dos amantes hubiesen permanecido unidos para siempre.

El profesor aplaudió con sonidos burlescamente desafinados de su guitarra, la *signora* hacía gorgoritos, el perrito ladraba, el marqués y yo batíamos palmas como frenéticos y la *signora* Francesca se puso de pie e hizo una reverencia como muestra de agradecimiento.

—Es realmente una hermosa comedia —me dijo—, pero ha pasado ya tanto tiempo desde que se estrenara, y por lo que a mí respecta, soy ya tan vieja... Adivine, ¿cuántos años tengo?

Sin embargo, no esperaba en absoluto que le respondiera, pues dijo veloz:

—Dieciocho años —mientras giraba sobre su pie unas dieciocho veces—. ¿Y cuántos años tiene usted, *dottore?*

—Yo, *signora*, nací en la víspera de mil ochocientos.

—Ya se lo dije —señaló el marqués—, es uno de los primeros hombres de nuestro siglo.

—¿Y cuántos años cree que tengo? —exclamó de pronto la *signora* Letizia, y sin pensar en su traje de Eva, que hasta entonces había escondido el cubrecamas, se puso de pie ante dicha pregunta con tal pasión que apareció, no solo el Mar Rojo, sino toda Arabia, Siria y Mesopotamia.

Retrocedí horrorizado ante aquella espantosa imagen, mientras balbuceaba algunas frases referidas a las dificultades de dar respuesta a ese tipo de preguntas alegando que solo había visto a la *signora* hasta la mitad; pero como me lo pidió con tanta más vehemencia, le confesé la verdad, es decir, que aún no sé calcular la correspondencia entre los años italianos y los alemanes.

—¿Es acaso grande la diferencia? —preguntó la *signora* Letizia.

—Se explica —le contesté yo— porque el calor dilata todos los cuerpos, de modo que los años en la cálida Italia son mucho más largos que en la fría Alemania.

El marqués supo sacarme mejor de aquel aprieto asegurando galante que, por ello, su belleza se había desarrollado en la más exuberante madurez.

—¡Y, *signora!* —añadió—, como sucede con la naranja amarga, que cuantos más años tiene más amarilla se vuelve, también su belleza es tanto más madura cada año que pasa.

La dama pareció quedar satisfecha con esta comparación, e igualmente confesó que, de hecho, se sentía más madura que entonces, sobre todo en aquel tiempo en que era aún muy delgadita y actuó en Bolonia por primera vez, y que al día de hoy todavía no comprendía cómo había podido causar tanto furor con semejante figura. Y entonces nos contó su debut como Ariadna —historia sobre la cual, como más tarde descubrí, volvía muy a menudo—, por lo que también el *signor* Bartolo, aprovechando la ocasión, tuvo que declamar el poema que antaño le lanzara en el teatro. Era un buen poema, lleno de una conmovedora tristeza por la infidelidad de Teseo, lleno de ciego entusiasmo por Baco y de elogio por Ariadna.

«*¡Bella cosa!*», exclamaba la *signora* Letizia a cada estrofa, y también yo alabé las imágenes, la métrica y todo el tratamiento de aquel mito.

—Sí, es muy hermoso —dijo el profesor—, y apuesto a que le es inherente una verdad histórica, pues algunos autores nos narran de forma explícita que Eneo, un sacerdote de Baco, había contraído nupcias con la desconsolada Ariadna cuando la encontró abandonada en Naxos; y, como a menudo sucede, en la leyenda, el sacerdote del dios se convirtió en el dios mismo.

No pude adherirme a esta opinión, pues en mitología me inclino más bien por las interpretaciones históricas, así que repliqué:

—En toda la fábula, en el hecho de que Ariadna se arrojara en los brazos de Baco después de que Teseo la abandonara en Naxos, no veo más que la alegoría de que ella, en aquel estado de abandono, se había dado a la bebida, una hipótesis que comparten conmigo algunos eruditos de mi patria. Usted, señor marqués, sabrá probablemente que el difunto banquero Bethmann357, a tenor de esta hipótesis, supo iluminar a su Ariadna de tal manera que esta parecía tener la nariz roja.

—¡Sí, en efecto, el señor Bethmann, de Fráncfort... era un gran hombre! —exclamó el marqués, aunque en ese preciso instante pareció pasársele algo importante por la cabeza, y dijo suspirando—: ¡Santo Dios, he olvidado escribirle a Rothschild, de Fráncfort! —y con cara seria de hombre de negocios de la que pareció desaparecer el más mínimo rastro de burla o parodia, se despidió sin demora, sin largas ceremonias, y prometió regresar por la tarde.

Una vez que se hubo marchado, me dispuse, como es costumbre en todo el mundo, a hacer algunos comentarios sobre aquel hombre a cuya bondad yo debía la más agradable de las amistades. Para mi asombro, me di cuenta de que todos se hacían lenguas de su persona y que todos ensalzaban con expresiones hiperbólicas sobre todo su entusiasmo por la belleza, la noble exquisitez de sus modales y su carácter desprendido. También la *signora* Francesca estaba de acuerdo con este canto de alabanza, aunque confesó que su nariz la asustaba un poco y que siempre le recordaba a la torre de Pisa.

Al despedirme le pedí de nuevo que me concediera el privilegio de besar su pie izquierdo; acto seguido, con sonriente seriedad, se quitó tanto el zapato rojo como la media; y mientras yo me arrodillaba, me ofreció su blanco y floreciente pie de azucena, que mis labios presionaron con más fe que si del pie del Papa se hubiera tratado. Huelga decir que también ejercí de doncella de cámara y la ayudé

a que se pusiera de nuevo la media y el zapato.

—Estoy satisfecha de usted —dijo la *signora* Francesca una vez ejecutado el cometido, en el que por cierto no me apresuré demasiado, si bien empleé los diez dedos de mi mano—. Estoy satisfecha de usted y debe ponerme las medias más a menudo. Hoy ha besado usted el pie izquierdo, mañana estará a su disposición el derecho. Pasado mañana ya tendrá usted permiso para besarme la mano izquierda, y un día después, también la derecha. En caso de que su comportamiento sea el adecuado, más tarde le ofreceré la boca, y así sucesivamente. Como puede comprobar, le permito gustosa que progrese y, puesto que es usted joven, puede hacer carrera y llegar lejos en este mundo.

¡Y ya creo que lo he conseguido! De ello sois testigos vosotras, noches toscanas; tú, cielo azul iluminado con enormes estrellas de plata; vosotros, silvestres arbustos de laurel y misteriosos mirtos; y vosotras, ninfas de los Apeninos, cuyas danzas nupciales nos envuelven y nos hacen soñar con aquellos bellos tiempos de los dioses antiguos, cuando no existía todavía ninguna de esas mentiras góticas que solo permiten ciegos y vacilantes placeres a escondidas, y que sobre cada sentimiento libre pegan su hipócrita hojita de parra.

Nadie necesitó una hoja de parra pues toda una higuera de amplias y bien cargadas ramas murmuraba sobre las cabezas de los dichosos que allí estábamos reunidos.

CAPÍTULO VII

Todos sabemos qué es un garrotazo; pero qué sea el amor, es algo que aún nadie ha conseguido descifrar. Algunos filósofos de la naturaleza han afirmado que es un tipo de electricidad. Es posible, pues en el momento del enamoramiento nos sentimos como si una chispa eléctrica procedente del ojo de nuestro ser amado hubiera saltado de repente a nuestro corazón. ¡Ay!, estos rayos son los más perniciosos, y a quien invente un pararrayos para protegerse de ellos quiero respetarlo más que a Franklin. Si al menos hubiera pequeños pararrayos que se pudieran llevar en el corazón y estuvieran provistos de una vara de descarga que pudiera dirigir el terrible fuego a cualquier otra parte... Me temo, sin embargo, que no ha de ser nada fácil arrebatarle al pequeño Cupido sus flechas, como a Júpiter su rayo y a los tiranos su cetro. Además, el amor no siempre actúa como el rayo; a veces está aguardando al acecho, como una serpiente entre las rosas, atisbando el primer hueco en el corazón para introducirse sin permiso de nadie; a veces es solo una palabra, una mirada, la narración de una sencilla trama, aquello que cae en

nuestro corazón cual luminosa semilla, reposa en calma todo un invierno hasta que llega la primavera y la pequeña semilla brota convirtiéndose en una resplandeciente flor cuyo aroma nos embriaga. El mismo sol que en Egipto incuba los huevos de los cocodrilos en el valle del Nilo, puede al mismo tiempo madurar las simientes del amor de un joven corazón en Potsdam an der Havel358. Entonces hay lágrimas en Egipto y en Potsdam. Pero las lágrimas no bastan para explicar nada. ¿Qué es el amor? ¿Nadie ha penetrado en su esencia? ¿Nadie ha resuelto el enigma? Quizás la respuesta produzca mayor tormento que el propio enigma y puede que el corazón se estremeciera y quedara petrificado con ella como cuando antaño se miraba a la Medusa. Las serpientes se enroscan en la horrible palabra que descifra este enigma... Ay, no quiero saber jamás la palabra mágica, prefiero con mucho la miseria que abrasa mi corazón a la fría petrificación. Ah, no la pronunciéis, inertes figuras que, exentas de dolor como las piedras, pero también exentas de sentimiento como ellas, camináis por los jardines de rosas de este mundo y sonreís despectivamente con vuestros pálidos labios viendo a vuestros necios compañeros alabar el perfume de las rosas y lamentarse por las espinas.

Si bien, querido lector, no soy capaz de decirte qué sea en verdad el amor, sí podría, sin embargo, contarte con todo detalle cómo se comporta y qué siente quien se ha enamorado en los Apeninos. Uno se comporta como un loco, baila en las colinas y las peñas y piensa que el mundo entero baila con él. Y uno se siente entonces como si el mundo hubiera sido creado ese mismo día y él fuera el primer hombre. «¡Ay, qué hermoso es todo!», exclamé jubiloso cuando hube abandonado la casa de Francesca. «¡Qué hermoso y valioso es este nuevo mundo!». Me sentí como si hubiera de dar nombre a todas las especies vegetales y animales, y a cada una de ellas la denominé según su naturaleza intrínseca y mi propio sentimiento, que se fundía prodigiosamente con las cosas externas. Mi corazón era una fuente de revelación, y yo comprendía todas las formas y configuraciones, el aroma de la vegetación, el canto de los pájaros, el silbido del viento y el murmullo de las cascadas. A veces también escuchaba la voz divina: «Adán, ¿dónde estás?». «Aquí estoy, Francesca», exclamaba yo entonces. «A ti te venero, pues tengo la absoluta certeza de que tú creaste sol, luna y estrellas, y la tierra con todas sus criaturas!». Se escuchaba entonces una risa ahogada que procedía del arbusto de mirto mientras suspiraba en mi interior: «¡Oh, dulce locura, no me abandones jamás!». Más tarde, cuando se acercaba el atardecer, comenzó entonces la verdadera y frenética felicidad del amor. Los árboles ya no bailaban solos sobre las montañas, sino que incluso las montañas hacían bailar sus pesadas cabezas, que el sol iluminaba al despedirse con un rojo tan intenso que parecían haberse embriagado con sus propias uvas. Allí abajo, el río se precipitaba con tanto mayor ímpetu, murmurando angustiado como si temiera que las montañas, que se tambaleaban

de un lado a otro de puro embeleso, fueran a desplomarse sobre él. Entretanto divisaba a lo lejos el delicioso brillo de los relámpagos que parecían besos de luz. «¡Sí!», exclamé yo, «el cielo, risueño, besa a su amada tierra... ¡Ay, Francesca, bello cielo, déjame ser tu tierra! ¡Yo soy terrenal y te ansío, mi cielo!». Así exclamé y extendí al cielo mis brazos anhelantes, eché a correr y me golpeé la cabeza contra algún árbol que, entonces, abracé en lugar de reprender, y mi alma lanzó gritos de embriaguez amorosa cuando, de repente, divisé una resplandeciente figura escarlata que me arrancó violentamente de todos mis sueños devolviéndome a la más fría realidad.

CAPÍTULO VIII

Sobre un saliente cubierto de hierba, bajo un extenso laurel, se sentaba Hyacintho, el sirviente del marqués, y junto a él Apolo, su perro. Este último estaba más bien en pie, pues había colocado las patas delanteras sobre la rodilla escarlata del hombrecillo y contemplaba con curiosidad cómo este, sosteniendo una pizarra en sus manos, de tanto en tanto procedía a escribir algo, sonreía afligido, sacudía la cabeza, suspiraba profundamente y a continuación se sonaba la nariz con complacencia.

—¡Pero diantre! —le grité—. Hirsch Hyacintho, ¿estás componiendo poemas? Bueno, los elementos te son favorables, Apolo está de tu lado y el laurel ya cuelga sobre tu cabeza.

Pero me equivoqué con el pobre pícaro. Con cordialidad me contestó:

—¿Poemas? No, la poesía me gusta, pero no la practico. ¿Qué iba a escribir? No tenía nada que hacer y, para entretenerme, estaba haciendo una lista con los nombres de aquellos amigos que antiguamente jugaban en mi oficina expendedora de loterías. Algunos de ellos aún me deben dinero... No crea, doctor, que le estoy reclamando nada... Hay tiempo, usted me cae bien. Si en el último sorteo hubiera jugado el 1365 en lugar del 1364, ahora sería un hombre con cien mil marcos en valores hanseáticos, y no necesitaría deambular por aquí, y podría estar sentado tranquilamente en Hamburgo, alegre y sosegado, y desde su sofá podría dejar que le contaran cómo es Italia. ¡Pongo a Dios por testigo que no habría venido hasta aquí, si no hubiese sido por devoción al señor Gumpel! ¡Ay, cuánto calor, peligros y cansancio tengo que soportar, pues allí donde hay tensión y extravagancia, allí está el señor Gumpel, y yo con él! Si no le fuera imprescindible, hace ya mucho que lo habría abandonado. Pues, ¿quién cuenta más tarde en casa cuánto honor y formación ha conseguido estando en el extranjero359? Y, si le soy sincero, yo

mismo empiezo a dar gran valor a la formación. En Hamburgo, gracias a Dios, no preciso de ella; pero no se puede saber si uno no tendrá que marcharse algún día a otro lugar. El mundo ha cambiado mucho. Y se tiene razón cuando se dice que un poco de formación embellece al hombre. ¡Y cómo le honra! *Lady* Maxfield, por ejemplo, ¡cómo me ha recibido y honrado esta mañana! Como si fuera uno de los suyos. Y me dio un *francescone*360 de propina, ¡y eso que la flor solo había costado cinco *paoli*361! Por lo demás, es también un placer sostener en mis manos el pequeño y blanco pie de las bellas damas.

Esta última observación me dejó bastante perplejo y al instante pensé: «¿Se trata acaso de una broma?». Pero ¿cómo podía aquel canalla tener ya conocimiento de la suerte que yo había tenido el mismo día y a la misma hora que él estaba al otro lado de la montaña? ¿Acaso hubo allí una escena similar, en la que se hubiera manifestado la ironía del gran autor del teatro del mundo allí arriba, de tal manera que quizá hiciera representar miles de semejantes escenas que se parodiaban unas a otras para deleite de los ejércitos celestiales? De todos modos, ambas suposiciones eran infundadas, pues tras mucho preguntar una y otra vez, y tras haberle prometido que no revelaría nada al marqués, el pobre hombre me confesó que *lady* Maxfield todavía estaba en la cama cuando él le hizo entrega del tulipán, que en el momento en que quiso pronunciar su bonito discurso asomó uno de sus pies desnudos y que, puesto que advirtió en ellos ojos de gallo, pidió al instante permiso para cortárselos, lo cual le fue concedido, y, más tarde, fue recompensado con un *francescone,* también por haberle llevado el tulipán.

—Pero solo lo hago por honor —añadió Hyacintho—, y eso mismo es lo que también dije al barón Rothschild cuando tuve el honor de cortarle los ojos de gallo. Sucedió en su gabinete: él estaba sentado en su sillón verde como en un trono, hablaba como un rey y a su alrededor estaban sus corredores de bolsa, a quienes impartía sus órdenes, enviaba estafetas a todos los soberanos y, como entretanto yo le cortaba los ojos de gallo, pensé desde el fondo de mi corazón: «En tus manos tienes en estos momentos el pie del hombre que, a su vez, tiene el mundo en sus manos, también tú eres ahora un hombre importante, si le cortases en lo vivo un poco más de lo que debieras, él entonces se enfadaría y repercutiría su enfado cortando con mayor crueldad a los más grandes reyes que están por encima...». ¡Fue el momento más feliz de mi vida!

—Puedo imaginarme esa hermosa sensación, don Hyacintho. Pero ¿a qué miembro de la dinastía de los Rothschild amputó de esa manera? ¿No será ese orgulloso británico que vive en Lombardstreet362 y que levantó una casa de préstamos para emperador y reyes?

—Es obvio, señor doctor. Me refiero al gran Rothschild, al gran Nathan Rothschild, Nathan el Sabio363, a quien el emperador de Brasil ha entregado su corona de diamantes. Sin embargo, también tuve el honor de conocer al barón Salomón Rothschild en Fráncfort, y aunque no dispusiera de su íntimo pie para deleitarme con él, supo valorarme de todos modos. Cuando el señor marqués le dijo que yo había sido expendedor de lotería, el barón dijo con mucha gracia: «Yo mismo soy algo semejante, pues soy el expendedor jefe de los juegos de lotería Rothschild, y mi colega no tiene permitido comer con los sirvientes bajo ningún concepto, debe sentarse a mi lado en la mesa...». Y así fue como, que Dios me castigue si miento, me senté junto a Salomon Rothschild, que me trató exactamente igual que a uno de los suyos, absolutamente de forma «famillonaria»364. También estuve en su casa con motivo de un célebre baile infantil del que hablaron los periódicos. En mi vida volveré a ver semejante suntuosidad. Y también estuve en un baile en Hamburgo que costaba 1500 marcos y 8 chelines, pero aquello fue como una cagadina de gallina frente a un montón de estiércol. ¡Cuánto oro, plata y diamantes vi en aquel lugar! ¡Cuántas estrellas y condecoraciones! La Orden del Halcón, el Toisón de Oro, la Orden del León, la Orden del Águila... Incluso un niño pequeñísimo, se lo juro, un niño pequeñísimo llevaba una Orden del Elefante. Los niños llevaban unos disfraces hermosísimos y jugaban a los préstamos e iban vestidos como los reyes, con coronas sobre sus cabezas; aunque había un joven alto que vestía exactamente igual que el viejo Nathan Rothschild. Hacía muy bien su función, tenía ambas manos en los bolsillos de los pantalones haciendo sonar el dinero, adoptaba un aire malhumorado cuando uno de los pequeños reyes le pedía un préstamo y solo acariciaba las mejillas amistosamente al pequeño de la levita blanca y pantalones rojos, a quien dedicaba los siguientes halagos: «Eres mi gozo, querido mío, mi tesoro, pero dile a tu primo Miguel que me deje tranquilo. No le voy a prestar nada a ese chiflado que gasta a diario más personas de las que se pueden consumir en un año. Nos amenaza un gran desastre mundial por su culpa y mi negocio sufrirá por ello». Pongo a Dios por testigo que el joven hacía su papel a la perfección, sobre todo cuando ayudó a andar al niño gordo que vestía de raso blanco con lirios de plata auténticos y le iba diciendo de vez en cuando: «Bien, bien, tú... tú, pórtate como es debido, aliméntate bien, cuida de que no vuelvan a echarte para que no pierda mi dinero». Le aseguro, señor doctor, que era un placer escuchar al joven; y también a los otros niños, realmente deliciosos, que hacían muy bien su papel..., hasta que les llevaron un pastel y estuvieron peleando por el mejor trozo, y se arrancaron las coronas de la cabeza, gritando y llorando, y algunos incluso se...

CAPÍTULO IX

No hay cosa más aburrida en este mundo que la lectura de un relato de viajes por Italia —excepto la redacción del mismo—, y el autor solo puede hacerla hasta cierto punto soportable hablando de la propia Italia lo menos posible. Y aun abusando de este recurso, no puedo, querido lector, prometerte mucho entretenimiento en los próximos capítulos. Y si la tediosa materia que te voy a presentar te aburre, consuélate conmigo, que tuve incluso que escribirla. Te aconsejo que de cuando en cuando vayas saltando algunas páginas, así acabarás antes el libro. ¡Ay, qué más quisiera yo que poder hacer lo mismo! No pienses que bromeo: si he de confesarte totalmente en serio y de todo corazón cuál es mi opinión sobre este libro, te recomiendo que lo cierres ahora mismo y que no sigas leyendo ni una página más. Próximamente escribiré algo mejor para ti, y si en un subsiguiente libro nos volvemos a encontrar con Mathilde y Francesca en la ciudad de Lucca, los hermosos cuadros deberán deleitarte con mucho más encanto que el presente capítulo y que todos los que le siguen.

¡Por suerte suenan frente a mi ventana las divertidas melodías de un organillo! Mi mente confusa necesita una distracción de este tipo, sobre todo porque ahora debo narrar mi visita a Su Excelencia, el marqués Christophoro di Gumpelino. Quiero transmitir esta conmovedora historia con total exactitud, siendo fiel a cada palabra, en su más sórdida pureza.

Ya era tarde cuando llegué a la casa del marqués. Cuando entré en la habitación, Hyacintho estaba solo y limpiaba las espuelas de oro de su señor, quien, tal y como pude ver a través de la puerta medio abierta de su alcoba, estaba postrado ante una *madonna* y un gran crucifijo.

Porque debes saber, querido lector, que el marqués, esa distinguida persona, es ahora un buen católico, que practica con rigurosidad las ceremonias de la única iglesia salvadora, y que incluso tiene un capellán propio cuando está en Roma, por la misma razón por la que en Inglaterra se entretiene con los mejores corredores de carreras y en París con las bailarinas más hermosas.

—El señor Gumpel está haciendo sus oraciones —susurró Hyacintho con una sonrisa trascendental, y, señalando a la alcoba de su señor, añadió con un susurro aún más suave—: Todas las tardes se pasa dos horas así, arrodillado ante la *prima donna* con el niño Jesús365. Es una magnífica obra de arte que le costó seiscientos *francesconi*.

—Y usted, señor Hyacintho, ¿por qué no se arrodilla detrás de él? ¿O es que no le complace la religión católica?

—En ocasiones me complace y otras veces no —respondió aquel moviendo inquietantemente la cabeza—. Es una buena religión para un barón distinguido que puede andar ocioso todo el día y para un entendido en arte; pero no es religión para un hamburgués, para alguien que tiene su negocio, y no es en absoluto una religión adecuada para un expendedor de lotería. Tengo que escribir con total exactitud cada uno de los números que se extraen, y si por casualidad pienso en el «¡dong, dong, dong!» de la campana católica, o si esta se balancea delante de mis ojos, como el incensario católico, y me equivoco y escribo un número falso, se puede producir entonces la más grande desgracia. A menudo le decía al señor Gumpel: «Su Excelencia es un hombre rico y puede ser tan católico como quiera, y puede dejar que le sahúmen el raciocinio de forma completamente católica, y puede volverse tan bobo como una campana católica, y, sin embargo, seguirá teniendo qué comer. Pero yo soy un hombre de negocios y debo conservar en armonía mis siete sentidos para ganar algo». El señor Gumpel piensa, por supuesto, que el catolicismo es necesario para la cultura y que si yo no me hago católico, no entenderé las pinturas que forman parte de la cultura, no entenderé a Juan de Viehesel366, ni a Correcho ni a Carracho ni a Carravacho..., pero siempre he pensado que ni Correcho ni Carracho ni Carravacho pueden ayudarme lo más mínimo si nadie me compra lotería, y entonces voy a la bancarrota. En este contexto debo confesarle también, señor doctor, que la religión católica no me proporciona el más mínimo placer, y usted, como hombre razonable que es, tiene que darme la razón. No me causa ningún placer. Es una religión en la que uno tiene la sensación de que nuestro buen Dios, que Él me perdone, acabara de morir: como en un funeral, huele a incienso mientras se canturrea una música funeraria tan triste que uno entra en un estado de melancolía.

—Pero, señor Hyacintho, ¿qué opina de la religión protestante?

—También me resulta demasiado razonable, señor doctor, y si en la Iglesia protestante no hubiera órgano, esta no sería ni siquiera religión. Entre nosotros, esta religión no es nada perniciosa y es tan pura como un vaso de agua, pero tampoco ayuda en nada. La he probado y esta prueba me costó cuatro marcos y catorce chelines...367.

—¿Por qué, mi querido señor Hyacintho?

—Mire usted, señor doctor, en cierta ocasión pensé: «Esta es, sin lugar a dudas, una religión muy ilustrada a la que le falta un cierto entusiasmo y milagrería». Y un poco de entusiasmo es necesario; debe ser capaz de hacer un mínimo milagrito si quiere pasar por una religión que se precie. Pero, ¿quién hará

los milagros aquí?, pensé una vez mientras contemplaba una de esas iglesias protestantes en Hamburgo totalmente peladas donde no hay más que bancos marrones y paredes blancas y de la pared solo cuelga una pizarrita negra en la que hay escrita media docena de cifras blancas. De nuevo pensé: «Tal vez seas injusto con esta religión, tal vez estas cifras puedan hacer milagros tan bien como una imagen de la madre de Dios o como un hueso de su marido, San José», y, para llegar al fondo de la cuestión, me dirigí inmediatamente a Altona y empleé dichas cifras en la lotería de allí: al par aposté ocho chelines, a la terna seis, a la cuaterna cuatro y a la quinterna dos. Y le doy mi palabra de honor de que no apareció ni un solo número protestante. Entonces supe lo que tenía que pensar, y pensé: «Alejaos de mí con esa religión que no puede hacer absolutamente nada, en la que no aparece ni una sola vez un par... ¿estoy tan loco como para apostar toda mi dicha a una religión por la que ya he apostado y perdido cuatro marcos y catorce chelines?».

—Seguro que la vieja religión judía le parece mucho más práctica, ¿no es así, querido?

—Señor doctor, vaya con esa vieja religión judía a otra parte; no se la deseo ni a mi más enojoso enemigo. No ofrece más que calumnias y vergüenza. Se lo digo, no es en absoluto una religión, sino una calamidad. Evito todo aquello que pudiera recordármela, y como *Hirsch* es una palabra judía y en alemán significa Hyazintho, me he desprendido del antiguo «Hirsch» y ahora firmo como: «Hyazintho, expendedor, operador y tasador». Tengo, además, la ventaja de que en mi sello de mano ya aparece una H y no necesito grabar uno nuevo. Le aseguro que en este mundo muchas cosas dependen de cómo se las llame; el nombre hace mucho. Cuando firmo como «Hyazintho, expendedor, operador y tasador», suena a todas luces de forma totalmente distinta a si escribiera Hirsch sin más, por lo cual no se me puede tratar como a un canalla cualquiera.

—¡Mi querido señor Hyacintho! ¡Quién podría tratarlo a usted de semejante manera! Parece haber hecho ya tanto por su formación que en usted ya se reconoce al hombre intelectual antes de que abra la boca para hablar.

—Tiene razón, señor doctor, he dado pasos de gigante en mi formación. Cuando regrese a Hamburgo no sé con quién tendré que tratar allí; y por lo que a la religión respecta, sé lo que hago. Sin embargo, hoy por hoy tengo suficiente con el nuevo templo israelí; me refiero a la confesión religiosa puramente mosaica, con ortográficos cantos alemanes, prédicas emotivas y otros fervorines de los que necesariamente precisa una religión368. Que Dios me conceda sus dones, pero por

el momento no deseo para mí otra religión mejor, y esta merece ser respaldada. Quiero hacer lo que me corresponde, y en cuanto vuelva a Hamburgo, quiero ir todos los sábados, cuando no haya sorteo, al nuevo templo religioso. Por desgracia hay hombres que dan mala reputación a este nuevo culto divino israelí, y sostienen, por decirlo de forma respetuosa, que daría pie a un cisma... Pero yo puedo asegurarle que es una religión buena y limpia, incluso demasiado buena para el hombre corriente, para quien la vieja religión judía sigue siendo quizás muy útil. El hombre corriente posee un lado necio que le permite ser feliz y por tanto se siente feliz gracias a su necedad.

Uno de esos viejos judíos de luenga barba y levita desgarrada que no puede hablar una sola palabra ortográfica e, incluso, es un poco casposo, tal vez sienta en su interior mayor felicidad que yo con toda mi formación. En Hamburgo, en una habitación de la *Bäckerbreitengang*369, vive un hombre llamado Moisés Lump, también lo llaman Moisés Lümpchen, o Lümpchen a secas; pasa la semana yendo de un lado a otro, a la intemperie, con el hato a cuestas, para ganarse unos cuantos marcos. Cuando llega a casa el viernes por la tarde y encuentra el candelabro de siete brazos encendido y la mesa cubierta de blanco, deja el hato y las preocupaciones, y se sienta a la mesa con su mujer encorvada y su hija, aún más encorvada, come con ellas pescados cocinados en una blanca y agradable salsa de ajo, mientras canta las más hermosas canciones del rey David y se alegra de todo corazón por el éxodo de los hebreos de Egipto. También se alegra de que todos los seres malvados que le hicieron daño hayan muerto al final; de que el rey Faraón, Nabucodonosor, Haman, Antíoco, Tito y todas las personas de esta calaña estén muertas; de que, por el contrario, Lümpchen aún viva y coma pescado con su mujer y su hija. Y le digo, señor doctor, que los pescados son sabrosos y el hombre es feliz; no necesita matarse a trabajar por la formación, se siente satisfecho con su religión y su batín verde, como Diógenes en su barril, mira satisfecho su candelabro, que no ha espabilado por sí mismo una sola vez... Y yo le digo que aunque las luces brillen algo mortecinas y la sirviente del *Sabbat* que ha de espabilarlas no esté presente, y aunque en ese momento entrara Rothschild el Grande con todos sus agentes de bolsa, contadores, agentes expedidores y jefes de cuentas con los que conquista el mundo, y dijera: «Moisés Lump, te concedo un deseo, aquello que pidas te será concedido»... Señor doctor, estoy convencido de que Moisés Lump respondería tranquilamente: «¡Espabílame la luz del candelabro!», y Rothschild el Grande le contestaría con asombro: «¡Si no fuera Rothschild, quisiera ser un *lump*370 semejante!».

Mientras Hyacintho iba exponiendo así sus puntos de vista, con prolijidad épica, como tenía por costumbre, el marqués se levantó del cojín sobre el que

estaba postrado y se acercó a nosotros, todavía murmurando nasalmente algunos padrenuestros. Hyacintho cubrió entonces con el crespón verde el cuadro de la *madonna* que colgaba sobre el reclinatorio, apagó los dos cirios que había delante de ella, descolgó el crucifijo de cobre, volvió con él donde estábamos y lo limpió con el mismo trapo y con los mismos escupitajos concienzudos con los que también había limpiado las espuelas de su señor. Este, sin embargo, parecía haberse deshecho a causa del calor y su blando estado de ánimo: en lugar de su bata llevaba un amplio dominó de seda azul con volantes plateados y su nariz resplandecía afligida, como un *louis d'or* enamorado. —¡Ay, Jesús! —suspiró al dejarse caer en los cojines del sofá—. ¿No le parece, señor doctor, que esta noche parezco de lo más extravagante? Estoy muy agitado, mi espíritu se ha disuelto, anhelo un mundo superior,

Los ojos miran el cielo abierto,

Mi corazón se entrega a la dicha.

—Señor Gumpel, tiene que comer —dijo Hyazintho, interrumpiendo la patética declamación—, la sangre se le ha vuelto a revolver en las entrañas, sé lo que le hace falta.

—No lo sabes —suspiró su amo.

—Le digo que lo sé —replicó el sirviente y afirmó con su pequeño rostro bonachonamente diligente—, le conozco como a la palma de mi mano y sé que es usted lo contrario de lo que yo soy: cuando usted tiene sed, yo tengo hambre; si tiene usted hambre, yo tengo sed; usted es demasiado corpulento y yo demasiado delgado; usted tiene mucha imaginación y yo tengo tanto más espíritu de comerciante; yo soy un hombre práctico y usted un hombre verbalmente diarrético, en resumidas cuentas, usted está en mis antípodas.

—¡Ay, Julieta! —suspiró Gumpelino— ¡Quién fuera el guante de piel amarillo que guarda tu mano y quién besara tus mejillas! Señor doctor, ¿llegó a ver aquella vez a la Crelinger en *Romeo y Julieta?*

—Por supuesto, y mi alma entera sigue hoy extasiada por aquella interpretación...

—¡Vaya! —exclamó el marqués entusiasmado, y sus ojos derramaron fuego iluminando su nariz—. ¡Entonces usted me entenderá, entonces usted sabe qué quiero decir cuando le digo: ¡Amo! Me quiero confesar a usted. ¡Hyacintho, sal!

—No necesito salir —dijo este con disgusto—. No necesita avergonzarse delante de mí, yo también conozco el amor, y ya sé...

—¡Tú no sabes! —exclamó Gumpelino.

—Para demostrarle, señor marqués, que sí sé, tan solo necesito mencionar el nombre de Julie Maxfield. Tranquilícese, es usted de nuevo amado... pero puede que no le sirva de nada. El cuñado de su enamorada no le quita el ojo de encima y la vigila día y noche como si de un diamante se tratara.

—¡Oh, infeliz de mí! —se lamentó Gumpelino—. Amo y vuelvo a ser amado, nos estrechamos las manos a escondidas, nuestros pies se encuentran debajo de la mesa, nos lanzamos señales con los ojos, ¡y no tenemos oportunidad alguna! Cuántas veces salgo al balcón con la luna llena y me imagino que yo mismo soy Julieta, y mi Romeo o mi Gumpelino me ha concedido una cita y declamo exactamente igual que la Crelinger371:

¡Ven, noche! ¡Ven, Gumpelino, día de mi noche!

Pues reposarás en las sombras nocturnas,

Como la nieve fresca sobre el lomo de un cuervo.

¡Ven, suave noche amorosa! Ven y dame

A mi Romeo, o Gumpelino...

Pero, ¡ay!, Lord Maxfield nos vigila todo el tiempo, y nosotros morimos de anhelo. ¡No presenciaré el día en que llegue esa noche en la que cada uno deje en prenda la flor de la pura juventud para perder ganando! ¡Ay! Preferiría una noche así antes que ganar el gran premio en la lotería de Hamburgo...

—¡Qué locura! —exclamó Hyacintho—. ¡El gran premio, cien mil marcos!

—Sí, antes que el gran premio —prosiguió Gumpelino— preferiría una noche así, y, ¡ay!, ya me la ha prometido varias veces en cuanto se presente la primera posibilidad, y yo ya la he imaginado a la mañana siguiente declamando, exactamente igual que la Crelinger:

¿Ya quieres marchar? El día aún está lejano.

Y no la alondra sino el ruiseñor

Es el que penetra en tu oído medroso.

Canta por la noche en aquel granado.

Créeme, querido, ha sido el ruiseñor.

—¡El primer premio por una única noche! —repetía entretanto Hyacintho una y otra vez, sin darse nunca por satisfecho—. Tengo una gran opinión, señor marqués, de su formación, pero que sea capaz de llegar tan lejos con su locura es algo que jamás habría pensado. ¡Preferir el amor a un primer premio! De veras, señor marqués, desde que le sirvo como criado, me he habituado a la formación; pero hasta donde yo sé, ¡jamás daría ni una octava parte del primer premio por amor! ¡Dios me guarde de hacerlo! Aun calculando quinientos marcos de descuento, siguen quedando doce mil marcos. ¡El amor! Si sumo todo lo que me ha costado el amor, el resultado es de doce marcos y trece chelines únicamente. ¡El amor! También he tenido mucha suerte gratuita en el amor, que no me ha costado absolutamente nada: tan solo tenía que cortarle los ojos de gallo a mi amada de vez en cuando para complacerla. Solo una vez tuve una implicación sentimentalmente apasionada, y fue con la gorda Gudel, de *Dreckwall*. La mujer jugaba en mi expendeduría, y cuando iba a renovarle el billete siempre me ponía en la mano un trozo de bizcocho, muy bueno por cierto; a veces también me traía alguna conserva, acompañada de un licorcito, y cuando un día me lamenté por los cambios de ánimo que yo padecía, me dio la receta de los polvos que toma su propio marido. He tomado estos polvos hasta el día de hoy, siguen surtiendo efecto... Otras consecuencias no ha tenido nuestro amor. Diría, señor marqués, que alguna vez debería probar estos polvos. Fue lo primero que hice cuando llegué a Italia: ir a la farmacia en Milán y encargar que me prepararan los polvos; siempre los llevo conmigo. Espere un momento que voy a buscarlos, y si los busco, los encuentro, y si los encuentro, tiene usted que tomarlos, Excelencia.

Sería demasiado extenso si quisiera repetir los comentarios con los que el diligente buscador acompañó cada uno de los objetos que sacó después de revolver en su bolsillo. Aparecieron: 1. media candela; 2. un estuche de plata donde guardaba los utensilios para cortar los ojos de gallo; 3. un limón; 4. una pistola que, pese a no estar cargada, sin embargo sí estaba envuelta en papel, quizás para no motivar sueños peligrosos a quien la viera; 5. una lista impresa del último sorteo de la gran lotería de Hamburgo; 6. un librito forrado con cuero negro que contenía los salmos de David y las deudas pendientes; 7. una ramita seca de sauce como

trenzada en una especie de nudo; 8. un paquetito cubierto con tafetán rosa descolorido y que contenía el resguardo de un billete de lotería que una vez ganara cincuenta mil marcos; 9. un trozo de pan chafado, parecido al blanco bizcocho de los marineros, con un pequeño agujero en el centro; y, finalmente, 10. los polvos arriba mencionados, que el hombrecillo observaba con cierta emoción, mientras sacudía la cabeza con sorprendente aflicción.

—Cuando pienso —suspiró— que la gorda Gudel me dio esta receta hace diez años y que ahora estoy en Italia, y tengo esa misma receta en las manos, y vuelvo a leer: *sal mirabile Glauberi*372, que en alemán significa «sal de fe extrafina de primera calidad»... ¡Ay!, me siento como si ya hubiera tomado la sal de fe y sintiera sus efectos. ¡Cómo es el hombre! ¡Estoy en Italia y pienso en la gorda Gudel de *Dreckwall!* ¡Quién lo habría pensado! Me la puedo imaginar en estos momentos en el campo, en su jardín, donde la luna brilla, y apuesto a que también canta un ruiseñor o una alondra...

—¡Es el ruiseñor y no la alondra! —suspiraba Gumpelino declamando para sí mismo:

Canta por la noche sobre aquel granado.

Créeme, querido, ha sido el ruiseñor.

—Lo mismo da —prosiguió Hyacintho—. Por mí como si es un canario. Los pájaros que se tienen en el jardín son los más baratos. Lo principal es el invernadero, los tapices del pabellón y las figuras ornamentales que están delante, entre las que se encuentran, por ejemplo, un general de los dioses desnudo y la Venus Urania, que cuestan juntos trescientos marcos. En medio del jardín, Gudel también ha mandado construir una pequeña fontana. Y quizás esté allí ahora, y se limpie la nariz, y se recree llena de pasión pensando en mí... ¡Ay!

A este suspiro prosiguió un nostálgico silencio que finalmente interrumpió el marqués preguntando lánguidamente:

—Dime, Hyacintho, por tu honra, ¿crees realmente que tus polvos surtirán efecto?

—Por mi honor, que surtirán efecto —respondió este—. ¿Por qué no van a surtir efecto? ¡Conmigo surten efecto! ¿Y acaso no soy un hombre lleno de vida como usted? La sal de fe hace a todos los hombres iguales; y cuando Rothschild toma la sal de fe, siente el mismo efecto que el corredor de bolsa más anodino.

Puedo decirle de antemano todo lo que pasará: vierto los polvos en un vaso, añado agua, los remuevo, y cuando se los haya tragado, pondrá cara de vinagre exclamando «¡Brr! ¡Brr!». A continuación, usted mismo escuchará el gorgoteo en su estómago, sentirá algo extraño y se tumbará en la cama. Y le doy mi palabra de honor de que se volverá a levantar y a la mañana siguiente se sentirá al instante ligero como un ángel de alas blancas y se encontrará tan bien que comenzará a bailar, tan solo palidecerá un poco; pero sé que le gusta el color pálido-sentimental, y cuando está pálido-sentimental, da gusto mirarle.

Por más que Hyacintho trataba de convencerlo de esta manera, y pese a estar ya preparando los polvos, de poco habría servido si el marqués no hubiera recordado el pasaje en el que Julieta bebe el funesto brebaje.

—¿Qué piensa usted, doctor —exclamó él—, de la Müller de Viena? La he visto en el papel de Julieta y ¡Dios, Dios, cómo interpreta! Soy el más grande admirador de la Crelinger, pero Müller... el momento en que bebió el veneno me dejó maravillado. Mire —dijo mientras, gesticulando trágicamente, cogía el vaso en el que Hyacintho había echado los polvos—, mire, sostenía el frasco temblando de modo que uno se podía poner en su piel cuando decía:

Frío gotea el pálido terror por mis venas

Que casi petrifica el calor de la vida.

Y se quedó en pie así, como yo ahora, acercando el frasco a sus labios mientras decía:

¡Tente, Teobaldo!

¡Romeo, voy! ¡Lo bebo a tu salud!

A continuación vació el frasco.

—Buen provecho, señor Gumpel —dijo Hyacintho con un tono festivo, pues el marqués se había bebido el contenido de su vaso con el mismo entusiasmo y, agotado por su declamación, se había dejado caer en el sofá.

Sin embargo, no permaneció mucho tiempo en esta posición, pues de repente alguien tocó a la puerta y entró el pequeño paje de *lady* Maxfield, que, con una sonriente reverencia, entregó al marqués un billete y se despidió acto seguido. Aquel abrió el billete presuroso y mientras leía se le iban iluminando la nariz y los

ojos de entusiasmo, pero, de repente, una palidez fantasmal recorrió su cara de arriba abajo; hasta el último de sus músculos se contrajo con consternación; se levantó de un salto gesticulando desesperadamente; rio furibundo; corrió por la habitación y finalmente gritó:

—¡Ay de mí, escarnio de la fortuna!

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede? —preguntó Hyacintho con voz temblorosa mientras sostenía convulsivamente el crucifijo, que de nuevo volvió a limpiar con manos también temblorosas—. ¿Van a asaltarnos esta noche?

—¿Qué le sucede, señor marqués? —pregunté yo igualmente atónito.

—¡Lean! ¡Lean! —exclamó Gumpelino lanzándonos el billete que había recibido, y todavía yendo de una parte para otra de la habitación totalmente desesperado, lo que hacía que su dominó azul revoloteara como una nube de tormenta.

—¡Ay de mí, escarnio de la fortuna!

Pero en el billete leímos las siguientes palabras:

¡Querido Gumpelino! Tan pronto amanezca he de partir para Inglaterra. Entretanto, mi cuñado ya se ha adelantado y me espera en Florencia. Nadie me vigila ahora, pero por desgracia solo por esta noche... Aprovechémosla, vaciemos hasta la última gota del cáliz de néctar que nos escancia el amor. Te espero con impaciencia, estoy temblando.

Julie Maxfield.

—¡Ay de mí, escarnio de la fortuna! —se lamentaba Gumpelino—. El amor me quiere escanciar su cáliz de néctar, y yo, ¡ay!, yo, necio de mí, ¡ya he tomado hasta la última gota de la sal de fe! ¿Quién me saca de la tripa este espantoso brebaje? ¡Socorro! ¡Socorro!

—No hay un solo hombre en la superficie terrestre que le pueda ayudar —suspiró Hyacintho.

—Lo siento de todo corazón —le compadecí también yo—. Disfrutar de un vaso de sal de fe en lugar de un cáliz de néctar, ¡es amargo! ¡En lugar del trono del amor le aguarda ahora la silla de noche!

—¡Ay, Jesús, Jesús! —seguía gritando aún el marqués—. Siento cómo va recorriendo cada una de mis venas... ¡Ah, listo boticario! Tu brebaje surte un rápido efecto..., ¡pero no permito que nos separe, quiero correr hasta ella, postrarme a sus pies y desangrarme allí!

—De sangre no va para nada la cosa —dijo Hyacintho apaciguador—. Que usted no tiene homéridas373. No se excite tanto.

—¡No, no! Quiero estar con ella, en sus brazos... ¡Oh, noche, noche!

—Se lo estoy diciendo —prosiguió Hyacintho con filosófica calma—. En sus brazos no obtendrá la calma, tendrá que levantarse veinte veces. No se ponga tan apasionado. Cuantos más brincos dé de un lado a otro de la habitación y cuanto más se altere, con tanta más velocidad surtirá efecto la sal de fe. Su ánimo es un juguete en manos de la naturaleza. Debe soportar como un hombre aquello que el destino ha decidido para usted. Quizás sea bueno que haya venido así la cosa. El hombre es un ser terrenal y no comprende la providencia divina. El hombre piensa a menudo que va hacia su felicidad, y en su camino quizás se presente la desgracia con un bastón, y cuando un bastón burgués se encuentra con una espalda noble... el hombre lo sentirá, señor marqués.

—¡Ay de mí, escarnio de la fortuna! —seguía bramando aún Gumpelino, pero su sirviente continuó hablando con tranquilidad:

—Muchas veces, el hombre espera un cáliz con néctar, pero recibe una manta de azotes, y si el néctar es dulce, los azotes son tanto más amargos; y todavía tendrá auténtica buena suerte si el hombre que le propina la paliza se cansa al final, pues, de lo contrario, el apaleado realmente no podría soportarlo. Aún más peligroso es, sin embargo, que la mala suerte aceche al hombre con puñal y veneno en el camino del amor, de manera que uno ponga en peligro su vida. Quizás, señor marqués, sea realmente bueno que haya sucedido así, pues podría haber corrido, presa del acaloramiento del amor, hacia su amada perseguido por un italiano bajito con un puñal de seis varas brabanzonas de largo, que le habría —no quiero abrir la boca para decir una maldad— clavado en la pantorrilla. Porque aquí, al revés de lo que sucede en Hamburgo, no se puede llamar a la policía en el acto, y en los Apeninos no hay policía nocturna. Quizás no haya ni siquiera policía alguna —continuó consolándole implacable, sin dejar que la desesperación del marqués le interrumpiera lo más mínimo—, quizás no haya ni siquiera policía y cuando estuviera sentado cómodo y calentito con *lady* Maxfield habría podido regresar inesperadamente el cuñado, colocándole la pistola cargada sobre su pecho

y haciéndole firmar una letra de cien mil marcos. No quiero abrir la boca para decir una maldad, pero ponga por caso que usted fuera un hombre guapo, y que *lady* Max-field estuviera desesperada porque tuviera que perder a un hombre guapo y, celosa como son las mujeres, no quisiera que otra fuera feliz a su costa. ¿Qué hace ella? Coge un limón o una naranja, introduce en ellos unos pocos polvitos blancos y dice: «Refréscate, querido, has caminado mucho»... y al día siguiente sí que estaría usted más que fresco. Conozco a un hombre de nombre Pieper que mantenía una apasionada relación con una joven a la que llamaban el «angelote de la trompeta final»374 y que vivía en la calle *Kaffeemacherei,* y el hombre vivía en la *Fuhlentwiete*...

—¡Ya quisiera ver yo, Hirsch —gritó colérico el marqués, cuyo desasosiego había llegado al paroxismo—, qué haríais vosotros, tu Pieper de *Fuhlentwiete,* su angelote de la *Kaffeemacherei,* tú y la Gudel, todos vosotros, si llevarais en el cuerpo la sal de fe que yo llevo!

—¿Y qué quiere que haga, señor Gumpel? —replicó Hyacintho, no sin cierto acaloramiento—. ¿Qué puedo hacer yo si *lady* Maxfield desea partir justo esta noche y usted está invitado precisamente hoy? ¿Podía yo saberlo de antemano? ¿Soy Aristóteles? ¿Soy empleado de la Providencia? Me he limitado a prometer que los polvos son efectivos, y su efecto es tan seguro como que un día seré un fiambre, y si sigue dando vueltas con semejante frenesí, tan disparatada y apasionadamente, el efecto será aún más rápido...

—¡Así que no me queda más remedio que estarme sentadito sin moverme! —se lamentó Gumpelino, pataleando y lanzándose furioso al sofá. Contuvo su rabia violentamente y señor y criado se miraron en silencio durante largo tiempo hasta que, al fin, tras un profundo suspiro y casi sin aliento le dijo:

—Pero, Hyacintho, ¿qué pensará de mí la señora si no voy? Está esperándome, con impaciencia, incluso está temblando y ardiendo de amor...

—Tiene dos pies preciosos —musitó Hyacintho mientras meneaba su pequeña cabeza con aflicción. En su pecho, sin embargo, parecía tener lugar una violenta agitación. Era evidente que bajo su levita roja barajaba una audaz idea.

—¡Señor Gumpel —salió al fin de su pecho—, mándeme a ella!

Tras estas palabras, un gran rubor recorrió su pálido rostro de hombre de negocios.

CAPÍTULO X

Cuando Cándido llegó a Eldorado, vio en la calle a varios muchachos que, en lugar de piedras, empleaban grandes pepitas de oro en sus juegos. Este lujo le hizo pensar que eran los hijos del rey, y su sorpresa no fue menor al escuchar que en Eldorado las pepitas de oro tenían tan poco valor como para nosotros los guijarros, y que los escolares jugaban con ellas. A uno de mis amigos, que era extranjero, le sucedió algo similar cuando fue a Alemania y empezó a leer libros alemanes: quedó anonadado ante la riqueza de ideas que encontró en ellos. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que en Alemania las ideas son tan frecuentes como las pepitas de oro en Eldorado, y de que aquellos escritores a quienes consideraba príncipes del ingenio, no eran más que escolares corrientes.

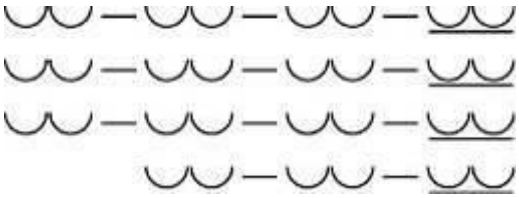
Esta historia me viene a la mente cuando me dispongo a escribir las más hermosas reflexiones sobre el arte y la vida; entonces me asalta la risa y opto por conservar mis ideas en la pluma o garabatear en su lugar algún dibujo o figurita sobre el papel, y me convenzo de que dichos papeles pintados en Alemania, Eldorado intelectual, son mucho más útiles que las más valiosas ideas.

En el tapiz que a continuación te muestro, querido lector, vas a ver de nuevo los bien conocidos rostros de Gumpelino y su Hirsch-Hyacintho, y aun cuando al primero se le representa con pinceladas menos precisas, espero que seas suficientemente ingenioso para concebir un carácter negativo sin demasiadas marcas positivas. Las últimas me podrían reportar un proceso de injurias o cosas más graves incluso. Pues el marqués es poderoso por su dinero y sus relaciones. Es, además, el aliado natural de mis enemigos, les apoya con subsidios, es aristócrata, ultrapapista, solo le faltaría aún una cosa, aunque pronto la aprenderá: tiene para ello el manual en las manos, como verás en este tapiz.

De nuevo se ha hecho de noche, sobre la mesa hay dos candelabros con velas encendidas, su reflejo juega sobre los dorados marcos de los cuadros de santos, que, colgados en la pared, parecen estar vivos por la temblorosa luz y las sombras en movimiento. Fuera, frente a la ventana, están los sombríos cipreses bajo la plateada luz de la luna, inquietantemente inmóviles, y a lo lejos resuena una triste cancioncilla mariana, sonidos desgarrados que parecen proceder de la voz de un niño enfermo. En la habitación reina un bochorno peculiar. El marqués Christophoro di Gumpelino está sentado o, más bien, vuelve a estar tumbado, con descuidada distinción, sobre los cojines del sofá; el noble cuerpo sudoroso vuelve a vestir el fino dominó de seda azul, en las manos sostiene un libro encuadernado en papel marroquín rojo con cantos dorados y declama en voz alta y con languidez un

fragmento del mismo. Sus ojos tienen un cierto lustre viscoso, tal y como suele ser propio de gatos enamorados, y sus mejillas, incluso las dos aletas de la nariz, son de un pálido algo enfermizo. Sin embargo, querido lector, la palidez se presta a ser explicada desde un punto de vista filosófico-antropológico si tenemos en cuenta que el marqués, la noche anterior, había bebido un vaso entero de sulfato sódico.

Hirsh-Hyacintho, sin embargo, está en cuclillas en el suelo de la habitación, y con un gran trozo de tiza blanca dibuja sobre el pavimento marrón a gran escala aproximadamente los siguientes caracteres:



Esta labor parece enfadar bastante al hombrecillo que, jadeante, cada vez que tiene que inclinarse, murmura malhumorado: espondeo, troqueo, yambo, antipesto, anapesto... ¡y la peste! A esto se añade que, para hacer más cómodo el movimiento, se había quitado la bata, dejando ver dos cortas y humildes piernecillas en ceñidos pantalones color escarlata, y dos enjutos brazos algo más largos en blancas y holgadas mangas de camisa.

—¿Qué son esas extrañas figuras? —pregunté tras haber contemplado durante algún tiempo su ajetreo.

—Son pies métricos a tamaño natural —respondió con un gemido—, y yo, hombre ocupado, he de conservar estos pies en mi cabeza, y ya me duelen las manos de todos los pies que debo dibujar ahora. Son los verdaderos y originales pies de la poesía. Si no lo hiciera motivado por mi formación, dejaría entonces que la poesía corriera con todos sus pies. Recibo clases privadas de poesía del señor marqués. El señor marqués me lee los poemas en alto y me explica de cuántos pies se componen, y yo he de anotarlo y contarlos de nuevo a continuación para comprobar si el poema es correcto.

—Nos encuentra —dijo el marqués en un tono didácticamente patético— realmente inmersos en una labor poética. Bien sé, doctor, que usted es uno de esos poetas que poseen una obstinada testa y no se dan cuenta de que, en poesía, los pies son lo principal. A un espíritu culto solo cabe dirigirse con palabras cultas, que solo podemos aprender de los griegos y de los poetas más recientes que aspiran a lo griego, piensan a lo griego, sienten a lo griego y transmiten al hombre

sus sentimientos de semejante manera.

—Se sobreentiende que solo al hombre, no a la mujer, como acostumbra a hacer el poeta romántico no clásico —añadí modestamente.

—El señor Gumpel habla en ocasiones como un libro abierto —me susurró Hyacintho, que estaba a mi lado, apretó sus delgados labios, pestañeó con sus ojillos chispeantes de orgullo y sacudió su pequeña cabeza en señal de admiración—. Se lo digo —añadió en un tono de voz algo más elevado—, en ocasiones habla como un libro abierto; entonces, por así decirlo, deja de ser un hombre y pasa a ser un ser superior, y yo me voy convirtiendo en una especie de bobo conforme lo voy escuchando.

—¿Y qué es lo que tiene ahora en las manos? —pregunté al marqués.

—¡Brillantes! —contestó él y me entregó el libro.

Al pronunciar la palabra «brillantes», Hyacintho dio un salto; pero al ver tan solo un libro, sonrió con una mirada compasiva. Sin embargo, este brillante libro tenía en su portada el siguiente título:

Gedichte von August Grafen von Platen; Stuttgart y Tubinga. Editorial de la librería de J. G. Cotta. 1828.

En la contraportada con rasgos delicados estaba escrito: «En testimonio de una amistad cálida y fraterna». Además, el libro olía a ese extraño perfume que no tiene el más mínimo parentesco con el agua de colonia y que quizás se debía atribuir también a la circunstancia de que el marqués lo hubiera estado leyendo durante toda la noche.

—No he podido pegar ojo en toda la noche —me dijo en tono de lamento—. Estaba tan emocionado, tuve que levantarme de la cama once veces, y suerte que tenía esta excelente lectura, de la cual no solo he sacado enseñanzas para la poesía, sino también consuelo para la vida. Puede ver hasta qué punto he venerado el libro: no le falta ni una sola página y, sin embargo, cuando me «sentaba» a veces caía en la tentación...

—Eso le habrá pasado a varios, señor marqués.

—Se lo juro por nuestra santísima Virgen de Loreto; tan cierto como que soy un hombre honrado —prosiguió aquel—, no hay poemas como estos. Como sabe,

ayer noche estaba desesperado, por así decirlo, *au désespoir*, cuando el *fatum* no me concedió poseer a mi Julieta... Leí entonces estos poemas, un poema por cada vez que hube de levantarme, y una cierta indiferencia hacia las mujeres fue la consecuencia de que me repugnaran incluso mis propias penas amorosas. Esto es precisamente lo hermoso de este escritor, que solo arde por los hombres, en cálidas amistades; nos da preferencia frente al sexo femenino y solo por este honor deberíamos estarle agradecidos. Por ello es el más grande entre todos los poetas, no gasta cumplidos en los gustos corrientes del gran público y nos libra de nuestra pasión por las mujeres, que tantas calamidades conlleva... ¡Ah, mujeres, mujeres! Bienhechor de la humanidad es quien nos libera de vuestro yugo. Seguirá siendo una pena que Shakespeare no empleara su eminente talento teatral con tal fin, pues debió de haberse sentido, tal como leo aquí por primera vez, no menos generoso que el gran conde Platen, que en sus sonetos dijo de Shakespeare:

El capricho de las muchachas no turba tus sueños,

Pues con ardor por la amistad luchar te vemos:

De los lazos femeninos tu amigo te salva,

Y su belleza es tu gloria y tu carga.

Mientras el marqués declamaba estas palabras con un cálido sentimiento y las rotundas porquerías se le iban deshaciendo en la lengua, Hyacintho hizo las más contradictorias muecas, malhumoradas y aprobatorias a la vez, y al fin dijo:

—Señor marqués, habla usted como un libro abierto. También los versos salen de sus labios con la misma facilidad que transcurre esta noche, pero su contenido no acaba de gustarme. Como hombre, me halaga el hecho de que el conde Platen nos dé preferencia frente a las mujeres, y como amigo de las mujeres vuelvo a ser enemigo de esta clase de hombre. ¡Así es el ser humano! A uno le gusta comer cebolla, el otro siente más inclinación por las amistades cálidas, y yo, como hombre honrado, francamente debo confesar que me gusta comer cebolla y prefiero a una cocinera jorobada antes que al más hermoso amigo de la belleza. Sí, he de confesar que no veo tanta belleza en el sexo masculino como para enamorarse de él.

Hyacintho pronunció estas últimas palabras mientras se miraba y examinaba en el espejo, pero el marqués no dejó que le molestaran y prosiguió con su declamación:

La etérea casa de la esperanza se derrumba,

Nos afanamos pero, ¡ay!, unirnos no logramos:

Mi nombre en tu boca melodioso suena,

Pero no logras dar forma a este poema.

Como el sol y la luna estamos separados,

Y costumbre y obligación se confabulan.

Arrimemos nuestras mejillas, pues casan

Tu oscuro cabello y mi pálida faz!

Aunque, ¡ay!, solo un sueño es, pues de aquí te vas,

Antes de que la suerte para siempre nos junte:

Las almas sangran cuando los cuerpos se separan,

¡Ay, ojalá fueran flores que trenzadas se unen!

—¡Extraño poema! —exclamó Hyacintho, que mascullaba una y otra vez la rima—. «Costumbre y obligación se confabulan..., arrimemos nuestras mejillas..., pues casan tu oscuro cabello y mi pálida faz...». Cuando mi cuñado lee poemas, a menudo se divierte añadiendo alternativamente al final de cada verso las palabras «por delante» y «por detrás»; y nunca supe que los poemas que resultan de ello se llaman gaceles. Alguna vez tengo que probar si el poema que el señor marqués ha declamado resulta aún más bello si tras la palabra «juntos» colocamos alternativamente «por delante» y «por detrás»; apuesto a que la poesía resultante será un veinte por ciento más fuerte.

Sin prestar atención a toda esta palabrería, el marqués prosiguió con su declamación de gaceles y sonetos, en los que el amante canta al bello amigo, lo enaltece, se queja de él, lo tacha de frío, urde planes para llegar hasta él, le lanza miradas, siente celos, se desvive, le dedica toda una gama de ternezas, y lo hace con tal afectuosidad, con tal necesidad de manosear y seducir, que uno pensaría que el autor es una jovencita erotómana... Aunque debería resultar un tanto extraño que esa jovencita no deje de lamentarse de que su amor vaya contra la

«moral»; que sienta tanta amargura por esta «moral separadora» como un ladronzuelo por la policía; que le guste estrechar amorosamente el «talle» del amigo; que se lamente de los «envidiosos que se alían astutamente para entorpecernos y mantenernos separados»; que se queje de las lacerantes injurias por parte de su amigo; que le asegure a este que solo quiere verlo fugazmente y le afirme rotundamente que «¡ni una sola sílaba asustará sus oídos!» y finalmente confiese.

Mi deseo generó la oposición de otros

Y no lo has escuchado,

Aunque tampoco lo has rechazado,

¡Oh, dulce vida mía!

He de elogiar al marqués por el hecho de que recitara bien estos poemas, lanzando suspiros suficientes, gimiendo y deslizándose sobre el sofá como si coqueteara con las posaderas. A Hyacintho no se le escapaba la repetición de una sola rima, si bien a la vez iba haciendo observaciones indiscretas e inoportunas. Prestaba especial atención a las odas. «Con este tipo de composiciones», dijo, «se puede aprender mucho más que con los saunetten375 y los gaceles; pues en las odas los pies se indican arriba de forma muy especial, se pueden contar en cada poema con comodidad». Todo poeta debería, como el conde Platen, indicar los pies de sus composiciones poéticas más difíciles al principio de las mismas y decir a la gente: «Mirad, soy un hombre honrado, no quiero engañaros, estas líneas curvas y rectas que dibujo al principio de cada poema son, digamos, un *conto finto*376 de cada uno, y vosotros mismos podéis calcular cuánto esfuerzo me han costado. Son, por así decirlo, la vara de medir de cada poema, con la que podéis comprobar cuánto mide, y en el caso de que falte una única sílaba, me podéis llamar miserable, tan cierto como que soy un hombre honrado». Pero precisamente a través de ese gesto de honradez, el público puede ser engañado. Precisamente cuando se indican los pies al comienzo del poema, uno piensa: «No quiero ser desconfiado, ¿para qué debería volver a contar las sílabas? Estoy seguro de que es un hombre honrado», con lo cual no se cuentan y así lo engañan a uno. ¿Y se puede comprobar siempre? Ahora estamos en Italia y tengo tiempo de escribir los pies sobre el suelo con tiza y de cotejar cada una de las odas. Pero en Hamburgo, donde tengo mi negocio, me falta tiempo para eso, y tendría que confiar en el conde Platen sin volver a contar los pies de sus composiciones, como se confía en las bolsas de dinero de la caja corriente, que llevan escritas los cientos de táleros

que contienen... Van pasando de mano en mano cerradas con sello, todos confían en que la bolsa contiene tanto dinero como se indica, pero hay pruebas de que una vez un tunante que no tenía mucho que hacer abrió una de esas bolsas, contó el dinero y encontró que faltaban algunos táleros. Del mismo modo, en poesía se dan muchas picardías. Sobre todo cuando pienso en mi bolsa, me vuelvo desconfiado. Pues mi cuñado me contó que en la prisión de Odensee377 hay un fulano que trabajaba en correos y abría deslealmente las bolsas de dinero que por sus manos pasaban, y deslealmente sacaba dinero, las volvía a coser como antes y les hacía seguir su curso. Al escuchar este tipo de artificios, uno pierde la confianza en el hombre y se convierte en un ser desconfiado. Hoy en día tienen lugar muchas fechorías en el mundo, y estoy seguro de que en poesía sucede lo que en otros negocios.

—La honradez —continuó Hyacintho mientras el marqués seguía declamando sin prestarnos atención, totalmente absorto en sus sentimientos—, la honradez, señor doctor, es lo más importante, y a quien no es honrado lo considero un bellaco, y a aquel a quien considero bellaco no le compro nada, de él no leo nada, en pocas palabras, con él no hago ningún tipo de negocio. Doctor, soy un hombre que no se enorgullece de nada, pero si hubiera de enorgullecerme por algo, me enorgullecería de ser un hombre honrado. Le voy a contar un gesto noble que tuve y usted se va a quedar maravillado... Como que soy un hombre honrado, le digo que quedará maravillado. Este es un hombre que vive en Hamburgo en la calle *Speersort*, trabaja en una verdulería y se llama Klötzchen, es decir, yo lo llamo Klötzchen porque somos buenos amigos, pero en realidad se llama señor Klotz. A su mujer también hay que llamarla *madame* Klotz, y esta nunca ha podido soportar que su marido jugara en mi expendeduría, y si este quería hacerlo, yo no podía ir a su casa con el boleto de lotería, por lo que siempre me decía en la calle: «Quiero jugar contigo este número y este otro, ¡y aquí tienes el dinero, Hirsch!». Y yo decía entonces: «¡De acuerdo, Klötzchen!». E iba a casa, ponía el número en un sobre aparte y escribía en alemán en el sobre: «a la cuenta del señor Christian Hinrich Klotz». Y ahora escuche y sorpréndase: era un bonito día de primavera, los árboles junto a la Bolsa estaban ya reverdecidos, las auras de céfiro eran agradables, el sol brillaba en el cielo y yo estaba en el banco de Hamburgo. Viene entonces Klötzchen, mi Klötzchen, y va del brazo con su regordeta *madame* Klotz. En primer lugar me saluda y habla del divino esplendor de la primavera, también hace algunas observaciones patrióticas sobre la milicia ciudadana y me pregunta cómo van los negocios. Yo le cuento que hace algunas horas he vuelto a desenmascarar a uno, y en medio de la conversación me dice: «Ayer por la noche soñé que el número 1538 obtendrá el primer premio». En ese mismo instante, mientras *madame* Klotz observaba a la escolta imperial frente el ayuntamiento, me pone en la mano

trece auténticos *louis d'or* —aún me parece tenerlos en la mano—, y antes de que *madame* Klotz vuelva a girarse, le digo: «¡De acuerdo, Klötzchen!», y me marcho. Y sin mirar a ninguna parte voy directamente a la expendeduría principal, cojo el número 1538 y tan pronto llego a casa lo meto en un sobre en el que escribo: «a la cuenta del señor Christian Hinrich Klotz». ¿Y qué hace Dios? Catorce días después, para poner en prueba mi honradez, hace que el número 1538 salga premiado con cincuenta mil marcos. ¿Y qué hace Hirsch, el mismo Hirsch que tiene usted delante? Este Hirsch se pone una blanca camisita limpia y un blanco pañuelo limpio, coge un carruaje y cincuenta mil de su expendeduría principal y se va con ellos a la calle *Speersort*... Y cuando Klötzchen me ve, me pregunta: «Hirsch, ¿qué te trae por aquí tan impoluto?». Pero yo no digo una sola palabra y pongo sobre la mesa una gran bolsa sorpresa con oro, y digo con gran solemnidad: «Señor Christian Hinrich Klotz, el número 1538, que tuvo la bondad de solicitarme, ha tenido la suerte de ganar cincuenta mil marcos; en esta bolsa tengo el honor de presentarle el dinero, y permítame la libertad de pedirle un recibo». En cuanto Klötzchen escucha esto se pone a llorar, en cuanto *madame* Klotz escucha la historia se pone también a llorar, la criada de rojo llora, el jorobado empleado de la tienda llora, los niños lloran... ¿Y yo? Yo, emotivo como soy, no logro verter ni siquiera una lágrima: primero me desvanecí, y, una vez recobré el sentido, las lágrimas brotaron de mis ojos a borbotones y estuve llorando durante tres horas.

La voz del hombrecillo temblaba mientras contaba la historia, y con gran ceremoniosidad sacó de su bolsillo el paquetito que había mencionado, quitó el tafetán rosa descolorido que lo envolvía y me mostró el justificante que confirmaba que Christian Hinrich Klotz recibía la cantidad de cincuenta mil.

—Cuando me muera —dijo Hyacintho con lágrimas en los ojos— debéis enterrarme con este recibo, y cuando una vez allí arriba, el día del Juicio, haya de rendir cuentas de mis actos, me acercaré a la silla del Todopoderoso con el recibo en la mano, y cuando mi ángel malo lea en alto las malas acciones que he realizado en este mundo y mi ángel bueno también quiera leer en alto la lista de buenas acciones, entonces diré tan tranquilo: «¡Calla! Solo quiero saber si este recibo es verdadero. ¿Es esta la letra de Christian Hinrich Klotz?». Entonces se acercará volando un ángel muy pequeño que dirá conocer a la perfección la letra de Klötzchen y que a su vez contará la singular historia del acto de honradez que un día practiqué. El creador de la eternidad, el omnisciente que todo lo sabe, recordará dicha historia, me enaltecerá en presencia del sol, la luna y las estrellas, y en ese momento, calculando mentalmente que, al deducir cincuenta mil marcos de honradez de mis malas acciones, aún dispongo de saldo, dirá entonces: «¡Hirsch!, te nombro ángel de primera clase y te doy permiso para llevar alas con plumas

rojas y blancas».

CAPÍTULO XI[378]

¿Quién es, pues, ese conde Platen, a quien conocimos en el capítulo anterior en calidad de poeta y cálido amigo? ¡Ay!, querido lector, hace ya mucho que leí en tu rostro esta pregunta y, no sin vacilar, te doy la respuesta. Esa es precisamente la desgracia de los escritores alemanes, que todo loco, bueno o malo, que sacan a colación primero tienen que darlo a conocer mediante una seca descripción de la persona y del carácter, para que, en primer lugar, se sepa que existe y, en segundo lugar, se conozca el sitio donde le llueven los azotes, si abajo o arriba, delante o detrás. Entre los antiguos era distinto, y sigue siendo distinto entre los pueblos modernos, por ejemplo, entre los ingleses o los franceses, que tienen una vida popular y, por ende, *public characters*. Sin embargo, nosotros los alemanes tenemos todo un pueblo loco, pero pocos locos destacados que sean suficientemente conocidos como para utilizarlos en prosa o en verso como personajes universales. Los pocos hombres de esta clase con los que contamos pueden alardear con toda la razón. Son de inestimable valor y acreedores de las más altas pretensiones. Así, por ejemplo, el señor consejero privado Schmalz[379], profesor de la Universidad de Berlín, es un hombre al que no se puede pagar con dinero; ningún autor humorístico que se precie puede prescindir de él, y él mismo siente en tal alto grado la importancia de su persona y la necesidad absoluta al respecto que aprovecha cada ocasión para ofrecer material para sátiras a los autores humorísticos, se devana los sesos día y noche para ponerse en ridículo como estadista, servilista, decano, antihegeliano y patriota, y, por ende, para promocionar la literatura de forma enérgica, para la cual se ofrece al mismo tiempo en sacrificio. En honor a la verdad hay que decir que las universidades alemanas, más que ningún otro gremio, abastecen al escritor alemán con todo tipo de chiflados, y en este sentido siempre he sabido valorar especialmente Gotinga[380]. Este es el motivo oculto por el cual me declaro a favor de la conservación de las universidades, por más que siempre haya predicado acerca de la libertad de comercio y la aniquilación de la organización gremial. Ante tal notoria carencia de locos distinguidos, nunca se me agradecerá lo suficiente el hecho de que saque a colación otros nuevos y los haga aprovechables universalmente. Por el bien de la literatura deseo, por tanto, extenderme algo más con el conde August von Platen-Hallermünde. Quiero contribuir a que sea adecuadamente conocido; deseo, por decirlo así, nutrirlo literariamente, como los iroqueses hacen con los presos que desean devorar en festines ulteriores[381]. Procederé con gran fidelidad y honradez y seré sumamente cortés, como corresponde a un burgués; solo aludiré a lo material, a lo que llamamos lo personal, en la medida en que a partir de ello se

expliquen manifestaciones del espíritu, y siempre indicaré el punto de vista desde el cual lo he observado, y en alguna ocasión incluso las gafas a través de las cuales lo miraba.

Me lo encontré por primera vez en Múnich382, escenario de sus esfuerzos, donde es muy conocido por todos aquellos que lo conocen y donde mientras viva será sin duda inmortal. Las gafas a través de las cuales lo miraba pertenecían a algunos habitantes de Múnich, quienes, en horas de asueto, lanzaban de vez en cuando alguna que otra jocosa observación acerca de su aspecto externo. Nunca lo vi con mis propios ojos, y cuando quiero imaginarlo, siempre me acuerdo de la cómica rabia con la que una vez mi amigo el doctor Lautenbacher383 arremetió contra la locura de los poetas en general, refiriéndose especialmente a la del conde Platen, quien, con una corona de laurel sobre la cabeza, se colocaba entre los paseantes en el paseo público de Erlangen384 y, apuntando fijamente al cielo con su nariz, sobre la que descansaban unos anteojos, simulaba estar poéticamente inspirado. Otros han hablado mejor del pobre conde, y solo han criticado los limitados medios con los que, en su ambicioso afán de destacarse al menos como poeta, se vio obligado a esforzarse sobremanera, y elogiaban sobre todo su deferencia frente a los más jóvenes, ante quienes era la humildad personificada, en tanto que con la más afectuosa sumisión les pedía permiso para ir a su habitación de vez en cuando, y practicaba la bondad hasta tal punto que siempre regresaba, incluso cuando le hacían ver con absoluta claridad lo inoportuno de sus visitas. Este tipo de historias me han conmovido de una u otra manera, si bien esta carencia de aceptación social me parecía de lo más natural. En vano solía lamentarse el conde:

Tu rubia juventud, dulce efebo,

Desdeña al melancólico compañero.

En burlas y en chanzas deshacerme quiero.

A recrearme en mis lágrimas lo prefiero,

Y con fervor imploraré al cielo

Las extraños dones del contento.

En vano aseguraba el pobre conde que un día sería el poeta más conocido, que ya podía percibirse la sombra de una hoja de laurel sobre su frente y que incluso podía inmortalizar a sus dulces muchachos con sus eternos poemas. ¡Ay!,

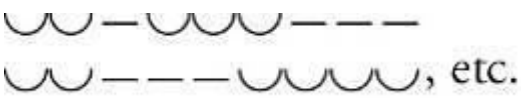
precisamente esta celebridad no era apetecida por nadie y, de hecho, nadie la envidiaba. Todavía recuerdo la sonrisa disimulada con la que algunos divertidos amigos observaban bajo las arcadas de Múnich a un candidato a dicha celebridad. Una aguda y malvada persona dijo haber visto incluso la sombra de una hoja de laurel entre los faldones de su levita. Por lo que a mí respecta, querido lector, no soy tan malicioso como piensas, compadezco al pobre conde cuando otros se befan de él, pongo en duda que, de hecho, se haya vengado de las odiosas «buenas costumbres», bien que en sus canciones se desviva por entregarse a dicha venganza; más bien creo en las lacerantes injurias, humillaciones y rechazos ultrajantes, que él mismo canta de forma tan conmovedora. Estoy convencido de que su actitud hacia las buenas costumbres era mucho más loable de lo que él mismo deseaba, y quizás pueda, como el general Tilly, vanagloriarse: «Jamás me emborraché, ni toqué a una mujer, ni perdí una sola batalla». Por ello, sin duda, el poeta le canta así:

Eres un sobrio y modesto joven.

Por aquel entonces, el pobre[385] joven, o, mejor dicho, el pobre viejo joven —pues llevaba a cuestas ya algunos lustros— andaba metido, si no me equivoco, en la universidad de Erlangen, donde se le requería para algunas tareas; pero como estas no le resultaban suficientes a su ambicioso espíritu, dado que con los lustros también el deseo lascivo de placer ilustre clavaba en él su aguijón cada vez más profundamente, y ya que el conde se iba entusiasmando cada día más con su futura magnificencia, abandonó todos sus negocios y decidió ganarse la vida como literato, con dotes ocasionales que vinieran de arriba y con algún otro beneficio. Y es que el condado del conde está en la luna, por lo cual, a causa de la mala comunicación con Baviera, según los cálculos de Gruithuisen[386], solo devengará sus enormes ingresos dentro de veinte mil años, cuando la Luna se acerque a la Tierra. Ya mucho antes, don Platen de Collibrados[387] Hallermünde había publicado en la editorial Brockhaus de Leipzig una colección de poemas con prólogo titulada: *Lyrische Blätter Nummer I*[388], que, claro está, no fue conocida, aunque, como él nos aseguraba, los Siete Sabios habían encomiado a su autor. Más tarde publicó, siguiendo el modelo de Tieck, algunos cuentos y narraciones dramatizados, que igualmente tuvieron la suerte de permanecer en el anonimato para la ignorante gran mayoría, y solo fueron leídos por los Siete Sabios. Más allá de los Siete Sabios, para ganar algunos lectores, el conde recurrió a la polémica y escribió una sátira contra escritores conocidos, particularmente contra Müllner, quien por aquel entonces ya era generalmente odiado y estaba moralmente aniquilado, de manera que el conde incluso llegó en el momento preciso para apuñalar definitivamente al pobre consejero áulico Erindur[389], no en la cabeza,

sino al estilo de Falstaff, en la pantorrilla. La aversión por Müllner había llenado todos los nobles corazones ya que el hombre, después de todo, es débil. Por ello, la polémica del conde no desagradó y «el funesto tenedor» obtuvo aquí y allá una gustosa aceptación, no entre el gran público, sino entre los literatos y los auténticos agentes de escuela, entre estos últimos sobre todo porque aquella sátira ya no imitaba al romántico Tieck, sino al clásico Aristófanes. Creo que fue por entonces cuando el señor conde viajó a Italia. Ya no cuestionaba la posibilidad de vivir de su poesía: Cotta390 tuvo el prosaico honor habitual de proporcionar a cuenta el dinero para la poesía; porque la poesía, ilustrísima hija del Empíreo, nunca dispone de dinero propio y siempre se dirige, ante este tipo de necesidades, a Cotta. El conde componía entonces versos día y noche. No se quedó en el modelo de Tieck y Aristófanes, sino que también siguió a Goethe en la canción, a Horacio en la oda, a continuación a Petrarca en los sonetos, después al poeta Hafis en los gaceles persas... En pocas palabras, nos brindó a un tiempo, por así decirlo, un florilegio de los mejores poetas y al mismo tiempo sus propias hojas líricas bajo el título: *Gedichte des Grafen Platen*391, etc.

Nadie en Alemania es más condescendiente que yo en lo que a creaciones poéticas se refiere, y admito ciertamente con mucho gusto que a un pobre hombre, como Platen, le corresponda su trocito de gloria que tan duramente ha logrado con el sudor de su frente. Nadie está más dispuesto que yo a celebrar sus esfuerzos, a elogiar su ahínco y su erudición en poesía y a reconocer sus méritos silábicos. Mis propios intentos me habilitan más que a ningún otro para alabar los méritos métricos del conde. El amargo esfuerzo, la indecible perseverancia, el castañeteo de sus dientes en las noches de invierno y los furiosos esfuerzos con los que elaboraba sus versos, los descubrí mucho antes de que el lector común, que considera la fluidez, elegancia y pulidez de esos versos del conde algo sencillo y que, prescindiendo de todo pensa-miento, tanto se deleita con los juegos de palabras fáciles como también se divierte durante algunas horas con los acróbatas que se balancean sobre la cuerda, bailan sobre huevos y mantienen el equilibrio sobre sus cabezas sin pensar que esas pobres criaturas han adquirido tal artística flexibilidad, esa métrica del cuerpo, solo gracias a presiones y a un estómago vacío durante varios años. Yo, que no me he deslomado por la poesía y siempre la he practicado en compañía de una buena manducatoria, quiero elogiar tanto más al conde Platen, quien ha pasado horas más agrias y sobrias; quiero alabarle el hecho de que en Europa ningún equilibrista sepa balancearse como él sobre flojos gaceles y que nadie practique con tal esmero la danza de los huevos392 con metros tales como



tan bien como él; que nadie se sostenga sobre la cabeza como él. Si bien tampoco las musas han sido benévolas con él, sí tiene al ángel tutelar del lenguaje de su parte, o más bien sabe retenerlo; pues este ángel carece de libertad sentimental, ha de ir, además, detrás de él constantemente y solo sabe concebir las formas externas, que, a pesar de su redondeada belleza, jamás se expresan con honradez. Nunca del alma de un Platen han brotado —o han florecido a manera de revelación— los profundos sonidos naturales, tales como aquellos que encontramos en la canción popular, en los niños y en otros poetas; al más angustioso esfuerzo que ha de realizar para decir algo lo llama «una gran hazaña en palabras»... Totalmente ajeno a la esencia de la poesía, ni siquiera sabe que la palabra solo es una hazaña en el orador, en los verdaderos poetas es, sin embargo, un acontecimiento. Al revés de lo que le sucede al verdadero poeta, la lengua jamás se convierte en su maestra; por el contrario, él sí se convirtió en maestro de la lengua, o, más bien, en maestro con la lengua, como un virtuoso con su instrumento. Cuanto más lejos llegaba en cuestión de técnica, tanto más se valoraba su virtuosismo; él supo tocar todas las melodías, versificó los más difíciles pasajes, a veces componía, digámoslo así, únicamente en tono mayor, y se enfadaba cuando el público no aplaudía. Como todos los virtuosos que han desarrollado un talento unilateral, solamente aspiraba al aplauso, miraba con rabia contenida la gloria de los demás, envidiaba las ganancias de sus colegas, como por ejemplo las de Clauren, escribía al instante un libelo de cinco actos cuando podía darse por aludido en un solo epigrama de la crítica, controlaba todas las recensiones en las que se alababa a otros y continuamente gritaba: «Jamás se me aprecia ni se me recompensa lo suficiente, pues yo soy el poeta, el poeta entre los poetas, etc.». Jamás un verdadero poeta se mostró tan hambriento y sediento de elogios y regalos, ni siquiera un Klopstock o un Goethe, detrás de los cuales el conde Platen se sitúa a sí mismo como tercero, a pesar de que todos ven que más bien forma un triunvirato solo con Ramler[393] y, quizás, con A. W. von Schlegel[394]. El gran Ramler, como se le llamaba en su época, cuando caminaba —si bien sin corona de laurel sobre la cabeza, sí con trenza y redecilla tanto más grandes— por el *Tiergarten* de Berlín midiendo versos, con la mirada puesta en el cielo y el paraguas de entretela bajo el brazo, se tenía en aquel entonces por el representante de la poesía en la tierra. Sus versos eran los más acabados en lengua alemana, y sus admiradores, entre los cuales se despistó incluso un Lessing, opinaban que no era posible aportar a la poesía nada más. Más tarde pasó casi lo mismo con A. W. von Schlegel, cuya incompetencia poética, sin embargo, se hace perceptible a medida que la lengua siguió formándose, de manera que incluso aquellos que una vez tomaron al poeta de *Arión* por un mismo Arión, ahora solo ven en él a un meritorio maestrescuela. Pero no sé si el conde Platen tendrá derecho a reírse del, por lo demás, más que laudable Schlegel, al igual que este hiciera con Ramler. Hay algo,

sin embargo, que sí sé: en poesía, los tres son iguales, y por más que el conde Platen todavía practica en los gaceles el tambaleante arte del equilibro de forma tan bella, aunque en sus odas baila sobre huevos aún de forma exquisita y aunque en sus comedias se pone cabeza abajo... no es, sin embargo, poeta. Que no es poeta lo dice incluso la desagradecida juventud masculina a la que él tan tiernamente canta. Que no es poeta lo dicen las mujeres, quienes tal vez —he de hacer mención de ello en su beneficio— no sean del todo imparciales en este asunto y, quizás por la devoción que sienten por él, estén algo celosas o incluso piensen que la tendencia de sus poemas pone en peligro su hasta ahora favorable posición en la sociedad. Severos críticos, equipados con gafas de gran nitidez, están de acuerdo con esta opinión o se declaran tanto más lacónicamente críticos. «¿Qué es lo que encuentra en los poemas del conde von Platen-Hallermünde?», pregunté hace poco a uno de estos hombres. «¡Mucha silla!» fue la respuesta. «¿Se refiere usted a su forma tan trabajada y elaborada?» repliqué yo. «No», repuso él; «mucha silla también con referencia al contenido»395.

Por lo que concierne ahora al contenido de los poemas de Platen, no quisiera alabárselo al pobre conde, pero tampoco entregarlo necesariamente a la rabia censora con la cual nuestros catones hablan de ello o se lo callan. *Chacun à son goût*, al uno le gusta el buey y al otro la vaca Wasishta396. Repruebo incluso la terrible severidad de Radamante con que se sentenció el contenido de aquellos poemas de Platen en los *Anales de crítica científica* de Berlín. Pero así somos los humanos, nos resulta muy sencillo enfurecernos cuando hablamos de pecados que no nos producirían el más mínimo placer. En el *Morgenblatt*397 leí no hace mucho un artículo titulado «Del diario de un lector», en el que el conde Platen se pronunciaba contra aquellos severos censores de su amor a la amistad398 y lo hizo con aquella modestia que nunca sabe disimular y por la cual se le reconoce a menudo. Cuando él dice que «el Semanario hegeliano, con ridículo *pathos*», le acusa de un vicio oculto, en realidad, como es fácil adivinar, está queriendo anticiparse a la censura de otras personas y averiguar por terceros la opinión de estas. No obstante se le ha informado mal, pues en este tema yo nunca me dejaré llevar por el *pathos;* por el contrario, el noble conde me resulta una figura divertida en cuyas distinguidas aficiones estéticas tan solo veo algo intempestivo, la recatada parodia de una arrogancia arcaica. Es exactamente eso. En la Antigüedad, aquellas aficiones no contradecían las buenas costumbres y se hacían solemnemente públicas. Cuando, por ejemplo, el emperador Nerón realizó en barcos recubiertos de oro y marfil un festín que costó algunos millones, celebrando nupcias públicas con uno de los efebos del serrallo llamado Pitágoras *(cuncta denique spectata quae etiam in femina nox operit*399), y a continuación prendió fuego a la ciudad de Roma con la antorcha nupcial para, ante las crepitantes llamas, poder cantar mejor la decadencia de

Troya. Este sí que era un poeta de gaceles sobre el que se podría hablar con *pathos;* pero del nuevo Pitágoras solo puedo reírme, pues actualmente camina por Roma a hurtadillas, sediento, hambriento y atemorizado por el sendero de la amistad, es rechazado a causa de su rostro pálido por una juventud despiadada para, a continuación, recitar sus gacelitos entre suspiros a la luz de una lamparita de aceite de temblorosa llama. Interesante, desde ese punto de vista, resulta la comparación de los poemas de Platen con los de Petronio. En este último hay franqueza rotunda, antigua y plásticamente pagana; el conde Platen, por el contrario, pese a insistir en lo clásico, trata sus asuntos más bien de forma romántica, oculta, anhelante, parroquial y, debo añadirlo, hipócrita. Pues, en ocasiones, el conde se disfraza con sentimientos pudorosos, evitando las alusiones más directas al sexo: solo los iniciados podrán percatarse. Cree haberse ocultado lo suficiente frente a la gran masa cuando a veces omite la palabra «amigo», y entonces le sucede como al avestruz, que cree estar bastante escondida cuando ha metido la cabeza bajo la arena, de manera que solo queda a la vista su trasero. Nuestra distinguida ave lo habría hecho mejor escondiendo el trasero en la arena y dejándonos ver la cabeza. En realidad, él es más un hombre de posaderas que un hombre de cabeza; no le cuadra en absoluto la denominación «hombre» y su amor tiene un carácter pasivamente pitagórico. En sus poemas es un *pathikos*400, una mujer, y, más exactamente, una mujer que se recrea con lo mujeril, es una lésbica masculina. Esta naturaleza temerosamente dócil recorre todos sus poemas de amor, siempre encuentra un nuevo amigo de la belleza y por doquier vemos en estos poemas poliandria. Incluso cuando se pone sentimental como, por ejemplo, en el siguiente pasaje:

Amas y callas...¡Ah, hubiera yo callado

y siempre solo admirado.

¡Ah, si jamás te hubiera hablado,

no estaría sometido y humillado!

Pero este amor no quiero cantar

y maldigo el día en que ha de acabar.

De espacios celestes nos fue enviado,

Donde, felices, los ángeles se acarician

nosotros pensamos directamente en los ángeles que fueron hasta casa de Lot, el hijo de Harán, que solo a duras penas escaparon de las más tiernas demostraciones de cariño, como leemos en el Pentateuco, donde, por desgracia, no constan los gaceles y sonetos que fueron compuestos antaño a las puertas de Lot. Por doquier en los poemas de Platen vemos al avestruz, que solo esconde la cabeza, al vanidoso e impotente ave que, poseyendo el plumaje más bonito, no puede, sin embargo, volar, y anda paticojo bravuconeando por los polémicos desiertos arenosos de la literatura. Con sus bonitas plumas sin fuerza motriz y sus bonitos versos sin vuelo poético constituye lo opuesto de aquella águila de la poesía, cuyas plumas son menos brillantes, pero que puede con ellas elevarse al sol... He de volver al estribillo: el conde Platen no es poeta.

De un poeta se requieren dos cosas: en sus poemas líricos debe haber sonidos naturales; en sus poemas épicos o dramáticos, figuras. Si en este sentido no logra hacerse valer, se le deberá denegar el título de poeta aun cuando el resto de sus papeles familiares y títulos nobiliarios estén en el máximo orden. Que este último pueda ser el caso del conde Platen no lo pongo en duda, y estoy convencido de que él sonreiría compasiva y alegremente si se quisiera poner bajo sospecha su título de conde; pero si alguien osa revelar con un único epigrama la más mínima duda acerca de su título de poeta... lleno de rabia tomará asiento al instante y publicará sátiras de cinco actos contra vosotros. Pues los hombres aprecian un título con tanto más fervor cuanto más ambiguo y problemático sea el *titulus* que les acredita para ello. El conde Platen quizás habría sido poeta si hubiese vivido en otro tiempo y si, además, hubiese sido alguien distinto a quien es ahora. La carencia de sonidos naturales en los poemas del conde quizás obedezca al hecho de que vive en un tiempo en el que ya no tiene permitido mencionar sus verdaderos sentimientos, en el que la misma moral que siempre se opone hostilmente a su amor le impide incluso manifestar sin reserva su descontento por ella, un tiempo en el que debe disfrazar temerosamente cada sentimiento para no asustar con una sola sílaba ni el oído del público, ni el de un «bello desdeñoso». Este miedo no le permite ningún sonido natural propio, le condena a cultivar métricamente los sentimientos de otros poetas, como material irreprensible y previo, y, en caso de necesidad, a utilizarlos como disfraz de sus propios sentimientos. Quizás sea injusto que, ignorando dicha desafortunada situación, se haya asegurado que el conde Platen también en poesía se muestra como conde y quiere hacer alarde de su nobleza, y por ello solo nos presenta sentimientos de familias conocidas, sentimientos que ya tienen sus sesenta y cuatro generaciones de antepasados. Si hubiera vivido en la época del Pitágoras romano, quizás habría dejado surgir sus propios sentimientos con mayor libertad y tal vez pasara por escritor. Al menos no se sentiría la ausencia de los sonidos naturales en sus poemas líricos, aunque la

falta de figuras en sus dramas se mantendría siempre que no modificara también su naturaleza sensible y, por decirlo así, se convirtiera en otra persona distinta. Las figuras a las que me refiero son esas criaturas independientes que surgen del espíritu creador del poeta, como Palas Atenea de la cabeza del Crónida401, acabadas y dispuestas, vivaces seres oníricos cuyo místico nacimiento mantiene, más de lo que se piensa, una singular relación con la naturaleza sensible del poeta, de manera que dicho alumbramiento espiritual se le niega a aquel que se entrega como una criatura infecunda a la morbidez fatua del gacel. No obstante, esto son opiniones personales de un poeta y su autoridad depende de hasta qué punto se quiera creer en la competencia de este. No puedo por menos de hacer mención de que el conde Platen asegura al público con bastante frecuencia que lo más importante de su producción está por venir y de lo cual todavía nadie puede hacerse ni una idea. Sí, escribirá ilíadas y odiseas, tragedias clásicas y otros colosales poemas inmortales cuando se haya preparado debidamente después de tantos y tantos lustros. Quizás tú mismo, querido lector, hayas leído estas emanaciones de la autosuficiencia en versos pulidos con esmero y la promesa de tan hermoso futuro tal vez te haya resultado tanto más halagüeña cuanto que el conde describió al mismo tiempo a todos los poetas de Alemania, excepto al viejo Goethe, como un enjambre de malos emborronapapeles que no hacen más que entorpecerle su camino hacia la gloria, y cuya desvergüenza es tal que recogen esos laureles y recompensas que solo a él correspondían.

Prefiero omitir lo que al respecto escuché decir en Múnich; pero, por cuestiones cronológicas, debo alegar que en aquel tiempo el rey de Baviera expresó su propósito de proporcionar un sueldo anual a un poeta alemán sin vincular con él ningún cargo, lo cual pudo ser un inusual ejemplo de bonitas consecuencias para toda la literatura alemana. Me dijeron...

Pero no quiero abandonar mi tema. Hablaba de las fanfarronadas del conde Platen, quien continuamente exclamaba: «¡Yo soy el poeta, el poeta de los poetas! Yo compondré ilíadas y odiseas, etc.». No sé qué opina el público de dichas fanfarronadas, pero sí sé perfectamente lo que piensa de ello un poeta, a saber, un verdadero poeta que ya ha sentido la pudorosa dulzura y el estremecimiento secreto de la poesía, y, cual alegre paje que disfruta del afecto oculto de una princesa, de seguro no se jactará de estas emociones en la plaza pública.

A menudo se han burlado ampliamente del conde Platen por dicha fanfarronada y él siempre supo, como Falstaff, pedir perdón. En tales disculpas le adviene un talento que es extraordinario en su clase y que merece un especial reconocimiento. Efectivamente, el conde Platen sabe descubrir la más mínima

huella de los baldones que su pecho o, incluso, el de cualquier gran hombre alberga y sabe equipararse con él a causa de esta afinidad electiva en materia de manchas. Por ejemplo, de los sonetos de Shakespeare sabe que están dedicados a un hombre joven y no a una mujer, y por dicha inteligente elección alaba a Shakespeare, se compara con él... y esto es lo único que tiene que decir de él. Se podría escribir una apología del conde Platen de forma negativa y afirmar que aún no ha cometido este y aquel otro error porque todavía no se ha comparado con este y aquel otro gran hombre que sí ha errado. Donde más genial y digno de admiración se manifestó fue en la elección del hombre en cuya vida él descubre arrogantes discursos y a través de cuyo ejemplo quiere disculpar su propia fanfarronería. En efecto, las palabras de este hombre aún no han sido citadas con semejante fin... pues se trata nada más y nada menos que del mismo Jesucristo, que hasta ahora siempre ha sido considerado modelo de humildad y modestia. Cristo, el más humilde de los hombres, tanto más humilde cuanto más divino, ¿se ha vanagloriado de algo en su tiempo? Sí, lo que hasta ahora se les escapaba a todos los teólogos lo descubrió el conde Platen, pues nos insinúa que Cristo, cuando estuvo frente a Pilatos, tampoco fue humilde y no contestó humildemente, sino que cuando aquel le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?», él dijo: «Tú lo has dicho». Y así lo dice también él, el conde Platen: «¡Ese soy yo, soy el poeta!»... Lo que el odio de un difamador de Cristo jamás consiguió, lo logró la exégesis de la vanidad narcisista.

Al igual que sabemos lo que debemos pensar cuando alguien grita constantemente «¡Yo soy el poeta!», también sabemos las razones de los poemas absolutamente extraordinarios que el conde compondrá cuando alcance la madurez, y que de forma inaudita superarán en trascendencia sus obras maestras precedentes. Sabemos perfectamente que las obras tardías del verdadero poeta no son, bajo ningún concepto, más importantes que las primerizas, de la misma manera que por más veces que una mujer dé a luz no traerá al mundo hijos cada vez más perfectos; no, el primer hijo es ya tan bueno como el segundo... tan solo el alumbramiento resulta más fácil. La leona no pare primero un conejo, luego una liebrecilla, a continuación un perrito y por fin un león. *Madame* Goethe parió enseguida a su joven león, y este nos dio a la primera a su león de Berlichingen[402]. También Schiller parió enseguida sus *Bandidos*, en cuyas garras ya se reconocían las maneras del león. Más tarde llegó el brillo, el pulimiento, el limado, *La hija natural* y *La novia de Mesina*. No aconteció así con el conde Platen, quien comenzó con la afectación medrosa y de quien el poeta escribe:

Tú, que tan hábil surgiste de la nada,

De rostro lamido y abrillantado,

Pareces un juguete en corcho tallado.

No obstante, si tengo que expresar mis más ocultos pensamientos, confieso entonces que no tengo al conde Platen por ningún gran loco, como se debería pensar con motivo de esa jactancia y de sus constantes autoincensamientos. Un poco de locura, se sobreentiende, es inherente a la poesía; pero sería terrible que la naturaleza hubiera concedido a un único hombre la enorme porción de locura que corresponde a cien grandes poetas, y que de poesía en sí misma solo le hubiese entregado a él una diminuta dosis de poca monta. Tengo razones para sospechar que el señor conde no cree en su propia fanfarronería, y que él, tan precario en la vida como en la literatura, ha tenido que ser, más bien, un rufián adulador de sí mismo para atender las necesidades del momento, tanto en la literatura como en la vida. De ahí que en ambas se den fenómenos de los que se podría decir que resultan más interesantes desde el punto de vista psicológico que desde el estético; de ahí que se combinen a la vez el más lacrimógeno abatimiento anímico y la falsa arrogancia; de ahí derivan ese lastimoso encogimiento ante una próxima muerte y al tiempo la amenazadora hinchazón ante la futura inmortalidad; de ahí el crepitante orgullo pordiosero y la lánguida sumisión; de ahí el continuo quejarse una y otra vez «de que Cotta lo deja morir de hambre», y de ahí los arrebatos de catolicismo, etc.

Dudo que el conde se tome en serio lo del catolicismo. Que se haya convertido al catolicismo, como algunos de sus eminentes amigos, eso no lo sé. Que quiere convertirse lo leí por primera vez en diarios que llegaban incluso a añadir que el conde Platen se haría monje y entraría a un monasterio. Las malas lenguas decían que el voto de pobreza y la abstinencia respecto a las mujeres no le resultarían difíciles. Como es obvio, ante semejantes noticias, en Múnich sonaban piadosas campanillas en el corazón de sus amigos. En las hojas parroquiales se alabaron sus poemas con *kyries* y *aleluyas;* y, de hecho, los santos hombres que profesan el celibato debieron regocijarse con aquellos poemas en los que se fomenta la abstinencia de mujer. Lástima que mis poemas tengan otra tendencia y el hecho de que a los curas y los muchachos del coro no los aprecien podría sin duda entristecerme, pero no extrañarme. Igualmente poco me extrañé cuando, el día previo a mi viaje a Italia, supe por mi amigo el doctor Kolb que el conde Platen sentía gran enemistad hacia mí y que ya había preparado mi ruina en una comedia llamada *Rey Edipo* y que esta ya había llegado a las manos de algunos príncipes y condes de Augsburgo, de cuyos nombres no me acuerdo o no me quiero acordar. También otros me contaron que el conde Platen me odia y que se declara enemigo

mío; y a todas luces esto me resultó más agradable que si me hubieran contado que el conde Platen en secreto me distinguía con su amistad. En cuanto a los santos varones, cuya devota rabia contra mí se manifestó al mismo tiempo y no solo con motivo de mis poemas anticelebratorios sino también con ocasión de los *Anales políticos* que en aquel entonces publicaba, yo solo podía salir ganando si se hacía ver con claridad que no era uno de los suyos. Si con esto insinúo que de ellos no se dice nada bueno, de momento todavía no estoy diciendo nada malo de ellos. Soy de la opinión incluso de que ellos, solo por amor al bien, pretenden debilitar la palabra de los malos mediante pías mentiras y calumnias que obtienen el beneplácito divino, y creo que pretenden privar a estos últimos, exclusivamente por este noble fin que justifica todos los medios, de las fuentes de vida no solo espirituales sino también materiales. A aquellas buenas personas que en Múnich se llegaron incluso a presentar públicamente como congregación, se las ha honrado de manera bastante necia con el nombre de jesuitas. A fe mía que no son jesuitas, de lo contrario habrían sabido ver que, por ejemplo, yo, uno de los malos, en el peor de los casos entiendo el arte de la alquimia literaria, y saco ducados a golpes hasta de mis enemigos, de manera que yo recibo los ducados y mis enemigos los golpes; habrían sabido ver que estos golpes no pierden su significado lo más mínimo aun cuando se denigre el nombre de quien golpea, así como el pobre delincuente no siente con menos fuerza los latigazos por más que se declare deshonrado al verdugo que se los propina. Y lo más importante de todo habría sido que hubieran sabido ver que esa discreta preferencia por el antiaristocrático Voss403 y algunos inofensivos chistes hechos sobre la madre de Dios, a causa de los cuales me atacaron en un principio con mierda y necedades, no procedían del fervor anticatólico. A fe mía que no son jesuitas, sino solo mestizos de la mierda y la necedad, a los que puedo odiar tan poco como a un carro cargado de excrementos y al buey que de él tira, y que con todos sus esfuerzos solo consiguen lo contrario de lo que pretenden y que, en todo caso, solo me empujan a que les demuestre lo muy protestante que soy; a que lleve al extremo el derecho que me asiste a ejercer de protestante y a manejar a placer el hacha de combate protestante404. Así y todo, para ganarse a la plebe podrían obligar a sus poetas predilectos a que pusieran en verso esas antiguas chácharas de mujeres acerca de mi incredulidad. En estos conocidísimos hachazos deberían reconocer a un correligionario de un Lutero, un Lessing o un Voss. Ni que decir tiene que no blandiría el viejo hacha con el fervor de estos héroes, pues ya solo la vista del enemigo me hace reír. Tengo la naturaleza de un Eulenspiegel y me encanta dar siempre un toque de guasa. Pero no por eso golpearía con menor fuerza a esos bueyes que empujan los carros de mierda por más que previamente hubiera coronado mi hacha con flores.

Pero no quiero alejarme demasiado de mi tema. Creo que fue por aquella época cuando el rey de Baviera, movido por las intenciones que ya hemos mencionado, concedió al conde Platen un sueldo anual de seiscientos florines, y no precisamente de las arcas estatales, sino de las privadas cajas reales, como el conde había deseado como favor especial. Esta última circunstancia, que caracteriza la casta, por insignificante que parezca, tan solo la apunto para el naturalista que quizás esté estudiando el comportamiento de la nobleza. En la ciencia, todo es importante. Quien quiera reprocharme que le doy demasiada importancia al conde Platen, que vaya a París y vea cuán concienzudamente el fino y delicado Cuvier describe en sus clases de la universidad al más inmundo insecto hasta el último detalle. Por eso siento incluso pena por no poder constatar con mayor precisión la fecha de esos seiscientos florines; pero sí que sé que el conde Platen había escrito su *Rey Edipo* antes y que este no habría resultado tan mordaz si el autor hubiese tenido más que morder.

En el norte de Alemania, adonde repentinamente me hizo regresar la muerte de mi padre, recibí la monstruosa criatura que al fin había salido del enorme huevo que nuestro avestruz de hermosas plumas había incubado durante tanto tiempo, a la cual hacía mucho que ya habían saludado previamente los lechuzos de la congregación con sus piadosos graznidos y los nobles pavos reales con sus espectaculares abanicos. No podía ser menos que un pernicioso basilisco. ¿Conoces, querido lector, la leyenda del basilisco? Cuenta la leyenda popular que cuando un pájaro macho pone un huevo como hace la hembra, de él nace una criatura venenosa cuyo aliento infesta el aire, y que tan solo es posible acabar con ella sosteniéndole un espejo de frente, de manera que muere de espanto al ver reflejada su monstruosidad.

Solo dos meses después, cuando tomaba los baños en la isla de Helgoland, unos sagrados dolores que no quise profanar, me permitieron leer el *Rey Edipo* y allí, deleitado por la continua contemplación del grandioso e intrépido mar, a la fuerza se me tuvieron que manifestar el espíritu auténticamente mezquino y el viejo recato del ilustrísimo autor. Aquella obra maestra al fin me lo mostró tal como es, con toda su florida marchitez, con su excesiva falta de ingenio, con su imaginación sin fuerza imaginativa, exactamente como es, esforzado sin fuerza, picante sin tener picardía, una seca alma acuosa, un triste joven alegre. ¡Este trovador del lamento, debilitado en cuerpo y alma, intentó imitar a los más poderosos, creativos e ingeniosos poetas del juvenil mundo griego! A fe mía, nada hay más repugnante que esta debilidad espasmódica que presume de valentía; estas invectivas compiladas con gran esfuerzo a las que se adhiere el moho del rencor prescrito y este arrobamiento del espíritu imitado con miedo y pedantería.

Como bien se puede comprender, en la obra del conde no aparece el más mínimo rastro de esa profunda idea de destrucción mundial sobre la que se fundamenta cada una de las comedias aristofánicas y que prospera como un árbol mágico fantásticamente irónico y engalanado de floridos pensamientos, nidos de ruiseñores cantores y monos trepadores. Por supuesto que no podíamos esperar del pobre conde una idea semejante, con la pertinente alegría fúnebre y los aniquiladores fuegos artificiales que le corresponden. La esencia, la primera y última idea, la causa y el objetivo de la así denominada comedia, de nuevo estriba, como en el «tenedor funesto», en asuntos de poco valor literario; el pobre conde tan solo pudo imitar algunos aspectos externos de Aristófanes, a saber, los finos versos y las groseras palabras. Digo «groseras palabras» porque no quiero utilizar una expresión más grosera. Como una mujer refunfuñona, él vierte tiestos colmados de discursos injuriosos sobre las cabezas de los poetas alemanes. Quiero perdonar de todo corazón al conde su rencor, pero él debería observar ciertas precauciones. Él habría tenido que respetar como mínimo nuestro sexo, el de los varones, pues no somos mujeres, sino hombres, y, por consiguiente, pertenecemos a un sexo que, según su opinión, es el bello sexo que él tanto estima. Esto continúa siendo una falta de delicadeza y más de un joven dudará por ello de sus homenajes, pues todos sienten que el verdadero amante venera todos los sexos. De seguro que el trovador Frauenlob jamás fue grosero con ninguna mujer, y un Platen debería, por ello, mostrar más respeto a los hombres. Pero, grosero él, va diciendo en público sin ningún recato que todos nosotros, los poetas del norte de Alemania, tendríamos la «sarna, para la que por desgracia necesitamos un ungüento, el más mefítico que haya» (al menos ha conseguido una buena rima). Especialmente grosero es con Immermann. Ya al principio de su poema lo deja detrás de un biombo haciendo cosas que no puedo decir y que, no obstante, no se pueden refutar. Creo que incluso es probable que Immermann haya hecho ya tales cosas. Es, sin embargo, característico que la fantasía del conde Platen sepa acechar *a posteriori* incluso a sus enemigos. No perdonó ni siquiera a Houwald405, alma bella, tierno como una muchacha. ¡Ay!, quizás sea por esa encantadora feminidad por lo que lo odia Platen. Müllner, ese muerto a quien, como él dice, ya hace mucho «mató enérgicamente con auténtico ingenio», será exhumado de nuevo. No perdona a sus hijos ni a sus nietos. Raupach el judío («El hebreíto Raupel que ahora como Raupach mira por encima del hombro») «garabatea tragedias en estado de resaca». Aún mucho peor le va al «Heine bautizado». Sí, sí, no te equivocas, querido lector, soy aquel a quien se refiere, y en el *Rey Edipo* puedes leer que soy un auténtico judío, que, cuando he pasado algunas horas escribiendo canciones de amor, me siento a continuación a recontar ducados, que el *sabbat* me pongo de cuclillas con un grupo de barbudos hebreos y recito el Talmud, que en la víspera de Pascua sacrifico un cristiano menor de edad y además siempre añado

un infeliz escritor por pura malicia... No, querido lector, no te quiero engañar, dichas imágenes tan bien pintadas no están en el *Rey Edipo*, y el que no estén ahí es el único error que censuro. El conde Platen tiene, de vez en cuando, los mejores motivos y no sabe utilizarlos. Si tan solo tuviera un poco más de fantasía, me habría representado al menos como a un prestamista clandestino: ¡cuán cómicas escenas nos habrían deparado! ¡Me duele en el alma cuando veo cómo el pobre conde deja pasar cada ocasión para hacer una buena broma! ¡Cuán deliciosamente habría podido utilizar a Raupach como el Rothschild de su tragedia, al que acudieran los teatros reales a pedir sus préstamos! Al mismo Edipo, el personaje principal de su comedia, igualmente lo habría podido utilizar más eficientemente con unas pequeñas modificaciones de la fábula de la obra. En lugar de obligarle a matar a su padre Layo y a casarse con su madre Yokasta, habría debido organizarlo de tal manera que, por el contrario, Edipo matase a su madre y se casara con su padre. En semejante poema lo dramáticamente p-drástico le debería haber salido bordado a un Platen y su propia orientación emocional le debería haber ayudado en ello. En algunas ocasiones tan solo habría necesitado cantar las emociones del propio pecho como un ruiseñor y él habría entregado una obra que, si el gazelista Iffland aún viviera, seguro que al instante sería aprendida de memoria en Berlín y se representaría también ahora en los escenarios privados. No puedo imaginar nada más perfecto que al actor Wurm en el papel de semejante Edipo. Se superaría a sí mismo. Además, tampoco encuentro político por parte del conde que en su comedia asegure que él tiene «auténtico ingenio». ¿O quizás es que cuenta con el efecto sorpresa que está esperando el público y, que para que este siga esperándolo, nunca tiene lugar? ¿O quizás quiere animar al público a buscar las huellas del verdadero ingenio oculto en la obra y todo ello no sería más que un juego de la gallina ciega en el que el ingenio de Platen es tan ingenioso que no se deja descubrir? Quizás también por eso el público, que, por lo demás, acostumbra a reírse en las comedias, esté de tan mal humor cuando lee la obra de Platen; no puede encontrar el ingenio escondido, mientras este en vano está pía que pía cada vez con más fuerza: ¡Aquí estoy! ¡Que estoy aquí! En vano: el público, que es necio, sigue con su cara de funeral. Yo, sin embargo, que sé dónde se esconde el ingenio de la broma, me reí con todas mis fuerzas cuando leí acerca del «dominante poeta condal» que se cubre con un nimbo aristocrático, que se vanagloria «de que cada exhalación que pasa por sus dientes supone la destrucción de algo o alguien», y que dice a todos los poetas alemanes:

> Sí, como Nerón solo os deseo un cerebro
>
> que se os cortara de un golpe de ingenio.

El verso es malo. No obstante, el ingenio que esconde reside en que lo que el conde desea en realidad es que nosotros fuéramos meros nerones y él, por el contrario, nuestro único y querido amigo Pitágoras. Quizás debería, en beneficio del conde, encomiar aún algunos otros golpes de ingenio, pero como en su *Rey Edipo* atacó lo que yo más quiero —pues, ¿qué podría estimar yo más que mi cristianismo?—, no se me interprete mal si yo, filántropo por naturaleza, no le rindo los mismos graves honores que a sus anteriores proezas al *Edipo*, esta su «gran hazaña en palabras».

Con todo, el verdadero mérito siempre encontró su recompensa, y el autor del *Edipo* no se quedará sin la suya, aunque también aquí, como siempre, se entregue únicamente a la influencia de sus nobles y eclesiásticos vasallos tributarios. Sí, entre los pueblos de Oriente y Occidente existe la antiquísima leyenda de que toda acción, buena o mala, tiene consecuencias inmediatas para quienes la realizan. Y llegará el día en que salgan —advierte, querido lector, que ahora me estoy poniendo patético y lúgubre—, llegará el día, digo, en que salgan del Tártaro las más terribles hijas de la noche, «las Euménides». ¡Por el Estigia! —por este río406, los dioses jamás juramos en balde—, llegará el día en que aparezcan las oscuras y justicieras hermanas, aparecerán con sus rostros enrojecidos por la cólera con rizos de serpientes, con las mismas serpientes como látigos, con las que azotaron a Orestes, el desnaturalizado pecador que mató a la madre, la tindárida Clitemnestra. Quizás ya escuche el conde el siseo de las serpientes... Te pido, querido lector, que pienses ahora en el barranco del lobo y en la música de Samiel407... Quizás ya el secreto terror que invade a los pecadores se vaya apoderando del conde, el cielo se oscurece, el ave nocturna grazna con fuerza, resuenan truenos lejanos, relampaguea, huele a colofonia y, ¡ay, ay de mí!, los ilustres antepasados surgen de sus tumbas y lanzan hasta tres o cuatro lamentos por su desdichado descendiente, conjurándole a que ponga sus viejos calzones de hierro para protegerse de las terribles varas, pues las Euménides le harán jirones con ellas; las serpientes latigantes se recrearán irónicamente en él, y así como hiciera el cortejador rey Rodrigo cuando fue encerrado en la torre de las serpientes, también el pobre conde finalmente gimoteará y gemirá:

¡Ay de mí! Ya me comen, ya me comen

Por do más pecado había.

No te estremezcas, querido lector, solo estoy bromeando. Estas terribles Euménides no son más que una amena comedia que yo, cuando transcurran algunos lustros, escribiré bajo este título, y los trágicos versos que acaban de

atemorizarte se encuentran en el más divertido de todos los libros del mundo, en *Don Quijote de La Mancha,* en el que una vieja y decente dama de la corte los recita en presencia de todos sus miembros. Ya veo que vuelves a sonreír. Despidámonos tú y yo riendo con alegría. Si este último capítulo ha sido algo aburrido, se debe únicamente al asunto tratado; también yo he escrito más por utilidad que por placer, y si he conseguido hacer útil también para la literatura a un nuevo loco, mi patria quedará en deuda conmigo. He abonado el campo en el que ingeniosos escritores sembrarán y cosecharán. La humilde conciencia de este mérito es mi más bella recompensa.

A posibles reyes que quieran por ello regalarme además una tabaquera, les advierto que la librería «Hoffmann y Campe en Hamburgo» tiene la orden de recibirlas por mí.

Escrito a finales de otoño del año 1829.

329 *Bagni di Lucca* es una pequeña población en el valle del río Lima en Toscana, célebre por sus aguas termales. Situada en el camino que lleva de Lucca a Abetone, en su circunscripción se encuentra el pintoresco Puente del Diablo.

330 Tanto Neu-Bedlam como St. Luke son dos manicomios ingleses.

331 La «pulga» que aquí aparece es una variante que Heine propuso para la segunda edición de sus *Reisebilder*.

332 Ciudad de la costa meridional inglesa.

333 La figura de Gumpelino tiene una base real: un banquero hamburgués, Lazarus Gumpel, a quien ya hizo alusión en el *Viaje al Harz*.

334 Argos era el vigilante de la vaca en la que Júpiter había convertido a su amante.

335 Pasaje del *Ricardo III* de Shakespeare.

336 Célebre actriz berlinesa de la época.

337 Moneda introducida en Francia por Luis XIII y reintroducida tras la Revolución por Luis XVIII.

338 Puerta de Hamburgo que daba salida a la localidad de Altona, hoy en

día incorporada a Hamburgo.

339 La Montaña de Hamburgo: No hay que tomárselo en serio, se trata de una pequeña elevación en las proximidades de la ciudad hanseática.

340 Bella iglesia barroca en la zona portuaria de Hamburgo.

341 Los versos recitados por Hyacinto se deben a un poeta de segunda fila, Friedrich Matthisson (1731-1831).

342 Heine reproduce la expresión en dialecto berlinés: «die jrine Beeme!» (los verdes árboles).

343 De nuevo Heine echa mano del dialecto berlinés, que aquí reproducimos con algunas deturpaciones fonéticas en español.

344 P. B. Shelley, amigo de Keats.

345 Compañero de Heine en la Universidad de Bonn y autor de un manual de derecho penal.

346 Título de una ópera de Salieri con libreto de da Ponte.

347 Erudito boloñés, cardenal de la Iglesia católica, célebre por su enorme poliglotismo.

348 Celadon es el pastor protagonista de la *Astrée*, novela pastoril de Urfé.

349 Cita de la ópera de Rossini *Tancredo.*

350 Profesor en Jena, opuesto a la Escuela Histórica del Derecho de Savigny.

351 Se trata de Eduard Gans, experto jurisconsulto berlinés con el que tuvo relación Heine y ya mencionado en el *Harzreise.*

352 Una contradanza surgida en la época napoleónica formada por cuatro parejas, de donde viene su nombre, y con un galope al final.

353 Título de una obra de A. Lesage, tomado a su vez de *El diablo cojuelo,* de Vélez de Guevara.

354 De nuevo una cita musical de la ópera de Salieri anteriormente mencionada.

355 De la ópera *Tancredo,* de Rossini.

356 Nueva referencia a la ópera de Salieri.

357 Banquero francfortés que poseía una colección de antigüedades entre las que figuraba esa *Ariadna* que él exhibía con una iluminación muy artificiosa. Había fallecido en 1826.

358 Potsdam, la ciudad brandenburguesa, está situada junto al río Havel.

359 En la personalidad de Hyacintho, Heine pone en solfa el llamado *Bildungsreise* al uso durante la Ilustración y el Romanticismo.

360 *Francescone* fue una moneda de plata en curso en el ducado de Toscana bajo dominio austriaco y que hacía referencia al emperador Francisco I de Austria. Tenía un alto valor (10 florines o 10 *paoli)*. Estuvo vigente hasta que el ducado cayó bajo la soberanía de los Saboya.

361 Antigua moneda papal.

362 Calle londinense preferida por los banqueros para establecer su residencia.

363 Heine utiliza el nombre del protagonista de la obra de Lessing para tipificar al Rothschild.

364 «Palabra macedonia» (familia + millonaria) que crea Heine.

365 Heine hace cometer este error a Hirsch Hyacintho para indicar su empacho cultural. Confunde a la *madonna* con una *prima donna* y el crucifijo con el Niño Jesús.

366 Hyacintho hace alarde de su docta ignorancia y convierte, por proximidad fonética, a Giovani da Fiesole en Juan de Viehessel, que en alemán supone un juego de palabras con los términos asno *(Essel)* y bestia *(Vieh).*

367 Quizás es una alusión a la propia conversión de Heine al luteranismo.

368 Alude a una reforma de la comunidad judía de Hamburgo, la *Tempelverein*.

369 Callejuela en las proximidades del puerto en Hamburgo.

370 Heine juega con el significado del supuesto apellido del judío Moisés Lump. *Lump* significa andrajo o sinvergüenza.

371 Célebre actriz alemana de la época.

372 *Glauberi*: genitivo latinizado de «Glauber», médico alemán descubridor de esta sal que se empleaba contra el estreñimiento.

373 Heine juega con la paronomasia entre hemorroide y homérida.

374 Posiblemente nombre de una célebre prostituta.

375 Saunetten es el término que utiliza Hyacintho. La intención de Heine al poner el término en boca de este personaje quizás sea la de acentuarse su falsa formación.

376 El término italiano vendría a significar «cuenta fingida».

377 Ciudad danesa.

378 El presente capítulo constituye uno de los puntos más negativos de la biografía heineana. La acusación de homosexualidad que hace al conde (falso conde) August von Platen-Hallermünde fue la mejor manera que se le ocurrió al poeta Heine de saldar cuentas literarias con un colega de profesión que tenía una visión de la poesía totalmente distinta. No fue, desde luego, su mejor ocurrencia, teniendo en cuenta que la acusación de homosexualidad podía tener graves consecuencias para el acusado, quien efectivamente era homosexual.

379 Jurista berlinés de nombre A. Heinrich Schmalz.

380 Gotinga fue una de las mejores universidades alemanas y esta afirmación de Heine es testimonio del odio del escritor a su propia *alma mater*, ya presente en el *Viaje por el Harz*.

381 En efecto, los iroqueses practicaron el canibalismo ritual a partir de 1400 y una de sus tribus era llamada los *mohawks*, comedores de hombres.

382 Platen era bávaro, nacido en Ansbach, Franconia, pero de origen septentrional.

383 Colega de Heine en lides periodísticas.

384 Platen estudió en la Universidad de Erlangen, en Franconia.

385 La alusión al deterioro económico de Platen es constante en este capítulo de diatribas, lo que no habla muy a favor de las buenas artes dialécticas de Heine.

386 Profesor de astronomía de Múnich.

387 El nombre Collibrado que añade a los antropónimos de Platen está tomado de un personaje de un drama de Kotzebue que tiene como protagonista un noble desclasado.

388 *Composiciones líricas número 1*.

389 Erindur es una figura del drama del autor romántico Adolf Müllner *Die Schuld*.

390 Célebre editor alemán de la época que editaba a los más afamados escritores del momento, entre ellos a Heine, aunque solo muy parcialmente.

391 *Poemas del conde Platen*.

392 Ejecutar la danza de los huevos es una expresión referida al hecho de proceder con extrema cautela y prudencia en una situación complicada. La expresión deriva de una antigua danza en la que los pasos de la misma debían sortear los huevos puestos en el suelo. El pintor holandés Peter Aartsen ha escenificado en un lienzo una *Danza de los huevos* (1522).

393 Poeta alemán de la segunda mitad del siglo XVIII, prototipo de mediocridad a pesar del éxito que obtuvo en vida.

394 De nuevo Heine destila veneno sobre los autores de la «escuela romántica» alemana, sobre la que escribió un largo ensayo.

395 Alusión al proceso biológico que la depositará.

396 Vaca sagrada del *Ramayana*.

397 Periódico berlinés («diario de la mañana») en el que colaboró Heine.

398 Alusión a la homosexualidad del conde Platen.

399 «En fin, después de haber visto todo cuanto la noche oculta incluso en las mujeres».

400 Del griego *pathos,* en el sentido de compadecedor.

401 Zeus, de cuya cabeza surgió Palas, era hijo de Cronos.

402 *Götz von Berlichingen,* primer drama de Goethe.

403 Johann Heinrich Voss (1751-1826), poeta alemán célebre por su traducción de Homero que introdujo en la métrica alemana el hexámetro.

404 Evidentemente esta beligerancia anticatólica no favorecía la imagen de Heine en media Alemania y hoy en día nos la hace muy poco *aggiornata*. Por otra parte, hay que recordar que su luteranismo lo fue de conveniencia.

405 Escritor romántico alemán.

406 Heine concibe la laguna estigia como río *(Fluss).*

407 Alusión a una escena de *Der Freischutz* (El cazador furtivo), de C. M. von Weber.

LA CIUDAD DE LUCCA[408]

Siempre que pienso en la mezquindad de los ingleses, que consideran un pequeño burgués a su segundo mejor poeta —después de Shakespeare, Byron es el que se lleva la palma—, no puedo por menos de sonreír: todo, porque hizo escarnio de su pedantería, no se sometió a sus costumbres pueblerinas ni compartió su fría forma de pensar. Su insipidez le resultaba nauseabunda y fustigó su arrogancia e hipocresía. Muchos se santiguan solo cuando oyen hablar de él e incluso las mujeres, aunque sus mejillas ardan de entusiasmo cuando lo leen, en público toman de manera decidida partido contra él, al que en secreto adoran.

(Cartas de un difunto. Diario fragmentario de un viaje por Inglaterra, Múnich, 1830[2])

CAPÍTULO I[409]

SI la naturaleza que nos rodea actúa sobre los hombres, ¿por qué no va a actuar también el hombre sobre la naturaleza que le circunda? En Italia, esta es apasionada como el pueblo que en ella vive; entre nosotros, los alemanes, es más seria, más sensata y más paciente. ¿Quizás también ella haya tenido en otro tiempo, lo mismo que los hombres, más vida interior? Se dice que la fuerza de espíritu de Orfeo podía entusiasmar a los árboles y a las piedras, que se movían con sus ritmos. ¿Podría suceder algo semejante hoy en día? Los hombres y la naturaleza se han vuelto flemáticos y se lanzan bostezos mutuos. Ningún poeta laureado de Prusia podrá hacer bailar jamás a la montaña de Tempelhof[410] o a los tilos berlineses con los acordes de su lira.

También la naturaleza tiene su historia y esta es una historia de la naturaleza distinta a la que se enseña en los colegios. Deberían contratar a alguna de esas lagartijas grises que, desde hace miles de años, habitan las grietas de las rocas de los Apeninos, como profesora extraordinaria en alguna de nuestras universidades: se podrían oír muchas cosas extraordinarias. Pero el orgullo de algunos señores de la Facultad de Jurisprudencia protestaría en contra de dicho nombramiento. Ya alguno de ellos tiene celos secretos de Fido[411], pobre y sabio caniche, pues temen que alguna vez este le quite el puesto a la hora de cobrar las piezas de la erudición.

Las lagartijas, con sus vivarachas colillas y sus ingeniosos ojuelos, me contaron cosas maravillosas cuando, en solitario, iba ascendiendo por las rocas de los Apeninos[412]. En verdad, hay cosas entre el cielo y la tierra que no solo no

comprenden nuestros filósofos, sino tampoco las mentes más rudas y vulgares.

Las lagartijas me contaron que por debajo de las piedras corre el rumor de que Dios querría convertirse algún día en piedra para liberarlas de su imperturbabilidad. Una vieja lagartija opinaba, sin embargo, que su petrificación solo tendría lugar una vez que Dios se hubiese convertido en todas las especies animales y vegetales para redimirlas.

Solo muy pocas piedras tienen sentimientos, y estas únicamente respiran a la luz de la luna. Pero estas pocas piedras que son conscientes de su situación son terriblemente desgraciadas. Los árboles lo tienen mucho mejor en este sentido, pues pueden llorar. Los animales, sin embargo, son los más privilegiados, puesto que pueden hablar, cada uno a su manera, y los hombres son los que mejor lo hacen. Algún día, cuando el mundo entero sea redimido, el resto de criaturas podrá también hablar, como en aquellos tiempos remotos que cantan los poetas.

Las lagartijas son una especie irónica y les gusta engañar a otros animales. Pero ante mí se mostraron tan sumisas, suspiraron con tal sinceridad y me contaron tales historias de la Atlántida que próximamente quiero ponerlas por escrito para aprovechamiento y edificación del mundo. Me sentí en íntima relación con aquellos pequeños seres que, por así decirlo, conservan los anales secretos de la naturaleza. ¿No serán acaso familias sacerdotales bajo los efectos de algún hechizo, como aquellas del antiguo Egipto que también vivían en grutas laberínticas al acecho de la naturaleza? Sobre sus cabezuelas, cuerpecillos y colillas afloran maravillosos dibujos cifrados, como los jeroglíficos en los gorros egipcios y en las túnicas de los hierofantes.

Mis pequeñas amigas me enseñaron también un lenguaje cifrado por medio del cual puedo hablar con la silenciosa naturaleza. Esto alivia mi alma a menudo, especialmente al caer la tarde, cuando las montañas se alzan envueltas en sombras de escalofriante dulzura, las cascadas murmuran, todas las plantas exhalan su aroma y relámpagos fugaces tiemblan aquí y allá.

¡Oh naturaleza, virgen silenciosa, bien comprendo tus relámpagos, vanos intentos de hablar que hacen temblar tu bello rostro! ¡Y me llegas tan adentro que me haces llorar! Pero, a continuación, también tú me comprendes a mí y, serenándote, me miras con tus ojos de oro mientras ríes. ¡Bella doncella, yo comprendo tus estrellas y tú comprendes mis lágrimas!

CAPÍTULO II

—Nada en el mundo desea retroceder —me dijo un viejo lagarto—. Todo tiende hacia adelante y, finalmente, tendrá lugar un gran avance de la naturaleza: las piedras se harán plantas, las plantas se harán animales, los animales se harán hombres y los hombres se harán dioses.

—Pero —exclamé yo— ¿qué será entonces de las buenas personas, de los pobres y viejos dioses?

—Eso ya se verá, querido amigo —contestó aquel— es probable que abdiquen o se jubilen de alguna forma honorable.

Mi filósofo natural de piel jeroglífica me contó aún algunos otros secretos, pero di mi palabra de que nada revelaría. Ahora sé más que Schelling y Hegel.

—¿Qué piensa usted de esos dos? —me preguntó el viejo lagarto con una sonrisa burlona cuando le mencioné dichos nombres.

—Si se tiene en cuenta —respondí— que son solo hombres y no lagartijas, uno no puede por menos de maravillarse ante los conocimientos de estas personas. Pero, bien mirado, en realidad enseñan una y la misma doctrina, la filosofía de identidad que ellos tan bien conocen; únicamente se distinguen por la manera de exponerla. Cuando Hegel formula los principios de su filosofía, uno cree ver las bonitas figuras que un hábil maestrescuela sabe construir combinando de manera artificiosa todo tipo de cifras, de tal modo que el observador corriente solo ve la parte superficial, solo la casita o el barquito o el soldadito absoluto que fue formado con esas cifras, mientras un reflexivo muchacho de escuela puede ir más allá y reconocer, en esa misma figura, la solución de un profundo problema de cálculo. Las exposiciones de Schelling se asemejan más a esos cuadros de animales de la India que se componen a su vez de toda clase de animales: serpientes, pájaros, elefantes y muchos otros seres vivos que se enlazan de forma fantástica. Esta manera de exponer es mucho más amena, más clara, más animada y cálida, todo tiene vida en su interior, frente al abstracto leguaje cifrado de Hegel, que nos mira de hito en hito tan gris, tan frío y muerto.

—Bien, bien —contestó el viejo lagarto—, ya entreveo qué quiere decir; pero, dígame, ¿tienen estos filósofos muchos oyentes?

Le describí entonces cómo los camellos se reúnen en torno a la fuente de sabiduría hegeliana en el erudito caravasar de Berlín, se arrodillan ante ella, hacen cargar los valiosos fardos y continúan con ellos su marcha a través de los desiertos

de arena de la Marca de Brandemburgo. Además, le describí cómo los nuevos atenienses413 se agolpan en torno al manantial del brebaje espiritual schellinguiano como si fuera la mejor cerveza, fuente de vida, pócima de la inmortalidad. Al pequeño filósofo de la Naturaleza le recorrió la envidia hasta que se puso amarillo cuando escuchó que sus colegas gozaban de tanto éxito, y preguntó entonces enfadado:

—¿A cuál de los dos considera usted el más grande?

—Eso no puedo decidirlo —respondí—, de la misma manera que tampoco podría decidir si la Schechner es superior a la Sontag414, y pienso...

—¡Pienso! —gritó el lagarto en un agudo y distinguido tono de profundísimo desdén—. ¡Pensar! ¿Quién de vosotros piensa? Mi sabio señor, ya hace tres mil años que investigo las funciones intelectuales de los animales; sobre todo los hombres, los monos y las serpientes son mi objeto de estudio. He dedicado tanto esfuerzo a estas extrañas criaturas como Lyonnet415 a sus gusanos de seda, y como resultado de todas mis observaciones, experimentos y comparaciones anatómicas puedo asegurarle con rotundidad: ningún hombre piensa. Tan solo de tarde en tarde los hombres tienen alguna ocurrencia; ellos llaman pensamientos a dichas inocentes ocurrencias y a la sucesión de los mismos la llaman pensar. Sin embargo —y esto puede repetirlo en mi nombre—, ningún hombre piensa, ningún filósofo piensa, ni Schelling ni Hegel piensan, y por lo que respecta a su filosofía, todo es puro aire y agua, como las nubes del cielo; ya he visto pasar sobre mí innumerables nubes de esta clase, orgullosas y seguras, y el sol de la siguiente mañana las ha disuelto devolviéndolas a la nada de la que procedían... Solo hay una única filosofía verdadera y esta se encuentra, en forma de eternos jeroglíficos, en mi propia cola.

Con estas palabras, que fueron pronunciadas con un desdeñoso *pathos,* el viejo lagarto se giró dándome la espalda, y mientras seguía meneando despacio la cola, vi sobre ella los más extraordinarios caracteres, que se extendían hasta cubrirla por completo, otorgándole un abigarrado simbolismo.

CAPÍTULO III

Durante el camino entre Baños de Lucca y dicha ciudad, no lejos del gran castaño, cuyas ramas de color verde salvaje cubren el arroyo con sus sombras, y en presencia de un viejo y barbiblanco chivo que pastaba anacoréticamente, tuvo lugar la conversación que ya he referido en el capítulo anterior. Me dirigía a la

ciudad de Lucca para buscar a Francesca y Mathilde, con quienes, según lo acordado, debía haberme encontrado desde hacía ya ocho días. Sin embargo, mi primer viaje allí en la fecha prefijada había sido en vano, y ahora emprendía el camino por segunda vez. Iba a pie, atravesando las bellas montañas y las arboledas en las que brillaban las doradas naranjas, como estrellas del día, entre el oscuro verde y las guirnaldas de vid se extendían millas y millas ante mí como formando festivos festones. Allí, todo el campo está engalanado como un jardín, como en las escenas campestres que se representan en los teatros. Incluso los propios campesinos se asemejan a esos abigarrados conjuntos de figurantes que en el teatro nos deleitan como fondo de coro, de risas y de baile. En ninguna parte se percibía un rostro de filisteo. Y en caso de que también aquí hubiera filisteos, serían estos filisteos italianos que cultivan naranjas y no lerdos filisteos alemanes cultivadores de patatas. Pintorescas e ideales como su país son también las gentes, y cada hombre porta en el rostro una expresión individual y sabe hacer valer su personalidad en su porte, en los pliegues de su manto, y, si fuese menester, en la utilización del cuchillo. En el campo alemán, por el contrario, todos son hombres de fisonomías vulgares y de rasgos idénticos; cuando hay doce forman una docena, y en caso de que alguien les ataque llaman a la policía. Me llamó la atención que por la región de Lucca, así como en la mayor parte de la Toscana, las mujeres llevan grandes sombreros de fieltro negro con plumas de avestruz que penden ondulantes; hasta las mismas tejedoras de paja llevan estos sombreros tan pesados. Los hombres, por el contrario, llevan la mayoría de las veces un liviano sombrero de paja, y las muchachas regalan a los chicos jóvenes estos sombreros, que ellas mismas elaboran y en los que entretejen sus pensamientos amorosos y, quizás, también algún suspiro. Y así, sentada entre las muchachas y las flores del valle del Arno, estuvo un día Francesca mientras tejía un sombrero para su *caro Cecco*, besando cada pajita que iba añadiendo al mismo y tarareando la bonita *Occhi, Stelle mortali*416. La cabeza de cabellos rizados que más tarde llevaría graciosamente el bonito sombrero, porta hoy la tonsura, y ese mismo sombrero cuelga, viejo y gastado, en el rincón de una triste celda conventual de Bolonia.

Soy de esas personas a las que siempre les gusta tomar un camino más corto que el que ofrece la carretera principal y, por consiguiente, de las que probablemente acaban perdidas en caminos llenos de troncos, ramas y piedras. Eso mismo me sucedió también aquí, y estoy seguro de que mi viaje a Lucca duró el doble que el de aquellos que, como el resto de personas, siguen la carretera principal. Un gorrión al que pregunté el camino comenzó a trinar y trinar y, sin embargo, no consiguió indicármelo correctamente. Quizás tampoco él lo sabía. A las mariposas y las libélulas que estaban sentadas sobre las grandes campánulas no pude sacarles ni una palabra, pues echaron a volar antes de escuchar mis

preguntas; y las flores sacudieron sus áfonas cabecitas de campana. De vez en cuando se burlaban de mí los mirtos silvestres, que con sus delicados susurros se reían a socapa en lontananza. Presuroso subí entonces a las rocas más altas y exclamé:

—¡Nubes del cielo! ¡Timoneles de los aires! Decidme: ¿dónde está el camino que me lleva a Francesca? ¿Está ella en Lucca? Decidme, ¿qué hace? ¿Qué baila? Decídmelo todo, y cuando me lo hayáis dicho, ¡decídmelo de nuevo!

No es de extrañar que ante tal profusión de disparates un águila majestuosa, a la que mi llamada pareció haber despertado bruscamente de sus solitarios sueños, me mirara con desdeñoso enojo. Pero con mucho gusto la perdoné, pues ella jamás había visto a Francesca y, por eso, podía seguir sentada tan valiente y excelsa sobre su roca maciza, y mirar al cielo con el alma libre; o bien mirarme desde arriba con impertinente tranquilidad con sus ojos saltones. Este tipo de águilas tiene una insufrible mirada de orgullo y a uno lo mira como diciendo: «¿Qué clase de pájaro eres? ¿Eres consciente de que sigo siendo rey, un rey tan auténtico como lo era en aquellos tiempos heroicos en los que portaba el rayo de Júpiter y engalanaba la bandera de Napoleón? ¿Acaso eres un papagayo adiestrado que ha aprendido de memoria las viejas canciones y las repite de forma maquinal y pedante? ¿O quizás una mugrienta tórtola que se cree bonita cuando en realidad arrulla miserablemente? ¿O un ruiseñor de almanaque? ¿O un ganso rancio cuyos antecesores salvaron el Capitolio? ¿Tal vez un servil gallo de corral al que, por pura ironía, le han colgado alrededor del cuello el emblema del vuelo intrépido, a saber, mi retrato en miniatura, y que por ello se contonea como si fuera un águila?».

Tú sabes, querido lector, que tendría pocos motivos para sentirme agraviado si un águila pensara eso de mí. Creo que la mirada que le devolví fue aún más orgullosa que la suya, y cuando pregunte al primer laurel que encuentre en su camino, sabrá entonces quién soy yo.

Me encontraba realmente perdido en la montaña cuando irrumpió el ocaso, y las abigarradas canciones del bosque fueron enmudeciendo lentamente y el murmullo de los árboles se hizo más grave. Una sublime sensación de misterio y solemnidad interior se extendió como un hálito divino en el resplandeciente silencio. Desde el suelo me miraban por todas partes unos hermosos ojos oscuros, y, en ese mismo instante, volvían a desaparecer. Un tierno susurro rondaba mi corazón y besos invisibles rozaban suavemente mis mejillas. La luz crepuscular cubría las montañas con mantos de color púrpura y los últimos rayos solares

iluminaban sus cumbres de forma que parecían reyes con coronas de oro sobre sus cabezas. Pero yo me quedé de pie, como el emperador del mundo, en medio de estos vasallos coronados que me veneraban en silencio.

CAPÍTULO IV

No sé si el monje con el que me encontré no lejos de Lucca es un hombre piadoso. Pero sé que su viejo cuerpo, pobre y desnudo, se envuelve en la misma ruda estameña año tras año; las sandalias rotas no pueden proteger lo suficiente sus pies desnudos cuando trepa por las rocas, atravesando espinos y maleza, para consolar allá arriba, en los pueblecitos de montaña, a los enfermos o enseñar a los niños a rezar. Y él se alegra cuando a cambio le meten un trocito de pan en el morral y le dan un poco de paja sobre la que dormir.

«No quiero escribir contra este hombre», me dije a mí mismo. «Cuando vuelva a estar sentado en el sillón de mi casa en Alemania, junto a la pequeña estufa crepitante, con una taza de té que me conforte, bien alimentado y calentito, y escriba contra los curas católicos... no escribiré contra este hombre...».

Para escribir contra los curas católicos deben conocerse también sus rostros. Sin embargo, rostros originales solo se ven en Italia. Los sacerdotes y monjes católicos alemanes no son más que malas imitaciones, a veces incluso parodias, de sus homólogos italianos; una comparación de los mismos sería igual que si se quisieran equiparar las imágenes de los santos de la escuela romana o florentina con aquellas piadosas y espantosas caricaturas que tal vez deban su triste existencia al pincel casi medio burgués de un pintor municipal de Núremberg, o quizás a la deliciosa simplicidad de un espíritu sentimentalón de la cristiana escuela neoalemana de pelo largo417.

Ya hace mucho que los curas de Italia se acomodaron a la opinión pública y el pueblo está allí acostumbrado desde hace tiempo a distinguir la dignidad sacerdotal de la persona indigna, a venerar a la primera aun cuando la segunda sea despreciable. Es justamente el contraste que se ha de generar entre los deberes y las exigencias ideales del estamento clerical y las necesidades perentorias de la naturaleza sensible, ese antiquísimo conflicto eterno entre espíritu y materia, lo que hace de los curas italianos personajes del humor popular en sátiras, canciones y novelas.

Por todas partes se nos muestran fenómenos similares, cuando hay de por medio un estamento sacerdotal parecido. Así sucede, por ejemplo, en Indostán. En

las comedias de este piadosísimo país, como se puede advertir en el *Sakuntala* y en la recién traducida *Vasantasena*, un brahmán representa siempre el personaje cómico, una especie de *gracioso* sacerdotal, sin que por ello se vea afectado lo más mínimo el profundo respeto que se debe a los sacrificios que este consuma ni su privilegiada santidad; del mismo modo tampoco condiciona al italiano con menor devoción que asiste a misa o se confiesa con un sacerdote al que días antes hubiera encontrado borracho en medio de la inmundicia de la calle. En Alemania es distinto: el sacerdote católico no solo quiere representar su dignidad por su cargo, sino también su cargo por su persona. Y quizás porque en un principio se tomara realmente en serio su trabajo y, más tarde, sus votos de castidad y humildad entraran en conflicto con el viejo Adán, aunque no quisiera ofenderlos públicamente —y sobre todo porque no quiere poner en evidencia a nuestro amigo Krug de Leipzig418—, intenta al menos conservar la apariencia de una conducta sagrada. Por esta razón, la santurronería, mojigatería y resplandeciente y afectada devoción son propias de los sacerdotes alemanes; a los italianos les corresponde, por el contrario, mucha más transparencia en sus máscaras, una cierta ironía de buena santidad y un acuerdo confortable con el mundo.

¡Pero de qué sirven estas reflexiones tan generales! Poco podrían ayudarte, querido lector, si acaso fuera tu deseo escribir contra la clerigalla católica. Como ya hemos dicho, cuando pretendamos esto, deberemos mirar con nuestros propios ojos los rostros de quienes la conforman. A fe mía, no basta ni con mucho con haberlos visto en la Ópera Real de Berlín. El anterior intendente general siempre cumplía con su obligación de representar de la manera más falsamente fiel que fuera posible, el cortejo de la coronación en *La doncella de Orleans* para ilustrar a sus compatriotas la idea de una procesión y mostrar ante sus ojos curas de todos los colores. No obstante, el más verosímil de los vestuarios no puede remplazar los rostros originales, y eso que se llegaron a dilapidar cien mil táleros extra en episcopales sombreros de oro, sobrepellices festoneados, casullas sagradas bordadas con colores y semejante parafernalia... De esta manera, las sensatas narices protestantes que protestan bajo esos sombreros de obispo, las delgadas y las racionalmente creyentes piernas que asoman por los blancos extremos de estos sobrepellices, las ilustres barrigas a las que queda demasiado ancha aquella casulla... todo nos recordaría que sobre el escenario no caminan clérigos católicos, sino laicos berlineses.

A menudo me he preguntado si el intendente general no podría haber mejorado mucho más la escenificación de aquella comitiva y, con ello, habernos mostrado una imagen mucho más fiel de lo que es una procesión, si en lugar de que los típicos figurantes hubieran representado el papel de los curas, lo hubieran

hecho esos clérigos protestantes que en la facultad de teología, en la hoja parroquial y en los púlpitos saben sermonear de la forma más ortodoxa contra la razón, los placeres mundanos, Gesenius[419] y el satanismo. Saldrían entonces a la luz unos rostros con fisonomía clerical, que se corresponderían de forma mucho más engañosa con esos papeles. Sin embargo, es de todos sabido que los curas de todo el mundo —rabinos, muftíes, dominicos, consejeros consistoriales, popes, bonzos..., en resumen, todo el cuerpo diplomático de Dios en la tierra— han tenido, a lo largo de la historia, un cierto aire de familia, ese que se suele encontrar en las personas que ejercen uno y el mismo oficio. Los sastres destacan en todo el mundo por la delicadeza de sus manos, los carniceros y los soldados tienen el mismo aire bravucón allá donde vayan, los judíos tienen su cara de honradez particular, no porque desciendan de Abrahán, Isaac y Jacob, sino porque son comerciantes, y el comerciante cristiano de Fráncfort se parece tanto al comerciante judío de Fráncfort como un huevo podrido a otro. Los comerciantes de la clerecía, esos que se ganan el sustento con negocios religiosos, adquieren por ello, además, cierto parecido en el rostro. Bien es cierto que algunos matices se deben a la manera en que hacen negocios. El clerizonte católico los hace más como el empleado al que han contratado en un gran almacén; la Iglesia, la gran casa cuyo jefe es el Papa, le da una determinada labor y, por ella, un determinado salario; él trabaja con pereza, como el que no lo hace por cuenta propia, tiene muchos compañeros y pasa fácilmente desapercibido en el gran negocio. Lo único que lleva en el corazón es el crédito de la casa y aún más su conservación, pues podría perder el sustento por un eventual estado de bancarrota. El clerizón protestante, por el contrario, es en todas partes el patrón y lleva los negocios religiosos por cuenta propia. No trabaja en un gran negocio como su colega católico, sino en un pequeño comercio; y como tiene que dirigirlo él solo, no puede ser perezoso, tiene que elogiar ante la gente sus artículos de fe, desacreditar los artículos de la competencia y, como un auténtico pequeño comerciante, se encuentra en su tiendecita de venta al por menor lleno de envidia profesional por las grandes empresas, y en particular por la gran empresa de Roma, que remunera a muchos miles de contables y mozos de cuerda y tiene factorías en todo el mundo.

Huelga decir que todo ello tiene por supuesto su impronta fisonómica, pero esta no se percibe desde la platea. Sin embargo, el aire de familia en los rostros de los curas católicos y protestantes permanece inalterado, y si el intendente general paga bien a los señores arriba mencionados, estos interpretarán su papel de forma verdaderamente engañosa. También su forma de caminar contribuirá a esta ilusión; bien es verdad que una mirada atenta y entrenada puede advertir que hay matices muy sutiles que lo diferencian de la forma de caminar de los sacerdotes y monjes católicos. Un cura católico camina como si fuera el dueño del cielo; un cura

protestante, por el contrario, se pasea como si fuera el arrendador del cielo.

CAPÍTULO V

Ya era de noche cuando llegué a la ciudad de Lucca.

La semana anterior me había parecido totalmente distinta, cuando estuve paseando durante el día por las solitarias calles donde resonaban mis pasos creyendo haberme trasladado a una de esas ciudades encantadas sobre las que un día tanto me contara la nodriza. Ese día, la ciudad estaba silenciosa como una tumba, todo estaba descolorido y muerto y el resplandor del sol jugaba en los tejados como oropel sobre la cabeza de un muerto. De las ventanas de una vieja casa en ruinas colgaban aquí y allá jirones de hiedra, como si de verdes lágrimas desecadas se tratara. Todo estaba consumido por el moho y paralizado por la aterradora muerte; la ciudad solo parecía el espectro de una ciudad, un fantasma de piedra a la luz del día. En vano estuve buscando allí, durante largo rato, el rastro de un ser vivo. Tan solo recuerdo que, frente a un antiguo *palazzo*, dormía un pordiosero con la mano extendida y abierta. También recuerdo que, en la ventana superior de una negruzca y ruinosa casucha, vi a un monje que sacaba su enrojecido cuello y su grande y glabra cabeza del hábito marrón. A su lado apareció una mujerzuela que mostraba sus turgentes pechos desnudos; debajo, en la puerta medio abierta de la casa, vi entrar a un muchacho bajito vestido de negro como un abate que sostenía con ambas manos una botella de vino de un tamaño considerable. En ese mismo instante sonó, no lejos de allí, una débil e irónica campanilla y en mi mente sonreían burlonamente los relatos de Boccaccio. De ningún modo podían estos sonidos ahuyentar por completo el extraño terror que estremecía mi alma. Tal vez me sintiera tan sobrecogido por la suma calidez y claridad con que el sol alumbraba los lúgubres edificios; y me di buena cuenta de que los fantasmas son tanto más temibles cuando más se desprenden del negro manto de la noche y se dejan ver a la clara luz del mediodía.

Cuando, ocho días más tarde, regresé de nuevo a Lucca, ¡cómo me sorprendió el nuevo aspecto de esta ciudad! «¿Qué es esto?», exclamé cuando las luces cegaron mis ojos y vi una muchedumbre que inundaba las calles. ¿Ha salido todo un pueblo de su tumba para, como fantasmas nocturnos, imitar la vida en este demente baile de máscaras? Las altas y lúgubres casas están adornadas con lámparas, por todas partes cuelgan de las ventanas coloridas alfombras, cubriendo casi por completo las paredes de color gris mugriento, sobre las que se asoman encantadores rostros de muchachas, tan frescos, tan florecientes, que me doy cuenta de que es la vida misma la que celebra su boda con la muerte y ha invitado

al evento a la belleza y la juventud. Sí, era una fiesta fúnebre rebosante de vida. No sé qué nombre le dan en el calendario, pero en cualquier caso sería un día en el que se conmemoraba la ejecución de algún paciente mártir, pues vi después la sagrada calavera y demás huesos adornados con flores y piedras preciosas y acompañados por música nupcial. Era una bonita procesión.

Delante iban los capuchinos, quienes se distinguían de los otros frailes por sus luengas barbas, como si fueran los zapadores de este ejército de la fe. A continuación les seguían los capuchinos sin barba, entre los cuales había muchos nobles rostros masculinos e incluso alguno joven y hermoso al que la amplia tonsura le sentaba muy bien, pues la cabeza parecía estar cubierta por una linda corona de cabellos que, junto con la nuca descubierta, asomaba por el hábito marrón con verdadero encanto. Detrás seguían hábitos de otros colores, negro, blanco, amarillo, *panaché,* incluso cogullas triangulares caladas: en pocas palabras, todas las vestiduras conventuales con las cuales estamos familiarizados desde hace tiempo gracias a los esfuerzos de nuestro intendente general420. Tras las órdenes monacales venían los auténticos sacerdotes, con blancos ropones encima de las negras calzas y con solideos de color; detrás de ellos caminaban otros eclesiásticos aún más distinguidos, envueltos en capas de vistosa seda y con una especie de altos gorros sobre la cabeza, que probablemente procedían de Egipto y que, además, son conocidos por las obras de Denon421, por la *Flauta Mágica*422y por Belzoni423. Eran rostros veteranos y parecían significar una especie de vieja guardia. En último lugar venía la plana mayor propiamente dicha, un palio y, debajo de él, un anciano con un gorro aún más alto y un manto más espléndido, cuyos extremos sostenían dos hombres ya mayores que vestían igual, a manera de pajes. Los monjes que marchaban en la cabeza de la procesión caminaban con los brazos cruzados, con gravedad y en silencio; pero los de los altos gorros entonaban un canto bastante desafortunado, tan nasal, tan aspirado, tan engolado, que estoy convencido de que si los judíos constituyeran la mayor parte de la población y su religión fuera la estatal, al canturreo arriba descrito se le denominaría gangoseo424. Por suerte, tan solo se podía escuchar a medias, puesto que detrás de la procesión pasaban más compañías militares con el ruido de sus tambores y flautines, y a ambos lados de los clérigos que desfilaban marchaban los granaderos de dos en dos. Había casi más soldados que clérigos, pues hoy se necesitan muchas bayonetas para sostener la religión, y cuando se da la bendición, los cañones han de tronar a lo lejos de forma significativa.

La vista de semejantes procesiones en la que los clérigos circulan tan afligidos y maltrechos entre la orgullosa escolta militar, me resulta siempre muy dolorosa y me parece como si viera a nuestro mismísimo Redentor rodeado de

lanceros, camino del patíbulo. Estoy seguro de que las estrellas de Lucca pensaban lo mismo que yo, y cuando las miré allá arriba mientras suspiraba, me miraron dándome la razón con sus piadosos ojos, tan luminosos, tan claros. Pero su luz no era necesaria: miles y miles de lámparas y velas y caras de muchacha brillaban en todas las ventanas, en las esquinas de las calles se habían plantado llameantes coronas de pez, y cada uno de los clérigos iba acompañado además de su portacirios. Los capuchinos solían tener mayormente niños pequeños que les llevaban las velas, y las caras de joven frescura alzaban la vista de tanto en tanto para mirar con auténtica curiosidad y alegría las viejas y serias barbas; el pobre capuchino no puede pagarse un portacirios mayor y el muchacho, a quien enseña el Ave María o a cuya tía confiesa, tiene que asumir este cargo durante la procesión de forma gratuita, y no por ello lo desempeña con menos entusiasmo. Los niños que acompañaban a los monjes que seguían a continuación no eran mucho mayores; algunas órdenes más distinguidas ya tenían como portacirios a pilluelos más creciditos, y a los sacerdotes que llevaban bonete les portaban las velas auténticos burgueses. No obstante, al final, incluso el señor arzobispo —pues este sería probablemente el hombre que iba bajo palio con distinguida humildad y al que los viejos pajes llevaban los extremos de sus vestiduras— tenía un lacayo a cada lado, ambos destacaban con su librea azul de galones amarillos, y con la solemnidad de quienes sirven en la Corte, portaban los blancos cirios de cera.

En cualquier caso, me pareció que el porteo de aquellas velas estaba muy bien organizado, pues gracias al mismo pude contemplar con mayor nitidez los rostros del catolicismo. En ese momento precisamente los estaba viendo con la mejor de las iluminaciones. ¿Y qué es lo que vi? Bien es verdad que ninguno carecía de la impronta clerical. Pero, al margen de esta observación, aquellos rostros se distinguían entre sí tanto como del resto. El uno estaba demacrado, el otro rojo, esta nariz se elevaba con orgullo, aquella apuntaba al suelo afligida, aquí una negra mirada chispeante, allí otra de un gris fulgente. Pero todos aquellos semblantes portaban la marca de la misma enfermedad, de una terrible e incurable afección que probablemente será la causa de que, cien años más tarde, cuando mi nieto contemple esta procesión en Lucca, no vuelva a encontrar una sola de esas caras. Temo haber contraído yo mismo dicha enfermedad, y una de las secuelas de la misma es la ternura que se apodera de mí de forma tan milagrosa cuando observo el rostro enfermizo de un monje y en él veo los síntomas de los sufrimientos que se ocultan bajo la ruda estameña: amor humillado, podagra, ambición fracasada, tabes dorsal, arrepentimiento, hemorroides, las heridas en el corazón que nos provoca la ingratitud de los amigos, las calumnias de los enemigos y nuestros propios pecados; todas estas cosas y muchas otras que encuentran acomodo bajo una ruda estameña con la misma facilidad que bajo una

fina casaca de moda. ¡Ay! El poeta no exagera cuando, inmerso en su dolor, exclama: «¡La vida es una enfermedad, el mundo entero un lazareto!».

«Y la muerte es nuestro médico»425. ¡Ah! No quiero criticarla ni incomodar a quienes confían en ella; pues, al ser el único médico, puede que piensen que es también el mejor, y que el único remedio que ella utiliza, a saber, mandarte para toda la eternidad bajo tierra, sea también el óptimo. Al menos se le puede alabar el hecho de que siempre esté a mano y de que, a pesar de tener la consulta siempre llena, nunca haga esperar mucho cuando se le reclama. En ocasiones sigue incluso a sus pacientes durante la procesión y les porta la vela. Estoy seguro de que era la muerte misma a la que veía caminar junto a un pálido y pesaroso sacerdote; con estrechas y temblorosas manos huesudas le llevaba la temblorosa vela, inclinaba suave y bondadosamente su calva cabecita trémula en señal de aprobación, y por muy débilmente que se sostuviera sobre sus piernas era capaz de aguantar de vez en cuando al pobre sacerdote, que iba palideciendo a cada paso que daba y que deseaba desplomarse al suelo. Ella parecía querer alentarle: «Espera aún solo unas horitas, llegaremos entonces a casa y yo apagaré la vela, y te meteré en la cama, y tus frías y cansadas piernas podrán descansar, y dormirás en un sueño tan profundo que no escucharás las quejumbrosas campanitas de San Michele».

«Tampoco escribiré contra este hombre», pensé al ver al viejo y pálido sacerdote, a quien la muerte en persona alumbraba el camino hacia el lecho mortuorio. ¡Ay! En realidad no se debería escribir contra nadie en este mundo. Todos estamos bastante enfermos en este gran lazareto, y alguna que otra polémica lectura me recuerda, sin yo quererlo, una desagradable disputa en un pequeño lazareto de Cracovia, de la cual fui espectador ocasional. Allí pude escuchar horrorizado cómo los enfermos enumeraban con ironía sus achaques, cómo los tuberculosos agostados se burlaban de los hinchados hidrópicos, cómo el uno se reía del cáncer de nariz del otro, que a su vez se mofaba del trismo y de la desviación ocular de sus vecinos, hasta que, al final, en un estado de delirio febril, saltaron desnudos de sus camas y les quitaron a los otros enfermos las mantas y las sábanas que cubrían sus cuerpos maltrechos, y no se veía más que repugnante miseria y mutilaciones.

CAPÍTULO VI

[El dulce néctar...]426

De los vasos sagrados en que estaba,

Llenó diversas copas, y en seguida

Las presentó a los Dioses del Olympo.

En las bóvedas sacras del Palacio

Resonaba la risa estrepitosa,

Que entre todos los Dioses excitaba

La suma diligencia de Vulcano,

En servirlos a todos por su mano.

Duró el convite así, todos contentos,

Hasta que el sol partió para el Ocaso.

Nada allí les faltaba, pues tenían

Buena mesa, y la música más dulce.

Apolo, con su cítara armoniosa

Tocaba con destreza y melodía,

Y las musas cantaban alternando,

Con la voz más sonora y delicada.

*(Vulgata)*427

Y he aquí que de pronto se acerca jadeando un ensangrentado judío de rostro macilento, con una corona de espinas sobre la cabeza y una gran cruz de madera sobre el hombro. Lanza la cruz sobre la noble mesa de los dioses, lo que hace temblar los áureos cálices. Los dioses enmudecen y demudan la color de sus rostros y van palideciendo hasta finalmente esfumarse por completo en la niebla.

Hubo entonces una época triste y el mundo se volvió gris y oscuro. Dejaron de existir los felices dioses, el Olimpo se convirtió en un lazareto donde los dioses vejados, asados y espetados rondaban aburridos, vendaban sus heridas y cantaban tristes canciones. La religión ya no reportaba alegría, sino consuelo: era una tétrica

y sanguinolenta religión de delincuentes428.

¿Tal vez fuera necesaria para la enfermiza y pisoteada humanidad? Quien ve sufrir a su dios lleva mejor su propia aflicción. Los anteriores y joviales dioses, que no sufrían ningún dolor, también ignoraban cómo se sentían los pobres hombres torturados, y un pobre hombre torturado y en estado de necesidad no podía ni siquiera elevar a ellos su corazón. Eran dioses festivos alrededor de los cuales uno podía danzar alegre y hacia los que solo cabía sentirse agradecido. Por esta razón, tampoco se llegó jamás a quererlos de todo corazón. Para ser querido de todo corazón, se ha de sufrir. La compasión es la última consagración del corazón; es quizás el amor mismo. Entre todos los dioses que han vivido a lo largo de los tiempos, Cristo es, por este motivo, el dios más querido. Especialmente por las mujeres...

Huyendo de la muchedumbre, fui a perderme en una solitaria iglesia y lo que tú, querido lector, acabas de leer, no son tanto mis propios pensamientos, sino más bien unas cuantas palabras que han alzado la voz por propia voluntad dentro de mí, mientras yo, repatingado en uno de los viejos bancos, dejo que los acordes de un órgano traspasen mi pecho. Allí estamos, mi alma ensoñadora y yo, componiendo para esa extraña música letras todavía más peregrinas; de tanto en tanto vaga mi mirada por las arcadas en penumbra en busca de las oscuras figuras musicales que pertenecen a las melodías de ese órgano. ¿Quién es aquella mujer cubierta con un velo que se postra ante la imagen de una *madonna?* La lámpara que cuelga delante ilumina con espeluznante dulzura a la hermosa Madre Dolorosa de un amor crucificado, la Venus dolorosa. Sin embargo, sobre las bellas formas de la orante del velo caen a menudo con cierta alcahuetería y a hurtadillas misteriosos rayos de luz. Está inmóvil en las pétreas gradas del altar, pero su sombra se agita en la oscilante luz; en ocasiones se precipita hacia mí para alejarse a continuación, como un negro mudo, temeroso mensajero del amor en un harén... Y yo lo entiendo: me anuncia la presencia de su dueña, la sultana de mi corazón.

Poco a poco, la iglesia se fue quedando a oscuras y vacía; aquí y allá se deslizaba presurosa entre los pilares una vaporosa figura. A veces sale un bisbiseo de una capilla lateral y el órgano gime con largos y prolongados sonidos, como si fueran los suspiros del corazón de un gigante. Era como si las notas de aquel órgano no llegaran a su fin, como si aquellos fúnebres sonidos, aquella muerte viviente quisiera durar eternamente.

Sentí una angustia indecible, un miedo inexpresable, como si hubiese sido enterrado vivo. Sí, como si yo, muerto desde hacía años, hubiera salido de mi

tumba y acudiera a aquella iglesia fantasmagórica poblada de funéreos seres nocturnos para escuchar las plegarias de los difuntos y confesar los pecados póstumos. En ocasiones me parecía como si en aquella penumbra espectral estuvieran realmente sentados aquellos fieles difuntos que, con sus trajes antiguo-florentinos ya en desuso, sus largos rostros pálidos y sus devocionarios de canto dorado en las delgadas manos, musitasen de manera misteriosa y se saludaran melancólicamente con inclinaciones de cabeza. El quejumbroso sonido de una lejana campanita fúnebre me recordó de nuevo al enfermo sacerdote que había visto en la procesión y me dije a mí mismo: «En este momento acaba de morirse y viene aquí para decir la primera misa nocturna; y es a partir de ahora cuando de verdad comienza a vagar el triste fantasma». De repente, sin embargo, se alzó, de las gradas del altar, la dulce figura de la orante del velo.

Sí, era ella. Su viva sombra ahuyentó los pálidos fantasmas; ahora solo la veía a ella; la seguí raudo hasta salir de la iglesia y, cuando se levantó el velo delante de la puerta, vi el rostro de Francesca, aún bañado en lágrimas. Parecía una blanca rosa anhelante a la que el rocío de la noche ha cubierto de perlas y la luna hace brillar con sus rayos. «Francesca, ¿me amas?».

Yo preguntaba mucho y ella contestaba poco. La acompañé al Hotel Croce di Malta, donde se alojaban ella y Mathilde. Las calles estaban vacías, las casas dormían con los ojos de las contraventanas cerrados, solo aquí y allá parpadeaba una lucecita a través de las pestañas de madera. No obstante, allá arriba, en el cielo, se formó entre las nubes un amplio espacio de un color verde pálido, y dentro bogaba la media luna como una góndola de plata en un mar de esmeraldas. En vano pedí a Francesca que mirara arriba, al menos una vez, a nuestra vieja y querida confidente; sin embargo, mantuvo la cabecita inclinada con gesto soñador. Sus andares, que antaño parecían hacerla flotar vaporosa, estaban ahora como gobernados por un ritmo que le marcara la iglesia: su paso era sombríamente católico y parecía moverse al compás de un solemne órgano. Si en noches anteriores había sido el pecado el que había impulsado sus piernas, ahora era la religión la que lo hacía. De camino se iba santiguando ante cada una de las imágenes de santos; de nada sirvió mi intento de ayudarla. Pero cuando en el mercado pasamos por delante de la iglesia San Michele, donde la Dolorosa de mármol, con las espadas doradas en el corazón y la corona de pequeñas lucecitas sobre la cabeza, brillaba desde su oscuro nicho, Francesca rodeó entonces mi cuello con su brazo, me besó y susurró: «*¡Cecco, Cecco, caro Cecco!*».

Recibí estos besos con serenidad, aunque era bien consciente de que, en el fondo, estaban destinados a un abate boloñés, un sirviente de la Iglesia Católica

Romana. Como soy protestante, no tuve reparos en incautarme los bienes de los clérigos católicos y secularicé *ipso facto* los devotos besos de Francesca. Sé que los sacerdotes se enfurecerán por esto, apuesto a que están lanzando grandes gritos por semejante robo a la Iglesia y querrían aplicar sobre mí la ley francesa sobre el sacrilegio. Por desgracia he de confesar que dichos besos fueron lo único que pude conseguir aquella noche. Francesca había decidido utilizarla únicamente para la salvación de su alma y la pasó de rodillas y orando. Inútil fue mi ofrecimiento para compartir sus ejercicios de devoción: cuando llegó a su habitación me dio con la puerta en las narices. En vano me quedé afuera aún durante una hora y le pedí entrar y suspiré todos los suspiros posibles, y fingí lágrimas piadosas e hice los más sagrados juramentos... con reserva mental, entiéndase; sentí cómo iba convirtiéndome poco a poco en jesuita, me sentí muy mal y al final llegué incluso a ofrecerle hacerme católico... solo por una noche.

—¡Francesca! —exclamé—. ¡Estrella de mis pensamientos, único pensamiento de mi alma! *¡Vita della mia vita!* ¡Mi bella, esbelta y católica Francesca, a quien tantas veces he besado! Por esta única noche que aún me concedes quiero yo mismo convertirme al catolicismo... ¡Pero solo por esta noche! ¡Oh, bella noche, santa y católica! Descanso en tus brazos, con fe estrictamente católica profeso la fe en el cielo de tu amor, con nuestros labios besamos el dulce credo, la palabra se hace carne, la fe se hace sentido en forma y figura: ¡Qué religión! ¡Ah, vosotros, curas! Cantad jubilosos entretanto vuestro *kyrie eleison*, tocad las campanillas y quemad incienso, voltead las campanas, que truene el órgano, que suene la Misa de Palestrina[429]. ¡Este es el cuerpo! Creo, me siento bienaventurado y me quedo dormido... pero tan pronto me despierto a la mañana siguiente, me quito el sueño y el catolicismo de los ojos, vuelvo a ver con claridad el sol y la Biblia y de nuevo soy protestantemente racional y sobrio como de ordinario.

CAPÍTULO VII

Cuando, al día siguiente, el Sol volvió a sonreír cordialmente desde el cielo, desaparecieron por completo los pensamientos y sentimientos lúgubres que la procesión de la noche anterior había despertado en mí y que me habían hecho ver la vida como una enfermedad y el mundo como un lazareto.

La ciudad bullía con una alegre multitud engalanada y de punta en blanco, aunque entre ella de vez en cuando aparecía algún curilla de negro. Rugían, reían y charlaban, apenas se escuchaba el repique de campanas de la catedral que invitaba a la misa mayor. Es una bonita y sencilla iglesia, cuya fachada de mármol policromado está adornada con esas breves columnitas superpuestas que nos

miran ingeniosamente melancólicas. En el interior había pilares y paredes revestidas con tela roja y una música alegre se derramaba sobre el mar de la muchedumbre. Acompañé a la *signora* Francesca del brazo, y cuando en la entrada del templo le ofrecí el agua bendita y nuestras almas se electrizaron con el dulce y húmedo roce de nuestros dedos, al mismo tiempo recibí también una descarga eléctrica en la pierna, y, del susto, a punto estuve de caer de bruces sobre las campesinas que, arrodilladas y vestidas completamente de blanco y cargadas con collares de oro amarillo y largos pendientes, ocupaban todo el pavimento formando densas aglomeraciones. Cuando miré a mi alrededor, vi también postrada a una mujer que se abanicaba, y detrás del abanico vislumbré los ojos burlones de *Mylady*. Me incliné hacia ella y me dijo al oído en un tono bajo y lánguido: «*Delightfull!*».

—¡Por el amor de Dios! —le susurré yo—, tenga un poco de formalidad, no se ría; de lo contrario son capaces de echarnos.

Pero de nada sirvieron los ruegos ni las súplicas. Por suerte, nadie entendía nuestro idioma, porque cuando *Mylady* se levantó y nos siguió al altar principal a través de la muchedumbre, se entregó a sus locas humoradas sin la más mínima consideración, como si estuviéramos solos en lo alto de los Apeninos. Se mofó absolutamente de todo y ni siquiera las pobres imágenes pintadas en las paredes quedaron a salvo de sus flechas.

—¡Mire ahí! —exclamó ella—, esa *lady* Eva nacida de la costilla, cómo discute con la serpiente. Es una buena ocurrencia del pintor darle a la serpiente una cabeza humana con rostro humano; habría sido, sin embargo, aún mucho más ingenioso si hubiese engalanado ese tentador semblante con un bigote militar. ¿Ve, doctor, aquel ángel que anuncia a la santísima Virgen su bendito estado con una sonrisa irónica? ¡Sé lo que piensa ese rufián! Y esa María, a cuyos pies se arrodilla la Santa Alianza de Oriente[430] con ofrendas de oro e incienso, ¿no se parece a la Catalani[431]?

La *signora* Francesca, quien, por su desconocimiento del inglés, no había comprendido de semejante charlatanería más que la palabra «Catalani», se apresuró a observar que la dama de la que nuestra amiga hablaba ahora sí que había perdido la mayor parte de su renombre. No obstante, nuestra amiga no se molestó e igualmente comentó las estaciones del *via crucis* hasta la crucifixión, un cuadro sumamente bello en el que había retratados, entre otras cosas, otros tres rostros estúpidos y lerdos que observaban flemáticos el martirio divino y acerca de los cuales *Mylady* sostenía con total convicción que eran los comisarios

plenipotenciarios de Austria, Rusia y Francia.

Entretanto, la seriedad inherente a los antiguos frescos que asomaban entre las rojas cubiertas de las paredes pudo, hasta cierto punto, atajar el sarcasmo británico. Eran los rostros de esa heroica época de Lucca que tanto se trata en los libros de historia de Maquiavelo, un Salustio romántico, y cuyo espíritu nos sopla fogoso desde los cantos del Dante, especie de Homero católico. Quizás hablen, a través de dichos semblantes, los severos sentimientos y pensamientos bárbaros de la Edad Media, si bien en los labios mudos de algunos jóvenes emerge la sonriente confesión de que por aquel entonces no todas las rosas eran tan de piedra y enlutadas, y aunque alguna *madonna* de aquella época, de pestañas piadosamente entornadas, nos haga un pícaro guiño de amor como si quisiera regalarnos un segundo niño Jesús. En cualquier caso, es, sin embargo, un espíritu elevado el que nos habla desde esos cuadros antiguo-florentinos, es lo propiamente heroico lo que nosotros reconocemos en las marmóreas imágenes de los dioses clásicos y que no consiste, como nuestros críticos piensan, en una eterna serenidad desapasionada, sino en una eterna pasión sin desasosiego. También a través de algunos óleos posteriores que cuelgan en la catedral de Lucca, se extiende, tal vez como eco tradicional, ese sentido antiguo-florentino. Especialmente me llamaron la atención unas Bodas de Caná de un discípulo de Andrea del Sarto, pintadas con algo de rigidez y brusquedad en sus formas. El Salvador está sentado entre la bella y delicada esposa y un fariseo cuyo pétreo rostro de tabla de la ley se maravilla ante el genial profeta, que se mezcla en las filas de los alegres y que regala a los concurrentes milagros mayores que los de Moisés; pues al golpear este con fuerza contra las rocas, tan solo pudo generar agua, mientras aquel únicamente necesitó pronunciar una palabra para que las tinajas se llenaran del mejor vino. Con tonos mucho más suaves, prácticamente en estilo veneciano, está pintado el cuadro anónimo que cuelga al lado y en el que la más agradable luminosidad se ve extrañamente sofocada por un desasosegado dolor. Representa a María Magdalena cogiendo una libra de untura auténtica de exquisito nardo natural y ungiendo con ella los pies de Jesús, que enjugó a continuación con sus cabellos. Cristo está sentado, rodeado de sus discípulos, un bello e ingenioso Dios, que humanamente nostálgico siente una piedad escalofriante hacia su propio cuerpo, que pronto habrá de sufrir tanto, y al cual ya corresponde ahora el honor de la untura que se dispensa a los difuntos; sonríe conmovido a la mujer arrodillada, que desempeña esa misericordiosa obra movida por un amoroso temor lleno de presentimientos, una obra que nunca será olvidada mientras haya personas que sufran, y que conserva su aroma a lo largo de los milenios para confortar a todos estos seres atormentados. Salvo el discípulo al que tanto amaba Cristo y que, además, registró esta obra, ninguno de los apóstoles parece sentir su importancia, y el de la barba

roja, como figura en las Escrituras, parece incluso hacer la más enojosa de las observaciones: ¿por qué no se ha vendido esta untura por trescientos denarios y se ha dado el dinero a los pobres? Este apóstol economista es precisamente el que lleva las cuentas; la rutina de los negocios lo ha hecho insensible a todos los desinteresados aromas del nardo del amor; él habría querido cambiarlos por denarios y destinarlos a un fin útil, y precisamente él, el cambista de denarios, fue quien traicionó al Salvador... por treinta monedas de plata. Así pues, el Evangelio también ha revelado de forma simbólica, en la historia del banquero entre los apóstoles, el inquietante poder de seducción que acecha en el monedero, y ha advertido acerca de la infidelidad de los hombres de negocios. Todo hombre rico es un Judas Iscariote.

—Querido doctor, pone usted el gesto mal disimulado de un creyente —susurró *Mylady*—. Le acabo de observar, y discúlpeme si en algo le ofendo: parecía un buen cristiano.

—Dicho entre nosotros, lo soy; sí, Cristo...

—¿Cree usted quizás también que él es Dios?

—Eso se sobrentiende, mi querida Mathilde. Es el dios que más me gusta... No porque sea un dios legítimo, cuyo padre ya era Dios y dominaba el mundo desde tiempos inmemoriales, sino porque pese a ser nacido como delfín del cielo, sin embargo, con su ideología democrática, no gusta de cortesanas opulencias ceremoniales, ya que no es el dios de una aristocracia de escribas doctrinarios y galoneados lansquenetes; es un modesto dios del pueblo, un dios-ciudadano, *un bon dieu citoyen*. A fe mía, si Cristo aún no fuera Dios, lo elegiría y lo obedecería con mucho más gusto que a un dios absoluto impuesto por la fuerza, a él, al dios elegido, al dios de mi elección.

CAPÍTULO VIII

Era el mismísimo arzobispo, un grave anciano, quien oficiaba la misa, y, a decir verdad, no solo a mí, sino en cierta manera también a *Mylady*, nos conmovieron en secreto el espíritu inherente a este sagrado rito y la solemnidad del viejo hombre que lo llevaba a cabo; toda persona mayor es ya de por sí un sacerdote, y las ceremonias de la misa católica son tan antiquísimas que tal vez sean lo único que se ha conservado de la infancia del mundo y reclaman nuestra piedad como recuerdo de los primeros ancestros de toda la humanidad.

—Mire usted, *Mylady* —dije yo—, cada movimiento que distingue aquí, la manera de unir las manos y de extender los brazos, esa reverencia, cómo se lava las manos, la purificación, ese cáliz, toda la vestimenta del hombre, desde la mitra hasta el ribete de la estola, todo esto proviene del antiguo Egipto y son los restos de un sacerdocio sobre cuya enigmática esencia solo refieren escasamente los más antiguos documentos; restos de un sacerdocio primitivo que investigó la primera sabiduría, descubrió los primeros dioses, determinó los primeros símbolos, y la joven humanidad...

—Se dejó engañar por primera vez —añadió *Mylady* con un tono amargo—, y yo creo, doctor, que de esa primera era no nos han quedado más que algunas tristes fórmulas de engaño. Y aún son efectivas. ¿Acaso no ve esos hoscos rostros? Fíjese en ese muchacho que está estúpidamente arrodillado y que, con la boca abierta de par en par, parece rematadamente estúpido.

—¡Santo Cielo! —dije yo en voz baja para calmarla—. ¿Qué importancia tendrá que la razón apenas ilumine esa cabeza? ¿Qué nos importa a nosotros? ¿Qué es lo que le irrita exactamente? ¿Acaso no ve a diario bueyes, vacas, perros, asnos, que son igual de estúpidos y que sin embargo no perturban su impasibilidad ni la inducen a enojadas declaraciones?

—Ah, eso es otra cosa —añadió *Mylady,* que no se dejaba convencer—, tales bestias llevan rabo en el trasero, y, además, me irrita que un muchacho que es igual de estúpido que una bestia no lo tenga.

—Sí, eso es otra cosa, *Mylady*.

CAPÍTULO IX

Tras la misa tuve la ocasión de seguir viendo y escuchando todo tipo de cosas, sobre todo el sermón de un monje, alto y cuadrado, en cuyo rostro estaba marcada la imperiosa osadía de la antigua Roma, de manera que contrastaba misteriosamente con su hábito de ruda estameña. El hombre parecía un emperador de la pobreza. Predicaba acerca del cielo y del infierno y de tanto en tanto se llenaba del más colérico entusiasmo. Su descripción del cielo estaba algo sobrecargada de barbarie, pues allí habría mucho oro, plata, joyas, manjares exquisitos y vinos de las mejores cosechas. Al hacerlo ponía cara de radiante deleite y parecía hincharse de placer en su hábito cuando se vio como un angelito más de blancas alas en el coro de ángeles.

Menos agradable, incluso muy seria y práctica era su descripción del infierno. Aquí el hombre estaba mucho más en su elemento. Se encolerizaba especialmente por los pecadores que han dejado de creer en el viejo fuego del infierno de forma auténticamente cristiana e incluso piensan que en la actualidad se ha enfriado un poco y en breve se extinguirá por completo.

—Y aunque incluso —dijo él— se extinguiera el infierno, yo mismo, con mi propio aliento, avivaría de nuevo las últimas ascuas para que otra vez ardiera en llamas con el mismo fuego que al principio. Si uno escuchara la voz, que, igual que el viento del norte, bramaba estas palabras, y viera el rostro llameante, el rojo cuello de búfalo y los enérgicos puños del hombre, no tomaría hiperbólicamente aquella amenaza infernal.

—*I like this man* —dijo *Mylady*.

—En eso tiene razón —contesté yo—, también a mí me gusta más que algunos de nuestros tiernos homeópatas del espíritu que vierten una diezmilésima parte de razón en un cubo de agua moral y los domingos nos sermonean con ello para tranquilizarnos.

—Sí, doctor, tengo respeto por su infierno; pero en su cielo no siento verdadera confianza. A decir verdad, por lo que al cielo respecta, ya desde muy temprano me vi presa de dudas secretas. Cuando aún era una niña, en Dublín, a menudo me tumbaba boca arriba en la hierba mirando el cielo, y pensaba si en realidad este podía encerrar tan enorme magnificencia como la que se le atribuía. Pero, pensaba yo, ¿cómo es posible que jamás haya caído nada de esta magnificencia: un pendiente de brillantes, una cinta de perlas o, al menos, un trocito de pastel de piña, y que, por el contrario, no recibamos más que granizo o nieve o lluvia corriente? Eso no puede ser del todo verdad, pensé.

—¿Por qué dice eso, *Mylady?* ¿Por qué no callar mejor estas dudas? Los incrédulos que no creen en el cielo no deberían hacer prosélitos; menos reprensible, digno incluso de encomio es el proselitismo de aquellas personas que tienen un cielo superbo y cuya magnificencia no desean disfrutar a solas egoístamente y, por ello, invitan al prójimo a participar y no se contentan hasta que estos hayan aceptado su bondadosa invitación.

—Sin embargo, doctor, siempre me ha asombrado ver que algunas personas ricas de esta clase, en calidad de presidentes, vicepresidentes o secretarios de sociedades proselitistas, se esfuercen con enorme celo en hacer apto para el cielo,

por ejemplo, a un viejo y mugriento judío pordiosero y en ganar para el reino de los cielos a la que antaño fuera su sociedad; sin embargo, jamás piensan en hacer partícipes de sus placeres en la tierra y, por ejemplo, en verano nunca lo invitan a sus casas de campo, donde apuesto a que hay bocados exquisitos que al pobre bribón le gustarían tanto como si los saboreara en el mismo cielo.

—Eso tiene una explicación, *Mylady*, los placeres celestiales no les cuestan nada, y el placer es doble cuando podemos hacer felices a quienes nos rodean por tan módico precio. ¿A qué placeres puede invitar, sin embargo, el incrédulo?

—A nada más, doctor, que a un largo y tranquilo sueño que, sin embargo, de vez en cuando puede ser muy deseable para un infeliz, sobre todo si previamente se le ha maltratado demasiado con impertinentes invitaciones al cielo.

Esto lo dijo la hermosa mujer con un acento incisivo y amargo, y yo le contesté, no sin gravedad:

—Querida Mathilde, en mis actuaciones en este mundo no me interesa lo más mínimo la existencia del cielo y del infierno, soy demasiado grande y demasiado orgulloso para que me guíe el ansia de recompensas celestiales o el temor por los castigos en el infierno. Yo aspiro al bien porque es hermoso y me viste de ímpetu irresistible, y aborrezco el mal porque es horrendo y me repugna. Ya de muchacho, cuando leía a Plutarco, y lo sigo leyendo todas las noches en mi cama, y a veces me gustaría ponerme de pie de un salto y tomar una silla de postas urgente para hacerme un gran hombre, ya entonces me gustaba la historia de la mujer que caminaba por las calles de Alejandría, llevando en una mano un odre de agua y en la otra una antorcha llameante y diciendo a las personas que quería apagar el infierno con el agua y prender fuego al cielo con la antorcha para que el mal no vuelva a ser abandonado por miedo al castigo y el bien no se practique movido por el deseo de ser recompensado. Todos nuestros actos deberían brotar de una fuente de amor abnegado con la misma intensidad e independientemente de que haya o no continuación después de la muerte.

—¿Tampoco cree usted entonces en la inmortalidad?

—¡Oh, es usted astuta, *Mylady!* ¿Cómo voy a dudar de ella? Yo, cuyo corazón arraiga cada vez más profundamente en los más lejanos milenios del pasado y del futuro; yo, que soy uno de los hombres más eternos, en el que cada respiración es una vida eterna y cada pensamiento una estrella eterna... ¿no iba a creer en la inmortalidad?

—¡Creo, doctor, que se necesita una notable dosis de vanidad y arrogancia para, después de haber disfrutado tantas cosas buenas y hermosas en esta tierra, pedir además la inmortalidad a nuestro buen Dios! El hombre, aristócrata entre los animales, que se da más importancia que todos sus semejantes, quisiera también conseguir el privilegio de la eternidad, junto al trono del rey del mundo, entre cantos de elogio y alabanza cortesanos y súplicas a sus pies. ¡Ah, ya sé lo que significa ese fruncir de labios, señor inmortal!

CAPÍTULO X

La *signora* nos pidió que la acompañásemos al monasterio donde se conserva una milagrosa cruz, lo más notable de toda la Toscana. Y fue bueno que abandonásemos la catedral, pues, de lo contrario, las insensateces de *Mylady* nos habrían puesto en un apuro. Rebosaba de un ingenio cáustico; no eran los suyos otra cosa que pensamientos deliciosamente excéntricos, tan jocosos y traviesos como gatitos brincando al sol de mayo. En la puerta de la catedral mojó su dedo índice en agua bendita tres veces, me aspergeó en cada una de ellas y murmuró: «*dem zefardeyim kinnim*», lo cual, afirmaba, era la fórmula árabe con la que la hechicera convierte al hombre en asno[432]. En la *piazza* de la catedral, un contingente de soldados, uniformados a la austriaca y que obedecían a comandos alemanes, estaba realizando una parada militar. Al menos eran alemanas las palabras que escuchaba: *Präsentiert's Gewehr! Fuss Gewehr! Schulters Gewehr! Rechtsum! Halt!*[433]. Creo que en todos los pueblos de Italia, así como todavía en algunos otros europeos, las órdenes se dan en alemán. ¿Deberíamos los alemanes hacer alarde de ello? ¿Tenemos tantas órdenes por dar en este mundo que el alemán se ha llegado a convertir incluso en la lengua de mando? ¿O acaso recibimos tantas órdenes que el obediente es quien mejor entiende la lengua alemana?

Mylady no parecía ser muy amiga de desfiles de tropas ni revistas. Con irónico temor nos sacó de allí.

—No me gusta —dijo— tener cerca a esos hombres con sables y fusiles cuando desfilan en formación cerrada en gran número, sobre todo con ocasión de maniobras extraordinarias. ¿Y si uno de estos miles perdiera de pronto el juicio y me apuñalara justo ahora con el arma que tiene en la mano? ¿Y si sufriera de repente un arrebato y perdiera la razón? Podría pensar: «¿Qué arriesgas? O incluso, ¿qué pierdes en el caso de que te quiten la vida? Pues aunque ese otro mundo que se nos promete después de la muerte no sea tan brillante como dicen o por muy malo que sea: menos de lo que te dan ahora, menos de seis *cruceros* al día,

no te pueden dar allí: por tanto, ¡date un capricho y apuñala a esa inglesa bajita de nariz impertinente!». ¿Acaso no corro un enorme peligro estando aquí? Si fuera rey, dividiría a mis soldados en dos clases. A unos los dejaría creer en la inmortalidad para que se armaran de coraje durante la batalla y no temieran a la muerte, y únicamente recurriría a ellos durante la guerra. De los otros dispondría para desfiles y revistas, y para que jamás pensaran que no arriesgarían nada si dieran muerte a alguien por placer, les prohibiría creer en la inmortalidad bajo pena de muerte; sí, les daría incluso un poco de mantequilla que añadieran al chusco para que de esta manera sintieran mayor aprecio por la vida. A los primeros, los héroes inmortales, por el contrario, les amargaría la vida para que aprendieran correctamente a despreciarla y vieran la boca del cañón como la entrada a un mundo mejor.

—*Mylady* —dije—, sería usted un mal soberano. Entiende poco de reinar y de política no sabe absolutamente nada. Si hubiera leído los *Anales Políticos*...

—Quizás entienda del asunto más que usted, querido doctor. Desde hace ya mucho he procurado informarme al respecto. Ya desde niña, en Dublín...

—Cuando me tumbaba boca arriba sobre la hierba y reflexionaba... o no, como en Ramsgate...

Una mirada, como un silencioso reproche de ingratitud, cayó de los ojos de *Mylady*, pero a continuación volvió a reír y prosiguió:

—Ya desde niña, en Dublín, cuando podía sentarme en una esquinita del escabel en el que descansaban los pies de mi madre, siempre se me ocurría todo tipo de preguntas: qué hacían el sastre, el zapatero, el panadero y, en resumen, todo el mundo. Y mi madre me explicaba entonces que los sastres hacían ropa, los zapateros hacían zapatos, los panaderos cocían pan... Y cuando en ese momento le preguntaba: «¿Y qué hacen los reyes?», mi madre respondía: «Reinan». «¿Sabes qué, mamá?», le decía yo entonces, «si yo fuera rey, pasaría todo un día sin reinar, únicamente para ver qué aspecto tendría entonces el mundo». «Mi querida niña», contestaba mi madre, «eso también lo hacen algunos reyes, y por eso tenemos lo que tenemos».

—Ciertamente, *Mylady*, su madre tenía razón. Sobre todo aquí, en Italia, hay reyes de esa clase, y uno se da buena cuenta de ello en Piamonte y Nápoles...

—Pero, querido doctor, a un rey italiano no se le puede reprender el hecho

de que algunos días deje de reinar porque haga un calor sofocante. Lo único que debemos temer es que los carbonarios quisieran aprovechar ese día; pues en los últimos tiempos me ha llamado especialmente la atención que las revoluciones siempre estallen en esos días en los que nadie reina. Si alguna vez se equivocaran los carbonarios pensando que es uno de esos días en los que no se reina y, contra todo pronóstico, sí se reinara, perderían entonces la cabeza. Los carbonarios nunca son, por tanto, suficientemente precavidos y han de tener en cuenta el momento exacto sin margen de error. Por el contrario, el máximo principio de los reyes es que ellos mantengan en secreto en qué días no gobiernan, de manera que, durante esos días, se sienten en su trono como mínimo un par de veces y quizás afilen la pluma o sellen sobres con lacre o tracen líneas sobre papel blanco, todo para cubrir las apariencias, para que el pueblo que está fuera y que mira con curiosidad a la ventana del palacio, esté convencido de que se está gobernando.

Mientras aquellas observaciones salían juguetonas de la fina boquita de *Mylady*, los carnosos labios rosados de Francesca esbozaban una sonrisa de satisfacción. Hablaba poco. Sin embargo, sus andares ya no tenían aquel aire contrito de feliz abnegación de la noche pasada: su paso era más bien victorioso, cada pisada era un sonido de trompeta. No obstante, se trataba más de una victoria espiritual que de una terrenal, una victoria que se manifestaba en sus movimientos; era prácticamente la imagen de una iglesia triunfante, y alrededor de su cabeza flotaba una aureola invisible. Pero los ojos, como si rieran a través de lágrimas, recobraron la expresión de la niña que un día fue, y en la abigarrada corriente humana que nos envolvía no pasó inadvertida a su mirada escudriñadora una sola prenda.

—*¡Ecco!* —exclamó—. ¡Pero qué pañuelo! El marqués me quiere regalar también un cachemir y así podré lucirlo como turbante cuando baile la *roxelane*. ¡Ah! ¡También me ha prometido una cruz con diamantes!

¡Pobre Gumpelino! Con el turbante te entenderás fácilmente, pero la cruz te proporcionará algunas horas de amargura; no obstante, la *signora* te torturará y atormentará hasta que por fin te acostumbres a ello.

CAPÍTULO XI

La iglesia en la que se puede ver la milagrosa cruz de Lucca pertenece a un monasterio cuyo nombre no consigo recordar en este instante. Cuando entramos en la iglesia había una docena de monjes arrodillados frente al altar principal, en callada oración. Tan solo de vez en cuando, como en coro, pronunciaban algunas

palabras entrecortadas que resonando en las solitarias columnatas provocaban un ligero escalofrío. Era una iglesia oscura, solo a través de pequeñas ventanas pintadas caía un rayo de luz polícroma sobre las glabras cabezas y los hábitos marrones. Lámparas de cobre deslucidas iluminaban apenas los frescos y retablos ennegrecidos; de las paredes asomaban cabezas de santos de madera, pintadas con colores llamativos y que con aquella ambigua luz parecían sonreír de manera sardónica como si estuvieran vivos. *Mylady* lanzó un fuerte grito y nos señaló una lápida a nuestros pies, cuyo relieve representaba la rígida imagen de un obispo con mitra y báculo pastoral, manos juntas y nariz gastada. «¡Oh! —susurró—, le he pisado su pétrea nariz sin miramiento alguno y ahora se me aparecerá en sueños esta noche y me echará una reprimenda».

El sacristán, un joven y pálido monje, nos mostró la cruz milagrosa mientras nos contaba los milagros que había realizado. Caprichoso como soy, quizás no hiciera mueca de incredulidad; de tanto en tanto sufro ataques de credulidad milagrera, especialmente allí donde, como era ahora el caso, el lugar y la hora los favorecen. Entonces creo que todo en el mundo es un milagro y toda la historia mundial una leyenda. ¿Acaso me había contagiado de la credulidad milagrera de Francesca, que besaba la cruz con salvaje entusiasmo? Me resultó enojoso el sarcasmo igualmente salvaje de la ingeniosa británica. Quizá me ofendiera tanto por no sentirme yo mismo libre de él y porque en absoluto me parecía algo loable. No se puede negar ahora que el sarcasmo, la alegría por las contradicciones de las cosas, tiene por sí mismo algo de malvado, mientras que la seriedad está emparentada con mejores sentimientos: la virtud, el sentido de la libertad y el amor son muy serios *per se*. Por otra parte, hay corazones en los que la burla y la seriedad, lo malvado y lo bendito, el calor y el frío, se unen de forma tan fantástica que se hace difícil opinar sobre los mismos. Un corazón de esta clase se albergaba en el pecho de Mathilde: unas veces era una isla de hielo de cuya superficie lisa como un espejo florecían anhelantes y ardientes palmerales; otras veces volvía a ser un volcán que ardiera en entusiásticas llamaradas y que, de repente, quedaba cubierto con una avalancha de carcajadas frías como la nieve. Pero no era mala; pese a todo su desenfreno, ni siquiera era sensual. Sí, creo que únicamente había concebido el lado cómico de la sensualidad y que con ello se recreaba como en una estrafalaria comedia de títeres. Era un placer jocoso, una dulce curiosidad, comprobar cómo este o aquel tipo estrafalario se habría comportado en una situación de enamoramiento. ¡Cuán distinta era Francesca! En sus ideas y sentimientos era una unidad católica. Durante el día era una lánguida y pálida luna; por la noche, un sol ardiente... ¡Luna de mis días! ¡Sol de mis noches! ¡Jamás volveré a verte!

—Tiene usted razón —dijo *Mylady*—, yo también creo en las virtudes taumatúrgicas de una cruz. Estoy convencida de que si el marqués no es demasiado cicatero a la hora de adornar con brillantes la cruz prometida, seguro que la *signora* lo tomará como si hubiera sido un milagro brillante; quedará al final tan cegada que se enamorará hasta de la nariz del marqués. También he escuchado a menudo acerca de los efectos taumatúrgicos de las cruces de algunas condecoraciones, que convirtieron a un hombre honrado en un rufián.

Y así, la bella mujer se fue riendo de todo, coqueteó con el pobre sacristán, al obispo de la nariz gastada siguió presentándole aún jocosas excusas, prohibiéndole con la máxima corrección una eventual correspondencia de la visita, y cuando llegamos a la pila del agua bendita de nuevo quiso convertirme en asno.

No sé si fue entonces la atmósfera real que aquel lugar desprendía o el hecho de querer rechazar de la forma más cortante posible aquella guasa que, en el fondo, me disgustaba, lo que hizo que me lanzara al *pathos* que la situación requería y dijera:

—*Mylady,* no me gustan las difamadoras de la religión. Las mujeres hermosas que no tienen religión son como flores sin fragancia; se asemejan a esos tulipanes fríos y aburridos que, desde sus macetas de porcelana china, nos observan con ojos también de porcelana, y estoy seguro de que, si pudieran hablar, nos explicarían que nacieron de un bulbo de forma muy natural; que en este mundo basta con no oler mal, y que, por cierto, por lo que a la fragancia respecta, una flor sensata no necesita en absoluto ninguna.

Desde que pronunciara la palabra tulipán, *Mylady* cayó en un estado de agitación y, mientras yo hablaba, su animosidad contra dicha flor le produjo un efecto tan violento que se tapó los oídos desesperadamente. Quizás hubiera en ello algo de comedia, pero también algo de seriedad ofendida, pues me miró con amargura y de todo corazón me preguntó con acidez sarcástica:

—Y usted, apreciada flor, ¿cuál de las religiones existentes profesa?

—Yo, *Mylady,* las profeso todas —la fragancia de mi alma asciende al cielo y aturde incluso a los dioses eternos.

CAPÍTULO XII

Como la *signora* no podía entender nuestra conversación, que, mayormente, manteníamos en inglés, concibió la idea, ¡Dios sabe cómo!, de que discutíamos

acerca de la superioridad de nuestros respectivos compatriotas. Elogió entonces tanto a los ingleses como a los alemanes, pese a que en el fondo de su corazón tenía a los primeros por no inteligentes y, a los últimos, por tontos. Muy mala opinión tenía de los prusianos, cuyo país, según la geografía de la *signora*, estaba muy lejos tanto de Inglaterra como de Alemania. Especial mala opinión tenía del rey de Prusia, el gran Federico, a quien su enemiga, la *signora* Serafina, hizo aparecer bailando el año anterior en su ballet de beneficencia. ¡Qué extraño que este rey, es decir, Federico el Grande, siga viviendo hoy en los teatros italianos y en la memoria del pueblo italiano!

—No —dijo *Mylady*, sin escuchar los dulces halagos de la *signora*—. No, a este hombre ni siquiera es necesario convertirlo en asno; no solo cambia su modo de pensar cada diez pasos y se contradice a sí mismo todo el tiempo, sino que también ahora resulta ser misionero, y yo creo incluso que se trata de un jesuita encubierto. Por mi propia seguridad debo poner cara de devoción, de lo contrario me delatará ante sus hipócritas en Cristo, ante los santos diletantes de la Inquisición, que me quemarán en efigie, pues la policía todavía no les permite que echen a nadie a la hoguera. ¡Ay, reverendo señor! No crea que soy tan inteligente como parezco, y en absoluto carezco de religión, pues no soy un tulipán, nada más lejos de mí que un tulipán, ¡y antes prefiero creérmelo todo! Ahora ya me creo lo esencial de la Biblia, creo que Abrahán engendró a Isaac, e Isaac a Jacob y, a su vez, Jacob a Judá, y también que este reconoció su lazo de unión con Tamar en el camino. También creo que Lot bebía demasiado con sus hijas. Creo que la mujer de Putifar retuvo en sus manos la capa del casto José. Creo que los dos viejos que sorprendieron a Susana durante su baño, eran viejísimos. Creo, además, que el patriarca Jacob engañó primero a su hermano y a continuación a su suegro; que el rey David dio a Uría un buen cargo en el ejército; que Salomón compró miles de mujeres y se lamentó a continuación de la vanidad en el mundo. También creo en los diez mandamientos e incluso cumplo la mayoría de ellos; no deseo el buey del prójimo, ni su muchacha, ni su vaca ni su burro. No trabajo en *Sabbat*, el séptimo día cuando Dios descansa. Incluso, por precaución, dado que ya no sabemos con seguridad cuál de los días es el día de descanso, a menudo no hago nada durante toda la semana. Pero por lo que respecta a los mandamientos de Cristo, siempre practiqué el más importante, a saber, que se debe amar incluso al enemigo... Pues, ¡ay de mí!, aquellos a quienes más amé fueron siempre, sin que yo lo supiera, mis peores enemigos.

—¡Por el amor de Dios, Mathilde, no llore! —exclamé cuando entre las más alegres bromas salió disparado un sonido de la más dolorosa amargura, como si fuera una serpiente en un arriate de flores. Yo conocía bien aquel sonido con el que

el jocoso corazón cristalino de la maravillosa dama se estremecía siempre con violencia, aunque nunca por mucho tiempo, y sabía que con la misma facilidad con la que este sonido se originaba, volvía a desvanecerse de nuevo a la mínima observación jocosa que se le hiciera o que a ella misma se le ocurriera. Mientras ella, apoyada en el pórtico del patio del monasterio, apretaba sus ardientes mejillas contra las frías piedras y con sus largos cabellos se quitaba de los ojos el rastro de sus lágrimas, intenté volver a despertar en ella su buen humor y, siguiendo su propio estilo socarrón, hice un amago de burlarme de la pobre Francesca informándola de las noticias más importantes de la Guerra de los Siete Años, que tanto parecía interesarle y que aún creía inconclusa. Le conté muchas anécdotas interesantes del gran Federico, el ingenioso dios de pacotilla de Sanssouci que inventó la monarquía prusiana, quien en su juventud tocaba la flauta muy bellamente y componía versos en francés. Francesca me preguntó si ganarían los prusianos o los alemanes, pues, como ya he señalado más arriba, creía que los primeros constituían un pueblo distinto, y, además, en Italia es también frecuente que con la palabra «alemán» solo se designe a los austriacos. La *signora* se asombró, y no poco, cuando le dije que yo mismo había vivido durante largo tiempo en la *capitale della Prussia*, a saber, en *Berelino*, una ciudad situada en lo alto de la geografía, no lejos del Polo Norte. Se estremeció cuando le describí los peligros a los que, en ocasiones, uno se expone allí cuando se encuentra con un oso polar por la calle.

—Pues mire usted, querida Francesca —le expliqué—. Como en Spitzbergen[434] hay demasiados osos de guarnición, de vez en cuando se acercan a pasar el día a Berlín para, por ejemplo, ver *Der Bär und der Bassa*[435] por puro patriotismo, o bien, en el Café Royal de Beyerman[436], comer opíparamente y beber champán alguna que otra vez, lo cual les cuesta a menudo más dinero del que habían traído; en cuyo caso, uno de ellos queda como rehén y atado hasta que sus camaradas regresen y paguen. De ahí procede precisamente la expresión alemana «atar al oso». Muchos osos viven en la ciudad misma, se dice incluso que Berlín debe su origen a los osos y que en realidad se llama «osito», *Bärlin*. Dicho sea de paso, los osos de ciudad son, sin embargo, muy mansos, y algunos de ellos son tan cultos que escriben las más hermosas tragedias y componen las más grandiosas melodías[437]. También los lobos frecuentan a menudo Berlín, y puesto que, con motivo del frío, llevan pieles de cordero de Varsovia, no son fáciles de reconocer. Los ánsares revolotean allí por doquier y cantan arias de bravura, y los renos corren alrededor como expertos en arte. Por lo demás, los berlineses llevan una vida austera y son muy trabajadores, y la mayoría de ellos se sienta en la nieve y esta les cubre hasta el ombligo, escriben tratados de dogmática, libros edificantes, historias religiosas para hijas procedentes de familias cultas, catecismos, sermones

para todos los días del año, poemas a Eloha438, y además son muy decentes, pues se sientan en la nieve y esta les cubre hasta el ombligo.

—Entonces, ¿son cristianos los berlineses? —preguntó la *signora* llena de asombro.

—Tienen una visión peculiar del cristianismo. En realidad, evidentemente les es totalmente ajeno, pues son demasiado racionales como para practicarlo en serio. Pero como saben que el cristianismo es preciso para el estado, para que los súbditos obedezcan y sean absolutamente sumisos y para que además no haya demasiados robos ni asesinatos, intentan llevar con gran elocuencia al cristianismo al menos a sus iguales y al mismo tiempo buscan sucedáneos en una religión cuya conservación desean y cuya práctica estricta a ellos mismos les resulta dificultosa. En esta situación embarazosa utilizan el celo de los pobres judíos, que ahora tienen que convertirse al cristianismo en vez de ellos, y puesto que este pueblo todo lo deja por dinero y buenas palabras, los judíos se han ejercitado en el cristianismo, de modo que se escandalizan de la incredulidad, defienden la Trinidad a vida o muerte, en período canicular creen incluso en ella, se enfurecen contra los racionalistas, andan merodeando por el país como misioneros y espías de la fe y divulgan tratadillos edificantes. En las iglesias entornan los ojos mejor que nadie, ponen las caras más santurronas y tienen tanto éxito en su beatería que mueven a la envidia en el interior del gremio y los más viejos maestros del oficio se quejan en secreto de que el cristianismo esté hoy en manos de los judíos.

CAPÍTULO XIII

Si bien la *signora* no me entendió, querido lector, tú me comprenderás mejor. También *Mylady* me entendió y este entendimiento volvió a despertar en ella su buen humor. Pero cuando yo —ya no recuerdo si con gesto serio— quise adherirme a la opinión de que el pueblo necesita una religión determinada, ella no pudo evitar llevarme la contraria a su manera.

—¿Que el pueblo ha de tener una religión? —exclamó ella—. Una y otra vez escucho predicar esta frase de cientos y miles de labios necios e hipócritas.

—Y, sin embargo, es cierto, *Mylady*. Cuando la madre no puede contestar con la verdad a todas las preguntas del niño, porque su capacidad de comprensión se lo impide, tiene que existir entonces también una religión positiva, una iglesia que pueda dar respuestas estrictamente sensoriales a todas las preguntas sobrenaturales del pueblo conforme a su entendimiento.

—¡Santo cielo!, doctor, su símil también me trae a la memoria una historia cuyo final no favorecería su opinión. Cuando aún era una niña, en Dublín...

—Y me tumbaba boca arriba...

—Pero doctor, con usted no se puede pronunciar ni una sola palabra razonable. Deje de sonreír con semejante descaro y escuche: cuando aún era una niña, en Dublín, y me sentaba a los pies de mi madre, le pregunté en una ocasión: ¿qué se hace con las lunas llenas pasadas? «Querida niña», dijo mi madre, «a las lunas llenas pasadas nuestro buen Dios las golpea con un martillo de azúcar haciéndolas pedacitos, con los que a continuación hace las pequeñas estrellas». No puedo reprocharle a mi madre semejante explicación, a toda luces falsa, pues ni con los mejores conocimientos de astronomía habría podido explicarme ni el sistema solar, ni el lunar ni el estelar, y apuesto a que contestó a aquellas preguntas sobrenaturales para que yo pudiera percibirlo a través de los sentidos. Sin embargo, habría sido mejor si hubiera pospuesto la explicación a una edad más madura, o si, al menos, no hubiera inventado ninguna mentira. Pues cuando me encontré con la pequeña Lucie una noche de luna llena y le expliqué cómo de ella se formarían pronto pequeñas estrellas, se rio de mí y dijo que su abuela, la vieja O'Meara, le había contado que en el infierno se comían las lunas llenas como melones de fuego y que, como no tenían azúcar, se les echaba pimienta y sal. Si antes Lucie se había reído de mi opinión, que era algo ingenuamente evangélica, fui yo la que ahora me reí aún con más fuerza de su visión lúgubremente católica; de la risa pasamos a discutir seriamente, nos empujamos, nos arañamos hasta hacernos sangre, nos escupimos con furia, hasta que el pequeño O'Donnel salió de la escuela y nos separó. Este muchacho había disfrutado de una mejor formación en astronomía, se le daban bien las matemáticas y nos ilustró con calma los errores de una y otra y lo absurdo de nuestra pelea. ¿Y qué sucedió? Ambas dejamos a un lado nuestra discusión y en ese mismo instante nos unimos para propinar una paliza al pequeño y tranquilo matemático.

—*Mylady*, estoy muy disgustado, pues tiene usted razón. Pero el que los hombres discutan por la supremacía de las ideas religiosas que les inculcaron en la infancia es algo que no se podrá cambiar, y la persona razonable sufrirá siempre el doble. Hubo un tiempo en que esto era completamente distinto, pues a nadie se le ocurría encomiar especialmente las doctrinas y las celebraciones de su religión, y mucho menos imponérselas a alguien. La religión era una encantadora tradición: historias sagradas, actos conmemorativos y misterios, transmitidos por los antepasados, semejante a un sagrario familiar del pueblo, y a un griego le habría parecido atroz que un extraño que no formara parte de su estirpe hubiera exigido

participar de esa religión. Pero aún más inhumano le habría parecido el obligar a alguien por la fuerza o la astucia a renunciar a la religión en que había nacido o a tomar una ajena. Pero entonces llegó un pueblo de Egipto, patria de los cocodrilos y los sacerdotes, y más allá de las enfermedades venéreas y las vajillas de oro y plata robadas, trajo también consigo la llamada religión positiva, una denominada iglesia, un entramado de dogmas en los que se debía creer y ceremonias sagradas que se habían de celebrar, un arquetipo de las posteriores religiones estatales. Entonces se originó el «comercio con lo humano»439, ese proselitismo, fanatismo y toda esa sagrada barbarie que costaría tanta sangre y tantas lágrimas al género humano.

—¡*Goddamn*440 sobre ese pueblo, padre de todos los males!

—¡Ay, Mathilde!, ese pueblo ya está maldito desde hace mucho tiempo. Pero sus maldiciones las arrastra a través de los milenios. Pero Egipto... Sus construcciones desafían el tiempo, sus pirámides permanecen inquebrantables, sus momias son hoy tan indestructibles como antes, como imperturbable es ese pueblo momificado que camina sobre la tierra, envuelto en antiquísimas vendas de letras, un pedazo endurecido de historia mundial, un fantasma que para subsistir ejerce el trueque y el comercio de calzas viejas... ¿Ve, *Mylady*, aquel viejo de barba blanca cuya punta parece ennegrecerse de nuevo, de ojos fantasmales...?

—¿El que está sentado en las ruinas de las antiguas tumbas romanas?

—Sí, precisamente allí está sentado el viejo y quizás, Mathilde, también esté rezando una oración horripilante en la cual se lamenta de sus sufrimientos e increpa a pueblos que hace tiempo desaparecieron de la tierra y que hoy solo viven en los cuentos de las ayas. Pero él, en su dolor, apenas se da cuenta de que está sentado sobre las tumbas de aquellos enemigos cuya decadencia implora al cielo.

CAPÍTULO XIV441

En el capítulo anterior hablé de las religiones positivas solo como iglesias que, en cuanto tales, disfrutan todavía de los privilegios especiales que el estado les brinda bajo el nombre de religiones estatales. Hay, sin embargo, una dialéctica piadosa, querido lector, que te demostrará de la forma más rotunda que un enemigo de la iglesia de cualquiera de estas religiones estatales también es un enemigo de la religión y del Estado, un enemigo de Dios y del rey, o, como reza la fórmula habitual: un enemigo del trono y del altar. Yo te digo, sin embargo, que eso es mentira. Yo venero la santidad interna de cada religión y me someto a los

intereses del estado. Si bien no soy especialmente proclive al antropomorfismo, sí que creo en la grandeza de Dios, y aunque los reyes sean tan insensatos como para oponerse al espíritu del pueblo, o tan viles como para mortificar los órganos del mismo con humillaciones y persecuciones, yo me mantengo a pesar de todo y, atendiendo a mi más profunda convicción, partidario de la realeza, del principio monárquico. No odio el trono, sino únicamente los astutos insectos nobiliarios que han anidado en las grietas del viejo trono y cuyo carácter nos representa Montesquieu de forma tan exacta con las palabras: «La ambición en alianza con la ociosidad, la villanía unida a la soberbia, el deseo de enriquecerse sin trabajo, la aversión a la verdad, la adulación, la traición, la infidelidad, la falta de palabra, el desprecio de los deberes ciudadanos, el temor a la virtud de los príncipes y ¡el interés por los vicios de los príncipes!»442. No odio el altar, sino las serpientes que acechan bajo los escombros de los viejos altares; las pérfidas serpientes que saben sonreír con la inocencia de las flores mientras en secreto inyectan su veneno en el cáliz de la vida y sisean calumnias al oído del piadoso orante; los gusanos resplandecientes con suaves palabras:

Mel in ore, verba lactis,

*Fel in corde, fraus in factis*443*.*

Precisamente porque soy amigo del Estado y de la religión, odio el engendro al que llamamos religión estatal, esa sarcástica criatura que se originó a partir del coqueteo entre el poder mundano y el espiritual, aquel mulo que el corcel del Anticristo ha engendrado con la burrita de Cristo. De no existir dicha religión estatal ni la prioridad de ningún dogma o culto, Alemania estaría unida y sería fuerte y sus hijos serían magníficos y libres. Sin embargo, nuestra pobre patria está tan destruida por las desavenencias religiosas; el pueblo está dividido en partidos religiosos hostiles; súbditos protestantes pelean con sus príncipes católicos o viceversa; en todas partes hay desconfianza ante el cripto-catolicismo o el cripto-protestantismo; por doquier hay difamación, espionaje de los sentimientos, pietismo, misticismo, fisgoneo en la hoja parroquial, odio sectario, proselitismo y, mientras discutimos sobre el cielo, perecemos en la tierra. Quizás solo la indiferencia en cuestiones religiosas sería capaz de salvarnos y el debilitamiento de la fe podría fortalecer a Alemania políticamente.

Para la religión misma, para su sacro ministerio, resulta igualmente pernicioso que ostente privilegios, que el Estado subvencione espléndidamente a sus ministros y que, para conservar estas subvenciones, estos se comprometan por su parte a representar al Estado, de manera que una mano lava a la otra, la

espiritual a la secular y viceversa, generándose una palabrería que para el buen Dios resulta una necedad y para los hombres un horror. Si el Estado tuviera opositores, estos serían igualmente enemigos de la religión a la que el Estado privilegia y que es, por ende, su aliada; y el mismo creyente inofensivo se mostrará receloso cuando presienta en la religión una intención política. Pero lo más enojoso de todo es la soberbia de los sacerdotes cuando pueden contar con el apoyo del Estado por los servicios que creen prestarle, cuando además de la cadena religiosa que le han prestado para atar a los pueblos, pueden también disponer de bayonetas. La religión no puede caer más bajo que cuando de esta manera se eleva a religión estatal; pierde entonces su inocencia interior y se vuelve orgullosa de forma tan manifiesta como una amante reconocida. Huelga decir que le son rendidos en consecuencia más homenajes y se le asegura aún más la veneración, celebrando diariamente nuevas victorias con vistosas procesiones. Y en semejantes marchas triunfales incluso los generales bonapartistas le llevan las velas y los más orgullosos espíritus juran por su bandera. Todos los días se convierten y bautizan incrédulos, pero este constante verter de agua no espesa la sopa y los nuevos reclutas de la religión estatal son como los soldados que reclutó Falstaff444: sirven para llenar el cementerio de la iglesia. La cuestión ya no es, ni mucho menos, el espíritu de sacrificio: como el comercial con sus tarjetas de muestra, los misioneros viajan con sus tratadillos y libritos de conversiones; en este negocio ya no hay peligro alguno y todo se mueve exclusivamente bajo reglas mercantiles y económicas.

Solo mientras las religiones tengan otras con las que rivalizar y hayan sido más perseguidas de lo que ellas han perseguido, serán algo magnífico y digno; solo entonces habrá entusiasmo, sacrificio, mártires y palmas del martirio. Qué bello, benditamente delicioso, enigmáticamente dulce era el Cristianismo de los primeros siglos, cuando aún se asemejaba a su divino fundador en la heroicidad del sufrimiento. Entonces aún existía la bonita leyenda de un misterioso dios que adoptó la afable forma de un muchacho bajo las palmeras de Palestina y predicaba el amor al prójimo, dando a conocer esa doctrina de libertad e igualdad que más tarde el racionalismo de los grandes pensadores también ha reconocido como verdadera y que, como evangelio francés, entusiasma a nuestro tiempo. Compárense con esa religión de Cristo los distintos cristianismos que se han constituido en los distintos países como religiones estatales, como, por ejemplo, la Iglesia Católica, Apostólica y Romana o incluso ese catolicismo sin poesía que vemos reinar como *High Church of England*, ese lastimeramente apolillado esqueleto de la fe en el que se extingue toda vida floreciente. Como en el caso de los oficios artesanales, también para las religiones el sistema de monopolio es dañino; mediante la libre competencia se mantienen fuertes y tan solo volverán a brotar

hasta alcanzar su magnificencia originaria tan pronto como se introduzca la igualdad política de los cultos divinos, por decirlo así, la libre competencia de los dioses.

Hace tiempo, los más nobles espíritus de Europa manifestaron que este es el único medio para preservar la religión de la decadencia absoluta. Pero sus servidores sacrificarán el altar antes que perder lo más mínimo de aquello que se sacrifica sobre él. E igualmente la nobleza estará dispuesta a entregar a la ruina más segura tanto el trono como a los augustos personajes que en él se sientan antes de renunciar de buen grado al más injusto de sus privilegios. El interés fingido por el trono y el altar es, sin embargo, tan solo una farsa que embaucará al pueblo. Quien haya observado de cerca el secreto del gremio sabe que los curas respetan a Dios mucho menos que los laicos, pues saben configurarlo en su propio beneficio, a su albedrío, con el pan y la palabra, y saben también que los aristócratas sienten mucho menor respeto por el rey o incluso por la mismísima institución monárquica que un siervo de la gleba, a pesar de que en público les manifiesten tanta veneración y para ellos exijan de los otros tanto respeto mientras en sus corazones solo albergan desprecio y burla. Realmente se parecen a esas personas que en los puestos de los mercados muestran por dinero al público boquiabierto un hércules gigante, un enano, un salvaje, un pirófago o cualquier otro ser extraño, cuya fuerza, excelencia, audacia, invulnerabilidad —o, en el caso del enano, sabiduría— alaban con la más exagerada jactancia mientras, enfundados en una chaqueta multicolor, tocan la trompeta y en el fondo de su corazón se ríen de la credulidad del pueblo estupefacto y se mofan del pobre al que tanto alaban y que a sus ojos carece de interés por la costumbre de observarlo a diario, y cuyas debilidades y artes conocen demasiado bien.

Si nuestro buen Dios soportará aún por mucho tiempo que los curas muestren ante él esa enojosa ostentación y ganen con ello dinero, es algo que no sé; al menos no me sorprendería leer en el *Hamb. Unpart. Correspondenten*445 que el viejo Jehová avisara a alguien que no diera fe a nadie que viniera en su nombre, fuera quien fuera, ni siquiera a su hijo. Convencido estoy, sin embargo, de que con el tiempo llegaremos a presenciar que los reyes no se quieran prestar a participar en espectáculos de marionetas de sus detractores aristocráticos, que rompan las etiquetas, que abandonen sus habitaciones de mármol y con cólera arrojen de sí los vistosos cachivaches que deberían impresionar al pueblo, el rojo manto que espantaba como un verdugo, la corona de diamantes con la que se tapan los oídos para cerrarse a las voces del pueblo, el cetro de oro que se les había puesto en la mano como símbolo aparente de dominio... Entonces los exonerados reyes serán libres como otros hombres, y caminarán libres entre ellos, y sentirán con libertad y

contraerán matrimonio con la misma libertad, y libres profesarán su opinión: esta será la emancipación de los reyes.

CAPÍTULO XV

Pero, ¿qué le quedará a la aristocracia cuando se le prive de los medios coronados de subsistencia, cuando los reyes sean propiedad del pueblo y ejerzan un gobierno honrado y seguro a través de la voluntad del pueblo, única fuente de todo poder? ¿Qué harán los curas cuando los reyes comprendan que una unción crismal no basta para salvar la cabeza de la guillotina, al igual que cuando el pueblo paulatinamente se vaya percatando cada vez más de que a base de obleas no es posible saciar el hambre? Entonces, sin duda alguna, a la aristocracia y al clero no les quedará más remedio que unirse para combatir e intrigar contra el nuevo orden del mundo.

¡Vano esfuerzo! Como un gigante flamígero, el tiempo avanza en silencio, sin preocuparse por los ladridos de los mordedores curitas y señoritos de allí abajo. ¡Cómo aúllan cada vez que se queman el hocico con el pie del gigante! ¡O cuando este, por descuido, les pisa la cabeza haciendo brotar de ella su veneno oculto! Su ira se dirige entonces individualmente con tanta mayor perfidia contra los hijos de la época, ya que, impotentes contra la masa, buscan refrescar su cobarde furia con los individuos.

Pero, ¡ay!, necesario es confesar que no por ello los hijos del siglo sienten menos las punzadas que los acechantes curas y señoritos saben propiciarles en la oscuridad. Y, ¡ay!, aunque la gloria rodee las heridas del vencedor, estas también sangran y duelen. Es un extraño martirio el que tales vencedores sufren en nuestros días; no basta con una atrevida confesión religiosa, como en los viejos tiempos en los que los mártires acababan rápidamente en la horca o en la jubilosa hoguera. La esencia del martirio, sacrificar todo lo terrenal en pro del disfrute celestial, es todavía la misma; pero ha perdido mucho de su regocijo en la fe interior; se ha convertido más en una resignada cuestión de resistencia, en un perseverante sobresfuerzo, en una muerte en vida, y aquí sucede incluso que en las frías y grises horas también los mártires más benditos son acechados por la duda. ¡No hay nada más horrible que esas horas en las que un Marco Bruto comienza a dudar de la realidad de la virtud por la cual todo lo ha sacrificado! Y, ¡ay!, él fue un romano y vivió en la época dorada de la *stoa;* pero nosotros somos modernamente de una pasta más delicada, y además vemos aún cómo prospera una filosofía que a toda emoción le asigna solo un significado relativo, que, por ende, se destruye a sí misma o, a lo sumo, se neutraliza en un autoconsciente quijotismo.

¡Ay de los fríos y sensatos filósofos! ¡Cómo sonríen compasivos al ver abajo las flagelaciones y locuras de un pobre Don Quijote![446]. Y en todo su doctrinarismo no advierten que ese quijotismo, sin embargo, es lo más valioso de la vida, que es la vida misma, y que ese quijotismo le da las alas del arrojo más atrevido al mundo entero, con todo lo que sobre él se filosofa, se hace música, se cultiva y se bosteza. Pues, sin saberlo, la gran masa popular, junto con los filósofos, no es otra cosa que un colosal Sancho Panza que, a pesar de todos sus sobrios miedos a los garrotes y su tosca sensatez, sigue al alienado caballero en todas sus peligrosas aventuras, atraído por la recompensa prometida en la cual cree porque la desea, aunque más movido por el místico ímpetu que el entusiasmo siempre ejerce en la gran masa, tal y como podemos ver en todas las revoluciones políticas y religiosas, y quizás en los pequeños acontecimientos del día a día.

Así pues, querido lector, eres tú, por ejemplo, el Sancho Panza del loco poeta a quien, sin saberlo, sigues a lo largo de las andanzas de este libro, y, aunque bien es cierto que lo haces mientras meneas la cabeza de manera desaprobatoria, al fin y al cabo lo sigues.

CAPÍTULO XVI

¡Curioso! *Vida y hazañas del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, escritas por Miguel de Cervantes Saavedra*[447], fue el primer libro que leí al llegar a una sensata edad juvenil y haber dominado, hasta cierto punto, los enigmas del abecedario. Aún recuerdo a la perfección aquella época de mi infancia en que, una mañana, me escapé de casa temprano y me apresuré al *Hofgarten*[448]para leer allí el *Don Quijote* sin que nadie me molestara. Era un hermoso día de mayo. La florida primavera yacía en atenta escucha bajo la silenciosa luz matutina y se dejaba alabar por el ruiseñor, dulce adulador, que entonaba su canto de alabanza con una suavidad acariciadora y con tal entusiasmo melódico que los más tímidos capullos se abrieron y la lujuriante vegetación y los delicados rayos de sol se besaron con un ardor más impetuoso y árboles y flores se estremecieron de vano embelesamiento. Yo, sin embargo, me senté en un viejo y mohoso banco de piedra de la llamada *Seufzerallee*[449], no lejos de la cascada, y deleitaba mi pequeño corazón con las grandes aventuras del valiente caballero. En mi ingenuidad infantil lo tomaba todo en serio; y por más ridículas que fueran las aventuras que el destino deparaba al pobre héroe, yo pensaba, sin embargo, que así tenía que ser; que tanto como o más que las heridas corporales, al heroísmo le corresponde también el que otros se rían de uno, y me sentí tan afligido como si las sintiera en mi propia alma. Yo era un niño y no conocía la ironía que Dios había creado en el mundo y que el gran poeta, en su microcosmos impreso, había imitado. Y pude verter las más amargas

lágrimas cuando el noble caballero, a cambio de su nobleza de espíritu, tan solo recibía ingratitud y garrotazos; y como yo, aún inexperto en la lectura, iba pronunciando cada palabra en voz alta, pájaros y árboles, arroyo y flores todo lo escuchaban, y como estos inocentes seres de la naturaleza, así como los niños, no saben nada de la ironía del mundo, también tomaron todo totalmente en serio y lloraron conmigo por las desdichas del pobre caballero. Incluso un viejo roble ya caduco sollozaba y la cascada agitaba con vehemencia su blanca barba y parecía censurar la ruindad del mundo. Sentíamos que el heroísmo del caballero no merecía menos admiración por el hecho de que el abúlico león le volviera la espalda, y que sus hazañas eran tanto más honorables cuanto más débil y enclenque su cuerpo, cuanto más oxidada estuviera la armadura que lo protegía y cuanto más miserable fuera el jamelgo que lo portaba. Despreciábamos a aquella plebe baja que trataba al pobre héroe a palos; pero todavía más, a la plebe alta, que, engalanada con coloridos mantos de seda, pomposas frases y títulos ducales, se burlaba de un hombre que les superaba ampliamente en fuerza de ingenio y grandeza de espíritu. Cada vez mayor era mi respeto hacia el caballero de Dulcinea, quien iba conquistando mi corazón conforme me adentraba en la lectura de aquel libro singular, lo cual sucedía cada día en el mismo jardín, de modo que ya en otoño llegué al final de la historia. ¡Y jamás olvidaré el día en que leí acerca del triste lance de honor al que tan deshonrosamente hubo de sucumbir el caballero!

Era un día sombrío. Feas nubes cubrían el cielo con una niebla gris; las hojas amarillas caían dolientes de los árboles, pesadas lágrimas colgaban de las últimas flores inclinando sus moribundas cabezuelas con afligida endeblez. Hacía tiempo que los ruiseñores se habían ausentado y por doquier fijaba en mí sus ojos la imagen de lo efímero. Por poco se me partió el corazón cuando leí cómo el noble caballero yacía en el suelo aturdido y magullado y, sin alzarse la celada, como si hubiera hablado desde la tumba, dijo al vencedor con una voz frágil y enfermiza: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. ¡Aprieta, caballero, la lanza!».

Y, ¡ay!, el resplandeciente Caballero de la Blanca Luna que venció al más valeroso hidalgo caballero del mundo... ¡era un barbero disfrazado![450].

CAPÍTULO XVII

Esta historia queda ya lejos en el tiempo. Han florecido desde entonces muchas nuevas primaveras, pero todas carecieron siempre de su poderoso

encanto, porque, ¡ay!, dejé de creer en las dulces mentiras del ruiseñor, adulador de la primavera: ahora sé cuán veloz se marchita su magnificencia y cuando observo los más tiernos capullos del rosal, en mi mente los veo brotar rojos y lacerantes y palidecer y desvanecerse con los vientos. Por doquier veo un invierno encubierto451.

Sin embargo, en mi pecho aún florece aquel amor ardiente que se eleva añorante sobre la tierra y con afán de aventura revolotea por todas partes en el amplio cielo bostezante; allí es rechazado por las frías estrellas y de nuevo regresa a casa descendiendo a este pequeño planeta, y entre suspiros y gritos de alegría ha de confesar que en todo el universo nada hay más hermoso ni bueno que el corazón de los hombres. Y este amor es el entusiasmo, que siempre será de naturaleza divina sin importar si realiza acciones necias o sabias. Por eso, el pequeño adolescente no ha derramado en vano ni una sola de las lágrimas que vertió por las desdichas del loco caballero, como tampoco las malgastaría más tarde el joven cuando, en su salita de estudio, llorara algunas noches por la muerte de los más benditos héroes de la libertad, por el rey Agis de Esparta, por Cayo y Tiberio Graco de Roma, por Jesús de Jerusalén, por Robespierre y por Saint-Just de París. Ahora que visto la *toga virilis* y yo mismo quiero ser un hombre, el llanto ha llegado a su fin, y cabe comportarse como un hombre imitando a los grandes antecesores, y Dios quiera que en un futuro los niños y los muchachos también lloren por mí. Sí, es en ellos en quienes aún podemos confiar en nuestros destemplados tiempos, pues están encendidos por el ferviente aliento que exhalan los viejos libros y por ello también comprenden los ardientes corazones del presente. La juventud es desinteresada en su modo de pensar y sentir, y piensa y siente en consecuencia la más profunda esencia de la verdad y no escatima esfuerzo donde cumple una valiente participación tanto de obra como de palabra. Las personas mayores son egoístas y estrechas de miras; piensan más en los intereses de su capital que en los intereses de la humanidad, dejan su barquito navegando tranquilo a la deriva en el arroyo de la vida y poco se preocupan por el marinero que lucha en alta mar contra las olas. O bien escalan con pegajoso ahínco las cimas de la municipalidad o la presidencia de su club y se encogen de hombros ante las estatuas de héroes que la tormenta arrojó del pedestal de la gloria mientras quizás cuentan que ellos mismos también chocaron en su juventud contra la pared pero que, a continuación, se habían reconciliado con ella, pues la pared es lo absoluto, lo impuesto, lo que existe en y para sí mismo, aquello que, por el mero hecho de ser, es racional. Por lo que también será irracional quien no quiera someterse al supremo y sólido absolutismo racional que existe con carácter irrefutable. Pero, ¡ay!, esos seres abyectos que quieren llevarnos con su filosofía a una apacible servidumbre no son tan indignos como esos depravados que, en

defensa del despotismo, no aceptan en ningún momento los juiciosos argumentos del raciocinio, sino que, basándose en la historia, lo consideran un derecho consuetudinario al que los hombres se han ido acostumbrando a lo largo del tiempo y, por tanto, defienden que es jurídica y legalmente irrefutable. ¡Ay! No quiero, como Cam452, levantar el manto que esconde la vergüenza de la patria, pero es horrible comprobar cómo entre nosotros incluso la esclavitud se ha vuelto locuaz, y cómo los filósofos e historiadores alemanes se consumen defendiendo ese despotismo, por necio y romo que sea, como algo razonable o legal. Dice Tácito que el silencio es la honra de los esclavos; esos filósofos e historiadores sostienen lo contrario mientras se señalan la condecoración en el ojal. Quizás tengáis razón vosotros y yo solo sea un Don Quijote, y la lectura de todo tipo de maravillosos libros haya desordenado mis ideas como al hidalgo de La Mancha, y Jean Jacques Rousseau fue mi Amadís de Gaula, Mirabeau mi Roldán o Agramante; quizás haya estudiado demasiado a fondo las heroicas hazañas de los paladines franceses y de la mesa redonda de la Convención Nacional. Cabe decir que mi locura y las ideas fijas que creé a partir de aquellos libros son opuestas a la locura e ideas fijas del caballero manchego: este quiso reconstruir la época de la caballería, que tocaba su fin; yo, por el contrario, quiero rematar todo lo que aún queda de aquella época. Y es aquí donde nuestros puntos de vista difieren por completo. Mi colega tomó molinos de viento por gigantes; yo, por el contrario, en nuestros gigantes actuales solo puedo ver fanfarrones molinos de viento. Aquel tomó odres de vino por poderosos hechiceros, mientras en nuestros actuales hechiceros yo solo veo el odre de vino. Él tomó las ventas de pordioseros por castillos, a los arrieros por caballeros, a las mancebas de los corrales por damas de la corte; yo, por el contrario, confundo nuestros castillos con ventas de pordioseros, a nuestros caballeros con arrieros, a nuestras cortesanas con las vulgares mancebas de corral. Mientras él interpretaba una comedia de marionetas como una acción del estado, yo interpreto nuestras acciones estatales como enojosas comedias de marionetas... Pero con la misma valentía que el valeroso caballero manchego arremeto contra el retablo de madera. ¡Ay! Semejante proeza me sienta a menudo tan mal como a él... y tengo la obligación, tanto como él, de sufrir mucho por el honor de mi dama. Si quisiera renunciar a ella por puro miedo o despreciable codicia, podría vivir cómodamente en el sensato mundo real y llevaría al altar a una bella Maritornes y me dejaría bendecir por un gordo hechicero y celebraría el banquete con nobles arrieros, y produciría relatos breves e inofensivos y demás esclavitos. En su lugar, adornado con los tres colores de mi dama453, he de batirme en duelo una y otra vez y atravesar penalidades indescriptibles y no logro ni una victoria que no me cueste la sangre de mis venas. Día y noche estoy en apuros, pues esos enemigos son tan pérfidos que algunos, a quienes he herido de muerte, aparentan estar vivos, y, adoptando todas las formas posibles, me atormentan día y noche.

¡Cuántos sufrimientos he tenido ya que soportar con semejantes aciagas apariciones! Allí donde en mí florecía algo bueno, los perversos fantasmas se acercaban con sigilo y tronchaban incluso los brotes inocentes. Por todas partes, incluso donde menos lo hubiera esperado, descubría sobre el suelo su viscoso rastro plateado. De no tener cuidado puedo resbalar de forma nefasta, incluso en casa de los prójimos más amados. Quizás sonriáis y consideréis tales temores meras fantasías, como las de Don Quijote. Pero los sufrimientos imaginados no por imaginados son menos dolorosos y si uno imagina haber disfrutado de algo de cicuta, puede sobrevenirle una consunción. Y en ningún caso le hará engordar. Y es mentira que yo haya engordado. Al menos aún no he conseguido una suculenta sinecura, a pesar de tener talentos más que suficientes. Tampoco se aprecia en mí el sebo de la parentela. Me figuro que se han adoptado todas las medidas posibles para conservarme enjuto de carnes: cuando tenía apetito, me alimentaban con serpientes; cuando tenía sed, me daban de beber absenta; me derramaban el infierno en el corazón, de modo que lloraba veneno y suspiraba fuego; me perseguían a rastras hasta en los sueños de mis noches, en los que sigo viendo las espeluznantes máscaras, los serviles rostros aristocráticos que muestran desafiantes sus dientes, sus amenazadoras narices de banquero, sus ojos letales que se clavan saliendo de las capuchas, y sus pálidas manos que emergen de las puñetas blandiendo cuchillos desnudos.

También la anciana de al lado, con la que comparto pared, me tiene por loco y asegura que en sueños digo los más dementes disparates y que la pasada noche escuchó claramente cómo exclamaba: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza».

EPÍLOGO

(Noviembre de 1830)

No sé qué clase de extraña piedad me impidió modificar lo más mínimo algunas expresiones que, al releer posteriormente las presentes páginas, me parecieron demasiado ásperas. El manuscrito había cobrado ya un color amarillento, semejante al de un difunto, y me dio miedo el tener que mutilarlo. Todo documento que prescribe tiene este derecho inmanente a la inmunidad, incluso estas páginas que, en cierto modo, pertenecen a un oscuro pasado. Porque fueron escritas casi un año antes de la tercera Hégira borbónica[454], en una época

más ruda que la más ruda de las expresiones, en una época en la que parecía que la victoria de la libertad podía demorarse aún un siglo. Era cuanto menos inquietante ver cómo nuestros caballeros adoptaban un gesto tan seguro en el semblante, cómo hacían pintar de nuevo sus descoloridos blasones, cómo asistían con escudo y lanza a torneos en Múnich y Potsdam; resultaba también inquietante comprobar el orgullo con que montaban sus corceles de gran alzada, como si quisieran cabalgar hasta Quedlinburg455 para que Gottfried Bassen los editara456. Aún más insoportables eran aquellos ojillos triunfalmente malvados de nuestra clerigalla, que sabía ocultar con tal astucia sus largas orejas bajo la capucha que nos esperábamos las argucias más perniciosas. En absoluto podíamos adivinar entonces que los nobles caballeros dispararían sus flechas de forma tan deplorable y, la mayoría de las veces, desde el anonimato o, al menos, en una huida precipitada, volviendo la cabeza como basquires457 en retirada. Igualmente era imposible saber de antemano que las astucias viperinas de nuestra clerigalla se iban a volver contra ellos... ¡Ay! Uno casi llega a sentir lástima cuando ve qué mal saben utilizar su mejor veneno, pues en sus ataques de rabia nos arrojan a la cabeza grandes porciones de arsénico en vez de verterlo gota a gota y con gran cuidado en nuestra sopa; cuando se ve cómo sacan, revolviendo en la vieja canastilla, los viejos pañales apolillados de sus enemigos para olisquear la porquería; cómo exhuman incluso a los padres de sus enemigos para comprobar si acaso estuvieran circuncisos... ¡Oh, necios los que creen haber descubierto que el león pertenece realmente a la raza felina y van cacareando durante mucho tiempo este descubrimiento de las ciencias naturales hasta que el gran gato se lo prueba, pues *ex ungue leonem*, en sus propias carnes. ¡Qué necios esos oscurantistas malvados que no se darán cuenta hasta que ellos mismos pendan de los faroles!458. Con los intestinos de un borrico quisiera encordar mi lira para cantar dignamente esas cabezas vacías.

Un placer violento se apodera de mí. Mientras estoy sentado escribiendo, suena música debajo de mi ventana y en la ira elegíaca de la prolongada melodía reconozco aquel himno marsellés con el que el bello Barbaroux459 y sus compañeros saludaron al entrar en la ciudad de París, aquel canto pastoral de la libertad a cuya melodía los mercenarios suizos de las Tullerías sentían la nostalgia de su patria. ¡Fúnebre canto triunfal de los girondinos, vieja y dulce canción de cuna!

¡Qué canción! Su fuego y alegría me estremecen y enciende en mí la candente estrella del entusiasmo y los cohetes del sarcasmo. Sí, estos no pueden faltar en los grandes fuegos artificiales de la época. ¡Que se derramen desde la cumbre del deseo de libertad, en intrépidas cascadas cual las del Ganges cuando se

precipita desde el Himalaya, las sonoras corrientes inflamadas que provocan el canto! Y tú, dulce Sátira, hija de la justa Themis y de Pan, el dios de patas de cabra, dame fuerzas. Por parte materna desciendes de la estirpe de los titanes y odias tanto como yo a los enemigos de tu estirpe, a los débiles usurpadores del Olimpo. Préstame la espada de tu madre para que ejecute a tan odiados monstruos, y dame el flautín de tu padre para tocar hasta hacerles morir.

Ya escuchan el letal silbido y un pánico mortal se apodera de ellos y vuelven a huir, adoptando formas de animales, como en aquellos tiempos en que colocamos el monte Pelión sobre el Osa.

Aux armes citoyens

Cometieron con nosotros, pobres titanes, una gran injusticia al criticar la lúgubre ferocidad con la cual irrumpimos en aquella tormenta celestial... ¡Ay! Allá abajo, en el Tártaro, era todo espeluznante y oscuro, y tan solo escuchábamos los alaridos de Cerbero y el tintineo de las cadenas, así que se nos puede perdonar el que aparezcamos algo toscos en comparación con aquellos dioses *comme il faut* que, tan exquisita y distinguidamente, en los alegres salones del Olimpo han disfrutado de tanto y tan delicioso néctar y de los dulces conciertos de las musas.

No puedo seguir escribiendo, pues la música bajo mi ventana me embriaga la mente y su estribillo se apodera de mí cada vez con más vehemencia:

Aux armes citoyens

408 Este cuadro de viaje, en la edición crítica, va precedido de un prefacio que hace referencia a los cuadros siguientes, que en nuestra edición no consideramos. En todo caso lo reproducimos aquí en nota extratextual con el objeto de dar la estructura contextual del presente relato: «*La ciudad de Lucca,* que sigue a *Los baños de Lucca* y que fue escrita al mismo tiempo que estos, no representa un cuadro aislado, sino el fin de un período vital que a la vez coincide con el fin de un período mundial. Cumpliendo con las necesidades del momento, escribí hace dos años una parte de los fragmentos ingleses, que añado en parte y que fueron editados hace dos años en los *Anales de Política General* que en aquel entonces editaba con Lindner y que fueron escritos por mor de las circunstancias. Considerando su utilidad los he incorporado a los *Cuadros de viaje* como complemento. Para el propietario de la edición este nuevo libro quizá constituya un epílogo bienvenido. Quisiera hacer especial hincapié en el hecho de que no sea yo el encargado de corregir la impresión y de que no quiera responder de todos los

percances que hayan podido sufrir en ese proceso. Desearía que el benévolo lector no ignorase el objetivo del aviso en los fragmentos ingleses. Quizá proporcione a su debido tiempo alguna noticia al respecto. Puede ser que nuestra literatura no se enriquezca con ello. A pesar de que los escritores alemanes de relatos describen a menudo Inglaterra, Willibald Alexis es, no obstante, el único que ha sabido dar a los lugares y trajes de dicho país los colores y contornos exactos. Creo que no estuvo allí ni una sola vez y que solo conoce su fisonomía por esa singular intuición que hace al poeta prescindir de la contemplación de la realidad. Yo mismo escribí hace once años *William Ratcliff*, y a esta obra me gustaría remitir ahora, tanto más cuanto que no solo contiene una descripción de Inglaterra, sino también las semillas de mis posteriores reflexiones acerca de ese país que, por aquel entonces, aún no había visto. La obra se encuentra en *Tragödien, nebst einem lyrischen Intermezzo,* de Heinrich Heine, publicada en Berlín en 1823 por F. Dümmler. Por lo que a la descripción del viaje respecta, estoy seguro de que, aparte los de Archenholtz y Göde, no existe ningún libro sobre Inglaterra que nos pudiera ilustrar acerca de la situación del país mejor que el publicado este año por Franckh en Múnich, a saber, *Cartas de un difunto, diario fragmentario sobre Inglaterra, Gales, Irlanda y Francia,* escrito en los años 1828 y 1829. Es este un magnífico libro también desde otros puntos de vista y a todas luces merece el elogio que Goethe y Varnhagen von Ense le dispensaran en los *Anuarios berlineses de crítica científica*. Hamburgo, 15 de noviembre de 1830.

HEINRICH HEINE».

409 Se trata de la obra del aristócrata alemán Hermann Fürst von Pückler-Muskau, con el que Heine mantuvo buenas relaciones.

410 *Templowberg,* la designación popular que utiliza Heine, es una pequeña colina al sur de Berlín sobre la que se construyó en 1821 (con diseño de Schinkel) una capilla conmemorativa de la liberación de la ocupación francesa. De esa capilla procedía el nombre popular de Templower Berg, montaña del templo. Hoy día se la denomina Kreuzberg y da nombre a un barrio berlinés.

411 Alusión a una ópera de A. Wenzel Müller, que, con el título de *Fido Savant der Wunderhund* (El prodigioso y sabio perro Fido), se estrenó en Viena en 1826.

412 En el presente capítulo, Heine relata su camino desde Baños de Lucca a Lucca, un trayecto que discurre por las pintorescas estribaciones de los Apeninos.

413 Alusión a los muniqueses. Mientras Hegel enseñaba en Berlín, Schelling lo hacía en Múnich, que en aquella época se vanagloriaba de ser la nueva Atenas.

414 Schechner y Sontag son los apellidos de dos divas de la escena lírica del momento.

415 Nombre de un célebre helmintólogo del siglo XVIII que estudió el gusano de seda.

416 Alusión a una escena del precedente cuadro *Los baños de Lucca*.

417 Hace referencia a los pintores de la Escuela Nazarena, artistas alemanes establecidos en Roma y que, dejándose los cabellos largos (de ahí el sobrenombre de «nazarenos») vivían en «fraternidad» en el convento de San Isidoro, próximo a la plaza de España. Se denominaban *Lukasbruderschaft* y a ella pertenecieron, entre otros, Overbeck y Schnorr von Carolsfeld.

418 Se refiere a Wilhelm Krug, profesor lipsiano, célebre por sus panfletos contra el catolicismo.

419 Friedrich Heinrich Wilhelm Gesenius, teólogo de Halle que concitó las iras de la ortodoxia luterana a principios del siglo XIX.

420 Nueva referencia al intendente de la ópera de Berlín al que hace alusión en el capítulo que precede.

421 Miembro de la expedición napoleónica a Egipto que describió en una relación de viajes.

422 En la época de Heine, cuando se representaba *La Flauta mágica* de Mozart, Sarastro podía aparecer con una especie de mitra. Hoy en día, las escenografías, mayormente minimalistas, prescinden de esa pieza del atuendo.

423 Egiptólogo italiano de la época.

424 El término alemán es «mäuscheln», expresión con la que los judíos integristas designaban despectivamente la manera de hablar de los judíos que se expresaban en jiddisch

425 Se trata de citas de las *Conversaciones con Goethe*, de Eckermann, que en parte circulaban como proverbios populares.

426 Heine suprime el verso primero de este pasaje de la *Ilíada*. Por eso lo damos entre corchetes.

427 El hecho de que el texto con que abre el capítulo, perteneciente a la *Ilíada*, lo mencione como parte de la *Vulgata* tiene su intención: sustituir una vulgata por otra, la cristiana por la pagana. Hemos utilizado la versión de García Malo para guardar una mayor coincidencia con el texto utilizado por Heine.

428 Este tema, que se anticipa a Nietzsche, constituye el *leitmotiv* de *Los dioses en el exilio.*

429 Palestrina es una localidad italiana situada en los montes próximos a Roma de la que era oriundo Giovanni Pierluigi da Palestrina, compositor de polifonía clásica a quien se conoce por el nombre de su localidad. Quizás Heine se refiera a la Misa del papa Marcelo de la que fue autor Palestrina, una de las más de cien que compuso.

430 Referencia a los Reyes Magos.

431 Célebre cantante de ópera.

432 En realidad es una expresión hebrea referida a las plagas de Egipto.

433 ¡Presenten armas! ¡Arma al pie! ¡Arma al hombro! ¡Giro a la derecha! ¡Alto!

434 Isla al norte de Noruega en el círculo Polar Ártico.

435 Título de una ópera cómica de Karl Blum.

436 Café de la avenida *Unter den Linden* berlinesa.

437 Parece que con la expresión «osos de ciudad» se refiere a dos figuras de la vida cultural berlinesa de entonces: el músico Meyerbeer y su hermano el dramaturgo Michael Beer. Beer tiene una pronunciación semejante a la de Bär, «oso» en alemán. De ahí la ironía de Heine.

438 Nombre hebreo para Dios.

439 El término, que Heine pone entre comillas, *Menschenmäckeley*, lo toma del *Nathan der Weise* de Lessing.

440 Exclamación inglesa equivalente a la española «¡maldición!».

441 Todas las experiencias viajeras que ha narrado en los capítulos anteriores —la llegada a Lucca el día de la Exaltación de la Cruz, la procesión y todos los episodios en la catedral— encuentran su justificación en este capítulo, ensayo de filosofía de las religiones. En él se manifiesta el alcance del peculiar género heineano del «cuadro de viaje».

442 Cita tomada de *El espíritu de las leyes*.

443 Paremia latina que se aplicaba a los jesuitas.

444 El célebre personaje de Shakespeare *(Enrique IV* y *Las alegres comadres de Windsor)*.

445 Publicación periódica hamburguesa.

446 El *Quijote* fue una de las primeras y preferidas lecturas de Heine, tal y como confiesa en el capítulo siguiente, capítulo que ampliado utilizó como introducción a una edición de la traducción de Tieck.

447 Así reza el título de la obra, traducido, en alemán en la versión que utilizó Heine. Es la edición que Tieck publicó en 1800.

448 El Jardín de la Corte está no muy lejos de la casa natal de Heine, en plena ciudad vieja de Düsseldorf.

449 «Alameda de los suspiros».

450 *Aliquando bonus dormitat Homerus:* Heine tiene muy lejana su lectura del Quijote. Quien vence al Caballero de la Triste Figura no es el barbero, sino el bachiller Sansón Carrasco.

451 La introducción a este capítulo es de nuevo expresión del *Weltschmerz*, que conecta directamente con el del prototipo de ese dolor cósmico, Lord Byron.

452 El hijo de Noé que, en la Biblia, no cubre la desnudez de su padre cuando encuentra ebrio a este.

453 Alusión a la bandera republicana francesa.

454 De Hégira califica Heine las tres huidas de la monarquía francesa: la que tiene lugar en la revolución francesa; la provocada por la vuelta de Napoleón desde Elba y la que destrona a Luis XVIII.

455 Ciudad en las estribaciones del Harz.

456 Editor de libros de caballería que tenía su casa editorial en Quedlinburg.

457 Pueblo tártaro de expertos jinetes.

458 En el siglo XIX, más de un gobernante del Antiguo Régimen acabó colgado de una farola por las masas.

459 Partidario de la Revolución Francesa que dio a conocer en París la Marsellesa de Rouget de Lisle.

LOS DIOSES EN EL EXILIO

YA en mis primeros escritos comenté la idea de la que brotaron las siguientes consideraciones. En efecto, aquí paso a tratar de nuevo esa transformación en demonios que las divinidades grecorromanas han sufrido cuando el cristianismo logró la supremacía en el mundo. Fue entonces cuando las creencias populares atribuyeron a aquellos dioses una existencia real, aunque maldita, totalmente de acuerdo con la teoría de la iglesia.

Esta no interpretaba en absoluto, tal y como lo habían hecho los filósofos, a los antiguos dioses como quimeras, como engendros del engaño y del error, sino que los consideró más bien como espíritus perversos, que, arrojados gracias a la victoria de Cristo de la cumbre luminosa de su poder, llevaban ahora en la tierra una existencia mísera a las sombras de las antiguas ruinas de sus templos o en bosques encantados, y con sus artes diabólicas y seductoras, a través de la voluptuosidad y la belleza y especialmente con sus bailes y cantos, arrastran a los débiles cristianos al abismo. Tanto en la segunda como en la tercera parte del *Salón* he tratado abiertamente todo lo que hace referencia a este tema: la transformación en brujería de los antiguos cultos naturales en honor de Satán y del sacerdocio pagano y la demonización de los dioses. Por eso ahora me creo tanto más capaz de elevarme sobre cualquier ulterior recensión, dado que desde entonces muchos otros escritores, tanto siguiendo las huellas de mis indicaciones como motivados por la señal que yo he emitido sobre la importancia de este objeto, han tratado este tema mucho más amplia, exhaustiva y profundamente que yo. Si con esta ocasión ellos no han mencionado el nombre del autor que ha adquirido el mérito de la iniciativa, esto ha sido ciertamente un olvido de escasa importancia. Yo mismo no pretendo hacer valer esta pretensión exageradamente. De hecho, es cierto que el tema que yo puse sobre el tapete, no era una novedad: pero con semejante vulgarización de las antiguas ideas siempre pasa lo mismo que con el huevo de Colón. Todos habían sabido la cosa, pero ninguno la había dicho. En efecto, lo que dije no era en absoluto una novedad y se encontraba hacía largo tiempo impreso en los respetables mamotretos de compiladores y anticuarios, en esas catacumbas de la erudición, donde, con una cruel simetría que, en ocasiones, es más terrible que la seca arbitrariedad, se amontonan los más heterogéneos esqueletos del pensamiento. También debo confesar que los modernos eruditos han tratado el tema. Pero lo han metido momificado en el sarcófago de madera de su confuso y abstracto lenguaje científico, que el gran público no puede descifrar y que tiene que considerarlo jeroglífico egipcio. De semejantes criptas y osarios he logrado conjurar

el pensamiento, llamándolo a una vida auténtica, a través del poder mágico de una palabra generalmente entendible, a través de la magia negra de un estilo sano, claro y popular.

Pero volvamos al tema, cuya idea fundamental, como ya hemos anunciado arriba, no debemos tratar de nuevo aquí. Solo con pocas palabras quiero advertir al lector de cómo los antiguos dioses de los que hemos hablado arriba, en la época de la victoria definitiva del cristianismo, es decir, en el siglo III, se vieron sumidos en una situación harto complicada que guardaba la mayor analogía con la triste situación de antaño de su vida divina. Ellos, en efecto, se encontraron en la misma situación de extrema necesidad, en la que ya se habían visto en aquellos tiempos primigenios, cuando los titanes irrumpieron de la cárcel del Orco y, poniendo el Pelión sobre la Osa Mayor, escalaron el Olimpo. Fue entonces cuando los pobres dioses tuvieron que huir de manera vergonzosa y, bajo todo tipo de disfraces, buscar escondite entre nosotros, en la tierra. La mayoría se dirigió a Egipto, donde, para mayor seguridad, adoptaron formas animales, como es sabido. Igualmente otros dioses de la gentilidad tuvieron que darse a la fuga y buscar alojamiento, bajo los más diversos disfraces, en escondrijos apartados, cuando el verdadero señor del mundo plantó su estandarte de la cruz en la ciudadela celeste y los zelotas iconoclastas, negra banda monacal, destrozaron todos los templos antiguos y persiguieron a los dioses expulsándolos con fuego y maldiciones. Muchos de estos pobres emigrantes que ahora se hallaban sin protección ni ambrosía, tuvieron que echar mano de recursos burgueses para, por lo menos, ganarse el pan cotidiano. En semejante situación, más de uno cuyo bosque sagrado había sido confiscado, tuvo que actuar como leñador a sueldo y beber cerveza en vez de néctar. Apolo parece haberse adaptado a esta necesidad con comodidad entrando al servicio de unos ganaderos y, al igual que antiguamente había apacentado las vacas de Ademetos, así vivió entonces como pastor en la Baja Austria, donde, sin embargo, habiéndose hecho sospechoso por su bello cantar y habiendo sido reconocido por un monje ilustrado como un mágico dios pagano, fue entregado a los tribunales religiosos. En el tormento confesó que era el dios Apolo. Antes de su ejecución, pidió que se le permitiera otra vez tocar la cítara y cantar una canción. Pero, como tocó tan emotivamente y cantó de manera tan encantadora y siendo como era tan bello de rostro y forma corporal, todas las mujeres se pusieron a llorar y poco más tarde llegaron a enfermar por la emoción sufrida. Transcurrido cierto tiempo se le quiso sacar de su tumba para empalarle, ya que se creía que debía haber sido un vampiro y que las mujeres enfermas sanarían gracias a este remedio casero de probada eficacia. Sin embargo, se encontró la sepultura vacía.

Por lo que respecta al destino de Marte, antiguo dios de la guerra, desde la

victoria del dios de los cristianos no hay mucho que contar. Me inclino a pensar que ha podido usar el derecho de la fuerza en la época feudal. El largo Schimmelpfening, sobrino del verdugo de Münster460, lo encuentra en Bolonia, donde ellos tuvieron un encuentro que referiré en su momento. Tiempo después sirvió bajo Frondsberg461 en figura de lansquenete462 y estuvo presente en el sitio de Roma, donde sin duda lo pasó realmente mal al ver devastada de manera tan vergonzosa la que antaño había sido su ciudad preferida, el templo donde había sido venerado así como los templos de toda su parentela. Mejor parado que Marte y Apolo, después de la gran retirada, salió el dios Baco, y al respecto la leyenda narra lo siguiente:

En el Tirol existen grandes lagos rodeados de bosques cuyos altísimos árboles se reflejan de manera maravillosa en la azulada superficie. Árboles y agua murmuran tan misteriosamente que uno siente algo especial cuando pasea en solitario. Precisamente en la orilla de uno de tales lagos estaba situaba la choza de un joven pescador que se mantenía gracias a las capturas de peces que conseguía, ejerciendo además de barquero cuando algún viajero deseaba pasar a la otra orilla. Tenía una gran barca, que, amarrada a viejos troncos de árbol, estaba atracada no lejos de su vivienda. En esta última vivía en total soledad.

En cierta ocasión, alrededor del equinoccio de otoño, a eso de la medianoche, escuchó unos golpes en la ventana y, cuando salió a abrir la puerta, pudo ver tres monjes que mantenían cubiertas sus cabezas con la cogulla calada y que parecían tener mucha prisa. Uno de ellos le pidió con apresuramiento que les prestara su barca prometiéndole devolvérsela en pocas horas en el mismo lugar. Los monjes eran tres y el pescador, que en tales circunstancias no se lo pudo pensar mucho, desató la barca y, mientras ellos subían a ella y remaban lago adentro, volvió a su choza y se dispuso a dormir. Joven como era, se durmió pronto, pero después de unas horas fue despertado por los monjes que ya estaban de regreso. Cuando salió a recibirlos, uno de ellos le puso como peaje una moneda de plata en la mano y los tres desaparecieron como por ensalmo. El pescador fue a examinar la barca y la encontró atada sólidamente. Entonces sintió un escalofrío que no se debía precisamente al aire de la noche. En efecto, ya cuando el monje le había puesto en la mano el dinero, un escalofrío había recorrido su cuerpo y el corazón se le había helado: sintió los dedos del monje fríos como el hielo. Durante días, el pescador no pudo olvidar esta circunstancia.

Sin embargo, la juventud acaba por borrar todo lo misterioso de la mente y el pescador ya no pensó nunca más en aquel suceso cuando al año siguiente, exactamente en la época del equinoccio, hacia la media noche alguien golpeó en la

ventana de su cabaña y de nuevo con gran prisa los tres monjes disfrazados se dejaron ver para pedir de nuevo que les prestara la barca. Esta vez el pescador se la dejó igualmente sin mayor preocupación y cuando, al cabo de unas horas, volvieron y uno de los monjes le apretó en la mano el correspondiente peaje, de nuevo sintió con escalofrío sus helados dedos. El mismo suceso se repitió por la misma época y de la misma manera cada año y, finalmente, cuando se aproximaba el séptimo aniversario, le asaltó una gran curiosidad y se propuso a toda costa saber qué se ocultaba bajo aquellas tres cogollas. Puso una gran cantidad de redes en la barca de tal manera que estas constituyeran un escondite donde él pudiera meterse mientras los monjes subieran en la barca. Los esperados y misteriosos clientes vinieron en la misma época del año y el pescador logró esconderse sin que le vieran entre las redes y así participar en la travesía. Para su gran admiración, esta duró muy poco tiempo, mientras él necesitaba más de una hora para llegar a la orilla opuesta, y todavía mayor fue su extrañeza cuando allí, en un territorio que le resultaba perfectamente conocido, encontró en esta ocasión un amplio claro del bosque abierto que con anterioridad nunca había percibido y que estaba rodeado de árboles de una especie que le resultaba totalmente desconocida. De los árboles colgaba un sinfín de lámparas, y pebeteros llenos de crepitante resina del bosque estaban situados en los lugares altos. A pesar de ello, la luna aparecía tan clara que el pescador podía observar la multitud de gente allí congregada de manera tan nítida como si a la luz del día se tratara. Eran varios cientos de personas, jóvenes muchachos y doncellas, la mayoría de ellos bellísimos, si bien todos sus rostros eran tan blancos como el mármol, y esta circunstancia, unida al ropaje que llevaban, consistente en amplias túnicas ceñidas con una orla de púrpura, les daba el aspecto de estatuas semovientes. Las mujeres llevaban en la cabeza coronas trenzadas con auténticas y bien entrelazadas hojas de parra que sujetaban con hilos de oro o plata. Algunas llevaban el cabello ceñido alrededor de la cabeza en una especie de corona, mientras otras lo dejaban caer a lo largo de la espalda en revueltos tirabuzones. También los varones jóvenes llevaban coronas de hojas de parra en la cabeza. Sin embargo, tanto los hombres como las mujeres, que agitaban en sus manos bastones dorados en los que iban enroscados sarmientos, se acercaban raudos y jubilosos a saludar a los tres recién llegados. Uno de ellos se quitó la cogulla dejando al descubierto un impertinente rostro masculino de media edad, asquerosamente lujurioso y marcado por el vicio y que, además de lucir unas agudas orejas de macho cabrío, estaba dotado de un ridículo y exagerado miembro viril, una hipérbole altamente asquerosa que él exhibía con placer. El segundo monje arrojó con violencia la cogulla dejando al descubierto un no menos desnudo barrigón; sobre su calva y brillante cabeza, mujeres enfervorizadas pusieron una corona de rosas. El rostro de ambos monjes, como el del resto de los congregados, era blanco como la nieve. Níveo era también el rostro del tercer monje, quien,

sonriendo perversamente, se quitó la cogulla de la cabeza. Cuando, tras desatarse el cordón, arrojó con asco el piadoso y sucio hábito junto a la cruz y el rosario, se pudo apreciar la figura de un maravilloso mancebo de las más nobles proporciones, vestido con una brillante túnica de diamantes, y cuyas redondas caderas y fino talle le daban un cierto toque femenino. También los labios, suavemente abombados, y los rasgos vaporosos y tenues concedían al joven un aspecto femenil. Sin embargo, su rostro tenía igualmente una cierta expresión audaz, casi heroica. Las mujeres se abalanzaron para acariciarle con salvaje entusiasmo, le pusieron sobre la cabeza una corona de hiedra y arrojaron sobre sus hombros una maravillosa piel de leopardo. En ese mismo momento llegó tirado por dos leones un dorado carro triunfal de dos ruedas, al que el joven se subió con dignidad soberana pero con mirada jocosa. Se dispuso a conducir aquel silvestre tiro tomando las riendas de color púrpura. Al lado derecho de su carro marchaba uno de sus descogullados compañeros que, con gestos descarados y la exageración que arriba hemos mencionado, era el hazmerreír del público mientras su barrigudo compañero, a quien las alegres damas habían elevado sobre un asno, cabalgaba al lado izquierdo del carro teniendo en su mano una copa dorada que sin cesar le llenaban. Lentamente se puso en movimiento el carro al que seguía aquel torbellino de hombres y mujeres que danzaba desenfadadamente. El carro iba precedido por la banda de honor del triunfador: un bello joven de rosadas mejillas llevaba una flauta doble en la boca; tras él iba una muchacha de menguada falda que hacía sonar el tamborín golpeando la resonante membrana con los nudillos de la mano vuelta; más allá venía una bella joven, igualmente graciosa, que tocaba el triángulo; después, jóvenes sátiros de bellos y lascivos rostros y patas de carnero que, en cuernos animales o en caracolas maravillosamente curvas, soplaban sus fanfarrias como si fueran trompas. Más allá los tañedores de laúdes...

CAPÍTULO I

Pero, querido lector, olvido que eres un lector muy culto e instruido y que ya hace tiempo has notado que de lo que aquí se trataba era de una bacanal, de una fiesta en honor del dios Dionisos.

A menudo habrás visto en antiguos bajorrelieves o en grabados de obras arqueológicas a personas que adoraban a este dios y en verdad, dado tu acendrado sentido clásico, no te espantarías nunca si de repente se te apareciera ante los ojos, en la soledad de la media noche de un bosque, el bello trasgo de semejante cortejo báquico y del correspondiente séquito de borrachos. A lo sumo sentirías un suave escalofrío de placer, un repeluzno estético a la vista de esta pálida congregación de nobles fantasmas que han surgido de los sarcófagos de sus tumbas o del escondite

de sus ruinosos templos para celebrar de nuevo el antiguo y gozoso culto divino y, con juegos y danzas, festejar la marcha triunfal del divino liberador, del salvador del placer de los sentidos, para de nuevo bailar la danza jocosa del paganismo, el cancán463 del mundo antiguo, con una carencia absoluta de modestia hipócrita, con la absoluta locura desatada de los antiguos días, jocosa, jubilosa y juguetonamente, sin que por ello tuvieran que hacer su aparición los *sergeants de ville*464 de una moral espiritualista: «Evoe Bacce»465.

Pero por desgracia, el pobre pescador del que hemos hablado no era en absoluto, como tú, experto en mitología, no había hecho estudios de arqueología y se vio asaltado por el miedo y el espanto ante la vista de aquel gran triunfador con sus dos maravillosos acólitos cuando se despojaron de sus hábitos monacales. Temblaba ante los gestos obscenos y los saltos de las bacantes, de los faunos y sátiros, que le parecían especialmente diabólicos a juzgar por sus patas de macho cabrío, y consideró toda la reunión un congreso de fantasmas y demonios que intentarían mediante maleficios provocar la perdición de los cristianos. Se le pusieron los pelos de punta cuando vio las posturas imposibles y desencajadas de una ménade que, con el cabello ondeante, echaba la cabeza hacia atrás y solo lograba mantener el equilibrio gracias al tirso en el que se apoyaba. A él mismo, pobre pescador, le asaltó una terrible confusión mental cuando vio a los coribantes que con las cortas espadas se producían heridas en su propio cuerpo, buscando de manera frenética el placer en el dolor. Los suaves, delicados y, sin embargo, al mismo tiempo crueles tonos de la música que percibía penetraban en su ánimo como llamaradas, crepitantes, corrosivas y terribles. Pero cuando el pobre hombre miró aquel mal afamado símbolo egipcio466 que, de tamaño exagerado y coronado de flores, era portado por una desvergonzada mujer sobre una vara alta, ya no quiso oír ni ver y como un loco se dirigió a su barca y se ocultó entre las redes, y allí permaneció mientras le castañeteaban los dientes y temblaba como si Satanás le tuviera ya cogido por un pie. No mucho tiempo después llegaron los tres monjes a la barca y soltaron amarras. Cuando finalmente llegaron a la otra orilla y desembarcaron, el pescador supo salir hábilmente de su escondite, de tal manera que los monjes pensaran que se habría entretenido entre los pastos, y después de que uno de ellos le pusiera con dedos gélidos el peaje en la mano, se apresuraron a marchar de allí.

Tanto por la salvación de su alma, que él creía amenazada, como para proteger a los otros cristianos de la perdición, el barquero consideró su deber denunciar el terrible suceso ante los tribunales eclesiásticos y, dado que el superior de un convento franciscano no lejano era el presidente de semejantes tribunales y, lo que hacía al caso, era un experto exorcista de gran prestigio, determinó sin más

dilación dirigirse a él.

El sol matutino encontró al pescador ya de camino hacia el convento y con mirada humilde se puso delante de su reverencia el superior, quien en su biblioteca, con la capucha calada sobre la cara, estaba sentado en un sillón, y en esta reflexiva posición siguió sentado mientras el pescador le contaba la terrible historia. Cuando acabó su relato, el superior levantó la cabeza y, quitándose la capucha, permitió que el pescador reconociera con consternación que su reverencia era uno de los tres monjes que anualmente él conducía a la otra parte del lago, y comprobó que exactamente era aquel a quien aquella noche él había visto sobre el carruaje triunfal tirado por leones y travestido como demonio pagano. Era la misma cara, pálida como el mármol, los mismos bellos rasgos regulares, la misma boca con los labios suavemente abombados. Y en torno a aquellos labios se cernía una benévola sonrisa y de aquella boca surgieron entonces las balsámicas y bienhechoras palabras: «Carísimo en Cristo, creemos con mucho gusto lo que os ha pasado esa noche en compañía del dios Baco y vuestra fantástica historia de trasgos da noticia suficiente de ello. Por supuesto que no queremos decir nada malo de esa divinidad, pues ciertamente a menudo es un consolador de las penas y alegra el corazón de los hombres, pero es muy peligroso para aquellos que no pueden aguantar mucho y a estos parece que pertenecéis vos. Por eso os aconsejamos además que gocéis con medida del jugo de la vid, y que no molestéis con engendros mentales, producto de la borrachera, a los superiores de la orden; no habléis de vuestra última visión, mantened cerrada la boca, pues de lo contrario el brazo secular de los alguaciles deberá contar sobre vuestras espaldas hasta veinticinco latigazos. Ahora pues, carísimo hijo en Cristo, id a la cocina del convento, donde el hermano cocinero y el hermano bodeguero os reconfortarán con un piscolabis».

Una vez que hubo acabado de decir esto, el religioso impartió su bendición al pescador y cuando este, en una total confusión, se dirigió a la cocina y vio a los hermanos refitoleros, casi se cae de espaldas del susto: estos dos no eran sino los acompañantes nocturnos del superior, los dos monjes que con él mismo habían pasado a la otra orilla del lago, y el pescador reconoció el barrigón y la calva del uno así como los obscenos rasgos faciales y las orejas de macho cabrío del otro. Sin embargo, mantuvo la lengua cerrada y solo años más tarde contó la historia a sus parientes. Crónicas antiguas que cuentan sagas semejantes sitúan el lugar del suceso en Espira[467], junto al Rin.

En la costa de la Frisia oriental cursa una tradición semejante, en la que las representaciones antiguo-paganas que basan todas estas leyendas acerca del bogar

de los muertos al reino de las sombras, aparecen de la manera más clara: en ninguna de ellas se habla de un Caronte[468] que conduzca la barca, tal y como en general esta figura estrafalaria se ha mantenido, no tanto en la leyenda popular, cuanto más bien en los teatros de marionetas; pero un personaje mitológico más importante se reconoce en la figura del llamado «expedidor», que agencia el transporte de las almas, y en la de un marinero que ejecuta la tarea de Caronte y que no es más que un simple pescador al que se le paga el tradicional peaje. A pesar de todas sus máscaras barrocas, vamos a adivinar pronto el auténtico nombre de esa persona y quiero por eso presentar la tradición lo más fielmente posible.

En la Frisia Oriental, en la costa del Mar del Norte, hay bahías que forman como pequeños puertos que llaman esclusas. En los salientes más extremos de los mismos se hallan las solitarias casas de los pescadores que allí viven tranquilos y satisfechos con su familia. La naturaleza es allí triste, no hay pájaros que trinen sino gaviotas que muchas veces con un tétrico chillido vigilan desde los nidos en la arena de las dunas y anuncian la tormenta. El monótono batir de las olas del mar va muy bien con los sombríos trazos de las nubes. Aquí, tampoco cantan los seres humanos y en esta costa melancólica no se oye nunca la estrofa de una canción popular. Los hombres en este país son graves, honrados, más racionales que religiosos y orgullosos del valiente sentido y la libertad de sus ancestros. Estas gentes no se dejan excitar por la fantasía y no especulan demasiado. Lo importante para el pescador que vive en su solitaria esclusa es la pesca y, de vez en cuando, el peaje de los viajeros que quieren pasar a una isla cercana del Mar del Norte. Se dice que en cierta época del año, exactamente a la hora del mediodía, en el preciso momento en el que el pescador está sentado a la mesa con su familia consumiendo la comida, llega un viajero a la gran sala y ruega al señor de la casa que le conceda unos minutos para tratar con él determinado asunto. El pescador, después de que en vano haya rogado al huésped que comparta con ellos la comida, cumple finalmente su deseo y ambos se apartan a un rincón de la mesa. No quiero describir detenidamente, a la manera morosa de los novelistas, el aspecto del extranjero. Para la tarea que me he propuesto basta una concisa caracterización. Por consiguiente anoto solo lo que sigue.

El extranjero, ya entrado en años, es hombre de baja estatura, bien conservado, un viejo juvenil, entrado en carnes pero no rechoncho, con las mejillas rojas como manzanas de Borsdorfer, unos ojillos que miran jocosamente luminosos a diestro y siniestro y en la empolvada cabeza se asienta un sombrerito triangular. Bajo un tabardo amarillo claro con innumerables alzacuellos lleva el hombre unos vestidos pasados de moda como los que encontramos en los retratos de los

comerciantes holandeses y que denotan un cierto bienestar: una levita de seda de color verde papagayo, un chaleco bordado con flores, cortos calzones negros, calzas de rayas y zapatos de hebilla; los últimos son tan impecables que no se comprende cómo alguien ha llegado a pie y tan impoluto a través del barro de los caminos de la esclusa. Su voz es asmática, fina y a veces degenera en el lloriqueo, aunque el discurso y la actitud del hombrecito es moderada y grave, tal y como corresponde a un comerciante holandés. Esa gravedad parece, sin embargo, más artificial que natural y contrasta muchas veces con el mirar inquisitivo a diestro y siniestro de sus ojillos, así como también con la movilidad, apenas reprimida e inconstante, de las piernas y los brazos. Que el extranjero es un comerciante holandés está comprobado no solo por su vestido, sino también por la exactitud mercantil y la circunspección con las que sabe cerrar el negocio de manera tan ventajosa para sus mandantes. Es en efecto, como él mismo afirma, expedidor y ha recibido de sus socios comerciales el encargo de trasladar un número determinado de almas, tantas como encuentren sitio en una barca normal, desde la costa de Frisia oriental hacia la Isla Blanca. Solo con este fin ha llegado hasta aquí y quisiera saber si el pescador estaría dispuesto esta noche a pasar en su barca a la mencionada isla la mencionada carga. En caso afirmativo estaría dispuesto a adelantarle en ese mismo momento el peaje, esperando confiadamente que estuviera dispuesto, por caridad cristiana, a acceder a su exigencia. El comerciante holandés —y esto es en realidad un pleonasmo, dado que todo holandés es un comerciante— acepta este encargo con la máxima naturalidad, como si se tratara de una carga de queso y no de las almas de los difuntos. El pescador se asusta en cierta medida ante la palabra alma y un escalofrío le recorre la espalda, dado que en seguida advierte que efectivamente se trata de almas de difuntos y que él tiene ante sí al misterioso y fantasmal holandés que ha encargado a muchos de sus colegas el traslado de las almas de los difuntos y que paga bien por ello. Sin embargo, como ya he anotado arriba, a estos habitantes de la costa de Frisia, valientes, sanos y sobrios, les falta ese carácter enfermizo y la fuerza de la fantasía que a nosotros nos hace receptivos a lo fantasmagórico y lo sobrenatural. Después de algún tira y afloja sobre el peaje, se estrechan la mano para sellar el acuerdo y el holandés, que saca un sucio bolso de cuero lleno solo de pequeñas monedas de plata de un penique, la más pequeña de las que se acuñaron en Holanda, paga toda la suma del peaje con esa estrafalaria especie de moneda. Al darle al pescador instrucciones de que se encuentre con su barca hacia medianoche, en el momento en que la luna salga de entre las nubes, en cierto punto de la costa para recibir la carga, se despide de toda la familia, que de nuevo repite la invitación a que coma con ellos, y la figura, todavía con gesto adusto, se marcha de allí a pequeños pasos pero con pies ligeros.

CAPÍTULO II

El barquero se encuentra a la hora determinada en el lugar preciso con su barca, que al comienzo de la travesía es zarandeada por las olas; pero una vez que aparece la luna llena, el barquero advierte que su barca se mueve más lentamente y se va hundiendo poco a poco en las ondas, de tal manera que, al final, el agua solo está a un palmo de la borda de la barca. Esta circunstancia le advierte de que sus pasajeros, las almas, ya deben de estar a bordo y de que él está bregando con semejante carga. Por más que fuerce sus ojos, no nota en la barca más que unos jirones de niebla que se mueven de aquí para allá, pero no percibe ninguna forma determinada que cruce su campo visual. Por más que intente escuchar no oye nada más que un indecible chirriar y horrísonos crujidos. Solo de vez en cuando una gaviota pasa disparada sobre su cabeza o de las ondas sale junto a él un pez que le mira estúpidamente. La noche bosteza y el aire del mar sopla cada vez más helado. Por doquier, solo agua, el brillo de la luna y silencio; y silencioso como su entorno está el barquero, que finalmente llega a la Isla Blanca y atraca su barca. En la playa no ve a nadie, pero oye una voz chillona, asmática y jadeante, en la que él reconoce al holandés, que parece estar leyendo una lista de meros nombres propios de manera monótona, como si estuviera verificándolos. Entre esos nombres hay algunos que le resultan conocidos al pescador y pertenecen a personas que han muerto ese mismo año. Mientras tiene lugar la lectura de la lista de nombres, la barca se va haciendo cada vez más ligera y, si con anterioridad estaba embarrancada pesadamente sobre la arena de la orilla, se va levantando poco a poco y de repente se hace más ligera tan pronto ha terminado la lectura. Y el barquero, que ahora nota que su carga se ha recibido de manera correcta, vuelve tranquilamente a su mujer y a su hijo, a su querida casa junto a la esclusa.

Así sucede todas las veces con la travesía de las almas a la Isla Blanca. Como una especial circunstancia, en cierta ocasión el barquero notó que el invisible controlador que pasaba la lista de los nombres, de repente se interrumpió y exclamó: «¿Dónde está Pitter Jansen? ¿No está Pitter Jansen?». A lo que una fina y temblorosa vocecita exclamó: «Soy la Marieke de Pitter Jansen y me he inscrito con el nombre de mi marido».

Arriba he osado desenmascarar, a pesar de sus inteligentes máscaras, al más importante personaje mitológico que aparece en la anterior tradición. No es otro que el dios Mercurio, el antiguo conductor de almas, Hermes Psicopompo[469]. Sí, bajo el raído tabardo y en aquella sobria forma de quincallero se oculta el más brillante y joven dios pagano, el inteligente hijo de Maya[470]. Sobre el gorrito triangular no flamea el más mínimo plumero que pudiera recordar las alas del

tocado divino, y los pesados zapatos con broches de acero no evocan lo más mínimo las sandalias aladas; este plomo, pesadamente holandés, es muy distinto del inquieto mercurio al que el dios debe su nombre. Pero precisamente el contraste deja entrever la intención con la que el dios escogió esta máscara: para, de esta manera, estar mejor camuflado. Aunque quizá no lo haya escogido en absoluto por una humorada arbitraria, pues Mercurio era, como sabéis, al mismo tiempo el dios de los ladrones y de los comerciantes y resulta obvio que, en la elección de la máscara que le pudiera ocultar y del oficio que le diera para vivir, tuviera en cuenta sus antecedentes y sus talentos. Los últimos estaban más que comprobados: era el más ingenioso de los olímpicos, tenía una lira de concha de tortuga y había descubierto el helio, robaba tanto a humanos como a dioses y ya de niño era un pequeño Calmonio[471] que desapareció de su cuna para escamotear unos bueyes[472]. Tuvo que escoger entre dos industrias en sí mismas no muy diferentes, dado que en las dos se trata de conseguir lo más barato posible la propiedad ajena. Pero el pícaro dios advirtió que el estado de ladrón no goza de la alta estima que en la opinión pública tiene el de comerciante, pues aquel es castigado por la policía, mientras este está privilegiado por las leyes. Advirtió que actualmente los comerciantes en la escala del honor aparecen en el más alto peldaño, mientras que el ladrón a menudo tiene que ascender a un escaño menos cómodo, poner en juego su libertad y vida, mientras que el comerciante solo puede perder su capital o el de sus amigos. Por eso, el más pícaro de los dioses se hizo comerciante y para serlo de manera completa, se hizo holandés. Su larga práctica como Psicopompo, como conductor de las sombras, le hizo especialmente apropiado para la expedición de las almas, de cuyo transporte hacia la Isla Blanca se encarga, como hemos visto.

La Isla Blanca a veces se llama Brea o Britinia. ¿Se piensa quizás en la rubia Albión, en los acantilados de la costa inglesa? Resulta una idea humorística querer designar Inglaterra como el país de los muertos, como el reino de Plutón, es decir, como el infierno. Inglaterra puede parecer, de hecho, a muchos extranjeros como semejante figura.

En un ensayo acerca de la leyenda del Fausto he comentado largo y tendido la creencia popular que se refiere al reino de Plutón y a este dios mismo. Allí he demostrado cómo fueron demonizados tanto el viejo reino de las sombras —por cierto, infierno culto— como su antiguo y tenebroso dueño. Pero solo gracias al estilo de cancillería de la iglesia estas cosas suenan tan chocantes. A pesar del anatema cristiano, la posición de Plutón siguió siendo esencialmente la misma. El dios de los infiernos y su hermano Neptuno, el dios de los mares, no emigraron como los otros dioses e, incluso después de la victoria del cristianismo,

permanecieron en sus dominios, en sus elementos. Si aquí, en la tierra, se quisiera imaginar lo más absurdo en relación a este dios, se diría que el viejo Plutón estaría sentado muy calentito en las profundidades junto a su Proserpina. Muchos menos ultrajes que su hermano Plutón tuvo que soportar Neptuno, a quien, allí abajo en su océano, ni los tañidos de las campanas ni los sonidos del órgano pueden herir los oídos, sentado como está tranquilamente junto a su señora Anfitrite, de blancos senos, y su húmedo cortejo de nereidas y tritones. Solo a veces, cuando algún joven marinero traspasaba la línea por primera vez, emergía de sus hondas agitando en la mano el tridente, coronada la cabeza de algas y la ondulante barba plateada que desciende hasta el ombligo. Entonces impartía al neófito el terrible bautismo de agua, echando un largo y balsámico discurso, que, plagado de rudos chistes de marineros, más que decir, escupía junto al amarillo y lesivo bolo de tabaco mascado para placer de sus alquitranados oyentes. Un amigo que me describió exhaustivamente cómo semejante misterio acuático se representa en los barcos por parte de los marineros, me aseguró que precisamente esos marineros, que se reían de la manera más loca sobre la graciosa noche de carnaval de Neptuno, sin embargo, no dudaban lo más mínimo de la existencia de semejante divinidad marina y que en ocasión de los grandes peligros ellos le rezaban.

Neptuno siguió siendo el soberano del reino del agua, lo mismo que Plutón, a pesar de su demonización, el príncipe de los infiernos. A ellos les fue mejor que a su hermano Júpiter, el tercer hijo de Saturno, quien, después de la caída de su padre, había logrado el dominio del cielo. En el Olimpo, despreocupado como rey del mundo y acompañado de su brillante séquito de sonrientes dioses, diosas y ninfas de honor[473], mantuvo su ambrosíaco régimen de alegrías. Cuando irrumpió la desventurada catástrofe y se proclamó el gobierno de la cruz y del sufrimiento, también el gran Crónida[474] emigró y desapareció en medio del tumulto de la emigración de los pueblos. Su huella se pierde y en vano he intentado investigar en las viejas crónicas y he preguntado a viejas mujeres: nadie supo darme información sobre su destino. He revuelto en bibliotecas con la misma intención; en ellas hice que me mostraran los más maravillosos códices, adornados de oro y piedras preciosas, auténticas odaliscas en el harén de la ciencia, y les doy las gracias a los eruditos eunucos por la falta de regaños e, incluso, por la afabilidad con la que me abrieron aquellos luminosos tesoros. Parece como si no contuvieran ninguna tradición popular sobre un Júpiter medieval y todo lo que conseguí rastrillar consiste en una historia que me contó antaño mi amigo Niels Andersen.

Acabo de mencionar a Niels Andersen y la querida y estrafalaria figura se hace de nuevo viva en mi recuerdo. Quiero aquí dedicarle algunas líneas. Daré con gusto mis fuentes y trataré sus cualidades para que el lector benévolo juzgue en

qué medida merecen su confianza. Así pues, algunas palabras sobre mis fuentes.

Niels Andersen, nacido en Trondheim, en Noruega, era uno de los mayores cazadores de ballenas que he conocido. Le tengo que agradecer mucho. Le debo todos mis conocimientos referentes a la captura de la ballena. Él me hizo conocer todos los recursos y tretas que el inteligente animal utiliza para zafarse del cazador. Él me confió las astucias guerreras con las que hace fracasar sus tretas; me enseñó el manejo del arpón a la hora de blandirlo; me mostró cómo hay que apoyar la rodilla de la pierna derecha contra el borde anterior de la barca, cuando se lanza el arpón contra la ballena y cómo se da con la pierna izquierda una patada al marinero cuando no ha soltado suficientemente rápido la cuerda a la que va atado el arpón. A él le tengo que agradecer todo, y si no me he hecho un gran cazador de ballenas, la culpa no la tiene Niels Andersen; ni tampoco yo, por supuesto, sino la mala suerte que no me permitió en todos los viajes de mi vida encontrarme con una ballena con la que, en un duelo digno, me hubiera podido medir. Solo encontré normales bacalaos y mezquinos arenques. ¿De qué sirve el mejor arpón contra un arenque? Ahora tengo que renunciar a todas mis esperanzas cazadoras debido a la rigidez de mis piernas. Cuando conocí a Niels Andersen en Ritzelbüttel, cerca de Cuxhaven, tampoco él podía sostenerse sobre sus pies, dado que en Senegal un joven tiburón que quizás confundiera su pierna derecha con un azucarillo, le mordió y, desde entonces, el pobre Niels Andersen tiene que renquear sobre una pata de palo. Su mayor placer consistía entonces en estar sentado sobre un alto bidón y golpear en la panza del mismo con su pata de palo. Yo le ayudaba a veces a subir al bidón, pero en ocasiones no le ayudaba a bajar, si antes no me contaba alguna de sus maravillosas leyendas de pescadores.

Al igual que Muhammad Ibn Mansur[475] empezaba sus canciones con una loa a su caballo, así empezaba Niels Andersen todas sus historias con una apología de la ballena. Tampoco la leyenda que nosotros contamos aquí según él la refería, adolecía de semejante loa de regalo. La ballena, decía Niels Andersen, no es solo el mayor de los animales sino también el más bello. De los dos orificios nasales de su cabeza surgen dos colosales chorros de agua que le darían el aspecto de una maravillosa fuente surtidora y especialmente por la noche, a la luz de la luna, produciría un efecto mágico. Además sería un animal bondadoso y pacífico y tendría un gran sentido de la sencilla vida familiar. Es una imagen conmovedora ver al ballena padre con los suyos, extendidos en un enorme témpano de hielo mientras jóvenes y viejos se entregan alrededor de él a juegos amorosos e inofensivas bromas. Muchas veces todos saltarían a la vez al agua para, entre los bloques de hielo, dedicarse a jugar a la gallinita ciega. La pureza de costumbres y la castidad de las ballenas se deben más al agua helada en la que ellas

constantemente están agitando sus colas que a principios morales. Sin embargo, es indiscutible que ellas no tienen el más mínimo sentido religioso y que viven sin religión.

«Creo», interrumpí a mi amigo, «que es un error, pues he leído recientemente el informe de un misionero holandés en el que este describe la magnificencia de la creación, que en las altas zonas polares se manifiesta sobre todo por la mañana cuando se levanta el sol y la luz del día ilumina las bizarras y gigantescas masas de hielo». «Estas», dice, «recuerdan a los diamantinos palacios de los cuentos, dando un testimonio tan imponente de la omnipotencia divina que no solo el hombre, sino también las rudas criaturas marinas, arrobadas ante semejante vista, adorarían al Creador». Con sus propios ojos, asegura este dómine, ha visto varias ballenas, que apoyadas en una pared de hielo, estaban allí erguidas y se movían con la parte superior de arriba abajo, como si estuvieran orando.

CAPÍTULO III

Niels Andersen meneó la cabeza de manera peculiar y no negó que él mismo había visto las ballenas apoyadas en una pared de hielo, haciendo movimientos semejantes y no muy diferentes de aquellos que nosotros advertimos en los cuartos de rezos de muchas sectas religiosas; pero él no quería adscribirlo a una piedad religiosa. Explicó la cuestión desde un punto de vista fisiológico: advirtió que la ballena, el Chimborazo de los animales, tiene debajo de su piel tal cantidad de capas de grasa que a menudo una única ballena produce de cien a ciento cincuenta toneles de sebo y aceite. Esas capas de grasa serían tan espesas que muchas ratas de agua podrían anidar allí, mientras el gran animal dormita en un témpano de hielo, y estos huéspedes, infinitamente más grandes y más mordaces que nuestras ratas de campo, llevan una vida feliz bajo la piel de la ballena, donde pueden disfrutar día y noche de la mejor grasa sin abandonar su nido. Al final, estas francachelas pueden causar infinitos dolores e incomodidades al involuntario anfitrión, dado que no tiene mano como el hombre que, gracias a Dios, puede rascarse cuando y donde le pica. La ballena intenta aliviar el tormento interior colocándose en el canto agudo de una pared de hielo y frotándose la espalda de manera concienzuda con movimientos de arriba abajo, al igual que entre nosotros los perros acostumbran a frotarse contra un canto de la cama cuando se ven asaltados por un sinfín de pulgas. Estos movimientos los ha interpretado el honrado dómine como los movimientos de un orante y los ha atribuido a la piedad religiosa, cuando en realidad solo están producidos por las orgías de las ratas. En efecto, la ballena, por más sebo que contenga, concluyó Niels Andersen, no tiene el menor sentido religioso. Ella no venera ni a los santos ni a los

profetas y ni siquiera al pequeño profeta Jonás, al que en cierta ocasión una ballena engulló por descuido y, no pudiendo digerirlo, después de tres días lo escupió de nuevo. Lo extraordinariamente monstruoso no tiene ninguna religión y por eso una ballena honra a nuestro auténtico Dios que habita en las alturas del cielo como al dios pagano que está sentado en el Polo Norte sobre la Isla de los Conejos476, donde a menudo le visita.

«¿Cuál es ese lugar de la Isla de los Conejos?», le pregunté a Niels Andersen. Este, sin embargo, tamborileó con su pata de palo sobre el bidón y contestó: es precisamente la isla donde transcurre la historia que he contado. No sabría dar exactamente la situación exacta de la isla. Desde que fue descubierta, nadie ha podido llegar de nuevo a ella. Esto lo han impedido los enormes bloques de hielo que se yerguen frente a la isla y que solo rara vez permiten aproximarse a ella. Solo la tripulación de un ballenero ruso al que hacía tiempo las tormentas polares habían desviado sobremanera de su rumbo, pisaron el suelo de la isla, y desde entonces habían pasado ya cien años. Cuando aquellos marineros desembarcaron con una chalupa, encontraron la isla totalmente desierta y árida. Tristemente se movían las ramas de la ginesta sobre la arena movediza y solo aquí y allá se elevaban algunos abetos enanos, y raquítico crecía en el suelo el más infecundo matorral. Vieron saltar una cantidad de conejos de una parte a otra, por lo que le dieron al lugar el nombre de la Isla de los Conejos. Solo una única cabaña miserable daba noticias de que allí vivía un ser humano. Cuando los marineros entraron en ella, vieron un viejísimo anciano que, vestido de manera bastante escasa con pieles de conejo cosidas, estaba sentado en una silla de piedra ante el fuego y calentaba sus delgadas manos y sus vacilantes rodillas al calor de las ramas que ardían chisporroteando. Junto a él, a la derecha, había un enorme y monstruoso pájaro que parecía ser un águila, al que sin embargo el tiempo había mudado de manera tan desastrosa que solo había mantenido los largos y desgreñados cañamones de su alas, lo que daba al desnudo animal un aspecto extravagante al mismo tiempo que horriblemente feo. A la izquierda del viejo estaba, encogida sobre el suelo, una enorme cabra sin pelo que parecía ser muy vieja, si bien todavía colgaban de su vientre ubres llenas, de rosados y frescos pezones.

Entre los marineros rusos que desembarcaron en la Isla de los Conejos, se encontraban muchos griegos, y uno de ellos creyó que no iba a ser entendido por el señor de la cabaña cuando en griego dijo a su compañero: «Este viejo estrafalario o es un fantasma o un diablo maléfico». Pero ante estas palabras, el viejo se levantó de repente de su silla de piedra. Con gran admiración comprobaron su enorme estatura que, a pesar de su gran edad, se mantenía erecta y estaba aureolada de

una dignidad imperativa y regia y que casi le hacía tocar con la cabeza las vigas del entablamento. También los rasgos de su cara, si bien secos y desgastados, eran testimonio de una belleza originaria y resultaban nobles y bien proporcionados; algunos pocos cabellos caían plateados sobre la frente surcada por el orgullo y por la edad. Los ojos miraban pálida y fijamente, pero de manera todavía penetrante. De su boca, que todavía articulaba perfectamente, surgieron en antiguo dialecto griego las biensonantes y sonoras palabras: «Os equivocáis, joven, no soy ni un fantasma ni un malvado demonio. Soy un pobre infeliz que antaño ha visto mejores días. Pero, ¿y vos quién sois?».

A continuación, los marineros narraron a aquel hombre el cruel destino de su viaje y le pidieron información sobre todo lo que se refería a la isla. La información fue más bien escasa. Desde tiempo inmemorial, dijo el viejo, habitaba la isla, cuyos bastiones de hielo le ofrecieron un refugio seguro frente a sus encarnizados enemigos. Él viviría principalmente de la captura de conejos y todos los años, cuando los bloques de hielo flotantes se asentaban, vendrían en trineos unos grupos de salvajes a los que él vendería sus pieles de conejo y quienes, en pago, le dejarían todo tipo de objetos para satisfacer las más inmediatas necesidades. Las ballenas, que muchas veces se acercaban a la isla, serían su más preciada compañía. Sin embargo, le causaría un gran placer oír hablar de nuevo su lengua materna, pues él sería griego. Pidió a sus compatriotas que le dieran noticias del estado actual de Grecia. Al parecer, el que de las almenas de las torres de las ciudades griegas se hubiera quitado la cruz le provocó al viejo una maliciosa alegría; sin embargo, tampoco le pareció correcto cuando oyó que en su lugar se había plantado la media luna. Era extraño que ninguno de los marineros conociera los nombres de las ciudades sobre las que el viejo quería informarse y que, según aseguraba, en su época habían sido muy florecientes. Por el contrario, le resultaban extraños los nombres que los marineros le decían y que pertenecían a las ciudades y aldeas actuales de Grecia. El anciano meneaba la cabeza a menudo de manera nostálgica y los marineros se miraban con extrañeza. Advertían que conocía perfectamente todos los lugares de Grecia y que sabía describir todas las bahías, las penínsulas, los picos de las montañas y a menudo el más pequeño montículo y los más insignificantes grupos rocosos con tal exactitud y de manera tan viva que su desconocimiento de los más normales nombres sumía a los marineros en la mayor de las extrañezas. Así pues, él preguntó con especial interés, incluso con cierta timidez, por el antiguo templo que, como él aseguraba, en su tiempo había sido el más bello de toda Grecia. Sin embargo, ninguno de los que le escuchaban conocía el nombre que él pronunciaba con ternura, hasta que finalmente, después de que el viejo hubiera descrito exactamente la situación del templo, un joven marinero, según la descripción del lugar, se dio cuenta de qué hablaba.

La aldea donde había nacido, decía el joven, estaría situada precisamente en el lugar descrito y, de joven, él habría cuidado los cerdos de su padre durante mucho tiempo. En aquel paraje, dijo, se encontrarían realmente las ruinas de antiquísimas construcciones que testimoniaban la fenecida gloria, y aquí y allí se erguían todavía algunas grandes columnas de mármol, bien aisladas, bien unidas por los sillares de un frontón de cuyas grietas salían los zarcillos de madreselvas y rojas campanillas que caían como trenzas de cabellos. Otras columnas rotas, entre ellas muchas de mármol rosado, estaban dispersas por el suelo y las hierbas habían arraigado sobre los preciosos muñones consistentes en hojas cinceladas y flores. También grandes losas de mármol, piedras sillares de muro o triangulares del techo estarían allí medio clavadas en la tierra bajo la sombra de una enorme higuera salvaje que crecía entre las ruinas.

A menudo, bajo las sombras de este árbol, continuó el muchacho, se había pasado horas y horas observando las extrañas figuras que estaban replicadas en grandes piedras redondas y en esculturas de bulto redondo y que representaban todo tipo de juegos y combates. Todo ello resultaba muy agradable y alegre a la vista pero, por desgracia, también estaba a menudo cubierto de musgo y hiedra o, incluso a veces, había sido destruido por los rigores del tiempo. En cierta ocasión, su padre, a quien él habría preguntado por el misterioso significado de aquellas columnas y estatuas, le habría dicho que aquellas ruinas eran las de un antiguo templo, en el que antaño habría habitado un malvado dios pagano que practicaba no solo el más descarado libertinaje, sino también los vicios más innaturales e incestos. A pesar de ello, en ocasiones, los ciegos paganos habrían sacrificado en su honor cien bueyes de una vez y el bloque de mármol excavado en el que se habría vertido la sangre de las víctimas, estaría todavía allí y era exactamente la artesa de piedra que él, su hijo, utilizaba a menudo para dar de abrevar a sus cerdos con el agua de lluvia recogida o para conservar en ella todo tipo de residuos para su pasto.

Cuando acabó de hablar el muchacho, el viejo rompió entonces en un lloriqueo que delataba el más terrible de los sufrimientos. Se hundió en el sillón encogiéndose y, totalmente destrozado, cubrió su rostro con ambas manos llorando como un niño. El gran pájaro graznaba de manera horrible, extendiendo sus terribles alas y amenazando a los extraños con garras y pico. La vieja cabra, sin embargo, lamía las manos de su señor y balaba tristemente como si intentara calmarlo.

Una misteriosa sensación de incomodidad invadió a los marineros ante esta vista. Abandonaron presurosos la cabaña y estuvieron contentos cuando dejaron

de percibir los sollozos del anciano, los graznidos del pájaro y el balido de la cabra. Regresando a bordo del barco narraron su aventura, pero entre la tripulación se encontraba un erudito profesor de la universidad de Kazán, quien interpretó el acontecimiento diciendo que revestía especial importancia. Poniendo el índice de manera sabihonda en la nariz, aseguró a los marineros que el anciano de la Isla de los Conejos sería sin duda el viejo dios Júpiter, hijo de Saturno y de Rea, antiguo rey de los dioses. El pájaro que estaba a su lado sería aparentemente el águila que antaño portaba el rayo en sus garras. Y la vieja cabra probablemente no podría ser otra que Amaltea, la antigua nodriza que dio de mamar al dios en Creta y que ahora le alimentaba de nuevo con su leche.

Esto fue lo que contó Niels Andersen y confieso que esta información llenó mi alma de nostalgia. Ya las aclaraciones sobre los horribles sufrimientos de las ballenas despertaron mi compasión: pobres bestias. Contra la impertinente jauría de ratas que anidan en su interior y que incesantemente las roen no hay remedio alguno y tienen que sobrellevarlo durante toda la vida. Y aunque corras desesperado del Polo Norte al Polo Sur arrascándote en los cantos de los témpanos de hielo, no te servirá de nada, no te librarás de las impertinentes ratas y, además, te faltará el consuelo de la religión. En el interior de cualquier criatura de esta tierra marcada por la grandeza, roerán terribles ratas e, incluso, los dioses tendrán que sucumbir de manera vergonzosa. Así lo quiere la implacable ley del fatum. Incluso el supremo de los inmortales debe inclinar deshonrosamente su cabeza ante él. Él, a quien Homero cantó y Fidias retrató en oro y marfil; él, que solo necesita guiñar un ojo para conmocionar el orbe; él, el amante de Leda, Alcmena, Sémele, Dánae, Kallisto, Jo, Leto, Europa y... en resumidas cuentas, él tiene que ocultarse tras un bloque de hielo para pasar su desgraciada vida comerciando con pieles de conejo como un saboyano[477] de capa raída.

No dudo de que haya gente que, llena de alegría, se consuele por el mal ajeno que semejante drama representa. Esta gente quizás sea descendiente de aquellos infelices bueyes sacrificados en hecatombes ante los altares de Júpiter. Alegraos, se ha vengado la sangre de vuestros predecesores, aquellas pobres víctimas del matadero de la superstición. Sin embargo, a nosotros, que no estamos poseídos de ninguna ira genética, nos conmueve la vista de aquella grandeza caída y a ella le dedicamos nuestra más piadosa compasión. Esta emoción nos impidió quizás dar a nuestro relato aquella fría seriedad que es prez de todo historiador. Solo en parte pudimos activar aquella gravedad que únicamente se puede alcanzar en Francia. Modestamente nos encomendamos a la benevolencia del lector, por quien siempre hemos demostrado el máximo respeto, y con ello cerramos aquí la primera parte de nuestra historia de los dioses en el exilio.

460 Los críticos especialistas en Heine no han logrado identificar esta figura que quizás haya sido una equivocación de Heine.

461 El caudillo alemán de las milicias imperiales que tuvieron a su cargo el «saco de Roma» en 1527.

462 Un cuerpo de la infantería alemana del siglo XVI.

463 En esta época ya se había hecho común en toda Francia esta danza que al parecer, partiendo de Argelia, había invadido los salones parisinos. Jacques Offenbach utilizaría esta danza en varias de sus operetas «clásicas».

464 Era el encargado de vigilar la moral y costumbres de las salas de baile parisina durante la Monarquía de Julio. Debía tener especial cuidado en que no se bailara el cancán.

465 *Evoe,* exclamación de júbilo y alabanza en honor del dios Baco que proferían los sátiros y las bacantes.

466 El falo era un símbolo sagrado en el culto de Isis y Osiris. De ahí la denominación de «símbolo egipcio».

467 Ciudad del Rin Medio, célebre por su catedral, que alberga los sepulcros de los emperadores del Sacro Imperio. Al comienzo del relato, Heine ha situado el episodio en Tirol.

468 Barquero de la laguna Estigia.

469 Término griego con el que se designaba a Mercurio-Hermes, el guía de las almas.

470 Maya era la mayor de las Pléyades, madre de Hermes/Mercurio.

471 Banquero judío al servicio de Federico el Grande de Prusia.

472 Mercurio, según la mitología clásica, habría robado el ganado de Apolo.

473 Como es bien sabido por la mitología clásica, Júpiter, cual pontífice romano renacentista, cometió todos los delitos de género y sexo habidos y por haber: pederastia con Ganimedes, incestos con Demeter y Rhea y acoso y derribo de cualquier dama clásica que se le pusiera a tiro.

474 Hace referencia a los hijos de Cronos (Saturno), entre ellos Júpiter.

475 Ibn Mansur fue el tercero de los califas abásidas de Bagdad.

476 Con la supuesta Isla de los Conejos, Heine hace referencia quizás a la península de Kanin, en el mar de Barent. Heine habría tenido noticia de la misma en algunas de sus lecturas. Como es obvio no pudo depender de la obra de H. y K. Aubel, *Ein Polarsommer. Reise nach Lappland und Kanin,* Leipzig, publicada en 1874.

477 Son célebres los grabados de Watteau «saboyano con marmota». A ellos se refiere Heine.